



ZOLA

VIDA
EN COMUN



Lectulandia

Pot-Bouille es el décimo volumen de la serie Rougon-Macquart . La palabra «pot-bouille» designaba en el siglo XIX, en lenguaje coloquial, la cocina doméstica ordinaria, básicamente sinónimo de cotidiana . Pero no es cuestión de cocina , si no en sentido figurado: Zola quiere en efecto, mostrar el reverso del decorado de un gran inmueble de París donde, detrás de una fachada de lujo, viven unas familias burguesas cuyo comportamiento diario es tan poco apetitoso como un caldo mediocre, una «olla hervida».

Lectulandia

Émile Zola

Vida en común

Los Rougon-Macquart - 10

ePub r1.0

Titivillus 04-05-2019

Título original: *Pot-Bouille*
Émile Zola, 1882
Traducción: Mariano García Sanz

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



más libros en lectulandia.com

La novela que contiene este tomo se denomina en francés Pot-Bouille, expresión muy difícil de traducir con exactitud. Nosotros hemos considerado esta de Vida en Común como la más aproximada.

Pot-Bouille fue publicada por Le Gaulois desde el 25 de enero hasta el 14 de abril de 1882, en un total de sesenta y nueve folletines. La primera edición para librerías, publicada por la Librairie Charpentier, aparece registrada en la Bibliothèque Nationale el 24 de abril del mismo año 1882.

El éxito de la novela, sin alcanzar al de los grandes triunfos de la serie de los Rougon-Macquart, de que forma parte, fue muy considerable. En 1885, tres años después de su publicación, se habían vendido 65 000 ejemplares, contra 140 000 de Nana, pero tan sólo 16 000 de La conquista de Plassans. En 1923 Pot-Bouille había llegado a los 117 000, Nana a los 156 000 y La conquista de Plassans aún estaba en los 48 000.

I

EN la calle Neuve-Saint-Augustin, un embotellamiento del tráfico detuvo el coche de punto que conducía a Octave y sus tres maletas desde la estación de Lyon. El joven bajó el cristal de una de las portezuelas, a pesar del intenso frío de aquella oscura tarde de noviembre, y quedó asombrado ante el brusco anochecer de aquel barrio de estrechas callejas por las que pululaba una ingente muchedumbre. Las maldiciones de los cocheros arreando a sus caballos, los relinchos de éstos, el incesante ajeteo de la gente en las aceras y la apretada fila de tiendas, con sus dependientes y clientela, le dejaban aturdido; había imaginado que París era una ciudad más tranquila y nunca pensó en aquella desordenada agitación, que se le antojaba propicia a las apetencias de los más audaces.

El cochero se inclinó hacia él.

—¿Ha dicho pasaje Choiseul?

—No, no; calle Choiseul... Creo que es una casa moderna.

El cochero se limitó a dar la vuelta y fue a detenerse ante la segunda casa de la calle, un gran edificio de cuatro pisos, de piedra en tono claro, que contrastaba con las enmohecidas fachadas de las casas vecinas. Octave descendió del coche y estudió el inmueble, examinándolo maquinalmente, desde el almacén de sedas de la planta baja hasta las ventanas del cuarto piso, que se abrían sobre una estrecha terraza. En el primer piso, unas efigies femeninas sostenían un balcón de barandilla de hierro cubierta de ornamentos. Los marcos de las ventanas estaban igualmente recargados de adornos, con tallas de un gusto poco exquisito. Y abajo, sobre la puerta cochera, asimismo saturada de decoración, dos angelotes sostenían una viñeta en la que figuraba el número de la casa, que por la noche quedaba iluminado por una lámpara de gas.

Un señor alto y rubio que salía del vestíbulo, se detuvo bruscamente al ver a Octave.

—¡Cómo! ¿Ya está aquí? —exclamó—. ¡Pues yo no le esperaba hasta mañana!

—Cierto —respondió el joven—. He salido de Plassans un día antes de lo previsto... ¿Acaso no está dispuesta la habitación?

—¡Oh! Sí... la alquilé hace quince días y la he amueblado sin pérdida de tiempo, siguiendo sus instrucciones. Espere, le acompañaré.

A pesar de los ruegos de Octave, se empeñó en guiarle hasta la habitación. El cochero, entretanto, había descargado las tres maletas. De pie en la portería, un digno varón de rostro alargado y sin barba, como de diplomático, recorría gravemente las páginas del *Moniteur*. Pero pareció inquietarse ante la presencia de aquellas tres maletas y, avanzando, preguntó a su inquilino, el arquitecto del tercero, como le llamaba:

—¿Es ésta la persona de quien me habló, señor Campardon?

—Sí, señor Gourd; éste es el señor Octave Mouret, para quien he alquilado la habitación del cuarto piso. Dormirá allí y hará las comidas en nuestra casa... El señor Mouret es amigo de los padres de mi mujer, y+ me permito recomendárselo.

Octave contemplaba la entrada, de paneles de falso mármol y la bóveda decorada con florones. El patio, al fondo, con su piso de cemento, tenía un aspecto de triste pulcritud. A la puerta de la caballeriza, un mozo frotaba con una piel el bocado de un arnés. Probablemente, el sol no llegaría nunca hasta allí.

Mientras tanto, el señor Gourd, tras comprobar el peso de las maletas, demostró un mayor respeto por el recién llegado y habló de ir a buscar un mozo, para subirlas por la escalera de servicio.

—Salgo un momento —dijo a su mujer, asomándose a la portería.

Ésta era un saloncito de transparentes cristales, adornado con tapices de flores rojas y muebles de palisandro. A través de una puerta entreabierta se veía un rincón del dormitorio y, sobre la cama, una colcha de canalillo granate. La señora Gourd, exageradamente gruesa, con la cabeza adornada de cintas amarillas, descansaba en una butaca, mano sobre mano, en aras del ocio.

—Bueno, subamos dijo el arquitecto.

Y mientras empujaba la puerta de caoba del vestíbulo, viendo la impresión que el aspecto del señor Gourd, con su birrete de terciopelo y sus pantuflas azules había causado en el joven, añadió:

—Fue ayuda de cámara del duque de Vaugelade.

—¡Ah! —dijo simplemente Octave.

—Sí, y se casó con la viuda de un escribano de Mort-la-Ville. Tiene allí una casa: mas esperan reunir tres mil francos de renta para retirarse... ¡Oh,

son personas muy correctas!

El vestíbulo y la escalera eran de un lujo exagerado. En la parte baja, una escultura femenina dorada, una especie de napolitana, sostenía en la cabeza un ánfora, de la que salían tres luces de gas cubiertas por globos de cristal esmerilado. Los paneles de falso mármol dorado orlado de rosa ascendían regularmente por el redondo hueco de la escalera, mientras la barandilla de hierro, con pasamanos de caoba, imitaba la plata vieja, con el aditamento de unas hojas doradas. Una alfombra roja, sujeta por barras de cobre, cubría los escalones. Pero lo que más sorprendió a Octave, al entrar, fue el calor reinante, un calor de invernadero, como si una invisible boca soprase un cálido aliento sobre su rostro.

—¡Caramba! —exclamó—. ¿Hay calefacción en la escalera?

—Naturalmente —respondió Campardon—. Ahora, todos los propietarios que se estiman en algo realizan este gasto... La casa está muy bien...

Y, pasó la mirada en torno suyo, como si sondeara las paredes con su ojo de arquitecto.

—Ya lo verá usted, amigo mío... Además, los inquilinos son todos gente distinguida.

Y, mientras ascendían lentamente, fue mencionando a éstos, uno a uno. En cada planta había dos pisos: uno que daba a la calle y otro sobre el patio, cuyas puertas de caoba barnizada se enfrentaban en el descansillo. Citó, en primer lugar, al hijo mayor del propietario, Auguste Vabre, que desde la primavera, ocupaba el almacén de sedas de la planta baja y todo el entresuelo. Habló después del otro hijo del propietario. Théophile Vabre, que residía con su esposa en el piso primero, situado sobre el patio. Frente a éste, en el departamento que daba a la calle, vivía el dueño del inmueble, antiguo notario de Versalles, que albergaba en su casa al señor Duveyrier, su yerno, consejero en el Tribunal de apelación.

—Un muchacho que no tiene aún cuarenta y cinco años —dijo Campardon deteniéndose. ¿Qué le parece?

Subió dos escalones y, volviéndose bruscamente, añadió:

—Hay agua y gas en todos los pisos.

Bajo el alto ventanal de cada rellano, cuyos cristales, orlados con una greca, iluminaban la escalera con luz blanquecina, se encontraba un banquillo tapizado de terciopelo. El arquitecto hizo observar que, así, las personas de edad podían descansar. Luego, al ver que pasaban el segundo piso sin que nombrara a sus inquilinos. Octave le preguntó, señalando la puerta del departamento principal:

—¿Y ahí quién vive?

—¡Oh! Ahí viven personas a quienes nunca se ve y de quienes nada se sabe... Prescindiríamos gustosos de su presencia; pero, es inevitable, siempre hay un garbanzo negro... Y dejó escapar un ligero suspiro desdeñoso.

—Tengo entendido que es escritor.

Al llegar al tercer piso, reapareció su sonrisa de satisfacción. El departamento del patio estaba dividido en dos: vivía allí la señora Juzeur, una mujer muy desgraciada, y un señor muy distinguido que había alquilado una habitación, a la que acudía una vez por semana, para ocuparse de sus negocios. Y mientras daba estas explicaciones. Campardon abrió la puerta del otro departamento.

—Esta es mi casa —prosiguió—. Espere un momento que voy a recoger la llave... Subiremos primero a su habitación y luego podrá ver a mi mujer.

Durante los breves momentos en que quedó solo. Octave se sintió penetrado por el grave silencio de la escalera. Se inclinó sobre la barandilla, entre el ambiente tibio que ascendía del vestíbulo, y elevó luego el rostro al acecho de algún ruido que viniese de arriba. Era aquélla una paz sepulcral de salón burgués cuidadosamente cerrado, al que no llegaba el menor hálito exterior. Tras las grandes puertas de reluciente caoba se adivinaban profundos abismos de honestidad.

—Tendrá usted unos vecinos excelentes —dijo Campardon, reapareciendo con la llave. En la parte delantera, los Jusserand, toda una familia, con dos hijas por casar, cuyo padre es cajero de la cristalería Saint-Joseph, y, junto a usted, los Pichon, un apacible matrimonio que, si bien no anda sobrado de dinero, posee una educación perfecta... Hay que arrendarlo todo, ¿no le parece? Incluso en una casa como ésta.

A partir del tercer piso, la alfombra roja desaparecía, siendo sustituida por una simple tela gris. Octave experimentó una ligera contrariedad en su amor propio. Poco a poco, la escalera le había ido infundiendo cierto respeto, y se sentía orgulloso de vivir en una casa tan distinguida. Mientras seguía al arquitecto por el pasillo que llevaba a su departamento, a través de una puerta entreabierta vio a una joven de pie, junto a una cuna que, al oírles pasar, levantó la cabeza. Era rubia y tenía los ojos claros, de mirada ausente. Él sólo percibió aquella mirada, muy distinta pues la joven, ruborosa, se apresuró a cerrar la puerta, como avergonzada al verse sorprendida.

Campardon se había vuelto para repetir:

—Agua y gas en todos los pisos, amigo mío.

Luego, señaló una puerta que comunicaba con la escalera de servicio. Arriba estaban las habitaciones de la servidumbre. Finalmente, se detuvo al fondo del pasillo:

—Ya hemos llegado a su casa.

La habitación, amplia, cuadrangular y tapizada con un papel gris de flores azules, se hallaba amueblada con mucha sencillez. Junto a la alcoba, habían acondicionado un pequeño tocador, el espacio justo para lavarse. Octave se dirigió a la ventana, de la que descendía una claridad verdosa. Abajo estaba el patio, cuidado y triste, con su pavimento regular y su fuente, en la que relucía un grifo de cobre. Ni un ser viviente; no se oía el menor ruido; nada, aparte las uniformes ventanas, sin una jaula de pájaros, sin un tiesto de flores, exhibiendo la monotonía de sus visillos blancos. Para disfrazar la desnuda pared de la casa vecina, que cerraba el cuadrado del patio, habían pintado unas falsas ventanas, tras cuyas persianas, eternamente echadas, parecía continuar la vida oculta de los departamentos vecinos.

—¡Me parece inmejorable! —exclamó Octave, encantado.

—¿Verdad que sí? —replicó Campardon—. Hice como si fuera para mí mismo, y, por otra parte, he seguido fielmente las instrucciones que me daba en sus cartas... ¿Le gusta el mobiliario? Es cuanto precisa un joven. Después, usted verá.

Octave le estrechó la mano, expresándole su gratitud y excusándose por cuantas molestias le había ocasionado. Entonces, el arquitecto, volviendo a su gravedad, añadió:

—Eso sí, amigo mío: aquí, nada de alborotos y sobre todo, nada de mujeres... Se lo digo en serio, si trajera alguna mujer, revolucionaría la casa.

—Puede estar tranquilo respondió el joven, algo inquieto.

—No, permítame decirle que sería yo quien quedaría comprometido... Ya ha visto la casa; son familias burguesas, de una moralidad extremada. Entre nosotros, creo que incluso hilan demasiado fino. Nunca se oye una palabra o un ruido, ya lo ha comprobado... ¡Oh, el señor Gourd iría a buscar al señor Vabre, y los dos saldríamos mal!... Mi buen amigo, se lo pido para mi tranquilidad: respete la casa.

Octave, subyugado por tanta honestidad, prometió respetarla. Entonces, Campardon echó una mirada de desconfianza en torno suyo, y bajando la voz, como si alguien pudiera escucharle, añadió:

—Fuera de aquí, a nadie importa lo que haga. París es bastante grande y hay lugar para todo... Yo, en el fondo, soy un artista, y me da igual...

Llegó un mozo de cuerda con las maletas, y cuando quedó concluida la instalación, el arquitecto asistió, paternal, al aseo del joven. Terminado éste, se levantó y dijo:

—Ahora, bajemos a ver a mi mujer.

Al llegar al tercer piso, la camarera, una coquetona morenita, les dijo que la señora estaba ocupada. Para demostrar su confianza a Octave, Campardon procedió a mostrarle su piso: ante todo, el gran salón, blanco y dorado, lleno de complicadas molduras. A ambos lados de éste se hallaban un saloncito verde, convertido en gabinete de trabajo, y el dormitorio, al que no pudieron entrar, pero que describió como reducido y empapelado de color malva. Pasaron después al comedor, lujosamente decorado, que provocó la entusiasta admiración de Octave.

—¡Es magnífico! —exclamó.

Sin embargo, en el techo, dos enormes grietas deslucían el falso artesonado y, en un rincón, se había descascarillado la pintura, dejando el yeso al descubierto.

—Sí, hace cierto efecto —afirmó el arquitecto mirando al techo—. Ya sabe, estas casas se construyen con la intención de que impresionen. Pero no hay que profundizar demasiado. Sólo tiene doce años y ya empieza a deteriorarse. Se construye la fachada con buena piedra, adornándola con esculturas; se dan tres capas de barniz a la escalera, se doran y pintan los departamentos, y esto halaga a la gente e inspira consideración... Aún así, el edificio es sólido, siempre durará más que nosotros...

Cruzaron nuevamente la antecámara, iluminada a través de sus cristales esmerilados, para que Octave viera el dormitorio de su hija Angèle, situado a la izquierda sobre el patio; todo en él era blanco y, en aquella tarde de noviembre, parecía extremadamente triste. Al fondo del pasillo estaba la cocina, que se empeñó en enseñarle, diciendo que debía conocerlo todo.

—Haga el favor de entrar —insistió—, empujando la puerta.

Se oyó entonces un gran alboroto. A pesar del frío, la ventana se hallaba abierta de par en par y la cocinera y la camarera, apoyadas en la barandilla, se inclinaban sobre el reducido patio interior, al que daban las cocinas de todos los pisos. Vociferaban las dos al mismo tiempo, mientras del fondo de aquel pozo ascendían gritos destemplados, mezclados con risas y maldiciones. Aquello parecía el vertedero de un colector: toda la servidumbre de la casa se desahogaba allí. Octave recordó la majestad burguesa de la gran escalera.

Las dos mujeres, advertidas por cierto instinto, se volvieron y quedaron sobrecogidas al ver a su señor con una visita. Se oyó un ligero silbido y las

ventanas se cerraron, volviendo a quedar sumida la casa en un silencio sepulcral.

—¿Qué ocurre, Lisa? —preguntó Campardon.

—Lo de siempre señor —respondió la camarera, muy excitada—. Otra vez esa cochina de Adèle que ha tirado por la ventana las tripas de un conejo. Debería usted decírselo al señor Josserand.

Campardon quedó muy serio, procurando no encolerizarse. Luego se encaminó hacia el gabinete de trabajo, diciendo a Octave:

—Ya lo ha visto todo. Los departamentos son idénticos en cada planta. Yo pago dos mil quinientos francos, y eso en un tercer piso. Los alquileres aumentan continuamente... El señor Vabre debe sacar unos veintidós mil francos de su finca. Y la renta subirá más, porque hablan de abrir una amplia avenida desde la plaza de la Bolsa a la nueva Opera... ¡Una casa cuyo terreno obtuvo por una bagatela, hace sólo doce años, después del gran incendio que provocó la criada de un droguero!

Al entrar en el gabinete. Octave vio sobre la mesa de dibujo, bajo la cruda luz de la ventana, una imagen santa ricamente encuadrada: una Virgen que en su abierto pecho, mostraba un enorme corazón despidiendo llamas. No pudo reprimir un gesto de extrañeza, y se quedó mirando a Campardon a quien conoció en Plassans como persona muy aficionada a la broma.

—¡Ah! Olvidaba decírselo —aclaró éste, con un ligero rubor—. He sido nombrado arquitecto de la diócesis de Evreux. ¡Oh!, rinde muy poco: unos dos mil francos escasos al año. Pero no me da trabajo. Todo lo más, un viaje de vez en cuando: el resto lo hace un inspector que tengo allí... Sin embargo, ya es bastante poder imprimir en las tarjetas: *Arquitecto del Gobierno*. No puede figurarse la cantidad de trabajo que esto me facilita entre la alta sociedad.

Mientras iba hablando, miraba la Virgen del ardiente corazón. Luego, en un súbito arranque de franqueza, prosiguió:

—Al fin y al cabo, me tienen sin cuidado sus necesidades.

Pero, al ver que Octave se había echado a reír, temió haber confiado excesivamente en el joven. Le miró de soslayo y recobrando la gravedad, trató de rectificar aquella frase.

—Digo esto y, en cierto modo, no es verdad... Llega un momento... Ya lo verá usted, amigo mío; cuando haya vivido lo que yo, acabará por hacer lo mismo que los demás.

Y habló de sus cuarenta y dos años y de lo absurdo de su existencia, en un tono melancólico que contrastaba vivamente con su aspecto saludable. Bajo la

apariencia bohemia, que pretendía darse, con sus melenas y su barba estilo Enrique IV, perduraba el cráneo achatado y la robusta mandíbula del burgués estrecho de espíritu y de voraces apetencias. En su juventud había manifestado un carácter marcadamente alegre.

La mirada de Octave se poso sobre un número de la *Gazette de France* que asomaba entre unos planos. Campardon, cada vez más molesto, llamó a la camarera para preguntar si por fin estaba libre la señora. Sí, se estaba despidiendo del doctor y acudiría enseguida.

—¿Acaso esta enferma su señora? —preguntó el joven.

—No, está como de costumbre respondió el arquitecto con tono de fastidio.

—¿Qué es pues, lo que tiene?

Algo embarazado, el señor Campardon se abstuvo de contestar directamente.

—Ya sabe lo que pasa con las mujeres, siempre tienen algún achaque... Lleva así trece años: desde su último parto. Por lo demás, se encuentra bien. Seguro que la hallará usted incluso más gruesa.

Octave no insistió. En aquel momento entraba Lisa con una tarjeta, y el arquitecto se excusó, pasando al salón, después de rogar al joven que conversara con su mujer mientras le esperaban. Éste, a través de la puerta que se abrió y cerró rápidamente, pudo advertir la presencia de una sotana en el salón blanco y dorado.

Casi al mismo tiempo, entró en la antecámara la señora Campardon. El joven no la reconoció. Tiempo atrás, cuando vivía en Plassans, en casa de su padre, el señor Domergue, ayudante de Obras Públicas, era delgada poco atractiva y, a pesar de sus veinte años, parecía una muchacha que pasase la crisis de la pubertad. Ahora la encontraba gruesa y lozana, y la dulzura de su mirada le daba cierto aire de gata glotona. Sin llegar a ser bonita, a sus treinta años había alcanzado una agradable madurez, como la fruta en otoño. Pero, a pesar de los amplios pliegues de la bata con que se cubría, Octave observó que andaba con alguna dificultad.

—¡Está usted hecho un hombre! —exclamó alegremente, tendiéndole las manos—. ¡Cómo ha crecido desde la última vez que le vi!

Y contemplaba al joven, alto, moreno y apuesto, con su barba y sus bigotes cuidadosamente arreglados. Cuando le dijo que tenía veintidós años, ella protestó, afirmando que aparentaba por lo menos veinticinco. El joven, a quien la presencia de una mujer, aunque fuera la última sirvienta halagaba

siempre, reía alegremente mientras acariciaba a su amiga con sus ojos color oro viejo, de una dulzura de terciopelo.

—Cierto que he crecido... ¿Se acuerda usted cuando su prima Gasparine me compraba canicas?

Luego pasó a darle noticias de sus padres. Los señores Domergue vivían dichosos en la casa donde fueron a retirarse. Lamentaban solamente el encontrarse muy solos y no perdonaban a Campardon que les hubiera privado de su querida Rose, con ocasión de un viaje hecho a Plassans, motivado por sus trabajos. Después trató de llevar la conversación hasta Gasparine, deseoso de satisfacer su curiosidad de muchacho precoz acerca de una aventura hasta aquel momento inexplicable: la súbita pasión del arquitecto por Gasparine, una hijastra mayor y pobre, y el inopinado matrimonio de aquél con Rose, poco atractiva, pero dotada con treinta mil francos: el acontecimiento provocó la ruptura de las dos muchachas y la fuga de la primera, que marchó a París, para vivir con una tía que trabajaba como costurera. Pero la señora Campardon, con su apacible rostro de palidez rosada, pareció no comprender, y el joven no pudo sacar ningún detalle.

—¿Y sus padres? —preguntó ella, a su vez—. ¿Qué tal andan los señores Mouret?

—Muy bien, gracias. Mi madre no sale ya de su jardín. La casa de la calle de la Banne se conserva tal como usted la dejó.

La señora Campardon, que parecía fatigarse al estar de pie, se había sentado en el alto taburete de la mesa de dibujo, y Octave, acomodado en un asiento bajo, levantaba la cabeza para hablar con la entonación acariciadora que era habitual en él. A pesar de sus cuadrados hombros, tenía una sensibilidad femenina que le hacía ganarse fácilmente la voluntad de las mujeres. Así fue como, al cabo de diez minutos, charlaban los dos como si fueran viejos amigos.

—Aquí me tiene convertido en un huésped —dijo Octave acariciándose la barba con su fina mano de cuidadas uñas—. Ya verá que bien nos vamos a llevar, ha sido usted muy amable, acordándose de aquel mocoso de Plassans y ocupándose de todo sin dilación.

Ella protestó.

—No, no me dé las gracias. Soy una perezosa incapaz de moverme. Achille ha sido quien se ha ocupado de todo... Por otra parte, el hecho de que mi madre nos comunicara su deseo de vivir en familia era suficiente para que le abriéramos las puertas de nuestro hogar. Así no tendrá que vivir entre extraños y, en cambio, nos hará compañía.

El joven explicó entonces sus andanzas. Después de obtener el título de bachiller, para contentar a su familia, había pasado tres años en Marsella, en una importante casa de estampados cuya fábrica estaba a las afueras de Plassans. Le apasionaba el comercio relacionado con las vanidades femeninas en el que forma parte la seducción y una posesión lenta de la mujer, por medio de frases halagüeñas y miradas acariciadoras. Y con una sonrisa de orgullo, explicó cómo había ganado los cinco mil francos que le permitirían lanzarse a la aventura de París.

—Imagínese que tenían unas piezas de indiana de un diseño anticuado que era una maravilla... Nadie las quería y estaban en el sótano hacía más de dos años. Entonces, como tuve que visitar el Var y los bajos Alpes, se me ocurrió comprar aquello como saldo y venderlo por mi cuenta. ¡Fue un éxito, un éxito de locura! Las mujeres se disputaban la tela y hoy en día no hay ninguna que no se vista con ella... ¡He de reconocer que supe conquistarlas! Estaban pendientes de mí, habría hecho de ellas lo que hubiese querido.

Y se reía, mientras la señora Campardon, seducida y trastornada por el pensamiento del estampado, le interrogaba. ¿Eran ramilletes de flores sobre un fondo crudo? Justamente, lo que buscaba por todas partes, para hacerse una bata de verano.

—He viajado por espacio de dos años, y ya es bastante —prosiguió el joven—. Ahora me toca conquistar París... buscaré algo sin pérdida de tiempo.

—¡Cómo! —exclamó ella—. ¿Pero es que Achille no le ha dicho nada? Le ha conseguido un empleo, y a dos pasos de aquí.

El joven expresó su gratitud y, bromeando, dijo que aquello era jauja y que sólo faltaba que al irse a dormir encontrara en su casa una mujer y cien mil francos de renta. En aquel instante apareció una niña de catorce años, alta y feúcha, de rubios cabellos, que al ver al joven, lanzó una exclamación de sorpresa.

—Entra, no tengas miedo —dijo la señora Campardon—. Es el señor Mouret, de quien ya nos has oído hablar.

Después, volviéndose hacia él, añadió:

—Es mi hija Angèle... No nos acompañó en nuestro último viaje porque estaba muy delicada. Pero ya se ha repuesto.

Angèle, con la zalamera timidez propia de su edad, fue a situarse detrás de su madre, desde donde miraba al joven sonriente mientras, casi al mismo tiempo, reaparecía su padre muy animado. Sin poderse contener, explicó a su esposa con frases entrecortadas la suerte que había tenido. El abate Mauduit,

vicario de Saint-Roch, le encargó unos trabajos; se trataba de una simple reparación, pero podía llevarle muy lejos... Luego, contrariado por haberse expansionado delante de Octave, le dio una palmada y dijo:

—Veamos, veamos ¿qué tenemos que hacer?

—Usted se disponía a salir —respondió Octave—, y yo no quisiera estorbarle.

—Achille —murmuró la señora Campardon—. ¿Qué hay de ese empleo con los Hédouin?

—¡Cierto! Es verdad —exclamó el arquitecto—. Sí, amigo mío, se trata de un buen cargo en una casa de novedades. Sé de alguien que les ha hablado de usted, y le esperan. Aún no son las cuatro. ¿Quiere que vayamos y le presente?

Octave vacilaba, pensando en el nudo de su corbata y en que acaso no estuviera debidamente arreglado; pero al fin se decidió, cuando la señora Campardon le hubo asegurado que su aspecto era impecable. Con un lánguido movimiento ésta ofreció la frente a su marido, que la besó con efusiva ternura, repitiendo:

—Adiós cariño... Adiós, cariño...

—Ya saben que cenamos a las siete —dijo ella siguiéndoles hasta el salón, donde recogieron sus sombreros.

Angèle iba tras ellos, sin gracia, pero la esperaba el profesor de piano y a poco se la oyó teclear con sus flacos dedos. Mientras bajaba por la escalera, después de dar las gracias una vez más. Octave se sentía perseguido por el piano. En medio del tibio silencio, salía de cada uno de los pisos, lejano y apagado, el eco de otros tantos pianos, que invisibles manos tocaban en casa de la señora Juzeur, en la de los Vabre y en la de los Duveyrier.

Al llegar abajo, Campardon torció por la calle Neuve-Saint-Augustin. Marchaba en silencio, con el aire absorto de un hombre que busca una transición. Finalmente, preguntó:

—¿Recuerda usted a la señorita Gasparine? Ocupa un alto cargo en casa de los Hédouin. Ahora la verá.

Octave creyó llegado el momento de satisfacer su curiosidad.

—¡Ah! ¿Vive con ustedes?

—¡No, no! —exclamó el arquitecto vivamente, casi molesto.

Luego, al ver al joven sorprendido por su vehemencia, añadió más sosegado:

—No, ella y mi mujer no se tratan... Ya sabe, cosas de familia... Yo, naturalmente, no puedo negarle el saludo, tanto más cuanto que la pobre

muchacha no vive en la abundancia. De este modo, saben una de otra a través de mí. En esta clase de desavenencias hay que dejar que el tiempo cicatrice las heridas.

Iba el joven a preguntar claramente a Campardon sobre su matrimonio, cuanto éste le atajó diciendo:

—Ya hemos llegado.

Estaban en el cruce de las calles Neuve-Saint-Augustin y Michodiér, ante un almacén de novedades cuya puerta daba al estrecho triángulo de la plaza Gaillon. Entre dos ventanas del entresuelo, había un rótulo que, en letras doradas, rezaba: *La Delicia de las Damas, casa fundada en 1822*. Más abajo, en los cristales sin azogue de los escaparates, podía leerse en letras rojas: *Deleuze, Hédouin y Cía*.

—Parecen algo anticuados, pero es una casa acreditada por su solidez y su honestidad —explicó rápidamente Campardon—. El señor Hédouin, antiguo dependiente de la casa, se casó con la hija del mayor de los hermanos Deleuze, que murió hace dos años, de modo que ahora la casa está dirigida por la joven pareja, su tío Deleuze y otro socio; aunque, según creo, estos últimos se mantienen al margen... Ya verá usted a la señora Hédouin; es una mujer muy inteligente. Entremos.

Justamente, el señor Hédouin se encontraba en Lille comprando género, y fue su señora quien les recibió. Estaba en pie, con un portaplumas detrás de la oreja, dando órdenes a dos mozos que colocaban unas piezas de tela en sus cajones. Le pareció tan grande y bella, con sus correctas facciones y su serena sonrisa, vestida austeramente de negro, con el solo adorno de un cuello blanco y una corbata masculina, que Octave, aun siendo poco tímido por naturaleza, no pudo evitar cierto balbuceo. Bastaron pocas palabras, para llegar a un acuerdo.

—Bien —concluyó la señora con su aire tranquilo y la desenvoltura de quien está habituado a los negocios—, puesto que está libre, puede visitar el almacén.

Y llamó a un empleado para que acompañara al joven. Después, respondiendo a una pregunta de Campardon, le indicó que la señorita Gasparine había salido a realizar unas gestiones, y acto seguido, se volvió de espaldas para proseguir su tarea, dando breves órdenes con su dulce voz.

—Ahí no, Alexandre... Ponga las sedas arriba. Ésas ya no son de la misma marca, ¡tenga cuidado!

Tras una corta vacilación. Campardon dijo a Octave que se iba y que pasaría a recogerle para ir a cenar. En las dos horas siguientes, el joven se

dedicó a examinar el almacén hallándolo mal iluminado, pequeño y repleto de mercancía que se amontonaba por todas partes, sin dejar más que estrechos pasillos entre verdaderas paredes de fardos. En varias ocasiones se cruzó con la señora Hédouin, que iba afanosa de un lado para otro, sin enganchar un cabo de su ropa. Parecía el alma que daba vida y equilibrio a la casa, y todo el personal se movía disciplinadamente siguiendo las menores indicaciones de sus manos blancas. Octave se sentía algo humillado al ver que no se preocupaba de él. Hacia las siete menos cuarto, al subir una vez más del sótano, le dijeron que Campardon estaba en el primer piso con la señorita Gasparine. Se hallaba allí la sección de lencería, de la que se ocupaba la señorita. Pero, al llegar a lo alto de la escalera de caracol, oculto por un montón de piezas de tela Octave se detuvo al oír como el arquitecto tuteaba a Gasparine.

—¡Te juro que no! —decía elevando la voz.

Hubo un silencio.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó la joven.

—Como de costumbre. Unas veces mejor y otras peor. Ella se da cuenta de que esto se acaba. No tiene remedio.

Gasparine pareció apiadarse.

—Pobre amigo mío, lo siento por ti. En fin, puesto que has podido arreglarte de otra manera... Dile cuánto me apena saber lo que está sufriendo...

Campardon, sin dejarla acabar, la había tomado por los hombros, para besarla en la boca apasionadamente, Ella le devolvió el beso y murmuró:

—Si puedes, mañana por la mañana, a las seis... Estaré acostada. Llama dando tres golpes.

Octave, aturdido, empezaba a comprender. Tosió y se dejó ver. Le aguardaba otra sorpresa: la prima Gasparine, muy delgada, con las facciones angulosas y el cabello deslucido, había perdido la mayor parte de su encanto y conservaba tan sólo sus hermosos ojos, que parecían llenar de vida su macilenta faz. Gasparine le acogió cortésmente, sin llegar a mostrarse efusiva. Se acordaba de Plassans y habló con el joven de tiempos pasados. Cuando éste y Campardon se despidieron, dio a ambos la mano. Al llegar abajo, la señora Hédouin dijo a Octave, simplemente:

—Hasta mañana, caballero.

Ya en la calle, ensordecido por el rodar de los coches y aturdido por los empujones de los viandantes, el joven no pudo contenerse y comentó que aquella señora era muy bella, pero que no tenía aspecto de ser amable. En la

calle Neuve-Saint-Augustin, poco antes de torcer por la calle Choiseul, el arquitecto saludó al pasar ante una de las tiendas. De pie en el umbral, una joven menuda y elegante, cubierta con una manteleta de seda, sujetaba un niño de tres años, que pretendía escapar. Conversaba entretanto con una anciana destocada, que sin duda era la tendera. En la penumbra que producían los cambiantes reflejos de las luces de gas. Octave no podía distinguir sus facciones, pero le bastó ver el ardor que brillaba en sus ojos, cuando por un instante los fijó en él, para comprender que era encantadora. Detrás de ella se hundía la tienda, húmeda, semejante a una cueva, de la que emanaba un vago olor a salitre.

—Es la señora Valérie, esposa de Théophile Vabre, el hijo menor del propietario. Ya sabe a quién me refiero: los vecinos del primer piso —explicó el arquitecto, después de avanzar unos pasos—. ¡Es una mujer fascinadora!... Nació en esa tienda, que es una de las mercerías más acreditadas del barrio. Sus padres, los señores Louhette, siguen al frente del establecimiento, por ocuparse en algo. ¡Buenos dineros han ganado, puede estar seguro!

Pero Octave no comprendía aquella clase de comercio, enterrado en las cuevas del viejo París, en el que antiguamente una pieza de tela servía de muestra, y afirmaba que por nada del mundo viviría en semejantes tugurios. ¡Así, no era extraño que contrajesen enfermedades!

Sin dejar de charlar, llegaron a su casa, donde ya les esperaban. La señora Campardon se había puesto un vestido de seda gris, peinándose y acariciándose con el mayor cuidado. Campardon la besó cariñosamente en el cuello, con una emoción de buen marido.

—Buenas noches, encanto.

Y pasaron al comedor, donde la cena transcurrió agradablemente. La señora Campardon habló en primer lugar de los Deleuze y los Hédouin, una familia muy respetada en el barrio, a la que pertenecían un primo dueño de una papelería en la calle Gaillon, un tío paraguero del pasaje Choiseul, y una serie de sobrinos y sobrinas con sus establecimientos esparcidos por todas partes, en los alrededores. Cambió luego la conversación y se ocuparon de Angèle, que muy tiesa en su silla, comía ceremoniosamente. Su madre la educaba en casa, por considerarlo más seguro: y por no ser más explícita guiñó un ojo, dando a entender que en los pensionados la señoritas aprendían muchas cosas inconvenientes. La niña llena de malicia, había colocado el plato en equilibrio encima del cuchillo, y Lisa, que servía, estuvo a punto de romperlo.

—¡La culpa es suya, señorita! —exclamó.

Una risa loca, difícilmente contenida, se retrató en el rostro de Angèle. La señora Campardon se limitó a sacudir la cabeza, y cuando Lisa inteligente y laboriosa; una verdadera hija de París, que sabía desenvolverse perfectamente. Hubieran podido prescindir de Victoire, la cocinera, que ya no era tan pulcra a causa de su edad; pero había visto nacer al señor sirviendo en casa de su padre y la conservaban como a una reliquia familiar que respetaban.

—Su conducta es irreprochable —prosiguió la señora Campardon, hablando al oído de Octave—. Hasta ahora no he descubierto nada en contra de ella... Sólo goza de un día de fiesta al mes y lo emplea yendo a visitar a su anciana tía, que vive algo apartada.

Octave contemplaba a Lisa, y viéndola nerviosa, con el pecho casi plano y sus marcadas ojeras, no pudo por menos de pensar que había de divertirse de lo lindo en casa de su anciana tía. Por lo demás, aprobaba vivamente cuanto decía la señora, que continuaba infiltrándole sus ideas sobre la educación: una hija joven constituye una grave responsabilidad; hay que guardarla incluso del aire de la calle. A todo esto, cada vez que Lisa se inclinaba cerca del asiento de Angèle, ésta le pellizcaba los muslos, dando muestras de gran intimidad, pues ni una ni otra alteraban su medida con el más leve parpadeo.

—Hay que ser virtuoso por uno mismo —dijo doctamente el arquitecto, como conclusión de unos pensamientos que no había llegado a expresar—. Yo me burlo de la opinión de los demás, soy un artista.

Terminada la cena, permanecieron hasta la medianoche en el salón, realizando aquel exceso para festejar la llegada de Octave. La señora Campardon parecía muy fatigada y poco a poco, fue recostándose en el diván.

—¿Sientes malestar, cariño? —preguntó el marido.

—No —respondió ella en voz baja—. Es lo de siempre.

Y mirándole tiernamente, añadió:

—¿La has visto en casa de los Hédouin?

—Sí... y me ha preguntado por ti.

Los ojos de Rose se cubrieron de lágrimas.

—Vamos, vamos —dijo el arquitecto, besándole levemente, en los cabellos, olvidando que no estaban solos—. No tienes por qué mortificarte... Ya sabes que te quiero de igual modo, amor mío.

Octave, que discretamente se había aproximado a la ventana, simulando mirar a la calle, se acercó de nuevo, intrigado, estudiando en el rostro de Rose hasta qué punto sabía lo que pasaba. Pero ésta había recobrado su aspecto amable y doliente, acurrucada en el fondo del diván, como mujer que acepta resignada su parte en las caricias del marido.

Finalmente. Octave se despidió de sus anfitriones. Estaba todavía en el rellano de la escalera, sosteniendo su palmatoria, cuando percibió el rumor de unas faldas de seda rozando los escalones. Se apartó cortésmente y dejó paso a la señora Jusserand y sus dos hijas, que sin duda volvían de alguna fiesta. Al cruzar ante él, la madre, corpulenta y soberbia, le examinó con atención, mientras la mayor de las hijas se apartaba acremente y la más joven, aturdida, le dedicaba una sonrisa a la viva claridad de la vela. Era ésta una joven encantadora, de rostro expresivo, tez clara y cabellos castaños con reflejos dorados, y parecía dotada de una gracia audaz, con el porte de una joven señora regresando del baile, entre un complicado atuendo de lazos y encajes inadecuado en una muchacha soltera. Sus siluetas desaparecieron en lo alto del tramo, y poco después, se oyó el ruido de una puerta al cerrarse. Octave permaneció inmóvil con la alegría retratada en sus ojos.

Lentamente, subió a su vez hacia su departamento. Una sola espita de gas brillaba en el tibio ambiente de la adormecida escalera, que ahora le parecía más recoleta, con sus puertas severas de noble caoba, cerrando dormitorios de reconocida honestidad. A través de ellas no pasaba el menor suspiro: sólo el silencio propio de gente bien criada que contenía hasta el aliento. No obstante, se dejó oír un leve rumor y Octave se inclinó, pudiendo ver al señor Gourd que, en chancletas y gorro de dormir, apagaba la última luz de gas. La casa se abismó entonces en la solemnidad de las tinieblas, como anonadada en la distinción y la decencia de su sueño.

Sin embargo, a Octave le fue difícil dormirse. Se volvía nerviosamente en la cama, con el pensamiento ocupado por los nuevos personajes que había conocido. ¿Por qué demonio le trataban los Campardon con tanta afabilidad? ¿Pensaban acaso, más adelante, casarle con su hija? ¿O tal vez el marido le había tomado como pensionista para distraer a su esposa, alegrando su existencia? Reflexionaba asimismo sobre la extraña enfermedad que padecía aquella señora. Luego, sus pensamientos se hicieron más confusos y por ellos fueron desfilando varias sombras: la pequeña señora Pichon, su vecina, con la mirada ausente de sus claros ojos: la bella señora Hédouin y su vestido negro envolviendo su porte correcto y formal; la ardiente mirada de la señora Valérie, y la risa alegre de la señorita Jusserand. ¡Cuántas cosas, a las pocas horas de llegar a París! Siempre se había figurado que sería así, que alguna dama le tendería la mano para ayudarle en sus negocios. Pero las imágenes volvían y se entremezclaban con una fatigosa obsesión. No sabía por cual decidirse, se esforzaba para conservar su voz tierna, sus gestos zalameros. Por

fin, bruscamente, cansado y exasperado, cedió a su fondo brutal y al feroz desdén que le inspiraban las mujeres, bajo el disfraz de su devota adoración.

—¿Me dejarán dormir de una vez? —exclamó en voz alta, revolviéndose furioso entre las sábanas—. ¡Me da igual la que sea, o todas a la vez, si ello les place! ¡Ahora a dormir, mañana será otro día!

II

CUANDO la señora Jusserand precedida de sus hijas, dejó la reunión de la señora Dambreville, que habitaba en un cuarto piso de la calle Rivoli, esquina a la del Oratoire, cerró bruscamente la puerta, dando rienda suelta a una cólera contenida desde hacía dos horas. Berthe, su hija menor, acababa de hacer fracasar un intento más de matrimonio.

—¿Qué hacéis ahí plantadas? —dijo a sus hijas, que estaban bajo los soportales, viendo pasar los coches de punto—. ¡Ya podéis echar a andar, que no seré, yo quien gaste dos francos más en tomar un coche!

Y como Hortense, la mayor, murmurase:

—Con este barro, buenas nos vamos a poner. Mis zapatos quedarán perdidos.

—¡Andando! —Prosiguió furiosa la madre—. ¡Cuando no tengáis más zapatos, os quedaréis en la cama, y asunto concluido. Para lo que sirve llevaros a las reuniones!...

Bajando la cabeza. Berthe y Hortense doblaron por la calle del Oratoire. Levantaban las faldas sobre las crinolinas cuanto podían tiritando bajo sus ligeras salidas de baile. La señora Jusserand marchaba detrás, envuelta en un viejo abrigo de piel gastado por el uso. Iban las tres sin sombrero, con la cabeza cubierta por una mantilla, haciendo que se volvieran los últimos transeúntes, que se sorprendían al verlas desfilar arrimadas a las casas, una tras otra, con las espaldas encorvadas y los ojos atentos a los charcos. La exasperación de la madre crecía más al recordar otras ocasiones semejantes, durante tres inviernos seguidos, arrastrando al regresar a casa por la enfangada acera sus vestidos de fiesta, lo que provocaba las bromas de los noctámbulos. ¡No, decididamente, estaba ya harta de pasear a sus hijas por los cuatro extremos de París, sin atreverse a tomar un coche, por miedo a tener que menguar la comida del día siguiente!

—¡Así es como se hacen buenos matrimonios! —exclamó en voz alta, refiriéndose ahora a la señora Dambreville, hablando sola para desahogarse, sin dirigirse siquiera a sus hijas, que ya habían enfilado la calle Saint-Honoré.

¡Bonitos matrimonios! ¡Un montón de haraganes que ni siquiera se sabe de dónde vienen! ¡Si no fuera porque no queda más remedio! ¡Lo mismo que su último éxito! El casamiento que había apadrinado para demostrar que nunca fallaba... ¡Qué bello ejemplo! Una desdichada criatura que fue preciso internar en un convento durante seis meses, después de una falta, para restituirle la honestidad...

Cruzaban las jóvenes la plaza del Palais-Royal, cuando empezó a caer un violento chaparrón. Aquello acabó por derrotarlas, y se detuvieron, resbalando y chapoteando, mientras veían pasar ante ellas los coches desocupados.

—¡Adelante! —exclamó la madre, incommovible—. Ahora ya estamos demasiado cerca y no vale la pena malgastar cuarenta sueldos... ¡Pensar que vuestro hermano se ha negado a salir con nosotras por miedo a que le hiciéramos pagar! ¡Mejor para él, si las cosas le van bien con esa señora!... pero no puede decirse que sea muy decente. ¡Una mujer que pasa de los cincuenta y se dedica a recibir jovencitos! ¡Una vieja vulgar impuesta como esposa al imbécil de Dambreville por un personaje que le ha nombrado jefe de negociado!

Hortense y Berthe corrían, una tras otra, bajo la lluvia, sin parecer escucharla. Cuando la madre se desahogaba de aquel modo, olvidando el rigorismo de la buena educación que les había dado, era conveniente hacerse las sordas. No obstante, al llegar a la calle de la Echelle, Berthe se rebeló.

—¡Vaya! —murmuró—. Ahora se me ha roto un tacón... ¡No puedo seguir andando!

La señora Josserand se enfureció.

—¿Quieres continuar?... ¿Acaso me quejo yo? ¡A lo mejor crees que me gusta estar en la calle a estas horas, con un tiempo semejante!... ¡Si por lo menos tuvierais un padre como las demás! Pero no, el señor se queda apoltronado en casa, y siempre he de ser yo quien os pasee arriba y abajo. ¡Ya estoy hasta la coronilla! ¡Os sacaré vuestro padre, si quiere, porque yo en lo sucesivo, no vuelvo a ninguna reunión para verme humillada!... ¡Bien me engañó cuando nos casamos! ¡A buen seguro que no pasaría lo mismo si hubiera de casarme otra vez!

Las jóvenes no protestaban. Se sabían de memoria el inagotable capítulo de las esperanzas frustradas de su madre. Con la mantilla echada sobre la cara y los zapatos empapados, avanzaban rápidamente por la calle Sainte-Anne. Pero, en la calle Choiseul, a la puerta de su casa, una última humillación

esperaba a la señora Josserand: llegaban en aquel momento los Duveyrier y su coche las llenó de barro.

Ya en la escalera, madre e hijas, fatigadas e irritadas, hubieron de recomponer sus semblantes al pasar ante Octave, luego, tras cerrar la puerta se lanzaron a tientas por el comedor, donde el señor Josserand escribía, a la escasa luz de una pequeña lámpara.

—¡Malogrado! —exclamó la señora Josserand, desplomándose sobre una silla.

Y, con un violento gesto, se arrancó la mantilla que le envolvía la cabeza y echó sobre el respaldo su abrigo, dejando ver el vestido colorado con adornos de seda negra. Su cuadrado rostro, de flácidas mejillas y nariz excesivamente grande, expresaba el trágico furor de una reina que se contiene para no pronunciar palabras gruesas.

—¡Ah! —dijo simplemente el señor Josserand, turbado por la violencia de la irrupción.

Presa de gran inquietud, parpadeaba rápidamente. Se sentía anonadado ante la robusta figura de su mujer. Vestía una levita vieja que sólo se ponía en casa, y las facciones de su rostro parecían oscurecidas por sus treinta y cinco años de oficinista. Contempló unos momentos a su esposa, con sus ojos azules de apagada mirada y, muy molesto, sin saber qué decir; echando hacia atrás sus cabellos grisáceos, trató de continuar su trabajo.

—¿Pero es que no me has entendido? —añadió la señora Josserand con voz aguda—. ¡Te digo que tu hija ha malogrado otro casamiento! ¡Y es el cuarto!

—Sí, sí, ya sé, el cuarto —murmuró—. Es fastidioso, muy fastidioso.

Y, para escapar a la aterradora presencia de su mujer, se volvió hacia las hijas, esbozando una sonrisa. Éstas se despojaban también de sus mantillas y salidas de baile, la mayor en azul, la pequeña en rosa. Sus vestidos, de atrevido corte y excesivos adornos, eran algo provocativos. Hortense, de tez amarillenta y con la armonía del rostro quebrada por una nariz igual a la de su madre, que le daba un aspecto de esquiva obstinación, acababa de cumplir veintitrés años y parecía tener veintiocho; Berthe, en cambio, con dos años menos, conservaba toda su gracia infantil, pues aunque tenía los mismos rasgos, éstos eran más finos y quedaban suavizados por la delicadeza de su blanca piel.

—¡A ver cuando nos miras a las tres! —exclamó la señora Josserand—. ¡Por el amor de Dios, deja tus escritos, que me atacan los nervios!

—Pero, querida, estoy llenando fajas —dijo apaciblemente.

—¡Ah, sí! Fajas a tres francos el millar... ¡Si esperas casar a tus hijas con esos tres francos!

Efectivamente, bajo el pálido resplandor de la lamparilla, la mesa se hallaba sembrada de hojas impresas de papel gris, cuyos espacios en blanco rellenaba el señor Josserand, por cuenta de un gran editor que lanzaba varias publicaciones periódicas. Al no resultar suficiente su sueldo de cajero, pasaba noches enteras entregado a aquel ingrato trabajo, sin decírselo a nadie, avergonzado por el pensamiento de que pudieran descubrirse sus apuros económicos.

—Tres francos son tres francos —respondió con voz lenta y fatigada—. Esos tres francos os permiten añadir adornos a vuestros vestidos y ofrecer pasteles a vuestras visitas de los martes.

Enseguida lamentó haber hablado así, pues se dio cuenta de que había herido a su mujer en lo más íntimo de su orgullo. Efectivamente, el rubor encendió sus mejillas y estuvo a punto de estallar, respondiendo ásperamente; pero, realizando un esfuerzo para no perder la dignidad, se limitó a murmurar:

—¡Dios mío...! ¡Dios mío!...

Y miró a sus hijas mientras aniquilaba a su marido con un encogimiento de hombros que expresaba claramente el desdén que le inspiraba. Las chicas sacudieron la cabeza, y entonces su padre viéndose derrotado, dejó la pluma y abrió el periódico *Le Temps*, que cada noche se llevaba de la oficina.

—¿Duerme Saturnin? —preguntó secamente la señora Josserand, refiriéndose a su hijo menor.

—Ya hace rato —respondió el padre—. También he mandado a Adèle.

—¡Demonio, si duerme allí! —exclamó rencorosa, sin poderse contener.

El padre, sorprendido, tuvo la candidez de añadir:

—¿Crees tú?

Hortense y Berthe se habían sumido en su convencional sordera, mas no pudieron evitar una leve sonrisa, mientras parecían concentradas en sus zapatos, cuyo estado era realmente lastimoso. La señora Josserand, por cambiar de tema, buscó otro motivo de discusión con su marido. Le rogó que se llevara el periódico cada mañana, sin dejar que corriese por la casa todo el día, como sucediera la víspera por ejemplo: en aquel número, precisamente, aparecía un proceso abominable, que hubieran podido leer las jóvenes. En ello reconocía la escasa moralidad de su marido.

—Entonces, ¿vamos a acostarnos? —preguntó Hortense—. Yo tengo hambre.

—¡Oh, y yo también! Estoy desfallecida —dijo Berthe.

—¡Cómo! ¿Tenéis hambre? —exclamó la señora Josserand—. ¿No habéis tomado pastas en la reunión? ¡Vaya insensatas! Yo por mi parte ya he cenado.

Pero las dos hermanas se resistieron, aduciendo que tenían hambre hasta sentirse enfermas, y su madre acabó por acompañarlas a la cocina, para ver si había sobrado algo. Aprovechando la ocasión, el padre volvió furtivamente a sus fajas. Él sabía muy bien que, sin ellas, hubieran desaparecido los pocos lujos de su hogar; ésta era la causa de que pasara gran parte de las noches dedicado a aquella secreta tarea, a pesar de los desdenes de las mujeres, dichoso al imaginar que un adorno más en sus atuendos podía determinar una boda ventajosa. Como ya se economizaba en la comida, sin que ello bastara para financiar los vestidos y las recepciones de los martes, se resignaba a su papel de mártir, vistiendo ropas raídas, mientras la madre y las hijas se exhibían en los salones con llores en la cabeza.

—¡Aquí no se puede respirar! —exclamó la madre al entrar en la cocina—. ¡Pensar que no puedo conseguir de esta puerca de Adèle que deje la ventana entreabierta! Pretextas que, por la mañana, la habitación está helada.

Había ido a abrir la ventana, y del angosto patio del servicio ascendía una humedad glacial y el vago tufo de una nueva cubierta de moho. La vela que había encendido Berthe proyectaba en la pared de enfrente unas sombras colosales de hombros desnudos.

—¡Cómo lo tiene todo! —añadió la señora Josserand, metiendo la nariz en los rincones más sucios—. No ha limpiado la mesa desde hace más de quince días... Aquí están los platos de anteayer... ¡Es fastidioso!... ¿Y el fregadero? ¡No hay más que olerlo!

Su enfado iba en aumento, mientras removía la vajilla con riesgo de echar a perder su elegante vestido; pero lo que acabó de colmar su paciencia fue la visión de un cuchillo mellado.

—¡Mañana por la mañana la pongo de patitas en la calle!

—No adelantarás nada —comentó Hortense tranquilamente—. Ninguna se queda con nosotros; ésta es la primera que nos ha durado tres meses... En cuanto son un poco ordenadas y saben hacer una salsa blanca, se largan.

La señora Josserand frunció los labios. En efecto, sólo Adèle, esa aldeana sucia y estúpida recién llegada de Bretaña, era capaz de aguantar en medio de aquella mísera vanidad de burgueses que abusaban de su ignorancia y su suciedad para alimentarla mal. Infinidad de veces habían hablado ya de despedirla, con motivo de hallar un peine en el pan o de un guisote que había producido cólicos a toda la familia; pero luego se resignaban ante las

dificultades que suponía su sustitución, pues incluso las ladronas se negaban a entrar en aquella casa, donde se contaban hasta los terrones de azúcar.

—¡No encuentro nada! —exclamó Berthe, que estaba registrando un armario.

Los estantes ofrecían el melancólico vacío y el falso lujo de las familias que compran comida de baja calidad para poner flores sobre la mesa. No había allí más que platos de porcelana con ribetes dorados, un cuchillo para el pan cuyo mango perdió gran parte de su original baño de plata y unas vinagreras en las que se habían secado el aceite y el vinagre; ni un mendrugo olvidado, ni un resto de postre, una fruta, una golosina o un trozo de queso. Se notaba que el siempre insatisfecho apetito de Adèle la obligaba a rebañar las raras sobras de salsa que sus señores dejaban en el fondo de los platos.

—¡Pero si se ha comido todo el conejo! —exclamó la señora Josserand.

—Es verdad, había quedado la parte trasera... —dijo Hortense—. ¡Ah!, no, aquí está. Ya me extrañaba que se hubiera atrevido... ¡Pues me lo voy a comer, aunque esté frío!

Berthe registraba por su cuenta, sin conseguir nada. Al fin, tropezó con una botella en la que su madre había vaciado el sobrante de un bote de confitura, con la idea de hacer jarabe de grosella para ofrecerlo en sus veladas. La joven se sirvió medio vaso de aquel líquido, diciendo:

—Menos mal; puesto que no hay otra cosa voy a mojar un pedazo de pan.

La señora Josserand, inquieta, le dirigió una severa mirada.

—¡No te contengas, Berthe, con tal de satisfacer tu apetito! Cuando vengan las visitas, tendré que ofrecerles un vaso de agua.

Por fortuna, un nuevo desaguisado de Adèle interrumpió su reprimenda. Todavía rondaba en busca de faltas cometidas por la criada, cuando advirtió la presencia de un libro sobre la mesa.

—¡La muy puerca! ¡Púes no se ha traído una obra de Lamartine a la cocina!

Era un ejemplar de *Jocelyn*. Después de cogerlo, lo frotó cuidadosamente, como si estuviera sucio, mientras afirmaba que le había prohibido llevarlo por todas partes para escribir sobre él sus cuentas. Berthe y Hortense, entretanto, se repartieron el pedazo de pan que quedaba. Luego, llevándose su cena, anunciaron su intención de desvestirse primero. La madre echó sobre el helado horno una última mirada y volvió al comedor estrechando el libro entre la desbordante carne de su brazo.

El señor Josserand seguía escribiendo, con la esperanza de que su mujer se contentara con lanzarle una fulminante mirada de desprecio cuando cruzase

el comedor camino del dormitorio. Pero ésta se sentó frente a él y quedo mirándole fijamente, sin pronunciar una sola palabra. El hombre sentía el peso de aquella mirada y estaba tan nervioso que su pluma arañaba de continuo el delgado papel de las fajas. Finalmente, le preguntó ella.

—¿Así que eres tú quien ha impedido que Adèle preparara unas natillas para mañana por la noche?

Su marido levantó la cabeza, estupefacto.

—¿Yo cariño?

—¡Oh!, no irás a negarlo, como siempre... Si no es así, ¿por qué no ha hecho las natillas que le había encargado? Ya sabes que mañana, antes de nuestra velada, tendremos a cenar al tío Bachelard, cuyo santo coincide, por desgracia, con nuestro día de recibo. Y si no tenemos natillas, habrá que comprar un helado, con lo que saltarán por la borda otros cinco francos.

Josserand no intentó disculparse, pero tampoco se atrevió a proseguir su tarea, y se puso a jugar con el cortaplumas, en medio de un profundo silencio.

—Mañana por la mañana —prosiguió su esposa—, me harás el favor de pasar por casa de los Campardon para decirles, con toda la cortesía de que eres capaz, que contamos con ellos para la velada... Esta tarde ha llegado el joven que esperaban. Ruégales que lo traigan. Entiéndelo bien: deseo que venga.

—Pero ¿qué joven?

—Uno; sería muy largo de explicar. Ya he tomado mis informes. Es preciso que lo intente todo, puesto que tú te desentendes de las chicas, sin que su matrimonio te preocupe más que el del Gran Turco.

Aquel pensamiento dio nuevo impulso a su cólera.

—¡Ya puedes ver que me contengo, pero lo cierto es que estoy hasta la coronilla!... No digas nada, no digas nada o conseguirás que estalle.

El pobre hombre no dijo nada, pero, a pesar de todo, ella estalló.

—¡Esto se está haciendo intolerable! Te advierto que el día menos pensado me largo y te dejo aquí con las pavas de tus hijas... ¿Acaso crees que he nacido para llevar esta vida de penuria? ¡Siempre peleando por el dinero, renunciando a comprar calzado y sin poder siquiera recibir a los amigos de una forma digna!... ¡Y todo por tu culpa!... No muevas la cabeza: no me exasperes más... ¡Sí, por tu culpa!... Me engañaste, si señor; me engañaste ignominiosamente. Nadie debe casarse cuando todo lo que puede ofrecer a su mujer son privaciones. Tú, en cambio, fanfarroneaste, hablando de tu brillante futuro y de la gran amistad que te unía con los hijos de tu patrón, esos

hermanos Bernheim, que luego se han burlado despiadadamente de ti. ¡Cómo! ¿Osarás decir que no se han burlado de ti? ¡Pero si a estas alturas ya tenías que ser su socio! Tú eres quien ha situado su cristalería entre los negocios más prósperos de París, pero sigues siendo su cajero, un subalterno, un asalariado... ¡Vamos, cállate, que careces de coraje!

—Gano ocho mil francos —murmuró el empleado—. Es un buen empleo.

—¡Un buen empleo, después de más de treinta años de servicio! Te comen por los pies y estás orgulloso de ello. ¿Sabes lo que yo habría hecho? Me habría metido la casa en el bolsillo cuantas veces hubiera querido. Era tan fácil que lo advertí desde el momento en que nos casamos. Y no puedes negar que siempre te he animado a que lo hicieras. Pero hacía falta tener iniciativa e inteligencia, y no dormirse sobre los laureles haciendo el haragán.

—¡Vamos! —interrumpió Josserand—. No irás a culparme porque he obrado honradamente...

La mujer se levantó y se acercó a él, empuñando su Lamartine.

—¡Honradez! ¿Que entiendes tú por honradez? Empieza por ser honrado respecto a mí. Los demás vienen después, en mi opinión. Y te lo repito una vez más: no es honrado casarse con una mujer haciéndole creer que algún día será rico para luego embrutecerse guardando la caja de otros.

¡Bonito modo de engañarme!... ¡Ah, si tuviera que hacerlo otra vez! ¡Si por lo menos hubiese conocido a tu familia!

Iba furiosa de un lado a otro de la estancia, y su marido, sin poder contener un asomo de impaciencia, a pesar de su deseo de paz, contestó:

—Deberías irte a la cama, Eléonore. Es más de la una y te aseguro que este trabajo corre prisa... Mi familia no te ha hecho nada y es mejor que no la menciones.

—¡Anda! ¿Por qué no? Me figuro que tu familia no es más digna que otra cualquiera. Nadie ignora en Clermont que tu padre, después de vender su bufete de abogado, se dejó arruinar por una criada. Hace mucho tiempo que habríamos casado a nuestras hijas, si no se hubiese convertido en un libertino a los setenta años cumplidos. ¡Otro que también me ha estafado!

El señor Josserand estaba muy pálido y respondió con una voz trémula que, poco a poco, fue elevándose:

—Escucha, no volvamos a echarnos en cara nuestras familias... Tu padre no me ha dado tu dote, los treinta mil francos que me prometió.

—¿Qué dices? ¿Treinta mil francos?

—Sí, querida, no finjas asombro... Y si mi padre ha sufrido contrariedades, el tuyo se ha portado indignamente con nosotros. Nunca vi

clara su sucesión, en la que hubo toda clase de artimañas para que el pensionado de la calle de las Fossés-Saint-Victor fuera a parar a manos del marido de tu hermana, ese cochino que ahora ni siquiera nos saluda. Nos han robado miserablemente.

La señora Josserand, demudada, estaba atónita ante aquella inconcebible rebeldía de su marido.

—¡No hables mal de papá! Fue el orgullo de la enseñanza durante cuarenta años. ¡Pregunta por el Instituto Bachelard en el barrio del Panthéon!... En cuanto a mi hermana y mi cuñado, los conozco y sé que me han robado; pero no eres tú quien debe decirlo, no lo toleraría. ¿Acaso hablo yo de tu hermana, que se fugó con un militar? ¡También hay muchas páginas negras en tu parentela!

—Un militar que se casó con ella, amiga... También es de los tuyos el tío Bachelard, tu hermano, que carece de toda moral.

—¿Pero es que te has vuelto loco? Es rico y gana lo que quiere con sus comisiones... Además, ha prometido dotar a Berthe... ¿Es que no hay nada que te inspire respeto?

—¡Sí, sí, dotar a Berthe! ¿Qué quieres apostar a que no le da un ochavo y que habremos soportado inútilmente sus repugnantes costumbres? Cuando viene aquí, me llena de vergüenza. ¡Un embustero, un libertino, un explotador que especula con su situación desde hace quince años, viendo cómo nos humillamos ante su fortuna! Cada sábado me obliga a pasar dos horas en su despacho repasando sus cuentas, sólo por ahorrarse doscientos sueldos. Todavía no hemos podido saber el color de sus regalos.

La señora Josserand, jadeante, se concentró unos momentos antes de exclamar:

—¡También tú tienes un sobrino en la policía!...

Hubo un nuevo silencio, mientras la luz se iba amortiguando y las fajas volaban sobre la mesa bajo el impulso de la gesticulación de Josserand. Miraba éste a su esposa fijamente, decidido a decirlo todo y asustado de su propio valor.

—Con ocho mil francos pueden hacerse muchas cosas —prosiguió—. Siempre te estás quejando, pero no era preciso instalarse a un nivel superior a nuestros medios. Es tu manía de recibir y devolver visitas, de destinar un día para ellas, y de ofrecer té y pastelillos...

Ella no le dejó terminar.

—¡Hasta aquí podíamos llegar! Sólo falta que me encierres en una jaula y me regañes porque no salgo a la calle desnuda. ¿Y tus hijas, amigo mío? ¿Con

quién habrán de casarse si no vemos a nadie? De nada sirve que una se sacrifique cuando ha de ser juzgada de modo tan mezquino.

—Todos hacemos nuestros sacrificios. Léon ha tenido que eclipsarse en beneficio de sus hermanas, y ha dejado el hogar, subsistiendo por sus propios medios. Y en cuanto a Saturnin, el pobre niño ni siquiera sabe leer... Yo por mi parte me privo de todo, paso las noches...

—¿Para qué has tenido hijas?... ¿No irás a reprocharles la instrucción que tienen?... Otro que estuviese en tu lugar se envanecería de la capacidad de Hortense y el talento de Berthe, que esta misma noche ha encantado a todos interpretando el vals *Bords de l'Oise* y que, a buen seguro, mañana dejará atónitos a nuestros invitados con su última pintura... Pero, por lo que se ve, tú no tienes nada de padre y habrías enviado a tus hijos a guardar vacas antes de mandarlos al colegio.

—Yo concerté un seguro para Berthe y fuiste tú quien, al llegar al cuarto vencimiento, empleaste el dinero en tapizar el mobiliario del salón. Más tarde, llegaste incluso a negociar los plazos abonados ya por mí.

—¡Claro! Como que por ti nos moriríamos de hambre... Tú tendrás la culpa si las chicas se quedan sin casar...

—¡Que yo tengo la culpa!... ¡Por todos los santos! ¡Si eres tú quien pone en fuga los presuntos maridos, con tu modo de vestir y tus ridículas recepciones...!

El señor Josserand no había llegado nunca tan lejos. Su esposa, sofocada, murmuró:

—¡Ridícula, yo!

En aquel momento, se abrió la puerta y aparecieron Berthe y Hortense, en enaguas y camisola, calzando zapatillas.

—Hace mucho frío en nuestro cuarto —dijo Berthe tiritando—. Aquí, por lo menos, ha habido fuego esta tarde.

Ambas hermanas acercaron unas sillas para sentarse junto a la estufa, que conservaba un resto de calor. Hortense sostenía su trozo de conejo con la punta de los dedos y Berthe mojaba pedazos de pan en el jarabe. Pero los padres, ya lanzados, no parecieron darse cuenta de que entraron, y siguieron su querella.

—¡Mira que llamarme ridícula! ¡No te daré ocasión de que lo vuelvas a decir! ¡Que me aspen si de nuevo me tomo molestia alguna por verlas casadas! ¡Te ocuparás tú de ellas! ¡Y procura no resultar más ridículo que yo!

—¡Pardiez, ahora que las has paseado y comprometido por todas partes! ¡Las cases o no, me tiene sin cuidado!

—¡Pues a mí me preocupan menos todavía! Tanto es así, que si me apuras un poco, las planto en medio de la calle. Y si mucho me fastidias, puedes irte detrás de ellas; la puerta está abierta... ¡Qué tranquila me quedaría!

Las jóvenes escuchaban tranquilamente, acostumbradas a estas discusiones violentas, y continuaban comiendo; con la camisa caída de sus hombros, frotando suavemente su piel desnuda contra la tibia cerámica de la estufa. Estaban encantadoras en su desarreglo, con su apetito goloso y sus ojos llenos de sueño.

—Hacéis mal en disputar —dijo finalmente Hortense, con la boca llena—. Mamá se hace mala sangre y papá enfermará otra vez en su oficina... Me parece que ya somos mayores y podemos casarnos sin ayuda de nadie.

—¡Si te refieres a ti —gritó—, estás lucida!... Mejor sería que no te hicieras ilusiones, porque ese Verdier nunca se casará contigo.

—Eso es asunto mío —contestó la joven con descaro.

Después de haber rechazado desdeñosamente a cinco o seis pretendientes, un dependiente, el hijo de un sastre y otros muchachos que consideraba sin porvenir, se había decidido por un abogado que conoció en casa de los Dambreville, a pesar de que ya contaba cuarenta años. Le tenía muy bien considerado y esperaba que amasaría una gran fortuna. Lo malo era que Verdier llevaba quince años viviendo con una amante que pasaba, en el barrio, por esposa suya. Pero Hortense lo sabía, sin que pareciese inquietarla demasiado.

—Hija mía dijo el padre, levantando nuevamente la cabeza, ya sabes que no soy partidario de ese matrimonio... No ignoras cuál es la situación.

—Verdier me ha prometido dejar a esa mujer, que es una estúpida —respondió ella con impaciencia.

—Te equivocas al pensar de este modo... ¿Y si llega un día en que ese hombre te abandona a ti, para volver con ésa de quien ahora tratas que se separe?

—Eso es cuestión mía —replicó la joven brevemente.

Berthe escuchaba en silencio, enterada del caso, cuyas eventualidades discutía diariamente con su hermana. Por lo demás, lo mismo que el padre, estaba de parte de aquella pobre mujer, a quien pretendían poner en la calle después de quince años de vida matrimonial.

—Eso es lo de menos —dijo la señora Josserand—. Esas desgraciadas acaban siempre por volver al arroyo. Lo malo es que Verdier nunca será capaz de separarse de ella... Lo que hace es entretenerte, hija mía. Yo, en tu lugar, le dejaría para buscar otro.

La voz de Hortense se hizo más acre y un ligero rubor ascendió a sus mejillas.

—Mamá, de sobra sabes cómo soy yo... Quiero a ese hombre y lo tendré. Nunca me casaré con otro, aunque tenga que esperar cien años.

La madre se encogió de hombros.

—¡Y tratas de tontas a las demás!

Hortense se levantó, estremecida.

—¡Basta! ¡No os ensañéis conmigo! He terminado de cenar y prefiero irme a la cama... Si tú no consigues casarnos, déjanos al menos obrar a nuestro modo.

Y salió del comedor dando un violento portazo. La señora Josserand se volvió majestuosamente hacia su marido y comentó:

—¡He aquí el resultado de la educación que les has dado!

El pobre hombre, que se entretenía pintándose puntitos de tinta en las uñas, mientras recobraba la firmeza de pulso, no se tomó la molestia de defenderse. Berthe, que había concluido el pan, untaba un dedo en el vaso para terminar el jarabe. Se encontraba bien allí, con la espalda caliente, y no tenía prisa por ir a soportar, en el cuarto, el mal humor de su hermana.

—¡Esta es la recompensa que una recibe! —prosiguió la madre, volviendo a sus paseos a través del comedor—. Ya puedes pasarte veinte años sacrificada para convertirlas en damas distinguidas, que ni siquiera te dan la satisfacción de casarse a tu gusto. ¡Aún si se les hubiera escatimado algo!... Pero he sido yo quien ha sufrido privaciones para vestirlas y acicalarlas como si tuviéramos una renta de cincuenta mil francos. ¡Verdaderamente, es demasiado!... ¡Cuando has conseguido que estas criaturas tengan una educación esmerada y sepan comportarse como damas de posición, te vuelven la espalda y pretenden casarse con un abogado, un aventurero de vida licenciosa!

Se detuvo ante Berthe y, amenazándola con el dedo, exclamó:

—¡Y tú, si te vuelves como tu hermana, tendrás que vértelas conmigo!

Luego, reemprendió su ir y venir, hablando sola, saltando de una idea a otra y cayendo en las contradicciones propias de la mujer que cree tener razón en todo momento.

—Siempre hice lo que debí hacer, y obraría igual si tuviese que hacerlo otra vez... En la vida no se puede ser tímida. El dinero es el dinero, y cuando no se tiene, lo mejor es reventar. Yo, cuando tengo veinte sueldos, siempre digo que tengo cuarenta; es preferible ser envidiado que inspirar pena... Ya puedes tener instrucción, que si no vas bien vestida, la gente te desprecia. No

es justo, pero es así... Preferiría llevar sucias las enaguas que lucir un vestido de percal. Aunque comas patatas a diario, cuando tengas invitados, ofréceles pollo... ¡Quién diga lo contrario, no está en su sano juicio!

Y se quedó mirando fijamente a su marido, a quien iban dirigidas estas últimas palabras. Éste, agotado y temiendo una nueva batalla, tuvo la flaqueza de admitir:

—Es cierto, hoy día sólo importa el dinero.

—Ya lo oyes —prosiguió la señora Josserand, volviendo sobre Berthe—. Anda derecha y procura complacernos. ¿Cómo has dejado escapar otra oportunidad de hacer un buen matrimonio?

La joven comprendió que le había tocado el turno.

—No lo sé, mamá —murmuró.

—Un subjefe de negociado con menos de treinta años y con un soberbio porvenir —continuó la madre—. Con tu paga segura cada mes; nada encontrarás mejor que eso... Seguro que has hecho alguna tontería, como con los demás.

—Te aseguro que no, mamá... Se habrá informado y sabrá que no tengo un ochavo.

Pero su madre protestó:

—¿Y la dote que ha de darte tu tío? Todo el mundo conoce la existencia de esa dote... No, debe haber algo más; la ruptura ha sido demasiado brusca... Mientras bailabais habéis pasado al saloncito...

Berthe pareció turbarse.

—Sí, mamá... Y como estábamos solos, ha pretendido propasarse, dándome un beso y abrazándome... Entonces, me dio miedo y le empujé contra un mueble...

Su madre la interrumpió enfurecida.

—¡Empujarle! ¡Desdichada! ¿Por qué habías de hacerlo?

—Pero, mamá, me estaba abrazando...

—¿Y qué? ¡Vaya cosa! ¿De qué sirve llevaros al colegio? ¿Qué es lo que allí os han enseñado?

El rubor teñía las mejillas de la joven y las lágrimas afluyeron a sus ojos, mientras sentía la confusión de una doncella violada.

—No es culpa mía... Su rostro reflejaba maldad... Ignoro lo que tenía que hacer.

—¡Lo que tenía que hacer! ¿Pues no pregunta lo que tenía que hacer? ¿No os he dicho cientos de veces que vuestras aprensiones son ridículas? Habéis de convivir con la gente. Cuando un hombre se muestra brutal, es porque os

quiere, y siempre hay manera de contenerle de una forma delicada... Un simple beso detrás de una puerta... ¿Crees que merece la pena decírnoslo a nosotros? Si continuas así, arrojando a la gente contra un mueble, echarás a perder cualquier proyecto casamentero...

Y adoptando un aire doctoral, prosiguió:

—Hay que perder toda esperanza, hija mía: eres una estúpida. Sería necesario meterte las cosas en la cabeza, pero me fastidia. Puesto que no tienes fortuna, has de comprender que debes pescar a los hombres con otros atractivos. Hay que mostrarse amable, poner ojos tiernos, permitir que te cojan la mano y tolerar ciertos atrevimientos, simulando inocencia: en fin, hay que pescar un marido... ¡No creas que vas a ganar nada llorando neciamente!

Berthe sollozaba.

—Me estás fastidiando: deja ya de llorar...

Luego, dirigiéndose a su marido, añadió:

—Di a tu hija que no se arruine la fisonomía llorando de ese modo. ¡Sólo faltaría que se volviera fea!

—Hija mía —dijo el padre—. Sé razonable y atiende a tu madre, que te aconseja por tu bien. Has de conservar tu lozanía.

—Lo que más me irrita es que, cuando quiere, sabe comportarse debidamente —prosiguió la señora Josserand—. Vamos, seca esas lágrimas y mírame como si yo fuera un joven que te anduviese rondando... Sonríe y deja caer el abanico, para que el joven, al recogerlo, roce tus manos... Vuelve la cabeza y alarga el cuello; eres bastante joven para poder exhibirlo.

—¿Así, mamá?

—Sí, así está mejor... pero no permanezcas tan tiesa: el talle ha de ser flexible. A los hombres no les gustan las estacas. Sobre todo, cuando se propasan, no hay que hacerse la boba. Si un hombre va demasiado lejos, se debe a que es apasionado, querida.

Sonaron las dos en el reloj del salón. En la excitación de aquella prolongada vigilia y en el ansia de conseguir un matrimonio inmediato, entregada a su soliloquio, la madre trataba a su hija como si fuese una muñeca de cartón. Ésta, sin voluntad propia, obedecía las indicaciones de su profesora; pero el temor y la vergüenza le atenazaban la garganta. Súbitamente, en medio de una carcajada cristalina que su madre la obligaba a ensayar, estalló en sollozos, con las facciones desencajadas, mientras balbuceaba:

—¡No, no, todo esto me aflige!

La señora Josserand quedó unos momentos estupefacta. Desde la salida de casa de los Dambreville, sentía su mano predispuesta a las bofetadas. En el colmo de la irritación, sin poder contenerse, dio un soberbio cachete a Berthe.

—¡Toma! ¡Me agotas la paciencia!... ¡Qué trasto! Al fin y al cabo, los hombres tienen razón.

Con la violencia del movimiento, el Lamartine, que seguía sosteniendo, cayó al suelo. Lo recogió, lo limpió y, sin añadir palabra, arrastrando majestuosamente su traje de noche, pasó al dormitorio.

—No podía acabar de otra manera —murmuró el señor Josserand, sin atreverse a retener a su hija, que también se retiró, con una mano en la mejilla y llorando desesperadamente.

Pero, cuando atravesaba a tientas la antecámara, Berthe tropezó con su hermano Saturnin, que se había levantado, descalzo, para ir a escuchar. Saturnin era un mocetón de veinticinco años, desgarrado y de mirada extraña, que, a consecuencia de una fiebre cerebral, quedó como un niño. Sin estar loco, aterrorizaba a la familia con las crisis de ciega violencia que sufría cuando le contrariaban. Berthe era la única capaz de dominarle con una mirada. Siendo aún niña, su hermano la había cuidado durante una larga enfermedad, obedeciendo abnegadamente sus menores antojos; tras haberla salvado, sintió por ella una adoración en la que se entremezclaban las más diversas formas de cariño.

—¿Te ha pegado otra vez? —preguntó en voz baja, muy excitado.

Berthe, inquieta por verle allí, trató de enviarle a la cama.

—Anda, ve a acostarte; esto no te afecta.

—Sí que me afecta. No quiero que te pegue... Gritaba tanto que me ha despertado... ¡Que no vuelva a empezar, o se las verá conmigo!

Ella, entonces, le cogió de las muñecas y le habló como si fuera un animal rebelde. El muchacho adoptó una sumisa actitud y murmuró con pueriles lágrimas:

—Te ha hecho daño, ¿verdad?... Dime dónde te duele, para que te dé un beso...

Y buscando a tientas su mejilla, la besó, murmurando: ¡Pobre hermanita mía!

El señor Josserand se quedó solo, pero estaba tan afligido que dejó caer la pluma. Al cabo de unos minutos, se levantó para ir de puntillas a escuchar detrás de las puertas. Su esposa estaba roncando y en la habitación de las hijas había cesado el llanto. El piso estaba sombrío y apacible, y él, aliviado, despabiló la lamparilla, y mecánicamente, reemprendió su escritura. Dos

gruesas lágrimas, que no había notado, cayeron sobre las fajas, en el solemne silencio de la casa adormecida.

III

CUANDO sirvieron el pescado, una raya de dudosa frescura que la torpe Adèle había inundado de vinagre, Hortense y Berthe, sentadas a ambos lados del tío Bachelard le incitaron a beber, llenando su vaso una tras otra, mientras le decían:

—¡Hoy es tu santo! ¡Hay que celebrarlo! ¡A tu salud, tío!

Las dos se habían confabulado para obligarle a que les diese veinte francos. Cada año, su madre, previsora, las colocaba al lado de su hermano, a fin de que le mimasen con sus zalamerías. Pero la tarea no era fácil y exigía todo el esfuerzo de las dos muchachas, espoleadas por el deseo de comprar unos zapatos Luis XV o unos guantes de cinco botones. Para arrancarle los veinte francos, era preciso emborracharle, porque, aunque derrochaba generosamente en juergas y festines los ochenta mil francos que ganaba con sus comisiones, para su familia se mostraba avaricioso en extremo. Felizmente, aquella noche llegó ya a medios pelos, por haber pasado la tarde en un establecimiento del barrio de Montmartre, al que proveía de vermut de Marsella.

—¡A vuestra salud, gatitas mías! —respondía cada vez con voz pastosa, vaciando su vaso.

Cubierto de joyas y con una rosa en el ojal, ocupaba el centro de la mesa, con su inmenso corpachón de traficante jardinero y escandaloso, de vuelta ya de todos los vicios. Su dentadura postiza iluminaba con una blancura demasiado cruda su estragado rostro, en el que destacaba la encarnada nariz, bajo el marco de sus canosos cabellos, rapados muy cortos. De vez en cuando, entornaba involuntariamente los párpados sobre sus ojos claros y de vaga mirada. Gueulin, el hijo de su cuñada, decía que su tío no dejó de estar borracho en los diez años que llevaba viudo.

—Narcisse, un poco más de raya; está muy buena —dijo la señora Jossierand, sonriendo ante la embriaguez de su hermano a pesar de que en el fondo le contrariaba.

Estaba sentada enfrente de él, entre el pequeño Gueulin y el joven Hector Trublot, a quien debía algunos favores. Normalmente, aprovechaba aquella cena familiar para librarse de ciertos compromisos; por tal razón asistía también al ágape la señora Juzeur, que se sentaba junto al amo de la casa. Por otra parte, dado que el tío se comportaba muy mal en la mesa y que era preciso contar con su fortuna para soportarlo, le exhibía solamente a sus íntimos o a personas a quienes ya no pretendía deslumbrar. Hubo un momento en que pensó hacer su yerno al joven Trublot, empleado entonces en una agencia de cambio, y en la espera de que su padre, hombre adinerado, le haría socio de la misma. Pero al darse cuenta de que Trublot sentía una profunda aversión hacia el matrimonio, dejó de mimarle y lo sentaba incluso junto a Saturnin, que nunca había logrado comer con pulcritud. Berthe, que siempre se colocaba al lado de su hermano, era la encargada de contenerle con una mirada, cuando éste metía demasiado los dedos en la salsa.

Después del pescado, sirvieron un pastel de carne, y las muchachas creyeron llegado el momento de arreciar en sus ataques.

—¡Bebe, tío, bebe! —dijo Hortense—. Es el día de tu santo... ¿No nos darás nada en este día?

—¡Calla, es verdad! —añadió Berthe con aire inocente—. Cuando es el santo de uno, siempre se regala algo... Podrías darnos veinte francos.

De repente, al oír hablar de dinero, Bachelard exageró su embriaguez. Era su acostumbrada picardía: dejaba caer los párpados y quedaba idiotizado.

—¿Eh? ¿Qué? —balbuceó.

—Veinte francos; sabes perfectamente lo que son veinte francos, no te hagas el tonto —añadió Berthe—. Danos veinte francos y te quereremos como nadie te quiere.

Se había echado a su cuello y le obsequiaban con toda clase de ternuras besándole en las encendidas mejillas, sin demostrar repugnancia por el apestoso olor que exhalaba. El señor Josserand, molesto ya por aquel persistente hedor a ajeno y tabaco, tuvo un gesto de rebeldía al ver a sus virginales hijas restregarse con este libertino corrompido.

—¡Basta ya! ¡Dejadle! —exclamó.

—¿Por qué? —dijo su mujer, lanzándole una terrible mirada. Ellas se divierten... Si Narcisse quiere darles veinte francos, es muy dueño de hacerlo.

—¡El señor Bachelard es tan bueno con ellas! —murmuró complaciente la pequeña señora Juzeur.

Pero el tío se resistía, exagerando su atontamiento, repitiendo, con la boca llena de saliva:

—Es raro, pero no lo sé... Palabra de honor que no lo sé.

Cambiando un guiño, Berthe y Hortense le dejaron entonces. Sin duda no había bebido bastante. Y se dedicaron nuevamente a llenarle el vaso, entre risas que disimulaban su atención de desvalijar al tío. Sus desnudos brazos, adorablemente torneados, mostraban a cada momento su lozanía bajo las enrojecidas narices de Bachelard.

Entretanto, Trublot, tranquilo y silencioso, seguía con la mirada a Adèle, mientras ésta rondaba lentamente a espaldas de los comensales. Como era muy miope, se la figuraba bonita, a pesar de sus acentuados rasgos de bretona y su descuidada cabellera. Al servir el asado, consistente en ternera a la cazuela, la criada se apoyó levemente en el hombro del muchacho, para alcanzar mejor el centro de la mesa, y éste, fingiendo recoger la servilleta, le dio un apretado pellizco en la pantorrilla. La criada, sin comprender, le miró, como si le hubiese pedido pan.

—¿Qué ocurre? —preguntó la señora Josserand—. ¿Ha tropezado con usted? ¡Oh, esta chica!... ¡Es tan torpe! Pero ¿qué quiere?, no tiene experiencia y hay que ir formándola.

—No, no ha sido nada —respondió Trublot acariciándose su negra barba, sereno como una deidad india.

La conversación se iba animando en el comedor, que se había caldeado con el aroma de la comida. La señora Juzeur confiaba una vez más al señor Josserand las tristezas de sus treinta años de soledad. Llevaba la mirada al cielo, limitándose a aquella discreta alusión al drama de su vida: su marido la abandonó diez días después de la boda, sin que nadie supiera la causa. Y ahora vivía sola, siempre recluida en casa, donde no recibía más visitas que las de los sacerdotes.

—¡Es tan triste, a mi edad! —murmuró lánguidamente, mientras comía con delicados gestos su ternera.

—Es una mujer muy desdichada —susurró la señora Josserand al oído de Trublot, expresando una profunda simpatía.

Pero el joven miraba con indiferencia a aquella beata de ojos claros, en la que todo eran reticencias y equívocos. No era su tipo.

En aquel momento surgió un incidente. Saturnin, a quien su hermana, entretenida con el tío, había dejado de vigilar, se divertía con la carne, con cuyos trozos hacía dibujos en el plato. Aquel desgraciado exasperaba a su madre, en quien provocaba temor y vergüenza. No sabía cómo librarse de él; por amor propio, no se atrevía a convertirle en obrero, después de haberle sacrificado a sus hermanas, retirándole del colegio donde su adormecida

inteligencia se despertaba con demasiada lentitud. Arrastrándose año tras año por la casa, abobado e inútil, era para ella un permanente apuro cuando tenía que presentarle en sociedad. Se sentía entonces terriblemente humillada.

—¡Saturnin! —exclamó.

Pero Saturnin se mofó de ella, feliz con su juego. No sentía ningún respeto por su madre, a la que trataba descaradamente de embustera y roñosa, con la clarividencia de los locos que piensan en voz alta. Seguro que la cosa hubiera acabado mal, de no ser porque Berthe, volviendo a su papel, pudo contenerle con una mirada, evitando que lanzase el plato a la cabeza de la madre. Trató de resistir, pero al fin su mirada pareció extinguirse, y quedó taciturno, como adormilado, hasta el final de la cena.

—Supongo, Gueulin, que te habrás traído la flauta —inquirió la señora Josserand, tratando de disipar el malestar reinante entre los invitados.

Gueulin tocaba la flauta por afición, pero sólo lo hacía ante personas de confianza.

—¿La flauta? Desde luego —respondió el aludido.

Con sus cabellos y patillas más erizados que de costumbre, se hallaba distraído contemplando las maniobras de aquellas jóvenes en torno de su tío. Trabajaba en una compañía de seguros y al salir de la oficina, se reunía con Bachelard, para no dejarle ya, recorriendo juntos toda clase de tugurios y antros. Tras el desgarrado corpachón de uno, se podía estar seguro de ver siempre la desmedrada figura de su acompañante.

—¡Animo! ¡No le soltéis! —dijo bruscamente, como si siguiera las alternativas de una lucha.

Efectivamente, el tío iba perdiendo terreno. Cuando, después de la verdura, Adèle sirvió un helado de vainilla y grosella, se produjo una inesperada alegría alrededor de la mesa, y las muchachas aprovecharon la oportunidad para hacer beber al tío la mitad de la botella de champaña, que había costado tres francos a la señora Josserand. Aquello acabó de enternecerle, haciendo que olvidase seguir la comedia de la imbecilidad.

—¿Qué? ¿Veinte francos? ¿Por qué veinte francos? ¡Ah, queréis veinte francos! Pero yo no los tengo; de veras. Preguntadle a Gueulin. ¿No es cierto? He olvidado el monedero y Gueulin ha tenido que pagarme el café. Si los tuviese, gatitas, os los daría, porque sois muy cariñosas conmigo.

Gueulin, con su aire tranquilo, se reía, produciendo el mismo ruido que una polca mal engrasada. Mientras, murmuraba:

—¡El muy zorro!...

Luego, de repente, en un arrebató, exclamó:

—¡Registradle!

Hortense y Berthe se lanzaron nuevamente sobre el tío, sin recato alguno. El ansia de los veinte francos, contenida hasta entonces por sus buenos modales, acabó por dominarlas. Prescindiendo de toda conveniencia, una hurgaba con las dos manos en los bolsillos del chaleco, mientras que la otra las hundía hasta los puños en los bolsillos de la levita. Entretanto, el tío, recostado en su asiento, se resistía todavía; pero la risa le dominó, una risa cortada por hipos de borracho.

—¡Palabra de honor! ¡No tengo un sueldo! ¡Dejadme ya, me hacéis cosquillas!

—¡Mirad en el pantalón! —gritó Gueulin, excitado por la escena.

Y Berthe, resueltamente, registró uno de los bolsillos del pantalón. Se estremecían ansiosas y hubieran sido capaces de arañar a su tío. Finalmente, Berthe lanzó una exclamación victoriosa; sacó del fondo del bolsillo un puñado de dinero que esparció sobre un plato. Entre un montón de monedas, apareció una de veinte francos.

—¡Ya la tengo! —exclamo, sofocada y con el cabello en desorden, mientras la echaba al aire, para recogerla después.

Todos aplaudieron en torno de la mesa, encontrando aquello gracioso. En medio del barullo que alegró la cena, la señora Josserand miraba a sus hijas con enternecida sonrisa maternal. El tío, que recogía su dinero, dijo sentenciosamente que cuando se querían veinte francos era preciso ganarlos. Y las damiselas, cansadas y satisfechas, jadearon a diestro y siniestro, con los labios aún trémulos por la excitación.

Sonó el timbre de la puerta; la comida se había prolongado y empezaban a llegar las visitas. El señor Josserand, decidido a tomar la cosa a risa, como había hecho su mujer, empezó a entonar una canción; pero ésta, lastimada en sus aficiones poéticas, le impuso silencio. Por otra parte, aceleró la marcha de los postres, tanto más cuanto que el tío, malhumorado después de hacer su regalo, se mostraba dolido porque su sobrino Léon no le había felicitado. Se levantaban ya de la mesa, cuando Adèle anunció que en el salón esperaba el arquitecto del piso de abajo acompañado por un joven.

¡Ah!, sí, ese joven —murmuró la señora Juzeur, aceptando el brazo que le ofrecía el señor Josserand—. Entonces, le han invitado, ¿no es así? Le he visto esta mañana, ante la portería. Es muy bien parecido.

La señora Josserand se apoyaba en el brazo de Trublot, cuando Saturnin, que quedaba solo en la mesa y a quien todo el jaleo de los veinte francos no

había despertado de su modorra, volvió su silla en un brusco acceso de furor, mientras gritaba:

—¡No quiero, diantre, no quiero!

Aquello era lo que siempre temía su madre, que hizo señas a su marido para que se llevara a la señora Juzeur. A continuación se desprendió del brazo de Trublot, que, comprendiendo su apuro, desapareció. Pero debió equivocarse, pues se encaminó hacia la cocina, pisando los talones a Adèle. Bachelard y Gueulin, sin hacer caso del tocado, como le llamaban, bromeaban bulliciosamente en un rincón del comedor donde seguían batiendo palmas.

—Estaba muy raro; presentí que algo le ocurriría esta noche —murmuró la señora Josserand, muy inquieta—. Berthe, ven enseguida.

Pero Berthe estaba mostrando a Hortense la moneda de veinte francos.

Saturnin había cogido un cuchillo y repetía:

—¡Diantre, que no quiero! ¡Le voy a abrir la barriga!

—¡Berthe! —gritó la madre, desesperada.

Cuando acudió la joven, sólo tuvo tiempo de sujetarle por la mano, para que no entrase en el salón. Le zarandeó, furiosa, mientras él explicaba con su lógica de perturbado:

—Deja que lo haga, hay que acabar con ellos... Te digo que es mejor así... Ya estoy harto de sus puercas historias. Acabarán por vendernos a todos.

—¡Te pones muy pesado! —exclamó Berthe—. ¿Qué es lo que te pasa?

Él la miró confuso, agitado por la ira, y murmuró:

—De nuevo te quieren casar... ¡Y eso jamás! No quiero que te hagan daño.

La muchacha no pudo contener la risa. ¿De dónde sacaba que querían casarla? Pero él sacudía la cabeza; lo sabía, lo presentía. Y, al ver que la madre intervino, tratando de calmarle, empuñó el cuchillo con tal violencia que ésta retrocedió. No obstante, temiendo que la escena trascendiera, ordenó brevemente a la joven que se lo llevase y le encerrara en su habitación. Saturnin, cada vez más irritado, daba grandes voces:

—¡No quiero que te casen! ¡No quiero que te hagan daño! ¡Si te casan, les abriré la barriga!

Entonces, Berthe apoyó sus manos en los hombros del muchacho y, mirándole fijamente, dijo:

—Escucha, si no te tranquilizas, nunca más volveré a quererte.

Saturnin titubeó; la desesperación distendió sus facciones y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Tú no me quieres... Tú no me quieres... No digas eso. ¡Oh, te lo ruego! Di que me sigues queriendo; di que me querrás siempre y que no querrás a otro.

Ella le cogió de una muñeca y se lo llevó sin resistencia, dócil como un niño.

En el salón, la señora Josserand, exagerando su intimidad, llamó a Campardon, su querido vecino. ¿Por qué no la honraba con su presencia la señora Campardon? El arquitecto la excusó, diciendo que su esposa estaba siempre algo enferma, y ella protestó, asegurando que la habría recibido igualmente, aunque acudiese en peinador y chancletas. Pero, a todo esto, no apartaba la mirada de Octave, que conversaba con el señor Josserand, y su amable sonrisa iba dedicada a él, por encima del hombro de Campardon. Cuando su marido le presentó al joven, demostró tan viva cordialidad que éste se sintió embarazado.

Entretanto, iban llegando las visitas: madres robustas con hijas delgaduchas, y padres y tíos, apenas espabilados del sopor de la oficina, empujando ante sí manadas de jovencitas casaderas. Dos lámparas con pantallas de papel rosa daban una tenue iluminación al salón, en el que los viejos muebles tapizados de terciopelo amarillo, el piano falto de barniz y tres difusos paisajes de Suiza destacaban sobre la fría desnudez de las paredes blancas con adornos dorados. En la triste penumbra, las míseras figuras de los invitados se hacían borrosas, lo mismo que sus ajadas indumentarias. La señora Josserand llevaba el traje de noche del día anterior, aunque, para engañar a las visitas, había pegado unas mangas de corpiño, añadiendo una manteleta de encaje que le cubría los hombros. Sus hijas también pasaron la jornada cosiendo y descosiendo lazos y puntillas en sus únicos vestidos, que, de aquel modo, cambiaban totalmente de aspecto de una temporada a otra.

Cada vez que llamaban a la puerta, se oía un cuchicheo en la antecámara. En la sombría estancia se conversaba en voz baja, y sólo de vez en cuando, la nota falsa de una risa forzada de una señorita, alteraba el monótono murmullo. Detrás de la pequeña señora Juzeur, Bachelard y Gueulin cambiaban codazos para subrayar sus obscenos comentarios. La señora Josserand les vigilaba con mirada inquieta, pues temía las salidas de tono de su hermano. La señora Juzeur escuchaba cuanto decían y tenía los labios trémulos, sonriendo con angelical dulzura ante las indecencias que llegaban a sus oídos. El tío Bachelard tenía fama de hombre peligroso y Gueulin, por el contrario, era un adepto de la castidad. Teóricamente, por bellas que fueran las mujeres, Gueulin las rehuía, y no porque las desdeñase, sino por temor a

las consecuencias que implicaban; según decía, siempre ocasionaban complicaciones.

Al fin apareció Berthe, que se acercó rápidamente a su madre.

—¡Vaya! ¡Trabajo me ha costado! —le susurró al oído—. No ha querido acostarse y he tenido que encerrarle bajo llave... Pero tengo miedo de que lo rompa todo allí dentro...

La señora Josserand la obligó a callar con un gesto. Octave, que estaba junto a ellas, había vuelto la cabeza.

—Mi hija Berthe, señor Mouret —dijo con su aire más gracioso, presentándole la joven—. El señor Octave Mouret, querida.

Y se quedó contemplando a la muchacha, que sabía muy bien que aquella mirada era como una orden de combate en la que iban implícitas las instrucciones de la noche anterior. Berthe obedeció al momento, complacida y con la indiferencia de una joven casadera dispuesta a aceptar cualquier oportunidad. Desempeñó su papel maravillosamente, con la fácil gracia de una parisién de vuelta ya de todo, y habló con entusiasmo del Midi, donde nunca había estado. Octave, habituado a la rigidez de las doncellas provincianas, quedó prendado por el donaire de aquella joven que se expresaba como si fuera un compañero.

En aquel momento, el taimado Trublot, que había desaparecido al acabar la cena, entró en el salón con paso furtivo, y Berthe, al verle, le preguntó inocentemente de dónde venía. El muchacho, confuso, quedó callado, y ella, para salir de aquel trance, presentó a los dos jóvenes. La madre no dejaba de observarla, adoptando la actitud de un general en jefe, dirigiendo la campaña desde la butaca en que se sentaba. Cuando juzgó que el primer encuentro había dado sus resultados, llamó a su hija con una seña y le dijo en voz baja:

—Espera que lleguen los Vabre para tu recital de piano... ¡Y toca con energía!...

Octave, que había quedado solo con Trublot, trataba de sonsacarle.

—Una persona encantadora.

—Sí, no esta mal.

—La joven de azul es su hermana mayor, ¿verdad? No me complace tanto.

—¡Pardiez! ¡Está muy flaca!

Trublot, que con sus ojos de miope miraba sin ver, tenía el aspecto del hombre obstinado, de sólidas convicciones. Había vuelto satisfecho, mordisqueando unas pastillas negruzcas que Octave identificó sorprendido, como granos de café.

—Oiga —dijo de repente—. ¿Es cierto que en el Midi acostumbran a ser gruesas las mujeres?

Octave sonrió, sintiendo una súbita simpatía por Trublot, a quien le aproximaba la afinidad de pensamientos. Fueron a sentarse en un diván y, apartados de los demás, se hicieron mutuas confidencias. Uno habló de su patrona de *La Delicia de las Damas*, señora Hédouin, una mujer de gran belleza pero de extremada frialdad, y el otro explicó que despachaba correspondencia de nueve a cinco en la agencia de cambio del señor Desmarquay, donde había una criada impresionante. Entre tanto, se abrió la puerta del salón y entraron tres personas.

—Son los Vabre —murmuró Trublot, inclinándose hacia su nuevo amigo—. Auguste, el más alto, ese que tiene cara de cordero a medio degollar, es el hijo mayor del propietario; tiene treinta y tres años y sufre continuos dolores de cabeza que le han obligado a abandonar sus estudios de latín; es persona poco agradable y se dedica al comercio... El otro, Théophile, ese esperpento de cabellos rubios y barba rala, es un anciano de veintiocho años, sacudido por ataques de tos y mal humor súbito, que ha probado una docena de actividades, para acabar casándose con la joven que les precede, la señora Valérie...

—Ya la había visto —le interrumpió Octave—. Es hija de un mercero del barrio, ¿verdad? ¡Cómo la desfiguran los velos que lleva!... Cuando la vi me pareció guapa, pero es más bien rara, con sus facciones crispadas y su tez plomiza.

—Tampoco ésta es de mi gusto —replicó sentenciosamente Trublot—. Tiene unos bellos ojos y esto es suficiente para algunos, pero está muy delgada.

La señora Josserand se había levantado para estrechar las manos a Valérie.

—¡Cómo! —exclamó—. ¿No viene con ustedes el señor Vabre? ¿Y el señor y la señora Duveyrier tampoco nos honran con su visita, a pesar de que habían prometido venir?... ¡Qué lástima!

La joven disculpó a su suegro, a quien la edad retenía en casa y que, por otra parte, gustaba trabajar durante la noche. En cuanto a sus cuñados, le habían encargado de presentar sus excusas, pues estaban invitados a una recepción oficial a la que no podían faltar. La señora Josserand frunció los labios. Ella no faltaba nunca a las veladas de los sábados de aquellos presumidos del primer piso, que se hubiesen creído deshonrados al subir un martes al cuarto. Sin duda su modesto té no estaba a la altura de los conciertos

que daban ellos a gran orquesta. ¡Pero tendría paciencia! Cuando sus hijas se casaran y contara con dos yernos y sus familias para llenar el salón, también ella podría presumir.

—Prepárate —murmuró al oído de Berthe.

Eran unas treinta personas y estaban bastante apretadas, puesto que no abrían el saloncito que servía de dormitorio a las jóvenes. Los recién llegados cambiaron saludos entre sí. Valérie fue a sentarse junto a la señora Juzeur, mientras, tras ellas, Bachelard y Gueulin hacían en voz alta desagradables comentarios sobre Théophile Vabre, diciendo entre risas que era un inútil. En un rincón, el señor Josserand, que se eclipsaba hasta el extremo de parecer un invitado y a quien siempre había que buscar, aun cuando estuviera delante de uno, escuchaba, visiblemente turbado, la historia que explicaba un viejo amigo suyo. Era Bonnaud, el antiguo jefe de la sección de contabilidad de los ferrocarriles del Norte, cuya hija se había casado la primavera anterior. Pues bien, Bonnaud acababa de descubrir que su yerno, una persona distinguida, había sido payaso y vivió diez años a expensas de una amazona.

—¡Silencio! ¡Silencio! —susurraron algunas voces complacientes.

Berthe había abierto el piano.

—¡Oh, por Dios! —aclaró la señora Josserand—. Se trata de una pieza sin pretensiones, una simple fantasía... Señor Mouret, tengo entendido que le gusta la música. Acérquese pues... Mi hija toca bastante bien; no pasa de ser una aficionada, pero pone en ello mucho sentimiento.

—¡Le pillaron! —dijo Trublot en voz baja—. Este es el truco de la sonata.

Octave tuvo que levantarse y quedó de pie, junto al piano. Viendo las acariciadoras atenciones con que le rodeaba la señora Josserand, llegó a la conclusión de que hacía tocar a su hija exclusivamente para él.

—*Les Bords de l'Oise* —prosiguió aquella—. Es una bella melodía... Vamos, cariño, no te azores. El señor será indulgente.

La joven atacó la pieza sin mostrar ninguna turbación. Por otra parte, su madre no apartaba de ella la mirada, como si fuese un sargento dispuesto a castigar con una bofetada el menor fallo técnico. Su desesperación era que el instrumento, agotado por quince años de diarias escalas, no tenía la sonoridad del piano de gran cola de los Duveyrier; además, según ella, su hija no tocaba con bastante energía.

A partir del décimo compás. Octave había dejado de escuchar, pese su aspecto atento y a sus movimientos de cabeza. Contemplaba el auditorio, la correcta atención de los hombres y la estirada postura de las damas. Todos estaban entregados a sus propias preocupaciones del momento. Las madres

soñaban visiblemente con casar a sus hijas, mostrando sus agresivos colmillos en un gesto de abandono inconsciente. Era la pasión dominante en el salón; un furioso apetito de yernos que devoraba a aquellas burguesas entre los asmáticos sonidos del piano. Las muchachas, cansadas, se dormían inclinando la cabeza, olvidando mantenerse erguidas; Octave, que desdeñaba a las jóvenes, se interesó mucho por Valérie; decididamente era fea, pero, a pesar suyo, volvía la mirada para contemplarla, enfundada en su vestido de seda amarilla con adornos negros. Le producía cierta inquietud e incluso le seducía con su mirada vaga y su sonrisa de enferma.

Se produjo una interrupción. Había sonado el timbre y entró en el salón un caballero, sin adoptar precaución alguna.

—¡Oh!, doctor —exclamó la señora Josserand, irritada.

El doctor se excusó con un gesto y se detuvo donde estaba. Berthe interpretaba en aquel momento un lento pasaje de extraordinaria dulzura que el auditorio comentó con un murmullo halagador. ¡Magnífico! ¡Delicioso! Hortense, que, de pie junto a su hermana, daba vuelta a las hojas de la partitura, permanecía insensible ante aquella catarata de notas y estaba pendiente del timbre de la puerta. Cuando entró el doctor tuvo tal gesto de contrariedad que rasgó la página que tenía entre los dedos. Bruscamente el piano tembló bajo las frágiles manos de Berthe, que lo aporreaban sin piedad; era el fin de la fantasía, con un golpear continuo entre una ensordecedora sucesión de furiosos acordes.

Hubo un momento de vacilación. La gente se despertaba. ¿Había acabado? Al fin estallaron los aplausos. ¡Adorable! ¡Qué talento tan excepcional!

—La señorita es realmente una artista de primera magnitud —dijo Octave distraído en sus observaciones—. Nadie me había impresionado tanto.

—¿Verdad que sí? —exclamó la señora Josserand, encantada—. No lo hace del todo mal, hay que reconocerlo... Ciertamente que no hemos negado nada a esta niña; es nuestro tesoro. La hemos alentado en su vocación... ¡Ah, señor, si usted la conociera!...

Un confuso murmullo de voces llenaba nuevamente el salón. Berthe, muy serena, recibía los elogios de todos sin abandonar el piano, esperando que su madre la relevara de su carga. Se hallaba ésta hablando a Octave de la asombrosa ejecución que su hija hacía de *Les Moissonneurs*, un galop fantástico, cuando se oyeron unos golpes sordos y lejanos que conmovieron a los invitados. El ruido crecía por momentos, haciendo pensar que alguien

intentaba derribar una puerta. En medio del silencio que se hizo en el salón, interrogábanse unos a otros con la mirada.

—¿Qué ocurre? —se atrevió a preguntar Valérie—. Ya se oía el ruido hace un rato, cuando terminaba la fantasía.

La señora Josserand había quedado enteramente pálida. Reconoció que era obra de Saturnin. ¡Maldito loco! Ya se lo imaginaba cayendo en medio de la reunión. ¡Si continuaba dando golpes, otro matrimonio que se esfumaba!

—Es la puerta de la cocina que bate —dijo con una sonrisa forzada— Adèle se olvida siempre de cerrarla... Ve a ver Berthe.

La joven había comprendido también, así que se levantó y desapareció. Los golpes cesaron al momento, pero ella no volvió al salón. El tío Bachelard, que había perturbado escandalosamente la interpretación de *Les Bords de L'Oises* con comentarios en voz alta, acabó de disgustar a su hermana al gritarle a Gueulin que se aburría y que se iba a beber un grog. Pasaron los dos al comedor, cerrando la puerta con estrépito.

—¡El bueno de Narcisse, siempre tan original! —dijo la señora Josserand, mientras se sentaba entre Valérie y la señora Juzeur—. ¡Está tan atareado con sus negocios! ¿Saben que este año ha ganado cerca de cien mil francos?

Octave, libre al fin se apresuró a reunirse con Trublot, que seguía en el diván. Cerca de allí, varios de los concurrentes rodeaban al doctor Juillerat viejo médico del barrio que, aunque poco dotado, a fuerza de experiencia se hizo un buen practicón, asistiendo a la mayoría de los presentes, estaba especializado en enfermedades de la mujer, lo que daba lugar a que los maridos le interrogaran en cualquier rincón, en busca de una consulta gratuita. Justamente, Théophile le estaba diciendo que Valérie había tenido una crisis la noche anterior; siempre se sofocaba, quejándose de una especie de nudo que se formaba en su garganta. Él tampoco se encontraba muy bien, pero aquello era otra cosa. Después ya no hizo más que hablar de sí mismo: había empezado por estudiar leyes, para después pasar a la industria, trabajando con un tundidor, y conocer luego la administración en las oficinas del Monte de Piedad; más tarde, se dedicó a la fotografía, y creyó haber ideado entonces un ingenio para que los coches anduviesen solos, actualmente se ocupaba en la distribución de unos pianos-flauta inventados por un amigo suyo. Finalmente, su peroración recayó en su mujer, a la que culpó de que nada marchaba debidamente en su casa, pues con su continuo estado nervioso le martirizaba.

—¡Dele usted algo! —suplicó el doctor, en actitud de lacrimosa impotencia.

Trublot le observaba lleno de desprecio, y miro a Octave con una silenciosa sonrisa. Entretanto, el doctor Juillerat hallaba vagas palabras tranquilizadoras: podía estar seguro de que encontraría el medio de aliviar a su encantadora esposa. Ya a los catorce años sufrió aquellos sofocos en la tienda de la calle Neuve-Saint-Augustin; él la había atendido a causa de unas crisis que terminaban en epistaxis. Y como Théophile, desesperado, hablase de que la dulce languidez que la caracterizaba antes del matrimonio ahora se había transformado en un humor caprichoso y variable, que le estaba torturando, el doctor se limitó a sacudir la cabeza, afirmando que el matrimonio no siempre sentaba bien a las mujeres.

—¡Diablo! —murmuró Trublot—. ¿Qué puede esperarse de un padre que se ha embrutecido vendiendo durante treinta años hilos y agujas y de una madre que siempre ha tenido la cara llena de barrillos, los cuales, por añadidura, viven en una cueva sin ventilación del viejo París?

Octave estaba sorprendido. Iba perdiendo el respeto por aquel salón, en el que había penetrado con una emoción de provinciano. Sintió cierta curiosidad al advertir que Campardon, a su vez, consultaba al doctor reservadamente, procurando que nadie se enterase de las incidencias de su hogar.

—A propósito —dijo a Trublot—. Usted que está al corriente de todo, ¿puede decirme qué enfermedad padece la señora Campardon? Todos parecen desolados cuando aluden a ella.

—Sí, amigo mío, lo que tiene...

Se inclinó al oído de Octave. Mientras éste le escuchaba, sus facciones, sonrientes al principio, se alargaban hasta manifestar profunda estupefacción.

—¡No es posible! —exclamó.

Trublot le aseguró formalmente que era cierto, añadiendo que conocía a otra señora que se hallaba en el mismo caso.

—Además, a consecuencia de los partos, a veces sucede que...

Y volvió a concluir su explicación en voz baja. Octave, convencido de su veracidad, quedó algo triste. ¡Pensar que había imaginado que el arquitecto trataba de empujarle hacia su mujer para distraerla, mientras él la engañaba con otra! En todo caso, sabía bien que estaba enteramente a salvo. Y los dos jóvenes se recreaban murmurando sobre las intimidades de aquella señora, sin preocuparse de que pudieran oírles.

Precisamente, la señora Juzeur estaba en trance de confiar a la señora Jossier la impresión que le había causado Octave. Le hallaba muy correcto, sin duda, pero prefería a Auguste Vabre que continuaba silencioso e insignificante en un ángulo del salón, con la jaqueca quigía cada noche.

—Lo que me extraña, amiga mía, es que no haya pensado en él como posible marido de Berthe. Es un joven muy prudente que ha sabido abrirse camino y necesita casarse; yo sé que está buscando esposa.

La señora Josserand escuchaba sorprendida. En efecto, nunca se le habría ocurrido pensar en el comerciante de novedades. Entretanto, la señora Juzeur insistía, ya que, en medio de su infortunio, le apasionaba procurar la felicidad de las demás mujeres, lo que hacía que se ocupara de todos los chismes sentimentales de la casa. Afirmaba que Auguste no cesaba de mirar a Berthe e invocaba la experiencia que tenía con respecto a los hombres; opinaba que el señor Mouret era difícil de conquistar, mientras que el bueno de Vabre resultaría un candidato cómodo y muy ventajoso. Sin embargo, la señora Josserand ponderaba la personalidad de este último y concluía que, decididamente, un yerno como aquél no constituiría una decoración adecuada para su salón.

—Mi hija le detesta, y yo nunca quisiera forzar su voluntad.

Una joven alta y delgada acababa de ejecutar una fantasía sobre *La Dame blanche*. Como el tío Bachelard se había quedado dormido en el comedor, Gueulin volvió al salón, para imitar con su flauta el canto del ruiseñor. Pero nadie le escuchaba, pues la historia de Bonnaud corría de boca en boca. El señor Josserand parecía trastornado, y padres y madres levantaban los brazos al cielo, manifestando su asombro. ¿Era posible que el yerno de Bonnaud fuese un payaso? ¿De quién, entonces, podía uno fiarse? No obstante, había que reconocer que Bonnaud, en medio de la alegría que le ocasionaba casar a su hija, no se había informado demasiado bien, a pesar de su rígida prudencia de meticuloso contable.

—Mamá, el té está servido —dijo Berthe, abriendo con Adèle las dos hojas de la puerta.

Y, mientras los invitados pasaban lentamente al comedor, se acercó a su madre y murmuró:

—¡Ya estoy harta!... ¡Quiere que me quede con él explicándole cuentos, y si no amenaza con romperlo todo!

Sobre un estrecho mantel gris aparecía el té, laboriosamente servido, con un *brioche* comprado a un panadero vecino, adornado con pastas y bocadillos. En ambos extremos de la mesa, dos soberbios y costosos ramos de rosas disimulaban la mediocridad del refrigerio. Hubo exclamaciones y aparecieron los celos más o menos disimulados; decididamente, los Josserand, en sus ansias casamenteras, echaban la casa por la ventana. Y, mirando de soslayo las flores, los invitados se lanzaron sobre el agrio té y las pastas mal cocidas,

sin recato alguno; habían cenado poco y la cuestión era acostarse con el vientre lleno. Adèle circulaba con unos vasos de jarabe de grosella, que fue declarado exquisito y que ofrecía a quienes no eran aficionados al té.

Entretanto, en un rincón de la estancia, dormitaba el tío. Nadie le despertó y, discretamente, todos fingieron no verle. Sólo una señora habló de las fatigas inherentes al comercio. Berthe se afanaba ofreciendo bocadillos, sirviendo tazas de té y preguntando a los invitados si querían más azúcar. Pero, a pesar de sus esfuerzos, no podía atender a todos, y la señora Josserand buscaba a su hija Hortense, cuando la vio en el desierto salón, conversando con un hombre de quien no se percibían más que las espaldas.

—¡Vaya! —murmuró malhumorada—. Finalmente ha venido.

Se produjo un murmullo. Era Verdier, que habitaba con un mujer desde hacía quince años, esperando poder casarse con Hortense. Todos conocían la historia, y las jovencitas cambiaban guiños de inteligencia; pero, por discreción, nadie hablaba de ello.

Octave, puesto al corriente, miró interesado la espalda del caballero en cuestión. Trublot conocía a su amante: una buena mujer de pésimos antecedentes que supo corregirse y que, a la sazón, era tan honrada como cualquiera de las damas presentes; cuidaba de la casa y de su amante, y él, por su parte, sentía por ella fraternal simpatía. Mientras les observaban desde el comedor, Hortense regañaba a Verdier, por su retraso, con el desabrimiento de una doncella bien educada.

—¡Vaya! ¡Jarabe de grosella! —exclamó Trublot, viendo ante sí a Adèle con la bandeja en la mano.

Pero, después de olfatearlo, lo rechazó. La criada, al volverse, tropezó con una señora que la empujó hacia el joven, el cual aprovechó la oportunidad para pellizcarla en las nalgas. Sonrió ella y volvió a presentarle la bandeja.

—No, gracias —dijo él—. Tal vez luego.

Las mujeres se sentaron en torno de la mesa, mientras los caballeros permanecían en pie detrás de ellas. Hubo entusiastas exclamaciones, sofocadas por las bocas llenas. Llamaron a los caballeros y la señora Josserand dijo:

—Es cierto, no pensaba en ello... Vea, señor Mouret, usted que tiene aficiones artísticas...

—¡Cuidado con el truco de la acuarela! —murmuró Trublot, que conocía la casa.

Pero era algo mejor que una acuarela. Como por casualidad, había sobre la mesa una copa de porcelana en cuyo fondo, encuadrado en una montura

completamente nueva de bronce bruñido, aparecía reproducido el cuadro de *La joven del cántaro roto*, en suaves tintas que iban del lila claro al azul pálido. Berthe respondía con una sonrisa a los elogios.

—La señorita tiene talento para todo —dijo Octave amablemente—. ¡Oh, es magnífico! ¡Y muy exacto, muy exacto!

—Respecto al dibujo, lo garantizo —dijo triunfante la señora Josserand—. No hay siquiera un cabello de más o de menos. Berthe lo copió aquí de un grabado. En el Louvre se ven realmente demasiados desnudos, y, a veces, va toda clase de gente.

Al decir esto, bajó la voz, deseosa de informar al joven de que si su hija era artista no por ello había perdido la vergüenza. Pero la actitud de Octave debió parecerle fría; hubiese dicho que la copa no había surtido el efecto esperado. Y quedó observándole con aire inquieto, mientras Valérie y la señora Juzeur, que iban por la cuarta taza de té, daban ligeros gritos de admiración, al examinar la pintura.

—La sigue mirando... dijo Trublot a Octave, al sorprenderle con la vista fija en Valérie.

—Pues sí —respondió éste algo turbado—. Es extraño; en este instante parece bonita... Es una mujer ardiente, sin duda. ¿Cree usted que es posible aventurarse?

Trublot hinchó las mejillas.

—Lo de ardiente es siempre una incógnita... ¡Vaya un gusto singular! En todo caso, siempre será mejor que casarse con la pequeña.

—¿Qué pequeña? —exclamó Octave distraído—. ¡Cómo! ¿Acaso cree que me voy a dejar pescar? ¡De ningún modo! ¡En Marsella no acostumbramos a casarnos, amigo mío!

La señora Josserand se había aproximado y recibió aquella frase como un golpe. ¡Otra campaña inútil! ¡Otra velada estéril! Fue tal la impresión, que tuvo que apoyarse en una silla, mirando con desesperación la mesa saqueada por los invitados, en la que no quedaban más que las migas del *brioche*. No enumeraba sus fracasos, pero aseguraba que aquél era el último y que no volvería a invitar a gentes que sólo iban a su casa para tragar. Trastornada y exasperada, recorría con la vista la estancia, buscando el hombre en cuyos brazos pudiera echar a su hija, cuando advirtió a Auguste que se apoyaba resignado en la pared, sin haber tomado nada.

Precisamente, Berthe se dirigía hacia Octave, sonriendo y con una taza de té en la mano. Obediente a su madre, proseguía la campaña. Pero ésta la tomó del brazo y, en voz baja, la increpó duramente.

—Lleva esa taza al señor Vabre, que está esperando desde hace una hora —dijo en voz alta, con exagerada amabilidad.

Luego, bajando de nuevo la voz, añadió, autoritaria:

—¡Sé amable con él, o te las verás conmigo!

Berthe, desconcertada al principio, no tardó en comprender. Era frecuente que un cambio semejante se produjera hasta tres veces a lo largo de una velada. Y llevó la taza de té a Auguste, con la sonrisa que había iniciado para Octave. Fue amable con él y le habló de las sedas de Lyon, mostrándose capacitada y perfectamente apta para el negocio. Las manos de Auguste temblaban un poco y su rostro estaba encendido; aquella noche le dolía mucho la cabeza.

Algunos invitados, por cortesía, volvieron unos minutos al salón. Sin embargo, ya comidos, los asistentes se marchaban. Cuando buscaron a Verdier, ya no estaba, sin que las divertidas muchachas conservaran de él más que la fugaz visión de su espalda. Sin esperar a Octave, Campardon se retiró en compañía del doctor, a quien retuvo aún en el descansillo de la escalera, para preguntarle si realmente no existía ninguna esperanza. Durante el té se había apagado una de las lámparas, esparciendo un repelente olor a aceite rancio, y la otra lámpara, cuya mecha ardía mal, iluminaba la sala con una luz tan lúgubre que incluso los Vabre se levantaron a pesar de las amabilidades que les prodigaba la señora Josserand. Octave les había precedido y se encontraba en la antecámara, donde quedó asombrado al ver que Trublot, que tomó su sombrero, desaparecía súbitamente. No pudo haber marchado más que por el pasillo que llevaba a la cocina.

—¿Dónde se ha metido? ¡Sale por la escalera de servicio! —murmuró el joven.

Pero no profundizó más, pues allí estaba Valérie buscando su toquilla. Los dos hermanos, Théophile y Auguste, sin preocuparse por ella, bajaban las escaleras. Octave encontró la toquilla y se la ofreció, con la amabilidad con que atendía a las clientes bonitas en *La Delicia de las Damas*. Valérie le miró y él creyó observar que, al fijarse sobre los suyos, sus ojos brillaban con un fulgor extraño.

—Es usted muy amable —dijo simplemente.

La señora Juzeur, que salía en último lugar, les envolvió con una sonrisa discreta y tierna. Cuando Octave, sofocado, llegó a su fría habitación, se contempló un instante en el espejo y resolvió correr el riesgo.

Entretanto, la señora Josserand paseaba por el piso desierto, agitada por una tormenta interior. Había cerrado violentamente el piano y apagó la

lámpara que quedaba encendida. Luego pasó al comedor y fue soplando las velas con tal ímpetu, que hacía temblar los soportes. La visión de la mesa devastada, con aquella desbandada de platos y tazas vacías, aumentaba su furor. Dio una vuelta alrededor de la estancia, echando terribles miradas sobre Hortense, que, tranquilamente sentada, se acababa la cabeza quemada del *brioche*.

—No te hagas mala sangre, mamá —dijo ésta—. ¿No van bien las cosas? Pues yo, en cambio, estoy contenta. Verdier le compra unas camisas para que se vaya.

La madre se encogió de hombros.

—Piensas que eso no prueba nada. Bueno, que cada cual se preocupe de lo suyo... ¡Diablo! ¡Que indecencia de pasta!

¡Tenían que estar muy hambrientos para comerse esta porquería!

El señor Josserand, a quien las veladas de su mujer dejaban exhausto, descansaba recostado en una silla; pero, temeroso de que su esposa le atropellara con su furia, se acercó a Bachelard y a Gueulin, que estaban sentados en la mesa, frente a Hortense. El tío, al despertar, había descubierto un frasco de ron y procedía a vaciarlo, recordando amargamente los veinte francos que le sacaron.

—No es por el dinero —le decía a su sobrino—, sino por la forma de pedirlo... Ya sabes como soy con las mujeres; les daría la camisa, pero no me gusta que me pidan nada... En cuanto me piden algo me fastidian y no les daría un rábano.

Y, viendo que su hermana iba a recordarle su promesa, exclamó:

—¡Cállate, Eléonore! Sé muy bien lo que he de hacer por la pequeña... Pero eso de que las mujeres me pidan es más fuerte que yo. Jamás he podido soportarlo, ¿no es cierto, Gueulin? ¡Por otra parte, la gente es tan poco considera da!... Léon ni siquiera se ha dignado felicitarme.

La señora Josserand reemprendió su ir y venir con los puños crispados. Era cierto, aún quedaba Léon que incumplía sus promesas como los demás. ¡Pensar que no había sido capaz de sacrificar una velada en beneficio de sus hermanas!

Acababa de descubrir un pastelillo caído detrás de uno de los jarros y lo estaba guardando en un cajón cuando apareció Berthe, acompañada de Saturnin, a quien había ido a liberar. La muchacha trataba de calmarle mientras él, huraño y receloso, escudriñaba los rincones con la inquietud de un perro que ha permanecido largo rato encerrado.

—¡Si será tonto! —dijo Berthe—. Cree que acabo de casarme y está buscando a mi marido. ¡Pobre Saturnin! Por mucho que busques no lo encontrarás... Una vez más han fracasado nuestros proyectos.

Al oír aquello, su madre estalló:

—¡Te aseguro que la próxima vez no fracasaré, aunque tenga que atar al presunto marido por mí misma!... Hay uno que va a pagar por todos los demás...

Y, dirigiéndose a su marido, añadió:

—Sí, puedes mirarme con ese aire de incompreensión; la boda, si te disgusta, se hará sin contar contigo... Ya lo sabes, Berthe; ¡no tienes más que agarrar a éste!

Saturnin, indiferente a lo que se decía, miraba debajo de la mesa. La joven le señaló con un gesto, pero la madre respondió con otro, dando a entender que le harían desaparecer. Entonces, Berthe murmuró:

—Así, pues, se trata decididamente del señor Vabre... Bueno, en el fondo me da igual... ¡Pero al menos podíais haberme guardado un bocadillo!

IV

A partir del día siguiente, Octave dedicó su atención a Valérie. Estudió sus costumbres, para averiguar a qué hora tenía más probabilidades de encontrarla en la escalera, y procuró subir varias veces a su habitación, bien al terminar el almuerzo, que hacía en casa de Campardon, o escapando de *La Delicia de las Damas* con cualquier pretexto, cuando lo juzgaba necesario. De este modo, no tardó en observar que diariamente, hacia las dos, la joven llevaba a su hijo al jardín de las Tullerías, pasando por la calle Gaillon. Entonces, salía a esperarla a la puerta del almacén y la saludaba con una galante sonrisa de buen vendedor. En cada uno de aquellos encuentros, Valérie respondía cortésmente con una inclinación de cabeza, pero nunca se detuvo. Sin embargo, Octave adivinaba en sus negros ojos el ardor de la pasión y se sentía estimulado por la languidez de su rostro y el contoneo de su cintura.

Tenía ya trazado su plan, que era el proyecto audaz de un seductor habituado a conquistar la virtud de sus compañeras de trabajo. Se trataba, simplemente, de atraer a Valérie hasta su departamento del cuarto piso. La escalera estaba siempre desierta y silenciosa, y allá arriba nadie les descubriría. Se regocijaba pensando en las recomendaciones moralizadoras del arquitecto, diciéndose a sí mismo que no faltaba a ellas, puesto que no pensaba llevar a ninguna mujer de fuera sino a una de la misma casa.

No obstante, había algo que inquietaba a Octave, y era que la cocina de los Pichon estaba separada de su comedor por el pasillo, lo que a menudo les obligaba a dejar abierta la puerta. A las nueve de la mañana el marido iba a su oficina, para no regresar hasta las cinco, y los días pares de la semana salía también después de cenar, para llevar una contabilidad desde las ocho hasta la medianoche. Por otra parte, en cuanto ella oía los pasos de Octave ajustaba la puerta, mostrándose reservada e incluso arisca hasta el extremo de que el joven no la veía nunca más que de espaldas y de forma fugaz, con sus cabellos pálidos apretados en un pequeño moño. De aquel modo, escasamente había podido atisbar algún rincón del piso, con sus muebles tristes y bien

cuidados, el ángulo de una cama infantil, al fondo de una segunda habitación, y unas sábanas de apagada blancura tendidas en una ventana que no divisaba por completo. Todo se reducía a la monótona soledad de la mujer que, de la mañana a la noche, se ocupaba en los eternos quehaceres de aquel hogar de oficinista. Por lo demás, nunca se percibía el menor ruido, y parecía como si el niño estuviese tan triste y fatigado como su madre. Sólo de vez en cuando se escuchaba el ligero murmullo de una canción. Pero ello no era obstáculo para que Octave se sintiera furioso contra su vecina, pues sospechaba que era objeto de su vigilancia. En todo caso, mientras la puerta de los Pichon se abriese continuamente, no podía pensar en hacer subir a Valérie.

Precisamente, el joven creía hallarse en buen camino. Cierta domingo, en ausencia del marido, se las había compuesto para hacerse el encontradizo en el descansillo del primer piso, cuando Valérie, en peinador, salía de casa de su cuñada para reintegrarse a la suya. Ella le habló y estuvieron unos minutos cambiando frases amables. Ahora esperaba que, en la próxima ocasión, podría entrar en el departamento, creyendo que las cosas irían rodadas tratándose de una mujer de su temperamento.

Aquella noche, en casa de los Campardon, se ocuparon de Valérie durante la cena. Octave les tiraba de la lengua, pero como Angèle se hallaba presente, cambiando maliciosas miradas con Lisa, el matrimonio se deshizo en elogios de su vecina. El arquitecto, por su parte, defendía como siempre la «respetabilidad» de la casa, con una convicción de inquilino vanidoso que parecía deducir de ella su personal honestidad.

—¡Oh, amigo mío! Son gente muy distinguida... Ya les vio usted en casa de los Josserand. El marido no es tonto; tiene mucha inteligencia y acabará por encontrar algo interesante. En cuanto a ella, tiene un sello especial, como decimos nosotros los artistas.

La señora Campardon, a quien los achaques no quitaban el apetito, murmuró a su vez lánguidamente:

—El pobre señor goza, como yo, de muy poca salud... y ello supone mucho mérito para Valérie, ya que no tiene nada de agradable estar siempre junto a un hombre trémulo de fiebre y a quien la enfermedad hace a menudo quisquilloso e injusto.

A los postres, Octave, situado entre el arquitecto y su mujer, pudo llegar a saber más de lo que esperaba. Olvidados de la presencia de Angèle, hablaban con frases encubiertas, haciendo guiños para subrayar el doble sentido de las mismas, y cuando no hallaban la expresión adecuada, se inclinaban a su oído para concluir la confidencia crudamente. En resumen, el tal Théophile era un

cretino y un impotente que merecía lo que su mujer le hacía. En cuanto a Valérie, no valía gran cosa, y su conducta hubiera sido igualmente mala, aunque su marido la hubiese satisfecho; hasta tal punto era arrastrada por su temperamento. Así, nadie ignoraba que, dos meses después de casarse, desesperada al ver que nunca tendría un hijo, concibió el que tenía, su pequeño Camille, gracias a un carnicero de la calle Sainte-Anne, por temor a perder su parte en la herencia del viejo Vabre si Théophile llegaba a morir.

Campardon se inclinó una vez, más sobre el oído de Octave para decirle:

—¡En fin, amigo mío, ya sabe lo que es una mujer histérica!

Y puso en la frase todo el atrevimiento burgués de una indecencia. Angèle bajó la mirada al plato, procurando no encontrarse con los ojos de Lisa, para evitar prorrumpir en carcajadas, dejando ver a sus padres que lo entendía todo. Luego, la conversación fue a recaer sobre Pichon, para quienes no faltaron frases elogiosas.

—¡Ah, son excelentes personas! —comentó la señora Campardon—. Cuando Marie sale con su hija Lilitte, a veces, le permito que lleve a Angèle con ellas. Y le advierto, señor Mouret, que yo no confío mi hija a todo el mundo; es preciso que esté absolutamente segura de la moralidad de las personas... ¿Verdad que quieres mucho a Marie, Angèle?

—Sí, mamá —respondió la niña.

Y siguieron los detalles. Era imposible encontrar una mujer mejor criada y con principios más severos. No era, pues, extraño que el marido fuese un hombre feliz. Era una pareja tan amable, tan decente y tan enamorada, que jamás se oía en su casa una palabra más alta que otra.

—Claro está que si no se comportasen bien no seguirían viviendo en la casa —añadió el arquitecto gravemente, olvidando sus confidencias acerca de Valérie—. Aquí no queremos más que personas decentes... Se lo aseguro; yo sería el primero en cambiar de domicilio en cuanto creyera que mi hija estaba expuesta a tropezarse con ciertas gentes en la escalera.

Aquella noche tenía el secreto propósito de llevar a la prima Gasparine a la Opera Cómica, de modo que, a continuación, fue a buscar su sombrero, hablando de un negocio que le retendría hasta muy tarde. Rose, sin embargo, debía saber algo, pues Octave la oyó murmurar, resignada y maternal, cuando su marido fue a besarla con su acostumbrada efusión:

—Que te diviertas mucho, y no cojas frío a la salida.

Al día siguiente, Octave concibió la idea de estrechar los lazos amistosos con la señora Pichon, prestándole servicios de buena vecindad, en la confianza de que de esta forma, si alguna vez sorprendía a Valérie, se hiciera

la desentendida. La ocasión se presentó aquel mismo día, cuando la señora Pichon se dispuso a salir de paseo con la pequeña Lilitte, de dieciocho meses. Empleaba para este menester un cochecito de mimbre que por intransigencia del portero, había que bajar por la escalera de servicio y, como la puerta de la misma era muy estrecha, cada vez necesitaba desmontar las ruedas, con las naturales molestias. Aquel día, justamente, Octave, de regreso a su casa vio que su vecina trataba de aflojar las tuercas, entorpecida por los guantes. Al sentir su presencia tras ella, esperando que desembarazase el rellano de la escalera, acabó de perder la cabeza y empezó a temblarle el pulso.

—Pero, señora, ¿por qué se toma usted tanta molestia? —dijo Octave amablemente—. Sería mucho más cómodo poner el cochecito en el fondo del pasillo, detrás de mi puerta.

Presas de una exagerada timidez, ella no respondió, permaneciendo agachada, sin fuerzas para levantarse, mientras el joven observaba que, bajo su sombrero, el cuello y las orejas se cubrían de encendido rubor.

—Le aseguro, señora, que esto no me causaría la menor molestia —insistió entonces.

Y, sin esperar más, tomó el cochecito y lo llevó al lugar señalado, con su desembarazo habitual. Ella le siguió, pero estaba tan confusa y emocionada por aquella aventura que iba a interrumpir la monotonía de su vida cotidiana, que sólo acertó a mirarle, balbuceando a duras penas:

—¡Oh, Dios mío!... es demasiada molestia... Será un engorro para usted... Mi marido tendrá una satisfacción...

Y fue a encerrarse en su departamento, como si sintiera vergüenza. Octave pensó que era una estúpida. El cochecito le fastidiaba bastante, pues le impedía abrir la puerta, obligándole a franquearla de lado. Pero la vecina parecía ganada, tanto más cuanto que el señor Gourd, gracias a la influencia de Campardon, autorizó aquel engorro en el fondo del pasillo.

Cada domingo, el señor y la señora Vuillaume, padres de Marie, venían a pasar el día con ella. Así fue como el domingo siguiente, cuando Octave salía de su piso, vio a toda la familia dispuesta a tomar el café; apresuró el paso discretamente, pero la mujer se inclinó al oído de su marido, que, al momento, se levantó, diciendo:

—Dispense señor, pero siempre estoy fuera de casa y todavía no pude expresarle mi agradecimiento. No obstante, quiero decirle que estoy muy contento...

Octave se defendía, pero, al fin, hubo de entrar y aceptar una taza de café, aunque ya lo había tomado. Como muestra de consideración, le colocaron

entre los padres de Marie, mientras al otro lado de la mesa, ésta, presa nuevamente de una extraña confusión, cambiaba de color continuamente. Como nunca les había contemplado a sus anchas, la examinó detenidamente. Pero, como decía Trublot, no era su tipo. A pesar de sus rasgos correctos y finos, le pareció ordinaria y falta de expresión. Cuando se tranquilizó un poco, aludió varias veces al cochecito, sonriendo ligeramente.

—¡Si hubieras visto, Jules, como lo alzaba en vilo! ¡No tuvo necesidad de arrastrarlo!

Pichon reiteró su agradecimiento. Era alto y delgado, de aspecto enfermizo. Resignado a la vida mecánica de la oficina, en su dulce mirada se adivinaba la sumisión de los caballos de picadero.

—¡Por favor, no hablemos más de ello! —acabó por decir Octave—. Realmente, no vale la pena... Señora, su café es exquisito; nunca lo había tomado tan bueno.

Marie se ruborizó otra vez, y de tal modo que hasta sus manos enrojecieron.

—No la eche usted a perder, señor —dijo gravemente el padre—. Su café es bueno, pero los hay mejores. Ya ve cómo se enorgullece enseguida.

—El orgullo no conduce a nada; nosotros siempre le hemos recomendado que fuese modesta —añadió su madre.

Ambos ancianos eran de pequeña estatura y delgados; ella iba envuelta en un vestido negro y él llevaba una corta levita en la que sólo destacaba la nota roja de una ancha cinta que lucía en el ojal.

—Vea usted —explicó él—, me condecoraron a la edad de sesenta años, el día en que me retiré, después de ser durante treinta y nueve años oficial redactor del ministerio de Instrucción Pública. Pues bien, señor, aquel día cené como los demás, sin que el orgullo me hiciera apartarme de mis costumbres... La cruz me correspondía, es cierto, pero únicamente experimenté un sentimiento de gratitud.

Su existencia era diáfana y deseaba que todo el mundo la conociera. Después de veinticinco años de servicio, le habían asignado un sueldo de cuatro mil francos, por lo que su retiro ascendía a dos mil. Pero, como nació Marie cuando ya no esperaban tener hijos, hubo de trabajar otra vez hasta que su hija se casó. Ahora vivían de la jubilación, retirados en la calle Durantin, en el barrio de Montmartre, donde la vida no era tan cara.

—¡Tengo setenta y seis años, y míreme! —dijo para terminar—. ¡Y mire mi yerno!

Pichon miraba su condecoración, silencioso y con aire de fatiga. Sí, aquella sería su historia si la suerte le favorecía. Él era el menor de los hijos de una frutera que deshizo su tienda para hacer de su hijo un bachiller, porque todos en el barrio decían que era inteligente. La pobre mujer murió sin un céntimo, ocho días antes de su triunfo en la Sorbona. Después de tres años de pasar miserias en casa de un tío suyo, tuvo la inesperada suerte de entrar en el ministerio, donde esperaba progresar, por lo que contrajo matrimonio.

—Uno cumple con su deber y el gobierno cumple el suyo —murmuró, mientras pensaba maquinalmente que le faltaban aún treinta y seis años para ser condecorado y conseguir una pensión de dos mil francos.

Luego se volvió hacia Octave, diciendo:

—Ya ve usted, señor, lo que resulta grave es mantener los lujos.

—Sin duda —añadió su suegra—. Si nosotros hubiésemos tenido otro no habríamos salido adelante. Ya sabe Jules lo que le exigí cuando le entregué a Marie: un hijo y nada más, si no quiere que nos enfademos... Sólo los obreros tienen chiquillos como si fueran polluelos, sin preocuparse de lo que cuesta criarlos. Claro está que los dejan crecer en la calle, como manadas de animales.

Octave observó a Marie, pensando que aquel tema, un tanto delicado haría que se ruborizase. Pero ésta continuamente pálida, asistiendo a cuanto decía su madre con ingenua serenidad. Se estaba aburriendo mortalmente, pero no sabía de qué forma retirarse. En el reducido y frío comedor, aquellas personas pasaban así la tarde, mascullando lentamente unas palabras de vez en cuando, refiriéndose siempre a sus asuntos. El propio juego del dominó les resultaba excesivamente agitado.

La madre explicó entonces sus ideas. Al cabo de un largo silencio, prosiguió:

—¿No tiene usted hijos, señor? Ya los tendrá... ¡Ah, es toda una responsabilidad, especialmente para la madre! Yo, cuando nació nuestra pequeña, tenía cuarenta y nueve años, que es una edad en la que una ya sabe lo que hace. Los niños puede decirse que se crían solos, ¡pero las niñas!... No obstante, yo tengo el consuelo de haber cumplido mi deber... ¡Oh, sí!

Entonces, por medio de breves frases, explicó cuál era su plan educativo. La honradez ante todo. Nada de juegos en la escalera, la niña siempre en su casa y vigilada de cerca, que los chiquillos no piensan más que en maldades. Las puertas y las ventanas bien cerradas; nada de corrientes de aire, pues no traen más que cosas malas de la calle. Fuera de casa, no soltar de la mano a los niños y acostumbrarlos a que anden con la vista baja, para evitarles los

espectáculos perniciosos. En materia religiosa, sin llegar al abuso, lo que resulta necesario como freno moral. Luego, cuando son mayores, tomar maestros particulares, porque en los pensionados corrompen a los inocentes, y, aún así, asistir a las lecciones para velar por lo que deben ignorar, cuidando igualmente que no tengan acceso a los periódicos ni a la biblioteca.

—Las señoritas siempre saben demasiado —declaró la anciana, para terminar.

Mientras hablaba su madre, Marie permanecía con la mirada alejada, recordando la clausura de la estrecha vivienda de la calle Durantin, donde ni siquiera le estaba permitido asomarse a la ventana. Había sido una prolongada infancia, llena de prohibiciones que no llegaba a comprender, con tachaduras en tinta sobre el texto de los periódicos, que la llenaban de rubor, y lecciones expurgadas que azoraban a las propias maestras cuando las interrogaba. Por otra parte, fue una infancia dulce, muelle y tibia, como la existencia de una flor de invernadero. Todavía en aquellos momentos, rodeada de recuerdos, con la mirada perdida en el vacío, conservaba en sus labios una sonrisa infantil, sumida en la ignorancia, pese a que era una mujer casada.

—Le costará creerme —dijo su padre—, pero con dieciocho años cumplidos, mi hija no había leído una sola novela... ¿No es cierto, Marie?

—Sí, papá.

—Tengo una obra de George Sand, muy bien encuadernada, y a pesar de los temores de su madre, unos meses antes de su matrimonio me decidí a permitirle que la leyera; se trata de *André*, un libro exento de peligro, puramente imaginativo, que eleva el espíritu... Yo soy partidario de una educación liberal. La literatura tiene, desde luego, sus derechos... Esta lectura produjo en ella un efecto extraordinario. Llegaba a llorar entre sueños, lo cual es prueba de que no hay nada como una imaginación pura para comprender el genio.

—¡Era tan bella! —murmuró la joven con ojos brillantes.

Pero, al exponer Pichon su teoría de que todas las novelas que no se leyeran antes del matrimonio podían leerse después del mismo, su mujer negó con un gesto. Ella no leía nunca y se encontraba muy bien. Marie habló entonces, mansamente, de su soledad.

—En algunas ocasiones, tomo un libro. Sin embargo, Jules es quien los elige por mí en el gabinete del pasaje Choiseul. ¡Si al menos tocase el piano!

Octave, siempre silencioso, sentía la necesidad de decir algo.

—¡Cómo! —exclamó—. ¿No toca usted el piano, señora?

Hubo un silencio embarazoso. Los padres pretextaron una serie de circunstancias desgraciadas, sin querer confesar que el verdadero obstáculo fue lo costoso de aquella enseñanza. Por lo demás, la madre afirmó que Marie empezó a cantar desde muy pequeña, y que, ya joven, conocía al dedillo toda clase de romanzas, bastándole oírlas una sola vez para conservar su recuerdo. Y aludió a una canción sobre España, la historia de una cautiva llorando la ausencia del bienamado, que la niña cantaba con tal emoción que arrancaba lágrimas de los corazones más duros. Pero Marie estaba desolada y, extendiendo la mano hacia la habitación vecina, donde dormía su hija, exclamó:

—¡Ah! ¡Yo les aseguro que la pequeña Lilitte sabrá tocar el piano, aunque tenga que hacer los mayores sacrificios!

—Piensa, primero, en educarla como nosotros te educamos a ti —advirtió severamente su madre—. No seré yo quien condene la música, que desarrolla los sentimientos; pero, ante todo, vela por tu hija, evítale la influencia del mal ambiente, procura que no salga de su ignorancia...

Y volvió a iniciar sus recomendaciones sobre la conveniencia de la religión, determinando el número de confesiones que debían hacerse cada mes y las misas a que era preciso asistir. Agotada la paciencia. Octave habló de una cita que le obligaba a marcharse. Le zumbaban los oídos a causa del aburrimiento y comprendía claramente que aquella conversación proseguiría igual hasta la noche. Y se fue, dejando a los ancianos y a los Pichon, explicándose entre las mismas tazas de café lo que cada domingo debían repetirse. Cuando se despedía definitivamente, Marie, de repente y sin visible razón, quedó ruborizada.

A partir de aquella tarde, cuando pasaba ante la puerta de los Pichon, Octave apresuraba el paso, especialmente cuando oía la voz de los viejos. Por lo demás, se hallaba íntegramente dedicado a la conquista de Valérie, la cual, a pesar de las ardientes miradas que le dirigiera, se mantenía en una reserva inexplicable; pensaba él que aquello podía ser una manifestación de coquetería. Cierta tarde se encontró con ella, como por casualidad, en el jardín de las Tullerías, donde Valérie le habló tranquilamente de la tormenta del día anterior; esto acabó de convencerle de que era terriblemente fuerte. Aún así, continuaba su acecho en la escalera, espionando el momento de introducirse en su casa, decidido a parecer brutal si era preciso.

Ahora, cada vez que pasaba Marie, le sonreía, cubriéndose de rubor, y cambiaban saludos de buena vecindad. Cierta día, a la hora de comer, al subir para entregarle una carta que le confió el portero, para evitarse los cuatro

pisos, la encontró sumamente apurada: había sentado a su hija en la mesa y trataba de colocarle el vestido sobre la camisa.

—¿Qué le ocurre? —preguntó el joven.

—La niña... —respondió Marie—. He tenido la infortunada idea de desvestirla, porque se quejaba, y ahora no sé ponerle la ropa.

Octave la miró extrañado. Daba vueltas y más vueltas a unas faldas, sin encontrar el broche. Finalmente aclaró:

—Verá usted, su padre me ayuda a vestirla por la mañana, antes de marcharse... Yo nunca me valgo a solas para estas cosas... Es un fastidio...

La niña, entretanto, cansada de estar en camisa y asustada por la presencia de Octave, se debatía revolcándose en la mesa.

—¡Tenga cuidado! —grito éste—. ¡Se caerá!

Aquello fue una catástrofe. Marie parecía no atreverse a tocar los desnudos miembros de su hija, a quien miraba con el embobamiento de una doncella, estupefacta por haber podido obrar así. Además, aparte de su temor de lastimarla, ayudaba a su torpeza la vaga repugnancia que sentía por aquella carne palpitante. A pesar de todo, con la ayuda de Octave, que procuraba tranquilizarla, consiguió volver a vestir a Lilitte.

—¿Cómo se las compondrá entonces, cuanto tenga una docena? —preguntó éste riendo.

—¡Ah, no! No pensamos tener más —respondió ella, asustada.

El joven la embromó: hacía mal en estar tan segura, porque un hijo se engendraba con facilidad.

—¡No, no! —repetía ella obstinadamente—. Ya oyó a mamá el otro día. Se lo tiene prohibido a Jules... Usted no la conoce; si tuviéramos otro hijo nunca nos lo perdonaría.

Octave se regocijaba al ver su tranquilidad para discutir aquel extremo sobre el que la apremió sin lograr azorarla. Por lo demás, hacía lo que quería su marido. Ciertamente que a ella le gustaban los niños y que si él hubiera deseado más no habría puesto objeciones. Pero bajo aquella complacencia con que se doblegaba a los deseos de su madre se percibía la indiferencia de la mujer que no siente el instinto maternal. Cuidaba a Lilitte como una obligación más, dentro de los deberes hogareños. Cuando había lavado la vajilla y paseado a su hija continuaba su antigua vida de soltera, mecida por la vaga esperanza de una dicha que nunca llegaba. Al decirle Octave que, sola debía aburrirse, pareció sorprendida; no, no se aburría nunca, pues las jornadas transcurrían suavemente sin que, al acostarse, pudiese decir en qué las había empleado. Luego, los domingos, salía a veces con su marido y venían a casa sus padres,

o leía un poco; si la lectura no le diese dolor de cabeza, leería continuamente, ahora que podía enterarse de todo.

—Lo que me fastidia es que en el gabinete del pasaje Choiseul no tienen nada... Así, cuando he pretendido que me dejaran *André*, que tanto me hizo llorar, para volver a leerlo, ha dado la casualidad de que les han robado este volumen... Mi padre, por su parte, no quiere prestarme el suyo, porque teme que la niña rasgue los grabados.

—Mi amigo Campardon tiene todas las obras de George Sand —dijo Octave—. Yo les pediré esa novela para usted.

Marie enrojeció y sus ojos brillaron. ¡Verdaderamente era demasiado amable! Y cuando el joven partió, quedó delante de Lilitte, con los brazos caídos y el pensamiento ausente, en la actitud en que estaba durante tardes enteras. Odiaba la costura y hacía solamente alguna labor de punto que siempre rodaba por encima de los muebles.

Al día siguiente, domingo, Octave le llevó el libro. Pichon tuvo que salir para dejar una tarjeta de visita en casa de uno de sus jefes. Al verla arreglada, de regreso de algún recado en la vecindad, le preguntó por curiosidad si volvía de misa, creyéndola fiel devota. Pero ella contestó que no. Antes de casarla, su madre la llevaba a la iglesia regularmente, y, siguiendo la costumbre, durante los primeros seis meses de su matrimonio siguió yendo, con el continuo temor de llegar tarde. Después, sin saber por qué, tras faltar algunas veces, no había vuelto a poner los pies en el templo. Su marido detestaba a los sacerdotes y su madre no había hablado más de aquella cuestión. Sin embargo, pareció conmovida por la pregunta de Octave, como si acabara de despertar en ella pensamientos enterrados bajo la inercia de su vida.

—Tendré que ir a Saint-Roch una mañana de éstas —dijo—. Cuando se falta a la costumbre, se nota enseguida un vacío.

Y sobre el pálido rostro de aquella hija tardía, nacida de padres demasiado viejos, apareció la enfermiza nostalgia de otra existencia, vivida en sueños, en el país de la ilusión. No podía ocultar nada; todo se retrataba en su rostro, bajo aquel cutis de finura y transparencia cloróticas. Luego, enternecida, tomó las manos de Octave, en un gesto familiar.

—¡Oh! ¡Cómo le agradezco que me haya traído este libro!... Venga usted mañana, después de almorzar. Se lo devolveré y le diré el efecto que me ha producido... Será divertido, ¿no le parece?

Al dejarla, Octave pensó que era una mujer extraña. Había acabado por interesarle. Pensó en hablar a Pichon para que la animase un poco;

seguramente aquella pobre joven no necesitaba más que alguien la distrajese. Justamente, al día siguiente se encontró con éste en el momento en que salía, y le acompañó un trecho, lo que le hizo llegar a *La Delicia de las Damas* con quince minutos de retraso. Pero Pichon le pareció aún menos despierto que su mujer y lleno de ridículas manías como, por ejemplo, la de no mancharse el calzado los días de lluvia. Así pues, andaba de puntillas, hablando sin parar de su jefe. Octave que en aquel asunto estaba animado por intenciones fraternales, acabó por dejarle en la calle Saint-Honoré, no sin que antes le aconsejara llevar a Marie al teatro con más frecuencia.

—¿Por qué? —preguntó Pichon intrigado.

—Porque es bueno para las mujeres. Las hace más amables.

—¿Usted cree?

Y luego de prometer pensar en ello, cruzó la calle, observando los coches atentamente, por temor a las salpicaduras.

A la hora de comer, Octave llamó en casa de los Pichon, para recoger el libro. Marie estaba leyendo, con los codos apoyados en la mesa y los dedos hundidos en su desordenada cabellera. Acababa de comer, sin mantel, un huevo en un plato de porcelana que quedaba allí, junto a la dispersión de un cubierto colocado a toda prisa. Lilitte, olvidada, dormía en el suelo, con la nariz sobre los restos de un plato que seguramente había roto.

—¿Qué le parece? —preguntó Octave.

Marie no contestó de momento. Llevaba aún el peinador cuyos arrancados botones dejaban ver su cuello, en el abandono propio de una mujer que acaba de levantarse.

—Apenas he leído cien páginas —respondió por fin—. Mis padres vinieron ayer.

Y con voz lastimera habló de que cuando era joven hubiese querido vivir en un bosque. Soñaba siempre haber encontrado un cazador que tocaba el cuerno, el cual iba a arrodillarse ante ella. Aquello pasaba en la espesura, muy lejos, donde las rosas florecían como en un parque. Después, súbitamente, estaban casados y se quedaban a vivir allí, paseando eternamente. Ella, muy feliz, no echaba nada de menos, y él, con la ternura y la sumisión de un esclavo, permanecía a sus pies.

—Esta mañana he hablado con su marido —dijo Octave—. No sale usted bastante y le he convencido de que la lleve al teatro.

Marie sacudió la cabeza, palideciendo. Se produjo un silencio. Volvía a encontrarse en el pequeño comedor, mezquino y frío. La imagen de Jules, displicente y correcta, proyectaba bruscamente su sombra sobre el cazador de

las romanzas que ella cantaba, cuyo lejano cuerno sonaba siempre en sus oídos. A veces le parecía escucharle; tal vez llegaría. Su marido no le tomó nunca los pies para besarlos. Jamás se había arrodillado ante ella para decirle que la adoraba. Sin embargo, la quería. Era extraño que el amor careciera de dulzura.

—Lo que me conmueve —prosiguió, volviendo al libro—, es que en las novelas hay pasajes en que los personajes declaran su amor.

Octave, poco aficionado a sentimentalismos, trató de bromear.

—Pues yo aborrezco la palabrería... Cuando se siente una pasión, lo mejor es demostrarla al momento.

Marie, con su inocente mirada, pareció no comprender. El joven alargó la mano, rozando la de ella, y se inclinó sobre el libro, tan cerca de su hombro que, desprendido el peinador, respiraba sobre él. Pero Marie permaneció indiferente y Octave se incorporó, lleno de un desprecio en el que entraba la piedad. Ya se iba, cuando ella dijo:

—Leo muy despacio y no terminaré hasta mañana... ¡Mañana será lo más divertido! Venga por la noche.

En realidad no sentía nada por ella, y sin embargo estaba sublevado. La especial amistad que le unía a aquella pareja le exasperaba; hasta tal extremo creía que desempeñaban un papel absurdo en la vida. Y aquel pensamiento le impulsaba a serles útil, a pesar de ellos. Les llevaría a cenar y les emborracharía con el fin de conseguir animarles. Cuando era presa de estos accesos de bondad, él, que era incapaz de prestar a nadie diez francos, deseaba tirar el dinero por la ventana, para aproximar a dos enamorados y hacerles felices.

Por lo demás, la frialdad de la señora Pichon evocaba en Octave a la ardorosa Valérie. A buen seguro que ella no se quedaría indiferente si notaba el aliento en la nuca. Su relación iba progresando; cierto día en que subiera delante de él se aventuró a elogiar sus piernas, sin que ello pareciese molestarle.

Finalmente, la ocasión tanto tiempo esperada se presentó. Era la noche en que debía ir a ver a Marie para hablar de la novela; su marido no regresaba hasta muy tarde y estarían solos. Pero el muchacho prefirió salir, asustado ante la idea de aquel coloquio literario. No obstante, volvió hacia las diez, y, al subir, halló en el descansillo del primer piso a la criada de Valérie que, muy asustada, le dijo:

—La señora tiene una crisis nerviosa y el señor no está en casa. Los vecinos de enfrente han ido al teatro... ¡Haga el favor de entrar!... Estoy sola

y no sé que hacer.

Valérie se hallaba tendida en una butaca de su habitación, con los miembros rígidos. La criada había desabrochado sus ropas y por el entreabierto corpiño asomaba su pecho. La crisis no tardó en ceder y la joven abrió entonces los ojos, extrañándose al advertir la presencia de Octave. Por otra parte, obró ante él como si se tratara del médico.

—Le pido perdón, señor —murmuró con voz entrecortada—. La muchacha entró en casa ayer y ha debido perder la cabeza.

Su perfecta tranquilidad al abrochar el corpiño y poner orden a sus ropas incomodó al joven. Permanecía en pie, decidido a no marchar así como así, y, sin embargo, no se atrevió a sentarse. Ella había despedido a la criada, cuya presencia parecía molestarle, y luego se asomó a la ventana para aspirar el aire fresco del exterior, entre prolongados bostezos de carácter nervioso. Tras de un silencio, empezaron a hablar, explicando la joven que aquello había comenzado cuando tenía catorce años y que el doctor Juillerat estaba cansado de medicarla. Las crisis afectaban unas veces a los brazos y otras a los riñones. Al fin, se había ido acostumbrando; igual daba aquello que otra cosa, pues estaba visto que todo el mundo padecía de algo. Y mientras la escuchaba. Octave se excitó contemplándola, con los miembros distensos y el rostro desencajado, como si saliera de una noche de amor; a pesar de todo, en medio de su desorden, la encontraba provocativa. Detrás de la negra cabellera, que caía esparcida sobre sus hombros, creía ver la mezquina cabeza sin barba de su marido. Entonces, extendiendo las manos con el gesto brutal que hubiera empleado con una doncella, pretendió abrazarla.

—¿Pero qué es esto? —exclamó la joven, sorprendida.

Y le miraba entretanto con tal calma y frialdad que el joven dejó caer los brazos torpemente, comprendiendo la ridiculez de su gesto. A continuación, después de un último bostezo nervioso que trató de sofocar añadió lentamente:

—¡Oh, amigo mío, si usted supiera!

Y se encogió de hombros, sin enfadarse, como abatida por el desprecio y la lasitud que le inspiraban los hombres. Cuando vio que, arrastrando sus mal abrochadas faldas, se dirigía al cordón de la campana, Octave creyó que iba a hacer que le acompañaran hasta la puerta. Pero lo que deseaba era simplemente una taza de té, ligero y muy caliente. Desconcertado por completo, el joven balbuceó unas excusas y se marchó mientras ella se recostaba nuevamente en su sillón, como si sintiera una imperiosa necesidad de dormir.

Mientras subía la escalera, el joven se iba parando en cada rellano, preguntándose si el amor no suponía ningún atractivo para Valérie. Acababa de verla indiferente, ni anhelante ni rebelde, tan incómoda como pudiera serlo la señora Hédouin, su patrona. ¿Por qué diría Campardon que era histérica? No estaba bien que le engañara con aquellos chismes; sin el embuste del arquitecto, él no se hubiera arriesgado jamás a una aventura como aquella. Estaba aturdido, meditando sobre los rumores que circulaban, cuando recordó la frase de Trublot: no había que fiarse de los ojos que brillaban como brasas.

Al llegar arriba, maldiciendo de las mujeres, trató de mitigar el rumor de sus pasos; pero, aún así, se abrió la puerta de los Pichon y tuvo que resignarse. Marie le esperaba, de pie en la reducida estancia, escasamente iluminada. Junto a la mesa había arrastrado la cuna iluminada en la que dormía Lilitte, bajo el amarillento resplandor de la lámpara. El mantel del almuerzo debía haber servido para la cena, pues el libro, cerrado, se hallaba al lado de un plato sucio en el que quedaban unas hojas de rábano.

—¿Lo acabó? —preguntó Octave, extrañado por el silencio de la joven.

Parecía embriagada, con el rostro henchido, como si saliera de un sueño demasiado profundo.

—Sí, sí, —contestó ella haciendo un esfuerzo—. He pasado todo el día sumida en la lectura... perdiendo la noción de todo lo demás... Tengo el cuello dolorido.

Sofocada y vencida por la fatiga, no volvió a referirse al libro, llena de emoción por los confusos ensueños que en ella había suscitado la lectura. Sus oídos zumbaban bajo la lejana llamada del cuerno del cazador de sus romanzas, en el horizonte azul de los amores ideales. Luego, sin transición, dijo que por la mañana había oído misa de nueve en Saint-Roch. Había llorado mucho; la religión lo reemplazaba todo.

—Me siento mucho mejor —añadió, lanzando un profundo suspiro junto a Octave.

Hubo un largo silencio durante el cual le sonrió cándidamente. Con su desordenada cabellera y sus difusas facciones, la encontraba menos atractiva que nunca. Pero, mientras seguía contemplándola, se puso muy pálida y se tambaleó, haciendo que el joven adelantara las manos para sostenerla.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! —murmuró sollozando.

Él la miraba, azorado.

—Debería tomar un poco de tila... Esto le ocurre por haber leído tanto.

—Sí, he quedado sobrecogida cuando al terminar de leer me he visto sola... ¡Qué bueno es usted, señor Mouret! Sin usted me habría lastimado.

El joven buscaba con la mirada, tratando de hallar una silla donde sentarla.

—¿Quiere usted que encienda luego?

—No, gracias, se ensuciaría... Ya he observado que sigue con los guantes puestos.

Y presa nuevamente del extraño desfallecimiento en que la sumía su ensueño, dio un torpe beso, al azar, que fue a caer sobre una oreja del joven.

Éste recibió aquel beso con estupor. Los labios de Marie estaban helados. Luego, cuando se estrechó contra su pecho, en un total abandono de su cuerpo, se encendió en él un súbito deseo y trató de llevarla al fondo de la habitación. Pero el contacto brusco despertó a la joven de la inconsciencia de su caída y se rebeló en ella el instinto de la mujer violentada. Se debatió y llamó a su madre, olvidándose del marido, que no tardaría en llegar, y de la niña, que dormía allí cerca.

—¡Oh, no, eso no!... ¡Está prohibido!

Él, ardientemente, murmuraba:

—Nadie lo sabrá... no se lo diré a nadie...

—No, Octave... Va a echar a perder la dicha de haberle conocido... Eso no nos llevaría a nada, se lo aseguro... Había soñado unas cosas...

Octave, vengativo, no dijo más, decidido a imponer su voluntad. Pero como ella se negaba a seguirle al dormitorio, la recostó bruscamente sobre el borde de la mesa, hasta lograr que cediera y, finalmente, la poseyó, entre el plato sucio y la novela qué, en una sacudida, cayó al suelo. Ni siquiera habían cerrado la puerta, y en medio del silencio, ascendía la imponente solemnidad de la escalera. Acostada en su cuna, Lilitte dormía apaciblemente.

Cuando Marie y Octave recompusieron sus desordenadas ropas, no supieron qué decirse. Ella, maquinalmente, fue a mirar a su hija, tomó el plato de la mesa y volvió a dejarlo. Él quedó silencioso, presa del mismo malestar, por lo inesperado de la aventura. Recordaba que, fraternalmente, había proyectado animar las relaciones del matrimonio. Por fin, sintiendo una imperiosa necesidad de interrumpir aquel silencio que se hacía intolerable murmuró:

—¿No había cerrado la puerta?

Ella dirigió una rápida mirada hacia la entrada y balbuceó:

—Es cierto, estaba abierta.

Se sentía algo avergonzado y el disgusto se retrataba en su rostro. Pensaba ahora, que aquello no tenía ninguna gracia, con una mujer indefensa, sumida en su soledad y su candidez. Ella ni siquiera había experimentado placer.

—¡Mire, el libro ha caído al suelo! —dijo ella, recogiéndolo.

Pero se había quebrado una esquina de la tapa. Aquello les aproximó, aliviando la tensión existente. Hablaron de nuevo y Marie se mostró desolada.

—No es culpa mía... Ya ve que lo había forrado, por miedo de ensuciarlo... Lo hemos empujado sin darnos cuenta...

—¿Estaba ahí? —dijo Octave—. No lo había advertido. ¡Oh, a mí me da igual! ¡Pero Campardon cuida tanto sus libros!...

Se pasaban el volumen el uno al otro, tratando de componer la maltrecha tapa y, al hacerlo se tocaban las manos sin experimentar por ello ninguna emoción. Reflexionando sobre las consecuencias, estaban realmente consternados por el accidente ocurrido al bello volumen de George Sand.

—Tenía que acabar mal —dijo Marie con lágrimas en los ojos.

Octave se vio obligado a consolarla. Ya inventaría una excusa; Campardon no se los iba a comer. Llegado el momento de separarse, la situación se hizo nuevamente embarazosa. Hubieran querido decirse una frase amable cuando menos, pero el tuteo se ahogaba en sus gargantas. Afortunadamente, se oyeron los pasos del marido, que subía la escalera. Octave, en silencio, la abrazó, besándola en la boca, mientras la joven se abandonaba de nuevo, con los labios helados como antes. Penetró en su departamento sin hacer ruido y, mientras se quitaba la levita, pensó que tampoco aquella mujer parecía entusiasmada con el amor. Siendo así, ¿qué quería? ¿Por qué caía en brazos de los hombres? Decididamente, las mujeres eran unos seres extraños.

Al día siguiente, después de almorzar, explicaba Octave una vez más su torpeza al dejar caer el libro, cuando se presentó Marie con Lilitte. Llevaba su hija a las Tullerías y preguntó si querían que llevase a Angèle con ellas. Sin parecer turbada, sonrió a Octave y dirigió una inocente mirada sobre el libro abandonado en una silla.

—¡Claro que sí! Se lo agradezco mucho —dijo la señora Campardon—. Angèle, ve a ponerte un sombrero... Con usted no tengo miedo.

Marie, muy modesta, con un sencillo vestido de lana oscura, habló de su marido, que la noche anterior había vuelto resfriado, y del precio de la carne, que pronto se haría inaccesible. Luego, cuando salió llevándose a Angèle, todos se asomaron a la ventana para verlas alejarse. Marie, con las manos enguantadas, empujaba el cochecito de Lilitte mientras Angèle sabiéndose observada, caminaba junto a ella con la mirada baja.

—¡Qué discreta es! —comentó la señora Campardon—. ¡Tan dulce y honesta!...

—¡La educación familiar, amigo mío! ¡No hay nada como eso! —
exclamó el arquitecto, dando una palmada en el hombro a Octave.

V

AQUELLA noche había recepción y concierto en casa de los Duveyrier. Eran poco más o menos las diez cuando Octave, a quien invitaban por vez primera, terminaba de vestirse en su departamento. Estaba grave y sentía una sorda irritación contra sí mismo. ¿Por qué había fracasado con Valérie, una mujer que tan bien aparentaba? Y Berthe Josserrand, ¿no debía haber reflexionado antes de rechazarla? En el momento en que anudaba su corbata blanca, el pensamiento de Marie Pichon se le hizo insoportable. ¡Cinco meses en París, y sólo aquella triste aventura! Le resultaba penoso y le daba vergüenza; sentía claramente el vacío y la inutilidad de aquellas relaciones. En consecuencia, se hizo el firme propósito de no perder más el tiempo de tal forma. Y mientras cogía los guantes decidió aprovechar las ocasiones que, sin duda, se le presentarían en el mundo en que, al fin, iba a introducirse.

Pero Marie le acechaba al extremo del pasillo, y, en ausencia de Pichon, se vio obligado a entrar un instante.

—¡Qué elegante va! —murmuró la joven.

Nunca les invitaban a las reuniones de los Duveyrier, lo que la llenaba de respeto hacia el salón del primer piso. Por otra parte, carecía de la fuerza y la voluntad necesarias para sentir celos por nadie.

—Le esperaré —dijo ofreciendo su frente—. No regrese demasiado tarde. Ya me dirá si se ha divertido.

Octave se vio obligado a darle un beso en la frente. Aunque sus relaciones eran ya un hecho completamente a su merced, cada vez que el deseo o el ocio le empujaban hacia ella, ninguno de los dos empleaba aún el tuteo. Finalmente salió escaleras abajo, y ella le siguió con los ojos, inclinada sobre la barandilla.

En aquellos momentos, un verdadero drama tenía lugar en casa de los Josserrand. En opinión de la madre, la velada de los Duveyrier, a la que se disponían a acudir, iba a ser decisiva para el casamiento de Berthe con Auguste Vabre. Éste, activamente acosado desde hacía quince días vacilaba

aún, lleno de ciertas dudas por la cuestión de la dote. En vista de ello, la señora Josserand, dispuesta a dar el golpe decisivo, había escrito a su hermano anunciándole el proyecto matrimonial y recordándole su promesa, con la esperanza de que, al responder, se comprometería con alguna frase de la que ella pudiera sacar partido. Y toda la familia, vestida ya, esperaba junto a la chimenea del comedor, dispuesta a bajar, cuando el señor Gourd subió una carta del tío Bachelard, que había olvidado entregar en el último reparto.

—¡Ah, por fin! —exclamó la señora Josserand, rasgando el sobre.

Padre e hijas permanecieron llenos de ansia, mientras procedía a la lectura. En torno de ellos, Adèle, que había ayudado a vestir a las mujeres, rondaba con su habitual torpeza recogiendo la mesa, donde aún quedaba la vajilla de la cena. La señora Josserand se puso extremadamente pálida.

—¡Nada! ¡Nada! —murmuró—. ¡Ni una sola frase clara!... Ya verá más adelante, en el momento del casamiento... Y añade que, a pesar de todo, nos quiere mucho... ¡El muy canalla!

El señor Josserand, vestido de etiqueta, se dejó caer en una silla. Hortense y Berthe se sentaron igualmente, sintiendo flaquear las piernas. Y allí quedaron, vestidas de rosa y azul, con sus eternas ropas recompuestas una vez más.

—Siempre te he dicho que Bachelard nos explota —afirmó el padre—. Es incapaz de soltar un ochavo.

De pie, con su traje color de fuego, la señora Josserand releía la carta. Luego estalló:

—¡Ah, los hombres! Con la vida que lleva, cualquiera diría que está idiotizado... ¡Pues, no! Nunca está en sus cabales, pero en cuanto le hablan de dinero recobra al momento la razón... ¡Ah, los hombres!

Y se volvía hacia sus hijas, a quienes iba dedicada aquella lección.

—Tanto es así que me pregunto por qué diablos tenéis ese empeño en casaros... ¡Si estuviéseis de ellos hasta la coronilla, como yo! ¡Ni aunque fuera un joven que os quisiera por vosotras mismas y que aportara una fortuna sin andar con regateos! ¡Y qué decir de esos tíos millonarios que, después de comer la sopa boba durante veinte años, ni siquiera son capaces de dotar a sus sobrinas! ¡Y los maridos inútiles! ¡Sí, señor! ¡Inútiles!...

El señor Josserand bajó la cabeza. Adèle acababa de recoger la mesa, sin preocuparse de lo que hablaban. Pero, de repente, la ira de la señora Josserand cayó sobre ella.

—¿Qué hace usted ahí, espiando lo que hablamos? ¡Ande a la cocina, como es su obligación!

Y concluyó:

—En fin, todo es para ellos y para nosotras las sobras... ¡Sólo son buenos para colgarles! ¡Os lo aseguro!

Hortense y Berthe sacudieron la cabeza, impresionadas por aquellos consejos. Hacía ya tiempo que su madre las había convencido de la inferioridad de los hombres, cuya única misión en el mundo era casarse y pagar. Un profundo silencio se hizo en el comedor, donde los platos sucios, abandonados por Adèle en su huida, esparcían un olor a sobras de comida encerrada. Con sus trajes de gala, los Josserand, anonadados y dispersos, se olvidaban del concierto de los Duveyrier, para meditar sobre las continuas decepciones de la vida. De la habitación vecina llegaban los ronquidos de Saturnin, a quien habían acostado temprano.

Finalmente, habló Berthe.

—Entonces, todo ha fallado... ¿Nos desvestimos?

Pero, de repente, la señora Josserand recobró su energía. ¿Cómo? ¿Qué? ¿Desvestirse! ¿Y por qué? ¿Acaso no eran una familia honesta? ¿Es que su alianza valía menos que otra cualquiera? La boda se concertaría igualmente, o reventaría ella. Y, con rapidez, dio sus órdenes; las dos muchachas recibieron la consigna de ser amables con Auguste y no soltarle hasta que se decidiera. Al padre le encomendó la misión de conquistar al viejo Vabre y a Duveyrier, dándoles siempre la razón si su inteligencia llegaba a tanto. Ella por su parte, deseosa de no descuidar nada, se encargaría de las señoras, procurando predisponerlas a su favor. Después se concentró y, echando un último vistazo al comedor, como para comprobar que no olvidaba ninguna de sus armas, adoptó la actitud de un genio de la guerra dispuesto a conducir a la muerte a su familia, y con voz enérgica pronuncia una sola palabra:

—¡Bajemos!

Y bajaron. En la solemnidad de la escalera, el señor Josserand se sintió profundamente turbado, pues preveía acontecimientos desagradables para su conciencia demasiado estrecha de hombre de bien.

Cuando entraron en casa de los Duveyrier, el salón estaba ya atestado. El enorme piano de cola ocupaba toda una pared de la habitación, y ante él, sentadas en varias filas de sillas, como si estuvieran en el teatro, descansaban las invitadas. Los fraques formaban dos masas negras junto a las puertas del comedor y del saloncito, que habían quedado abiertas. La araña, las lámparas de pared y las seis de sobremesa esparcidas sobre los muebles iluminaban con luz deslumbrante las paredes del salón, decoradas en blanco y oro, sobre las que destacaban vivamente el tapizado y los cortinajes de seda roja. Hacía

calor y los abanicos se agitaban sin cesar, removiendo un ambiente en el que se percibían los penetrantes olores de corsés y de espaldas desnudas de las asistentes.

En aquel preciso momento, la señora Duveyrier se sentaba ante el piano, y la señora Josserand, sonriendo, le hizo un gesto indicándole que no era preciso que se molestara. Dejó a sus hijas entre un grupo de hombres y fue a ocupar una silla junto a Valérie y la señora Juzeur. Su marido penetró en el saloncito, donde el señor Vabre descabezaba un sueño en su lugar acostumbrado. En la misma estancia formaban un grupo los señores Campardon, Théophile y Auguste Vabre, el doctor Juillerat y el abate Mauduit, mientras Trublot y Octave iban a refugiarse al fondo del comedor, huyendo de la música. Junto a ellos, detrás del grupo de negros fraques, se hallaba el señor Duveyrier, alto y delgado, que miraba a su mujer sentada ante el piano, esperando a que se hiciera el silencio. Ostentaba en el ojal la cinta de la Legión de Honor.

—¡Silencio!... ¡Silencio!... murmuraron algunas voces.

Clotilde Duveyrier atacó entonces un nocturno de Chopin, de muy difícil ejecución. Alta y bella, tenía una hermosa cabellera roja que enmarcaba su alargado rostro, de nivea palidez. Sólo en sus ojos grises se reflejaba la llama de la exaltación que en ella despertaba la música. Su marido seguía contemplándola: pero, después de los primeros compases, fue presa de una tensión nerviosa que le obligó a retirarse al fondo del comedor, con el rostro desencajado: toda una acritud hiriente a flor de piel.

Trublot, que le observaba, comentó tranquilamente:

—No le gusta la música.

—Tampoco a mí —replicó Octave.

—¡Oh! El caso de usted es distinto... Él es un hombre que siempre ha tenido estrella. Sin ser más fuerte que otros, cuenta con poderosos protectores. Es de una antigua familia burguesa y su padre había sido presidente. Fue agregado fiscal desde que salió de la Escuela y luego juez suplente de Reims, después juez en París, en el tribunal de primera instancia. Está condecorado y, por si fuera poco, es consejero de los tribunales, a pesar de no haber cumplido los cuarenta y cinco años... ¡Es demasiado! En cambio, no le gusta la música, el piano ha deshecho su vida... No es posible tenerlo todo...

Entretanto, Clotilde superaba las dificultades de su ejecución con extraordinaria sangre fría. Se comportaba ante el piano como una amazona sobre su caballo. Octave se sentía atraído por la enérgica actividad de sus manos.

—Fíjese usted en los dedos —comentó—. ¡Es asombroso! Le dolerán al cabo de un cuarto de hora.

Y se pusieron a hablar de las mujeres, sin volver a ocuparse de lo que interpretaba. Octave se sintió azorado al advertir la presencia de Valérie. No sabía como comportarse. ¿Le hablaría o sería mejor fingir no haberla visto? Trublot, se mostraba muy desdeñoso, sin encontrar a una que fuera de su agrado. Y cuando su amigo protestó, diciendo que alguna habría que le gustara entre todas las presentes, declaró con énfasis:

—Conforme; elija usted y luego comprobará como le decepciona... Pero no escoja aquella de las plumas, ni la rubia del vestido malva... y tampoco aquella vieja, a pesar de que al menos está gorda... Se lo aseguro amigo mío, es del género tonto buscar entre esta gente. Mucha educación y nada de placer.

Octave sonreía. Él, pendiente aún de crearse una posición, no podía atender sólo a sus gustos, como Trublot, cuyo padre era muy rico. Aquellas filas de mujeres excitaban su imaginación, haciendo que se preguntase cuál de ellas elegiría, por su posición y riquezas, si los dueños de la casa le dieran permiso para llevarse a una. De repente, mientras las ponderaba, con la mirada, quedó sorprendido.

—¡Mire, mi patrona!... No sabía que viniese aquí.

—¿Ignoraba usted que, a pesar de la diferencia de edad, las señoras Hédouin y Duveyrier son compañeras de estudios? Eran inseparables y las llamaban los osos blancos, porque siempre estaban a veinte grados bajo cero... ¡Son también mujeres de capricho!... ¡Si Duveyrier no tuviera más calefacción que ésa durante el invierno!...

Pero Octave se había puesto serio. Era la primera vez que veía a la señora Hédouin en traje de noche, con los hombros y los brazos desnudos y la negra cabellera recogida sobre la frente. Bajo la deslumbradora luz venía a ser la realización de sus ensueños: una mujer soberbia, rebosante de salud y de tranquila belleza, que debía satisfacer por completo a un hombre. Se hallaba ya absorto en complicados proyectos, cuando un murmullo le despertó de su ensueño.

—¡Menos mal! ¡Se acabó! —dijo Trublot.

Todos felicitaban a Clotilde, y la señora Josserand se precipitó a estrecharle las manos, mientras los hombres, aliviados, proseguían sus conversaciones y las mujeres agitaban los abanicos con más viveza. Duveyrier se arriesgó entonces a volver al saloncito, adonde le siguieron Octave y Trublot. Rodeados de mujeres, el primero dijo al oído del segundo:

—Observe usted a la derecha... Empieza otra vez la caza del hombre.

Era la señora Josserand que lanzaba a Berthe sobre Auguste, quien había cometido la imprudencia de ir a saludar a las damas. Aquella noche le molestaba un poco su habitual dolor de cabeza, localizado sólo en un punto, sobre el ojo izquierdo. Pero temía el final de la velada, pues iban a cantar y esto era lo peor para él.

—Berthe —dijo la madre—, dile al señor el remedio que le has copiado de ese libro... ¡Ah, es un remedio infalible para las jaquecas!

Y, tras iniciar la conversación, les dejó de pie junto a una ventana.

—¡Demonio! ¡Son capaces de recurrir a todo!... —murmuró Trublot.

El señor Josserand, deseoso de complacer a su mujer, estaba en el saloncito, ante el señor Vabre, muy apurado, ya que no se atrevía a despertarle para mostrarse amable con él. Finalmente, cuando cesó la música, el señor Vabre abrió los ojos. Bajito y grueso, con unos mechones blancos sobre las orejas, tenía la cara colorada, los labios carnosos y ojos saltones. El señor Josserand se informó cortésmente del estado de su salud, y acto seguido, se entabló la conversación. El antiguo notario, cuyas ideas giraban siempre en torno de cuatro o cinco temas, habló ante todo de Versalles, donde ejerció su profesión durante cuarenta años. Después aludió a sus hijos, lamentándose de que ninguno de los dos fuera capaz de continuar al frente de la notaría, por lo que hubo de venderla y trasladarse luego a París. Finalmente, se refirió a la historia de la casa, cuya construcción era la novela de su vida.

—Enterré en ella trescientos mil francos. Una especulación soberbia, según decía mi arquitecto. En la actualidad, a duras penas recupero mi dinero, tanto más cuanto que mis hijos se han venido a vivir aquí con la idea de no pagarme. Puede estar seguro de que no vería un céntimo si no me presentara en persona a cobrar cada vencimiento... Afortunadamente, el trabajo me sirve de consuelo.

—¿Sigue usted trabajando? —preguntó Josserand.

—¡Siempre, siempre, señor! —respondió el anciano con mucha energía—. El trabajo es mi vida.

Y explicó entonces en que consistía su gran obra. Desde hacía diez años, desglosaba el catálogo del Salón de pintura, pasando a la ficha de cada pintor los cuadros que hubiera expuesto anualmente. Hablaba de su labor con fatiga y angustia, pues la tarea era tan ardua que el año apenas era suficiente, y acababa por sucumbir. Se planteaba, por ejemplo, el problema de las mujeres

pintoras que, después de casarse, exponían con el apellido del marido. ¿Cómo podría identificarlas?

—Lo que me mata es que mi trabajo nunca se verá terminado murmuró.

—¿Se interesa usted por el arte? —preguntó Josserand para adularle.

El señor Vabre le miró, lleno de sorpresa.

—¡Claro que no! No tengo necesidad de ver los cuadros; se trata simplemente de un estudio estadístico... Mire, más vale que me vaya a la cama; mañana tendré la cabeza más despejada. Buenas noches, señor.

Y, apoyándose en un bastón que usaba incluso dentro de la casa, se alejó andando penosamente, con la espalda encorvada a causa de la parálisis. El señor Josserand quedó perplejo; no había entendido bien, temiendo no haber demostrado suficiente entusiasmo por las fichas.

Un murmullo procedente del salón llevó a Octave y Trublot junto a la puerta, desde donde vieron entrar a una dama de unos cincuenta años, muy robusta y todavía bella, seguida de un joven de aspecto grave y correcto.

—¡Cómo! ¡Vienen juntos! —murmuró Trublot—. ¡Parece mentira que no les dé vergüenza!

Eran la señora Dambreville y Léon Josserand. Lila se había comprometido a casarle; pero, en la espera, le conservaba para su propio uso. Estaban en plena luna de miel y paseaban su felicidad por los salones burgueses. Las madres que tenían hijas casaderas cambiaron comentarios en voz baja. La señora Duveyrier salió al encuentro de la señora Dambreville, que le proporcionaba jovencitos para sus coros. A continuación la señora Josserand fue a cumplimentarla, pensando que podía necesitar de ella. Léon saludó fríamente a su madre; no obstante, creía ésta que su hijo saldría beneficiado de tales relaciones.

—Berthe no la ha visto —dijo a la señora Dambreville—. Perdónela, está tratando de indicar un remedio al señor Auguste.

—Están así muy bien; hay que dejarles —respondió ésta, comprendiendo rápidamente.

Y las dos quedaron contemplando maternalmente a Berthe, que había acabado por empujar a Auguste hasta el hueco de la ventana, donde le tenía arrinconado con sus mimos gestos.

Entretanto, en el saloncito, varios sesudos varones hablaban de política. El día anterior tuvo lugar una borrascosa sesión en el Senado, a propósito de los acontecimientos de Roma, cuyo acierto se discutía. El doctor Juillerat, ateo y revolucionario, sostenía que había que entregar Roma al rey de Italia, mientras el abate Mauduit, uno de los jefes del partido, ultramontano,

auguraba las catástrofes más sombrías si Francia no derramaba hasta la última gota de su sangre en defensa del poder temporal de los papas.

—Tal vez se encuentre aún un *modus vivendi* aceptable para ambas partes —observó Léon Josserand, que llegaba.

Era entonces secretario de un abogado célebre, diputado de izquierda. Sin esperar nada de sus padres, cuya mezquindad le enfurecía, había pasado dos años en el barrio latino, entregándose a una feroz demagogia. Pero, desde que entró en casa de los Dambreville y aplacó sus primeras hambres, fue calmándose hasta convertirse en republicano doctrinario.

—No, no hay acuerdo posible —dijo el sacerdote—. La Iglesia no puede transigir.

—¡Entonces, desaparecerá! —exclamó el doctor.

A pesar de tener mucha intimidación, por encontrarse siempre a la cabecera de todos los agonizantes del barrio de Saint-Roch, el médico, delgado y nervioso, y el vicario, grueso y afable, parecían enemigos irreconciliables. Éste último mostraba siempre una amable sonrisa, incluso en sus afirmaciones más absolutas, como hombre de mundo comprensivo para las miserias humanas pero intransigente en las cuestiones dogmáticas.

—¿Desaparecer la Iglesia? ¡Vaya ocurrencia! —dijo Campardon furioso, para halagar al sacerdote, de quien esperaba unos encargos.

Por otra parte, tal era la opinión de todos aquellos señores; la Iglesia no podía desaparecer. Théophile Vabre, que tosía y escupía, temblando a causa de la fiebre, soñaba con la felicidad universal mediante la organización de una república humanitaria, y fue el único en sostener que tal vez experimentaría una transformación.

El sacerdote prosiguió con suave acento:

—El Imperio se está suicidando. Podremos comprobarlo el año que viene, con motivo de las elecciones.

—Por lo que respecta al Imperio, poco importaría que nos libaran de él —dijo tajante, el doctor—. Nos harían un señalado servicio.

Duveyrier, que escuchaba meditabundo, protestó con un gesto de cabeza. Él era de familia orleanista, pero se lo debía todo al Imperio y estimaba conveniente defenderlo.

—Créanme —declaró finalmente, con gravedad, no debiliten los cimientos de la sociedad, o se derrumbará todo...

—¡Muy cierto! —comentó el señor Josserand, que carecía de opinión sobre este particular, pero recordaba las instrucciones de su mujer.

Todos hablaban a la vez. Nadie quería el Imperio. El doctor Juillerat condenaba la expedición a Méjico y el abate Mauduit censuraba el reconocimiento del reino de Italia. No obstante, Théophile Vabre y el propio Léon parecieron alarmarse cuando el señor Duveyrier les amenazó con un nuevo noventa y tres. ¿A qué conducían las continuas revoluciones? ¿No se había conquistado la libertad? Y el odio a las nuevas ideas, unido al temor de que el pueblo reclamara su parte, refrenada el liberalismo de aquellos burgueses satisfechos. A pesar de ello, todos afirmaban que votarían contra el emperador, que necesitaba una lección.

—¡Qué fastidiosos se ponen! —dijo Trublot, que por un momento trató de comprenderles.

Octave le decidió a volver al lado de las damas. En el hueco de la ventana, Berthe aturdía a Auguste con sus risas. El muchacho, olvidándose del miedo que le daban las mujeres, se sonrojaba bajo los ataques de la joven, cuyo aliento le caldeaba el rostro. Sin embargo, la señora Josserand debió considerar que la cosa se alargaba demasiado, pues lanzó una significativa mirada a Hortense, que, sumisa, corrió a prestar ayuda a su hermana.

—¿Está repuesta del todo, señora? —se atrevió a preguntar Octave a Valérie.

—Por completo señor; muchas gracias —respondió ésta tranquilamente, como si no recordase nada.

La señora Juzeur habló al joven de un encaje que deseaba mostrarle para conocer su opinión, y él hubo de prometerle que entraría un momento en su casa al día siguiente. Después, al volver al salón el abate Mauduit, le llamó, haciéndole sentar junto a ella.

La conversación estaba muy animada. Las señoras hablaban del servicio.

—Ciertamente —decía la señora Duveyrier—, yo estoy muy contenta con Clémence. Es una muchacha muy pulcra y laboriosa.

—¿Y qué me dice de Hippolyte? —preguntó la señora Josserand—. ¿No pensaba despedirle?

En aquel preciso momento, Hippolyte, el camarero, pasaba ofreciendo bebidas. Cuando se alejó, alto, robusto y de rostro amable, Clotilde respondió azorada:

—Hemos decidido conservarle a nuestro servicio. ¡Es tan desagradable andar cambiando!... Además, se acostumbran a la compañía del resto del servicio, y yo le tengo apego a Clémence...

La señora Josserand asintió apresuradamente, dándose cuenta de que aquel terreno era delicado. Esperaba que algún día se casaran. Y el abate

Mauduit, a quien los Duveyrier consultaron sobre el caso, sacudía lentamente la cabeza, como encubriendo una situación conocida de todos pero de la que nadie hablaba. Las señoras, por lo demás, hacían sus confidencias: Valérie había despedido aquella mañana a la tercera criada que tuvo en una semana; la señora Juzeur había decidido sacar una chica de quince años del hospicio, para educarla a su modo, y la señora Josserand, por su parte, no escatimó sus comentarios sobre Adèle, de quien describió los rasgos más acusados. Y todas, languideciendo bajo el resplandor de las bujías y el aroma de las flores, se sumieron en chismes de alcoba, comentando las insolencias de un cochero o de una fregona.

—¿Ha visto usted a Julie? —preguntó bruscamente Trublot, acercándose a Octave con aire misterioso.

Y como éste quedase desconcertado, añadió:

—Amigo mío, es impresionante... Vaya a verla. Finja sentir una necesidad y lléguese a la cocina... ¡Impresionante!

Se refería a la cocinera de los Duveyrier. La conversación de las damas cambió de tema y la señora Josserand describió con devota admiración la modesta propiedad que los Duveyrier tenían cerca de Villeneuve-Saint-Georges, que escasamente había visto desde el tren, yendo a Fontainebleau. Pero a Clotilde no le gustaba el campo y vivía en ella lo menos posible, esperando las vacaciones de su hijo Gustave, que estudiaba entonces retórica en el liceo Bonaparte.

—Caroline tiene mucha razón al no querer tener hijos —declaró, volviéndose hacia la señora Hédouin, sentada dos sillas más allá—. Los niños lo trastornan todo.

La señora Hédouin dijo que a ella le gustaban mucho, pero que tenía muchas ocupaciones. Su marido se encontraba siempre fuera de la capital y todo el peso de la casa caía sobre ella.

Octave, en pie detrás de su silla, dirigía furtivas miradas a los negros rizos que cubrían su nuca, contrastando con la blancura de su tersa piel, a través de un amplio escote que terminaba en una ola de encajes. Con sus extrañas palabras, su tranquilidad y su continua sonrisa, acababa de fascinarle; nunca había tropezado con una criatura semejante, ni siquiera en Marsella. Decididamente, tenía que intentar algo, aunque fuera preciso trabajarla concienzudamente.

—Los hijos arruinan rápidamente a las mujeres —dijo él inclinándose a su oído, vencido por la imperiosa necesidad de decirle algo.

Ella elevó la mirada lentamente, y luego respondió en el mismo tono con que daba sus órdenes en el almacén:

—¡Oh!, no, señor. No crea usted que es por esto... Es, simplemente, porque para todo hace falta tener tiempo.

Intervino entonces la señora Duveyrier, que había acogido al joven con un leve saludo, cuando Campardon se lo presentó. Sin embargo, ahora le atendía y examinaba sin tratar de ocultar un súbito interés y, después de oírle hablar con su amiga, no pudo evitar preguntarle:

—Dispéñeme, señor, ¿puede decirme qué voz tiene usted?

Al principio no la comprendió, pero finalmente contestó que tenía voz de tenor, porque verdaderamente no abundaban. Por ejemplo, para la *Bendición de los Puñales*, que iban a interpretar al cabo de unos minutos, no había podido encontrar más que tres tenores entre sus relaciones, cuando por lo menos se necesitaban cinco. Y, repentinamente excitada, con los ojos brillantes, tuvo que contenerse para no probarle al piano sin pérdida de tiempo. No obstante, el joven hubo de prometerle que acudiría una noche. Trublot, detrás de él, le daba con el codo, regocijado en medio de su aparente impasibilidad.

—¡Le ha pescado! —murmuró cuando ella se alejó—. A mí me ha encontrado primero voz de barítono, y luego, viendo que la cosa no marchaba, me ha probado como tenor. El resultado no fue mejor, y al final ha decidido utilizarme esta noche como bajo... Interpreto el papel de un monje.

Pero tuvo que separarse de Octave, pues la señora Duveyrier le llamaba para cantar el coro, plato fuerte de la velada. Hubo un pequeño barullo. Quince hombres, todos ellos aficionados reclutados entre los contertulios, se abrían paso penosamente en medio de las señoras, para reunirse ante el piano. Se detenían a cada momento, excusándose, con las voces ahogadas por el rumor de las conversaciones y el batir de los abanicos, que se agitaban cada vez más rápidos por el creciente calor del salón. La señora Duveyrier procedió a contarlos y, viendo que estaban todos, distribuyó las partituras, que había copiado por sí misma. Campardon hacía de Saint-Bris, un joven auditor del Consejo de Estado cantaba unos compases de Nevers, y luego aparecían ocho señores, cuatro regidores y tres monjes, que eran representados por abogados, empleados o simples propietarios. Ella, que hacía el acompañamiento al piano, se había reservado el papel de Valentino, lanzando apasionados lamentos al compás de sus propios acordes. No quiso introducir ninguna mujer en aquel grupo, a cuyos resignados componentes dirigía con la brusquedad de un verdadero director de orquesta.

Sin embargo, las conversaciones continuaban, especialmente las que, cada vez más fuertes, llegaban del saloncito donde las disputas sobre política debían haberse agriado. Clotilde sacó entonces una llave del bolsillo y dio con ella unos golpes en el piano. Circuló un murmullo, disminuyeron las voces y los caballeros se agolparon nuevamente a las puertas del salón. Octave permanecía de pie, detrás de la señora Hédouin, con la mirada fija en las sombras perdidas de su pecho, al fondo de los encajes con que se adornaba. En medio del silencio reinante resonó una risa aguda, que le obligó a levantar la cabeza. Era Berthe, que se regocijaba por una broma de Auguste, cuyo precario humor había alegrado hasta el extremo de hacerle decir alguna chispeante ocurrencia. Todos los invitados volvieron hacia ellos las miradas, algunas madres torcieron el gesto y los miembros de la familia cambiaron guiños significativos.

—¡Qué loca es! —murmuró tiernamente la señora Josserand, de forma que todas la oyeran.

Hortense, al lado de su hermana, la ayudaba con complaciente abnegación, haciéndose eco de sus risas y empujándola hacia el joven, mientras, a sus espaldas, la brisa que penetraba a través de la ventana entreabierta movía los amplios cortinajes de seda roja.

En aquel instante, resonó una cavernosa voz y todas las miradas se concentraron en el piano. Campardon, con la boca enteramente abierta, cantaba la primera estrofa:

Sí, la orden de la reina nos reúne en estos lugares.

A continuación, Clotilde subió una escala, para volverla a bajar, y luego, con la mirada en el techo y expresión de espanto, lanzó un grito:

¡Yo tiemblo!

Y siguió la escena donde los ocho abogados, empleados y propietarios, con la nariz en sus partituras y la actitud de colegiales que leyeran un texto griego, juraban estar dispuestos a liberar a Francia. Aquel principio resultó sorprendente, pues las voces quedaban sofocadas por la poca altura del techo, produciendo un rumor semejante al de un carro cargado de guijarros que hiciera temblar los cristales. Pero cuando la melódica frase de Saint-Bris, *Por esta santa causa...* desarrolló el tema principal, las damas se reconocieron y sacudieron la cabeza en demostración de inteligencia. El ambiente se iba caldeando y los caballeros gritaban a coro: *¡Lo juramos! ¡Os seguiremos!* Y, cada vez, era como una explosión que repercutía en pleno pecho de los invitados.

—Cantan demasiado fuerte —murmuró Octave al oído de la señora Hédouin.

Ésta no se inmutó. Entonces, como las explicaciones de Nevers y Valentine le aburrían y, además, el auditor del Consejo de Estado cantaba muy mal, se dirigió a Trublot, quien, esperando la entrada de los monjes, le indicó con un gesto la ventana donde Berthe seguía arrinconada junto a Auguste. Ahora estaban solos, tomando el fresco de la calle, mientras Hortense, con el oído atento, se inclinaba hacia delante, apoyada en la cortina, cuyo cordón retorció maquinalmente. Nadie les miraba ya e incluso las señoras Josserand y Dambreville habían vuelto la cabeza, después de un instintivo cambio de miradas.

Entretanto, Clotilde, con las manos en el teclado y sin poder gesticular, pese a su arrebató, alargaba el cuello mientras lanzaba contra la partitura el juramento a Nevers:

¡Ah, desde hoy toda mi sangre es vuestra!

Entraron en escena los regidores: un sustituto, dos abogados y un notario. El cuarteto, entusiasmado, prolongaba la frase *Por esta santa causa*, que la mitad del coro sostenía en una continuada floritura. Campardon, con la boca cada vez más abierta, daba las órdenes del combate, arrastrando terriblemente las palabras. De pronto, irrumpieron los monjes con su canto, y Trublot lució sus habilidades de ventrílocuo para alcanzar las notas bajas.

Octave, que tuvo la curiosidad de observarlo mientras cantaba, quedó muy sorprendido cuando volvió los ojos hacia la ventana. Conmovida por el coro, Hortense acababa de aflojar el lazo del cordón que sujetaba la cortina, con un movimiento que bien pudo ser involuntario, y el cortinaje, al caer, ocultaba completamente a Berthe y Auguste. Habían quedado tras la seda roja, acodados en la ventana, sin que un solo movimiento traicionase su presencia. Octave no volvió a ocuparse de Trublot, que, en aquel preciso instante, bendecía los puñales: *Puñales sagrados, sed benditos por mí*. El coro repetía: *¡A muerte, a muerte, a muerte!* ¿Qué estarían haciendo detrás de la cortina? No parecían moverse y era posible que, al sentirse acalorados, estuvieran simplemente mirando el ir y venir de los coches.

Reapareció otra vez la frase melódica de Saint-Bris y todas las voces se alzaron al unísono, en una explosión final de extraordinaria potencia. Era como una ráfaga encañonada en la estrechez de la estancia, haciendo temblar las luces y ensordeciendo los oídos de los invitados. Clotilde golpeaba furiosa el piano, dirigiendo con la mirada el canto de los caballeros. Luego, se fueron

apagando las voces y continuó ella sola, interpretando con sordina los pasos cadenciosos y perdidos de una ronda que se aleja.

Bruscamente, entre la suavidad de aquella música que todos escuchaban aliviados después de tanto estrépito, se oyó una voz que decía:

—¡Me está usted haciendo daño!

Todas las cabezas se volvieron de nuevo hacia la ventana. La señora Dambreville, solícitamente, había recogido la cortina y los invitados pudieron ver a Auguste, muy confuso y a Berthe, cubierta de rubor, que seguían acodados en la ventana.

—¿Qué te ocurre, cariño? —preguntó la señora Josserand con gran interés.

—Nada, mamá... Que Auguste me ha aprisionado el brazo con la ventana... ¡Tenía tanto calor!

Cada vez se ponía más colorada, dando lugar a sonrisas y gestos de escándalo. La señora Duveyrier, que desde hacía un mes trataba de apartar a su hermano de Berthe, había empalidecido, tanto más cuanto que el incidente interrumpió el efecto de su coro. No obstante, después del primer momento de sorpresa, la aplaudieron y felicitaron, y hubo frases elogiosas dirigidas a aquellos caballeros. ¡Qué bien cantaban! ¡Cuánto trabajo debía darle dirigir tan armonioso conjunto! Verdaderamente, no lo hacían mejor en el teatro. Pero, a través de los elogios, llegaba hasta ella el rumor que circulaba por el salón: la joven estaba demasiado comprometida y el casamiento era inevitable.

—¡Le han pillado! —dijo Trublot acercándose a Octave—. ¡Qué bobalicón! ¡Como si no hubiera podido pellizcarla mientras estábamos dando voces!... Yo creía que se aprovechaba. Cuando se canta en una reunión, se puede pellizcar a las damas, pues aunque griten da igual; nadie las oye.

Ya más tranquila, Berthe reía de nuevo, mientras Hortense miraba a Auguste desdeñosamente, bajo la influencia de las lecciones recibidas de su madre. Los caballeros habían invadido el salón, mezclándose con las damas y haciendo que el murmullo fuera en aumento. El señor Josserand, trastornado por la aventura de Berthe, se acercó a su mujer. No pudo evitar un gesto de disgusto, cuando ésta dio las gracias a la señora Dambreville por las bondades que prodigaba a su hijo Léon, a quien, positivamente, había logrado mejorar mucho. Y su malestar fue en aumento cuando la oyó referirse a sus hijas, simulando hablar en voz baja con la señora Juzeur, pero con la evidente intención de ser oída por Valérie y Clotilde, que estaban de pie junto a ella.

—Por cierto que hoy nos ha escrito su tío; Berthe tendrá una dote de cincuenta mil francos. No es mucho, sin duda, pero se trata de dinero contante y sonante.

La mentira sublevó a su marido, que no pudo evitar tocarla furtivamente en el hombro. Ella le miró y, con la resuelta expresión de su rostro, le forzó a bajar la mirada. Después, al volverse hacia la señora Duveyrier, le preguntó con interés por su padre.

—Debe haber ido a acostarse —respondió la joven, prácticamente conquistada—. ¡Trabaja tanto!

El señor Josserand dijo que, desde luego, el señor Vabre se había retirado para tener la cabeza despejada al día siguiente. Y murmuró que tenía una notable personalidad y unas facultades extraordinarias, mientras se preguntaba de dónde sacaría aquella dote y pensaba en la cara que habría de poner al firmar el contrato.

Un gran ruido de sillas desplazadas resonó en el salón. Las damas pasaban al comedor, donde habían servido el té. La señora Josserand, triunfante, se trasladó también, acompañada de sus dos hijas y de la familia Vabre. Pronto, entre el desorden de las sillas, no quedaron más que los sesudos varones formando un grupo. Campardon había acaparado al abate Mauduit, para hablar de una reparación en el Calvario de Saint-Roch. El arquitecto manifestaba estar dispuesto, toda vez que la diócesis de Evreux apenas le daba trabajo. Sólo tenía pendiente la construcción de un púlpito y la instalación de un calorífero y nuevos hornos en la cocina del monseñor, para cuyos trabajos bastaba la vigilancia del inspector. El sacerdote prometió entonces ultimar el asunto en la próxima junta, y ambos se acercaron al grupo, donde estaban felicitando a Duveyrier por la redacción de un fallo del que confesaba ser autor. El presidente, que era amigo suyo, le reservaba ciertos trabajos sencillos y lucidos para que fuera adquiriendo renombre.

—¿Han leído ustedes la nueva novela? —preguntó Léon, que hojeaba un ejemplar de la *Revue des deux mondes* abandonado sobre una mesa—. Está bien escrita, pero también hace referencia al adulterio. ¡Verdaderamente, la cosa acaba por hacerse fastidiosa!

La conversación recayó sobre la moral. Campardon dijo que había mujeres muy honradas, y los demás asintieron. De todos modos, según el arquitecto, cuando un matrimonio se entendía bien, cualquier cosa tenía arreglo. Théophile Vabre hizo observar, sin dar más explicaciones que todo dependía de la mujer. Entonces pidieron su opinión al doctor Juillerat, que

sonreía, pero éste se excusó diciendo que para él la virtud iba íntimamente unida a la salud. Duveyrier, al oírle quedó meditabundo.

—¡Dios mío! Estos autores exageran —murmuró por fin—. El adulterio es poco frecuente entre las clases elevadas... Una mujer, cuando es de buena familia, tiene una flor en el alma...

Sentía inclinación por la grandeza de sentimientos, y, al pronunciar la palabra ideal, era presa de una emoción que le velaba la mirada. Dio la razón al abate Mauduit cuando éste habló de la necesidad de las creencias religiosas, tanto en la esposa como en la madre. De este modo, la conversación volvió a la política y a la religión, en el punto en que anteriormente había sido abandonada. La iglesia no desaparecería nunca porque era la base de la familia, como asimismo era el sostén natural de los Gobiernos.

—A modo de policía, no digo que no —murmuró el doctor.

Duveyrier, a quien por otra parte no gustaba que en su casa se hablara de política, dirigió una mirada al comedor, donde Berthe y Hortense, atiborraban a Auguste de bocadillos, y declaró severamente:

—Hay un hecho, señores, que lo zanja todo, y es que está probado que la religión moraliza el matrimonio.

En aquel preciso instante, Trublot, sentado en un diván, se inclinó hacia Octave, que estaba junto a él.

—A propósito —dijo—, ¿quiere que le lleve a casa de una señora donde se pasa muy divertido?

Y al manifestar su amigo el deseo de saber de qué clase de señora se trataba, añadió, indicando con un gesto al consejero:

—Su amante.

—¡No es posible! —contestó Octave estupefacto.

Trublot abrió y cerró los párpados lentamente. La cosa era inevitable; cuando uno se casaba con una mujer poco complaciente y sin afición alguna a los hijos, y cuando esta mujer se pasaba el día aporreando el piano hasta levantar dolor de cabeza al barrio entero, era preciso buscarse fuera lo que no se encontraba en casa.

—Moralicemos el matrimonio, señores, moralicemos el matrimonio —repetía Duveyrier severamente, mientras Octave, veía retratarse en sus facciones los vicios secretos que le dominaban.

Llamaron a los señores desde el comedor, y el abate Mauduit quedó solo unos momentos en el centro del salón, contemplando de lejos el amontonamiento de los invitados. Su rostro, de finos trazos, expresaba cierta tristeza. Confesor de todas aquellas mujeres, madres e hijas, las conocía

íntimamente lo mismo que el doctor Juillerat, y había tenido que terminar por no cuidar más que de las apariencias, echando sobre aquella burguesía putrefacta el manto de la religión, temblando ante el desastre final que presagiaba para el día en que la oculta enfermedad saliera a la luz. A veces sentía rebelarse en su interior la ardiente y sincera fe que tenía como sacerdote. Pero reapareció su sonrisa y aceptó una taza de té que fue a ofrecerle Berthe, hablando con ella unos momentos para cubrir con su carácter sagrado el escándalo de la ventana. Volvía a ser el hombre de mundo, resignado a exigir únicamente unas buenas apariencias de aquellos penitentes que se le escapaban.

—¡Vaya, muy, bonito! —murmuró Octave, que sintió vacilar de nuevo el respeto que le había inspirado aquella casa.

Y viendo que la señora Hédouin se dirigía a la antecámara, pretendió adelantarla, saliendo con Trublot, que se marchaba en aquellos momentos. Tenía la intención de acompañarla, pero ella agradeció el ofrecimiento, aduciendo que escasamente era medianoche y que su morada estaba muy próxima. Cayó entonces una de las rosas que llevaba en el escote y él la recogió para guardarla. La joven frunció las cejas y, con su acostumbrada calma, le dijo:

—Haga el favor de abrirme la puerta... Gracias.

Cuando ella salió. Octave, disgustado, buscó a Trublot con la mirada; pero éste, al igual que en casa de los Josserand, había desaparecido, lo cual le hizo pensar que, una vez más, debió enfilar el pasillo que conducía a la cocina.

Malhumorado, regresó a su departamento con la rosa en la mano. Al llegar arriba, encontró a Marie inclinada sobre la barandilla, en el mismo lugar en que la dejó. Acechaba su paso y había corrido al oírle subir, para hacerle pasar a su piso.

—Jules no ha vuelto aún... ¿Lo ha pasado bien? ¿Había mujeres guapas?

Pero no esperó a que respondiera. Acababa de ver la rosa y se sentía presa de una alegría infantil.

—¿Es para mí esa flor? ¿Se ha acordado de mí?... ¡Qué amable ha sido! ¡Qué bueno!

Estaba confusa y con lágrimas en los ojos, se había ruborizado. Octave, súbitamente conmovido, la besó con ternura.

Alrededor de la una, se retiraron a su vez los Josserand. Adèle dejaba siempre una palmatoria y fósforos sobre una silla. Cuando la familia, que subió la escalera en silencio, se encontró en el comedor, de donde había salido en medio de una sombría desesperación, cedió bruscamente a un arrebató de

loca alegría y se entregó a una frenética danza en torno de la mesa. El propio padre se contagió, al tiempo que la madre daba palmadas y las jóvenes emitían leves gritos inarticulados, mientras la bujía proyectaba sus sombras a lo ancho del muro.

—¡Al fin es un hecho! —exclamó la señora Josserand, jadeando dejándose caer en una silla.

Pero al momento se levantó, en una crisis de ternura maternal, y corrió a depositar dos sonoros besos en las mejillas de Berthe.

—Estoy contenta, muy satisfecha de ti, querida. Acabas de recompensar todos mis sacrificios... ¡Pobre hija mía! ¡Esta vez es verdad!

La alegría hizo temblar su voz. Bajo su rojo vestido, se sentía agotada por el peso de la emoción profunda y sincera que la anonadaba a la hora del triunfo, tras las fatigas de su terrible campaña de tres inviernos. Berthe hubo de asegurar que no estaba enferma, pues su madre la encontraba pálida. Quería cuidar de ella con todo su cariño y se empeñó en que tomara una taza de tila. Y cuando la joven estuvo acostada, volvió, descalza junto a ella, para tapanla bien, como en los días lejanos de su infancia.

Entretanto, el señor Josserand la esperaba ya acostado. Apagó la vela y pasó por encima de él, para ir a echarse al otro lado de la cama. Su marido meditaba, pesaroso de nuevo por la promesa de los cincuenta mil francos de dote, y se aventuró a exponer sus escrúpulos en voz alta. ¿Por qué había tenido que prometer lo que no estaba segura de tener? Aquello no era honrado.

—¿Qué no es honrado? —exclamó en la oscuridad la señora Josserand, recobrando la actitud de su voz—. Lo que no es honrado, amigo mío, es permitir que las hijas se queden solteras... ¡Por lo visto era lo que tú pensabas!... ¡Demonio! Tenemos tiempo de sobra y malo será que no convenzamos al tío... ¡Y entérate, querido, de que en mi familia todos han sido siempre muy honrados!

VI

AL día siguiente, domingo, Octave, con los ojos abiertos, se entretuvo una hora arrebujaado en la cama. Se había despertado contento, lleno de esa lucidez que da la pereza matutina. ¿Para qué darse prisa? Se encontraba bien en *La Delicia de las Damas*, donde iba perdiendo los modales provincianos, y tenía la absoluta, la profunda certeza de lograr algún día que la señora Hédouin hiciera su fortuna. Pero era preciso obrar con prudencia; tenía que desarrollar una paciente táctica galante en la que ya se recreaba con femenina voluptuosidad. Mientras conciliaba el sueño, trazando sus planes y dándose seis meses para triunfar, la imagen de Marie Pichon había contribuido a calmar sus impacencias. Una mujer como aquélla resultaba muy cómoda; le bastaba alargar el brazo, cuando la quisiera, y no le costaba un céntimo. Ciertamente, mientras esperaba a la otra, no podía pedir más. En su duermevela, aquella baratura y aquella comodidad acabaron por conmovérle; era muy amable en su complacencia, y se prometía portarse con ella mejor en lo sucesivo.

—¡Caramba! ¡Las nueve! —dijo, despertando del todo al oír las campanadas del reloj—. ¡Tengo que levantarme!

Caía una lluvia fina y resolvió no salir en todo el día. Aceptaría la invitación de ir a cenar a casa de los Pichon, que rechazaba desde algún tiempo por temor a los Vuillaume y a su aburrida conversación. Aquello halagaría a Marie y siempre tendría la oportunidad de abrazarla detrás de alguna puerta. Como continuamente le pidiera libros, pensó en darle la sorpresa de llevar unos cuantos que conservaba en la buhardilla, en una de sus maletas. Después de vestirse, bajó a casa del señor Gourd, a recoger la llave de aquel desván común en el que todos los inquilinos arrinconaban las cosas enojosas y fuera de uso.

Por la humedad de la mañana, hacía un calor sofocante en la caldeada escalera, cuyos falsos mármoles, altos ventanales y puertas de caoba aparecían empañados por el vaho. En el portal, la tía Pérou, una mujer desastrada a quien los Gourd daban cuatro sueldos por hora para que hiciera

los trabajos pesados de la casa, se afanaba fregando el piso con agua abundante, en medio de la fría corriente de aire que llegaba del patio.

—¡Oiga, friegue eso con más ánimo! ¡No quiero que quede una sola mancha! —gritó el señor Gourd, cobijado al calor de la portería.

Al ver a Octave, le habló dominante y brutal de la tía Pérou, con la furiosa ansia de revancha de los antiguos criados que, a su vez, consiguen hacerse servir.

—¡Es una haragana de la que no logro sacar partido! ¡En casa del duque quisiera haberla visto! ¡Allí era preciso andar derecho! ¡Acabará por despedirla si cree que voy a regalarle el dinero! ¡Es el único sistema!... Pero, perdone, señor Mouret, ¿qué es lo que desea?

Octave le pidió la llave, y el portero, sin darse prisa, empezó a explicarle que, si lo hubiesen querido, su mujer y él podían vivir como burgueses en Mort-la-Ville, donde tenían una casa. Pero a la señora Gourd le encantaba París, a pesar de que sus hinchadas piernas no le permitían ni asomarse a la calle. Esperaban poder redondear sus rentas y necesitaban hacer un esfuerzo para contenerse cada vez que sentían deseos de vivir, por fin, de la pequeña fortuna reunida franco a franco.

—Pero no admito que me fastidien —concluyó—. Ya no trabajo para comer... La llave del desván, ¿no era eso, señor Mouret? ¿Dónde hemos puesto la llave del desván, querida?

La señora Gourd, cómodamente sentada ante la chimenea, cuyas alegres llamas se reflejaban en la luminosa estancia, estaba tomando su café con leche en una taza de plata, y se limitó a afirmar que ella no la tenía pero que era posible que estuviese en el fondo del armario. Y, mientras mojaba sus tostadas, no apartaba la vista de la puerta de la escalera de servicio, situada al otro extremo del patio, que, bajo la lluvia, aparecía más desnudo y más severo que nunca.

—¡Mira, ahí está! —dijo de repente, al ver salir una mujer por aquella puerta.

Al momento, el señor Gourd se plantó ante la portería, para interceptar el paso a la mujer que, al parecer inquieta, había refrenado el paso.

—La estamos acechando desde esta mañana, señor Mouret —prosiguió, bajando la voz—. Ayer noche la vimos entrar... Viene de casa del ebanista, en el piso alto; es el único obrero que tenemos en toda la casa, gracias a Dios. Y si el propietario me quisiera escuchar, tendría ese departamento vacío. Es una habitación de servicio desocupada, y por ciento treinta francos anuales no vale la pena tener que soportar sus insolencias.

Se interrumpió para preguntar bruscamente a la mujer:

—¿De dónde viene?

—Pues, de ahí arriba —respondió ella, continuando su marcha.

Entonces él estalló:

—¡Ha de saber que aquí no admitimos mujeres! ¡Ya hemos advertido a ese que la lleva a Vd. a su habitación! ¡Si vuelve a venir para dormir con él iré a buscar un guardia municipal y veremos si continúa haciendo porquerías en una casa decente!

—¡No me fastidie! —replicó la mujer—. Estoy en mi casa y volveré cuando me plazca.

Y se fue perseguida por las imprecaciones del señor Gourd, que hablaba de subir a buscar al propietario. ¿Habíase visto nunca semejante criatura en una casa decente, donde no se permitía la menor inmoralidad? Parecía como si aquel gabinete habitado por un obrero fuera la cloaca de la casa, un mal sitio cuyas vigiliass eran como una sublevación contra la delicadeza del ambiente y perturbaban la paz de sus noches.

—Bueno, ¿y esa llave? —se aventuró a decir Octave.

Pero el portero, furioso al ver que un inquilino había presenciado aquel desprecio hacia su autoridad, se revolvió contra la tía Pérou, para demostrar que sabía hacerse obedecer. ¿Acaso intentaba burlarse de él? Con la escoba había salpicado una vez más la puerta de la portería. Si la pagaba de su bolsillo era por no ensuciarse las manos, mas continuamente tenía que ir limpiando detrás de ella. ¡Ya podía morirse de hambre, que nunca más tendría el gesto piadoso de emplearla! Sin responder, agobiada por la faena demasiado ruda, la anciana seguía fregando con sus huesudos brazos, conteniendo el llanto ante aquel señor de anchos hombros que le infundía un temeroso respeto.

—Querido —exclamó la señora Gourd desde la butaca donde pasaba el tiempo calentando sus grasas—, ahora recuerdo que la escondí debajo de las camisas, para que las criadas no anden siempre metidas en la buhardilla. Puedes dársela al señor.

—¡Otra colección de indecentes, esas criadas! —murmuró el señor Gourd, que, de sus años de servidumbre, había conservado un profundo odio hacia los servidores—. Tome, señor, aquí tiene la llave; pero le ruego que me la devuelva, pues no puede quedar un rincón abierto sin que las sirvientas lo utilicen para sus depravadas andanzas.

Con el fin de no atravesar el patio bajo la lluvia. Octave volvió a subir por la gran escalera, y pasó a la de servicio por la puerta de comunicación

existente en el cuarto piso, junto a su cuarto. En lo alto, un pasillo se bifurcaba en ángulo recto; estaba pintado de color amarillo, con un zócalo ocre oscuro. Las puertas de los dormitorios del servicio se alineaban igualmente pintadas de amarillo, regulares y uniformes como las de un hospital. Del cinc del techo caía un frío glacial. Aunque despejado y limpio, se desprendía del corredor el olor desabrido de las viviendas pobres.

La buhardilla se hallaba en el ala derecha, sobre el patio. Pero Octave, que no había vuelto a subir desde su llegada a la casa, tomó por el pasillo de la izquierda, hasta que se detuvo estupefacto ante el espectáculo que se le ofrecía a través de la entreabierta puerta de una de las habitaciones. Un caballero, de pie ante un pequeño espejo, en mangas de camisa, se anudaba su corbata blanca.

—¡Cómo! ¿Usted aquí? —exclamó.

Era Trublot, quien, a su vez, quedó petrificado. A esas horas nunca subía nadie. Octave entró, asombrado al verle en aquel pequeño dormitorio, con su estrecha cama de hierro y su lavabo lleno de cabellos femeninos flotando en agua jabonosa. Ante él colgaba aún el frac, rodeado de delantales.

—¡Ha pasado la noche con la cocinera! —murmuró.

—¡Oh, no! —replicó Trublot azorado.

Pero, dándose cuenta de la estupidez de aquella mentira, se puso a reír con aire satisfecho y convencido.

—Es muy graciosa, ¿sabe?... Sí, se lo aseguro, amigo mío tiene distinción.

Cuando le invitaban a cenar, se escapaba del salón para ir a la cocina a pellizcar a las criadas, y si alguna aceptaba, se despedía antes de medianoche y subía a su dormitorio, donde esperaba pacientemente, sentado en una maleta, con su frac y su corbata blanca. Luego, por la mañana, bajaba por la escalera principal, hacia las diez, pasando delante de los porteros, como si viniese de hacer una visita matinal a algún inquilino. Con tal de que fuera puntual en la agencia de cambio, su padre se daba por satisfecho. Por otra parte, ahora se ocupaba de la Bolsa, desde el mediodía hasta las tres. Algunos domingos se pasaba el día entero en la cama de una criada, dichoso y olvidado de todo.

—¡Usted que algún día será un hombre adinerado! —dijo Octave, en cuyo rostro se pintaba un mohín de disgusto.

Trublot, entonces, declaró doctoralmente:

—Amigo mío, nunca hay que hablar de lo que no se conoce.

Y se puso a elogiar a Julie, una alta borgoñona de cuarenta años, algo picada de viruelas, pero de un cuerpo soberbio. Todas las damas de la casa eran secas como cañas y no podían compararse con ella. Además era una mujer perfectamente dotada; y, para demostrarlo, abrió unos cajones en los que aparecieron un sombrero, joyas y camisas adornadas con encajes, sin duda robadas a la señora Duveyrier. Efectivamente, Octave observó entonces que en la habitación imperaba cierta coquetería; cajas de cartón dorado alineadas sobre la cómoda, una cortina de percal cubriendo las faldas colgadas, y todo cuanto podía denotar la existencia de una cocinera jugando a ser dama distinguida.

—Como ve, no hay nada que decir —prosiguió Trublot—. Tiene que reconocerlo... ¡Si todas fuesen como ella!

En aquel instante llegó un rumor de la escalera de servicio. Era Adèle que subía a lavarse las orejas, pues la señora Josserand le había prohibido tocar la carne mientras no se las lavase con jabón. Trublot asomó la cabeza y la reconoció.

—¡Cierre aprisa la puerta! —dijo muy inquieto—. ¡Calle, no diga nada!

Con oído atento, seguía los pesados pasos de Adèle a lo largo del pasillo.

—¿También está liado con ésa? —preguntó Octave, que, sorprendido por su palidez, suponía que temiera una escena.

Sin embargo, aquella vez, Trublot se acobardó.

—¡No! ¡Eso sí que no!... ¡Con un adefesio como ésa!... ¿Por quién me toma?

Se había sentado al borde de la cama y esperaba para acabar de vestirse, suplicando a Octave que no se moviera. Permanecieron los dos inmóviles mientras aquella cochina se quitaba la mugre de las orejas, en cuya tarea empleó diez minutos largos, durante los cuales pudieron oír su chapoteo en la palangana.

—No obstante, entre su habitación y ésta hay otra —explicó Trublot en voz baja—. La tiene alquilada un ebanista que atufa el pasillo con sus sopas de cebolla. Esta misma mañana me ha revuelto el estómago... Ya sabe, ahora, en todas las casas las habitaciones del servicio tienen tabiques delgados como el papel. No comprendo a los propietarios. Es casi inmoral apenas puede uno moverse en la cama... Y esto resulta muy incómodo.

Cuando Adèle volvió a bajar, recobró su aplomo y concluyó su tocado sirviéndose de la pomada y el peine de Julie. Al hablarle Octave de la buhardilla, se empeñó en guiarle, afirmando que conocía los menores rincones de aquel piso. Y mientras pasaban ante las puertas, iba nombrando

familiarmente a las criadas. En aquel extremo del pasillo, junto al dormitorio de Adèle, estaba Lisa, la camarera de los Campardon, una buena moza, que tenía sus líos fuera de casa; a continuación, Victoire, su cocinera, una ballena de setenta años, la única que respetaba. Venía después Françoise, llegada la víspera a casa de la señora Valérie y cuya estancia no duraría seguramente veinticuatro horas, como la de las demás doncellas que entraban al servicio de aquella casa. Luego, un pacífico matrimonio que atendía a los inquilinos del segundo y a su lado, el cochero de éstos, un mozo que despertaba sus celos, por suponer que hacía de las suyas de puerta en puerta. Finalmente mencionó a Clémence, la camarera de la señora Duveyrier, que hacía vida marital con su vecino, el mayordomo Hippolyte, y a la pequeña Louise, la huérfana que educaba la señora Juzeur, una chiquilla de quince años, la cual, si tenía el sueño ligero, debía divertirse por las noches.

—Amigo mío, deje abierta la puerta; hágame ese favor —dijo a Octave, después de ayudarle a recoger los libros de la maleta—. Cuando la buhardilla no está cerrada es posible esconderse en ella para esperar.

Octave accedió a defraudar la confianza del señor Gourd y volvió con Trublot a la habitación de Julie, dónde éste había dejado su abrigo. Se dio cuenta, después que le faltaban los guantes, y removi6 enaguas y ropas levantando tal polvo y olor a suciedad que su compañero, sofocado, abrió la ventana. Ésta daba a un estrecho patio interior, del que recibían la luz todas las cocinas de la casa. Asomaba la nariz sobre aquel pozo lleno de humedad y olor a comidas, cuando escuchó una voz que le hizo retirarse rápidamente.

—La chismorrería de cada mañana —dijo Trublot, que andaba a gatas, debajo de la cama, prosiguiendo su búsqueda—. Escúchelas.

Era Lisa, que, asomada a la ventana de los Campardon, se inclinaba para interrogar a Julie, dos pisos por debajo de ella.

—¿Así que esta vez es cierto?

—Parece que sí —respondió Julie levantando la cabeza—. Y es que se ha valido de todas las artimañas... Hippolyte volvió del salón tan asqueado que casi se le cortó la digestión.

—¡Si nosotras hiciésemos sólo la mitad!... —prosiguió Lisa.

Pero desapareció unos momentos para tomar el caldo que le ofrecía Victoire. Se entendían bien las dos mujeres; la doncella ocultaba la embriaguez de la cocinera y ésta facilitaba las salidas de su amiga, que volvía siempre derrengada y con grandes ojeras.

—¡Ah, hijas mías! —dijo Victoire, acodándose asimismo al lado de Lisa—. Vosotras sois jóvenes... ¡Cuando hayáis visto lo que yo!... En casa del

viejo Campardon había una sobrina suya, perfectamente educada, que iba a espiar por la cerradura de los dormitorios de los hombres.

—¡Muy bonito! —murmuró Julie, en su papel de gran señora indignada—. ¡De ser yo la joven del cuarto, le doy de bofetadas a ese Auguste por sobarme en el salón!... ¡Valiente tipo!

Esta frase hizo que saliera una aguda risa de la cocina de la señora Juzeur. Lisa, que estaba enfrente, registró la habitación con la mirada y vio a Louise que, con sus precoces quince años, se divertía oyendo a las otras sirvientas.

—Esa chiquilla se pasa el día escuchándonos —comentó—. ¡Nos han fastidiado con esa niña! Pronto no podremos ni hablar.

Pero no terminó. El ruido de una ventana que se abría bruscamente, las puso a todas en fuga. Se hizo un profundo silencio, tras del que se aventuraron nuevamente. ¿Qué? ¿Qué había sido? Se habían creído sorprendidas por la señora Valérie o la señora Josserand.

—¡No hay cuidado! —aclaró Lisa—. Están todas en remojo. Les preocupa demasiado su cutis para que piensen en fastidiarnos... Este es el único rato del día en que se puede respirar.

—Así, pues, todo sigue igual en su casa, ¿no es eso? —preguntó Julie mientras mondaba una zanahoria.

—Sí, igual —contestó Victoire—. La cosa no tiene remedio.

—Pero, entonces, ¿qué es lo que hace el arquitecto?

—¡Se consuela con la prima, caramba!

Estaban riendo a carcajadas, cuando vieron a Françoise, la nueva sirvienta de la señora Valérie, que era quien las había alarmado al abrir la ventana. Hubo un cortés intercambio de saludos.

—¡Ah, era usted, señorita!

—Sí, señorita. Estoy tratando de instalarme, pero esta cocina es una porquería.

A continuación llegaron los informes abominables.

—Demostraré mucha paciencia si se queda. La última tenía los brazos llenos de arañazos del niño, y la señora la mortificaba de tal modo que la oíamos llorar desde aquí.

—¡Ah, no! A mí no me pasará tal cosa —dijo Françoise—. De todas maneras, le doy las gracias, señorita.

—¿Dónde está su señora? —preguntó Victoire, curiosa.

—Acaba de salir; iba a almorzar en casa de una amiga.

Lisa y Julie cambiaron una mirada de inteligencia. Conocía bien a aquella señora y sabían que lo del almuerzo era pura invención. ¡Con qué cinismo

mentía! Pero no se apiadaban del marido porque se merecía mucho más. Lo que las avergonzaba como seres humanos era que una mujer no se comportara mejor.

—¡Ahí está el adefesio! —dijo Lisa al descubrir a la criada de los Jossierand por encima de ella.

Una oleada de palabras gruesas se elevó de aquel patio oscuro y maloliente como un sumidero. Todas, con el rostro levantado, lanzaban imprecaciones sobre Adèle, que era el desahogo y la oveja negra de la casa.

—¡Mira, se ha lavado! ¡Bien claro se ve!

—¡Tira otra vez al patio las tripas del pescado y verás como subo yo a lavarte con ellas!

Adèle las miraba aturdida, asomada a la ventana. Finalmente, contestó:

—¡Vamos, dejadme en paz, o tendré que regaros!

Pero los gritos y las risas subieron de tono.

—Casaste a tu señorita anoche, ¿verdad? ¡A lo mejor eres tú quien la enseña a conquistar a los hombres!

¡Menuda idiota! ¡Mira que vivir en una casa donde no se come! ¡Me pone furiosa!... ¡No seas mema y mándales a paseo!

Los ojos de Adèle estaban cubiertos de lágrimas.

—No decís más que tonterías... —murmuró—. Si no como no es por culpa mía.

Las voces iban en aumento y empezaron a cruzarse impropiedades entre Lisa y la nueva criada, que se puso de parte de Adèle. Pero en aquellos momentos, cediendo al instinto de clase y olvidando los insultos, exclamó ésta:

—¡Cuidado, viene mi señora!

Se hizo un silencio de tumba. Todas, bruscamente, se refugiaron en sus cocinas; y del patio sólo ascendió el apestoso hedor de sumidero, como si lo exhalaran las ocultas miserias de las familias, removidas por el rencor de la servidumbre. Aquél era el colector de las vergüenzas de la casa, por el que circulaba la inmundicia mientras los señores arrastraban todavía sus zapatillas y la gran escalera ostentaba la solemnidad de sus pisos bajo la silenciosa tibieza del calorífero. Octave recordó la bocanada de peste y barullo que le azotó la cara, en casa de los Campardon, el día de su llegada.

—Son muy amables —dijo por todo comentario.

Y se asomó, a su vez, contemplando las paredes, lamentando no haber visto bien, desde el primer momento, a través de los falsos mármoles y los cartones sobredorados.

—¿Dónde diablos los habrá metido? —murmuró Trublot, que había registrado hasta la mesilla de noche, en busca de sus guantes.

Al fin los encontró en el fondo de la cama, arrugados y calientes aún. Se miró al espejo por última vez y fue a esconder la llave en el lugar convenido, al extremo del pasillo, sobre un mueble abandonado por un inquilino. Luego bajó al primer piso, en compañía de Octave. Ya en la gran escalera, después de pasar ante la puerta de los Jusserand, recobró todo su aplomo, abotonado hasta el cuello, para ocultar el frac y la corbata blanca.

—Hasta la vista, amigo mío —dijo en tono forzado—. Estaba intranquilo y he venido a saber cómo habían pasado la noche esas señoras... Están perfectamente... Hasta la vista.

Octave le miró sonriente mientras bajaba. Luego, como era casi la hora del almuerzo, resolvió devolver la llave de la buhardilla más tarde. Durante la comida, se interesó especialmente por Lisa, que servía la mesa, con su aspecto pulcro y su faz agradable; sin embargo aún le parecía escuchar su voz desgarrada pronunciando obscenidades. Su instinto no le engañó respecto a la joven. Por lo demás la señora Campardon seguía encantada con ella, admirándose de que no le robara, lo que realmente era cierto, ya que sus flaquezas la llevaban a otros vicios. Además se portaba muy bien con Angèle, y su madre descansaba por entero en ella.

Precisamente aquel día, la niña desapareció a los postres y pudieron oír cómo reía en la cocina. Octave se atrevió a aventurar una reflexión.

—Tal vez no esté acertada al dejarla libremente con el servicio.

—¡Oh!, no hay nada de malo en ello —respondió la señora Campardon con su habitual languidez—. Victoire ha visto nacer a mi marido y yo estoy tan segura de Lisa... Además, ¿qué quiere que haga? La pequeña puede conmigo, y si la sintiera saltar continuamente a mi alrededor acabaría loca.

El arquitecto mordisqueaba gravemente la punta de un cigarro.

—Soy yo —dijo—, quien todas las tardes obliga a la niña a pasar dos horas en la cocina. Quiero que se convierta en una mujer de su casa y esto la instruye. Así nunca sale y siempre la tenemos a la vista. Verá usted como hacemos de ella una verdadera joya.

Octave no insistió; algunos días, Campardon le parecía bastante estúpido. Luego, al invitarle el arquitecto a ir a Saint-Roch, para oír a un gran predicador, se excusó, obstinado en la idea de no salir. Y, después de advertir a la señora Campardon que aquella noche no acudiría a cenar, iba a su habitación, cuando se dio cuenta de que llevaba en el bolsillo la llave de la buhardilla, lo que le determinó a bajar para devolverla inmediatamente.

Pero, en el rellano, un espectáculo imprevisto llamó su atención. El cuarto alquilado a aquel distinguido señor cuyo nombre nunca se pronunciaba se hallaba abierto; lo que era un acontecimiento, porque siempre permanecía cerrado bajo un silencio sepulcral. Su sorpresa fue en aumento cuando, al buscar con la mirada una supuesta mesa de despacho, descubrió en su lugar la esquina de una cama de matrimonio y vio luego salir a una mujer menuda, vestida de negro y con la cara tapada por un espeso velo, tras de la que se cerró silenciosamente la puerta.

Muy intrigado, bajó pisándole los talones, con la intención de saber si era guapa. Pero la dama bajaba con una ligereza inquieta, rozando apenas el suelo con sus pequeñas botinas, sin dejar tras de sí otra huella que un penetrante perfume de verbena. Al llegar al vestíbulo, ya había desaparecido y sólo pudo ver al señor Gourd, de pie en la puerta, que le saludó quitándose la gorra.

Después de devolver la llave al portero, el joven intentó sonsacarle.

—Tenía un aspecto distinguido esa señora. ¿Quién es?

—Es una dama —respondió el señor Gourd.

Y no consintió en decir nada más. En cambio, se mostró más explícito respecto al inquilino del tercero. Era un hombre de la mejor sociedad, que había alquilado la habitación para trabajar en ella tranquilamente una noche por semana.

—¡Ah, trabaja! —le interrumpió Octave—. ¿Y a qué se dedica?

—Ha tenido a bien confiarme el cuidado de su casa —prosiguió el portero, sin parecer entenderle—, y, ciertamente, paga con generosidad... Mire, señor, cuando se cuida de una casa, pronto se sabe qué clase de personas trata uno. En ésa todo trasciende a honestidad; sólo hay que ver la ropa blanca.

Tuvieron que guarecerse en la portería, para dejar paso al coche de los inquilinos del segundo, que iban a dar una vuelta por el Bois. Los caballos piafaban, contenidos por el cochero, y cuando el landó cerrado rodó bajo la bóveda, pudieron ver a través de los cristales dos niños cuyas sonrientes cabezas ocultaban los vagos perfiles de sus padres. El señor Gourd se levantó para saludarles, cortés pero fríamente.

—He aquí unos inquilinos que no hacen mucho ruido —observó Octave.

—Aquí nadie hace ruido —dijo secamente el portero—. Cada cual vive a su modo y nada más. Hay quien sabe vivir y hay quien no sabe vivir.

Si enjuiciaba con severidad a los vecinos del segundo era porque no se trataban con nadie. Sin embargo, parecían acomodados. El marido se dedicaba a los libros, y el señor Gourd se mostraba desconfiado, haciendo una

mueca despreciativa. Por otra parte, nadie sabía lo que pasaba allí dentro, con aquel matrimonio que no parecía necesitar de nadie y que siempre daba la sensación de ser perfectamente dichoso. Aquello era, desde luego, algo extraño.

Abría Octave la puerta del vestíbulo, cuando acertó a entrar Valérie. El joven retrocedió, cediéndole cortésmente el paso.

—¿Sigue usted bien señora?

—¡Oh!, sí, señor; gracias.

Mientras, sofocada, subía las escaleras, el joven, detrás de ella, miraba su calzado lleno de lodo, recordando sin querer el almuerzo de que habían hablado las criadas. Era evidente que regresaba a pie por no haber encontrado un coche de alquiler. Un olor desagradable y tibio exhalaban sus ropas. Su fatiga, una lasitud de todo su cuerpo, la obligaba a apoyarse en la barandilla de vez en cuando.

—¡Mal día tenemos! ¿No le parece?

—Espantoso, señor... y, en cambio, hace bochorno.

Llegaron al primer piso y se despidieron, pero él pudo observar sus párpados hinchados, su cara demacrada y el desorden de sus cabellos, bajo el sombrero, colocado precipitadamente. Mientras seguía escaleras arriba, meditaba, humillado y furioso. Entonces, ¿por qué no con él? No era más estúpido ni peor parecido que los demás.

Al llegar al tercero, recordó la promesa hecha a la señora Juzeur la noche anterior. Sentía curiosidad por aquella mujer y llamó a su puerta. Fue ella misma quien salió a abrirle.

—¡Ah, que amable es usted, al venir!... Pase, haga el favor.

En el piso se notaba el olor de las casas poco ventiladas.

Había alfombras y cortinas por todas partes, y los muebles descansaban en medio de un ambiente tibio y mortecino, de viejo cofrecillo forrado de seda tornasolada. Llegado al salón, al que los dobles cortinajes daban un aspecto de severo recogimiento, Octave tuvo que sentarse en un ancho sofá de escasa altura.

—Aquí está el encaje —prosiguió la señora Juzeur, reapareciendo con una caja de sándalo llena de trapos—. Quiero regalárselo a cierta persona y siento curiosidad por conocer su valor.

Era un trozo de antiguo punto inglés, de gran belleza. Octave lo examinó con experta mirada y acabó por estimar que valdría unos trescientos francos. Luego, sin esperar más, como ambos sostenían la pieza con las manos, se inclinó y besó sus infantiles dedos.

—¡Oh, señor Octave! A mi edad, ¿cómo se le ocurre? —murmuró alegremente, sin mostrar enfado.

Tenía treinta y dos años y se creía muy vieja. Y aludió, como de costumbre, a sus desgracias; sí, diez días después de la boda, el muy cruel desapareció una buena mañana, para no volver, sin que nadie supiera nunca por qué causa.

—Ya puede comprender —prosiguió, levantando la mirada al techo—, que, después de una cosa así, todo ha terminado para una mujer.

Octave retuvo entre las suyas su tibia mano y seguía besando levemente los dedos. Volvió a él la mirada y con maternal ternura, le dijo:

—Es usted un niño.

Creyendo que le animaba, trató de cogerla por el talle y arrastrarla al diván. Pero ella se libró sin violencia, apartándose de sus brazos con una sonrisa, como si pensara simplemente que estaba jugando.

—No, déjeme. Si quiere que seamos buenos amigos, no me toque.

—¿Entonces, no? —preguntó él en voz baja.

—¿Cómo, no? ¿Qué quiere decir?... ¡Ah, la mano! ¡Téngala cuanto guste!

Había vuelto a tomar su mano; pero, ahora, la abría, para besarla en la palma, mientras ella, tomando el juego a broma, separaba los dedos, como una gata que extiende sus garras porque le cosquillean las patas. Pero no le permitió pasar de la muñeca. Por ser el primer día, estableció allí la línea de demarcación, más allá de la cual empezaba la zona prohibida.

Bruscamente, entró Louise, que volvía de un recado, y dijo:

—El señor cura sube por la escalera.

La huérfana tenía el tinte amarillento y el rostro anodino de las niñas abandonadas por sus padres. Cuando se dio cuenta de que aquel señor estaba besando la mano de su señora, prorrumpió en una risa idiota. No obstante, bajo una mirada de aquélla, se esfumó.

—Mucho me temo que no logre sacar partido de ella —dijo la señora Juzeur—. Pero hay que hacer lo posible por llevar al buen camino a estas pobres almas... Venga, señor Mouret, pase por aquí.

Y le condujo al comedor, para dejar libre el salón al sacerdote, a quien Louise hacía entrar. Una vez allí, le rogó que volviera otro día, pues así lograría animarla con su conversación. ¡Estaba siempre tan sola y tan triste!... Felizmente, tenía el consuelo de la religión.

Por la tarde, hacia las cinco, Octave disfrutó de un verdadero descanso, al instalarse en casa de los Pichon, en espera de la cena. La casa le asustaba un

poco; después de haber sentido un respeto provinciano ante la rica severidad de la escalera, cayó en un exagerado desprecio, a causa de la que creía adivinar detrás de las altas puertas de caoba. Estaba desconcertado: aquellas burguesas que al principio le dejaban frío con su virtud, parecían ahora dispuestas a caer a la mínima señal. Y cuando una de ellas se negaba, le hacía sentir una mezcla de sorpresa y rencor.

Marie enrojeció de gozo al verle depositar sobre el aparador el paquete de libros que había subido a buscar para ella, por la mañana.

—¡Qué amable es usted! ¡No sabe cómo se lo agradezco! ¡Qué bien que haya venido temprano! ¿Quiere un vaso de agua azucarada con coñac? Eso abre el apetito.

El joven aceptó, para complacerla. Todo le parecía amable, incluso Pichon y los Vuillaume, que hablaban en torno de la mesa, rumiando lentamente su conversación de cada domingo. Marie iba de vez en cuando a la cocina, donde estaba asando una espaldilla de carnero. Fingiendo bromear, Octave la siguió y abrazándola delante del horno, le dio un beso en la nuca. Ella, sin un grito ni un estremecimiento se volvió y le besó a su vez en la boca, con los labios siempre fríos. Aquella frescura pareció deliciosa al joven.

—¿Qué me dice de su nuevo ministro? —preguntó a Pichon, al volver al comedor.

Pero el empleado tuvo un sobresalto. ¿Iban a nombrar un nuevo ministro de Instrucción Pública? No sabía nada; en los negociados nunca se ocupaban de estas cosas.

—¡Qué tiempo tan malo! —añadió sin transición—. ¡Es imposible llevar los pantalones limpios! La señora Vuillaume habló de una joven de Batignolles que se había descarriado.

—No lo creerá usted, señor —añadió—, pero estaba muy bien educada; sin embargo, se aburría en casa de sus padres y, por dos veces quiso tirarse por una ventana... ¡Es desconcertante!

—Hay que poner rejas en las ventanas —comentó simplemente el señor Vuillaume.

Durante toda la cena se prolongó esta conversación, en torno de la modesta mesa iluminada por una pequeña lámpara. Pichon y Vuillaume conversaban sobre el personal del ministerio, sin salir nunca de los jefes y subjefes. El suegro se refería obstinadamente a los de sus tiempos, recordando después que habían muerto, y el yerno, por su parte, seguía hablando de los modernos, en medio de una espantosa confusión de nombres. No obstante, tanto ellos como la señora Vuillaume se mostraron acordes sobre un extremo:

el robusto Chavignat, aquel cuya mujer era tan fea, había engendrado demasiados hijos. Era una locura, dada su situación económica. Octave sonreía tranquilo y feliz; hacía mucho que no pasaba una velada tan agradable y acabó por censurar a Chavignat, lleno de convicción. Marie le infundía sosiego con sus inocentes miradas, sin demostrar ninguna emoción por verle sentado junto a su marido y sirviendo a los dos según sus gustos, con su habitual gesto de pasiva obediencia.

A las diez en punto, se levantaron los Vuillaume y Pichon se puso el sombrero. Cada domingo les acompañaba hasta el ómnibus. Era una deferencia cuyo hábito contrajo al día siguiente de la boda, y aquéllos se habrían sentido muy ofendidos si su yerno hubiera tratado de evitarse el paseo. Llegaron los tres a la calle Richelieu y ascendieron por ella a pasos cortos, siguiendo con la mirada los ómnibus de Batignolles, que siempre pasaban completos. De aquel modo, no era raro que Pichon les acompañara hasta Montmartre, pues nunca se había tomado la libertad de abandonar a sus suegros sin dejarles antes en un vehículo. Como andaban muy lentamente, empleaba dos horas para ir y volver.

Después de despedirles con amistosos apretones de mano en el rellano de la escalera. Octave, al entrar de nuevo con Marie, dijo tranquilamente:

—Está lloviendo, Jules no volverá antes de medianoche.

Y como quiera que habían acostado temprano a Lilitte, obligó a Marie, a sentarse en sus rodillas, bebiendo en la misma taza un poco de café que quedaba. Se sentía como un marido dichoso, después de marchar los invitados, en su propia casa, excitado por una pequeña fiesta familiar y pudiendo abrazar a su mujer tranquilamente, con las puertas cerradas. En el tibio ambiente de la adormecida estancia flotaba el olor a vainilla dejado por los huevos a la nieve. Daba él unos leves besos en la barbilla de Marie, cuando llamaron a la puerta, sin que ella diese muestras del menor sobresalto. Era el hijo de Josserand, que tenía una de sus chifladuras. Cuando podía escapar del piso de enfrente, venía para hablar con ella, atraído por su dulzura, y ambos se llevaban muy bien y permanecían largo rato en silencio, cambiando de vez en cuando frases sin ilación.

Octave, muy contrariado, se calló.

—Tienen invitados —murmuró Saturnin—. No me dejaron sentarme a la mesa, pero a mí me da igual... Entonces, he forzado la cerradura y me escapé... Se llevarán un chasco.

—Estarán preocupados; debería volver —dijo Marie, viendo la impaciencia de Octave.

Pero el loco se reía, encantado. Luego, con torpes palabras, explicó lo que hacían en su casa. Parecía venir a desahogarse.

—Papá ha estado trabajando toda la noche... Mamá ha arañado a Berthe. Oiga, cuando alguien se casa, ¿le duele?

Y, como Marie no contestara, continuó, animándose:

—Yo no quiero ir al campo... Sólo con que la toquen, los estrangularé; de noche, es fácil, mientras duermen... Ella tiene la palma de la mano suave como el papel. La otra en cambio, es una puerca...

Y volviendo a empezar, embrollándose, no llegando a expresar lo que había venido a decir. Marie, finalmente, le obligó a volver a casa de sus padres, sin que hubiese advertido todavía la presencia de Octave.

Éste, entonces, temeroso de que les molestaran nuevamente, pretendió llevarse la joven a su habitación, pero ella se negó, presa de un súbito enojo. Él, sin comprender aquel pudor, decía que oirían subir a Jules y que ella tendría tiempo de volver a su casa. Octave trató de obligarla, pero Marie se enfadó seriamente, con la indignación de una mujer ultrajada.

—¡No, en su habitación nunca! Estaría muy mal... Quedémonos aquí.

Y corrió a refugiarse al fondo de su casa. Octave estaba todavía en el rellano de la escalera, sorprendido por aquella inesperada resistencia, cuando del patio llegó el ruido de una violenta discusión. Decididamente, todo se complicaba; mejor hubiera hecho yéndose a dormir. Tal barullo, a semejante hora, era algo inusitado, por lo que abrió una ventana para escuchar lo que decían. Era el propio Gourd que gritaba:

—¡Le digo que no pasarán! El propietario está advertido y bajará él mismo para echarle a la calle.

—¿Y por qué ha de echarme? —respondió una voz ronca—. ¿Acaso no le pago el alquiler? ¡Pasa, Amélie, que como te toque este señor, vamos a divertirnos!

Era el obrero de arriba, que volvía con la mujer que sorprendieran por la mañana. Octave se asomó, pero en la oscuridad del patio sólo se veían grandes sombras flotantes, atravesadas por un reflejo de luz procedente del vestíbulo.

—¡Señor Vabre! ¡Señor Vabre! —gritó el portero con voz apremiante zarandeado por el obrero—. ¡Aprisa, que entra!

A pesar de la torpeza de sus piernas, la señora Gourd había ido a buscar al propietario, que, precisamente, se disponía a trabajar en su gran obra. Octave pudo oírle bajar, mientras exclamaba furioso:

—¡Esto es un escándalo! ¡Qué horror!... ¡Nunca permitiré nada semejante en mi casa!

Y, dirigiéndose al obrero, a quien su presencia pareció intimidar en el primer momento, dijo:

—Despida a esa mujer enseguida... inmediatamente... ¡Y óigame bien: en esta casa no queremos mujeres!

—¡Pero si es mi esposa! —respondió el obrero azorado—. Viene una vez al mes, cuando sus señores le dan permiso... ¡Tendría gracia!... ¡No será usted quien me impida que viva con mi mujer!...

De repente, portero y propietario perdieron la cabeza.

—De todas formas, mejor será que deje el departamento —murmuró el señor Vabre—; y mientras tanto, le prohíbo que tome mi casa por un hotel de mala nota... Gourd, eche a la calle a esa criatura... Sí, señor, me desagradan las bromas de mal gusto. Cuando uno está casado, lo dice... ¡Cállese y no me falte más al respeto!

El ebanista, de buen talante y acaso un poco bebido, terminó por echarse a reír.

—Es realmente curioso... En fin, puesto que el señor no quiere, vuelve a casa de tus amos, Amélie. ¡Otra vez será! Así nos va a ser difícil tener descendencia... ¡Desde luego, dejaré la habitación en cuanto pueda! ¡Por nada del mundo me quedaría en esta barraca!... Pasan en ella muchas cosas que la convierten en un estercolero. ¡No quiere mujeres en su casa y tolera en cada piso las mayores inmundicias!... ¡Colección de gorrinos burgueses!

Amélie se había ido, para no causar mayores disgustos a su esposo, y éste, chocarrero, continuaba sus burlas. Entretanto, el señor Gourd protegía la retirada del señor Vabre, que se permitía expresar en voz alta sus reflexiones. ¡Qué asqueroso, era el pueblo! Bastaba un obrero para apestar toda la casa.

Octave cerró la ventana. Pero, en el momento en que volvía junto a Marie, tropezó con un individuo que enfilaba cautelosamente el pasillo.

—¡Cómo! ¡Usted otra vez! —dijo al reconocer a Trublot.

Éste quedó unos instantes perplejo. Luego, trató de explicar su presencia.

—Sí, soy yo... He cenado con los Josserand y subía...

Octave se rebeló.

—¡Con el adefesio de Adèle!... Y aseguraba que no...

Pero Trublot había recobrado su aplomo y explicó:

—Le aseguro, amigo mío, que es muy distinguida... ¡Tiene además un cutis incomparable!

Y a continuación la emprendió con el obrero, por cuya culpa habían estado a punto de sorprenderle en la escalera de servicio. A título de despedida, dijo a Octave:

—Recuerde que el jueves próximo le llevaré a casa de la amante de Duveyrier... Cenaremos juntos.

La morada volvió a recogerse en el severo silencio que parecía brotar de las castas alcobas, y el joven fue a reunirse con Marie en su habitación, junto al lecho conyugal. Arriba, al hallar la silla ocupada por la jofaina y un par de zapatos viejos, Trublot tuvo que sentarse en la estrecha cama de Adèle, donde quedó esperando, de frac y corbata blanca. Al fin apareció Adèle, que, iracunda le cogió de un brazo.

—¡Me fastidia que me tomes el pelo mientras sirvo la mesa!

—¿Qué quieres decir?

—Ni siquiera me concedes una mirada... ni me das las gracias cuando te sirvo pan... Esta noche, cuando te he pasado la carne, has afectado ignorarme... ¡Pues mira, ya estoy harta!... Toda la casa me agobia con sus estupideces... ¡Ya es demasiado, si al fin tú te unes a ellos!

Se desnudó con furiosos ademanes y se acostó en la crujiente cama, volviendo la espalda al joven, quien no tuvo más remedio que humillarse.

Mientras tanto, en la habitación vecina, el obrero, que conservaba su pizca de achispamiento, hablaba solo, en voz tan alta que se le oía en todo el pasillo.

—¡Vaya! ¡Es gracioso que no le dejen a uno acostarse con su propia mujer!... ¡No quieres mujeres en tu casa! ¡Maricón asqueroso! ¡Mete en este mismo instante las narices entre las sábanas si quieres enterarte de lo que sucede!

VII

HACÍA quince días que los Josserand invitaban a cenar casi cada noche al tío Bachelard, a pesar de sus incorrecciones con el fin de lograr que dotara a Berthe.

Cuando le anunciaron el casamiento, se limitó a dar un cachecito en la mejilla de la sobrina, diciendo:

—¡Cómo! ¿Te casas? ¡Cuánto me alegro, hijita!

Y permanecía sordo a todas las alusiones, exagerando su apariencia de libertino atontado, embebido en alcohol, en cuanto oía hablar de dinero.

La señora Josserand tuvo la idea de que coincidiera una noche con Auguste, su futuro yerno, pensando que la presencia del joven contribuiría a decidirle. La medida era heroica, pues la familia evitaba en lo posible exhibir al tío, siempre temerosa de causar una mala impresión en los demás. Bachelard, sin embargo, se portó bastante bien, y aquella noche solamente llevaba una mancha de jarabe en el chaleco. Pero cuando, después de marchar Auguste, le interrogó su hermana acerca de la impresión que le había causado, respondió, sin comprometerse:

—Encantador, encantador.

Era preciso concretar; el asunto apremiaba. Entonces, la señora Josserand resolvió plantear claramente la cosa.

—Puesto que nos hemos quedado en familia, aprovechemos la oportunidad... Dejados solos, niñas; tenemos que hablar con vuestro tío... Tú, Berthe, cuida un poco de Saturnin, no vaya a descerrajar otra vez la puerta.

Desde que, a escondidas de él, se ocupaban del casamiento de su hermana, Saturnin rondaba inquieto por la casa, husmeándolo todo; le acometían ideas diabólicas que tenían consternada a la familia.

—He tomado mis informes —dijo la madre, después de encerrarse con su hermano y su marido—. Y ya sé a qué atenerme con respecto a los Vabre.

Y dio cifras, explicándolas detalladamente. El viejo Vabre se había traído de Versalles medio millón de francos. Contando con que la casa le costara

trescientos mil, quedaban doscientas mil que producían intereses durante doce años. Por otra parte, cada año cobraba veintidós mil francos de los alquileres, y como habitaba en casa de los Duveyrier, sin gastar apenas, podía reunir como unos quinientos o seiscientos mil francos, además de la casa. Así que, por aquel lado, cabía mantener muy buenas esperanzas.

—¿Pero no tiene ningún vicio? —preguntó el tío Bachelard—. Yo creía que jugaba a la Bolsa.

La señora Josserand protestó. ¿Cómo iba a entregarse a semejantes afanes un anciano tan tranquilo? Él, por lo menos, se había mostrado capaz de ahorrar una fortuna. Y sonrió amargamente, mirando a su marido, que bajó la cabeza.

En cuanto a los tres hijos del señor Vabre, Auguste, Clotilde y Théophile, recibieron cada uno cien mil francos a la muerte de su madre. Théophile, después de emprender algunos negocios ruinosos, malvivía de los restos de aquellos cien mil francos. Clotilde, sin más pasión que el piano, debía haber invertido su parte. Y, por último, Auguste acababa de adquirir el almacén de la planta baja, aventurándose en el comercio de las sedas con sus cien mil francos, tanto tiempo guardados en reserva.

—Naturalmente —dijo el tío—, el viejo no debe dar nada a sus hijos cuando se casan.

En efecto, desgraciadamente aquel extremo parecía cierto; no era aficionado a dar nada. Al casar a Clotilde, se comprometió formalmente a dotarla con ochenta mil francos, pero Duveyrier nunca vio más que diez mil, y, lejos de reclamar nada, mantenía incluso a su suegro, halagando su avaricia, esperando sin duda para echarle mano algún día a su fortuna. De igual modo, tras prometer cincuenta mil francos a Théophile, cuando se casó con Valérie, se limitó, al principio, a abonarle los intereses, para acabar por no darle nada. Y llevaba las cosas hasta el extremo de exigirle el alquiler, que su hijo pagaba por miedo a verse desheredado. Así, pues, no había que contar demasiado con los cincuenta mil francos que Auguste, a su vez, había de recibir al firmar el contrato. Mucho sería que su padre le hiciera gracia del alquiler del almacén durante algunos años.

—¡Claro! Resulta muy duro para los padres... —declaró Bachelard—. Nunca entregan las dotes.

—Volvamos a Auguste —prosiguió la señora Josserand—. Ya te he dicho cuáles son sus esperanzas. El único peligro procede de los Duveyrier, a quienes Berthe habrá de vigilar de cerca si entra en la familia... Actualmente, después de comprar el almacén por sesenta mil francos, Auguste se ha

lanzado con los cuarenta mil restantes. Pero esta suma resulta insuficiente. Por lo demás, está solo y precisa una mujer; por esto quiere casarse... Berthe es bonita y él ya cuenta con ella para atender al público. En cuanto a la dote, cincuenta mil francos son un capital respetable que le ha decidido.

El tío Bachelard permaneció inmutable, pero acabó por decir, lleno de ternura, que él esperaba algo mejor. Y la emprendió con el presunto marido: era un muchacho encantador, no cabía duda; pero era demasiado viejo, con no menos de treinta y tres años y, por añadidura, siempre enfermo, con el rostro contraído por sus jaquecas y un aire triste poco adecuado para el comercio.

—¿Pero cuentas tú con otro? —preguntó la señora Josserand, cuya paciencia se estaba agotando—. Yo he removido todo París antes de encontrarle.

Por otra parte, no se hacía muchas ilusiones. Y arremetió contra el yerno.

—Ya sé que no es un águila e incluso diría que es bastante necio... Además no me fío de esos hombres que no han tenido juventud y no se atreven a dar un paso en la vida sin meditarlo bien algunos años. Éste, al salir del colegio, donde las jaquecas le impidieron terminar sus estudios, estuvo como simple dependiente durante quince años, antes de aventurarse a tocar los cien mil francos cuyos intereses, al parecer, le escamoteaba su padre. ¡No! No es un hombre fuerte.

El señor Josserand, que hasta entonces se mantuvo silencioso, se arriesgó a decir:

—Entonces, querida, ¿por qué obstinarse en este casamiento? Si el joven no tiene salud...

—¡Oh! No es cuestión de salud —le interrumpió Bachelard—. Eso no sería obstáculo... Berthe no tropezaría ya con dificultades para volverse a casar.

—Pero si es un inútil —prosiguió el padre— y ha de hacer desgraciada a nuestra hija...

—¡Desgraciada! —exclamó la señora Josserand—. Sólo falta que digas que entrego mi hija al primero que se presenta... Estamos en familia y discutimos su personalidad: es esto y lo otro, no es joven ni apuesto, y tampoco es inteligente. Es natural que hablemos de él... Pero lo cierto es que está muy bien y que nunca encontraremos otro mejor... y, si quieres, diré más: es un inesperado partido para Berthe. Yo ya no confiaba en casarla.

Se había puesto en pie, mientras su esposo, reducido al silencio, permaneció sentado.

—Mi único temor —continuó, plantándose ante su hermano— es que se eche atrás si no le entregamos la dote a la firma del contrato... Y se explicaría porque el muchacho necesita dinero.

Pero en aquel momento oyó detrás un ardiente suspiro que la hizo volverse. Saturnin estaba allí, asomando la cabeza tras la puerta entreabierta, acechándoles con ojos de lobo. Se produjo una escena de pánico porque había robado de la cocina la pieza del asador con que ensartaban los patos. El tío Bachelard, alarmado por el giro de los acontecimientos, se aprovechó de la alarma.

—No os molestéis —gritó desde la antecámara—. Me voy. A las doce estoy citado con un comprador que ha venido expresamente del Brasil.

Cuando consiguieron acostar a Saturnin, su madre, exasperada, afirmó que era imposible seguir teniéndole en casa. Si no le encerraban en un manicomio acabaría por cometer un desaguisado. No era vivir estar siempre ocultándole. Sus hermanas nunca se casarían mientras él estuviese allí, fastidiando y asustando a la gente.

—Esperemos aún —murmuró el padre, a quien partía el corazón el pensamiento de aquella medida.

—¡No, no! —replicó su mujer—. ¡No quiero que termine ensartándonos de veras!... Había colocado a mi hermano entre la espada y la pared... ¡Pero no importa! Iremos a saludarle mañana, con Berthe, y veremos si tiene el cinismo de faltar a su promesa... Además, Berthe le debe una visita a su padrino; es la costumbre.

Al día siguiente, padre, madre e hija se presentaron de manera oficial en los almacenes del tío, que ocupaban la planta baja y los sótanos de un amplio edificio de la calle Enghien. Varios camiones medio obturaban la puerta. En el encristalado patio, un equipo de embaladores claveteaban unas cajas, mientras por todas partes se advertían montones de géneros muy variados que representaban más de mil encargos de los clientes, así como las compras anticipadas, aprovechando las rebajas de los precios. Allí estaba Bachelard, con su nariz roja y sus ojos, brillantes aún por la borrachera de la víspera, pero con la cabeza clara y con su habitual olfato para los buenos negocios, desde que se enfrentaba con sus libros.

—¡Vaya! ¡Sois vosotros! —dijo enojado.

Y les hizo pasar a un gabinete, desde el que vigilaba a sus hombres por una ventana.

—Te he traído a Berthe —explicó la señora Josserand—. Sabe muy bien cuánto te debe.

La joven dio un beso a su tío. Luego, obedeciendo a una seña de su madre, volvió al patio para curiosear entre las mercancías. Inmediatamente se abordó el asunto.

—Escucha, Narcisse, ya ves cuál es la situación... Contando con tu buen corazón y tus promesas, me he comprometido a entregar una dote de cincuenta mil francos. Si no la doy, el matrimonio no se celebrará... Del modo que están las cosas, sería vergonzoso. No puedes abandonarnos en semejante apuro.

Pero la mirada de Bachelard se había nublado, y murmuró torpemente:

—¿Cómo? ¿Qué has prometido...? No hay que prometer nada, eso es un mal asunto...

Y empezó a lamentarse de su desgracia. Había comprado crines, invirtiendo cuanto tenía, en la creencia de que subirían de precio, y, en cambio, habían bajado, por lo que estaba obligado a venderlos perdiendo. Y corrió a buscar sus libros, empeñándose en mostrarle las facturas. Aquello era la ruina.

—¡Vamos! —dijo al fin el señor Josserand, perdiendo la paciencia—. Conozco tus negocios y sé que ganas lo que quieres y que nadarías en oro si no lo tirarás por la ventana. Yo no te pido nada. Eléonore es quien ha querido dar este paso. Pero permite que te diga, Bachelard, que te has burlado de nosotros. Hace quince años que cada vez que acudo los sábados para llevarte la contabilidad, me has venido prometiendo...

El tío le interrumpió dándose violentos golpes en el pecho.

—¿Prometer yo? ¡No es posible!... Dejadme hacer, y ya veremos. No me gusta que me pidan; me carga y me pone enfermo... Algún día lo veréis.

La propia señora Josserand se vio incapaz de conseguir más. Su hermano les estrechó las manos, enjugó unas lágrimas y les habló de su espíritu y su amor por la familia, jurando por Dios que no habrían de arrepentirse. Sabía cuál era su deber y lo cumpliría hasta el fin. Más tarde, Berthe conocería los sentimientos de su tío.

—¿Y el seguro dotal? —preguntó luego, volviendo a su expresión natural—. ¿Aquellos cincuenta mil francos que habíais asegurado sobre la pequeña?

Su madre se encogió de hombros.

—Hace catorce años que dejó de existir. Ya te hemos dicho muchas veces que a partir del cuarto vencimiento nos fue imposible pagar los dos mil francos.

—Eso no importa —murmuró guiñando un ojo—; se habla de este seguro a la familia y así se consigue un aplazamiento en el pago de la dote... Las

dotes nunca se pagan.

El señor Josserand se levantó, indignado.

—¡Cómo! ¿Es eso todo lo que se te ocurre decirnos?

Pero el tío, sin hacer caso, insistió en su teoría.

—¡Nunca, podéis estar seguros! Se entrega un anticipo o se cede la renta. Ved, si no, al propio señor Vabre... ¿Acaso nuestro padre os pagó la dote de Eléonore? ¡Claro que no! ¡Cada cual se guarda su dinero, caramba!

—¡Lo que me aconsejas es una cochinateda! —exclamó el señor Josserand—. Si mostrase, esa póliza cometería un fraude...

Su mujer le interrumpió. La idea sugerida por su hermano la dejó pensativa. Era extraño que ella no la hubiera tenido antes.

—¡Dios mío! ¡Con qué ardor te lo tomas!... Lo que Narcisse te sugiere no es un fraude.

—Claro que no... No es preciso enseñar el documento —añadió el tío.

—Se trata simplemente de ganar tiempo —continuó su mujer—. Basta con prometer la dote; siempre podremos darla más adelante.

La conciencia del buen hombre se rebeló. ¡No; se negaba! No quería arriesgarse una vez más en semejantes aventuras. Siempre abusaban de su bondad para hacerle aceptar poco a poco cosas que luego le contrariaban hasta hacerle enfermar. Puesto que no disponía de una dote que ceder, no podía prometerla.

Bachelard fue a tamborilear con los dedos en la vidriera, acompañando una tonada que se puso a silbar manifestando así el desdén que le inspiraban aquellos escrúpulos. La señora Josserand había escuchado a su marido, pálido por la cólera que iba acumulando, y que acabó por estallar.

—¡Bien, amigo mío! ¡Sea como sea, esa boda se ha de celebrar! Es la última oportunidad de mi hija... Antes me cortarían una mano que dejarla escapar. ¡Caiga quien caiga! Al fin y al cabo, cuando las circunstancias lo imponen, hay que ser capaz de todo.

—Entonces, ¿serías capaz de asesinar por casar a tu hija?...

Ella se irguió en toda su estatura y respondió, furiosa:

—¡Sí!

Luego esbozó una sonrisa. El tío trató de calmar los ánimos. ¿De qué servía discutir? Era mejor razonar. Y, temblando aún a causa de la excitación, el señor Josserand se avino a estudiar la cuestión con Duveyrier, de quien todo dependía, según su mujer. Únicamente, para coger al consejero en un momento de buen humor, el tío ofreció a su cuñado hacer que lo encontrase en un lugar donde no sabría negar nada.

—Será una simple entrevista —advirtió el señor Josserand, debatiéndose todavía—. Te aseguro que no me comprometeré a nada.

—Sin duda, sin duda —dijo su cuñado—, Eléonore, no te pide nada que vaya contra tu honor.

Berthe, que acababa de entrar, dijo haber visto unas cajas de frutas confitadas, y, después de acariciar a su tío, trató de obligarle a que le regalara una. Pero éste había vuelto a su tartamudeo; era imposible, pues estaban contadas y salían aquella misma tarde hacia San Petersburgo. Lentamente les fue conduciendo hasta la calle, mientras su hermana, ante la actividad de los vastos almacenes, llenos a rebosar de todas las mercancías imaginables, se demoraba, doliéndose de aquella riqueza amasada por un hombre sin principios y pensando amargamente en la inútil honradez de su marido.

—Bien, hasta mañana a las nueve de la noche, en el café de Mulhouse —dijo Bachelard, ya en la calle, estrechando la mano de su cuñado.

Precisamente aquel día Octave y Trublot, que cenaron juntos, entraron en el café de Mulhouse antes de ir a casa de Clarisse, la amante de Duveyrier, por no presentarse allí demasiado pronto. Apenas eran las ocho. En el momento de llegar, el ruido de una disputa que venía del fondo atrajo su atención. Vieron allí a Bachelard, enorme, ya bebido y con los ojos inyectados en sangre, discutiendo acaloradamente con un hombre menudo, pálido de ira.

—¡Ha vuelto a escupir en mi cerveza! —gritó con voz tonante—. ¡Y no se lo tolero!

—¡Déjeme usted en paz, o habré de darle una bofetada! —respondió el hombrecillo, poniéndose de puntillas.

Bachelard elevó entonces la voz, en actitud provocativa.

—¡Atrévase usted y verá cómo nos divertimos!

El otro le desfondó con un manotazo el sombrero que incluso en cafés, llevaba puesto, con arrogancia, y Bachelard dijo alzando aún más la voz:

—¡Cómo usted guste, señor!... ¡Cómo usted guste!

Entonces, tras recoger el sombrero, se sentó, lleno de orgullo y llamó al mozo.

—¡Alfred, cámbieme la cerveza!

Octave y Trublot, sorprendidos, habían visto a Gueulin en la mesa de su tío, recostado tranquilamente y fumando con evidente indiferencia. Cuando le preguntaron sobre las causas de la disputa, respondió, mientras contemplaba ascender en el aire el humo de su cigarro:

—¿Quién sabe? Siempre se mete en líos... Una de sus bravuras, ¡como para abofetearle! No se echa nunca atrás.

Bachelard estrechó la mano a los recién llegados. Le entusiasmaba la juventud. Cuando supo que iban a casa de Clarisse sintió gran alegría, pues también iban allí su sobrino y él; pero tenía que esperar a su cuñado, a quien había dado cita. Y, con grandes voces, encargó toda clase de consumiciones imaginables para obsequiar a sus jóvenes amigos, con la furiosa prodigalidad de hombre que, metido en juerga, ya no cuenta lo que gasta. Flácido, con los dientes muy nuevos y la nariz al rojo vivo, tuteaba a los muchachos y les daba palmadas en las piernas, haciéndose insoportable a los vecinos, hasta el extremo de que el patrón hubo de acudir dos veces para amenazarle con la expulsión, si seguía de aquel modo. Ya el día anterior, le habían echado del café de Madrid.

Entró una muchacha y, después de dar lentamente una vuelta por la sala, volvió a salir, dando lugar a que Octave empezase a hablar de mujeres. Bachelard escupió por un colmillo y acertó sobre Trublot, pero no se molestó siquiera en dar excusas. Las mujeres le habían costado mucho dinero; se envanecía de haber comprado las más bellas de París. En este cometido no había que regatear sobre el artículo: era cuestión de situarse más allá de los negocios. Pero ahora quería ordenar su vida y deseaba ser amado. Y Octave, contemplando a aquel vociferador que quemaba los billetes de banco, quedó sorprendido por el recuerdo del tío que exageraba su balbuceo de borracho para escapar a los asaltos de la familia.

—No digas eso, tío —repuso Gueulin—. Lo que sobran son mujeres.

—Siendo así, necio, ¿por qué andas siempre sin ellas? —le preguntó el tío.

Gueulin se encogió de hombros desdeñosamente.

—¿Por qué había de ser?... Precisamente ayer cené con un amigo y su amante. Al cabo de un rato, ella me daba golpecitos con el pie por debajo de la mesa. Parecía buena ocasión, ¿no?... No obstante, cuando me rogó que la acompañase a casa, eché a correr, y todavía estoy corriendo... Claro, de momento no digo que no hubiera sido agradable. Pero ¿y luego, querido tío? Tal vez una mujer pegajosa con la que tendría que, cargar... ¡No soy tan estúpido!

Trublot aprobó con movimientos de cabeza, pues él también había renunciado a las damas de sociedad, por temor a las complicaciones subsiguientes. Y Gueulin, saliendo de su mutismo, presentaba ejemplos. Cierta día, en el tren, una morena soberbia, a quien no conocía, se durmió

recostada en su hombro, pero él pensó: ¿qué iba a hacer luego de ella, al llegar a la estación? En otra oportunidad, tras una noche borrascosa, se encontró en la cama a la mujer de un vecino; aquello era un poco fuerte, sin duda, y habría cometido una sandez de no pensar que, con toda seguridad, luego le pediría que la comprara zapatos.

—¡Ocasiones, tío, no me faltan! —dijo para terminar—. Pero me contengo... Por otra parte, todo el mundo se contiene; se temen las consecuencias. Sin ellas sería demasiado agradable. Si te he visto, no me acuerdo; no se vería otra cosa por la calle.

Bachelard, sumido en un ensueño, no le escuchaba. Había dejado de alborotar y tenía húmedos los ojos.

—Si fuerais buenos, os enseñaría algo —dijo inesperadamente.

Y, después de pagar, les invitó a salir. Octave le recordó que la esperaba Jossierand, pero él dijo que no importaba y que ya iría luego a su encuentro. Antes de dejar la sala, echó una furtiva mirada en torno suyo y se apoderó del azúcar abandonado por un cliente en una mesa próxima.

Seguidme; es a dos pasos de aquí dijo al llegar a la calle.

Y echó a andar, grave y silencioso, hasta llegar ante una puerta de la calle Saint-Marc. Se disponían a seguirle los tres jóvenes, cuando pareció acometerle una súbita vacilación.

—No, vámonos, he cambiado de idea.

Los demás protestaron. ¿Quería burlarse de ellos?

—Pues bien, no quiero que suba Gueulin, ni usted tampoco señor Trublot... No son bastante discretos, no respetan nada, se lo tomarían a broma... Venga añadió dirigiéndose a Octave, usted es una persona seria.

Y le hizo subir delante de él, mientras los otros dos, desde la calle, le gritaban que saludase a aquellas damas, de su parte. Al llegar al cuarto piso, llamó a una puerta, a la que a poco, se asomó una anciana.

—¡Cómo! ¿Es usted, Narcisse? Fifi no le esperaba esta noche.

Y en su adiposo rostro de blanca piel apareció una plácida sonrisa. En el reducido comedor donde les introdujo se hallaba bordando una muchacha rubia y alta, bonita a pesar de su aspecto sencillo.

—Buenas noches, tío —dijo mientras se levantaba para ofrecer la frente a los gruesos y trémulos labios de Bachelard.

Después de presentar a Octave Mouret, distinguido joven amigo suyo, las dos mujeres le hicieron una arcaica reverencia, y todos se sentaron en torno de la mesa, iluminada por una lámpara de petróleo. Era un tranquilo rincón provinciano donde se deslizaban monótonas dos existencias olvidadas del

mundo. Como la estancia daba a un patio interior, ni siquiera se oía el ruido de los coches.

Entonces, mientras Bachelard interrogaba paternalmente a la muchacha acerca de sus ocupaciones y sentimientos desde el día anterior, la anciana señorita Menu, tía de ésta, confió su historia a Octave, con la familiar sinceridad de quien cree no tener nada que ocultar.

—Sí, señor. Yo soy de Villeneuve, cerca de Lille. Me conocen muy bien en casa de los hermanos Mardienne, en la calle de Saint-Sulpice, donde he estado treinta años como bordadora. Más tarde, una prima me dejó una casa en el pueblo y tuve la suerte de cederla a cambio de una renta vitalicia de mil francos anuales. Aquella gente, señor, pensaba que me enterrarían al día siguiente, pero han recibido el castigo por su maldad, pues sigo viviendo, a pesar de mis setenta y cinco años.

Y se reía, enseñando una dentadura blanca de joven.

—Estaba muy mal de la vista y ya no hacía nada a derechas —prosiguió—, cuando tuve que hacerme cargo de mi sobrina Fanny. Su padre, el capitán Menu, había muerto sin dejar un franco ni un solo pariente... Tuve que sacarla del pensionado y convertirla en bordadora. Es un oficio que apenas da para comer, pero ¿qué le vamos a hacer? Hagan lo que hagan, las mujeres siempre se mueren de hambre... Felizmente, ha tropezado con el señor Bachelard. Ahora ya puedo morir tranquila.

Y, con las manos en el regazo, en su ociosidad de antigua trabajadora decidida a no volver a tocar una aguja, contemplaba enternecida a Bachelard y a Fifí, con los ojos humedecidos. Justamente, el viejo decía a la muchacha:

—¿De veras has pensado en mí? ¿Y qué has pensado?

Fifí levantó su serena mirada, sin dejar de bordar con el hilo de oro.

—Pues que es un buen amigo y que le quiero mucho.

Apenas había puesto la vista en Octave, como indiferente ante la juventud de aquel buen mozo. Él, en cambio, sonreía, impresionado por su gracia, sin saber a ciencia cierta qué debía pensar. Mientras tanto, la anciana, en un celibato y una castidad para los que no se esforzaba, proseguía, bajando la voz:

—Acaso debí haberla casado, pero un obrero le pegaría y un empleado la llenaría de hijos hasta hacerle la vida imposible... Creo que es mejor que se porte bien con Narcisse, que parece un hombre honrado.

Y, alzando la voz, añadió:

—Vamos, Narcisse, que si no está contento con ella no es por culpa mía... Continuamente le digo: complácele, sé agradecida... Es natural, ¡estoy tan

satisfecha, al saberla finalmente en buenas manos! ¡Cuesta tanto trabajo casar a una joven cuando se carecen de relaciones!

Octave se abandonó entonces a la dichosa simplicidad del ambiente. En la quietud de la estancia se percibía un olor a frutas. Sólo se escuchaba el rumor de la aguja de Fifí, atravesando la seda con un ritmo regular como el tictac de un reloj que acompasara el aburguesamiento de los amores de tío Bachelard. La anciana señorita era, además, la probidad personificada: vivía de sus mil francos de renta, sin recurrir nunca al dinero de Fifí, que ésta gastaba a su gusto. Sus escrúpulos sólo cedían ante el vino blanco y las castañas con que a veces la obsequiaba su sobrina, cuando vaciaba la hucha donde ponía las monedas de cuatro sueldos que le daba su buen amigo, como si fueran medallas.

—Querida niña —dijo al fin Bachelard, levantándose—, tenemos que hacer... Hasta mañana, y que seas buena.

Le dio un beso en la frente y, después de contemplarla emocionado, dijo a Octave:

—Puede besarla también, es una niña.

El joven posó sus labios sobre la fresca piel de Fifí, que sonrió modestamente. Aquello sucedía en familia, jamás había visto personas tan razonables. Se iba ya el tío, cuando volvió a entrar exclamando:

—Me olvidaba; te he traído un regalito.

Y, después de meter la mano en el bolsillo, dio a Fifí el azucarillo, que poco antes se guardara en el café. La joven expresó un vivo agradecimiento y, ruborosa de satisfacción, lo mordisqueó. Entonces, animada, preguntó:

—¿Tiene por casualidad alguna moneda de cuatro sueldos?

Bachelard se registró los bolsillos inútilmente. Octave tenía una que la joven aceptó como recuerdo. No salió a despedirles, sin duda por decencia, y ambos pudieron oír el rumor de la aguja, que emprendía nuevamente la tarea mientras la señorita Menu les acompañaba amablemente.

—Esto merece la pena Saint-Sulpice dijo Bachelard, deteniéndose en la escalera, y no llega a costarme cinco luses al mes. Ya estaba harto de pillas que no buscan más que explotarme... De veras, sentía necesidad de un afecto.

Pero al ver que Octave reía se sintió receloso.

—Es usted demasiado honrado para abusar de mi amabilidad... Prométame que no dirá una palabra a Gueulin. Esperaré a que sea un hombre digno para presentársela... ¡Es un verdadero ángel! No en vano dicen que la virtud alegra el alma... Yo siempre he sido aficionado a idealizar.

Su voz de viejo borrachín se había hecho trémula y apenas podía contener las lágrimas que pugnaban por brotar. Al llegar abajo, Trublot les embromó afectando tomar nota del número de la casa, mientras Gueulin, encogido de hombros, preguntaba a Octave cómo había encontrado a la joven. Cuando el tío se enternecía en medio de la embriaguez, no podía evitar llevar a sus amigos a casa de aquellas damas, debatiéndose entre la vanidad de exhibir su tesoro y el temor de que se lo robasen. Al día siguiente lo olvidaba todo y volvía con aire misterioso a la calle Saint-Marc.

—Todo el mundo conoce a Fifi —comentó Gueulin tranquilamente.

Entretanto, Bachelard buscaba un coche, pero Octave exclamó:

—¡El señor Josserand debe estar en el café!

Los demás no habían vuelto a pensar en él. El señor Josserand, muy contrariado por perder la velada, esperaba impaciente a la puerta del establecimiento, pues nunca tomaba nada fuera de casa. Al fin, salieron hacia la calle de la Cerisaie, pero necesitaron dos coches: en uno iban el comisionista y el cajero y en el otro los tres jóvenes.

Con la voz apagada por los muchos ruidos del carruaje. Gueulin, empezó a hablar de la compañía de seguros en que trabajaba a lo que replicó Trublot que tanto aquel negocio como el de la Bolsa eran asuntos sumamente fastidiosos. Recayó entonces la conversación sobre Duveyrier. ¡Era lamentable que un hombre rico como él, un magistrado, se dejara esclavizar de aquel modo por las mujeres! Siempre las había mantenido en barrios distantes, al final de las líneas de los ómnibus: insignificantes camareras que fingían ser viudas, lenceras o merceras carentes de clientela, y jóvenes sacadas del arroyo a las que iba a visitar una vez por semana, lo mismo que un empleado va a su oficina. Sin embargo, Trublot le defendía, diciendo que era consecuencia de su temperamento y que, por otra parte, no todo el mundo tenía una mujer como la suya. Se comentaba que ésta le había tomado asco a causa de las manchas rojizas de su piel y que por tal razón le permitía que tuviera amantes que no eran para ella más que un alivio. Aceptaba, bien que a veces con resignación, su abominable carga, como mujer honesta que era.

—¿Entonces, creen ustedes que es honesta? —preguntó Octave, interesado.

—¡Oh, sí amigo mío!... Tiene todas las cualidades: es bella, seria, bien criada, instruida, delicada en sus gustos, casta e insoportable.

En la parte baja de la calle Montmartre se produjo un embotellamiento que detuvo el coche. Los jóvenes, que habían bajado los cristales, pudieron oír la iracunda voz de Bachelard, peleándose con los cocheros. Luego, cuando

el coche reemprendió la marcha, Gueulin dio detalles sobre Clarisse. Se llamaba Clarisse Bocquet y era hija de un viejo vendedor ambulante de juguetes que ahora explotaba las ferias con su mujer y una bandada de chiquillos desarrapados. Duveyrier había tropezado con ella en un día de deshielo, cuando acababa de echarla a la calle su amante. Aquella mujer respondía sin duda a un ideal largo tiempo soñado por él, pues desde el primer momento absorbió enteramente sus viles apetencias. Clarisse había consentido permanecer en la calle Cerisaie, para no comprometerle; pero, a pesar de todo, resultaba cara de mantener, ya que le hizo comprar muebles por valor de veinticinco mil francos y daba sustanciales pellizcos a su fortuna, que luego gastaba con el mundillo teatral de Montmartre.

—A mí poco me importa —añadió Trublot—, con tal de pasarlo bien en su casa. Por lo menos, ésta no obliga a nadie a cantar ni se pasa el día aporreando el piano. ¡Dichoso piano! Comprendo que cuando uno está hastiado de su propio hogar y sufre la desgracia de tener por esposa a un piano mecánico es natural que busque un rincón fuera, donde poder recibir a los amigos en zapatillas.

—El pasado domingo, Clarisse quería que fuese a almorzar, sólo con ella, pero yo me negué —explicó Gueulin—. Después de esos almuerzos se cometen muchas tonterías y yo tuve miedo de que pensara instalarse en mi casa el día en que la plante Duveyrier. Porque han de saber que en el fondo le aborrece, pues tampoco a ella le gustan esas malditas manchas de la piel; pero no encuentra la solución para mandarle a otra casa, como su mujer. De no ser así, si pudiera traspasárselo a la criada, les aseguro que lo haría gustosa.

El coche se detuvo y se apearon delante de una casa silenciosa y sombría de la calle de la Cerisaie. Pero hubieron de esperar diez minutos largos hasta la llegada del otro coche, puesto que Bachelard había invitado a su cochero a tomar un grog, después de la discusión de la calle Montmartre. Mientras subían por la escalera, de una severidad burguesa, el señor Josserand hizo nuevas preguntas sobre la amiga de Duveyrier, a las que el tío replicó simplemente:

—Es una mujer de mundo, una buena persona... No tengas miedo que no te va a comer.

Salió a abrirlas una criada de rostro sonrosado que les ayudó a despojarse de los gabanes, con una sonrisa amable y familiar. Trublot la arrinconó unos momentos en el extremo de la antecámara y le dijo en voz baja algunas cosas que parecieron halagarla. Entretanto, Bachelard había abierto la puerta del salón, y luego presentó al señor Josserand que quedó

perplejo unos instantes. Clarisse le parecía fea y no llegaba a comprender cómo el consejero podía preferirla a su esposa, muy distinguida en la sociedad por su belleza. Por lo demás, Clarisse se mostró encantadora. Su barniz parisién encubría un ingenio superficial y postizo así como la gracia chabacana adquirida en el trato de los hombres. Sin embargo, cuando quería, aparentaba ser una gran dama.

—Me alegro mucho, señor... Todos los amigos de Alphonse son amigos míos... Celebro que sea uno de los nuestros; está usted en su casa.

Duveyrier, advertido por una esquila de Bachelard, recibió a Josserand de forma igualmente amable. Octave quedó asombrado al observar su aire juvenil. Había dejado de ser el hombre severo y malhumorado que parecía no hallarse en su casa cuando se encontraba en el salón de la calle Choiseul. Las manchas sanguinolentas de su frente ahora eran sonrosadas y sus oblicuos ojos brillaban con alegría infantil mientras, en medio de un grupo, Clarisse explicaba cómo a veces se escapaba de la Audiencia para ir a verla, entre dos sesiones, con el tiempo justo para tomar un coche, darle un beso y volver a marchar. Él se quejó entonces de que su trabajo era agotador; cuatro audiencias semanales, desde las once hasta las cinco, y siempre desenredando los mismos líos; terminaba uno por hacerse insensible.

—Es cierto —dijo riendo—, hay que poner allí dentro algunas rosas; entonces, uno se siente mucho mejor.

Sin embargo, no llevaba en el ojal la cinta encarnada, que escondía cuando iba a visitar a su amante; era aquello un postrer escrúpulo y una delicada distinción en que se obstinaba su recato. Clarisse, aunque no lo dijera, se sentía muy ofendida.

Octave, que desde el primer momento trató a la joven como a un compañero, se limitaba a oír y observar. El salón, con su alfombra de grandes flores, su mobiliario y sus cortinas de seda granate, se parecía mucho al de la calle Choiseul. Y, para completar el parecido, muchos de los amigos del consejero que estaban en su casa la noche del concierto volvían a encontrarse en casa de Clarisse, formando los mismos grupos. Ahora, en cambio, se fumaba y hablaba en voz alta, se percibía un ambiente alegre bajo la viva claridad de las bujías. Dos caballeros, echados uno junto a otro, ocupaban totalmente la superficie de un diván, mientras otro, sentado a horcajadas en una silla, se calentaba las espaldas junto a la chimenea. Estaban todos a sus anchas, gozando de una libertad que, por otra parte, no rebasaba ciertos límites. Clarisse, que nunca tenía mujeres entre sus contertulios, explicaba

que lo hacía por decoro. Cuando algún íntimo se quejaba de que no hubiera damas en el salón, ella contestaba riendo.

—¿Es que acaso no basto yo?

Había acondicionado un refugio decente para Alphonse, que, en el fondo, reflejaba su afición por lo burgués, a pesar de los altibajos de su vida. Cuando recibía, no toleraba que la tuteasen. Pero al irse las visitas, a puerta cerrada, volvía a la intimidad de los amigos de Alphonse, lo mismo que a la de los suyos, en su mayor parte actores muy afeitados y pintores muy barbudos. Era la vieja costumbre de rehacerse un poco, en cuanto volvía las espaldas el hombre que pagaba. De todos los asistentes a su salón, sólo dos se habían resistido: Gueulin, a quien atormentaba el miedo a las consecuencias, y Trublot, cuyos afectos se hallaban en otra parte.

En aquellos momentos, la pequeña camarera, con su agradable sonrisa, ofrecía unos vasos de ponche. Octave tomó uno y dijo al oído de su amigo:

—La criada está mejor que la señora.

—¡Sin duda alguna! —respondió Trublot, encogiéndose de hombros con desdeñosa convicción.

Clarisse se acercó a ellos unos instantes; se multiplicaba yendo de unos a otros, cambiando con todos una palabra, una sonrisa o un gesto. Como cada recién llegado encendía un cigarro, el salón no tardó en estar lleno de humo.

—¡Malditos hombres! —exclamó con desenfado, mientras iba a abrir una ventana.

Sin atender más, Bachelard llevó a Josserand junto a la ventana abierta, para respirar aire fresco, según dijo. Luego, mediante una hábil maniobra, atrajo hasta allí a Duveyrier, y abordó sin demora el asunto en cuestión. Las dos familias quedarían pues, unidas por un estrecho lazo y él, se consideraba muy honrado. A continuación preguntó cuándo se firmaría el contrato y esto le permitió realizar la transición.

—Pensábamos visitarle mañana Josserand y yo, para concretarlo todo, pues no ignoramos que Auguste no hace nada sin contar con ustedes... Se trata del pago de la dote y, a fe mía que puesto que estamos aquí...

Josserand, nuevamente angustiado, miraba el fondo de la calle, de sombrías y desiertas aceras y de fachadas silenciosas. Lamentaba haber venido. Iban a aprovecharse otra vez de su debilidad para comprometerle en cualquier enredo poco claro del que después se arrepentiría. Un impulso rebelde le hizo interrumpir a su cuñado.

—En otro momento. Verdaderamente éste no es un lugar adecuado.

—¿Por qué no? —exclamó Duveyrier, dándoselas de gracioso—. Mejor estamos aquí que en cualquier otra parte... ¿Cómo decía usted?

—Dotamos a Berthe con cincuenta mil francos —prosiguió el tío—. Pero esos cincuenta mil francos están concertados en un seguro dotal que vence a los veinte años y que Josserand inició cuando su hija tenía cuatro años. Por tal razón no percibirá el dinero hasta dentro de tres años.

—Permítanme —interrumpió el cajero, asustado.

—No, déjeme acabar; el señor Duveyrier lo comprende perfectamente... No queremos que la joven pareja espere durante tres años un dinero que puede necesitar enseguida y nos comprometemos a pagar la dote mediante plazos semestrales de diez mil francos, con la idea de reembolsarnos más adelante, al percibir el capital asegurado.

Se produjo un silencio. Josserand, helado y sin aliento, contemplaba de nuevo el fondo de la calle. El consejero meditó unos momentos; probablemente adivinaba la jugada, satisfecho de que engañasen a los Vabre, a quienes aborrecía en su mujer.

—Me parece todo muy razonable —dijo finalmente—, y creo que somos nosotros quienes hemos de dar las gracias... Resulta raro que una dote se pague íntegramente.

—¡Nunca señor! —afirmó el tío con energía—. Eso no se hace nunca.

Y los tres se estrecharon la mano, citándose para el jueves en casa del notario. Cuando el señor Josserand apareció nuevamente a plena luz estaba tan pálido que le preguntaron si se sentía indispuesto. Respondió que, en efecto, no se encontraba muy bien, y se retiró sin esperar a su cuñado, que acababa de pasar al comedor, donde el clásico té era sustituido por champán.

Gueulin, que estaba echado en un sofá junto a la ventana, murmuró:

—¡El tío es un zorro!

Había sorprendido unas palabras sobre el seguro y, entre bromas, contó la verdad a Octave y Trublot. La póliza se concertó en su presencia, y no cobrarían un maldito sueldo; estaban engañando a Vabre. Luego, viendo que sus amigos se regocijaban con aquella farsa, añadió con cómica violencia:

—Necesito cien francos... y si el tío no me los da me iré de la lengua.

Las voces iban en aumento; el champán comprometía el convenio de decencia establecido por Clarisse, en cuyo salón las veladas terminaban muy alegremente. Ella misma se olvidaba a veces de la discreción exigida. Trublot se la mostró a Octave, detrás de una puerta, colgada del cuello de un buen mozo con aire provinciano; era un cantero recién llegado del Midi, a quien su ciudad natal pretendía convertir en un artista. Duveyrier empujó la puerta y

ella, separándose rápidamente, le recomendó al joven. Era el señor Payan escultor de gran talento, y Duveyrier encantado, prometió proporcionarle algún trabajo.

—Trabajo, trabajo... —comentó Gueulin a media voz—. ¡Hay aquí tanto como quieras, papanatas!

Hacia las dos, cuando los jóvenes y el tío se marcharon, este último estaba enteramente borracho. Hubieran querido meterle en un coche de alquiler, pero el barrio entero dormía en un solemne silencio, sin que se percibiera el ruido de ningún vehículo. En consecuencia, decidieron acompañarle bajo la clara luz de la luna, que teñía de blanco las aceras. En las desiertas calles, sus voces adquirirían una grave sonoridad.

—¡Maldito tío! ¡Anda derecho, que vas a rompernos los brazos!

Bachelard, con lágrimas en los ojos, se sentía cariñoso y moralizador.

—¡Vete Gueulin, vete! —balbuceó—. No quiero que veas a tu tío en semejante estado... No, muchacho, no es conveniente; márchate.

Y, al oír que su sobrino le trataba de viejo estafador, replicó.

—Eso no quiere decir nada... Hay que hacerse respetar... A mí lo que me gusta son las mujeres. Siempre que sean decentes, porque cuando no hay sentimiento me repugnan... Vete, Gueulin, que haces ruborizar a tu tío. Con estos señores basta.

—Entonces —dijo Gueulin—, tienes que darme cien francos. De veras los necesito para pagar el alquiler; si no me echarán.

Ante esta inesperada demanda, la borrachera de Bachelard se agravó hasta el extremo de que hubo que apoyarle contra la puerta de un almacén.

—¿Qué dices? —tartamudeó—. ¿Cien francos?... No me registres, que sólo tengo algunos sueldos... ¡Para que te los vayas a gastar a un antro de perdición!... No, no quiero fomentar tus vicios. Sé cuál es mi deber; tu madre te confió a mí en el momento de su muerte... Si me registras pediré socorro.

Y continuó arremetiendo contra la vida disipada de la juventud y afirmando la necesidad de ser virtuoso.

—Todo lo que quieras replicó Gueulin, pero yo no me dedico a timar a la gente... Y ya me entiendes... Si yo hablase no tardarías en darme los cien francos...

Pero de golpe el tío se había vuelto sordo; sólo daba gruñidos, y prácticamente, se desplomaba. En la estrecha calle donde se encontraban, detrás de la iglesia de Saint-Gervais, una sola linterna difundía su pálida claridad a través de los cristales, sobre los que destacaban unos gigantescos

números. Del inmediato edificio, entre cuyas cerradas persianas salían unas rendijas de luz, trascendía un sordo rumor.

—Ya estoy harto —exclamó Gueulin bruscamente—. Dispensa tío, pero he olvidado ahí arriba el paraguas.

Y entró en la casa, con gran indignación de Bachelard. Muy disgustado, reclamaba al menos un poco de respeto para las mujeres; semejantes costumbres acabarían arruinando a Francia. En la plaza del Ayuntamiento, Octave y Trublot encontraron por fin un coche de alquiler en el que introdujeron al tío como si se tratase de un fardo.

—Calle Enghien —dijeron al cochero—. Si quiere cobrar... regístrele.

El jueves firmaron el contrato ante el notario Renaudin, de la calle Gramont. En el momento de salir se produjo una violenta discusión entre los Josserand porque el padre, en un arrebato de rebeldía, hizo responsable a su mujer de la indignidad a que le obligaban, y esto dio lugar a que una vez más se echaran a la cara los defectos de sus respectivos familiares. ¿Dónde se figuraban que podía el ganar diez mil francos cada semestre? Aquel compromiso le volvía loco. El tío Bachelard, que estaba allí; se daba golpes en el pecho, insistiendo en sus promesas, tras habérselas arreglado para no desembolsar un solo franco, y, enternecido, aseguraba que nunca dejaría a su querida Berthe en la estacada. El padre, exasperado, se encogió de hombros y le preguntó si, decididamente, le tomaba por un imbécil.

No obstante, en casa del notario, el señor Josserand se calmó un poco al asistir a la lectura del contrato, redactado sobre las notas proporcionadas por Duveyrier. No se hacía referencia al seguro, y por otra parte, la primera entrega de diez mil francos no había de tener lugar hasta seis meses después del casamiento. Por lo menos tendría un plazo de tranquilidad. Auguste, que escuchaba con mucha atención, dio ciertas muestras de inquietud. Miró sucesivamente a Berthe, Josserand y Duveyrier y, por fin se aventuró a hablar del seguro como garantía que, cuando menos, debía ser mencionada. Todos parecieron asombrarse. ¿Qué objeto podía tener? La cosa estaba clara. Y se procedió a la firma mientras el notario Renaudin, amablemente, pasaba la pluma a las damas, sin abrir siquiera la boca. Ya fuera, la señora Duveyrier se permitió manifestar su extrañeza; nunca se había hecho referencia a un seguro y la dote de cincuenta mil francos había de pagarla el tío Bachelard. La señora Josserand, afectando ingenuidad, negó haber aludido a su hermano en relación con tan insignificante suma. Lo que más adelante daría su hermano a Berthe era toda su fortuna.

Aquella misma noche, un coche de punto pasó a recoger a Saturnin. Su madre había afirmado que sería muy peligroso tenerle en casa con la ceremonia tan próxima; en el casamiento no podían dejar suelto a un loco que hablaba de ensartar a todos. Y el señor Josserand, con el corazón transido de dolor, tuvo que pedir la admisión de la pobre criatura en el asilo Moulineáux, del doctor Chassagne. Hicieron entrar el coche en el vestíbulo y Saturnin bajó de la mano de Berthe, convencido de que se iba con ella al campo. Pero cuando se encontró dentro del coche se debatió furiosamente, rompiendo los cristales y agitando las ensangrentadas manos por las ventanillas. El señor Josserand subió las escaleras llorando, trastornado por aquella separación en medio de la penumbra, oyendo aún los gritos del infeliz mezclados con el chasquido del látigo y el galopar del caballo.

Durante la cena, como no pudiese evitar que sus ojos se llenaran de lágrimas al contemplar el lugar de Saturnin vacío ya para siempre, su mujer, sin comprenderle, se impacientó, exclamando:

—¡Creo que ya es bastante! Supongo que no pretenderás casar a tu hija con esa cara de funeral. ¡Por lo más sagrado que tengo, por la memoria de mi padre, te aseguro que el tío pagará diez mil francos! ¡Respondo de ello! Me lo ha prometido solemnemente al salir de la notaría.

Su marido ni siquiera contestó. Se pasó la noche escribiendo a la luz de la lamparilla fajas a tres francos el millar, completando un beneficio de seis francos. Varias veces levantó la cabeza, como de costumbre, para comprobar que Saturnin dormía tranquilo en la vecina habitación. Sin embargo, el pensamiento de Berthe le daba nuevas fuerzas para seguir trabajando. La Pobrecita hubiera querido ir a la ceremonia vestida de blanco. En todo caso, aquellos seis francos servirían para mejorar su ramo de novia.

VIII

EL matrimonio civil tuvo lugar el jueves. La ceremonia religiosa estaba fijada para las once de aquel sábado en Saint-Roch y, desde las diez y cuarto, había señoras que esperaban ya en el salón de los Josserand.

Allí se hallaban la señora Juzeur, eternamente vestida de seda negra, la señora Dambreville, embutida en un traje de color hoja seca, y la señora Duveyrier, luciendo un sencillo vestido azul pálido. Conversaban las tres en voz baja, mientras en la habitación próxima la señora Josserand concluía el tocado de Berthe, con la ayuda de la criada y de las dos damas de honor: Hortense y la pequeña de los Campardon.

—¡Oh, no, no es eso! —murmuró la señora Duveyrier—. La familia es honorable... Pero, lo confieso, lo que me hace temer por Auguste es el carácter dominador de la madre. Hay que preverlo todo, ¿no les parece?

—Sin duda —dijo la señora Juzeur—. El hombre no se casa solamente con la hija sino que, a menudo, se casa también con la madre, y entonces es muy desagradable que ésta se imponga sobre el matrimonio.

En aquel momento se abrió la puerta de la habitación y apareció Angèle gritando:

—Un broche al fondo del cajón de la izquierda... Esperen.

Atravesó el salón, volvió a cruzarlo y se hundió nuevamente en el cuarto, dejando tras de sí, como una estela, el revuelo de su falda blanca, sujeta a la cintura por una cinta azul muy ancha.

—Yo creo que se equivoca —replicó la señora Dambreville—. Se siente demasiado dichosa al librarse de su hija... Su única pasión son sus martes. Además, aún le queda otra víctima.

Valérie entró entonces, ataviada de rojo, con un aspecto demasiado provocativo. Había subido precipitadamente, temiendo llegar tarde.

—Théophile no ha terminado aún —dijo a su cunada—. Esta mañana he despedido a Françoise, y ahora está buscando una corbata por todas partes. Le he dejado en medio de un completo desbarajuste.

—La cuestión de la salud es igualmente seria —prosiguió la señora Dambreville.

—No cabe duda —respondió la señora Duveyrier—. Nosotros hemos consultado discretamente con el doctor Juillerat... y opina que la joven está muy bien constituida. En cuanto a la madre, también tiene una naturaleza excepcionalmente robusta. En realidad esto ha contribuido a decidirnos, pues nada hay peor que unos padres delicados de quienes haya que cuidar... Siempre es mejor que gocen de buena salud.

—Sobre todo —añadió dulcemente la señora Juzeur—, cuando no pueden dejar nada.

Valérie se había sentado, jadeante, y, al no estar al corriente de la conversación, preguntó:

—¿De quién están hablando?

La puerta se abrió nuevamente y de la habitación llegaron voces airadas.

—Te digo que la caja ha quedado encima de la mesa.

—No es cierto; yo la he visto aquí hace un instante.

—¡Qué terquedad! Ve tú misma a buscarla...

Hortense atravesó el salón, igualmente vestida de blanco, con un amplio cinturón azul. Estaba envejecida y tenía los rasgos endurecidos y la tez amarillenta en la transparente palidez de la muselina. Volvió furiosa, con el ramo de la novia, a la que buscaban en vano desde hacía cinco minutos, entre el desorden reinante en la casa.

—En fin, ¿qué quiere? —dijo para terminar la señora Dambreville—. Nunca se casa una tal como desea... Lo más juicioso es adaptarse después lo mejor posible.

Angèle y Hortense abrieron entonces de par en par las puertas de la habitación, para que no rozase el velo de la novia, y apareció Berthe, enteramente de blanco: vestido, corona, flores, ramo y una guirnalda que rodeaba su falda para ir a morir en la cola, todo ello de una inmaculada albina. La joven estaba encantadora, con su lozanía, sus dorados cabellos, sus risueños ojos y la candidez de su boca de adolescente.

—¡Oh, estás preciosa! —exclamaron las señoras.

Y la besaron extasiadas. Los Jossierand, con el agua al cuello, ignorando de donde sacar los dos mil francos que había de costarles su parte en los gastos de la boda, se habían visto obligados a enviar a Berthe a ver a Saturnin, a quien una tía acababa de dejar tres mil francos. Berthe obtuvo permiso para sacar de paseo a su hermano, y después de aturdirle con sus caricias, en el coche, subió con él a casa del notario, el cual, desconociendo la situación del

muchacho, sólo esperaba su firma para entregarle el legado. Así pudieron pagar el vestido blanco y la gran cantidad de flores que tenían asombradas a aquellas damas por el gasto que suponían.

—¡Perfecto! ¡De un gusto exquisito! —murmuraban entretanto.

La señora Josserand, radiante, lucía un vestido malva de un tono llamativo que parecía aumentar su volumen, llenándola de majestad. Echó pestes de su marido, pidió, a Hortense que le trajese su manteleta y prohibió severamente a Berthe que se sentara.

—¡Ten cuidado! ¡Vas a arrugarte el vestido!

—No se preocupe —dijo Clotilde tranquilizándola—. Disponemos de tiempo... Auguste ha de subir a buscarnos.

Estaban esperando en el salón, cuando llegó bruscamente Théophile, sin sombrero, con la ropa en desorden y el semblante descompuesto, temblando de pies a cabeza.

—¿Qué te pasa? —le preguntó su hermana, extrañada.

—Lo que me pasa...

Pero un acceso de tos interrumpió su palabra, y estuvo un largo minuto tosiendo y escupiendo en el pañuelo, enfurecido por no poder desahogar su cólera. Valérie le miraba turbada, como si el instinto le hiciera presagiar algo malo. Al fin él la amenazó con el puño, sin ver siquiera a la novia y a las damas que la rodeaban.

—Sí, buscando la corbata he encontrado esta carta en el armario...

Estrujaba un papel entre sus febriles dedos. Su esposa había quedado pálida. Consideró la situación y, para evitar el escándalo de aclararla en público, pasó al cuarto que Berthe acababa de dejar.

—Prefiero marcharme, si se ha vuelto loco —dijo ella sin levantar la voz.

—¡Déjeme! —gritó Théophile a la señora Duveyrier, que intentaba tranquilizarle—. ¡Quiero confundirla!... Esta vez tengo una prueba... no cabe la menor duda... ¡Ah, no! ¡Esto no quedará así, porque ahora la conozco!

Su hermana le había cogido del brazo y le zarandeaba enérgicamente.

—¡Cállate ya! ¡No te das cuenta en dónde estás?... ¡No es momento oportuno!

Pero él replicó:

—¿Que no es momento oportuno?... ¡Me importan poco los demás! ¡Si ha ocurrido hoy, peor para todos! ¡Así servirá de lección a más de uno!

No obstante, había bajado la voz, y, exhausto, se desplomó sobre una silla, a punto de romper a llorar. Los presentes, sin sosiego, tuvieron la delicadeza de no darse por enterados, y se apartaron discretamente mientras la señora

Josserand, contrariada por aquel escándalo que había de entristecer la boda, pasaba a la habitación vecina para dar ánimos a Valérie. En cuanto a Berthe, que arreglaba su corona ante el espejo, no había comprendido nada. Pero, advertida de que algo pasaba, preguntó a su hermana, que cuchicheó con ella mientras fingía corregir los pliegues del velo, señalando a Théophile con una mirada.

—¡Ah! —respondió la novia, simplemente, con la vista fija en el marido, sin que ninguna emoción pareciera turbar su alegre estado de ánimo.

Clotilde interrogaba a su hermano en voz baja, cuando apareció de nuevo la señora Josserand, para cambiar unas breves palabras con ella y volver otra vez a la estancia vecina. Hubo un intercambio de notas diplomáticas. El marido acusaba al hortera de Octave, a quien abofetearía en la iglesia, si se atreviera a ir. Precisamente le había visto con su mujer, en la escalinata de Saint-Roch, el día anterior. Al principio pensó que se había equivocado, pero ahora estaba seguro, a juzgar por su estatura y por su aspecto. Sí, su mujer fingía almuerzos con sus amigas o entraba con Camille en Saint-Roch, por la puerta principal, dejando la criatura bajo la custodia de la mujer de las sillas, para escapar luego con aquel hombre por la puerta trasera. Sin embargo al oír el nombre de Octave, Valérie se echó a reír, asegurando a la señora Josserand que nunca había tenido ninguna relación con él. Ni con éste ni con nadie, añadió; pero con Octave menos que con ninguno. Y, con la fuerza que da la verdad, hablaba a su vez de ir a confundir a su marido, probándole que la escritura del billete no era de dicho joven y que tampoco era él quien suponía la acompañaba a Saint-Roch. La señora Josserand escuchaba estudiándola con sagaz mirada, preocupada tan sólo por encontrar un expediente que le permitiera engañar a Théophile, y acabó dándole prudentes consejos.

—Déjeme hacer, y no se mezcle en esto... Puesto que se empeña en que se trata del señor Mouret, dejemos que sea el señor Mouret. Al fin y al cabo, no hay ningún mal en que la haya visto en la escalinata de una iglesia con ese señor... Lo único comprometedor es la carta, pero esto quedará aclarado en cuanto ese joven le enseñe una muestra de su escritura. Sobre todo, apoye usted cuanto yo diga. Como comprenderá, no voy a permitir que nos estropee un día como éste.

Cuando condujo a Valérie, que estaba muy confusa, Théophile le decía a su hermana, con voz entrecortada:

—Lo hago por ti; te prometo no golpearla aquí mismo, puesto que me dices que no sería prudente a causa de la boda... Pero en la iglesia no

respondo de nada. Si ese hortera se atreve a provocarme delante de toda mi familia, acabaré con uno después de otro.

En aquel momento llegó Auguste, elegantemente vestido, aunque con el ojo izquierdo entornado a causa de una jaqueca que le aquejaba desde hacía tres días; le acompañaban su padre y su cuñado, igualmente vestidos de gala. Tuvieron que apresurarse, pues entre unas cosas y otras habían llegado con retraso. La señora Duveyrier y la señora Dambreville ayudaron a la madre de la novia a ponerse su mantón alfombrado, que seguía usando en las grandes ocasiones, a pesar de haber pasado de moda. También hubo que esperar al señor Josserand, que buscaba debajo de los muebles un gemelo de la camisa; finalmente lo encontró y, tras murmurar unas excusas aturrido y feliz, bajó delante de todos, llevando del brazo a su hija Berthe, seguido de Auguste con la señora Josserand y del resto del cortejo nupcial, que turbaba con su murmullo el grave silencio del vestíbulo. Théophile había acaparado a Duveyrier, cuya dignidad lastimaba con sus explicaciones. Hablándole al oído, le pedía consejo, mientras, delante de ellos, Valérie, ya repuesta, recibía en modesta actitud las palabras de aliento de la señora Juzeur, sin parecer percatarse de las terribles miradas de su marido.

—¿Y tu devocionario? —preguntó de repente la señora Josserand, desesperada.

Estaban ya en los coches, y Angèle hubo de subir otra vez para recoger el devocionario de terciopelo blanco. Por fin, salieron hacia la iglesia, bajo las miradas de toda la casa, que se había concentrado allí. Entre las criadas y los porteros se hallaba la señora Pichon con Lilitte, vestidas como para ir de paseo. Al ver a la novia tan linda y tan bien arreglada no pudo evitar que las lágrimas acudieran a sus ojos. El señor Gourd subrayó que los vecinos del segundo eran los únicos que no se habían movido de casa. ¡Aquellos extraños inquilinos hacían siempre lo contrario que los demás!

Las puertas de Saint-Roch estaban abiertas de par en par y una alfombra roja descendía hasta la acera. Lloviznaba y, a pesar de estar ya en mayo, la mañana era muy fría.

—Trece escalones —dijo en voz baja la señora Juzeur a Valérie, mientras cruzaban el umbral—. Es de mal agüero.

Cuando el cortejo desfilaba entre las hileras de sillas, avanzando hacia el coro, donde los cirios brillaban como estrellas, el órgano comenzó a entonar, en las alturas, un himno lleno de alegría. Era una iglesia bonita y risueña, de grandes ventanales blancos, orlados de amarillo y azul, cuyos basamentos estaban recubiertos de mármol rojo. El dorado púlpito parecía sostenido por

los cuatro evangelistas y en las capillas laterales brillaban las orfebrerías. Cuando pasaron bajo las pinturas que animaban la bóveda y las arañas suspendidas del techo, las damas recibían en sus faldas el tibio soplo de los caloríferos.

—¿Está seguro de que lleva la alianza? —preguntó a Auguste la señora Josserand, al tiempo que se instalaba con Berthe en unas butacas situadas ante el altar.

El joven se azoró, temiendo haberla olvidado, pero se tranquilizó luego al notar que la llevaba en el bolsillo del chaleco. Por otra parte, la madre de Berthe no esperó su respuesta, sino que, levantándose, se volvió para examinar la concurrencia. Allí estaban Trublot y Gueulin, acompañantes de los novios, el tío Bachelard y Campardon, testigos de Berthe, Duveyrier y Juillerat, testigos de Auguste, y la multitud de amigos de que tanto se envanecía. De repente vio a Octave, que abría paso para la señora Hédouin, corrió hacia él y le llevó detrás de una columna, donde le habló brevemente en voz baja. El joven, con cara de extrañeza, parecía no comprender, a pesar de lo cual se inclinó con un gesto de amable sumisión.

—Ya está convenido —dijo al oído de Valérie la señora Josserand, volviendo a sentarse en una de las butacas destinadas a la familia, detrás de las de los novios.

Allí se encontraban el señor Josserand, los Vabre y los Duveyrier. El órgano seguía animando la ceremonia con sus cristalinas notas entrecortadas por estruendosos resoplidos. Ante la perspectiva de una boda, la iglesia se había llenado de curiosos. El abate Mauduit se reservó el privilegio de bendecir la unión de una de sus queridas penitentes, y cuando apareció revestido de sobrepelliz, dedicó una amable sonrisa a la concurrencia, toda compuesta de rostros conocidos. El coro entonó el *Veni Creator* y el órgano prosiguió su canto triunfal; en aquel preciso momento, Théophile descubrió a Octave, que estaba a la izquierda del coro, ante la capilla de Saint-Joseph.

Su hermana Clotilde trató de contenerle.

—¡No puedo! —murmuró él—. Jamás lo consentiré.

E hizo que Duveyrier le siguiera en representación de la familia. El *Veni Creator* continuaba, pero algunos asistentes volvían la cabeza.

Théophile, que había hablado de bofetadas, se sintió tan turbado al abordar a Octave que, al principio, no supo qué decirle; humillado por su escasa estatura, trataba de remediarlo poniéndose de puntillas.

—Ayer, señor —dijo por fin—, le vi en compañía de mi mujer...

Pero el *Veni Creator* acababa y quedó asustado al oír el tono de su propia voz. Por otra parte, Duveyrier, contrariado por el incidente, intentaba convencerle de que aquél, no era el momento oportuno. Ante el altar había comenzado la ceremonia. Después de dedicar a los contrayentes una emotiva exhortación, el sacerdote había tomado el anillo nupcial para bendecirlo.

Benedic. Domine Deas noster, annulum nuptialem hunc, quem nos in tuo nomine benedicimus...

Entonces Théophile se atrevió a repetir en voz baja:

—Ayer estaba usted con mi mujer en esta iglesia.

Octave, aturdido aún por las recomendaciones de la señora Josserand, que no había acabado de entender, se limitó a representar su papel con aire desenfadado.

—Efectivamente, me encontré a la señora Vabre y fuimos juntos a ver la restauración del Calvario que dirige mi amigo Campardon.

—¡Lo reconoce! —balbuceó el marido, furibundo—. ¡Lo reconoce!

Duveyrier se creyó obligado a dar unas palmadas en la espalda de Théophile, para calmarle, en el preciso instante en que la aguda voz de un monaguillo decía:

—*Amen.*

—Sin duda reconocerá también esta carta —prosiguió Théophile, tendiendo a Octave un papel.

—¡Vamos, éste no es lugar! —dijo el consejero, escandalizado—. Ha perdido la cabeza, amigo mío.

Octave desplegó la carta ante la expectación de la concurrencia, que cuchicheaba y cambiaba codazos, mirando por encima de los devocionarios; nadie prestaba la menor atención a la ceremonia. Sólo los dos contrayentes permanecían tiesos y graves delante del sacerdote; pero, al fin, la propia Berthe volvió la cabeza y vio a Théophile que, muy pálido, se mantenía junto a Octave. A partir de entonces, no dejó de dirigir miradas furtivas por el lado de la capilla de Saint-Joseph.

El joven, entre tanto, leía en voz baja:

—«Gatita mía, ¡qué dichosos fuimos ayer!... Hasta el martes, en la capilla de los Saints-Anges, al confesonario».

El sacerdote, después de haber obtenido del novio un grave «sí» de hombre serio que no firma nada sin leerlo, acababa de volverse hacia la novia.

—¿Promete entera fidelidad a Auguste Vabre, como es deber de toda esposa respecto a su esposo, según los mandamientos de la ley de Dios?

Pero Berthe había visto la carta y estaba abstraída pensando en las bofetadas que iban a sonar de un momento a otro y sin oírle, acechaba por el rabillo del ojo. Hubo un silencio embarazoso, hasta que, finalmente, se dio cuenta de que estaban esperando su contestación y murmuró precipitadamente:

—Sí, sí...

El abate Mauduit, extrañado, había seguido la dirección de su mirada, y adivinando que algo extraño sucedía, fue presa asimismo de singulares distracciones. El chisme iba corriendo ya de boca en boca y era de todos conocido. Las damas, pálidas y graves, no apartaban la vista de Octave, mientras los hombres sonreían con discreto desenfado. Y mientras la señora Josserand tranquilizaba a la señora Duveyrier, con leves encogimientos de hombros, tan sólo. Valérie, seguía interesada la marcha de la ceremonia, llena de ternura, sin advertir otra cosa.

—«Gatita mía, ¡qué dichosos fuimos ayer!...» —leía nuevamente Octave, afectando una profunda sorpresa.

A continuación, después de devolver la carta al marido añadió:

—No comprendo, señor. Esa letra no es mía... Mire usted.

Y sacando una libretita, donde anotaba cuidadosamente todos sus gastos, se la enseñó a Théophile.

—¡Cómo! ¿Que no es su letra? —murmuró éste—. Usted se burla de mí; a la fuerza ha de ser suya.

El sacerdote se disponía a hacer el signo de la cruz sobre la mano izquierda de Berthe; sin embargo, como miraba a otra parte, se equivocó y lo hizo sobre la derecha.

—*In nomine Patris, et Filii, et Spiritus Sancti.*

—*Amen* —respondió el monaguillo, alargando igualmente el cuello para ver qué pasaba.

Al fin, el escándalo se había evitado, pues Duveyrier pudo demostrar al estupefacto Théophile que la carta no era del señor Mouret. Aquello fue una decepción para la concurrencia, que suspiró, cambiando breves comentarios. Cuando los asistentes, todavía nerviosos, volvieron sus miradas al altar, los dos jóvenes estaban ya casados, Berthe sin enterarse de nada y Auguste sin haber perdido una sola palabra del sacerdote, absorto enteramente en la ceremonia, molesto tan sólo por la jaqueca que le hacía entornar un ojo.

—¡Nuestros hijos! —dijo el señor Josserand, emocionado, al señor Vabre, que desde el principio de la boda se afanaba por contar los cirios encendidos, equivocándose siempre y volviendo a empezar.

El órgano resonó nuevamente en la nave y el abate Mauduit reapareció vistiendo casulla, mientras los del coro atacaban la misa. Era una misa cantada con todo el ceremonial. El tío Bachelard, que rondaba por las capillas, leía las inscripciones latinas de las tumbas, sin comprenderlas, a pesar de lo cual pareció muy interesado por la del duque de Créquy. Trublot y Gueulin se habían acercado a Octave en demanda de detalles, y los tres estaban bromeando detrás del púlpito. Los cánticos arreciaron bruscamente, como el viento de una borrasca, mientras los monaguillos agitaban los incensarios; entre tanto se oía el sonido de una campanilla, en medio del silencio que sólo era alterado por el murmullo del sacerdote ante el altar. Théophile se hallaba descompuesto, reteniendo a Duveyrier, a quien aburría con sus reflexiones, sin comprender cómo era posible que el hombre de la iglesia y el autor de la carta fueran dos personajes distintos. La concurrencia continuaba atenta a sus menores gestos y toda la iglesia, con sus desfiles de sacerdotes, su latín, su música y sus inciensos, comentaba apasionadamente el incidente. Cuando el abate Mauduit descendió, después del *Pater*, para dar una última bendición a los esposos, interrogó con la mirada la profunda turbación de los fieles, los rostros excitados de las mujeres y las sonrisas burlonas de los hombre, bajo el resplandor de los ventanales y entre el rico oropel de la nave y las capillas.

—No confiese nada —dijo la señora Josserand a Valérie, mientras la familia marchaba a la sacristía, después de la misa.

En la sacristía, los recién casados y los testigos procedieron a firmar, pero hubo que esperar a Campardon, que había acompañado a las damas para que visitaran las obras del Calvario, al fondo del coro, detrás de una valla. Al fin llegó y, después de excusarse, cubrió el registro con una extensa inscripción. El abate Mauduit, en honor de ambas familias, había ofrecido la pluma a cada firmante, señalando con el dedo el lugar que le correspondía. Con su amable tolerancia mundana, sonreía en medio de la severa estancia, cuyos frisos conservaban el persistente aroma del incienso.

—Qué, señorita —preguntó Campardon a Hortense—, ¿no siente deseos de imitar a su hermana?

Hortense, que era la mayor, frunció los labios, y el arquitecto lamentó su falta de delicadeza. No obstante, aquella misma tarde, en el baile, la muchacha esperaba obtener una respuesta decisiva de Verdier, a quien había apremiado para que escogiera entre ella y su protegida. Así fue como Hortense le respondió ásperamente:

—Siempre habrá tiempo de hacerlo...

Y volvió la espalda a Campardon, para caer sobre su hermano Léon, que acababa de llegar solo y retrasado, como siempre.

—¡Muy bonito! ¡Papá y mamá están muy satisfechos!... ¡No asistir al casamiento de una hermana!... Por lo menos esperábamos que llegaras con la señora Dambreville...

—La señora Dambreville hace lo que le place —respondió secamente el joven— y yo hago lo que puedo.

Sus relaciones se habían enfriado, pues Léon consideraba que ya le acaparaba bastante tiempo, cansado de unas relaciones que aceptó con la sola esperanza de lograr un matrimonio ventajoso. Desde quince días antes la apremiaba para que cumpliera su promesa y ella, víctima de un exaltado amor, había llegado a quejarse ante la señora Josserand de lo que llamaba las veleidades de su hijo. Ésta le riñó, reprochándole no tener cariño ni respeto por la familia, como lo demostraba faltando a tan solemne ceremonia. Pero él, con su tono altanero de joven demócrata, presentó sus excusas: había surgido un trabajo imprevisto en casa del diputado a quien servía como secretario, la preparación de una conferencia, con toda clase de detalles de importancia decisiva.

—¡Se tarda tan poco en concluir un casamiento! —dijo la señora Dambreville, sin meditar la intención de la frase y tratando de ablandarle con una mirada.

—¡No siempre es así! —respondió el joven con dureza.

Y fue a dar un beso a su hermana Berthe, para estrechar luego la mano de su flamante cuñado, mientras la señora Dambreville palidecía, torturada, sonriendo vagamente a las personas que entraban.

Era el desfile de los amigos y simples conocidos, de la totalidad de los invitados que se agolpaban en la iglesia, los cuales, ahora, uno tras otro, atravesaban la sacristía. Los recién casados, de pie, estrechaban las manos de todos ellos con aire rígido y maquinal. Los Josserand y los Duveyrier atendían escasamente a las presentaciones. De vez en cuando se miraban con asombro, pues Bachelard había llevado algunas personas a quien nadie conocía, y que, además, hablaban demasiado alto. Poco a poco aumentaba la confusión y el barullo, con brazos que se alzaban por encima de las cabezas y muchachas apretujadas entre caballeros barrigudos, padres, hermanos y tíos, señalados por las huellas de sus vicios. En un rincón, Gueulin y Trublot explicaban a Octave que, precisamente la víspera, Duveyrier estuvo a punto de sorprender a Clarisse en una de sus aventuras y que ésta se había visto obligada a colmarle de zalamerías para cerrarle los ojos.

—¡Miren! —murmuró Gueulin—. Ahora está besando a la novia; no tiene mal gusto.

Entre tanto, los invitados fueron desfilando y, no quedaban ya más que los íntimos y la familia. A lo largo de los apretones de manos y las felicitaciones había seguido circulando el rumor del infortunio de Théophile y no se hablaba de otra cosa, a través de frases hechas, apropiadas a las circunstancias. La señora Hédouin, que acababa de enterarse del incidente, miraba a Valérie con el asombro de una mujer para quien la honradez es tan importante como la salud. El abate Mauduit, por su parte, debió recibir alguna confianza, pues su curiosidad parecía satisfecha y mostraba mayor unción que de costumbre, entre las secretas miserias de su rebaño. Era una lacra más que, repentinamente sangrando, le obligaba a echar sobre ella el manto de la religión. Y, lleno de buena voluntad, habló a Théophile del perdón de las ofensas y de los inescrutables designios de Dios, tratando ante todo de ahogar el escándalo, envolviendo a los presentes con un gesto de piedad y de desesperanza, como para ocultar aquellas circunstancias vergonzosas al propio cielo.

—¡Cómo se ve que no sabe lo que es eso! —murmuró Théophile, a quien el sermón había acabado de trastornar.

Valérie, que por prudencia no se separaba de la señora Juzeur, escuchó emocionada las palabras conciliadoras del abate Mauduit. Luego, en el momento en que por fin salían de la iglesia, se detuvo ante los padres de los novios, para ceder el paso a Berthe y a su marido.

—Debe estar usted satisfecho —dijo al señor Josserand, para demostrar su tranquilidad de espíritu—. Le felicito.

—Sí, sí —comentó el señor Vabre—, es toda una responsabilidad que desaparece.

Y mientras Trublot y Gueulin se multiplicaban para distribuir las damas en los coches, la señora Josserand, que con su mantón interrumpía el tránsito, se obstinó en quedarse la última sobre la acera, a fin de exhibir públicamente su triunfo de madre.

La cena que celebraron en el hotel del Louvre se vio asimismo alterada por el desgraciado incidente de Théophile. De forma obsesiva, había constituido el tema de todas las conversaciones, durante el paseo vespertino por el Bois de Boulogne; las damas coincidían unánimes en que el marido debió haber esperado al día siguiente para encontrar aquella carta. Al ágape asistieron solamente los íntimos de las dos familias, y la única nota alegre la constituyó un brindis del tío Bachelard, a quien los Josserand hubieron de

invitar, a pesar del temor que les inspiraba. Efectivamente, a partir del asado estaba borracho. Fue poco después cuando, levantando su copa, se enredó en una frase que repitió varias veces, sin saber cómo terminar:

—Me siento dichoso por la felicidad que experimento...

Con todo, los invitados sonrieron complacidos. Auguste y Berthe, vencidos por el cansancio, se miraban de vez en cuando, extrañados de verse uno frente a otro, bajando pudorosos la mirada hacia sus platos.

Se habían distribuido cerca de doscientas invitaciones para el baile. A partir de las nueve y media empezaron a llegar los convidados. Tres arañas iluminaban el gran salón rojo, en el que solamente dejaron los asientos adosados a las paredes, reservando uno de los extremos, junto a la chimenea, como espacio para la orquesta. Al otro extremo de la sala se había preparado un buffet junto al que las dos familias disponían de un gabinete para descansar cuando lo creyesen conveniente.

En el preciso instante en que las señoras Duveyrier y Josserand recibían a los primeros invitados, el pobre Théophile, a quien vigilaban desde por la mañana, cedió a un lamentable impulso brutal. Campardon había rogado a Valérie que bailara con él el primer vals. Ella se acercó riendo, por lo que el marido creyó ver una provocación en su actitud.

—No veo por qué has de reírte —murmuró—. Mejor sería que me dijeras de quién es la carta... Alguien ha tenido que escribirla.

Había necesitado toda una tarde para deducir aquella idea, de la turbación en que le pusieran las respuestas de Octave. Y ahora se obcecaba en saber quién había sido, puesto que no era el señor Mouret; exigía un hombre, y al ver que Valérie se alejaba sin responderle, la cogió de un brazo y se lo retorció, con una exasperación infantil, mientras insistía:

—¡Me dices de quien es, o te lo parto!

La joven, asustada, había quedado sumamente pálida, conteniendo un grito de dolor. Campardon notó que se desmayaba sobre su hombro, presa de una de aquellas crisis nerviosas que la afligían de vez en cuando, y apenas tuvo tiempo de conducirla hasta el gabinete reservado para las familias, donde la recostó sobre un diván. Las señoras Juzeur y Dambreville, que les habían seguido, ocupáronse de aflojar sus ropas, mientras él se retiraba discretamente.

Entretanto, en el salón, sólo tres o cuatro personas se habían dado cuenta de aquella breve escena de violencia. Las señoras Josserand y Duveyrier siguieron recibiendo a los invitados, que iban llenando la vasta estancia con tocados femeninos de claros tonos y severos trajes de etiqueta. Un rumor de

palabras amables brotaba de los rostros sonrientes que rodeaban a la recién casada, mientras del fondo del salón venían los armoniosos lamentos de un violín.

—Caballero, le ruego que me perdone —dijo Théophile, abordando a Octave, con cuya mirada había tropezado la suya en el momento de retorcer el brazo de su mujer—. Cualquiera, en mi lugar, habría sospechado de usted, ¿no cree?... Pero ahora quiero estrecharle la mano para demostrarle que reconozco mi error.

Y le dio un apretón de manos, llevándole aparte con el deseo de encontrar en él un confidente en quien desahogar su angustia.

—¡Ay, amigo mío, si yo le contase!

Y le habló extensamente de su esposa. Antes de casarse estaba muy delicada, pero todos, entre bromas, dijeron que el matrimonio le devolvería la salud. Le faltaba aire en la tienda de sus padres, donde, durante tres meses, la había visto cada noche, amable y sumisa, ciertamente triste, pero aun así encantadora.

—Pues bien, amigo mío, el matrimonio, lejos de devolverle la salud... Al cabo de unas semanas se puso terrible y ya no hubo modo de entendernos. Discutía por las cosas más triviales. Su humor cambiaba a cada momento, y reía y lloraba sin que yo alcanzara a saber por qué. Tenía pensamientos absurdos, capaces de trastornar a cualquiera, y unas continuas comezones que irritarían al más paciente... En fin, señor, que mi hogar se ha convertido en un verdadero infierno.

—Resulta curioso —murmuró Octave, que sentía la necesidad de decir algo.

El marido, demudado, irguiéndose sobre sus cortas piernas en un intento de evitar el ridículo, se refirió a lo que llamaba la mala conducta de aquella desgraciada. En dos ocasiones había despertado sus sospechas, pero su honradez le hizo repudiar tales pensamientos. No obstante, en la presente ocasión había de rendirse a la evidencia. ¿Acaso era posible dudar? Y, con la mano temblorosa, palpaba el bolsillo del chaleco donde guardaba la carta.

—Aun si lo hiciera por dinero podría comprenderlo —añadió—. Pero estoy seguro de que no le dan nada; si no, lo sabría... Y, siendo así, ¿cuáles pueden ser sus sentimientos? Soy amable con ella y en casa no le falta nada; no lo entiendo... Si usted se lo explica, dígamelo, se lo ruego.

—Resulta curioso, muy curioso —repitió Octave, molesto por aquellas confidencias y deseoso de evadirse.

Pero el marido presa de un febril deseo de certidumbre, no le soltaba. En aquel momento reapareció la señora Juzeur, que dijo unas palabras al oído de la señora Josserand, quien acogía con una reverencia la entrada de un importante joyero del Palais-Royal.

Evidentemente turbada, aquélla se apresuró a seguirla.

—Creo que su esposa sufre una violenta crisis —observó Octave, dirigiéndose a Théophile.

—¡Déjela! —respondió éste furioso, desesperado por no estar a su vez enfermo, para ser igualmente atendido—. Le viene muy bien esta crisis; así todo el mundo se pone de su parte... No estoy mucho mejor que ella y nunca la he engañado...

La señora Josserand no reaparecía y entre los concurrentes circulaba el rumor de que Valérie era víctima de espantosas convulsiones. Hubiera convenido que la sujetaran algunos hombres, pero, como estaba medio desvestida, fueron rechazadas las ofertas de Trublot y Gueulin. La orquesta atacó un rigodón y Berthe abrió el baile de pareja con Duveyrier, que se movía con el empaque propio de un magistrado; Auguste, entretanto, no pudiendo contar con la señora Josserand, tomó como compañera a Hortense. Tácitamente ocultaban la crisis a los recién casados, para evitarles inútiles emociones. Y el baile se iba animando mientras las parejas sonreían bajo el resplandor de las arañas.

—¡El doctor Juillerat! ¿Dónde está el doctor Juillerat? —inquirió la señora Josserand, reapareciendo bruscamente.

El doctor había sido invitado, pero hasta entonces nadie le había visto, y ésta no pudo ya ocultar el enfado que venía almacenando desde la mañana y que expresaba sin ningún disimulo delante de Octave y Campardon.

—¡Ya empiezo a estar harta! ¡Esto no tiene trazas de acabar y ha de ser muy desagradable para mi hija!...

Buscaba a Hortense, a la que al fin vio hablando con un señor en quien, a pesar de estar de espaldas, reconoció a Verdier. Aquello aumentó su mal humor. Llamó secamente a la joven y le dijo que en un día como aquel era mejor que se mantuviese a disposición de su madre. La muchacha no aceptó la reprimenda; se sentía satisfecha porque Verdier acababa de fijar la fecha de su boda para junio, o sea dos meses después.

—¡No me fastidies! —dijo la madre.

—Te lo aseguro mamá... Duerme ya fuera de casa tres veces por semana, para ir acostumbrando a la otra, y dentro de quince días la dejará enteramente. Entonces, todo habrá acabado y me pertenecerá.

—¡Déjame en paz! ¡Estoy hasta la coronilla de vuestro idilio!... Hazme el favor de ir a la puerta a esperar al doctor Juillerat; en cuanto llegue me lo envías... Sobre todo, no digas ni una palabra de esto a tu hermana.

Y regresó al gabinete vecino, dejando a Hortense murmurando que, a Dios gracias, ella no necesitaba permiso de nadie y que muchos quedarían chasqueados al verla casarse mejor que las demás. No obstante, fue a esperar la llegada del doctor.

La orquesta tocaba entonces un vals y Berthe bailaba con un joven primo de su esposo. La señora Duveyrier no había podido negarse al tío Bachelard, que la incomodaba seriamente echándole el aliento a la cara. El calor iba en aumento y el buffet estaba lleno de caballeros que se enjugaban la frente. En un rincón saltaban unas niñas mientras las madres, sentadas a parte, pensaban, como siempre, en las fallidas bodas de sus hijas. Los señores Vabre y Josserand, que estaban juntos, aunque sin cambiar una sola frase, eran objeto de continuas felicitaciones. Todos parecían divertirse mucho, comentando la alegría del baile. Según frase de Campardon, era una alegría de buena ley.

Pero el arquitecto, galantemente, se inquietaba por Valérie, aunque no por ello dejaba escapar ningún baile, y tuvo la ocurrencia de enviar a su hija Angèle en busca de noticias. La pequeña, que con sus catorce años se consumía de curiosidad desde la mañana, en relación con aquella señora que tanto daba que hablar, quedó encantada al poder entrar en el gabinete. Como no volvía, el arquitecto tuvo que tomarse la libertad de entreabrir la puerta para asomar la cabeza, y vio a su hija absorta ante Valérie, que se estremecía en continuos espasmos, con el corpiño desabrochado. Se alzaron protestas contra su intromisión y hubo de retirarse, asegurando que sólo deseaba saber cómo seguía la enferma.

—Está mal... está mal... —dijo melancólicamente a quienes se hallaban junto a la puerta—. Son cuatro a sostenerla... Ha de ser muy robusta una mujer, para contraerse de esa forma sin descoyuntarse...

Se había formado un grupo en el que se comentaban a media voz los menores detalles de la crisis. Algunas damas, advertidas, se acercaban apiadadas, entre dos bailes, y, después de entrar en el gabinete, explicaban la marcha del acceso a los hombres, para entregarse nuevamente a la danza. Era aquel un rincón misterioso donde todos hablaban en voz baja y cambiaban miradas de inteligencia, en medio del creciente barullo del salón. Solo, abandonado de todos, Théophile paseaba ante la puerta, obsesionado por la idea de que se burlaban de él y que no debía tolerarlo.

En aquellos momentos atravesó rápidamente el salón el doctor Juillerat, acompañado de Hortense, que le iba dando explicaciones, y seguido de la señora Duveyrier. Algunos quedaron intrigados y circularon los más diversos rumores. Apenas hubo entrado el médico en el gabinete, cuando salió la señora Josserand seguida de la señora Dambreville. Su ira iba en aumento; acababa de vaciar dos jarras de agua en la cabeza de Valérie y afirmaba no haber visto nunca a una mujer con tal excitación nerviosa. Finalmente había decidido dar una vuelta por el baile, para acallar ciertos rumores con su presencia. Pero era tal su modo de andar y tan amargas las sonrisas que repartía, que por donde pasaba iba dejando una estela de nuevos comentarios.

La señora Dambreville no se apartaba de ella. Pasó el día hablándole de Léon, de quien se mostraba muy quejosa, para que interviniera cerca de él haciéndole reanudar sus relaciones. Y le hizo observar cómo acompañaba a una muchacha alta y delgada, con la que parecía mostrarse muy asiduo.

—Nos abandona —dijo con una ligera sonrisa, aunque su voz temblaba al esforzarse por contener el llanto.

—¡Léon! —llamó la señora Josserand.

Cuando éste se acercó, demasiado malhumorada para andar con circunloquios, le preguntó brutalmente:

—¿Por qué estás enfadado con la señora? Ella no tiene nada contra ti. ¿Qué te pasa, entonces? Poco se adelanta con tener mal carácter.

Y les dejó solos, algo embarazados, hasta que la señora Dambreville tomó a Léon del brazo, para ir a hablar con él junto a una ventana. Al cabo de un rato, y después de hacer las paces, abandonaron el baile. Ella se había comprometido formalmente a casarle en el próximo otoño.

La señora Josserand, que seguía distribuyendo sonrisas, se sintió muy emocionada al hallarse ante Berthe, sofocada por el baile, y la estrechó entre sus brazos, evocando por una extraña asociación de ideas el convulso rostro de Valérie.

—¡Mi querida niña! —murmuró mientras le daba dos sonoros besos.

Berthe, por su parte, preguntó tranquilamente:

—¿Cómo está?

De momento, la madre reaccionó con acritud. ¡Cómo! ¡Berthe lo sabía! Claro que lo sabía; todos lo sabían. Sólo el marido, que en aquellos momentos acompañaba a una anciana hasta el buffet, ignoraba lo que pasaba. Incluso pensó en encargarse a alguien de que le informara, pues su continuo retraso en enterarse de todo hacía que pareciese estúpido.

—¡Y yo que me esforzaba por ocultar la tragedia! —dijo disgustada la señora Josserand—. Pues no me molesto más; esto tiene que acabar. No toleraré que te pongan en ridículo.

Efectivamente, todos lo sabían, pero nadie hablaba de ello para no entristecer el baile. La orquesta había disimulado las primeras lamentaciones y luego renació el contento entre las risas y los giros de la danza. Hacía mucho calor y en la avanzada noche circularon los camareros ofreciendo refrescos. Sobre un diván, dos niñas, vencidas por el cansancio, se habían dormido abrazadas, con las mejillas juntas. Cerca de la orquesta, entre los compases de una contradanza, el señor Vabre se decidió a hablar al señor Josserand de su gran obra, comentando que desde hacía quince días estaba perplejo, sin poder distinguir las obras de dos pintores que llevaban idénticos nombres. No lejos de ellos, Duveyrier, en medio de un grupo, reprochaba al emperador haber autorizado la representación en la Comédie-Française, de una obra que atacaba a la sociedad. Pero al sonar un vals o una polca los caballeros habían de retirarse para dejar lugar a los bailarines, mientras el revuelo de las faldas levantaba una almizclada polvareda bajo el calor de las bujías.

—Está mejor —anunció Campardon que se asomó nuevamente—. Ya se puede entrar.

Algunos amigos se aventuraron. Valérie seguía acostada, pero la crisis se iba calmando. Discretamente habían cubierto su pecho con una servilleta hallada sobre una consola. Las señoras Juzeur y Duveyrier escuchaban junto a la ventana al doctor Juillerat, quien explicaba que aquellos accesos cedían a veces aplicando compresas calientes alrededor del cuello. La enferma vio entrar a Octave acompañado de Campardon y le llamó con una seña, dirigiéndole unas palabras incoherentes, víctima aún de su alucinación. El joven tuvo que sentarse junto a ella, por orden del doctor que, ante todo, deseaba no contrariarla. Y Octave, que había recibido ya las confidencias del marido, tuvo ahora que aceptar las de Valérie. Temblaba atemorizada y, tomándole por su amante, le suplicó que la ocultara. Luego le reconoció y, prorrumpiendo en lágrimas, le daba las gracias por las mentiras que había dicho en la iglesia. Octave recordaba aquella otra crisis de la que pretendió aprovecharse, sintiendo las ansias de colegial que le asaltaron entonces. Ahora, que eran amigos, ella se lo contaría todo y tal vez fueran mejor las cosas.

En aquel momento. Théophile, que seguía rondando ante la puerta, trató de entrar. Si otros hombres se hallaban presentes, bien podía estar él también.

Pero aquello dio lugar a una alarma, pues Valérie, al oír su voz, empezó a temblar, y todos pensaron que iba a sumirse en un nuevo acceso. El marido, suplicante, luchaba con las damas que trataban de rechazarle y repetía obstinadamente:

—Sólo le pido que me dé el nombre... que me diga su nombre.

La señora Josserand, que llegaba entonces, sintió agotarse su paciencia. Atrajo a Théophile al gabinete, para evitar el escándalo, y le dijo furiosa:

—¿Querrá, al fin, dejarnos en paz? Desde esta mañana nos está fastidiando con sus necedades... Carece usted de tacto; ¡sí señor: carece usted de tacto! En una boda no hay que obcecarse en cosas como ésta.

—Perdone, señora —murmuró él—, pero esto es cuestión mía y a usted no le afecta.

—¿Cómo que no me afecta? Olvida usted que ahora estamos emparentados... Crea que la cosa no me divierte, a causa de mi hija. ¡Bonito modo de estropear su boda!... ¡Ni una palabra más, caballero! ¡Carece usted de tacto!

El hombre quedó atónito y miró a su alrededor en busca de ayuda. Pero aquellas damas, con su frialdad, dieron a entender claramente que censuraban asimismo su conducta. La expresión era acertada: carecía de tacto. Hay circunstancias en que uno ha de saber contenerse. Su propia hermana le censuraba. Pero Théophile insistió en sus protestas y dio lugar a una rebelión general. ¡No, no había más que hablar, aquella no era forma de conducirse!

Con esto acabó por callar. Se hallaba tan aturdido y acobardado que las damas no pudieron evitar una sonrisa. Cuando no se tiene lo preciso para hacer dichosa a una mujer es mejor no casarse. Hortense le examinaba desdeñosamente, mientras la pequeña Angèle, de quien parecían haberse olvidado, daba vueltas en torno suyo sonriendo socarronamente como si buscara algo que no veía. Théophile retrocedió avergonzado al ver concentradas en su persona las miradas de todas aquellas mujeres. Sin embargo, unidas por un espíritu de solidaridad, sentían la necesidad de dejar zanjado el asunto y trataron de explicar al marido la existencia de la carta.

—¡Caramba! —murmuró Trublot, que fue a reunirse con Octave—. ¿Pues no dicen ahora que la carta es de la criada?

La señora Josserand le había oído y se volvió para mirarle, llena de admiración. Después, acercándose a Théophile le dijo:

—¿Cree usted que una mujer inocente va a humillarse dando explicaciones cuando es atacada con tal brutalidad? Sin embargo, no hay nada que impida que yo hable... Esa carta la ha perdido Françoise, aquella criada

que tuvo que echar su esposa a causa de su mala conducta... ¿Está satisfecho ahora? ¿No se siente avergonzado?

El marido, al principio, se mostró incrédulo, pero todas las damas, gravemente, respondieron a sus objeciones con gran fuerza persuasiva. Empezaba su incertidumbre cuando, para culminar su derrota, la señora Duveyrier le dijo que su conducta era abominable y que renegaba de él. Vencido, entonces, se echó a los pies de Valérie, pidiéndole perdón. Fue una escena tan conmovedora que la propia señora Jossier se sintió emocionada.

—Siempre es preferible comprenderse —comentó, repuesta—. Al fin y al cabo, la jornada no acabará mal.

Cuando Valérie se compuso y apareció en el salón del brazo de su esposo, pareció aumentar la alegría general. Eran ya cerca de las tres y los invitados comenzaron a despedirse mientras la orquesta tocaba con renovado ardor. Los hombres sonreían al paso de la pareja reconciliada. Una irónica frase medical de Campardon acerca del pobre Théophile llenó de regocijo a la señora Juzeur. Las jóvenes se apretujaban para ver a Valérie y expresaron luego su picardía ante las miradas escandalizadas de sus madres. Berthe, que al fin bailaba con su marido, hubo de decirle unas palabras en voz baja, pues Auguste, puesto al corriente de lo ocurrido, volvía sin cesar la cabeza y, sin perder el ritmo, contemplaba a su hermano Théophile con el asombro y la superioridad del hombre a quien no pueden suceder semejantes cosas. Hubo un galope final que los invitados bailaron en un ambiente sofocante, bajo el resplandor de las bujías, cuyas vacilantes llamas hacían crujir ya los candeleros.

—¿Está usted bien con ella? —preguntó la señora Hédouin, dando una vuelta del brazo de Octave cuya invitación había aceptado.

El joven creyó sentir un leve estremecimiento en su cintura, siempre tan erguida.

—En modo alguno —respondió—. Me han mezclado en este asunto y la cosa me molesta bastante... El pobre hombre se lo ha tragado todo.

—Eso está muy mal —comentó ella gravemente.

Sin duda. Octave se había equivocado. Cuando se separó de ella, la señora Hédouin no mostraba la menor alteración y su mirada era fría y serena. Un escándalo vino a perturbar el final del baile. El tío Bachelard, que había completado su embriaguez en el buffet, acababa de concebir una idea graciosa, y de pronto se puso a bailar delante de Gueulin con gestos poco decentes, afeminando su busto con la ayuda de unas servilletas enrolladas y unas naranjas. La protesta, entonces, fue unánime; por mucho dinero que se

ganara, existían ciertos límites que un hombre prudente no debía rebasar, sobre todo ante la gente joven. El señor Josserand, aturdido y lleno de vergüenza, obligó a salir a su cuñado, mientras Duveyrier mostraba un gran disgusto.

Los recién casados regresaron a la calle Choiseul a las cuatro de la madrugada, llevando a Théophile y a Valérie en su coche. Mientras subían al segundo piso, donde habían instalado su departamento, encontraron a Octave que también se retiraba. El joven trató de apartarse cortésmente, pero su movimiento coincidió con el de Berthe y tropezaron uno con otro.

—Perdone, señorita —dijo Octave.

El llamarla señorita pareció divertirles. Ella le observaba, recordándole la primera mirada que cambiaron en aquella misma escalera; una mirada llena de alegría y audacia, que volvía a encontrar encantadora. Tal vez se comprendieron, porque ella se ruborizó, mientras él subía solo a su habitación, en medio de la paz mortal de los pisos altos.

Auguste, afligido por la jaqueca que le atormentaba desde la mañana y con el ojo enteramente cerrado, estaba ya en el departamento. En el momento de separarse de Berthe, Valérie cedió a un súbito impulso y, estrechándola entre sus brazos, con lo que acabó de arrugar su vestido blanco, la besó, mientras decía en voz baja:

—¡Ah, querida, te deseo más suerte de la que yo tengo!

IX

Dos días después, hacia las siete, cuando Octave llegaba a casa de los Campardon para cenar, encontró a Rose sola, envuelta en un peinador de color crema adornado con encajes blancos.

—¿Espera a alguien? —preguntó el joven.

—¡Oh!, no —respondió ella, algo azorada—. Nos sentaremos a la mesa en cuanto llegue Achille.

El arquitecto siempre llegaba tarde a las comidas, sofocado y maldiciendo de los negocios. Salía todas las noches, agotando los pretextos, hablando de citas en los cafés e inventando reuniones en barrios alejados. En aquellas circunstancias, Octave acompañaba a Rose hasta las once, pues comprendía que si el marido consentía en tenerle a pensión, era para que distrajera a su mujer. Ella se lamentaba discretamente, expresando sus temores. Dejaba a Achille entera libertad, pero se sentía intranquila cuando regresaba después de medianoche.

—¿No le encuentra triste desde hace algún tiempo? —le preguntó con temerosa ternura.

El joven no lo había advertido.

—Tal vez esté preocupado... Las obras de Saint-Roch le absorben mucho... —respondió.

Pero ella sacudió la cabeza, sin insistir en el asunto. Luego se mostró amable con Octave, y le preguntó, como de costumbre, por la actividad que le ocupaba durante la jornada, con un afecto en el que había tanto de fraterno como de maternal. Durante los nueve meses que llevaba comiendo en la casa, venía tratándole como si fuera su hijo.

Finalmente, apareció el arquitecto.

—Buenas noches, querida —dijo besándola con su habitual afecto—. Me he retrasado por culpa de un estúpido que me ha entretenido una hora en la calle.

Octave se apartó discretamente, pero les oyó cambiar unas frases en voz baja.

—¿Vendrá?

—No. ¿Por qué había de venir? No te atormentes.

—Me habías prometido que vendría.

—Pues bien, sí, va a venir. ¿Estás satisfecha? Lo he hecho sólo por ti.

Se sentaron a la mesa y durante toda la cena la conversación giró en torno del idioma inglés, que la pequeña Angèle estudiaba desde hacía quince días. Campardon afirmaba enérgicamente que el dominio de aquella lengua era esencial para una señorita. Y como Lisa procedía de casa de una actriz que había vivido en Londres, en cada comida se hablaba del nombre de los platos que ésta servía. Aquella noche, después de prolongadas y vanas tentativas sobre la pronunciación de la palabra «rumsteack», fue preciso que retiraran el asado, pues, olvidado en el fuego por Victoire, había salido duro como la suela de un zapato.

Estaban en los postres, cuando el sonido del timbre sobresaltó a la señora Campardon.

—Es la prima de la señora —dijo Lisa, con el aire ofendido de la sirvienta a quien no se ha hecho partícipe de una confidencia familiar.

Efectivamente, Gasparine entró con su sencillo vestido de lana negra y su aspecto humilde de empleada de comercio. Rose, envuelta en su peinador de seda crema, fresca y rolliza, se levantó con lágrimas en los ojos a causa de la emoción.

—¡Ah, querida! —murmuró—. Has sido muy amable al venir. Olvidemos todo lo ocurrido, ¿no te parece?

Y dándole un apretado abrazo, la besó. Octave, discretamente, intentó despedirse, pero todos se enfadaron; era como de la familia y podía quedarse. Entonces, se recreó contemplando la escena. Campardon, azorado, apartaba la vista de ambas mujeres e iba en busca de un cigarro, mientras que Lisa, retirando el servicio con bruscos modales, cambiaba miradas con la asombrada Angèle.

—Es tu prima —dijo al fin el arquitecto a su hija—. Ya nos has oído hablar de ella... Dale un beso.

La niña la besó con aire displicente, inquieta bajo la mirada de institutriz con que Gasparine la desnudaba, después de hacer preguntas sobre su edad y educación. Luego, cuando pasaron al salón, prefirió seguir a Lisa, que, cerrando violentamente la puerta y sin temer que la oyeran exclamó:

—¡Estoy segura de que será divertido!

En el salón. Campardon explicó febrilmente:

—Palabra de honor que la idea no ha sido mía... Rose fue quien quiso reconciliarse. Hace una semana que me pedía incesantemente que te fuera a buscar, y, al fin, he tenido que hacerlo.

Y, como si experimentara la necesidad de persuadir a Octave, le condujo junto a la ventana.

—¡Hay que ver cómo son las mujeres!... A mí esto me fastidiaba porque tengo miedo a los chismes... Con una por cada lado no había por qué temer complicaciones. Pero he tenido que ceder, pues Rose asegura que así estaremos todos más satisfechos. En fin, se intentará. De ellas depende ahora que todo vaya bien.

Entretanto, Rose y Gasparine se sentaron, una junto a otra, en el diván, y hablaban de tiempos pasados, cuando vivían en Plassans, en casa del tío Domergue. Rose tenía entonces la tez cenicienta y el cuerpo flaco, en pleno desarrollo, mientras Gasparine, con sus quince años y sus bellos ojos, era ya una mujer atractiva. Se miraban ahora y no se reconocían, una fresca y lozana en su forzada castidad y la otra consumida por la pasión que ardía en ella. Por unos momentos, Gasparine sufrió cierta humillación al verse con su rostro macilento y sus humildes ropas frente a Rose, envuelta en seda y anegando en encajes la delicada piel de su cuello. Pero consiguió dominar aquellos incipientes celos y aceptó resignada su papel de parienta modesta que se inclina ante la elegancia y la gracia de su prima.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó en voz baja—. Achille me ha hablado de tu salud... ¿No has mejorado?

—No, no —respondió Rose, melancólica—. Ya ves, como bien y tengo buen aspecto... Pero no acabo de reponerme; no tengo remedio.

Y se echó a llorar, mientras Gasparine la estrechaba contra su pecho, liso y ardiente. Campardon acudió a consolarlas.

—¿Por qué lloras? —le preguntó ella, maternal—. Lo principal es que no sufras... ¿Por qué padeces si estás rodeada de gente que te quiere?

Rose se calmó, sonriendo en medio de su llanto. El arquitecto, dejándose llevar por una tierna emoción, rodeó con los brazos a las dos y las besó, mientras murmuraba:

—Sí, sí, nos queremos todos y te mimaremos cuanto podamos, cariño mío... Verás como todo se arregla ahora que estamos reunidos.

Y, volviéndose a Octave, añadió:

—Digan lo que digan, amigo mío, no hay nada como la familia...

La velada transcurrió con agrado. Campardon, que normalmente se dormía al levantarse de la mesa, si se quedaba en casa, recobró su buen humor

de artista, y evocó anécdotas y canciones de sus años de estudiante de Bellas Artes. Y cuando, hacia las once, Gasparine se retiró. Rose se empeñó en acompañarla, a pesar de lo difícil que le resultaba andar. Inclínada sobre la barandilla de la escalera, en medio del solemne silencio de la casa, exclamó:

—¡Ven a vernos a menudo!

Al día siguiente, Octave, intrigado, trató de sonsacar a la prima, en el almacén, mientras recibían juntos una remesa de lienzos. Pero ella respondió brevemente, con hostilidad, como disgustada por haberle tenido por testigo la noche anterior. Por otra parte, no le era simpático, y en sus forzadas relaciones adoptaba una actitud más bien rencorosa. Hacía tiempo que se daba cuenta de su juego respecto a la patrona, y contemplaba el asiduo cortejo con mirada sombría y una mueca de desdén que a veces llegaba a turbarle. Cuando aquella maldita mujer alargaba entre los dos sus secas manos, el joven tenía la impresión, clara y desagradable, de que jamás conquistaría a la señora Hédouin.

Sin embargo, Octave se fijó un plazo de seis meses y apenas habían transcurrido cuatro. Con todo, se sentía presa de impaciencia y muchas mañanas se preguntaba si no sería conveniente forzar las cosas, en vista de los escasos progresos obtenidos frente a aquella mujer, siempre amable al par que glacial. No obstante, había acabado por testimoniarle una verdadera estimación, ganada por sus ambiciosas ideas y sus sueños de inmensos negocios inundando el mercado de París. No era raro que, en ausencia de su marido, al abrir el correo por la mañana, le retuviera para consultar su opinión y pedirle consejo. De aquel modo se había establecido entre ellos una especie de intimidad comercial. Sus manos se encontraban entre legajos de facturas, sus alientos se confundían repasando cifras, y un común arrobo les magnetizaba ante la caja cuando había ingresos excepcionales. Octave incluso abusaba de tales circunstancias, adoptando la táctica de impresionarla en su naturaleza mercantil, para vencerla en un momento de debilidad, en medio de la intensa emoción que le pudiese producir una venta inesperada. Al mismo tiempo, buscaba un golpe de efecto que la subyugase. Por lo demás, en cuanto dejaban de hablar de negocios, ella recobraba su tranquila autoridad, y le daba órdenes con la misma corrección con que mandaba a los demás empleados. Y seguía dirigiendo la casa con su fría belleza y con su corbata masculina sobre la severidad del inestable corpiño negro.

Por aquel entonces, el señor Hédouin cayó enfermo y tuvo que ir a Vichy para hacer una cura de aguas, cosa que, en el fondo, llenó de satisfacción a Octave. Por frígida que fuera la señora Hédouin, habría de resentirse de su

viudedad. Pero en vano esperó un estremecimiento o una languidez sensual; nunca se había mostrado tan activa, ni su inteligencia o su vista fueron jamás tan claras. Se levantaba al amanecer y recibía personalmente las mercancías en el sótano, afanándose como si fuese un comisionista. Se la veía por todas partes, arriba y abajo, en las sedas y en los lienzos, atendiendo igualmente al almacén y a las ventas, circulando entre las montañas de fardos que atestaban el local, sin permitirse la menor mancha de polvo. Cuando se cruzaba con ella en un angosto pasillo, entre una pila de lanas y unos fardos de servilletas, Octave se las arreglaba como podía para que sus cuerpos entrasen en contacto; pero ella pasaba tan absorta que apenas notaba el roce de sus ropas. Por otra parte, le incomodaba la mirada de Gasparine, que, en momentos como aquellos, se fijaba sobre él con gran dureza.

A pesar de todo, el joven no perdía la esperanza. A veces ye creía próximo al triunfo y trazaba sus planes para el cercano día en que fuera el amante de su patrona. Continuaba sus relaciones con Marie, para no agotar la paciencia, pero comprendía que, aunque le resultaba cómoda y barata, podía llegar a constituir una molestia, con su sumisión de perrillo apaleado. Así era como, si bien la frecuentaba en sus noches de aburrimiento, iba ya madurando un plan para romper con ella. Le parecía que abandonarla brutalmente no era delicado. Un domingo por la mañana, mientras iba a su encuentro en la alcoba, en ausencia del marido, tuvo la ocurrencia de traspasársela a Jules; si conseguía que se enamorasen recíprocamente, podría retirarse con la conciencia tranquila. Por lo demás, era una buena acción cuyo aspecto sentimental le libraría de todo remordimiento. Sin embargo, decidió esperar; no quería carecer de compañía femenina.

En casa de los Campardon surgió una complicación que preocupaba a Octave. Creía llegado el momento en que habría de hacer sus comidas en otra parte. Hacía tres semanas que Gasparine se instalaba en la casa con una autoridad cada vez mayor. Al principio iba cada noche, pero luego asistió a los almuerzos, y, a pesar de su trabajo en el almacén, empezaba ya a hacerse cargo de todo, incluida la educación de Angèle y el aprovisionamiento del hogar. Rose decía sin cesar delante de Campardon:

—¡Ah, si Gasparine viviera con nosotros!

Pero el arquitecto, lleno de escrúpulos, se ruborizaba y respondía:

—No, no, no es posible... Además, ¿dónde podría dormir?

Y explicaba que sería necesario ceder su gabinete a la prima, obligándole a trasladar su mesa y sus planos al salón. Ciertamente que esto no le molestaría y tal vez más adelante se decidiera a hacer el traslado, pues en realidad no

necesitaban para nada el salón y el gabinete era demasiado pequeño para el trabajo que le llegaba de todas partes. Pero Gasparine, podía quedarse en su casa. ¿Por qué vivir amontonados?

—Cuando uno se encuentra bien, es una equivocación querer mejorar —decía a Octave.

Por aquel tiempo, el señor Campardon hubo de pasar dos días en Evreux. Estaba intranquilo a causa de las obras del arzobispado, pues había cedido a los deseos de monseñor, sin que existiera un crédito abierto, y la construcción del calorífero y las nuevas cocinas alcanzaría sin duda una cifra bastante elevada que le sería imposible incluir en los gastos de conservación. Por otra parte, el púlpito, para el que se concedieron tres mil francos, costaría diez mil por lo menos. Todo ello hacía que desease llegar a un acuerdo con monseñor, a fin de tomar ciertas precauciones.

Rose no le esperaba hasta el domingo por la noche, pero llegó cuando almorzaban, trastornando la casa con su inesperada irrupción. Gasparine estaba sentada a la mesa entre Octave y Angèle, y aunque todos simulaban encontrarse a gusto, se advertía cierto aire de misterio. Lisa, siguiendo una imperiosa indicación de su señora, acababa de cerrar la puerta del salón y, entretanto, su prima empujó con el pie bajo la mesa unos pedazos de papel que había en el suelo. Cuando él habló de ir a desvestirse, todos procuraron impedirselo.

—Espera un momento. Puesto que ya has almorzado en Evreux, toma una taza de café.

Finalmente, cuando el arquitecto se dio cuenta de la turbación de Rose, ésta le echó los brazos al cuello, diciendo:

—No me riñas, querido... Si hubieras llegado por la noche, lo habrías encontrado todo en orden.

Y, temblorosa abrió las puertas que conducían al salón y al gabinete. Una cama de caoba que ocupaba el lugar de la mesa de dibujo, que habían trasladado al centro de la habitación vecina. Pero aún estaba todo desarreglado y los planos se mezclaban con los vestidos de Gasparine, mientras la Virgen del corazón sangrante permanecía arrimada a la pared.

—Queríamos darte una sorpresa —murmuró la señora Campardon escondiendo la cara en el pecho de su marido.

Éste, muy emocionado, lo contemplaba todo sin hacer ningún comentario, esquivando la mirada de Octave. Fue entonces cuando Gasparine preguntó secamente:

—¿Acaso te contraría lo que hemos hecho? Rose ha sido quien ha insistido en ello. Pero si crees que estoy de más, aún es tiempo de que me marche.

—¡Oh, no, querida prima! —exclamó el arquitecto—. Cuanto hace Rose me parece bien hecho.

Prorrumpió ésta en sollozos, sin apartar el rostro de su pecho, y él dijo:

—Vamos, querida, ¿por qué lloras? Yo estoy muy contento... Deseabas tener contigo a tu prima; pues bien, ya la tienes. Yo me doy por satisfecho... ¡Vamos, no llores más!... ¡Ya sabes cómo te quiero!...

Entonces Rose, que pasaba sin transición, del llanto a la risa, quedó consolada y, besándole, le dijo:

—Has estado muy duro. Bésala también.

Campardon besó a Gasparine y luego llamó a Angèle, la cual desde el comedor, miraba con los ojos muy abiertos, y la besó igualmente. Octave se apartó pensando que en aquella casa había un exceso de ternura. Estaba asombrado por la actitud respetuosa y la sonriente atención de Lisa respecto a Gasparine. Decididamente, aquella ojerosa pelandusca era una chica inteligente.

El arquitecto se quedó en mangas de camisa y, silbando y tarareando alegremente, empleó la tarde en ordenar la habitación de su prima, mientras ésta le ayudaba a empujar los muebles y desempaquetaba y sacudía la ropa. Rose, entretanto, aunque sentada por temor a fatigarse, les daba consejos para comodidad de todos sobre el emplazamiento de cada mueble. Octave, comprendiendo que incomodaba la expansión de aquella familia tan unida, les advirtió que aquella noche cenaría fuera. De cualquier modo, estaba decidido: al día siguiente daría las gracias a la señora Campardon por su hospitalidad, inventando algún pretexto para despedirse.

Lamentando ignorar dónde encontrar a Trublot, hacia las cinco pensó ir a cenar en casa de los Pichon, con el fin de no pasar solo la velada. Pero al entrar en su casa sorprendió una deplorable escena familiar. Los Vuillaume se encontraban allí, al parecer muy indignados.

—¡Esto es indigno! —decía la madre, iracunda, con el brazo tendido hacia su yerno, que permanecía desplomado en una silla—. Me habías dado palabra de honor.

—Y tú —añadía el padre, haciendo retroceder a su hija, temblorosa, hasta el buffet—, no le defiendas, porque también eres culpable... ¿Acaso queréis morir de hambre?

La señora Vuillaume se había puesto nuevamente el mantón y el sombrero, y declaró solemnemente:

—¡Adiós! Al menos no fomentaremos vuestro desorden con nuestra presencia. Puesto que no hacéis caso de nuestros consejos, nada tenemos que hacer aquí... ¡Adiós!

Y al ver que su yerno, siguiendo la costumbre, se levantaba para acompañarles, añadió:

—Es inútil; ya sabremos encontrar el ómnibus sin tu ayuda. Pasa tú delante y que les aproveche su cena.

Octave, estupefacto, permaneció silencioso y cuando los padres salieron observó que Jules, abatido en su silla, y Marie, muy pálida junto al aparador, permanecían callados.

—¿Qué es lo que ocurre? —preguntó.

Pero la joven, sin contestarle, reprendió a su marido con voz lastimera.

—Te lo había advertido. Tenías que haber esperado para no asustarles. No corría prisa; todavía no se ve.

—Pero ¿qué ocurre? —insistió Octave.

Entonces Marie, sin volverse siquiera, le dijo rudamente:

—Que estoy encinta.

—¡Me tienen hartos! —exclamó Jules, levantándose en un impulso de rebeldía—. He creído que lo más honrado era prevenirles cuanto antes de este contratiempo... ¡Tal vez se figuran que me parece divertido! El primer extrañado soy yo... Tanto más cuanto que la culpa no es mía... ¿No es cierto, Marie? ¡No adivino cómo ha podido suceder!

—Ni yo... —afirmó la joven.

Octave contaba el tiempo transcurrido. Estaba encinta de cinco meses, los que habían ido pasando de fines de diciembre a fines de mayo. Se sintió emocionado, pero luego prefirió mantenerse en la duda. Sin embargo, enternecido, experimentaba la imperiosa necesidad de hacer algo en favor de los Pichon. Jules seguía gruñendo: el hijo sería bien recibido, en cualquier caso, pero hubiese hecho mejor en no venir al mundo. Marie, por su parte, a pesar de su habitual mansedumbre, estaba disgustada y acabó por dar la razón a su madre, que no perdonaba la desobediencia. Discutían los dos, echándose en cara la culpa del niño, cuando intervino Octave.

—Puesto que la cosa no tiene remedio, es mejor no pelearse... Lo que no podemos es cenar aquí: sería demasiado triste. Les llevo al restaurante, ¿qué les parece?

La joven se ruborizó; comer en el restaurante era uno de sus mayores placeres. Sin embargo, aludió a su hija, que le impedía darse aquella satisfacción. Finalmente decidieron que Lilitte tomase parte en la fiesta y pasaron una velada deliciosa. Octave les llevó al *Boeuf a la mode*, donde ocuparon un reservado para gozar de mayor libertad, y les atiborró de comida, sin pensar en la cuenta, feliz al verles hartarse. Al llegar los postres, después de recostar a Lilitte entre dos almohadones del diván, llevó su generosidad hasta el extremo de pedir champaña. Al sonar las once, se decidieron por regresar, y como la niña, medio dormida, se negaba a andar, Octave deseoso de quedar bien hasta el final, le obligó a tomar un coche, pese a la proximidad de la calle Choiseul. Dentro del vehículo, tuvo la delicadeza de apartar sus piernas de las de Marie. Sólo al llegar arriba, mientras Jules acostaba a la niña, dio a la joven un beso en la frente; el beso de adiós de un padre que entrega su hija al yerno. Luego, viéndoles enamorados en medio de su semiembriaguez, le deseó una buena noche llena de felices sueños.

—¿Qué le vamos a hacer? —pensaba mientras se tapaba, solitario, con el embozo—. Me ha costado cincuenta francos, pero se los debía sobradamente. Al fin y al cabo, lo que más deseo es que su marido la haga feliz.

Y emocionado por su buen corazón, antes de dormirse decidió intentar el golpe decisivo al día siguiente por la noche.

Cada lunes después de la cena, Octave ayudaba a revisar los pedidos de la semana a la señora Hédouin. Para este menester, los dos se retiraban al gabinete del fondo, una reducida pieza donde sólo había una caja, un escritorio, dos sillas y un diván. Aquel lunes, precisamente, los Duveyrier debían llevar a la Opera Cómica a la señora Hédouin, por lo que a las tres, ésta llamó al joven. A pesar del sol que lucía, hubieron de encender la lámpara de gas porque la estancia sólo recibía la difusa luz de un patio interior. Al ver que el joven echaba el cerrojo, le miró extrañada mientras comentaba él:

—Así no vendrán a molestarnos.

Aprobó ella con un gesto y ambos se entregaron al trabajo. Las novedades del verano marchaban muy bien y todos los negocios de la casa se expansionaban. Aquella semana, especialmente, la venta de lanas era tan halagüeña que la joven dejó escapar un suspiro.

—¡Ah, si dispusiéramos de espacio!

Iniciando su ataque. Octave respondió:

—Esto sólo depende de usted... Hace tiempo que tengo una idea de la que quiero hablarle.

Aquello era la demostración de audacia que formaba parte de su plan. Y propuso la compra de la casa vecina, en la calle Neuve-Saint-Augustin, donde, después de despedir al dueño de un almacén de juguetes y al de otro de paraguas, podrían ampliar el propio local, con espacio suficiente. Luego habló desdeñosamente del antiguo comercio, hundido en el fondo de tiendas húmedas, oscuras y carentes de estanterías, comparándolo con la nueva versión del mismo que amontona todo el lujo de la mujer en palacios de cristal, dando movimiento a los millones a plena luz del día y resplandeciendo por la noche con el brillo de una gala principesca.

—Matará el comercio del barrio de Saint-Roch —decía él—, atrayéndose su dispersa clientela. Ahora, por ejemplo, la sedería del señor Vabre la perjudica a usted; pero amplíe el número de los escaparates exteriores, dedique alguno a la exhibición de sedas, y antes de cinco años le habría empujado a la quiebra... Además está la cuestión de la apertura de la calle del Dix-Décembre, que irá desde la nueva Opera hasta la Bolsa, y de la que me habla con frecuencia mi amigo Campardon. Esto podría decuplicar el movimiento mercantil del barrio.

La señora Hédouin le escuchaba, acodada sobre un registro, con su hermosa cabeza apoyada en una mano. Babia nacido en el *Bonheur des Dames*, fundado por su padre y su tío, y sentía verdadero cariño por la casa, que veía como se ensanchaba mientras devoraba los establecimientos vecinos y plegaba su fachada regia. Aquel sueño encajaba bien con su viva inteligencia, su firme voluntad y la delicada intuición femenina que tenía del nuevo París.

—El tío Deleuze no lo aprobaría nunca —murmuró—. Y además mi marido está demasiado delicado.

Viéndola vacilar, adoptó su actitud de seductor, con una entonación estudiada, dulce y melodiosa. Al mismo tiempo la miraba acariciante con sus ojos de color de oro viejo que las mujeres calificaban de irresistibles. Pese a que el mechero de gas ardía junto a su nunca, no sentía el calor, sumida por completo en su ensueño, embargada por las elocuentes palabras del joven. Éste había llegado a estudiar el asunto desde el punto de vista de las cifras, estableciendo un cálculo aproximado, en el apasionamiento con que en una página romántica hubiese declarado su amor largo tiempo contenido. Cuando la señora Hédouin salió bruscamente de sus reflexiones, se encontraba en sus brazos, y él la arrastraba hacia el diván, creyendo que finalmente cedía.

—¡Dios mío! ¿Era esto lo que buscaba? —exclamó tristemente, librándose de él como de un niño inoportuno.

—¡Pues sí la amo! —exclamó Octave—. ¡No me rechace! Con usted haría grandes cosas...

Y así llegó a un extremo de falsa afectación. Sin interrumpirle, ella se puso a hojear el registro. Cuando él calló, dijo:

—Sabía ya todo esto; me lo habían dicho... pero le creía más ingenioso que los demás, señor Mouret. Y verdaderamente es una lástima, porque yo contaba con usted. Está visto que la juventud carece de juicio... En una casa como la nuestra es necesario mucho orden y usted comienza por desear algo que nos incomodaría de la mañana a la noche. Aquí yo no soy una mujer; tengo demasiado que hacer... ¿Cómo es posible que usted, un hombre tan bien organizado, no haya comprendido que yo no me prestaría nunca a una cosa así? En primer lugar, sería necio, además, inútil, y, afortunadamente para mí no tengo necesidad alguna.

Octave hubiera preferido verla indignada, aludiendo a grandes sentimientos. Su voz tranquila y sus sosegadas razones de mujer práctica y segura de sí misma le desconcertaban, haciendo que se sintiese ridículo.

—Tenga piedad de mí —balbuceó él todavía—. Comprenda cuánto sufro.

—No, usted no sufre... y, en todo caso, curará de esta dolencia... Están llamando; será mejor que abra la puerta.

Octave descorrió el cerrojo y apareció la señorita Gasparine, que deseaba saber si habían de llegar las camisas con entredós. El cerrojo corrido le había extrañado, pero conocía demasiado bien a la señora Hédouin, y cuando la vio con su fría actitud ante el turbado Octave, dedicó a éste una leve sonrisa burlona. Esto le exasperó, y atribuyó a su intervención el fracaso de la tentativa.

—Señora —declaró bruscamente, cuando la señorita salió—, dejo la casa esta misma noche.

Hubo un gesto de asombro en la señora Hédouin, que le miró y le preguntó:

—¿Y por qué? Yo no le despedí... ¡Oh! Esto no cambia la situación. No tengo nada que temer.

Aquella frase acabó de sacarle de sus casillas. Se marchaba inmediatamente, porque no quería soportar tal martirio un minuto más.

—Está bien, señor Mouret —replicó la joven con serenidad—. Voy a liquidarle ahora mismo... A pesar de todo, la casa lo lamentará, pues era usted un buen empleado.

Ya en la calle. Octave comprendió que se había comportado como un necio. Daban las cuatro y el sol primaveral iluminaba alegremente un rincón

de la plaza Gaillon. Furioso contra sí mismo, caminaba sin rumbo por la calle Saint-Roch, meditando en qué forma debió haber actuado. En primer lugar, ¿por que no había cortejado a Gasparine? Sin duda era lo que ella quería, pero no le gustaban, como a Campardon, tan exageradamente delgadas; por otra parte, no estaba seguro de que hubiese sido bien acogido, pues parecía de aquella clase de mujeres que se muestran muy virtuosas con todo el mundo menos con el hombre que satisface habitualmente sus deseos. Luego le pareció haber sido pueril al querer convertirse en amante de la patrona. ¿No le bastaba hacer su buen negocio en la casa, sin querer lograr a la vez el pan y el lecho? Por un momento, muy abatido, estuvo a punto de volver al *Bonheur des Dames* para reconocer su error. Pero el pensamiento de la soberbia tranquilidad de la señora Hédouin despertó su vanidad herida, y siguió su camino hacia Saint-Roch. Tanto peor; a lo hecho, pecho. Y fue a ver si Campardon estaba en la iglesia, con la idea de llevarle al café a tomar una copa. Aquello le distraería. Entró en el vestíbulo, adonde daba la puerta de la sacristía, un pasadizo sucio y sombrío.

—¿Busca acaso al señor Campardon? —inquirió una voz junto a él, cuando vacilante estudiaba la nave con la mirada.

Era el abate Mauduit, que acababa de reconocerle. El arquitecto no estaba, pero se empeñó en hacer que el joven visitara las obras del Calvario, por las que sentía verdadera pasión. Le condujo detrás del coro y le mostró ante todo la capilla de la Virgen, de paredes de mármol blanco y coronada por una escena de la Sagrada Familia, con Jesús entre la Virgen y San José. Luego, por detrás de dicha capilla, pasaron a visitar la de la Perpetua Adoración, cuyos candelabros, lámparas y altar, todo de oro, relucían en la vaga penumbra que pasaba a través de las doradas vidrieras. Pero allí, a izquierda y derecha, unas vallas de madera cerraban el paso hasta el fondo del ábside. En medio de un impresionante silencio, por encima del murmullo de las oraciones de unas sombras arrodilladas, resonaban los golpes de pico y las voces de los albañiles, con la bulliciosa algazara de un taller.

—Pase usted —dijo el abate, recogiendo la sotana—. Le daré una explicación.

Al otro lado de la valla aparecía un rincón de la iglesia abierto al exterior, en medio de un amontonamiento de cal que lo blanqueaba todo, humedecida por el agua derramada. Aún podía verse, a la izquierda, la décima estación, Jesús clavado en la cruz, y, a la derecha, la doceava, con el grupo de las santas mujeres, en torno del crucificado. La estación intermedia, la onceava,

había sido desprendida y estaba apoyada contra la pared, mientras trabajaban en ella los obreros.

—Ve usted —continuó el sacerdote—. He tenido la idea de iluminar el grupo central del Calvario por medio de una abertura practicada en lo alto de la cúpula... ¿Comprende el efecto que intento lograr?

—Sí, sí —murmuró Octave, a quien aquel paseo entre los cascotes apartaba de sus preocupaciones.

El abate Mauduit, hablando en voz alta, parecía un tramoyista dirigiendo la instalación de un gran decorado.

Naturalmente, la más severa desnudez; sólo las paredes de piedra, sin la menor pintura ni el más leve dorado. Es preciso que nos hallemos en una cripta, en un lugar subterráneo y aflictivo. Pero el golpe de efecto se ha de localizar en el Cristo de la cruz, con la Virgen y la Magdalena a sus pies. Habrá de estar plantado en lo alto de un peñasco, con las blancas figuras destacando sobre un fondo gris; juega entonces la luz cenital, iluminándolos con un rayo invisible de viva claridad que les hace adelantarse animándolos con una vida sobrenatural... ¡Ya lo verá, ya lo verá!

Y se volvió para gritarle a un obrero:

—¡Aparte de ahí la Virgen! ¡Acabará por romperle una pierna!

El obrero llamó a un camarada y, entre los dos, la transportaron hasta un rincón, pálida y rígida, como una doncella presa de un ataque de nervios.

—Tengan cuidado —decía el sacerdote, siguiéndoles con la mirada—. Tiene ya desgarrada la túnica. ¡Esperen!

Acudió a echarles una mano, y salió manchado de yeso en la maniobra.

—Ahora —prosiguió, al volver junto a Octave—, imagine que los dos huecos de la nave que tenemos ante nosotros están abiertos y vaya a situarse en la capilla de la Virgen. Por encima del altar, a través de la capilla de la Perpetua Adoración, podrá ver, al fondo, la escena del Calvario... Figúrese usted el efecto que harán las tres grandes figuras, el drama simple y crudo, en esa profundidad de tabernáculo, más allá de las sombras misteriosas de las vidrieras, las lámparas y los candelabros dorados... ¿Qué le parece? Yo creo que será algo irresistible...

Se había vuelto elocuente y sonreía satisfecho, orgulloso de su idea.

—Los más escépticos se sentirán conmovidos —dijo Octave para complacerle.

—¿Verdad que sí? —exclamó—. No veo llegar el momento en que todo esté terminado.

Al regresar a la nave, sin darse cuenta, siguió hablando en voz alta, con su actitud de empresario. Hablaba de Campardon de forma muy elogiosa, diciendo que era un joven que, en la Edad Media, se habría distinguido por su sentido religioso. Hizo salir a Octave por la puertecita del fondo y le retuvo aún algunos momentos en el patio del presbiterio, que parecía hundido entre las vecinas construcciones. Allí era donde vivía, en el segundo piso de una gran casa de fachada mohosa, ocupada enteramente por el sacerdocio de Saint-Roch. Un discreto aroma religioso y un leve murmullo de confesionario salían del vestíbulo, bajo una imagen de la Virgen y unas altas ventanas que velaban densas cortinas.

—Esta noche iré a ver al señor Campardon —dijo finalmente el abate Mauduit—. Ruéguele que me espere... Quiero hablar despacio con él sobre unas reformas.

Y se despidió con su aire mundano. Octave se había calmado, Saint-Roch, con la frescura de sus bóvedas, tranquilizó sus nervios. Contempló con curiosidad la entrada de la iglesia a través de una vivienda particular, como un rincón del convento extraviado entre el hormigueo del barrio. Ya en la acera, levantó la vista; la casa extendía su desnuda fachada, con ventanas enrejadas y desprovistas de cortinas. Pero los barrotes de hierro sustentaban cajas de flores en las del cuarto piso, y, abajo, entre las gruesas paredes, se abrían pequeñas tiendas, un zapatero, un relojero, una bordadora e incluso una taberna, punto de cita de los empleados funerarios los días de entierro, todo ello arrendado por la comunidad de la iglesia. Octave, predispuesto por su fracaso a las renunciaciones mundanas, envidiaba la tranquila existencia de la vieja servidumbre de los sacerdotes, allá arriba, tras aquellas ventanas cubiertas de flores.

Por la tarde, a las seis y media, al entrar sin llamar en casa de Campardon, fue a caer súbitamente sobre el arquitecto y Gasparine, en la antecámara en trance de besarse en plena boca. Ella, que volvía del almacén, no había tenido siquiera tiempo de cerrar la puerta. Ambos quedaron sorprendidos.

—Mi mujer está terminando su tocado —balbuceó Campardon por decir algo—. Vaya a verla si quiere.

Octave, tan confundido como ellos, fue a llamar a la habitación de Rose, a donde entró con su habitual familiaridad. Desde luego, no podía seguir comiendo allí, puesto que les sorprendía continuamente.

—¡Pase! —exclamó Rose—. ¿Es usted, Octave?... ¡Oh!, no hay inconveniente...

Sin embargo, no se había puesto el peinador y dejaba al descubierto los hombros y los brazos desnudos, de una extraordinaria blancura y delicadeza. Ordenaba atentamente ante el espejo sus dorados cabellos con los que formaba pequeños rizos. Cada día pasaba así largas horas, dedicando una excesiva atención a su tez y su tocado, para echarse luego en un diván con el fasto y la belleza de un ídolo sin sexo.

—Está usted encantadora esta noche —dijo Octave sonriendo.

—Vea usted, ésta es mi única distracción —respondió—. Así me divierto... Nunca he sentido apego por las cosas de la casa, y, ahora que está aquí Gasparine, me atrae más el acicalarme. Cuando me siento bien arreglada y agradable me consuelo un poco.

Como la cena no estaba dispuesta. Octave explicó que se había despedido del almacén e inventó otro empleo que estaba esperando hacía tiempo. Así se reservaba un pretexto para justificar su resolución de ir a comer a otra parte. Rose se extrañó de que pudiera dejar de aquel modo una casa en la que, sin duda, tenía un gran porvenir. Pero estaba pendiente del espejo y no le escuchaba.

—Mire usted ese enrojecimiento, detrás de la oreja... ¿Es un granito?

Octave tuvo que examinar su nuca, que ella le ofrecía con serena belleza de diosa.

—No es nada —dijo él—. Habrá frotado usted con demasiada fuerza.

Y después de ayudarle a ponerse su peinador, aquella noche de seda azul con bordados de plata, pasaron al comedor. Desde el primer plato, la conversación giró en torno al despido de Octave de casa de los Hédouin. Campardon estaba extrañado, mientras Gasparine sonreía ligeramente; por lo demás, ambos se mostraban desenvueltos, uno frente a otro. El joven terminó por sentirse conmovido ante las atenciones que prodigaban a Rose. Campardon cuidaba de llenar su copa y Gasparine elegía para ella los mejores bocados de cada plato. Preguntaban si le gustaba el pan, advirtiendo que, de otro modo, cambiarían de panadero, y le ofrecían un almohadón para acomodar las espaldas. Rose, llena de gratitud, les rogaba que no se tomaran tantas molestias, y comía mucho, entronizada entre ellos, con su blanco escote de belleza rubia. Tenía a la derecha a su marido, que, sofocado, adelgazaba evidentemente, y a la izquierda a su prima, flaca y sombría, con sus estrechos hombros oprimidos por los negros ropajes y las carnes disipadas por la pasión.

En los postres, Gasparine reprendió ásperamente a Lisa, que contestaba mal a la señora, con motivo de un pedazo de queso. La camarera adoptó una

actitud humilde, pues Gasparine había tomado ya las riendas de la casa. Dominaba a las sirvientas y hacía temblar a la propia Victoire delante de sus cazuelas. Rose, reconocida, le dirigió una mirada llena de ternura. Desde que estaba allí, la respetaban, y su sueño era que ella también dejase el almacén, para hacerse cargo de la educación de Angèle.

—Veamos —murmuró Rose con voz acariciadora—. ¿Es que no hay aquí bastante quehacer? Angèle, ruega a tu prima que se ocupe de ti; dile cuanto te gustaría...

La niña obedeció a su madre, mientras ésta asentía con la cabeza. Pero Campardon y Gasparine permanecían graves; no, no, era preciso esperar, antes que tomar una resolución trascendental a la ligera.

Las veladas en el salón eran deliciosas en aquellos días. El arquitecto ya no salía. Aquella noche, justamente, tenía que colgar en la habitación de Gasparine unos grabados que acababa de enmarcar, y mostraba gran júbilo, con las mejillas encendidas por el exceso de comida, feliz al tener satisfechas todas sus apetencias. Llamó a la prima para que le alumbrase y se le oyó martillar sobre los clavos, subido a una silla. Octave, entonces, viéndose solo con Rose, reanudó sus explicaciones, y dijo que a fines de mes se vería obligado a tomar pensión en otra parte. Ella pareció sorprenderse, pero estaba atenta a su marido y a la prima, a quienes oía reír.

—¿Observa cómo se divierten con esos cuadros?... ¿Qué quiere? Achille ya no tiene que trastornarse; hace quince días que no sale por la noche. Se acabaron los cafés, las reuniones de negocios y las citas; ya recordará usted lo inquieta que estaba yo cuando regresaba después de medianoche... En cambio, ahora, gozo de una gran tranquilidad. Por lo menos le tengo junto a mí.

—Sin duda, sin duda —murmuró Octave.

Ella habló aún de las economías que resultaban de aquel arreglo. Todo iba mejor en la casa y la dicha reinaba de la mañana a la noche.

—Cuando veo a Achille contento, también yo me siento contenta —prosiguió. Luego, volviendo a los problemas del joven dijo:

—Entonces, ¿es cierto que nos deja?... Debería quedarse, ahora que todos somos dichosos.

Él reanudó sus comentarios y ella, comprensiva, bajó la mirada. Efectivamente, el joven empezaba a resultar molesto a sus expansiones familiares y, ella misma experimentaba cierto alivio con la idea de su marcha, al no precisar ya de él para distraerse en sus veladas. No obstante, Octave tuvo que asegurar que vendría a verla a menudo.

—¡Ya está colgado el cuadro de Mignon aspirando el Cielo! —se oyó exclamar alegremente a Campardon—. Espera, prima, que te ayudaré a bajar.

Desde el salón comprendieron que la tomaba en los brazos, para dejarla en alguna parte. Hubo un silencio y luego unas risas, pero ya el arquitecto volvía junto a su esposa, presentando a ésta su enrojecida mejilla.

—Se acabó, cariño... Besa a tu fiera, que ha trabajado mucho.

Vino Gasparine con un bordado, y se fue a sentar junto a la lámpara. Campardon, bromeando, se puso a recortar una etiqueta, una cruz de honor dorada, pero se ruborizó intensamente cuando Rose quiso prenderle dicha cruz con un alfiler; alguien le había prometido aquella condecoración. Al otro lado de la lámpara, Angèle, que estudiaba una lección de historia sagrada, levantaba de vez en cuando la cabeza y echaba una mirada, con su enigmático aspecto de niña bien criada, acostumbrada a no decir nada y a ocultar sus verdaderos pensamientos. Era la tranquila velada de un rincón patriarcal, rebosante de bondad.

De repente, el arquitecto sintió rebelarse su pudor. Acababa de darse cuenta de que la niña había colocado sobre la historia sagrada un ejemplar de la *Gazette de France* que estaba sobre la mesa.

—Angèle —inquirió severamente—, ¿qué estás haciendo?... Esta mañana he cruzado ese artículo con el lápiz encarnado. ¿No sabes que no debes leer lo que yo tacho?

—Papá, leía el que está al lado de este artículo —respondió la niña.

No por ello dejó de retirar la revista, comentando en voz baja con Octave la desmoralización reinante en la Prensa. Aquel mismo día se trataba de un crimen abominable. Pero si las familias no podían admitir ya ni la *Gazette de France*, ¿a qué periódico se abonarían? Y levantaba los ojos al cielo, cuando Lisa anunció al abate Mauduit.

—¡Calle! Es cierto —dijo Octave—, me había rogado que le advirtiera de su visita.

El sacerdote entró sonriendo, y el arquitecto quedó confuso al notar que había olvidado quitarse su cruz de papel. El abate era precisamente la persona cuyo nombre se ocultaba y que se ocupaba de aquella cuestión.

—Cosas de las mujeres —murmuró Campardon—. ¡Son tan alocadas!

—No, no se la quite —respondió el religioso amablemente—. Está bien ahí, y ya procuraremos reemplazarla por otra más sólida.

A continuación preguntó a Rose por su salud y aprobó vivamente que Gasparine hubiera ido a instalarse junto a una persona de su familia. ¡Corrían tantos riesgos en París las jóvenes solas! Y decía estas cosas con su unción de

buen sacerdote, a pesar de que estaba enterado de todo. Luego se refirió a las obras y propuso una afortunada modificación. Sin embargo, parecía haber acudido para bendecir la unión de la familia, y, de este modo, salvar una situación delicada que podía dar que hablar en el barrio. El arquitecto del Calvario debía gozar del respeto de la gente honrada.

Octave, mientras tanto, al entrar el abate Mauduit, se había despedido de los Campardon. Al atravesar la antecámara, del comedor, sumido en la oscuridad, llegó hasta él la voz de Angèle, que también se había escapado.

—¿Te ha reñido por la manteca? —preguntaba.

—Seguro —respondió la voz de Lisa—. Es más mala que la sarna. Ya ve cómo me ha reprendido en la mesa... ¡Pero me da igual! Con una mujer de esa clase hay que fingir sumisión, aunque luego una haga lo que mejor convenga.

La niña debió echarse entonces al cuello de la sirvienta, pues su voz quedó sofocada por la proximidad de ésta.

—Sí, sí... Y además peor para ella... Porque a quien yo quiero es a ti.

Octave subía a acostarse, cuando el deseo de respirar aire fresco le hizo bajar las escaleras. Eran escasamente las diez e iría paseando hasta el Palais-Royal. En aquellos momentos se sentía como un muchacho; nada de mujeres, puesto que ni Valérie ni la señora Hédouin aceptaron su afecto y, por otra parte, se había precipitado mucho al devolver a Jules su Marie, la única a quien conquistó sin hacer nada para ello; hubiese querido reír, pero experimentaba cierta tristeza; recordaba con amargura sus triunfos en Marsella y veía un mal presagio, un verdadero menoscabo de su suerte en el fracaso de sus intentos de seducción. Sentía un frío que le helaba cuando no se hallaba rodeado de mujeres. ¡Incluso la señora Campardon le dejaba partir sin derramar una sola lágrima!... Su venganza sería terrible... ¿O tal vez se le iba a negar París?

Cuando ponía el pie en la acera oyó una voz femenina que le llamaba. Reconoció a Berthe, que estaba en el umbral de la sedería, mientras un mozo echaba los cierres.

—¿Es cierto, señor Mouret —le preguntó—, que ha dejado el almacén de los Hédouin?

Le sorprendió que la cosa fuera ya sabida en el barrio. La joven había llamado a su marido; puesto que iba a subir a hablarle al día siguiente, bien podía conversar con el señor Mouret en aquel momento. Y Auguste, sin transición, con su cara de fastidio, ofreció a Octave una plaza en su establecimiento. Éste, cogido de improviso, vaciló, y estaba a punto de

negarse, pensando en la escasa importancia de la casa. Pero advirtió el lindo rostro de Berthe, que le sonreía muy acogedora, con aquella alegre mirada que había observado ya en dos ocasiones: el día de su llegada y el de la boda.

—Pues bien, sí —contestó resueltamente.

X



CTAVE, entonces, tuvo un mayor contacto con los Duveyrier. A menudo, la señora, al volver a casa, pasaba por el almacén de su hermano y se detenía unos momentos para charlar con Berthe. La primera vez que vio al joven detrás de uno de los mostradores, le hizo amables reproches por haber faltado a la promesa de ir a su casa para hacer una prueba de su voz acompañada al piano. Justamente deseaba dar una segunda audición de la *Bendición de los puñales* en alguna de las reuniones del invierno siguiente, pero con otros dos tenores, para que la cosa resultase más completa.

—Si no le molesta —dijo Berthe al joven, cierto día—, podría subir después de cenar a casa de mi cuñada. Le espera.

La muchacha adoptaba con él la actitud de una patrona sencillamente correcta.

—El caso es que esta noche pensaba ordenar un poco estas cajas —observó Octave.

—No se preocupe —replicó ella—. Ya tengo aquí quien se ocupe de esa tarea... Puede disponer de la velada.

Hacia las nueve, Octave encontró a la señora Duveyrier, que le esperaba en su salón blanco y oro. Todo estaba a punto, el piano abierto y las velas encendidas. Una lámpara colocada sobre un velador junto al instrumento iluminaba escasamente la estancia, de la que una mitad permanecía en penumbra. Al ver sola a la joven dama, Octave se creyó en la obligación de preguntar por la salud del señor Duveyrier. Ella respondió que estaba bien pero que sus colegas le habían encargado un informe sobre un asunto muy importante y que tuvo que salir para enterarse de ciertos extremos.

—Ya sabe, es ese asunto de la calle Provence —dijo con gran sencillez.

Se trataba de un escándalo que apasionaba a todo París; un caso de prostitución clandestina con niñas de catorce años relacionadas con altos personajes. Clotilde añadió:

—Sí, es algo que le tiene muy ocupado. Hace quince días que dedica a eso todas las veladas.

Octave la miró, enterado por Trublot de que aquella noche el tío Bachelard había invitado a cenar a Duveyrier, para terminar luego la velada en casa de Clarisse. Pero ella permanecía muy seria, hablando siempre con gravedad de su marido; con su aire recatado, relataba sucesos extraordinarios que explicaban el motivo de que nunca se le hallara en el domicilio conyugal.

—¡Claro, tiene la responsabilidad de tantas almas! —murmuró el joven, turbado por su ingenua mirada.

Sola en medio de la estancia vacía, le pareció muy bella. Sus cabellos rojizos empalidecían su alargado rostro, que reflejaba la obstinada tranquilidad de la mujer sumida en sus deberes. Vestida de seda gris, con el talle y el pecho oprimidos por un rígido corpiño, le trataba con cierta amabilidad exenta de calor que la apartaba decididamente de él.

—Bien, amigo mío, ¿quiere que empecemos? —preguntó—. Supongo me perdona que le importune... No se cohíba, rinda cuanto pueda, puesto que el señor Duveyrier no está en casa... Ya debe saber que se envanece de aborrecer la música.

Puso tal desprecio en esta frase, que él se creyó obligado a aventurar una sonrisa. Por otra parte, era la única crítica que a veces hacía de su marido delante de la gente, exasperada por las bromas de éste con motivo de su piano, cuando, en cambio, era bastante fuerte para ocultar el odio y la repugnancia física que él le inspiraba.

—¿Cómo es posible que aborrezca la música? —comentaba Octave extasiado, tratando de hacerse agradable a la joven.

Clotilde se sentó al piano, frente a unas partituras de viejas tonadas. Había escogido un fragmento de *Zémire et Azor*, de Grétry. Después de leer apresuradamente su parte, atacó el preludio y Octave empezó a cantar:

*Du moment qu'on aime
L'on devient si doux*^[1]...

—¡Perfecto! —exclamó entusiasmada—. Es todo un tenor, no hay duda... ¡Todo un tenor! Prosiga, por favor.

El joven, halagado, continuó la canción:

*Et je suis moi-même
Plus tremblant que vous.*^[2]

La joven estaba radiante. Hacía tres años que buscaba un tenor. Y le contó sus sinsabores, entre los que figuraba, por ejemplo, el señor Trublot. Era un hecho cuyas causas debían estudiarse; ya no había tenores entre los jóvenes de la buena sociedad, posiblemente debido al tabaco.

—¡Cuidado, ahora! —prosiguió—. Estudiemos la expresión... Ataque con vehemencia.

Su frío rostro expresó gran languidez y sus ojos, con mirada mustia se volvieron a él. Creyéndola entusiasmada, Octave a su vez se animó pues la hallaba encantadora. No llegaba el menor ruido de las habitaciones contiguas y las vagas sombras del salón parecían envolverles en una adormecedora voluptuosidad. Inclinado tras ella, rozando con el pecho su cabellera para ver mejor la partitura, cantó en un murmullo los compases siguientes:

*Et je suis moi-même
Plus tremblant que vous.*

Pero, terminada la frase melódica, se desvaneció su expresión apasionada, como si hubiera sido una máscara, reapareciendo la frialdad que venía ocultando. El joven retrocedió, inquieto, temiendo reproducir la desdichada escena de la señora Hédouin.

—Lo hace usted muy bien —dijo ella—. Sólo es necesario que acentúe más el compás... Mire, así.

Y lo cantó repitiendo veinte veces: «Plus tremblant que vous», destacando las notas con implacable rigor femenino. Su voz fue alzándose poco a poco, hasta llenar la estancia de agudos gritos, cuando alguien chilló a sus espaldas.

—¡Señora! ¡Señora!

Reconociendo la voz de Clémence, la camarera, la joven se volvió sobresaltada.

—¿Eh? ¿Qué sucede?

—Señora, es su señor padre que está sin sentido, con la cabeza apoyada en sus escritos, y no se mueve... Nos da miedo.

Aturdida, sin comprender bien, se levantó y siguió a Clémence. Octave, que no se atrevió a acompañarla, se quedó en el salón, paseando inquieto de un lado a otro. No obstante, después de unos momentos de duda, al oír pasos precipitados y voces aisladas, se decidió y, atravesando una habitación oscura, llegó hasta la del señor Vabre. Todo el servicio había acudido: Julie con el delantal de cocinera y Clémence e Hippolyte con el pensamiento puesto aún en la partida de dominó que acababan de dejar. Con aire aturdido, estaban de pie alrededor del anciano, mientras Clotilde, inclinada sobre él, le rogaba que

dijese algo, siquiera una sola palabra. Pero éste permanecía inmóvil, con la cabeza apoyada sobre sus fichas. Al desplomarse había rozado el tintero con la frente y su ojo izquierdo estaba cubierto de salpicaduras de tinta que corrían en finas gotas hasta sus labios.

—Es un ataque —dijo Octave—. No podemos dejarle ahí. Hay que llevarle a su cama.

Pero la señora Duveyrier perdía la cabeza, y aumentaba por momentos su turbación.

—¿Cree usted? ¿Cree usted?... ¡Dios mío, pobre papá!

Hippolyte parecía poco dispuesto a actuar, presa de una extraña inquietud y una visible repugnancia por tocar el cuerpo del anciano, temiendo acaso que muriera entre sus brazos. Fue preciso que Octave requiriera su ayuda, y entonces, entre los dos, le acostaron.

—Traiga usted agua tibia —ordenó el joven, dirigiéndose a Julie—. Lávele la cara.

La señora Duveyrier, entretanto, empezaba a enfurecerse con su marido. ¿Por qué había de estar fuera de casa? ¿Qué podía hacer ella si ocurría un accidente? Como si lo hiciese a propósito, nunca estaba allí cuando se le necesitaba. Sin embargo, era cierto que casi nunca precisaba de él. Octave la interrumpió para aconsejarle que enviara a buscar al doctor Juillerat. Nadie había pensado en ello Hippolyte salió al momento, contento de apartarse de aquel ambiente.

—¡Dejadme sola! —prosiguió Clotilde—. Debe tener muchas cosas que arreglar... ¡Ay, pobre papá!

—¿Quiere usted que advierta a la familia? —sugirió Octave—. Puedo avisar a sus dos hermanos... Sería lo más prudente.

Ella no respondió, mientras gruesas lágrimas asomaban a sus ojos, pero luego contuvo a Octave: Auguste estaba ausente, a causa de una cita, y, en cuanto a Théophile, mejor sería que no subiera, pues su sola presencia acabaría de matar a su padre. Explicó después que el anciano se había presentado en el piso de enfrente, en casa de sus hijos, para cobrar unos alquileres, y que le habían acogido con brutalidad. Valérie, sobre todo, al negarse a pagar, había reclamado la suma prometida por él con ocasión de su matrimonio. El ataque derivaba, sin duda, de aquella escena, pues había vuelto a casa en un estado lastimoso.

—Señora —observó Clémence—, tiene ya un costado enteramente frío.

Aquello hizo que aumentara el enfurecimiento de la señora Duveyrier. Había dejado de hablar, por temor a ser indiscreta en presencia del servicio.

¡Su marido se mofaba de sus intereses! ¡Si por lo menos ella estuviera al corriente de las leyes!... E, incapaz de estarse quieta, paseaba nerviosamente ante la cama. Octave, distraído con las fichas, contemplaba aquella ingente labor que cubría por completo la mesa. En una caja de roble de gran tamaño había diversas series de fichas meticulosamente clasificadas que representaban toda una estúpida vida de trabajo. Mientras leía sobre unas de las fichas: «Isidore Charbotel: Salon 1857, *Atalante*; Salón 1858, *Androcles y el león*; Salón 1861, retrato de P...», Clotilde se plantó ante él y le dijo en voz baja, llena de resolución:

—Vaya a buscarle.

Y al ver que él se mostraba extrañado, con un encogimiento de hombros, pareció olvidar la cuestión de la calle Provence, que no era más que uno de los pretextos que ella ideaba para cubrir las apariencias. En su turbación prescindía de todo.

—Ya sabe, en la calle Cerisaie... Todos nuestros amigos la conocen.

Octave quiso protestar.

—Le aseguro, señora...

—¡No le defienda! —prosiguió—. Quedándose allí me hace muy dichosa... ¡Dios mío! ¡Si no fuese por mi pobre padre!

El joven se inclinó. Julie trataba de limpiar el ojo del señor Vabre con la punta de una toalla, pero la tinta se había secado dejando lívidas manchas sobre la piel. La señora Duveyrier le recomendó que no frotase demasiado fuerte, y luego se acercó de nuevo al joven, que ya estaba a punto de salir.

—Ni una palabra a nadie —murmuró—. No tiene objeto trastornar la casa... Tome un coche y tráigale, sea como sea.

Cuando salió se desplomó ella en una silla, junto a la cabecera del anciano. No había recobrado el conocimiento y sólo su respiración, un aliento penoso y lento, turbaba el fúnebre silencio que reinaba en la alcoba. Entonces, viendo que el médico no llegaba, sola con las dos sirvientas que la contemplaban asustadas, prorrumpió en sollozos, presa de una crisis de profundo dolor.

El tío Bachelard había invitado a Duveyrier al café Inglés, sin que pudiese decirse por qué; acaso por el placer de tratar a un consejero de los Tribunales y por demostrarle cómo sabía gastarse el dinero la gente dedicada al comercio. Invitó también a Trublot y Gueulin, sin convidar a ninguna mujer, porque, según él, las mujeres no sabían comer, alteraban los mejores manjares y perjudicaban la buena digestión. Por lo demás, el tío Bachelard era conocido a lo largo de todos los bulevares por sus fastuosas cenas, cuando

quería obsequiar a un cliente llegado de la India o del Brasil, por sus ágapes de trescientos francos por cabeza en los que defendía noblemente el honor de los comisionistas franceses. Le asaltaba entonces una verdadera fiebre por derrochar dinero que le hacía exigir los platos más costosos y las más raras curiosidades gastronómicas, fueran o no comestibles: esturiones del Volga, anguilas del Tíber, grullas de Escocia, avutardas de Suecia, patas de oso de la Selva Negra, jibas de bisonte americano, nabos de Teltow... Uníanse a éstas los más extraordinarios primores, como melocotones en diciembre y perdices en julio, y un verdadero lujo en materia de flores, plata y cristalería, así como un servicio que trastornaba a todo el restaurante. Aparte quedaba el capítulo de los vinos, para el que hacía revolver enteramente las cavas, reclamando caldos desconocidos, sin encontrar nada bastante añejo o bastante raro y soñando siempre con botellas únicas que costasen a razón de dos luises el vaso.

Aquella noche, por hallarse en verano, estación en que todo abunda, le resultó difícil encarecer la minuta. No obstante, la cena, encargada desde el día anterior, fue algo realmente extraordinario: crema de espárragos, timbales a la Pompadour, trucha a la genovesa, filetes de buey a la Chateaubriand, hortalizas a la Lúculo y ensalada de cangrejos. Finalmente, como plato fuerte, asado de corzo con alcachofas a la jardinera, seguido de pastel de chocolate y siciliana de frutas. Era una comida sencilla y grandiosa que se enriquecía con una regia selección de vinos: «madeira» viejo con la sopa, «chateau-filhot 58» con los entremeses, «johannisberg» con el asado y «roederer» helado con los postres. Lamentó que tres días antes hubiesen vendido a un turco, por diez luises, una botella de «johannisberg» de ciento cinco años de antigüedad.

—Beba usted —decía sin cesar a Duveyrier—; cuando los vinos son buenos no hacen daño... Pasa igual que con la comida; cuando es delicada no perjudica.

Sin embargo, él se contenía, dándose las de hombre de mundo. Iba bien peinado y afeitado, llevaba una rosa en el ojal, y se abstenía de romper vajilla, cual era su costumbre. Trublot y Gueulin comían de todo. La teoría del tío parecía ser cierta, pues el propio Duveyrier, enfermo del estómago, había llegado a la ensalada de cangrejos, después de beber considerablemente, sin mayores trastornos. Sólo las manchas rojizas de su rostro se avivaron un poco, adquiriendo cierto tinte violáceo.

A las nueve de la noche aún duraba la cena. Los candelabros, cuyas llamas agitaba la brisa que venía por la ventana abierta, iluminaban alegremente las piezas de plata y cristal, mientras, entre el desorden de los

cubiertos se marchitaban las soberbias flores contenidas en cuatro floreros. Además de los dos mayordomos, detrás de cada comensal había un camarero especialmente encargado de velar por el pan, el vino y el cambio de platos. A pesar del fresco del bulevar, hacía un calor saturado por el aroma de las especias de los platos y del olor avainillado de los viejos caldos.

Cuando, después de servir el café, los licores y los cigarros, se retiraron los camareros, el tío Bachelard se recostó bruscamente en su asiento y dejó escapar un suspiro de satisfacción.

—¡Ah, qué bien se siente uno! —exclamó.

Trublot y Gueulin, igualmente recostados, permanecían con los brazos abiertos.

—¡Estoy ahíto! —dijo el uno.

—¡No puedo más! —añadió el otro.

Duveyrier, que jadeaba, sacudió la cabeza murmurando:

—¡Ah, esos cangrejos!

Los cuatro se contemplaron satisfechos. Tenían la piel tensa y su digestión, lenta y egoísta, era la de cuatro burgueses que acababan de hartarse, alejados de los engorros familiares. Aquello costaba muy caro, pero nadie había participado de su festín y no había mujer alguna que pudiera pretender abusar de su enternecimiento; y se desabotonaban para sentirse más cómodos. Con los ojos entornados, incluso evitaron al principio hablar, para disfrutar mejor de su solitario placer. Luego, contentos de verse libres, sin ninguna mujer, apoyaron los codos en el mantel y emprendieron una interminable charla en la que no hablaron más que de faldas.

—Yo estoy desengañado —afirmó el tío Bachelard—. Creo que, todavía, lo mejor que existe es la virtud.

Duveyrier aprobó con un movimiento de cabeza.

—Por eso me he despedido de los placeres... ¡Y he de confesar que he corrido lo mío! En la calle Godot-du-Mauroy, por ejemplo, las conozco a todas: rubias, morenas, pelirrojas, y algunas de ellas de bonito cuerpo... Están luego las oscuras callejuelas, los hoteles amueblados de Montmartre y los negros callejones de mi barrio, donde uno tiene asombrosos encuentros con mujeres muy feas pero de cuerpo extraordinario.

—¡Bah, mujeres! —interrumpió Trublot con aire de superioridad—. ¡Vaya furia! Nada tengo que hacer con ellas... Nunca tiene uno dinero suficiente para complacerlas.

Aquella atrevida conversación acariciaba deliciosamente los oídos de Duveyrier, que bebía a pequeños sorbos una copa de kummel, con su severo

rostro de magistrado sacudido por breves estremecimientos sensuales.

—Yo soy incapaz de admitir el vicio —afirmó—. Es algo que me subleva. Para amar a una mujer es necesario estimarla, ¿no les parece? Me sería imposible acercarme a una de esas desgraciadas, a no ser, claro está, que mostrase su arrepentimiento y se hubiera apartado de su vida de desorden para rehacer la perdida honestidad. El amor, entonces, no podría tener más sublime misión. En fin, me refiero, como, comprenderán, a una amante honrada. En tal caso, no tengo nada que objetar, pues me siento completamente desarmado.

—Pues yo he tenido amantes honradas —exclamó Bachelard—, y me han resultado aún más fastidiosas que las otras, y sucias, por añadidura. Son unas zarrapastosas que, a espaldas de uno, se meten en aventuras con el riesgo de contagiarse alguna enfermedad... Por ejemplo, la última que tuve era, al parecer, una dama, a la que conocí a la puerta de una iglesia. Le puse en los Ternes un comercio de modas, como pretexto para mantenerla; naturalmente, ni una sola cliente. Pues bien, señores, créanme o no, estaba liada con todo el vecindario.

Gueulin, con sus rojizos cabellos desordenados sobre la sudorosa frente, bromeó mientras chupaba su cigarro:

—¿Y la otra? Aquella alta de Passy, de la tienda de golosinas... ¿Y aquella que cosía ropa para los huerfanitos? ¿Y la viuda del capitán, que enseñaba la cicatriz de un sablazo en el vientre?... ¡Todas, tío, todas se han burlado de ti! Ahora ya puedo decírtelo... Cierta noche hube de defenderme como pude de aquella de la cicatriz... Ella quería, ¡pero yo no era tan tonto!... Jamás se sabe adónde le llevarán a uno mujeres como ésa...

Bachelard, pareció molesto, pero se contuvo y, entornando los ojos, murmuró:

—Muchacho, puedes quedarte con ellas; tengo algo mucho mejor...

Y se negó a dar más explicaciones, satisfecho por la curiosidad despertada en los demás. Sin embargo, ardía en deseos de mostrarse indiscreto, dejando adivinar su tesoro.

—Es una doncella —dijo al fin—. Pero una verdadera doncella, palabra de honor...

—¡No es posible! —exclamó Trublot—. Ya no existen.

—¿De buena familia? —inquirió Duveyrier.

—Cuanto puede pedirse en este sentido —afirmó el tío—. Imagínese la castidad llevada hasta sus más absurdos extremos. La conocí por verdadera casualidad. Aún ahora confía ciegamente en mí, estoy seguro.

Gueulin, que le escuchaba asombrado, sonrió escéptico y murmuró:

—¡Ah!, sí... ya sé...

—¿Cómo que lo sabes? —dijo Bachelard, enfurecido—. Tú no sabes nada, muchacho; nadie sabe nada... Eso es cosa mía. No la ve nadie ni nadie la toca...

Y, volviéndose hacia Duveyrier, prosiguió:

—Usted que es hombre de corazón, me comprenderá. Cuando voy a verla me enternezco a tal punto que llego a rejuvenecerme. En fin, tengo un rincón acogedor donde descanso de todos mis contratiempos...

El consejero, embriagado con la descripción que el tío hacía de los encantos de la muchacha, se sonrojaba cada vez más, y parecía a punto de sangrar por las arreboladas manchas de su rostro. Trublot y Gueulin contemplaban al tío, deseosos de darle de bofetadas al ver como babeaba por las comisuras de sus labios. Les aburría ver aquellos atisbos de inocencia en un hombre vencido ya por todos los vicios.

—Al fin y al cabo mi único sueño es hacer feliz a esa chiquilla... Pero ya ve, con esta barriga no puedo ser para ella más que un padre... Eso sí, si encontrase un muchacho formal no tendría inconveniente en entregársela... en matrimonio, claro está...

—Así haría felices a dos personas —murmuró Duveyrier con su exquisita sensibilidad.

En el reducido salón empezaba a sentirse demasiado calor. Una copa de chartreuse acababa de volcarse sobre el mantel, sucio ya por la ceniza de los cigarros. Los comensales tenían necesidad de respirar aire fresco.

—¿Quieren que vayamos a verla? —preguntó de repente el tío Bachelard, mientras se levantaba.

Tras consultarse con la mirada, todos asintieron, encantados con la idea de hacerle una breve visita. Así, pues, bajaron y esperaron en la acera mientras el anfitrión pagaba la cuenta. Cuando éste reapareció, Gueulin simuló ignorar donde vivía la muchacha.

—¡Andando, tío! ¿Por dónde vamos?

Bachelard había recuperado su gravedad, dolido entre la vanidad de exhibir a Fifi y el temor a que se la arrebatasen. Por unos momentos miró inquieto a izquierda y derecha, para decir al fin rotundamente:

—¡Pues no, no quiero!

Y se obcecó en su negativa, burlándose de las bromas de Trublot y sin dignarse siquiera dar un pretexto explicando su cambio de opinión. Por último se pusieron en marcha, dirigiéndose hacia la casa de Clarisse. Como la noche

era soberbia, decidieron ir a pie, suponiendo que un paseo, desde el punto de vista higiénico, sería bueno para facilitar la digestión. Siguieron, pues, la calle Richelieu, con paso bastante firme, pero tan hartos que las aceras les parecían demasiado estrechas.

Gueulin y Trublot iban delante y les seguían Bachelard y Duveyrier sumidos en fraternales confianzas. El tío decía a éste que no desconfiaba de él y que no tendría inconveniente en mostrársela, pues sabía que era una persona fina; pero, en cambio, no era prudente exigir demasiado a los jóvenes. El consejero, por su parte, aprobaba tal actitud y, a su vez, confesaba antiguos recelos en relación con Clarisse. Al principio había ahuyentado a los amigos hasta que, cuando le dio pruebas de una extraordinaria fidelidad, consintió en recibirles para constituir allí un rincón agradable. Clarisse era mujer inteligente, incapaz de una equivocación, y poseía grandes sentimientos y sanos ideales. Cierto que se le podían reprochar algunas cosas de un pasado en el que se halló falta de dirección, pero, desde que era su amante, había vuelto a su natural honradez. Y siguieron toda la calle de Rivoli, sin que el consejero dejase de hablar, mientras el tío, molesto por no poder referirse a su pequeña, se contenía para no decirle que su Clarisse era demasiado amable con todo el mundo.

—Sí, sí, no hay duda —murmuró—. Pero convéznase, amigo mío, de que la virtud, es, aun así, lo mejor que existe.

La casa de la calle Cerisaie dormitaba en el solitario silencio de sus aceras. Duveyrier quedó sorprendido al no ver luz en las ventanas del tercero. Trublot, con aire grave, dijo que Clarisse se habría acostado, seguramente, en espera de que llegasen. Gueulin sugirió la posibilidad de que estuviera en la cocina, jugando a las cartas con la criada. Finalmente llamaron. El gas de la escalera ardía con la llama rígida e inmóvil de la lámpara de una capilla. No se oía el menor rumor, pero cuando los cuatro pasaron ante la portería el conserje se asomó para decir:

—¡Señor, señor, la llave!

Duveyrier, se quedó plantado en el primer escalón.

—¿No está en casa la señora? —preguntó.

—No, señor... Espere, le daré una bujía...

Y, mientras le alargaba la palmatoria, el portero dejó asomar en su macilento rostro una sonrisa cruel y canallesca. Ni los jóvenes ni el tío habían dicho una sola palabra. Silenciosos y con las espaldas encorvadas, subieron las escaleras, precedidos por Duveyrier, que, tratando de comprender, movía los pies maquinalmente, como un sonámbulo. La bujía, que agarraba con

trémula mano, proyectó sobre la pared la extraña ascensión de las cuatro sombras, semejante a un desfile de títeres descoyuntados.

Al llegar al tercer piso, se sintió presa de tal desfallecimiento que le resultó imposible acertar con la cerradura; Trublot tomó la llave y se encargó de hacerlo. Al abrirse la puerta, se oyó el eco de su sonido, como si la estancia fuera abovedada.

—¡Caramba! Cualquiera diría que esto está deshabitado —comentó.

—Suenan a vacío —dijo Bachelard.

—Parece un panteón familiar —añadió Gueulin.

Y entraron, siguiendo a Duveyrier, que sostenía en alto la palmatoria. La antecámara estaba vacía, despojada incluso de las perchas. Igualmente vacíos aparecían el salón y el saloncito; ni un solo mueble, ni una sola cortina. Duveyrier, petrificado, miraba el suelo a sus pies y levantaba la vista al techo, recorriendo las paredes en busca del agujero por donde se había marchado todo.

—¡Vaya limpieza! —murmuró Trublot.

—Tal vez haya mandado los muebles a componer —dijo Gueulin sin el menor asomo de ironía—. Veamos el dormitorio.

Pero el dormitorio estaba igualmente vacío. Había quedado abierta una ventana y a través de ella penetraba el aire húmedo de la calle.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! —murmuró Duveyrier, mientras finalmente prorrumpía en sollozos.

El tío Bachelard se mostró paternal.

—¡Valor, amigo mío! También yo he pasado por trances parecidos y no me he muerto... ¡El honor está a salvo, qué demonio!

El consejero sacudió la cabeza pasó al lavabo, después a la cocina, donde proseguía el desastre; habían despegado la tela encerada del gabinete y desatornillado los pernos de las tablas de la cocina:

—¡No, esto es demasiado! ¡Es fantástico! —comentó Gueulin, atónito—. Podía haber dejado los clavos...

Trublot, exhausto por la copiosa comida y la caminata, empezaba a encontrar fastidiosa aquella soledad. Pero Duveyrier, que no soltaba la bujía, iba sin cesar de un lado a otro, como presa de un deseo de sumirse en su abandono, y los demás se veían obligados a seguirle. Cruzó nuevamente cada una de las estancias, revisando el salón, el saloncito y el dormitorio, paseando detenidamente, la luz por los rincones de dichas piezas, mientras, detrás de él, la fila de sombras seguía danzando temblorosas en las paredes vacías la procesión iniciada en la escalera. Sobre el entarimado, el ruido de sus pasos

resonaba triste en el ambiente sombrío. Para colmar aquella melancolía, el departamento estaba muy limpio, sin un solo pedazo de papel o de paja, tan pulcro como un plato recién lavado; el portero había tenido la crueldad de asearlo todo minuciosamente.

—Señores, no puedo más —terminó por decir Trublot cuando visitaban el salón por tercera vez—. De veras que pagaría diez sueldos por una silla.

Los cuatro se detuvieron.

—¿Cuándo la ha visto por última vez? —preguntó Bachelard.

—¡Ayer, amigo mío! —respondió Duveyrier.

Gueulin sacudió la cabeza. ¡Diablo! Había andado ligera; debía tenerlo todo preparado.

Trublot lanzó entonces una exclamación. Acababa de descubrir un cuello postizo y un cigarro maltrecho sobre la chimenea.

—No se queje usted —dijo riendo—. Le ha dejado un recuerdo... Siempre dejan algo.

Duveyrier examinó el cuello, súbitamente enternecido y luego murmuró:

—¡Veinticinco mil francos de muebles! Este era su valor... ¡Pero no! ¡En honor de la verdad, he de reconocer que no es esto lo que lamento!

—¿Ni quiere usted el cigarro? —interrumpió Trublot—. Entonces, con su permiso... está roto, pero, envolviéndolo en un papel de fumar.

Lo encendió después en la vela que aún sostenía el consejero y, apoyándose en la pared, quedó sentado en el suelo.

—Lo siento, pero tengo que sentarme... mis piernas no resisten más.

—Pero señores, díganme ustedes dónde creen que puede haberse metido inquirió Duveyrier.

Bachelard y Gueulin se miraron; la cosa era delicada. No obstante, el tío tomó una decisión viril y explicó al infeliz las farsas de Clarisse; sus continuas travesuras y los amantes que a sus espaldas se sucedían, después de las veladas. Seguramente había escapado con el último, aquel robusto albañil a quien una ciudad de Midi quería convertir en artista. Duveyrier escuchó aquellas abominables palabras horrorizado, dejando al fin escapar un grito de desesperación:

—¡Ya no existe honradez en el mundo!

Y, en una brusca expansión, relató cuanto había hecho por ella. Habló de su espíritu y la acusó de que vacilaba su fe ante los mejores sentimientos de la vida, ocultando ingenuamente tras este dolor sentimental el desorden de sus inmensas apetencias. Clarisse había llegado a serle necesaria. Pero él la encontraría, aunque sólo fuera para hacer que se ruborizase por su actuación y

ver si había desaparecido de ella toda su nobleza; esto, al menos, fue lo que dijo.

¡Déjela! —exclamó Bachelard, a quien encantaba el infortunio del consejero—. Le volvería a embaucar... No hay nada como la virtud, ya lo sabe... Búsquese usted una jovencita sin malicia, inocente como un recién nacido... Entonces no hay nada que temer y uno puede dormir tranquilo.

Trublot, mientras tanto, fumaba apoyado en la pared, con las piernas extendidas. Descansaba tranquilamente, olvidado de todos.

—Si ello le inquieta, podría darle la dirección —dijo—. Soy amigo de la criada.

Duveyrier se volvió, extrañado al oír aquella voz que parecía salir del suelo. Pero cuando le vio fumándose lo que quedaba de Clarisse, soltando espesas nubes de humo en las que creía ver los veinticinco mil francos de los muebles, tuvo un gesto colérico y respondió:

—¡No, es indigna de mí!... Sería preciso que me pidiera perdón arrodillada.

—¡Callen! ¡Aquí está de vuelta! —dijo Gueulin, escuchando atentamente.

Efectivamente, se oían pasos en la antecámara. Luego llegó una voz que decía:

—¿Qué ocurre? ¿Se han muerto todos?

Y al momento entró Octave, extrañado al encontrar las estancias vacías y las puertas abiertas. Pero su confusión fue en aumento cuando vio en medio del desnudo salón a los cuatro hombres, tres de pie y uno en el suelo, solamente alumbrados por una débil bujía que el consejero llevaba como si fuera un cirio. En breves palabras le pusieron al corriente.

—¡No es posible! —exclamó.

—¿No le han dicho nada en la portería? —preguntó Gueulin.

—No, el portero me miraba tranquilamente mientras subía... ¡Vaya! ¡Con que se ha largado! No me extraña... Tenía un modo muy raro de mirar...

Y pidió detalles, entrando en comentarios, sin acordarse de la triste nueva de que era portador. Luego, de repente, se volvió hacia Duveyrier.

—A propósito, su mujer me ha enviado a buscarle... Su suegro se está muriendo.

—¡Ah! —dijo simplemente el consejero.

—¡El viejo Vabre!... —murmuró Bachelard—. Lo esperaba.

—¡Bah! ¡Cuando uno ha vivido ya bastante!... —observó filosóficamente Gueulin.

—Sí, más vale irse —añadió Trublot, que se disponía a pegar una segunda hoja de papel de fumar en su cigarro.

Finalmente, los caballeros se decidieron a abandonar el apartamento. Octave dijo una y otra vez que tenía que llevar a casa a Duveyrier, sin pérdida de tiempo, fuera como fuese. Éste cerró cuidadosamente la puerta, como si dejase allí sus difuntas ilusiones. Pero, al llegar abajo, se sintió tan avergonzado que hubo de ser Trublot quien entregase la llave al portero. Al salir a la calle cambiaron en silencio fuertes apretones de manos. Y cuando el coche arrancó llevándose a Octave y Duveyrier, el tío Bachelard dijo a Gueulin y a Trublot, que quedaron junto a él en la desierta acera:

—¡Qué caramba! ¡Tengo que enseñároslo!

Se sentía muy excitado por la desgracia del bobalicón del consejero y no podía ocultar la dicha que le ocasionaba su propia felicidad, que él atribuía a su profunda malicia.

—Oye, tío —dijo Gueulin—, si es sólo para llevarnos otra vez hasta la puerta...

—¡No, diablo! Vais a verla. Tendré mucho gusto en presentárosla... No importa que casi sea medianoche; si está acostada se levantará. Es hija de un capitán, del capitán Menu, y tiene una tía, excelente señora, nacida en Villeneuve, cerca de Lille... Pueden pedirse informes de ella en la casa Mardienne hermanos, de la calle Saint-Sulpice... ¡Bendita sea! Esto es lo que necesitamos... ¡Ahora veréis lo que es virtud!

Y les cogió del brazo, Gueulin a la derecha y Trublot a la izquierda, alargando el paso en busca de un coche para llegar más pronto.

Mientras tanto, en el carruaje que les conducía a casa, Octave explicaba brevemente a Duveyrier el ataque sufrido por el señor Vabre, sin ocultar al consejero que su mujer conocía la existencia del departamento de la calle de la Cerisaie. Hubo un silencio, tras el que éste preguntó con voz lastimera:

—¿Cree usted que me lo perdona?

Octave permaneció silencioso. El coche seguía corriendo en la oscuridad, iluminado de vez en cuando por una lámpara de gas. Cuando ya llegaban, Duveyrier, atormentado por la angustia, planteó una nueva pregunta:

—¿No le parece que lo mejor que puedo hacer es reconciliarme entretanto, con mi mujer?

—Tal vez sería lo más razonable —dijo el joven, obligado a responder algo.

Entonces, Duveyrier sintió la necesidad de lamentar lo sucedido a su suegro. Era un hombre muy inteligente, con una increíble capacidad para el

trabajo. Por otra parte, seguramente podría superar aquella crisis. Al llegar a la calle Choiseul, encontraron abierta la puerta de la casa y fueron a caer sobre un grupo plantado ante la portería del señor Gourd. Julie, que había bajado para correr a la farmacia, la emprendía contra aquellos burgueses que, cuando estaban enfermos, eran abandonados a su suerte por los demás. Quedaba para los obreros el llevar sopas y poner paños calientes a los desvalidos. En las dos horas de agonía que llevaba, el viejo pudo haberse tragado la lengua veinte veces sin que sus hijos se tomaran siquiera la molestia de meterle un terrón de azúcar en la boca. Tienen el corazón seco, decía el señor Gourd; son gente que no sabe servirse de sus manos y que se creerían deshonrados si hubiesen de dar una lavativa a su padre. Hippolyte, por su parte, explicaba exageradamente la actitud de la señora, que, aturdida, permanecía con los brazos caídos ante el pobre señor, mientras los sirvientes se esforzaban por ayudarle. Pero, cuando advirtieron la presencia de Duveyrier, todos callaron.

—¿Qué hay de nuevo? —preguntó éste.

—El medico le está poniendo sinapismos —respondió Hippolyte—. ¡Ah! ¡Me ha costado un trabajo encontrarle!

Cuando llegaron al piso, la señora salió a su encuentro en el salón. Había llorado mucho y su mirada brillaba bajo los enrojecidos párpados. El consejero fue hacia ella con los brazos abiertos y, algo embarazado murmuró:

—¡Pobre Clotilde!

Sorprendida por tan insólita efusión, ésta retrocedió. Octave había quedado rezagado, pero pudo oír cómo el marido añadía en voz baja:

—Perdóname; olvidemos nuestros errores en estas tristes circunstancias... Puesto que así lo quieres, vuelvo a ti, y para siempre... ¡Ah, ya he sufrido mi penitencia!...

Ella, sin responder, se apartó de él. Después, asumiendo nuevamente ante Octave la actitud de la mujer que desea ignorarlo todo, respondió:

—No te hubiera molestado, pues sé cuanta prisa corre ese informe sobre el caso de la calle Provence. Pero al verme sola me ha parecido necesaria tu presencia... Mi pobre padre está perdido. Entra a verle; el doctor está con él.

Cuando Duveyrier pasó a la vecina habitación, la joven se acercó a Octave, quien, para mantener su apostura, se reclinaba en el piano. El instrumento había quedado abierto y sobre el atril descansaba la partitura de *Zémire et Azor*, que el joven afectaba estudiar. La lámpara, como antes, alumbraba sólo con su débil luz un ángulo de la estancia. La señora Duveyrier

le contempló silenciosa unos momentos, pero, atormentada por la duda, acabó por salir de su habitual reserva.

—¿Estaba allí? —preguntó brevemente.

—Sí, señora.

—Entonces, ¿qué ocurre? ¿Qué le sucede?

—Señora, aquella persona le ha dejado, llevándose los muebles... Acabo de encontrarle entre las cuatro paredes vacías, con una vela en la mano.

Clotilde tuvo un gesto de desesperación. Ahora lo comprendía todo. Y en su bello rostro apareció el sello de su repugnancia y su desaliento. No tenía bastante con perder a su padre, sino que además, aquella desgracia iba a venir de pretexto para una reconciliación con su marido... Como le conocía bien, sabía que le iba a tener siempre encima, ahora que ya no había en otra parte nada que le sirviese de protección. Consciente de sus deberes, temblaba de no poderse negar a aquella abominable esclavitud. Se quedó unos instantes mirando el piano, mientras asomaban gruesas lágrimas a sus ojos. Luego dijo a Octave simplemente:

—Gracias, señor.

Pasaron a su vez a la habitación del señor Vabre, donde Duveyrier, muy pálido, escuchaba las explicaciones que a media voz le daba el doctor. Se trataba de un ataque de apoplejía serosa y el enfermo acaso resistiera hasta el día siguiente, pero sin esperanza alguna. Clotilde entraba en aquel preciso momento y, al oír la sentencia, cayó desplomada en una silla, tapándose el rostro con el pañuelo, empapado ya de lágrimas. Sin embargo, halló fuerzas suficientes para preguntar al médico si su pobre padre recobraría al menos el conocimiento. El doctor lo dudaba; pero, como si comprendiese el motivo de la pregunta, expresó su esperanza de que el señor Vabre tuviera arreglados desde hacía tiempo sus asuntos. Duveyrier, cuyo espíritu parecía haberse quedado en la calle Cerisaie, reaccionó entonces ante la situación, y, mirando a su mujer, afirmó que el señor Vabre no confiaba en nadie, por lo que nada sabía. Contaba simplemente con sus promesas en favor de su hijo Gustave, a quien el abuelo solía decir que pensaba beneficiar para compensar que le hubiesen aceptado en su casa. En cualquier caso, si existía un testamento, ya darían con él.

—¿Está advertida la familia? —preguntó el doctor Juillerat.

—¡Dios mío! No —murmuró Clotilde—. ¡Me he impresionado tanto! Sólo se me ha ocurrido enviar al señor en busca de mi marido...

Duveyrier lanzó a su esposa una nueva mirada. Ahora se comprendían los dos. Luego se acercó al lecho, donde el señor Vabre, iba adquiriendo una

rigidez cadavérica, con manchas amarillentas sobre la inmóvil máscara de su marmóreo rostro. Sonó la una y el doctor habló de retirarse, puesto que, una vez probados los revulsivos de costumbre, ya no podía hacer nada. Volvería por la mañana a primera hora. Se iba ya acompañado de Octave, cuando la señora Duveyrier llamó a éste.

—Esperaremos hasta mañana, ¿no le parece? Usted me envía a Berthe con cualquier pretexto y yo haré llamar a Valérie; ellas se encargarán de informar a mis hermanos... ¡Pobrecillos, que duerman aún tranquilos esta noche! Nosotros nos bastamos para velar con nuestra pena.

Y quedó sola con su marido, frente al anciano que, con sus estertores, alteraba la quietud de la habitación.

XI

PRIMER párrafo.

Quando, por la mañana, a las ocho, Octave bajó de su departamento, quedó muy sorprendido al ver que toda la casa estaba al corriente del ataque de la víspera y de la desesperada situación del propietario. Los vecinos, por lo demás, no se ocupaban de la salud del enfermo sino más bien de su herencia.

En su pequeño comedor, los Pichon se disponían a tomar sus tazones de chocolate, cuando Jules llamó a Octave.

—¡Menuda revolución va a armar con su muerte!... ¿Sabe usted si ha hecho testamento?

El joven, sin contestar, les preguntó cómo habían sabido la noticia. Marie se enteró en la panadería. Por otra parte, el comentario se filtraba de piso en piso, hasta el extremo de la calle, a través de las criadas. Después de dar un cachete a Lilitte, que metía los dedos en el chocolate, la joven dijo a su vez:

—¡Ah, qué cantidad de dinero!... ¡Si tan siquiera nos dejara una minúscula parte de lo que tiene!... Pero no hay peligro...

Y, cuando Octave se marchaba, añadió:

—He terminado sus libros, señor Mouret... Vendrá a recogerlos, ¿verdad?

El joven descendía rápidamente, inquieto, recordando haber prometido a la señora Duveyrier que le enviaría a Berthe, anticipándose a cualquier indiscreción, cuando, al llegar al tercer piso, se tropezó con Campardon, que salía de casa.

—¡Vaya! —dijo éste—. Parece que su patrón va a heredar un buen pico... Me han contado que el viejo tenía cerca de seiscientos mil francos, además de esta finca... Claro, no gastaba nada en casa de los Duveyrier, de modo que había de tener lo que se trajo de Versalles, sin contar con los veintitantos mil francos anuales de los alquileres... Un buen bocado a repartir, cuando son solamente tres, ¿no le parece?

Mientras hablaba así, siguió bajando las escaleras, detrás de Octave. Pero, al llegar al segundo, se encontraron con la señora Juzeur, que venía de ver lo

que pudiera estar haciendo su criadita desde hacía una hora en que salió a buscar un poco de leche. De un modo natural, se introdujo en la conversación, dejando ver que se hallaba bien al corriente.

—No se sabe cómo ha arreglado sus asuntos —murmuró con su habitual dulzura—. Es posible que surjan complicaciones.

—¡Ah, sí! —comentó alegremente el arquitecto—. Pero bien quisiera yo encontrarme en su lugar. No será difícil... Se hacen tres partes iguales, toma cada uno la suya, y todos contentos...

La señora Juzeur se inclinó, alzó luego la cabeza y, después de comprobar que la escalera estaba desierta, murmuró:

—¿Y si no encontrasen lo que esperan?... Circulan rumores...

El arquitecto abrió mucho los ojos, pero después se encogió de hombros. Aquello eran habladurías. El viejo Vabre era un avaro que guardaba sus ahorros en un calcetín. Y se fue porque tenía una cita en Saint-Roch con el abate Mauduit.

—Mi mujer está quejosa de usted —dijo a Octave, volviéndose después de haber bajado tres escalones—. Entre a verla alguna que otra vez.

La señora Juzeur retenía al joven.

—¿Y a mí? ¡Qué descuidada me tiene! Había pensado que me quería un poco... Cuando venga a verme le daré a probar un licor de las islas... Es algo delicioso...

El joven prometió visitarla y corrió hacia el vestíbulo. Pero antes de ganar la puerta del almacén que daba a éste tuvo que pasar entre un grupo de criadas que se ocupaban de la distribución de la fortuna del moribundo; tanto para la señora Clotilde, tanto para el señor Auguste y tanto para el señor Théophile. Clémence llegaba a citar cifras concretas, que decía conocer bien por saberlas a través de Hippolyte, el cual había visto el dinero en un mueble. Julie, en cambio, se las discutía, mientras Lisa explicaba de qué modo su primer señor, un anciano, la había engañado, al morirle sin dejarle siquiera la ropa sucia. Entre tanto, Adèle, con los brazos caídos y la boca abierta, escuchaba aquellas historias sobre herencias que le hacían imaginar gigantescos montones de monedas de cien sueldos. Con aire solemne, el señor Gourd conversaba en la acera con el papelerero de enfrente. Para él, el propietario había dejado de existir.

—A mí lo que me interesa es saber quién se queda con la casa... Pueden repartírselo todo, pero la casa no pueden cortarla en tres pedazos.

Finalmente, Octave entró en el almacén, y la primera persona que vio, sentada ante la caja, fue la señora Josserand, lavada, peinada y acicalada, al

pie del cañón. Junto a ella, Berthe, que sin duda había bajado a toda prisa, parecía muy animada, descuidadamente vestida con su peinador. Pero al verle dejaron de hablar, mientras la madre le dirigía una terrible mirada.

—¿Es así, señor, como demuestra su afecto por la casa? —inquirió—. Sabemos que participa en las conspiraciones de los enemigos de mi hija.

Él trató de defenderse, explicando los hechos, pero la señora Josserand le tapó la boca acusándole de haber pasado la noche con los Duveyrier y de buscar el testamento para introducir modificaciones. Mas, al ver que reía, preguntando que interés podía tener en ello, replicó:

—¡Qué interés! ¡Qué interés!... Su deber era correr a prevenirnos, puesto que Dios tenía a bien hacerle testigo del accidente. ¡Cuando pienso que, de no ser por mí, mi hija no sabría nada todavía! Sí, la hubieran despojado si no llego a avisarla en cuanto me enteré... ¡Qué interés! ¿Acaso sabe alguien qué es lo que le interesa? Por muy delicada que esté la señora Duveyrier, siempre es posible que haya gente difícil de contentar.

—¡Oh, mamá! —dijo Berthe—. ¡Clotilde es muy honrada!

Pero la señora Josserand se encogió de hombros compasivamente.

—¡Déjala! ¡Bien sabes que por el dinero se hace cualquier cosa!

Octave se vio obligado a relatar la historia del ataque, y, las mujeres cambiaron entre sí miradas significativas. Era evidente que tal como decía la madre, habían estado maniobrando. ¡Buena fue Clotilde cuando quiso ahorrar emociones a la familia! Por fin dejaron que el joven se pusiera a trabajar, reservándose sus dudas acerca del papel que había desempeñado en aquella ocasión, y prosiguieron sus vivas explicaciones.

—¿Quién pagará los cincuenta mil francos que figuran en el contrato? —preguntó la señora Josserand—. Una vez enterrado, cualquiera corre detrás de él, ¿no te parece?

—¡Oh, los cincuenta mil francos! —murmuró Berthe, turbada—. Bien sabes que él, como vosotros, sólo debía darnos diez mil cada seis meses... Aún no ha llegado el momento; será mejor esperar.

—¡Esperar! ¡Esperar a que resucite para traértelos, tal vez! ¡Alma de cántaro! ¿Quieres, pues, que te los roben? ¡No, no! ¡Tienes que exigir ahora que los descuenten de la sucesión! Nosotros, a Dios gracias, estamos vivos, y nadie sabe si pagaremos o no... Pero él ha muerto y, por lo tanto, es preciso que pague...

E hizo asegurar a su hija que no cedería, pues ella no había dado a nadie el derecho de tomarla por tonta. A pesar de sus arrebatos, de vez en cuando parecía prestar oído a través del techo, como si, por encima del entresuelo,

pretendiera escuchar lo que estaba pasando en el primer piso, en casa de los Duveyrier. La habitación del anciano debía estar precisamente encima de sus cabezas. Auguste acudió junto a su padre, en cuanto supo lo que sucedía. Pero aquello no la tranquilizaba, pues, temiendo escabrosas conspiraciones, hubiera querido estar allí personalmente.

—¡Sube tú! —exclamó por fin—. Auguste es demasiado débil y le engañarán con facilidad.

Berthe subió entonces. Octave, que estaba arreglando el escaparate, les había oído, y, al ver que la señora Josserand se dirigía a la puerta, le preguntó con la esperanza de obtener un día de asueto si no sería conveniente cerrar el almacén.

—¿Por qué? —inquirió ella a su vez—. Espere a que se muera. No veo que haya motivos para perder ninguna venta.

Luego, para suavizar la dureza de su frase, al ver que colocaba una pieza de seda escarlata en el escaparate, añadió:

—En cambio, me parecería muy bien que no desplegase ahí colores demasiado alegres.

En el primer piso. Berthe encontró a Auguste junto a su padre. Desde la víspera, nada había cambiado en la habitación; continuaba sombría y silenciosa, llena del mismo estertor, prolongado y penoso. El anciano en la cama, rígido privado enteramente de movimientos y sentidos. La caja de caoba, llena de fichas, siempre sobre la mesa, y, al parecer, todo permanecía intacto. Sin embargo, los Duveyrier estaban más abatidos, con los párpados hinchados por la noche de insomnio y la inquietud de una obsesionante preocupación. A las siete habían enviado a Hippolyte al liceo Bonaparte, para que recogiese a su hijo Gustave, y éste, un muchacho de dieciséis años, desmedrado y precoz, estaba allí, turbado por aquellas inesperadas vacaciones que había de pasar junto a un agonizante.

—¡Ay, querida, qué horrible desgracia! —dijo Clotilde yendo a abrazar a Berthe.

—¿Por qué no nos avisasteis? —respondió ésta, reproduciendo la mueca de disgusto de su madre—. Os hubiéramos ayudado a soportar la desgracia.

Auguste, con una mirada, le rogó que guardase silencio. Aún no había llegado el momento de discutir. Podían esperar. El doctor Juillerat, que había realizado ya una primera visita, tenía que volver. Pero no albergaba ninguna esperanza; el enfermo no acabaría la jornada. Auguste comunicaba estas noticias a su mujer, cuando, a su vez, entraron Théophile y Valérie. Clotilde se acercó a ellos y, abrazando a Valérie, dijo de nuevo:

—¡Ay, querida, qué horrible desgracia!

Pero Théophile llegaba muy irritado, y, sin bajar siquiera la voz exclamó:

—¡Así es que uno pierde a su padre y se ha de enterar por el carbonero! Os habéis tomado el tiempo preciso para vaciarle los bolsillos...

Duveyrier se levantó, indignado. Pero Clotilde le contuvo con un gesto, respondiendo a su hermano, en voz baja:

—¡Desgraciado! Ni siquiera respetas la agonía de nuestro pobre padre... Mírale; contempla tu obra. Sí, has sido tú quien le ha revuelto la sangre al negarte a pagar las rentas atrasadas.

Valérie se puso a reír.

—Vamos, no hablarás en serio... —comentó.

—¡Claro que hablo en serio! —replicó Clotilde fuera de sí—. Bien sabíais que le gustaba cobrar los alquileres... De haber querido matarle, no hubieseis obrado de otra forma.

La discusión subió de tono mientras las dos jóvenes se acusaban recíprocamente de intentar meter mano en la herencia. Por fin Auguste, siempre malicioso y tranquilo, hubo de llamarlas al orden.

—¡Callaos ya! ¡Tiempo tendréis de discutir! No está bien en estos momentos.

Rindiéndose entonces ante lo atinado de esta observación, la familia se situó en torno del lecho. Se produjo un silencio y en la estancia sombría volvió a escucharse el estertor del enfermo. Berthe y Auguste se hallaban a los pies del agonizante mientras Valérie y Théophile, llegados en último lugar, permanecían más alejados, junto a la mesa. Clotilde, en tanto, se encontraba a la cabecera de la cama, con su marido tras ella, y empujaba hasta el borde mismo del lecho a su hijo Gustave, a quien el anciano quería mucho. Todos se miraban ahora, sin cambiar una sola palabra. Pero los ojos penetrantes y los fruncidos labios expresaban graves meditaciones y pensamientos llenos de inquietud e irritación. La vista del colegial pegado a la cama exasperaba especialmente a los matrimonios más jóvenes, pues era evidente que los Duveyrier contaban con su presencia para ablandar al abuelo, si recobraba el conocimiento.

Aquella maniobra parecía indicar que no existía testamento alguno. Las miradas de los Vabre se concentraban en una vieja caja de caudales traída de la notaría de Versalles, que el viejo hizo empotrar en un rincón de su dormitorio. Guardaba allí, llevado de sus manías, un sinfín de objetos. Seguramente, por la noche, los Duveyrier se habían apresurado a registrar la caja en cuestión. Théophile trató de tenderles un lazo para obligarles a hablar.

—Escucha —murmuró al fin en el oído del consejero—, ¿y si avisáramos al notario? Es posible que papá desee cambiar sus disposiciones...

Duveyrier no le comprendió de momento. Como se aburría mucho en aquella habitación, había estado pensando en Clarisse toda la noche. Decididamente, lo más prudente sería reconciliarse con su mujer. ¡Pero la otra tenía tanta gracia cuando, con gesto picaresco, tiraba al aire la camisa!... Y, con la mirada fija en el moribundo, volvía a verla en aquella actitud, dispuesto a todo con tal de poseerla de nuevo, tan sólo una vez más. Théophile se vio obligado a repetir su pregunta.

—He interrogado al señor Renaudin —respondió el consejero, turbado—. No hay testamento alguno.

—¿Y aquí?

—Tampoco aquí.

Théophile cambió una mirada con Auguste. ¿No estaba claro? Los Duveyrier habían registrado sus muebles. Clotilde captó aquella mirada y se enfureció con su marido. ¿Qué le ocurría? ¿Acaso estaba aturdido por el dolor? Y añadió:

—Papá habrá hecho lo que debía, no cabe duda... Desgraciadamente no tardaremos en saberlo...

Rompió a llorar. Valérie y Berthe, vencidas por su pena, se pusieron también a sollozar calladamente. Théophile volvió a su asiento, andando de puntillas; sabía ya lo que quería saber. Indudablemente, si recobraba el conocimiento, su padre no se dejaría engatusar por la presencia del chiquillo de los Duveyrier. Sin embargo, al sentarse, vio a su hermano Auguste enjugarse los ojos y aquello le emocionó de tal modo que también él se sintió acongojado. Acudió a su mente el pensamiento de la muerte; tal vez él muriese de aquella misma enfermedad, y le pareció abominable. Todos, entonces, prorrumpieron en abundantes lágrimas. Gustave era el único que no podía llorar. Aquello le tenía consternado y mantenía baja la mirada, acomodando su respiración al estertor del agonizante por tener la atención puesta en algo, como cuando le hacían marcar el paso en sus lecciones de gimnasia.

Las horas, entretanto, iban transcurriendo. A las once, la monotonía se vio rota por la visita del doctor Juillerat. El estado del enfermo empeoraba, y ya incluso dudaba de que, ahora, pudiese reconocer a sus hijos antes de morir. Cobraban nuevo vigor los sollozos, cuando entró Clémence para anunciar la llegada del abate Mauduit. Clotilde, que se había levantado, fue la primera en recibir su condolencia. Parecía afectado por la desgracia de la familia, pero

supo hallar para cada uno una frase animosa. Luego, con mucho tacto, habló de los derechos de la religión e insinuó que no podían dejar partir aquella alma sin el socorro espiritual.

—Había pensado en ello —murmuró Clotilde.

Pero Théophile expresó ciertas objeciones. Su padre no era practicante e incluso tenía ideas más bien avanzadas, puesto que leía a Voltaire. En resumen, se mostraba partidario de la abstención, dado que no podían consultarle. En el ardor de la disputa llegó a decir:

—Sería como si administrase la comunión a este mueble.

Las tres mujeres le obligaron a callar. Estaban muy conmovidas; dieron la razón al sacerdote y se excusaron por no haber ido a buscarle en medio de su dolor. Si hubiera podido hablar, el señor Vabre habría consentido, pues no le gustaba llamar la atención por ningún concepto. Finalmente las señoras asumieron la responsabilidad.

—Aunque no fuese más que por la opinión del barrio —comentó Clotilde.

—Ciertamente —respondió el abate Mauduit, asintiendo con viveza—. Un hombre de la posición de su padre tiene el deber de dar ejemplo.

Auguste se abstenía de opinar. En cambio, Duveyrier, apartando de su pensamiento la imagen de Clarisse a quien acababa de imaginar poniéndose las medias, con una pierna al aire, reclamó enérgicamente la administración de los sacramentos. Los precisaba; ningún miembro de la familia había muerto sin ellos. El doctor Juillerat, que se apartó discretamente evitando mostrar su desdén de librepensador, se aproximó entonces al sacerdote y le dijo en voz baja, de forma familiar, como si fuera un colega a quien encontrase a menudo en situaciones semejantes:

—Esto apremia, dese prisa.

El abate salió apresuradamente, anunciando que volvería con la comunión y la extremaunción, para hacer frente a cualquier eventualidad. Y Théophile, obstinadamente, murmuró:

—¡Ah! ¡Sí, claro, hacen comulgar a los muertos incluso contra su voluntad!

Pero enseguida fue presa de una intensa emoción. Al volver a su sitio, Clotilde, había encontrado al agonizante con los ojos enteramente abiertos. No pudo contener un grito y todos se acercaron presurosos. Los ojos del anciano giraron lentamente en torno suyo, sin mover para nada la cabeza. El doctor, mostrando sorpresa, se aproximó a la cabecera para seguir aquella crisis suprema.

—Papá, somos nosotros. ¿No nos reconoce? —preguntó Clotilde.

El señor Vabre la miró fijamente y sus labios se movieron, aunque sin emitir sonido alguno. Todos se apretujaban pretendiendo arrancarle sus últimas palabras. Valérie, que había quedado detrás, viéndose obligada a alzarse sobre las puntas de los pies, comentó con acritud:

—Le estáis ahogando. Apartaos un poco. Si quisiera algo no le entenderíamos.

Los demás se apartaron. Efectivamente la mirada del señor Vabre escudriñaba la habitación.

—Desea algo, no cabe duda murmuró Berthe.

—Aquí tiene a Gustave —decía Clotilde una y otra vez—. Le ve usted, ¿verdad?... Ha venido del colegio para darle un beso. Besa al abuelito, hijo mío.

El niño, asustado, retrocedió, pero ella le sujetó por un brazo, esperando una sonrisa de la descompuesta faz del moribundo.

Auguste, que estudiaba la dirección de sus miradas, dijo que las encaminaba hacia la mesa; sin duda quería escribir. Hubo una súbita conmoción y entre todos le acercaron la mesa, llevándole papel, el tintero y una pluma. Le incorporaron acomodándole con tres almohadones. El doctor mientras tanto, consintió en todo, asintiendo con un simple movimiento de sus párpados.

—Dadle la pluma —decía Clotilde emocionada, sin dejar de empujar a su hijo.

Hubo entonces unos momentos solemnes, en los que la familia, apiñada en torno del lecho, esperaba. El señor Vabre, que parecía no reconocer a nadie, dejó escapar la pluma de sus dedos. Por unos instantes paseó la mirada sobre la mesa, donde se hallaba la caja de caoba llena de fichas. Después, resbalando en los almohadones, cayó hacia delante, como un guiñapo, alargando el brazo, en un supremo esfuerzo, hacia las fichas, que palpó torpemente con el gesto de un niño feliz que remueve alguna porquería. Estaba radiante y parecía querer hablar, sin conseguir murmurar más que una sílaba como aquellas con las que los pequeños expresan todo un mundo de sensaciones.

—Ga... ga... ga...

Se despedía de la obra de su vida, de su gran estudio estadístico. Luego, bruscamente, dejó caer la cabeza. Estaba muerto.

—Lo esperaba —murmuró el doctor, que se tomó el trabajo de extenderle en la cama y cerrarle los ojos, al ver la turbación de la familia.

¿Era aquello posible? Auguste apartó la mesa, en medio del silencio reinante. Recomenzaron entonces los sollozos. Sin embargo, puesto que ya no quedaba esperanza alguna, había llegado el momento de distribuir su fortuna.

Clotilde, después de haber alejado al niño, para evitarle el hombro de Berthe, que sollozaba lo mismo que Valérie. Ante la ventana, Théophile y Auguste se frotaban enérgicamente los ojos. No obstante era Duveyrier quien mostraba mayor desesperación, ahogando el llanto en su pañuelo. No, decididamente, le era imposible vivir sin Clarisse; prefería morir al momento, como su suegro. Y la añoranza de su amante, unida al fúnebre ambiente, le invadía de una inmensa amargura.

—Señora —anunció Clémence—, acaban de llegar con los sacramentos...

El abate Mauduit apareció en el umbral. Detrás de él asomaba la cabeza un monaguillo presa de gran curiosidad. El sacerdote observó el sombrío aspecto de los reunidos e interrogó con la mirada al doctor, que abrió los brazos en una actitud que parecía indicar que no había sido culpa suya. Murmuró entonces unas oraciones y se alejó con aire apenado.

—Es un mal augurio —decía Clémence a los demás sirvientes, reunidos ante la puerta de la escalera—. No se puede molestar a Dios innecesariamente... Verán como antes de un año vuelve a esta casa.

Las exequias del señor Vabre no tuvieron lugar hasta al cabo de dos días. Duveyrier, a pesar de todo, añadió al texto de las esquelas la frase: «Confortado con los sacramentos de la Iglesia».

Como el almacén estaba cerrado, Octave se encontraba libre. Aquel descanso le venía bien, pues hacía tiempo que deseaba poner orden en su cuarto, cambiando de sitio algunos muebles y colocando sus escasos libros en una librería comprada de ocasión. Se había levantado más pronto que de costumbre y sobre las ocho estaba terminando de arreglarse, en la mañana del entierro. En aquel momento llamó Marie, que vino para devolverle algunos libros.

—Puesto que no viene usted a buscarlos, bien vale la pena de que me moleste en traérselos —dijo desde la puerta.

Pero se negó a entrar, ruborizándose ante el pensamiento de hallarse en casa de un joven soltero. Por otra parte, sus relaciones habían cesado por completo, de la forma más natural. Octave no había vuelto a ella, y, sin embargo Marie seguía prodigándole su ternura y le saludaba sonriente cada vez que le encontraba.

Aquella mañana Octave estaba muy alegre y trató de embromarla.

—¿Acaso es Jules quien le prohíbe entrar en mi departamento? ¿Qué tal se lleva ahora con él? ¿Se muestra amable? Bueno, ya me entiende... ¡Contésteme!

La joven reía sin parecer escandalizarse.

—¡Claro que sí! Cuando usted sale con él le invita a beber y le cuenta cosas que le hacen volver a casa como loco... ¡Oh!, la verdad es que resulta demasiado amable. Yo no quisiera tanto; ya sabe usted; pero prefiero desde luego que todo eso ocurra en mi casa antes que en otra.

De repente se puso seria y añadió:

—Tenga, aquí le traigo su obra de Balzac; no me ha sido posible acabarla... Es demasiado triste. ¡Ese buen señor no sabe contarle a uno más que cosas desagradables!

Y le pidió historias en las que hubiera mucho amor, con relatos de aventuras y viajes a países extraños. Se puso luego a hablar del entierro: dijo que ella se proponía ir a la iglesia pero que Jules acompañaría el cadáver hasta el cementerio. Nunca le habían asustado los muertos; cuando tenía doce años permaneció toda una noche velando a un tío y a una tía, que acabaron sus vidas víctimas de la misma fiebre. Jules, por el contrario, detestaba los muertos como tema de conversación y ello hasta el punto que, desde la víspera, le había prohibido terminantemente hablar del propietario, cuyo cadáver se hallaba en el piso de abajo; aunque se daba el caso de que a ella nada se le ocurría decir que no guardara relación con esa desdichada cuestión; y lo mismo le pasaba a él, de modo que, aun no queriéndolo, apenas si intercambiaban entre sí diez palabras por hora, y siempre sin dejar de tener el pensamiento fijo en la figura de aquel pobre señor. Aquello empezaba a resultar aburrido y ansiaba de todo corazón, por Jules, que se llevaran de una vez al difunto. Y, contenta al poder expresarse a gusto, dando así rienda suelta a ese impulso interno, acribilló al joven con una serie de preguntas: ¿Había visto al muerto? ¿Lo encontró muy cambiado? ¿Merecía crédito lo que se contaba referente a un abominable accidente ocurrido cuando le metían en el ataúd? En cuanto a la familia, ¿podía tomarse en serio eso de que estaban incluso descosiendo los colchones y hurgando por todas partes para ver si encontraban algo? ¡Eran tantos los chismes que circulaban en una casa como la suya, y en la que las criadas galopaban a sus anchas! La muerte era la muerte, y no había razón para ocuparse de ninguna otra cosa.

—Veo que vuelve a traerme otra obra de Balzac —siguió ella diciendo mientras echaba un vistazo a los libros que acababa de entregarle—. No, no, llévesela... Guardan demasiado parecido con la vida misma.

Y, en el momento en que ella le tendía el libro, Octave la cogió por la muñeca y quiso arrastrarla hasta la alcoba. Le divertía aquella joven con su curiosidad sobre la muerte; se le antojó incluso original, más viva y deseable de lo que hasta entonces le pareciera. Pero ella comprendió enseguida, se puso muy sonrojada, desprendióse de él a toda prisa y se le escurrió, diciendo:

—Gracias, señor Mouret... Hasta pronto; nos veremos en el entierro.

Cuando Octave se hubo vestido recordó de pronto la promesa que hiciera de ir a saludar a la señora Campardon. Tenía dos horas largas por delante, puesto que el entierro era a las once, y estuvo pensando en la forma de aprovechar aquellas primeras horas de la mañana, haciendo algunas visitas por la casa. Rose le recibió sin haberse levantado todavía del lecho. Él empezó excusándose, temiendo molestarla, pero ella misma fue quien le pidió que se acercara. ¡Eran tan pocas las ocasiones en que le veían por allí! ¡Le contentaba tanto, según decía, el tener una distracción!

—¡Cosas de la vida, querido jovencito! —dijo ella a renglón seguido—. ¡Soy yo quien debiera estar reposando ahí abajo, clavada entre cuatro tablas!

Sí, el propietario podía considerarse bien dichoso por el solo hecho de haber concluido su existencia. Y como quiera que Octave, asombrado al verla sumida en tal melancolía, le preguntase si se encontraba peor, ella le contestó:

—No, gracias. Todo sigue igual. Lo único que ocurre es que hay ocasiones en que la paciencia se me agota y hasta siento cómo me consumo... Achille ha tenido que hacerse instalar un lecho en su propio despacho, porque, al removerse de aquella manera que él lo hace, me tenía excitada toda la noche... Y ya sabrá que Gasparine, a ruego nuestro, se decidió finalmente a abandonar el almacén. Créame que le estoy muy agradecida. ¡Me cuida con una ternura!... ¡Dios mío! ¡Bien puedo decir que ya no viviría si no fuera por todas esas muestras de cariño que siento a mi alrededor!

En aquel momento, Gasparine, con su aire sumido de parienta pobre, forzada a desempeñar el papel de sirvienta, le traía el café. La ayudó a incorporarse en el lecho, la acomodó entre las almohadas y le sirvió en una bandejita cubierta con una servilleta. Y Rose, con su camisola bordada, entre sábanas provistas de encajes, se puso a comer con buen apetito. Estaba frescachona, incluso rejuvenecida, tenía aspecto de verdadera hermosura, con su blanca epidermis y sus cortos cabellos rizados.

—¡Oh!, lo que es el estómago funciona a la perfección; no, si algo hay enfermo no es precisamente el estómago repetía una y otra vez, mientras iba mojando sus tostadas.

Dos lágrimas cayeron en su café. Entonces Gasparine la reprendió con ternura.

—Si sigues llorando llamaré a Achille... ¿No estás contenta acaso? ¿No estás aquí instalada como una reina?

Cuando la señora Campardon hubo acabado su desayuno y volvió a quedarse sola en compañía de Octave, parecía haber encontrado ya el consuelo. Por simple coquetería se puso a hablar otra vez de la muerte, pero haciéndolo con la dulce jovialidad de la mujer que se pasa gran parte de la mañana gozando de la tibia suavidad de las sábanas. ¡Dios mío!, lo mismo habría de desaparecer cuando le llegara su turno. Desde luego tenían razón; no era una desgraciada por cuanto podía permitirse el lujo de vivir, ya que ellos en suma le evitaban las más duras penalidades de la existencia. Y, razonando de ese modo, terminaba por sumirse en su propio egoísmo de ídolo carente de sexo.

A continuación, como quiera que el joven se levantó para irse, le dijo:

—Déjese ver más a menudo... Procure divertirse, no se entristezca demasiado con motivo de ese entierro. Se muere uno un poco todos los días hay que ir acostumbrándose.

En el mismo rellano de la escalera fue Octave a entrevistarse con la señora Juzeur, y Louise, la pequeña sirvienta, salió a abrirle la puerta. Le introdujo en el salón, estuvo contemplándole unos instantes con su turbada sonrisa y acabó por decirle que la señora estaba terminando de vestirse. Por lo demás, inmediatamente después hizo su aparición la señora Juzeur, vestida de negro, más dulce y delicada que nunca con sus atavíos de luto.

Estaba segura de que vendría usted esta mañana suspiró con cierto gesto de abandono. Toda la noche me la pasé delirando; no cesaba de verle... ¡Imposible dormir, compréndalo, teniendo ese muerto en la casa!

Y le confesó que había llegado a levantarse tres veces para buscar afanosamente debajo de los muebles.

—¡Debió haberme llamado! —dijo galantemente el joven—. Cuando son dos los que están en el mismo lecho nunca se tiene miedo.

Ella adoptó un aire de recato encantador.

—¡Cállese! ¡Bien sabe usted que eso es malo!

Y aplicó su mano abierta sobre los labios del joven, quien, como es natural, tuvo que besársela. Separó ella los dedos a continuación, como si notara cosquillas. Pero él, excitado por aquel juego, trató de que las cosas llegaran más lejos. La tenía cogida entre sus brazos, estrechándola contra su

pecho, sin que ella hiciera el menor esfuerzo para tratar de desprenderse; mientras tanto, el joven le susurraba al oído:

—Vamos a ver, ¿por qué no quiere?

—¡Oh! ¡En todo caso, hoy desde luego no!

—¿Por qué hoy no?

—Pues, la verdad, con ese muerto abajo... No, no, me sería imposible.

Entretanto, el joven la iba estrechando entre sus manos, cada vez con más fuerza; ella se dejaba querer. El aliento respectivo caldeaba sus rostros.

—Entonces, ¿cuándo? ¿Mañana?

—Jamás.

—Sin embargo, usted goza de entera libertad; su marido se ha portado tan mal que nada le debe usted... ¿Qué es lo que le sucede entonces? ¿El miedo a quedar embarazada, acaso?

—No, eso no, los médicos me han asegurado que no puedo tener hijos.

—Pues bien, si no existe ninguna razón que se lo impida, sería verdaderamente necio...

A todo esto, el joven intentaba forzarla; pero ella, rehuyéndole ágilmente, conseguía escapar de sus manos. Seguidamente fue la propia señora Juzeur quien, cogiéndole entre sus brazos e impidiéndole así todo movimiento, murmuró con acariciadora voz:

—Le permitiré todo cuanto a usted se le antoje, pero eso, desde luego, no... Entiéndalo de una vez para siempre, ¡eso jamás! Preferiría morir... Constituye para mí algo así como una idea fija ¡Dios mío!, hice una promesa al Cielo; en fin, hay cosas que no tiene usted por qué saber... Me está resultando tan brutal como los demás hombres, a los que nada satisface, en cuanto se les niega cualquier cosa. Sin embargo, le amo y estoy dispuesta a concederle todo lo que usted quiera, pero eso no, amor mío.

Se le iba entregando, le permitía las caricias más vivas y al mismo tiempo más íntimas, no rechazando de sus manoseos ninguno que no fuera el estrictamente velado. Y en su obstinación había como una reserva jesuítica, cierto miedo de tipo confesional, una certidumbre de llegar a conseguir el perdón de sus pecadillos mientras que el otro, el gran pecado, en cambio, le originaría demasiados disgustos en cuanto se enfrentara con su director espiritual. Contribuían además a esa postura otros sentimientos inconfesados, el honor y la estima de sí misma, la coquetería de tener en todo momento sujetos a los hombres no satisfaciéndoles jamás, un goce inteligente y personal que consistía en hacerse devorar a besos por doquier, sin llegar en ningún caso a experimentar el rudo golpe que en sí entraña siempre la

saciedad. Le parecía mejor aquello; había puesto en ello verdadero empeño ningún hombre podría vanagloriarse, en efecto, de haberla poseído, a partir del cobarde abandono de su marido. ¡Se consideraba una mujer honrada!

—No, señor. ¡Ni siquiera uno! ¡Ah! ¡Puedo ir por ahí con la cabeza bien alta! ¡Cuántas desdichadas, en mi lugar, hubieran obrado de forma bien distinta!

Apartose de él con suavidad y se levantó del canapé.

—Déjeme... Ese difunto que tenemos ahí abajo me atormenta sin cesar. Me da la impresión de que toda la casa está de luto.

A todo esto, la hora del entierro se iba acercando. Ella quería ir a la iglesia, antes de que trasladasen allá el muerto, para evitarse el aparato protocolario, todos los preparativos fúnebres que habrían de tener lugar en la propia casa. Pero cuando ya le acompañaba para despedirle recordó que le había hablado de su famoso licor de las islas; le hizo volver a entrar y se fue a buscar ella misma dos copas y la botella. Se trataba de una crema muy azucarada que olía a perfumes de flores. Cuando empezó a beberlo ella, la glotonería con que lo hizo dejó traslucir en su rostro una languidez arrebatadora, propia más bien de una niña.

—Esto nos ayudará a soportar los malos pasos —dijo acabándose de tomar el contenido de su copa.

Y cuando se despedían, ya en la antecámara, cerró los ojos mientras él la besaba en la boca. Sus azucarados labios semejaban deshacerse lo mismo que bombones.

Eran cerca de las once. No había sido posible aún bajar el cadáver, para ser expuesto en el umbral, porque los empleados de las pompas fúnebres, después de haber estado perdiendo el tiempo en una taberna próxima, no terminaban de colocar las colgaduras. Octave se fue a echar un vistazo por simple curiosidad. Bajaba del techo una ancha colgadura negra; pero los tapiceros todavía no instalaban los paños para cubrir la puerta. En la acera, un grupo de criadas, sin perder de vista el escenario que las retuviera allí, se entretenía en amenas charlas mientras Hippolyte, de riguroso luto y con aire de solemnidad, trataba de activar los trabajos.

—Sí, señora —decía Lisa a una mujer seca, una viuda que prestaba servicios en casa de Valérie desde hacía una semana—, de nada le habrá servido todo ello. El barrio conoce sobradamente la historia. Para mejor asegurar la parte que le corresponde en la herencia del viejo, dio lugar a que un carnicero de la calle de Sainte-Anne le hiciese la criatura que tiene; hasta tal punto su marido daba la impresión de ir a desaparecer de este mundo de un

momento a otro... Pero el caso es que el esposo todavía vive y el viejo, en cambio, se nos fue ya. ¡Divertida está ahora con ese chiquillo a cuestas!

La viuda movía la cabeza mientras escuchaba, y, con gesto de repugnancia, respondió:

—¡Se lo tiene bien merecido! No hace más que purgar su propia cochinada... ¡Poco va a ser lo que permanezca en la casa! Esta misma mañana le anuncié que le dejaría dentro de una semana. ¡Pues no se le ha ocurrido a su pequeño monstruo de chiquillo hacer sus necesidades en mi cocina!

En aquellos momentos Lisa se acercó presurosa para interrogar a Julie, que bajaba a dar una orden a Hippolyte. A continuación, tras breves minutos de charla, fue a reunirse de nuevo con la criada de Valérie.

—Todo esto es una auténtica farsa en donde nadie entiende nada. Yo creo que su dueña hubiera podido muy bien ahorrarse lo de la criatura e incluso dejar que su marido reventase cuando quisiera, pues por lo visto todavía continúa la búsqueda de la bolsa del viejo... La cocinera dice que no podemos imaginarnos las caras que se están poniendo ahí dentro; en fin, que acabarán arreándose bofetadas antes de que llegue la noche.

Vino entonces hacia ellas Adèle, con cuatro sueldos de mantequilla escondidos debajo del delantal, ya que la señora Josserrand le había recomendado mucho que jamás enseñara las compras que hiciera. Lisa quiso averiguarlo, y después la trató despectivamente de pava. ¿Era necesario bajar a la calle por sólo cuatro sueldos de mantequilla? ¡Menuda necia! Ella en su lugar habría obligado a aquellos avaros de amos a que la alimentaran mejor; más todavía, hubiera empezado por atiborrarse antes de pensar en los demás; sí, zampándose la mantequilla, el azúcar y sobre todo la carne. Desde hacía algún tiempo, las otras criadas estaban azuzando de ese modo a Adèle para que se sublevara de una vez. Y el resultado era, efectivamente, que su perversión iba en aumento. Pellizcó un poco de mantequilla y se lo comió de un solo bocado, sin pan, para hacerse así la valiente delante de las demás.

—¿Subimos? —preguntó.

—No —dijo la viuda—. Quiero ver como le bajan. Tengo que satisfacer una curiosidad.

—Yo también —añadió Lisa—. Se asegura que pesa diez arrobas. Si lo dejaran caer por su hermosa escalera, ¡menudo estropicio se iba a producir!

—Pues yo me subo; prefiero no verle —dijo Adèle—... Gracias, no quiero volver a soñar, como me ocurrió la noche pasada, que venía a tirarme

de los pies, diciéndome una serie de estupideces, con motivo de las basuras que desparramo.

Y se fue luego, perseguida por las bromas y chanzas de las otras. Durante toda la noche, en el piso destinado a los criados, estuvieron divirtiéndose a costa de las pesadillas de Adèle. Por otra parte, no queriendo estar solas, las criadas dejaron abiertas las puertas de sus respectivos cuartos; y habiéndosele ocurrido a un cochero bromista jugar a los fantasmas, ello dio lugar a que, a lo largo del pasillo y hasta el mismo amanecer, se estuvieran oyendo gritos sordos y risitas sofocadas. Lisa, con los labios apretados, no hacía más que decir que se acordaría toda la vida de aquella nochecita. ¡Una auténtica juerga, en definitiva!

Pero la atronadora voz de Hippolyte hizo que fijasen su atención en las colgaduras que estaban colocando. En efecto, perdiendo su habitual dignidad, se había puesto a gritar:

—¡Borracho perdido! ¿No está viendo que lo coloca boca abajo?

Y así ocurría, desde luego: el obrero iba a colocar al revés el escudo de armas con las iniciales del difunto. Por lo demás, las negras colgaduras, bordadas en plata, habían sido ya puestas en su sitio. Solamente quedaban por colocar los alzapaños, cuando se presentó por allí un hombre tirando de un carro, cuya carga consistía en un reducido y pobre mobiliario, con el propósito de entrar en la casa. Un rapaz empujaba el carromato y una joven pálida le seguía detrás, echándole una mano de vez en cuando. El señor Gourd, que estaba de conversación con su amigo, el papelerero de enfrente, se precipitó hacia ellos y, a pesar de la solemnidad de su luto, exclamó:

—¿Qué es lo que ocurre? ¿Dónde van...? Y usted, imbécil, ¿no está viendo lo que pasa?

La joven intervino entonces.

—Señor, soy la nueva inquilina... Estos son mis muebles.

—¡Imposible! ¡Mañana será otro día! —gritó furioso el portero.

Ella se puso a mirarle sosegadamente y contempló luego las colgaduras que la dejaron estupefacta. Evidentemente, aquella entrada recubierta de negro la tenía trastornada. Se rehizo sin embargo, y explicó que, a pesar de todo, no podía dejar sus muebles en la calle. Ello fue motivo para que el señor Gourd comenzara a abroncarla.

Usted debe ser la ribeteadora de borceguíes, ¿no es eso? La que ha alquilado el cuarto de arriba... ¡Una aberración más del propietario. Todo para no perder ciento treinta francos, y no obstante las molestias que ya nos ocasionó con el carpintero... Llegó a prometerme que no alquilaría la

vivienda a gente trabajadora. Pero sí, sí; por lo visto seguimos en las mismas, y ahora además una mujer.

Recordó súbitamente que el señor Vabre había muerto.

—Sí, como puede ver, es el propietario de la casa quien ha muerto! ¡Si llega a desaparecer ocho días antes, puede estar segura de que ahora no estaría usted aquí!... ¡Vamos, apresúrese, antes de que bajen el ataúd!

Y, en medio de su exasperación, fue él mismo quien ayudó a empujar el carromato, metiéndolo entre las colgaduras, que fueron echadas a un lado, para volver luego a la posición inicial, lentamente y por su propio peso. La pálida joven desapareció detrás de aquel alud de negro.

—¡Eso es lo que se dice ser oportuno! —hizo observar Lisa en aquel momento—. ¡Lo divertido que debe ser meterse en mudanzas, habiendo un entierro por medio! ¡Yo, en su lugar, hubiera reaccionado con bastante más energía!

Pero se calló cuando vio reaparecer al señor Gourd, que era el terror de las domésticas. El mal humor de éste tenía su origen en que, según se decía, la casa iba a ser adjudicada al señor Théophile y a su mujer. El señor Gourd hubiera pagado cien francos de su bolsillo por tener como propietario al señor Duveyrier, pues al menos se trataba de un magistrado. Y sobre ese extremo versaba la discusión que en aquellos momentos sostenía con el papelero. Mientras tanto, la gente empezaba a salir. La señora Juzeur pasó en aquel instante dirigiendo una sonrisa a Octave, que se había encontrado con Trublot en la acera. Seguidamente apareció Marie, que se quedó allí para presenciar cómo colocaban los caballetes sobre los que debía ser depositado el ataúd.

—Esa gente del segundo es asombrosa —decía el señor Gourd, mientras contemplaba las persianas cerradas del mencionado piso—. Diríase que se las arreglan para evitar comportarse como todos nosotros... Sí, salieron de viaje hace tres días.

En aquel momento, Lisa fue a ocultarse detrás de la viuda, al percibir a la prima Gasparine, que traía una corona de violetas, atención debida al arquitecto, en su buen deseo de conservar amistosas relaciones con los Duveyrier.

—¡Caramba! —exclamó el portero—. ¡Da la impresión de que quiere quedar bien la otra señora Campardon!

La llamaba así ingenuamente, designándola con el nombre utilizado por todos los demás tenderos del barrio. Lisa hizo un esfuerzo para contener su risa. Sin embargo, prodújose un movimiento de decepción. Repentinamente, las criadas se enteraron de que ya habían bajado el cadáver. ¡Fue un sacrificio

inútil permanecer en el arroyo sólo para contemplar las colgaduras! Se apresuraron a entrar de nuevo; en efecto, el cuerpo del difunto salía en aquellos momentos, llevado por cuatro hombres. Las colgaduras ensombrecían el porche, y hacia el fondo se divisaba la clara luz del patio. Los portadores del féretro aceleraban su respiración al llegar a los bajos de la escalera, cuyos ornamentos dorados y falsos mármoles parecían adoptar una fría dignidad bajo la mortecina luz de las esmeriladas vidrieras.

—¡Mira por dónde se fue de este mundo sin percibir sus últimos alquileres! —murmuró Lisa, en ese tono de broma rencorosa contra los propietarios, habitual en las parisienses de su baja clase social.

Entonces, la señora Gourd, que había permanecido sentada en su sillón, a causa de sus malditas piernas, se levantó haciendo un penoso esfuerzo. Puesto que ni siquiera podía ir a la iglesia, su marido le recomendó que no dejara de saludar, cuando el cadáver del propietario pasara por delante de la casilla del portero. Se trataba de un último tributo absolutamente preciso. Acercóse hasta la puerta, tocada con su cofia de luto, y cuando pasó el féretro saludó haciendo una reverencia.

En Saint-Roch, durante la ceremonia, el doctor Juillerat se jactó de no entrar en la iglesia. Por lo demás, como la comitiva era muy numerosa, un nutrido grupo de hombres prefirió quedarse en el atrio. Hacía una hermosa mañana del mes de junio. Como les estaba vedado fumar, se pusieron a discutir de política. El portalón estaba abierto, y a cada instante los acordes del órgano llegaban hasta allí desde la iglesia, recubierta de negro toda ella y estrellada de cirios.

—Supongo sabrán ustedes que el señor Thiers se presentará el año próximo por nuestra circunscripción —anunció Léon Josserand con su acostumbrada seriedad.

—¡Ah! —dijo el doctor—. Lo que no pongo en duda es que usted, como republicano, se negará a votar su candidatura.

El joven, cuyas ideas políticas se iban enfriando a medida que la señora Dambreville influía en su personalidad, respondió secamente:

—¿Por qué no?... Es un decidido adversario del Imperio.

Con tal motivo, entablóse entonces una viva discusión Léon hablaba de táctica y el doctor Juillerat insistía en que se trataba de una cuestión de principios. Según este último la burguesía tuvo su momento, pero había terminado ya esa misión que la historia le asignara; ahora su permanencia en el poder constituía un verdadero obstáculo en el camino de la revolución; su empeño en conservar cuanto había llegado a poseer vallaba el porvenir, al

hacerlo con tanta o mayor obstinación y ceguera que anteriormente la nobleza.

—¡Le tienen ustedes miedo a todo, y por ello se entregan a la peor de las reacciones en cuanto se sienten amenazados lo más mínimo!

Súbitamente, Campardon dejó traslucir su enfado.

—Yo, señor, fui jacobino y ateo, lo mismo que usted. Pero, gracias a Dios, recuperé el sentido de la orientación... No, ni siquiera me molestaré en ir a votar a su candidato señor Thiers. ¡Un simple enredador, un chismoso, un hombre que juega y se divierte con los ideales!

Sin embargo, todos los liberales allí presentes, el señor Josserand, Octave, el mismo Trublot, que solía tomar a mofa todas esas cosas, manifestaron con decisión que votarían por el señor Thiers. El candidato oficial era un acaudalado chocolatero de la calle de Saint-Honoré, el señor De Winck, al que estuvieron gastando un sinfín de bromas. Aquel señor Dewinck ni siquiera contaba con el apoyo del clero, al que sus contactos con las Tullerías inquietaban sobremanera. Campardon, que decididamente se había puesto del lado del clero, acogía su nombre con ciertas reservas. Seguidamente, sin transición, exclamó:

—¡Ténganlo bien presente! ¡La bala que hirió a vuestro Garibaldi en el pie debió de haberle atravesado el corazón!

Y, para que no le vieran por más tiempo en compañía de aquellos señores, entró rápidamente en la iglesia, donde la cascada voz del abate Mauduit respondía a las lamentaciones del coro.

—Comulga ahora con éstos —murmuró el doctor con un encogimiento de hombros—. ¡Ah! ¡Qué barrido tan enorme sería preciso darle a todo este ambiente!

Los asuntos de Roma le apasionaban. Después, como León recordara la frase pronunciada por el ministro de Estado, cuando dijo ante el Senado que el Imperio había salido de la Revolución, pero con la misión de contenerla, se pusieron a hablar de nuevo de las próximas elecciones. Estaban de acuerdo todos ellos sobre la necesidad de inflingir una lección al emperador; no obstante, empezaban a experimentar serias inquietudes, pues los nombres de los candidatos les mantenían divididos, haciendo que por la noche sufrieran sus mentes la pesadilla del espectro rojo. Cerca de ellos, el señor Gourd, con la corrección de un diplomático, les prestaba atención, aunque poseído del más frío de los desprecios; por lo que a él pudiera afectar, estaba simplemente del lado de la autoridad.

Mientras tanto, la ceremonia tocaba a su fin, y un estruendoso grito melancólico que salía de las profundidades de la iglesia hizo que se callaran.

—*Requiescat in pace!*

—*¡Amen!*

En el cementerio del Père-Lachaise, mientras se llevaba a cabo el descenso del cadáver, Trublot, que no había soltado el brazo de Octave, pudo observar cómo éste intercambiaba una nueva sonrisa con la señora Juzeur.

—¡Ah!, sí —murmuró aquél—, esa mujercita tan desgraciada... ¡Todo lo que quiera menos eso!

Octave sintió un sobresalto. ¡Cómo! ¡También Trublot! Este último esbozó un gesto de desdén; no, no se trataba de él, sino de uno de sus camaradas. Y, además, lo mismo les ocurría a todos aquellos a quienes semejante excitación pudiera llegar a divertir.

—Perdón —añadió después—; puesto que ya tenemos al viejo enterrado, voy a dar cuenta a Duveyrier de un encargo que me hizo.

La familia se volvía ya, silenciosa y doliente. Entonces Trublot retuvo al consejero, para hacerle saber que había tenido ocasión de hablar con la criada de Clarisse pero que no sabía las señas porque la sirvienta abandonó la casa la víspera de la mudanza, después de haber abofeteado de lo lindo a la señora. Era la última esperanza que se esfumaba. Duveyrier se tapó el rostro con el pañuelo y marchó a reunirse con la familia.

En cuanto llegó la noche, comenzaron de nuevo las diputas. La familia se hallaba ante una situación realmente desastrosa. El señor Vabre, con esa indolencia escéptica que muestran a veces los notarios, no había otorgado testamento. Fueron registrados en vano todos los muebles, y lo peor del caso era que no había allí ni un solo céntimo de los seis o setecientos mil francos esperados, ni dinero efectivo, ni títulos, ni acciones; el único descubrimiento consistió en setecientos treinta y cuatro francos en moneda de diez sueldos; un escondrijo de viejo chocho. Y, por una serie de datos irrecusables, consistentes en un carnet con notas y cartas encontradas de agentes de cambio, vinieron en conocimiento los herederos, en medio de una intensa reacción de cólera, de lo que constituía el vicio secreto de aquel buen hombre; una desenfrenada pasión por el juego, una especie de necesidad morbosa y torpe por la especulación, que había sabido mantener oculta con su inocente dedicación a los trabajos de estadística. Aquello lo embebía todo, sus ahorros de Versalles, los alquileres de la casa, hasta los escasos céntimos que escamoteaba a sus hijos; y en los últimos años incluso había llegado a gravar la casa con tres hipotecas, por un total de ciento cincuenta mil francos. La

familia quedó aterrada ante la famosa caja fuerte, donde imaginó existía una fortuna bajo llave y en la cual había simplemente multitud de objetos sin trascendencia, meros restos recogidos del suelo por las distintas habitaciones de la casa, trozos de hierro viejos, pedazos de tiesto y cintarajos, mezclados con piezas de juguetes robadas en otro tiempo al pequeño Gustave.

Pronto estallaron furiosas recriminaciones. Trataron al viejo de ladrón. Era indigno gastar así su dinero, procediendo disimuladamente, cual marrajo que se mofa de todo el mundo, representando una infame comedia para que no dejen de mimarle. Los Duveyrier mostrábanse inconsolables y arrepentidos por haberle estado manteniendo durante doce años, sin reclamarle en ningún momento los ochenta mil francos. De todas maneras, a cuenta de la cual sólo habían percibido diez mil francos. De todas maneras, siempre son diez mil francos que le prometiera cuando contrajo matrimonio. Pero Auguste, a su vez, todavía se quejaba más amargamente reprochando a su hermano haber percibido al menos los intereses de aquel capital durante tres meses, mientras que él jamás obtendría nada de aquellos cincuenta mil francos que asimismo le ofreciera mediante contrato. En cuanto a Berthe, azuzada por su madre, dejaba escapar frases hirientes, poniendo gesto de indignación por haber entrado a formar parte de una familia privada de honradez. Y Valérie, maldiciendo los alquileres que durante tanto tiempo cometi6 la imbecilidad de pagar al viejo, por temor a ser desheredada, no podía digerir aquello y, en medio del consiguiente llanto, calificaba de inmoral el hecho de haber ido fomentando el libertinaje precisamente con aquel dinero.

Todas esas historias tuvieron apasionados durante quince días a los vecinos de la casa. No quedaba, en fin, más que el inmueble, valorado en trescientos mil francos; y una vez pagada la hipoteca quedaría la mitad de esa suma, a repartir entre los tres hijos del señor Vabre. Tocaban, pues, cincuenta mil francos a cada uno de ellos; mísero consuelo con el que sin embargo, había que contentarse. Théophile y Auguste quisieron disponer enseguida de su parte. Se tomó el acuerdo de vender. Duveyrier, se encargaría de todo en nombre de su mujer. Para empezar, logró persuadir a los dos hermanos sobre la inconveniencia de acudir a una subasta judicial; si se entendían entre ellos, esa misma licitación podría verificarse ante un notario, según dijo, Renaudin, un hombre cuya seriedad y honradez les garantizaba. Luego, aconsejado por el propio notario, según dijo, les sugirió la idea de valorar inicialmente la casa en un precio bajo, no superior a ciento cuarenta mil francos: se trataba simplemente de una estratagema hábil conducente a que afluyeran los

aficionados a semejantes actos; las pujas aumentarían sin duda la mencionada cifra y el resultado sobrepasaría con seguridad todo lo previsto. Théophile y Auguste aprobaron la idea, en un ambiente de risas que dejaba traslucir su absoluta confianza en la trama. Después, llegado el día de la venta y una vez realizadas cinco o seis pujas, el señor Renaudin adjudicó repentinamente la casa a Duveyrier por la suma de ciento cuarenta y nueve mil francos. Ni siquiera había lo preciso para cancelar las hipotecas. Este fue el último golpe.

Nunca llegaron a conocerse los detalles de la terrible escena que tuviera lugar aquella misma noche en casa de los Duveyrier. Las paredes del inmueble ahogaron con su espesor las explosiones de indignación. Théophile debió tratar a su cuñado de bribón acusándole públicamente de haber sobornado al notario mediante promesa de conseguir que le nombrasen juez de paz. En cuanto a Auguste, hablaba pura y simplemente de acudir ante los tribunales demandando a Renaudin, de quien todo el barrio conocía las trastadas. Pero si se ignoró siempre cómo aquella familia llegó a darse de cachetes, según aseguraban los rumores que corrían, sí pudieron oírse en cambio las últimas frases intercambiadas en el umbral de la puerta, frases que constituyeron una nota discordante en aquel ambiente de severidad burguesa que se respiraba en la escalera.

—¡Sucio canalla! —gritaba Auguste—. ¡Envías a presidio gentes que ni siquiera soñaron lo que tú te atreviste a hacer!

Théophile, que fue el último en salir, mantuvo la puerta abierta durante unos momentos, con gran irritación y desespero, medio ahogándose en un acceso de tos.

—¡Ladrón! ¡Ladrón!... —decía—. ¡Sí ladrón!... ¡Y tú, ladrona, óyelo bien, ladrona!

Cerró la puerta, haciéndolo con tanta violencia que todas las restantes de la escalera se estremecieron. El señor Gourd, que estaba a la escucha, se sintió alarmado. Y a continuación, mediante un rápido vistazo, trató de indagar la reacción que pudiera haber producido en los distintos pisos aquel fuerte portazo; pero sólo le fue posible observar el delicado perfil de la señora Juzeur. Acto seguido, volvió a entrar en su alojamiento, donde recobró inmediatamente el gesto de dignidad que era en él habitual. No había razón alguna para negar el hecho consumado. Y, por lo que pudiera referirse a él, daba la razón al nuevo propietario.

Algunos días más tarde tuvo lugar un arreglo amistoso entre Auguste y su hermana. Los vecinos de la casa quedaron sorprendidos. Se había visto a Octave entrar en casa de los Duveyrier. El consejero, algo inquieto, habíase

forjado la idea de renunciar al alquiler de la tienda durante cinco años, para tener así cerrada por lo menos la boca de uno de los herederos. Cuando Théophile llegó a saberlo, bajó con su mujer para armar un nuevo escándalo al hermano. ¡Mira por dónde aquel desaprensivo se sentía capaz de venderse, a aquellas alturas, poniéndose de parte de los bandidos! Pero como sea que la señora Josserand se hallase en aquellos momentos en la tienda, su respuesta no pudo ser más rápida. Aconsejó clara y abiertamente a Valérie que no se vendiese, que su hija no se vendía. Y Valérie tuvo que batirse en retirada diciendo a gritos:

—Entonces, ¿nosotros seríamos los únicos en pagar las consecuencias?... ¡Que me lleve el diablo si pago el alquiler! Tengo un contrato. Ese carcelario no osará echarnos... Y tú, mi pequeña Berthe, ¡algún día verás lo que tendrá que llegar a ofrecerte para contar contigo!

Se oyó de nuevo un chasquido de puertas. A partir de entonces, existió un odio mortal entre los dos matrimonios. Octave, que había tenido ocasión de hacerles favores, se hallaba presente, penetrando cada vez más hondo en la intimidad de la familia. Berthe habíase casi desvanecido entre sus brazos mientras Auguste trataba de asegurarse de que la clientela no se enterara de nada. La propia señora Josserand depositaba toda su confianza en aquel joven. Por lo demás, seguía mostrándose severa con los Duveyrier.

—Una condonación del alquiler significa algo, desde luego —se aventuro ella a decir—. Pero yo quiero los cincuenta mil francos.

—Sin duda alguna, siempre y cuando empieces por desembolsar los tuyos —se apresuró a contestar Berthe.

La madre no pareció comprender.

—Los quiero, ¡óyelo bien!... ¡No, no, demasiado debe estar riéndose bajo tierra ese viejo desalmado de Vabre! Pero lo que es yo no he de permitirle vanagloriarse de haberme tomado la cabellera. ¿Es posible que haya en el mundo gente tan canalla? ¡Prometer un dinero del que se carece!... ¡Oh! ¡Te lo darán hija mía, o estoy dispuesta, si no, a desenterrarle para escupirle en pleno rostro!

XII

ANA mañana, en el momento en que Berthe se hallaba en casa de su madre, llegó Adèle para contar con aire inquieto que Saturnin estaba allí acompañado de un hombre. El doctor Chassagne, director del asilo Molineaux, había advertido ya en varias ocasiones a los padres que no podía seguir teniendo al hijo recluido, pues no apreciaba en el mismo un estado de locura lo bastante grave que así lo justificase. De repente, habiendo llegado a su conocimiento lo de la firma arrancada por Berthe a su hermano, para hacerse con los tres mil francos, y temiendo verse comprometido, decidió ponerle nuevamente en manos de la familia.

El efecto causado fue espantoso. La señora Josserand, que temía ser estrangulada, quiso hablar con aquel hombre. Pero éste se limitó a manifestar:

—El señor director me ha encargado decirles que si está lo bastante bien como para dar dinero a los padres, también debe estarlo para convivir con ellos.

—¡Pero, si está loco! Va a acabar con nosotros.

—¡Para lo que no está loco, desde luego, es para firmar! —respondió aquel hombre mientras se alejaba.

Entretanto, Saturnin regresaba con aire tranquilo, metidas las manos en los bolsillos, como si viniera de darse un paseo por las Tullerías. Ni siquiera abrió la boca para referirse a su estancia allá abajo. Abrazó a su padre que lloraba, y dio unos besos muy fuertes a su madre y a su hermana Hortense, que estaban temblando. Luego, cuando percibió a Berthe, su alborozo fue enorme y se hartó de prodigarle caricias con gestos de criatura. Ella quiso aprovecharse de aquellos instantes de turbación y enternecimiento en que Saturnin parecía hallarse para darle a conocer su matrimonio éste al principio dio la impresión de no colegir lo que se le decía, como si efectivamente hubiera olvidado sus furiosas reacciones de otros tiempos. Pero cuando Berthe se dispuso a volver a bajar, Saturnin empezó a dar aullidos; el que estuviera o no casada no le importaba mucho, puesto que seguiría allí, siempre con él. Entonces, ante el descompuesto rostro de la madre, que ya se

disponía presurosa a encerrarse, Berthe tuvo la idea de llevarse a Saturnin con ella. Ya se encontraría la manera de emplearle en el sótano del almacén, aunque no fuera más que para atar paquetes.

Aquella misma noche, Auguste, a pesar de la evidente repugnancia que ello le ocasionaba, acabó por acceder al deseo de Berthe. Apenas hacía tres meses que estaban casados, y ya existía entre ellos un sordo distanciamiento que iba aumentando. Tratábase del choque de dos temperamentos, de dos educaciones distintas: un marido tosco, meticulado, sin ningún apasionamiento, y mujer formada y desarrollada en el cálido invernadero del falso lujo parisién, inquieta, que procuraba aprovechar la existencia todo lo posible, con el fin de disfrutarla completamente sola, cual niña egoísta y despreocupada. De manera que él no llegaba a comprender nunca lo que constituía en la mujer la necesidad de movimiento, sus continuas entradas y salidas con pretexto de hacer visitas o ir de paseo, su constante galopar a través de teatros, fiestas o exposiciones. Dos o tres veces por semana, la señora Josserand venía a buscar a su hija y se la llevaba hasta la hora de comer, contenta de poder exhibirse junto a ella y de aprovechar así sus ricos vestidos, que naturalmente, no pagaba. El principal motivo de rebelión del marido consistía precisamente en el abuso de semejantes lujos, escandalosos en extremo y cuya utilidad no acababa de comprender. ¿Por qué vestirse, en efecto, haciéndolo por encima de su categoría social y de su misma fortuna? ¿Por qué razón gastar de esa forma un dinero que de tanta utilidad era en su negocio? Solía decir a este respecto que cuando se vende seda a las demás mujeres hay que empezar a vestir de lana. Pero Berthe adoptando entonces los aires feroces de su madre le preguntaba si se proponía que fuera por ahí desnuda. Encima le desalentaba aún más cuando se refería a la dudosa calidad de sus enaguas y ropa interior en general, lo cual era debido al desdén que sentía hacia toda clase de telas y vestidos que no se vieran desde, fuera, disponiendo siempre, a dicho efecto, de frases preparadas con las que cerrarle la boca.

—Prefiero que me tengan envidia que lástima —acostumbraba a replicar—. El dinero es el dinero, y cuando he tenido veinte sueldos siempre dije a los demás que contaba con cuarenta.

Berthe, adoptaba, en cuanto a su vida matrimonial, idéntica postura que la señora Josserand. Su cutis se iba haciendo pastoso y cada vez se le parecía más bajo todos los aspectos. Ya no era aquélla la joven indiferente y dócil a los cachetes maternos; se trataba de una mujer en la que hacían mella las obstinaciones y la firme voluntad de doblegarlo todo a sus deseos o caprichos.

Auguste la contemplaba a veces, asombrado ante su madurez tan prematura. Al principio pareció experimentar una especie de placer vanidoso, ocupando el trono del mostrador, cuidadosa y estudiadamente vestida, pero siempre con esa modestia elegante. Sin embargo, pronto se aburrió del comercio desesperándola la inmovilidad amenazando con que, de seguir así, caería enferma; y aunque terminaba por adoptar una actitud de resignación, lo hacía en calidad de supuesta víctima que, con el sacrificio de su vida, contribuye a la prosperidad del hogar. Y a partir de entonces empezó una lucha continua entre ella y su marido. Se encogía de hombros en cuanto él volvía la espalda, lo mismo que su madre hiciera con su padre; reanudaba contra él todas las disputas hogareñas que habían mecido su juventud, tratando al marido como simple señor cuya misión consistía en pagar, abrumándole con aquel desprecio por el hombre, que constituía la base de su propia educación.

—¡Ah! ¡Qué razón tenía mamá! —exclamaba airadamente, después de cada una de sus disputas.

A pesar de todo, Auguste se había esforzado por complacerla desde el primer momento. Amaba la paz y, maniático como un viejo, doblegado a los hábitos de su vida anterior de joven casto y ahorrativo, soñaba con un pequeño piso tranquilo. No resultándole suficiente su antigua vivienda del entresuelo, alquiló el apartamento existente en el segundo, que daba al patio, y en el cual creía haber cometido verdaderas locuras, gastándose cinco mil francos en amueblarlo. Berthe empezó por sentirse encantada con su alcoba de tul y seda azul; pero luego, a raíz de una visita que hiciera a una amiga que se casaba con un banquero, se puso a tratarle con manifiesto desdén. Surgieron a continuación las primeras disputas con motivo de las criadas. La joven, acostumbrada a sirvientas que trabajaban sin descanso y a las que se tasaba la comida, exigía de ellas esfuerzos y sufrir vejaciones que luego las hacía permanecer acobardadas en la cocina, sollozando toda la tarde; Auguste poco sensible por lo general, cometió sin embargo la imprudencia de intentar en cierta ocasión consolar a una de ellas, lo que motivó que, una hora más tarde, tuviera que despacharla ante los sollozos de la señora, que le gritaba que eligiese entre ella y la doméstica. Pero, después de aquella, entró en la casa una criada muy avispada, que parecía haber hallado la fórmula para permanecer allí. Se llamaba Rachel, y debía ser judía, aunque ella lo negaba, al tiempo que ocultaba su país de origen. Era una muchacha de veinticinco años, de un rostro duro, de gran nariz y cabellos muy negros. Berthe empezó por declarar que no creía poder tolerarla más allá de dos días; pero luego, ante su silenciosa obediencia, su aspecto de entenderlo todo y su táctica de nunca

contestar o quejarse, se fue mostrando poco a poco satisfecha, como si ella misma se hubiera ido amansando a su vez, conservándola, en parte por sus méritos, pero también por una especie de miedo sordo que dicha criada le infundía. Rachel, que aceptaba sin rebelarse, las más duras tareas, acompañadas de pan seco, por decirlo así, iba tomando posesión del hogar, con los ojos siempre muy abiertos, la boca cerrada, como sirvienta de olfato, que estimaba ser en espera de la hora fatal y prevista en que la señora no se atrevería a negarle nada.

Por lo demás, en la casa, desde los bajos hasta el piso donde tenía su cobijo la servidumbre, una gran calma había sustituido a las emociones que produjera la súbita muerte del señor Vabre. La escalera volvía a encontrar su antiguo recogimiento, ni el más leve soplo surgía de aquellas puertas de caoba, siempre cerradas como fieles guardianes de la profunda honestidad de las viviendas. Corrió el rumor de que Duveyrier se había reconciliado con su mujer. En cuanto a Valérie y a Théophile, no se hablaban con nadie, limitándose a pasar erguidos y dignos por delante de los demás vecinos. Jamás había dejado traslucir la casa una mayor severidad y rigidez de principios. El señor Gourd, en zapatillas y con su gorro puesto, la recorría con su aire de bedel solemne.

Una noche, a eso de las once, Auguste no hacía más que acercarse a cada momento a la puerta de la tienda, para luego asomar la cabeza y echar una ojeada a fin de ver lo que pasaba en la calle. Un estado de impaciencia cada vez mayor agitaba todo su ser. Berthe, a quien su madre y su hermana fueron a buscar mientras comía, sin dejarla siquiera terminar los postres, no regresaba aún después de una ausencia de tres horas, a pesar de haber prometido formalmente estar de vuelta antes de la hora de cerrar.

—¡Ah! ¡Dios mío! ¡Dios mío! —terminó diciendo mientras juntaba las manos y se apretaba los dedos hasta hacerlos crujir.

Se detuvo frente a Octave, que estaba poniendo etiquetas en unos retales de seda que había sobre el mostrador. En hora tan avanzada, ningún cliente aparecía ya por aquel apartado extremo de la calle de Choiseul. Se dejaba abierto únicamente para poder arreglar la tienda con mayor comodidad.

—¿Sabe usted dónde pueden haber ido esas buenas señoras? —preguntó Auguste al joven.

Éste alzó la vista con gesto que quería ser de sorpresa y de inocencia al mismo tiempo.

—Pero, señor, si se lo dijeron a usted... Iban a una conferencia.

—Una conferencia, una conferencia —refunfuñó el marido—. La conferencia terminaba a las diez... ¿No debieran estar ya de vuelta mujeres que presumen de honestas?

Continuó su paseo, echando miradas de reojo al dependiente, del que sospechaba ser cómplice de aquellas damas o, cuanto menos de actuar como encubridor. Octave furtivamente le observaba a su vez con aire inquieto. Nunca le había visto tan nervioso. ¿Qué le ocurriría? Y, al volver la cabeza, pudo percibir en el fondo de la tienda a Saturnin, que limpiaba un espejo con una esponja empapada en alcohol. Poco a poco, en el seno de la familia, iban encargando al loco determinados trabajos domésticos, para que de ese modo ganase cuanto menos lo que consumía en alimentos. Se acercó sigilosamente a Octave y le dijo en voz muy baja:

—Hay que desconfiar... ha encontrado un papel. Sí, lleva un papel metido en el bolsillo... Sí ese papel es de usted, no deje de vigilar.

Y, lo mismo que había venido, se volvió cautelosamente al lugar donde se hallaba, para seguir frotando su espejo. Octave no comprendió en absoluto nada de lo que le había dicho. El loco le testimoniaba desde hacía algún tiempo un afecto especial, algo así como la caricia de un animalito que obedeciera a impulsos de su propio instinto, a un fino olfato que penetrase hasta cierto punto en las lejanas delicadezas de un sentimiento. ¿Por qué le hablaría de un papel? No había escrito carta alguna a Berthe, ni se permitía aún más que contemplarla con su tierna mirada, acechando la ocasión de hacerle algún pequeño regalo. Se trataba de una táctica adoptada por el joven después de maduras reflexiones.

—Las once y diez. ¡Voto al diablo! —exclamó de repente Auguste, que, nunca solía expresarse en forma tan airada.

En aquel mismo momento, entraron las damas. Berthe iba vestida con un lindo traje de seda color rosa, con adornos de azabache blanco, en tanto que su hermana, siempre de azul, y su madre de malva, conservaban sus llamativos y complicados vestidos, que se limitaban a retocar a la entrada de cada nueva estación. La señora Josserand fue la primera en entrar, con gesto imponente, dispuesta a cortar en seco los reproches del yerno, de acuerdo con lo previsto por las tres en un pequeño consejo celebrado en el extremo de la calle. E incluso tuvo la valentía de explicarle el retraso sufrido, atribuyéndolo simplemente a los dichosos escaparates, de las tiendas encontradas por el camino. Por lo demás. Auguste, completamente pálido, no dejó escapar ninguna queja; iba respondiendo en un tono seco, trataba de contenerse y esperaba visiblemente algo. Todavía durante unos instantes, la madre,

presintiendo la tormenta, dado su enorme hábito en las disputas de alcoba, trató de intimidarle una vez más; pero al ver que no lo lograba, se dispuso a marchar, contentándose con decir:

—Buenas noches, hija mía. Procura dormir bien, si quieres vivir largos años.

Acto seguido, Auguste, que ya no podía aguantar más olvidando que estaban presentes Octave y Saturnin, sacó del bolsillo un papel arrugado que le frotó por las narices a Berthe, mientras balbuceaba:

—¿Querrás explicarme lo que significa esto?

Berthe, que ni siquiera se había quitado el sombrero, se puso muy encarnada.

—¿Esto? —empezó diciendo—. Pues, a la vista está; es una simple factura.

—¡Sí una factura! ¡Y por cabellos postizos, además! ¡Como si no tuvieras bastantes con los que llevas en la cabeza!... Pero la cuestión no es ésa precisamente. La factura ha sido pagada, y la pregunta es ésta: ¿quieres decirme con qué dinero la pagaste?

La joven, cuya turbación iba en aumento, acabó por responder:

—¡Con mi dinero, pardiez!

—¡Tu dinero! ¡Pero si no lo tienes! Han tenido que dártelo, o bien lo has cogido de aquí... ¡No te canses, además! Lo sé todo, has contraído deudas... Estoy dispuesto a tolerar cuanto se te antoje; pero lo que es contraer deudas, eso sí que no; entiéndelo bien, ¡jamás!

Y con ese grito, expresaba su horror de hombre prudente, su honradez comercial que consistía precisamente en eso, en no deber nada a nadie. Después, durante largo rato, estuvo desahogándose a sus anchas, reprochando a su mujer sus continuas andanzas, sus visitas a los cuatro puntos cardinales de París, sus vestidos, su lujo sin fin, que no podía sostener en modo alguno. ¿Era razonable, en su situación, permanecer fuera del hogar hasta las once de la noche, ataviada con un vestido de seda color rosa, con adornos de azabache blanco? Cuando se tenían semejantes gustos, lo lógico era empezar por aportar una dote de quinientos mil francos. Conocía además al verdadero culpable: se trataba de la estúpida de la madre, que había educado a sus hijas enseñándolas a devorar fortunas, sin tener con qué comprarles una triste camisa para el día de la boda.

—¡No hables mal de mamá! —gritó Berthe irguiendo la cabeza, exasperada al fin—. No hay por qué reprocharle nada, ha cumplido con su

deber... Y tu familia, ¿está limpia de pecado acaso? ¡Personas capaces de matar a su padre!

Octave estaba zambullido en sus etiquetas, simulando no oír nada de lo que se decía a su alrededor. Pero, con el rabillo del ojo, seguía la disputa y observaba sobre todo a Saturnin que, tembloroso había dejado de frotar el espejo, permaneciendo quieto con los puños cerrados, los ojos ardientes, como dispuesto a saltar al cuello del marido.

—Dejemos a nuestras familias en paz —continuó diciendo este último—. Bastante tenemos ya con nuestro propio hogar... Escucha, vas a tener que cambiar de vida, pues estoy dispuesto a no darte un céntimo más para que te lo gastes en estupideces. Se trata de una determinación firme. Tu sitio está aquí, en tu mostrador, vestida con un traje sencillo, como hacen las mujeres que saben respetarse a sí mismas... Y si te atreves a contraer deudas, veremos lo que pasa.

Berthe estaba sofocada, ante aquella mano de marido brutal e intransigente que caía de plano abatiendo sus costumbres, sus placeres y sus vestidos. Era como si le arrancasen de cuajo todo cuanto amaba, todo lo que había soñado llegar a disfrutar casándose. Pero, utilizando una táctica muy de mujer, no dejó traslucir su sangrante herida, y para dar una explicación a la cólera que inflamaba su rostro, repitió con más violencia todavía:

—¡No estoy dispuesta a consentir que insultes a mamá!

Auguste se encogió de hombros.

—¡Tu madre! Pero si lo peor del caso es que te pareces a ella, te pones horrible en cuanto te excitas de esa manera... Sí, hay veces que ni siquiera te reconozco, es ella a quien creo tener ante mí. ¡Te aseguro que en esos momentos llego a sentir verdadero miedo!

De repente, Berthe pareció calmarse, y mirándole de frente dijo:

—¡Anda! ¿Por qué no vas a contarle a mamá todo eso que estás diciendo? ¡Verás que pronto te despacha si te atreves a hacerlo!

—¡Ah! ¡De modo que la crees capaz de darme con la puerta en las narices! —gritó el marido furioso—. ¡Pues ahora mismo subo a contárselo todo!

Y, en efecto, se dirigió hacia la puerta. Ya era hora de que se decidiera a marchar, pues Saturnin, con sus desorbitados ojos de lobo, se acercaba traidoramente por su espalda para estrangularle. La joven se dejó caer en una silla, y desde allí seguía murmurando a media voz:

—¡Ah! ¡Dios mío! ¡Si tuviera que volver a empezar, a buena hora iba a casarme con él!

Arriba, el señor Josserand, muy extrañado, fue a abrir la puerta, porque Adèle había subido ya a acostarse. Y como quiera que en aquel momento se estuviera instalando para pasarse la noche escribiendo direcciones, a pesar de las dolencias de que se quejaba desde hacía algún tiempo, fue con gran perplejidad, con verdadera vergüenza de sentirse descubierto, como procedió a introducir a su yerno en el comedor; y se puso a hablarle de un trabajo que apremiaba, de una copia del último inventario de la cristalería Saint-Joseph. Pero cuando, sin tapujos ni rodeos, de un modo claro, Auguste empezó a acusar a su hija, reprochándole que contrajera deudas, contándole asimismo con todo detalle la disputa habida con motivo de la historia de los cabellos postizos, las manos de aquel buen hombre experimentaron un fuerte temblor; apenas balbuciente se le notaba herido el corazón y los ojos anegados en lágrimas. ¡Su hija cargada de deudas, viviendo como él mismo había vivido, en medio de continuas disputas domésticas! ¡Toda la desdicha que significaba su vida iba a reproducirse ahora en su propia hija! Y aún otro temor le tenía helado, pues esperaba oír de un momento a otro a su yerno cómo abordaba la cuestión dinero para reclamarle la dote, al tiempo que le trataba de ladrón. Sin duda el joven debía saberlo todo, para atreverse a caer así sobre ellos, pasadas las once de la noche.

—Mi mujer está acostada —balbuceó, dándole vueltas la cabeza—. Es inútil despertarla, ¿no le parece?... ¡Verdaderamente, me está usted contando cosas! Sin embargo, esa pobre Berthe no es mala persona, se lo aseguro. Trátela con indulgencia. Yo mismo le hablaré... En cuanto a nosotros, mi querido Auguste, nada hemos hecho, creo yo, que pueda haberle ocasionado disgusto...

Y mientras hablaba así le miraba de reojo, más tranquilizado ya al comprobar que no debía saber nada de lo ocurrido, cuando la señora Josserand apareció en el umbral de la alcoba. Iba ataviada con su «toilette» de noche, pálida de ira, terrible, en una palabra. Auguste, a pesar de su excitación retrocedió. Debía haber estado escuchando detrás de la puerta, puesto que empezó por ir directamente al grano.

—Supongo que no vendrá para reclamar sus diez mil francos. Faltan más de dos meses para el vencimiento... Cuando pasen esos dos meses, se los daremos, señor. No vamos a morirnos, créalo, para escapar así a nuestras promesas.

Este soberbio aplomo acabó de abrumar al señor Josserand. Su mujer, además, siguió aturdiendo al yerno con sus extraordinarias manifestaciones, sin darle a éste tiempo para poder meter baza.

—No está usted en lo cierto, señor. Cuando haya conseguido que Berthe caiga enferma, no habrá más remedio que llamar al doctor; entonces tendrá que gastar dinero en farmacia y, en último término, el que estará haciendo un papel de tonto será usted... Me marché hace poco, cuando comprendí que estaba decidido a cometer una estupidez. ¡Actúe como le guste y a su mejor comodidad! ¡Pegue si quiere a su mujer! ¡Mi corazón de madre está tranquilo, pues Dios vela siempre, y el castigo no se hace esperar nunca!

Por fin, Auguste pudo exponer sus agravios. Volvió a referirse a las continuas salidas de su mujer, a sus gastos excesivos, atreviéndose incluso a condenar la educación dada a Berthe. La señora Josserand le escuchaba con gesto de absoluto desprecio. Luego, cuando hubo terminado de hablar, exclamó a su vez:

—Tan tonto es todo lo que usted está diciendo, querido, que ni siquiera merece respuesta. Tengo tranquila la conciencia, y eso me basta... ¡Un hombre al que confié un ángel! ¡Puesto que me insulta, no volveré a mezclarme en nada! Arréglenselas como buenamente puedan.

—¡Pero es que su hija acabará por engañarme, señora! —exclamó Auguste nuevamente encolerizado.

La señora Josserand, que se disponía a irse, se volvió y mirándole cara a cara, le contestó:

—¡Señor, me temo que está usted haciendo todo cuanto puede para que así suceda!

Y entró luego en su alcoba con un gesto de altivez y dignidad que recordaba la de la colosal estatua de la antigua diosa griega Ceres.

El padre todavía retuvo a Auguste durante unos minutos. Mostróse conciliador, dejando incluso entender que, cuando se trataba de mujeres, era preferible soportarlo todo, y acabó por despedirse de él dejándole ya calmado y bien dispuesto para el perdón. Pero cuando el señor Josserand volvió a encontrarse solo en el comedor, sentado ante su pequeña lámpara, el pobre hombre se puso a llorar. Podía darlo todo por terminado, ya no lograría contemplar la dicha a su alrededor, jamás encontraría tiempo bastante para extender direcciones, por la noche, y ayudar así en secreto a la hija. La sola idea de que aquella criatura llegara a contraer deudas, le agobiaba lo mismo que si se tratara de una vergüenza personal. Se sentía verdaderamente enfermo, había recibido un nuevo golpe y tenía la firme convicción de que cualquier noche de aquellas acabaría con sus ya escasas fuerzas. Por fin, penosamente y sumido en lágrimas, se puso a trabajar.

Abajo, en la tienda, Berthe permaneció inmóvil durante unos momentos, con el rostro cogido entre las manos. Un mozo, después de haber echado el cerrojo a la tienda, acababa de retirarse otra vez a los sótanos. Fue entonces cuando Octave creyó oportuno acercarse a la joven. Desde que se ausentara el marido. Saturnin no había parado de hacerle gestos y señas, por encima de la cabeza de su hermana, como invitándole para que fuera a consolarla. Ahora, contento y satisfecho del todo, multiplicaba sus guiños; y temiendo no ser comprendido, trataba de subrayar tales consejos enviándole besos en el vacío, con el desbordante entusiasmo de un niño.

—¡Cómo! ¿Quieres que sea yo quien la abrace? —preguntó Octave al pobrecillo loco, también por signos.

—Sí, sí —respondió este último con un entusiasta movimiento de su barbilla.

Y, cuando vio al joven sonriendo delante de su hermana, que no se había dado cuenta de nada, se sentó en el suelo, detrás de un mostrador, ocultándose, como para evitar así molestarles. Los mecheros de gas ardían aún con alta llama, en medio del absoluto silencio de la tienda cerrada. Era aquella una especie de paz muerta, una sofocación en la que las piezas de seda exhalaban el insípido olor de sus aprestos.

—Se lo ruego, señora, no se aflija de ese modo —dijo Octave con su melosa voz.

Berthe sintió un sobresalto al verle tan cerca.

—Le pido que me perdone, Octave. No fue culpa mía que haya usted presenciado una discusión tan penosa. Le ruego también excuse a mi marido, que sin duda debía encontrarse mal esta noche... En todos los hogares, de sobra debe saberlo, suelen presentarse pequeñas contrariedades...

Los sollozos entorpecían sus palabras. La simple idea de tratar de atenuar los errores del marido ante un extraño, había determinado en ella una crisis de abundantes lágrimas que consiguió distender sus nervios. Saturnin mostró su inquieta cabeza a la altura del mostrador; pero volvió a zambullirse luego en su escondite cuando vio que Octave se decidía a coger la mano de su hermana.

—Se lo ruego, señora, un poco de valor —dijo este último.

—No, no puedo, es algo más fuerte que yo —balbuceó Berthe—. Usted estaba allí y pudo oírme perfectamente... ¡Todo ese escándalo, por noventa y cinco francos de cabellos! ¡Como si hoy no fuera lo más natural del mundo que todas las mujeres los lleven! Pero él, nada sabe de todo eso y de nada puede hacerse cargo. No tiene mucho más conocimiento de las mujeres que el

que pueda tener respecto del Gran Turco. ¡Jamás tuvo trato alguno con ellas, jamás señor Mouret!... ¡Ah! ¡Cuán desgraciada soy!

Y con la fiebre producida por el rencor, seguía dando rienda suelta a su pensamiento y a su lengua. ¡Un hombre con quien se había casado creyéndole enamorado, y que no iba a tardar en rehusarle hasta las camisas! ¿Acaso no cumplía ella con sus deberes matrimoniales? ¿Podría reprocharle la más mínima negligencia? ¡Si su marido no hubiera montado en cólera el primer día en que le pidió que le comprara cabellos postizos, ella no habría tenido por qué pagarlos con su propio dinero! Y, por las cosas más insignificantes, siempre el mismo drama y la misma escena; no podía tener el menor capricho o desear el más mínimo objeto de tocador, sin tener que chocar con sus feroces groserías. Pero ella tenía su orgullo como es natural, y por eso no pedía nada a nadie; prefería carecer de lo más elemental antes que humillarse sin resultado. Así ocurrió ahora, por ejemplo, que desde hacía ya más de quince días, ansiaba locamente tener un aderezo de fantasía, que, yendo con su madre, había visto en la vitrina de un joyero del Palais-Royal.

—Nada, sabe usted, tres estrellas de falsos diamantes para prenderlas en el pelo... ¡Oh! Una fruslería, cien francos según creo recordar... Pues bien, de nada me ha servido estar hablando de ello a cada momento. ¡Equivocado está si cree que mi marido llegó a comprenderme!

Octave nunca hubiera imaginado que se le presentase una ocasión tan favorable para sus designios. Resolvió, pues, precipitar los acontecimientos.

—Sí, sí, ya sé. Son varias las ocasiones en que se ha visto usted forzada a hablar delante de mí... Y, por lo demás, señora, sus padres. ¡Válgame Dios!, me han acogido con tanto afecto, y usted también, con una amabilidad tan exquisita, que por eso he creído poder permitirme...

Y mientras así iba hablando, sacaba cuidadosamente de su bolsillo, una cajita alargada, en la que, sobre algodón en rama, relucían las famosas tres estrellas. Berthe se levantó, muy emocionada.

—¡Eso no es posible, señor! Yo no quiero... Ha cometido usted un gran error.

Él, haciéndose el ingenuo, buscaba mil pretextos a su conducta. Aquello solía hacerse en el Midi, y no tenía nada de particular. Se trataba de objetos de bisutería carentes de valor. Berthe, completamente sonrojada, ya no lloraba, tenía los ojos clavados en la cajita, iluminados por el destello de las falsas piedras.

—Se lo ruego señora... Tenga un gesto amable conmigo y así demostrará que está contenta con mi trabajo.

—No, de verdad, señor Mouret; no insista usted más... Me está haciendo sufrir.

En aquel momento reapareció Saturnin que, en actitud de éxtasis, cual si estuviera ante un relicario, contemplaba las alhajas de bisutería. Su fino oído percibió los pasos de Auguste, que regresaba, advirtiéndoselo a Berthe con un ligero chasquido de lengua. Ésta tomó por fin una decisión, en el preciso momento en que su marido entraba.

—Escúcheme —murmuró precipitadamente mientras se metía la cajita en el bolsillo—, diré que ha sido mi hermana Hortense quien me hizo el regalo.

Auguste mandó apagar el gas, e inmediatamente después subió con ella a acostarse, sin añadir una sola palabra más sobre la disputa que habían tenido, contento en el fondo de haberla encontrado, no sólo repuesta, sino alegre y como si nada hubiera ocurrido entre ellos. La tienda quedó sumida en una profunda sombra; y, en el momento en que también Octave se retiraba, notó en medio de la oscuridad cómo unas manos ardientes estrechaban las suyas hasta casi hacerlas crujir. Era Saturnin, que pasaba las noches en el fondo del sótano.

—Amigo mío... amigo... —repetía el loco, en un arranque de salvaje ternura.

Desconcertado respecto a sus propios cálculos, Octave iba, poco a poco, sintiendo por Berthe un ardiente deseo. Si bien era cierto que había empezado siguiendo su clásico método de seducción, es decir, su deseo de llegar a prosperar valiéndose de las mujeres; ahora no sólo veía en ella a la dueña cuya posesión había de implicar el que la propia casa quedase a merced suya; ante todo quería a la parisiense, a esa hermosa criatura, expresión genuina del lujo y de la gracia, género éste que jamás pudo saborear en Marsella; experimentaba una especie de apetito agudo contemplando sus pequeñas manos enguantadas, sus piecitos calzados con botinas de tacón alto, su delicado escote rebosante de fruslerías, e incluso, su sospechosa ropa interior, que sólo entreveía, pero que desde luego olía a cocina, aunque apareciese cubierta por vestidos demasiado lujosos; y ese brusco acicate de pasión llegaba hasta el extremo de hacer mella en su temperamento económico por naturaleza, y llegaba a forzarle, haciéndole malgastar en regalos y dispendios de toda clase los cinco mil francos que se trajera del Midi; que había conseguido duplicar ya merced a operaciones financieras realizadas, de las que no había dado cuenta a nadie.

Pero lo que sobre todo tenía trastornado su ánimo, era el haberse vuelto tímido en cuanto se sintió enamorado. Carecía ya de aquella firme decisión,

de su normal apresuramiento por alcanzar el objetivo que se había propuesto, gozando por el contrario con esa perezosa satisfacción que sólo produce el hecho de no precipitarse en nada. Por lo demás en medio de aquel pasajero desfallecimiento de su propio espíritu, tan práctico por naturaleza, Octave acababa por considerar la conquista de Berthe como una campaña de extremada dificultad, que requería obrar con lentitud, así como procedimientos del más alto rango diplomático. Sus anteriores fracasos con Valérie y la señora Hédouin, le llenaban sin duda de una especie de terror a equivocarse en este caso una vez más. Pero en medio de su turbación, llena de dudas, existía además, no obstante, un miedo real y auténtico a la mujer adorada, la firme creencia en la absoluta honradez de Berthe, toda esa ceguera del amor, en fin, que el deseo paraliza y desespera.

Al día siguiente de la disputa tenida por el matrimonio, Octave, sintiéndose dichoso por haber conseguido que la joven aceptase su regalo, pensó que, a título de complemento, lo más acertado sería ponerse a bien con el marido. Aprovechó la circunstancia de estar comiendo en la misma mesa que su patrono, que tenía por costumbre alimentar a sus dependientes con el fin de tenerlos así más de la mano, para testimoniar a éste una complacencia sin límites, escuchándole atentamente a los postres y dando la más calurosa aprobación a las ideas por él expuestas. E incluso, hablando ya en privado, quiso darle la impresión de que compartía el descontento contra su mujer, hasta el punto de parecer hallarse dispuesto a vigilarla y a darle después los más mínimos informes que pudiera conseguir a este respecto. Auguste se sintió muy conmovido por semejante reacción, como lo demostró confesando una noche al joven que había estado a punto de despedirle, por creer que obraba en convivencia con su suegra. Octave, sorprendido y helado de terror, le expuso enseguida la animadversión que sentía hacia la señora Jossierand, lo que acabó de unir a ambos dentro de una absoluta conformidad de opiniones. Por otra parte, el marido no dejaba de ser un buen hombre en el fondo; un ser simplemente desagradable, pero que sabía resignarse con su suerte, siempre y cuando no le sacaran de quicio, malgastando su dinero o afectando a su moral. Incluso se había jurado a sí mismo no volver a montar en cólera, ya que, después de la disputa tenida con su mujer, le sobrevino un ataque de jaqueca espantoso, que le dejó medio tonto durante tres días.

—Usted se hace cargo, ¿verdad? —le decía al joven—. Lo único que yo quiero es mi propia tranquilidad... Todo lo que no sea eso, me tiene perfectamente sin cuidado, dejando aparte la virtud, claro está, y siempre que

mi mujer no entre a saco en la caja. Soy razonable ¿no le parece?, y no exijo de ella nada extraordinario.

Octave afectaba exaltar su discreción, lo cual era motivo para que, elogiase juntos las dulzuras de una vida sosegada, el transcurrir de los años siempre parecidos entre sí y dedicados monótonamente a medir seda. Incluso, para resultarte agradable el dependiente olvidaba sus ideas sobre el comercio en gran escala. Una noche, sin embargo, llegó a asustar al patrón, al dejar traslucir en voz alta y casi sin darse cuenta, su dorado sueño de lo que debían ser a su juicio los amplios bazares modernos, permitiéndose aconsejarle, lo mismo que a la señora Hédouin, que comprase la casa contigua, para ampliar su comercio. Auguste, cuyo cerebro estaba ya a punto de estallar en medio de sus cuatro mostradores, le contemplaba con tal espanto de comerciante a la antigua usanza, que Octave se apresuró a retirar su proposición y a extasiarse de nuevo ponderando por encima de cualquier otro concepto la tranquila seguridad y honradez del pequeño negocio.

Los días transcurrían y Octave iba haciendo su agujero en la casa, un hoyo que además era de plumón, por decirlo así, y en el que se apreciaba un indudable calor de hogar. El marido le estimaba y la misma señora Josserand, a la que el joven evitaba no obstante demostrar demasiada cortesías también le contemplaba con gesto familiar y animador. Y por lo que a Berthe se refiere, le trataba con encantadora familiaridad. Sin embargo, su gran amigo era Saturnin, cuyo mudo afecto veía acrecentarse, con las características y la devoción del perro fiel, a medida que él mismo deseaba más violentamente cada vez a la joven hermana. Para los demás, el loco mostraba unos celos sombríos; ningún hombre podía acercarse a Berthe sin que inmediatamente apareciera inquieto; con los labios retorcidos y como dispuesto a morder. Por el contrario, si era Octave quien se inclinaba hacia ella más de la cuenta, eso le hacía reír, con la risa tierna y dulce de un amante dichoso, quedando reflejado en su rostro algo del gozo sensual que estaba contemplando. El pobre y desventurado ser parecía disfrutar del amor en aquella carne de mujer, que estimaba como propia, bajo un extraño impulso del instinto; y hubiérase dicho que sentía hacia el amante escogido la tranquila gratitud de la felicidad. Detenía a éste por todos los rincones, y cuando estaba reunida la pareja, lanzaba miradas de desconfianza a su alrededor; luego, si se hallaba a solas con Octave, no paraba de hablarle de ella, repitiendo siempre las mismas historias en frases deshilvanadas.

—Cuando era pequeña —decía—, tenía unos brazos y unas piernas chiquitines; y era gordita, muy sonrosada y alegre... Jugeteaba en el suelo.

A mí eso me divertía mucho la contemplaba encantado poniéndome de rodillas... Y entonces, ¡pan!, ¡pan!, ¡pan!, me daba con el pie golpecitos en el estomago... ¡Oh! ¡Me ponía tan contento aquello! ¡Me gustaba tanto!

Y de esta forma conoció Octave la infancia de Berthe, con sus gracias y sus juegos, así como las sucesivas etapas de su crecimiento de hermoso animalito sin domesticar. El vacío cerebro de Saturnin conservaba con preciosa exactitud el recuerdo de los más insignificantes hechos: y así hablaba de un día en que, habiéndose pinchado un dedo la hermanita, tuvo él que chuparle la sangre; y de una mañana en que, con motivo de querer subirse a la mesa, la cogió entre sus brazos, evitando que se cayera. Aunque siempre iba a parar a lo que él estimaba el gran drama, la enfermedad sufrida por la joven.

—¡Ah! ¡Si la hubiera visto usted!... Por la noche permanecía yo solo junto a ella. Me pegaban incluso para que fuera a acostarme. Pero yo volvía con los pies desnudos... Y me quedaba solo a su lado. Me echaba a llorar al ver lo pálida que estaba. La palpaba continuamente para ver si se quedaba fría... Más adelante me permitieron atenderla. La cuidaba mejor que ellos, me sabía de memoria las medicinas, y si era yo el que se las daba, tomaba lo que le indicase... A veces, cuando se quejaba mucho, apoyaba su cabeza en la mía. Y así nos estábamos, tan contentos los dos... Se puso después buena y yo quise seguir estando con ella a todas horas, pero llegaron a pegarme.

Sus ojos se encendían, reía y lloraba como si lo que estaba relatando hubiera ocurrido la víspera. De sus entrecortadas palabras desprendíase el auténtico significado de aquella extraña ternura: su abnegación de pobre de espíritu estando a la cabecera de la enfermita, desahuciada por los médicos; su cuerpo y su corazón entregados por completo a la adorada agonizante, cuyas desnudeces cuidaba con la misma solicitud que una madre; su afecto y sus deseos sensuales como hombre, detenidos allí, atrofiados luego y como grabados para siempre en virtud de aquel drama de sufrimiento cuya conmoción persistía; y desde entonces, pese a la ingratitud que siguiera a su curación, Berthe continuaba siéndolo todo para él, algo así como una amante ante la cual se echaba a temblar, una hija y una hermana a quien había salvado de la muerte, un ídolo en fin al que adoraba con un culto celoso. Tal era la razón de que persiguiera al marido, con furioso rencor de amante contrariado, sin agotar nunca el repertorio de palabras malsonantes, no hallando tranquilidad y sosiego más que cuando se trataba de Octave.

—Todavía tiene el ojo tapado. ¡Resultan irritantes sus jaquecas!... ¿Oyó usted cómo arrastraba los pies?... ¡Fíjese, fíjese como contempla la calle! ¡Da la impresión de verdadero idiota!... ¡Qué bestia más puerca!

Auguste no podía rechistar apenas, sin que el loco diera muestras de enfado. Luego venían una serie de proposiciones inquietantes.

—Si usted quiere, le cogemos entre los dos y lo degollamos como a un puerco.

Octave procuraba calmarle. Entonces cuando Saturnin estaba en sus días de sosiego, iba continuamente del joven a la hermana, con aires de embeleso, soplándoles respectivamente lo que el uno había dicho del otro, dándoles recados, y siempre así entre los dos, sirviendo de enlace en su continuada ternura. Hubiera sido capaz de echarse por tierra, para serviles de alfombra.

Berthe no había vuelto a hablar del regalo que el joven le hiciera. Parecía no darse cuenta de las tímidas atenciones que Octave le prodigaba, limitándose a tratarle como simple amigo, sin mostrar turbación de ningún género. Jamás él había procedido con tanta corrección en cuanto a su vestimenta, y si de algo abusaba respecto de ella, era de la caricia de sus propios ojos, color de oro viejo, cuya dulzura de terciopelo consideraba irresistible. Pero, lo único que le agradecía Berthe, eran sus mentirijillas, los días en que el joven le ayudaba a ocultar alguna escapada. Habíase establecido entre ellos una especie de complicidad: él favorecía las salidas de la joven en compañía de su madre, encargándose eficazmente de dar el cambiazo al marido y procurando desorientarle en cuanto éste sospechaba lo más mínimo. Incluso había acabado la joven por obrar sin el menor recato, en su furia de paseos y visitas, de pura confianza que tenía en la inteligencia y habilidad de Octave. Y si, cuando volvía le encontraba detrás de algún montón de piezas de tela, se limitaba a darle las gracias con un buen apretón de manos, propio de camaradas.

Hubo un día, sin embargo, en que ella se asustó de veras. Cuando regresaba de una exposición canina, Octave le hizo un gesto, indicándole que se acercase al sótano; y, una vez allí, le entregó una factura que habían traído durante su ausencia, sesenta y dos francos por unas medias bordadas. Berthe se quedó lívida al verla, y un grito instantáneo salió de su corazón:

—¡Dios mío! ¿Llegó mi marido a ver esto?

Apresuróse él a tranquilizarla, contándole lo mucho que había sufrido para escamotear la factura, ante las propias narices de Auguste. Luego, con gesto de timidez, añadió a media voz:

—Yo la pagué.

Entonces ella se puso a rebuscar en sus bolsillos y, no encontrando nada, como ya sabía de antemano, dijo con suma sencillez:

—Ya se lo reintegraré... ¡Ah! Muchas gracias por el favor. Si Auguste llega a saberlo, más me hubiera valido caer muerta.

En esta ocasión, fue ella quien le cogió las dos manos, para retenerlas apretadas durante unos instantes entre las suyas. Pero jamás volvió a hablarle de los sesenta y dos francos.

Iba desarrollándose en aquella mujer un deseo creciente de libertad y de placer, todo cuanto se había prometido a sí misma conseguir del matrimonio siendo soltera, todo cuanto su madre le enseñara a exigir del hombre. Parecía tener como una cierta acumulación de apetito atrasado, se vengaba bajo cierto aspecto de las necesidades pasadas durante su juventud, viviendo en casa de sus padres, comiendo carnes de inferior calidad para poder comprar unas botinas, llevando encima vestidos remendados más de veinte veces; como se vengaba también de aquella falsa posición social de entonces sostenida al precio de una miseria y de una suciedad espantosas. Pero de lo que se desquitaba sobre todo, era de los tres inviernos que pasó merodeando por entre el barro y los charcos de París a la caza de un marido: veladas de mortal aburrimiento, durante las cuales, aún con el estómago vacío, se vería forzada a atiborrarse de jarabes; con gestos de inclinación, sonrisas y gracias púdicas, sostenidas artificialmente ante una serie de jóvenes imbéciles; con secretas exasperaciones con motivo de tener que aparentar ignorarlo todo, cuando la realidad era que nada ignoraba; seguían también presentes en su memoria, los retornos a casa bajo la lluvia, sin que hubiera manera de utilizar un carruaje, como igualmente el estremecimiento que le producía tener que meterse en su lecho helado, y los cachetes maternales que conservaban calientes sus mejillas. A los veintidós años, todavía desesperaba de no salirse con la suya, con la misma humildad de un jorobado, cuando, por la noche se pone en camisa y se mira al espejo, para comprobar así que no le falte nada. Por fin había conseguido uno, y, lo mismo que hace el cazador cuando de un puñetazo brutal remata la liebre cansada por la persecución tampoco ella mostraba dulzura alguna con Auguste, tratándole por el contrario como simple vencido.

Poco a poco, la desunión entre los esposos iba en aumento; y ello pese a los esfuerzos del marido con el mejor deseo de no turbar su existencia. Éste no hacía más que defender desesperadamente su rincón de tranquilidad maníaca y soñolienta, cerrando los ojos ante lo que consideraba pecados veniales, e incluso tragándose los mayores, con el continuado terror de descubrir algo realmente abominable y que por la fuerza le sacara de quicio. Las mentiras de Berthe, atribuyendo al cariño y a la generosidad de su

hermana o de su madre un sinfín de pequeñas chucherías cuya adquisición no hubiera podido explicar de otra manera, las encontraba por lo mismo tolerables; incluso no refunfuñaba demasiado cuando salía por la noche, lo que permitió que Octave la llevara en secreto al teatro por dos veces, en compañía de la señora Josserand y de Hortense; fugas agradables, después de las cuales aquellas señoras llegaron a la conclusión de que el joven sabía vivir.

Hasta aquel momento, por lo demás, y a la menor frase hiriente. Berthe se apresuraba a echarle en cara a Auguste su perenne honradez. En este sentido se portaba bien, y el marido podía considerarse dichoso, puesto que, lo mismo para ella que para su madre, el legítimo malhumor de un marido empezaba únicamente con el flagrante delito de la mujer. Esta honestidad, considerada como hecho real y cierto, no le suponía sin embargo un gran sacrificio, pues estaba entonces tratando de dar satisfacción a las primeras glotonerías destinadas a satisfacer su apetito. Su temperamento era frío por naturaleza, de un egoísmo rebelde a los estímulos de la pasión, prefiriendo procurarse toda clase de placeres, en otro orden de cosas, aunque carentes de virtud desde luego. La corte que le hacía Octave le halagaba simplemente, después de sus fracasos como mujer soltera que se había creído abandonada por los hombres; y sacaba de ello toda clase de ventajas de las que sabía beneficiarse con serenidad, dado el desmedido afán de dinero que era la nota dominante en ella. Un día, dejó que el dependiente pagara por cuenta de ella cinco horas de coche; otro día, cuando estaba a punto de salir, le dijo que le prestase treinta francos a espaldas del marido y con la excusa de que había olvidado su portamonedas. Nunca devolvía nada. Ni que decir tiene que esto no beneficiaba al joven, que para nada entraba en sus juegos; si se valía de Octave, era siempre sin ningún cálculo y sólo con el objeto de satisfacer pequeños gustos y caprichos. Y así, en actitud de espera, iba abusando de su leyenda de mujer mártir y estricta cumplidora de sus deberes matrimoniales.

Cierto sábado surgió una espantosa riña entre los cónyuges, con motivo de una moneda de veinte sueldos que faltaba en la cuenta de Rachel. Como quiera que Berthe era quien controlaba esa cuenta, Auguste entregó, según costumbre, el dinero preciso para los gastos de la casa durante la semana siguiente. Los Josserand tenían que cenar con ellos aquella noche y la cocina estaba materialmente repleta de provisiones: un conejo, una pierna de carnero, coliflores. Cerca de la fregadera, Saturnin, acurrucado en el suelo, embetunaba los zapatos de su hermana y las botas de su cuñado. La disputa comenzó con una serie de explicaciones acerca de la moneda de veinte

sueldos que al parecer faltaba. ¿Dónde habría ido a parar? ¿Cómo podían extraviarse de ese modo veinte sueldos? Auguste se empeñó en repasar las sumas. Entretanto, Rachel ensartaba en el asador su pierna de carnero con toda tranquilidad, siempre dúctil, a pesar de la seriedad de su aspecto, manteniendo cerrada la boca, aunque con los ojos siempre al acecho. Por fin, Auguste soltó cincuenta francos, y se disponía ya a bajar, cuando volvió de nuevo, obsesionado por la idea de aquella moneda perdida.

—¡Hay que encontrarla a toda costa! —exclamó—. Es posible que hayas pedido prestado ese dinero a Rachel y luego te has olvidado de apuntarlo.

Berthe, sintiéndose herida en su amor propio, exclamó:

—¡Magnífico! ¡Vaya gentileza! ¡De modo que me acusas de distraer dinero!

Todo cuanto después había de ocurrir partió de ahí, enseguida llegaron a las frases más duras, Auguste pese a su buen deseo de comprar la paz a cualquier precio, se mostraba agresivo, excitado por la vista del conejo, la pierna de carnero y las coliflores, sintiéndose fuera de sí en presencia de aquel rimero de alimentos que su propia mujer, de una sola vez, pensaba se consumieran en la cena a la que habían de asistir sus padres. No hacía más que repasar el libro de cuentas, lanzando exclamaciones con motivo de cada uno de los conceptos que en el mismo figuraban. ¡Aquello no era posible! Su mujer se había puesto de acuerdo con la criada para hacer negocio a través de las privaciones.

—¡Yo! ¡Yo! —gritó entonces la joven, en el colmo de su furia—. ¿Que yo me las entiendo con la criada?... ¡Pero si eres tú quien la está pagando para que me espíe! Sí, siempre la tengo encima, no puedo aventurar un paso sin topar con su mirada... ¡Ah!, pero ya puede mirar si quiere por el ojo de la cerradura, cuando me cambio de ropa. Como tengo la absoluta certeza de que no hago nada malo, me río de tu policía... Lo único que te ruego es que no llesves tu audacia hasta el extremo de reprocharme el que me entienda con ella.

Ese ataque imprevisto dejó al marido estupefacto por unos momentos. Rachel se había vuelto mientras tanto, aunque sin abandonar su pierna de carnero; y, poniéndose la mano en el pecho, protestó a su vez:

—¡Oh!, señora, ¿se atreve usted a dar crédito a cuanto está diciendo?... ¡Yo, que tanto respeto siento hacia la señora!

—¡Está loca! —dijo Auguste encogiéndose de hombros—. No trates de defenderte, hija mía... ¡Está loca!

Pero, a todo esto, un ruido que sintió a sus espaldas, le hizo inquietarse. Era Saturnin, que acababa de lanzar violentamente uno de los zapatos a medio embetunar, para acudir en socorro de su hermana. Con un rostro horripilante, apretando los puños, no hacía más que balbucear que estrangularía a aquel puerco, si seguía tratándola de loca. El otro, muerto de miedo, había buscado refugio detrás de la fuente, al tiempo que se ponía a gritar:

—¿No te parece absurdo que no pueda hacerte la menor indicación sin que éste se meta por medio?... Acepté gustoso que se quedara con nosotros, ¡pero es preciso que me deje en paz! ¡Un regalo más de tu madre! Sentía un miedo horroroso y por eso ha preferido cargarlo a mis espaldas; para que así pueda arrearle en su lugar. ¡Gracias!

—Y ahora coge un cuchillo. ¡Impídele que se mueva!

Berthe desarmó al hermano, calmándole con una mirada en tanto que Auguste, muy pálido, continuaba mascullando sordas palabras. ¡Siempre enarbolando el cuchillo! Un golpe desgraciado siempre es posible, y, tratándose de un loco, ni siquiera cabría el consuelo de que le vengase a uno la justicia. En fin, que no era muy agradable tener bajo su custodia a semejante hermano, el cual reducía al marido a la impotencia, incluso en el caso de legítima indignación por parte de éste, hasta forzarle a tragarse su propia vergüenza.

—¡Tranquilízate amigo! Estás demostrando carecer del más mínimo tacto —declaró Berthe en un tono desdeñoso—. Un hombre como es debido no habla de esa forma, y menos estando en la cocina.

Luego se retiró a su alcoba, no sin antes cerrar violentamente las puertas. Rachel había vuelto a su asado, como persona consciente del lugar que ocupa, aunque nada se le escape de lo que ocurre a su alrededor, se abstuvo de mirar cuando salió la señora, dejando que el señor estuviera dando paseos por la cocina durante unos instantes, sin pronunciar palabra ni aventurar el menor gesto. Poco después, Auguste corrió tras la señora. Entonces, Rachel, impasible, pudo poner el conejo al fuego.

—Hazte cargo, querida —dijo Auguste a Berthe, a quien había alcanzado en la alcoba, no me refería a ti, sino a esa sirvienta que nos está robando... Hay que encontrar a toda costa esos veinte sueldos.

La joven experimentó en aquel momento una sacudida de exasperación nerviosa. Se puso a mirarle cara a cara, completamente pálida, como resuelta a todo, exclamando:

—¿Vas a dejarme en paz de una vez con tus malditos veinte sueldos?... No son veinte sueldos lo que yo quiero, sino quinientos francos al mes, ¿lo

entiendes? Sí, quinientos francos, para mis gastos personales... ¡Ah! ¿No te has permitido hablar de dinero en la cocina y en presencia de la criada? ¡Pues eso acaba de decidirme a hablar de una vez también yo! Y conste que hace ya mucho tiempo que vengo conteniéndome. Ahora ya lo sabes, quiero quinientos francos.

El marido permanecía anonadado ante aquella exigencia. Y ella entabló la gran querrela que, durante veinte años, se había permitido sostener su madre con el padre cada quince días. ¿Había imaginado acaso al casarse, que la esposa tendría que caminar descalza? Cuando uno se casaba con una mujer, se las componía para conseguir por lo menos mantenerla y vestirla en debida forma. ¡Antes se dedicaría a la mendicidad que resignarse a vivir sin un céntimo! ¡Si demostraba haber sido incapaz para sacar adelante su negocio, la culpa no era de ella! ¡Oh! Sí, esa era la triste realidad le veía inútil, sin ideas, sin iniciativas de ninguna especie, incapaz de darle vueltas al dinero. ¡Un hombre que hubiera debido vanagloriarse de hacer una rápida fortuna para situarla así como una reina, a fin de que reventaran de envidia las gentes de la *Delicia de las Damas*! ¡Pero no! Con tan pobre cabeza, ponía de manifiesto un apetito furioso de dinero, toda una religión montada sobre la base del dinero, y cuyo culto aprendiera en su familia, viendo constantemente las bajezas que pueden llegar a cometerse sólo por aparentar tenerlo.

—¡Quinientos francos! —exclamó Auguste—. Antes preferiría tener que cerrar la tienda.

Ella le miró fríamente.

—¿Rehúsan dármelos? Está bien, no te quejes entonces si contraigo deudas.

—¡Más deudas todavía, desgraciada!

Y entonces, con un brusco movimiento, la cogió violentamente por el brazo y la empujó contra la pared. Ella, sin gritar, ahogándose de cólera, se precipitó para abrir la ventana, dispuesta a lanzarse al vacío; volvióse sin embargo nuevamente hacia él, le empujó a su vez hacia la puerta y le arrojó fuera de la alcoba, mientras balbuceaba:

—¡Sal de aquí, o cometo una barbaridad!

A continuación, en sus mismas narices, echó violentamente el cerrojo. Durante breves instantes, el marido permaneció a la escucha, vacilando. Pero se apresuró enseguida a bajar a la tienda, quedando sobrecogido de terror cuando vio relucir en la oscuridad los ojos de Saturnin a quien el ruido de la breve lucha hizo salir de la cocina.

Abajo, Octave, que estaba vendiendo unos pañuelos de seda a una anciana, advirtió inmediatamente una visible alteración en el rostro de Auguste. No dejaba de observarle con el rabillo del ojo, en su febril paseo por entre los mostradores. Cuando la señora hubo salido, el corazón de Auguste se desbordó.

—Querido, se ha vuelto loca —dijo sin nombrar a su mujer—. Se ha encerrado en la alcoba... Le suplico tenga la amabilidad de subir a hablarle. Temo que ocurra algo grave.

El joven empezó por simular dudas y vacilaciones. ¡Era tan delicado aquello! Accedía, en fin, pero haciendo un sacrificio y como muestra de acatamiento al dueño. Una vez arriba, encontró a Saturnin, plantado en la puerta de Berthe. Al oír ruido de pasos, el loco había lanzado un gruñido de amenaza; pero cuando reconoció al dependiente, su rostro se iluminó.

—¡Ah! Eres tú —murmuró mirando fijamente a Octave—. Tú, eso sí que me parece bien... Evita que llore, muéstrate amable con ella, procura tranquilizarla... Y, sobre todo, quédate con ella, no la abandones en este momento. Yo permaneceré aquí, y si la criada pretende fisgonear, no te preocupes que le atizo de veras.

Acto seguido se sentó en el suelo, dispuesto a custodiar la puerta, mientras para distraerse se puso a abrillantar una de las botas del cuñado que aún tenía entre manos.

Octave se había decidido a llamar. No percibió ruido alguno ni oyó ninguna respuesta. Dióse a conocer entonces, e inmediatamente se descorrió el cerrojo. Y entreabriendo la puerta. Berthe le rogó que entrase. Cerró después rápidamente y echó de nuevo el cerrojo con gesto de irritación.

—Que sea usted, me parece bien —le dijo ella—. ¡Pero él, de ninguna manera!

Impulsada por la cólera, Berthe no paraba de dar paseos, yendo continuamente del lecho a la ventana, que había quedado abierta. De cuándo en cuándo dejaba escapar frases entrecortadas: que comiera con sus padres si así lo quería; sí, de esa manera podría explicarles el motivo de su ausencia, pues ella no pensaba sentarse a la mesa; ¡antes la muerte! Prefería acostarse. Y, en efecto, con sus febriles manos, iba ya apartando el embozo de la cama, arreglaba las almohadas, abría las sábanas, olvidando la presencia de Octave hasta el punto de llegar a hacer un movimiento como para empezar a desabrocharse el vestido. Luego, de repente, pareció cambiar de idea.

—¡Le parecerá imposible, pero me ha pegado, ha llegado a pegarme!... ¡Y todo ello, simplemente, porque, cansada de ir siempre vestida con harapos,

le he pedido quinientos francos al mes para mis gastos particulares!

Él, que permanecía de pie en el centro de la alcoba, intentaba encontrar palabras conciliadoras. No tenía por qué tomarse las cosas tan a la tremenda. Todo acabaría arreglándose. Finalmente, con gesto de timidez, se aventuró a hacerle un ofrecimiento.

—Si lo que le preocupa es algún pago que tiene pendiente, ¿por qué no acude usted a sus amigos? Por lo que a mí se refiere, estaría encantado si usted se dignara aceptarlo... ¡Oh!, un simple préstamo, naturalmente; ya tendría usted ocasión de devolvérmelo.

Ella, que no cesaba de mirarle, después de un breve silencio, respondió:

—¡Jamás! Es vergonzoso... ¿Qué pensaría la gente, señor Mouret, si llegara a enterarse?

Su negativa era tan firme, que ya no se volvió a hablar más del dinero. Su cólera sin embargo, había decaído. Respiró hondo y trató de refrescarse el rostro; seguía completamente pálida, muy tranquilizada ya, aunque algo cansada, pero sin que desapareciera en ningún instante la viveza de sus grandes y picarescos ojos. Él, en presencia de esta mujer, se sentía invadido por aquella especie de timidez de amor, que tan estúpida encontraba en el fondo. Jamás había amado a nadie tan ardientemente; la propia fuerza de su deseo convertía en torpes sus gracias y habilidades de guapo mozo. En su tarea de seguir aconsejando una reconciliación, con frases vagas e imprecisas, no dejaba por ello de razonarse a sí mismo, hasta el extremo incluso de preguntarse si no debía estrecharla entre sus brazos, sin más vacilaciones; pero el miedo a ser rechazado también en este terreno, le hacía desfallecer. En medio de un absoluto mutismo por su parte, ella le contemplaba con aire decidido.

—¡Dios mío! —seguía balbuceando el joven—. Hace falta armarse de paciencia... Su marido, no es malo en el fondo... Si usted supiera encajar sus pronto, acabaría por conseguir de él lo que quisiera...

Y, tras el vacío de semejantes palabras, ambos notaban cómo el mismo pensamiento invadía su mente. Estaban solos libres, al abrigo de cualquier sorpresa y con el cerrojo echado. Aquella sensación de seguridad, el ambiente tibio de la alcoba, iba apoderándose de su ánimo. Pero él no se atrevía; su temperamento, astuto en cierto modo, su sentido de la mujer se afinaba en aquel minuto de pasión, hasta el punto de hacer resurgir en él cuánto pudiera haber de mujer en el modo cauteloso de pensar y de calcular. Ella, como si recordara de repente antiguas lecciones sobre la forma de hacer el amor, dejó caer al suelo su pañuelo.

—¡Oh, perdón! —le dijo al joven cuando lo recogía.

Rozáronse sus dedos, y se sintieron mucho más cerca el uno del otro con sólo ese contacto de un segundo. Ahora, ella le sonreía con ternura y movía graciosamente el talle, recordando que los hombres, por detestar las equivocaciones y no estar seguros del terreno que pisan, dejan muchas veces de tomar una decisión.

—Ya se va haciendo de noche —siguió diciendo Berthe mientras se acercaba a cerrar la ventana.

Siguióla Octave, y allí, en medio de la oscuridad proyectada por las cortinas, ella se dejó coger la mano. Cada vez se reía más fuerte, aturdiendo al joven con su descarada risa al tiempo que realizaba un movimiento de envoltura a través de sus encantadoras gesticulaciones; y como al fin, el muchacho fuera envalentonándose, ella volvió la cabeza dejando al descubierto su precioso escote, impregnado todo él de aquella sana alegría. Sintióse perdido, falto ya de todo control, Octave la besó debajo de la barbilla.

—¡Oh, señor Mouret! —dijo ella, confusa, simulando rechazarle con un gesto amable.

Pero él la abrazó, estrechándola entre sus brazos, y la lanzó sobre el lecho que ella misma acababa de abrir; y al dar así satisfacción a su deseo, reapareció en él cuanto de brutalidad había, ese feroz desdén que sintiera hacia la mujer, bajo la cobertura de un falso mimo y adoración. Ella, silenciosa, le soportó sin sentirse realmente dichosa. Cuando se levantó, con las muñecas doloridas y contraídos los músculos de la cara por el sufrimiento, todo el desprecio que almacenaba su mente con relación al hombre, quedó reflejado en la negra y profunda mirada que lanzó al joven. Reinaba el más absoluto de los silencios. Sólo se oía a Saturnin que, detrás de la puerta, continuaba sacando brillo a las botas del marido, con amplios y acompasados movimientos de su brazo.

Entretanto, Octave, en la ofuscación que le producía su triunfo, pensaba en Valérie y en la señora Hédouin. ¡Al fin podía considerarse algo más que el amante de la pequeña Pichon! Aquello venía a ser para él como una rehabilitación. Luego, ante un movimiento penoso de Berthe, se sintió avergonzado y la besó con gran dulzura. Por lo demás, ella iba reponiéndose y su rostro recobraba asimismo su acostumbrado aire de resuelta indolencia. Y con un gesto pareció decirle: «¡Tanto peor para él! Lo hecho, hecho está». Pero enseguida sintió la necesidad de expresar un pensamiento melancólico que acudía a su mente:

—¡Por qué no se casaría conmigo! —murmuró.

La reacción de Octave fue de sorpresa, casi de inquietud, aunque no le impidió susurrarle al oído, mientras la besaba de nuevo:

—¡Oh, sí! ¡Qué acertado hubiera sido!

Por la noche, la cena con los Jossierand resultó muy agradable. Jamás Berthe se había mostrado tan dulce y complaciente. De la riña tenida con su marido no dijo ni una sola palabra a sus padres, y acogió a su esposo con gesto de acatamiento y sumisión. Éste, encantado, llevó aparte a Octave para darle las gracias, poniendo tanto calor en ello, que llegó a conmovérselo sinceramente. Todos los demás, se hartaron asimismo de colmarle con sus atenciones y expresiones de afecto. Saturnin, que se había comportado en la mesa con extraña corrección, le contemplaba con amorosos ojos, como si hubiera compartido con él la dulzura de su falta. Hortense se dignaba escucharle, en tanto que la señora Jossierand le servía una copa, llena de maternal estímulo.

—Voy a dedicarme de nuevo a la pintura —dijo Berthe cuando ya estuvieron en los postres—. Hace tiempo que quiero decorar una taza para Auguste.

Esa buena idea de carácter esencialmente conyugal, por la ternura que entrañaba, conmovió de veras al marido. Desde el momento en que les sirvieran la sopa, Octave había colocado el pie sobre uno de los de la joven; aquello venía a ser como una toma de posesión, en aquella fiestecita de carácter netamente burgués. Sin embargo, Berthe no dejaba de experimentar una sorda inquietud en presencia de Rachel, cuya vigilante mirada siempre le parecía tener encima. ¿Se le notaría algo quizás? Decididamente, la alternativa no tenía vuelta de hoja, o la sobornaba para tenerla así a su lado, o la despedía.

Pero, a todo esto, el señor Jossierand, que estaba sentado al lado de su hija, acabó de enternecerla, deslizándola en sus manos, por debajo de la mesa, diecinueve francos envueltos en un papel. Mientras lo hacía se había agachado y le murmuraba al oído:

—Como bien sabes, procede de mi modesto trabajo... Si algo debes, es preciso que lo pagues.

Entonces, entre su padre, que le daba golpecitos en la rodilla, y su amante que frotaba con suavidad su botina, Berthe se sentía rebotante de gozo. De ahora en adelante, la vida iba a ser encantadora. Todos ellos sentíanse alegres, contentos; veían cómo se sosegaba su espíritu, disfrutaban del placer sencillo de una velada pasada en familia, sin riñas ni disputas o cosa que se le

pareciese. La verdad sea dicha, aquello no tenía nada de natural; algo había allí que era causa de tanta felicidad. Sólo Auguste, con los ojos cansados, se sentía agobiado por una jaqueca que iba en aumento y que siempre constituía el colofón de cualquier emoción fuerte que sufriera, como le había pasado aquel día. Y cuando sonaron las nueve, se vio forzado a acostarse.

XIII

DESDE hacía algún tiempo, el señor Gourd rondaba de un lado a otro con aires de misterio y de inquietud. Era frecuente encontrarle al acecho, procurando no hacer ruido, siempre con el ojo atento, subiendo y bajando sin cesar las dos escaleras del inmueble, en donde los vecinos le habían visto, incluso haciendo rondas de noche. Ciertamente, la moralidad de la casa le tenía preocupado; presentía algo así como una ligera ráfaga de cosas deshonestas que turbaban la desnudez fría del patio, la recoleta paz del vestíbulo y las hermosas virtudes domésticas de los pisos.

Una noche, Octave había encontrado al portero a oscuras, inmóvil en el fondo de su pasillo y materialmente pegado a la puerta que daba a la escalera de servicio. Sorprendido, le interrogó:

—Quiero enterarme de lo que pueda suceder —contestó simplemente el señor Gourd, disponiéndose ya a acostarse.

El joven quedó muy impresionado. ¿Sospechaba acaso el portero sus intimidades con Berthe? Tal vez les estaba espiando. Sus relaciones tropezaban con frecuentes obstáculos en aquella vigilada casa, cuyos inquilinos profesaban los más rígidos principios. Por ello, en raras ocasiones podía acercarse a su amada, gustando sólo el goce de reunirse con ella en el fondo de cualquier pasaje retirado, si salía por la tarde sin su madre y abandonaba él con cualquier pretexto el almacén; únicamente entonces tenía oportunidad de pasear del brazo con ella por espacio de una hora. Mientras tanto, Auguste, desde fines del mes de julio, no dormía en casa los martes, por tener que trasladarse a Lyon, debido a su torpeza al comprometer intereses propios en una fábrica de seda que parecía peligrar. Pero, al menos hasta entonces, Berthe se había negado a aprovechar aquella noche de libertad. Sólo con pensar en la criada se ponía a temblar, pues temía que cualquier descuido significase su entrega a ella atada de pies y manos.

Precisamente había sido un martes por la noche cuando Octave descubrió al señor Gourd plantado junto a su alcoba, circunstancia que vino a redoblar

sus inquietudes. Desde hacía una semana suplicaba en vano a Berthe que subiera a buscarle, cuando ya toda la casa estuviera durmiendo. ¿Habría adivinado el portero sus propósitos? Octave se metió en la cama descontento, atormentado por el miedo y el deseo. Su amor se exacerbaba hasta convertirse en loca pasión, y se veía, no sin cierto disgusto, arrastrado por todas las debilidades de que es capaz el corazón. Ahora, ya no era posible reunirse con Berthe en el fondo de cualquier pasaje o callejuela, sin comprarle los objetos que la hacían detenerse ante determinado escaparate. Así, la víspera, estando en el pasaje de la Madeleine, la joven había visto un sombrerito que le pareció coquetón y encantador, por lo que naturalmente tuvieron que entrar en la tienda para regalárselo: era de paja de arroz, sin otro adorno que una guirnalda de rosas, sencillo pero deliciosamente atractivo; sin embargo, su precio, doscientos francos, le pareció a él un poco elevado.

A eso de la una, cuando ya empezaba a dormirse, después de haber dado muchas vueltas entre las sábanas, unos ligeros golpecitos dados en la puerta vinieron a desvelarle.

—Soy yo —susurró con dulzura una voz de mujer.

Era Berthe. Abrió inmediatamente y, en medio de la oscuridad la estrechó locamente entre sus brazos. Pero no subía para eso, pues en cuanto hubo encendido la bujía, Octave pudo darse cuenta de que estaba muy emocionada. La víspera, por no llevar bastante dinero, él no pudo pagar el sombrero, y como quiera que ella, en su contento, se había descuidado hasta el punto de dar en la tienda su nombre, acababan de enviarle una factura. Entonces, temiendo que volvieran al día siguiente para cobrarla, estando ya de vuelta su marido, se atrevió a subir, animada por el gran silencio que reinaba en la casa, no sin antes asegurarse de que Rachel dormía.

—Irás a pagarla mañana por la mañana, ¿no es eso? —le suplicó finalmente, mientras trataba de escabullirse—. Es preciso que sea mañana mismo.

Pero él, que había vuelto a estrecharla entre sus brazos, exclamó:

—¡Quédate!

Mal despierto todavía, tembloroso, Octave sólo acertaba a balbucear palabras entrecortadas en su mismo cuello, procurando arrastrarla hacia el tibio lecho, abierto a dos pasos. Y al sentirla casi desnuda, en su nerviosismo, sin soltarla, insistió:

—Dentro de una hora te dejaré marchar... ¡Quédate!

Y se quedó, en efecto. El péndulo del reloj movíase lentamente, las horas iban sonando, una tras otra, en el voluptuoso y caldeado ambiente de la

alcoba; y a cada tintineo de aquel reloj, él la seguía reteniendo con enternecedoras súplicas, de modo que ella, sintiéndose sin fuerzas para imponerse, permanecía allí. Más tarde, a eso de las cuatro, cuando Berthe se disponía por fin a bajar, el cansancio rindió a ambos y se quedaron profundamente dormidos, el uno en brazos del otro. Cuando quisieron abrir los ojos, la plena luz del día entraba por la ventana; eran las nueve. Berthe lanzó un grito.

—¡Dios mío! ¡Estoy perdida!

Fueron aquellos unos instantes de confusión. Ella había saltado del lecho, con los ojos medio cerrados de lasitud y de sueño, andando a tientas, sin ver nada a su alrededor, poniéndose las ropas del revés y sin dejar de lanzar exclamaciones ahogadas. Él, presa de igual desesperación, se había situado delante de la puerta, para impedir que saliera vestida de aquella forma y a semejante hora. ¿Acaso se había vuelto loca? Lo más lógico es que encontrara gente en la escalera, era demasiado peligroso; convenía reflexionar, imaginar algún medio de poder bajar sin ser vista. Pero ella, en su obstinación, quería simplemente irse, volviendo una y otra vez a intentar abrir la puerta que Octave defendía. Se le ocurrió a él finalmente utilizar la escalera de servicio. Nada más cómodo: así entraría en su casa enseguida, pasando por su propia cocina. No obstante, como Marie Pichon solía estar por las mañanas en el corredor, el joven tuvo la idea de distraer a esta última, como medida de prudencia, mientras la otra aprovechaba para escapar. Y, con toda rapidez se puso los pantalones y un paletó.

—¡Dios mío! ¡Esto se prolonga demasiado! —balbuceaba Berthe, que sufría ya, estando en aquella alcoba, lo mismo que si estuviera encima de un brasero.

Por fin salió Octave, con su paso tranquilo de siempre, sorprendiéndole ver a Saturnin instalado en casa de Marie, contemplando tranquilamente cómo ésta hacía sus quehaceres. Gustaba al loco refugiarse a su lado, como en otros tiempos, pues se sentía contento con el olvido en que ella le dejaba, seguro de que nadie le iba a inquietar. Por otra parte, como quiera que el pobrecillo no molestaba en absoluto, Marie le toleraba gustosamente, aunque con él no hubiera posibilidad alguna de conversación; no dejaba de ser una compañía, mientras ella se ponía a cantar su romanza, en voz baja y agonizante.

—¡Vaya! Por lo que veo está usted con su enamorado —dijo Octave, procurando maniobrar de forma que quedase cerrada la puerta a sus espaldas.

Marie se sonrojó. ¡Oh! ¡El pobre Saturnin! ¡Eso era imposible! ¡Él, que tanto parecía sufrir cuando se le tocaba la mano por casualidad! El loco

también dio muestras de enfado; no quería sentirse enamorado ¡jamás, jamás! Y el que se atreviera a decir semejante mentira a su hermana tendría que habérselas con él. Octave, asombrado ante aquella brusca irritación, hubo de calmarle.

Durante todo ese tiempo, Berthe había aprovechado para deslizarse por la escalera de servicio. Eran dos los pisos que tenía que bajar. En el momento que pisó el primer peldaño, la detuvo una risa aguda que procedía de la cocina de la señora Juzeur; y, temblorosa, se acercó a la ventana del rellano, una gran abertura que daba al estrecho patio. Estallaron entonces una serie de voces, toda una oleada de imprecaciones y el olor de basura, propio de aquellas horas de la mañana llegaba hasta allí. Eran las criadas que se dedicaban a zarandear furiosamente a la pequeña Louise, acusándola de ponerse a mirar por el ojo de la cerradura de sus respectivas habitaciones, cuando ellas se iban a dormir. ¡Ni siquiera tenía quince años, una mocosa y de conducta poco edificante desde luego! Louise no cesaba de reírse, cada vez más fuerte. Lejos de negarlo, reconocía haber tenido ocasión de ver el trasero de Adèle; contaba asimismo que Lisa estaba muy delgada y que Victoire tenía el vientre como un tonel viejo medio destrozado. Y, para hacerla callar, todas ellas redoblaban sus groseras palabras. Pero luego, aburridas por haber sido puestas al descubierto de esa forma, y atormentadas por el deseo y la necesidad de vengarse de alguna manera, se pusieron a hacerlo mencionando a sus respectivas dueñas, a quienes desnudaron a su vez. ¿Que Lisa era delgada?, nada más cierto; pero no lo era tanto como la otra señora Campardon, con su hermosa piel de tiburón, un auténtico regalo para el arquitecto; Victoire se contentaba con desear a todas las Vabre, las Duveyrier y las Josserand del mundo, un vientre tan bien conservado como el suyo, teniendo en cuenta la edad; en cuanto a Adèle, no hubiera cambiado su trasero por el de las señoritas y el de la señora, en extremo insignificantes. Y a todo esto, Berthe, inmóvil, se veía forzada a recibir en pleno rostro aquella basura procedente de las cocinas, sin haber sospechado jamás la existencia de semejante alcantarilla, sorprendiendo así por primera vez la ropa sucia de la servidumbre, exhibida a una hora en que los señores se lavan la cara.

Pero, de repente, gritó una voz:

—¡Que viene el señor por su agua caliente!

Cerráronse las ventanas y se oyó el golpear de las puertas. Reinó entonces un silencio impresionante, de muerte. Berthe no se atrevía a moverse. Y cuando por fin se arriesgó a bajar, le vino la idea de que Rachel debía hallarse en su cocina esperándola. Aquello fue una nueva angustia para ella. Ahora

temía entrar en su casa, hubiera preferido alcanzar la calle, huir lejos de allí y para siempre. Pese a todo, entreabrió la puerta, experimentando una sensación de alivio al comprobar que no estaba la sirvienta. Entonces, con verdadero gozo infantil al sentirse de nuevo en casa y a salvo, se dirigió rápidamente a su alcoba. Pero, precisamente allí, delante del lecho, que no había sido descompuesto, se hallaba Rachel de pie. Primero dirigió una mirada hacia la cama, luego contempló a la señora, con su siempre silencioso rostro. Como primera reacción a un golpe emocional tan fuerte, la joven perdió la cabeza hasta el punto de llegar a excusarse ante la criada, hablándole de una indisposición de su hermana. Y así seguía con sus balbuceos, cuando, de repente, horrorizada por la pobreza de su mentira, comprendiendo que aquello había acabado y que estaba al descubierto, estalló en un mar de lágrimas. Se desplomó sobre una silla, sin hacer más que llorar, llorar.

La escena duró un minuto largo. No se cruzaron ni una sola palabra; la profunda calma de la alcoba sólo se veía turbada por los continuos sollozos de Berthe. Rachel, exagerando su discreción, conservando en todo momento su aire frío de mujer siempre enterada, pero que nada deja escapar, había vuelto la espalda y simulaba ahuecar las almohadas, como si acabara de hacer la cama. Finalmente, cuando la señora, cuyo trastorno iba en aumento debido precisamente a aquel silencio, mostró una desesperación harto ruidosa, dijo simplemente con respetuosa voz:

—Hace mal la señora torturándose, el señor no es tan bueno como todo eso.

Berthe cesó de llorar. Tendría que comprar el silencio de aquella muchacha, a ello quedaba reducido todo. Y, sin esperar más, empezó por darle veinte francos. Le pareció enseguida haber obrado con mezquindad, e inquieta, creyendo haber visto cómo la criada fruncía los labios desdeñosamente, se fue a buscarla a la cocina, para conducirla otra vez a la alcoba, donde le entregó, como regalo, un vestido casi nuevo.

En aquel preciso momento, Octave se hallaba también sobrecogido por el terror, a propósito del señor Gourd. En efecto, cuando salía de casa de los Pichon, le encontró inmóvil, lo mismo que le ocurriera la víspera, en trance de observación, detrás de la puerta correspondiente a la escalera de servicio. Le siguió sin atreverse a dirigirle la palabra. El portero, con toda su seriedad, bajaba por la escalera principal. Al llegar al piso de abajo, sacó una llave de su bolsillo y entró en la habitación arrendada al señor distinguido, que sólo la utilizaba para sus quehaceres, una noche por semana. Y, a través de la puerta, que permaneció abierta por unos instantes, pudo Octave contemplar con

claridad aquella alcoba, siempre cerrada como una tumba. Aquel día reflejaba un terrible desorden, el señor por lo visto estuvo ocupado la víspera: se veía, en efecto, una cama grande con la cobertura y las sábanas en completo desorden, un armario vacío donde había restos de una langosta y botellas empezadas, dos palanganas sucias, una de ellas frente al lecho y la otra sobre una silla. En cuanto hubo entrado, el señor Gourd, con su frío aspecto de magistrado en retiro, se puso a vaciar y enjuagar las palanganas.

Mientras corría presuroso al pasaje de la Madeleine para pagar el sombrero, Octave se debatía presa de una dolorosa certidumbre. Por fin, cuando estuvo de regreso, tomó la resolución de forzar a los porteros para que hablasen con claridad. La señora Gourd, tumbada en su gran sillón, tomaba el aire junto a una ventana abierta del alojamiento, entre dos tiestos de flores. Cerca de la puerta, de pie, la tía Pérou, con su humilde y asustado rostro, parecía esperar.

—¿No tienen ninguna carta para mí? —preguntó Octave como forma de entrar en materia.

En aquel momento, el señor Gourd bajaba de la habitación del tercero. El arreglo de la misma constituía el único trabajo que había conservado dentro de la casa; y estaba orgulloso por la confianza que depositara en él aquel señor, que le pagaba muy bien, con la sola condición de que las palanganas no pasaran por otras manos que las suyas.

—No, señor Mouret; no hay nada respondió el portero.

Éste había advertido la presencia de la tía Pérou, pero simuló no verla, pues la víspera tuvo que emprenderla con ella hasta el punto de mandarla a paseo, con motivo de haberle vertido una cubeta de agua en el mismo vestíbulo. Y ahora venía la infeliz a cobrar su dinero, pero en cuanto le vio, fue retrocediendo temblorosa, como tratando humildemente de buscar cobijo en las paredes.

Sin embargo, como Octave parecía no tener prisa, deshaciéndose en toda clase de amabilidades con la señora Gourd, el portero se volvió brutalmente hacia la pobre vieja y le dijo:

—Habrás que pagarle... ¿Qué es lo que se le debe?

Pero la señora Gourd le interrumpió.

—Querido, aquí tenemos otra vez a esa joven y a su espantoso animalito.

Era Lisa que, algunos días antes, recogió en la calle un perrito de caza que encontró abandonado, lo que fue motivo de continuas discusiones con los porteros. El propietario no quería que hubiese en la casa ninguna clase de animales. ¡No, ni animales, ni mujeres de vida airada! Hasta el patio estaba

vedado al pequeño perro; tenían que sacarle fuera para su paseo habitual, pero como estaba lloviendo sin cesar desde por la mañana y volvía con las patas llenas de barro, el señor Gourd se precipitó hacia la joven gritando:

—No quiero que suba, ¡lo está oyendo!... En todo caso tendrá que llevarlo en brazos.

—¡Vaya! ¡Para que me ensucie! —contestó Lisa con insolencia—. ¡Menuda catástrofe si el pobrecillo llega a mojar la escalera de servicio!... Anda, vámonos, chuchito.

El señor Gourd quiso cogerlo, pero estuvo a punto de resbalar y empezó a decir disparates contra las sandeces de las criadas. Siempre estaba en guerra con ellas, atormentado por un prejuicio de antiguo criado, al que ahora llegaba el turno de hacerse servir a su vez. Pero, de repente, Lisa, volviendo sobre sus pasos se acercó a él, plantándole cara; y con el descarro propio de una chiquilla crecida en los arroyos de Montmartre, le dijo:

—¡Qué es lo que pasa! ¿Quiere dejarme de una vez estúpido amargado? ¡Váyase a vaciar orinales en la alcoba del duque!

Aquella era la única injuria que reducía al silencio al señor Gourd; y las criadas, que conocían su flaco, abusaban de ello. Regresó, pues, temblando de cólera, mascullando sordas palabras y diciendo que, pese a todas las estupideces que pudieran decirle, estaba orgulloso de haber servido al señor duque; y que, ella en cambio, ni siquiera habría permanecido allí dos horas, dado lo puerca que era. Después cayó de lleno sobre la tía Pérou, que estaba en un rincón temblando.

—¿Podremos saber por fin qué es lo que se le debe?... ¿Cómo? ¿Dice usted que doce francos sesenta y cinco?... ¡Pero eso no es posible! Sesenta y tres horas a veinte céntimos la hora... ¡Ah! Cuenta usted un cuarto de hora más. ¡Eso nunca! Ya le previne que no estaba dispuesto a pagarle los cuartos de hora empezados en el momento de dejar la faena.

Y, sin llegar aún a darle su dinero, la dejó aterrorizada, para ir a mezclarse en la conversación de su mujer con Octave. Éste, con la ductilidad del caso, hablaba de las molestias que debía ocasionarles una casa como aquella, tratando de llevar de ese modo la charla a la cuestión de los inquilinos. ¡Eran tantas las cosas extrañas que debían suceder detrás de algunas puertas! El portero intervino entonces con su acostumbrada seriedad.

—Lo que es cosa nuestra, cosa nuestra es, señor Mouret; y lo que, en cambio, no nos incumbe, no nos incumbe. Ahí tiene usted una cosa, por ejemplo, que me saca fuera de quicio. ¡Mire, observe!

Y, con el brazo tendido, le mostraba a la pespunteadora de botinas, aquella joven alta y pálida que fue a parar a la casa, cuando se hallaban en pleno entierro. Caminaba con mucha dificultad y se veía enseguida que su embarazo estaba muy adelantado, circunstancia ésta que hacía resaltar más aún la delgadez enfermiza de su escote y de sus piernas.

—¿Y a qué se refiere concretamente? —preguntó Octave haciéndose el ingenuo.

—¡Cómo! ¡Qué vientre, qué vientre!...

Aquel vientre tenía exasperado al señor Gourd. Un vientre de mujer soltera, que ella trajo sabe de dónde, pero que se prestaba a toda clase de consideraciones, puesto que nada se le notó el día del entierro, cuando hizo su aparición en la casa. ¡Oh! ¡En otro caso, jamás se le habría alquilado el cuarto que ahora ocupaba! Y su vientre agrandaba sin medida, lejos de toda proporción.

—Comprenda, señor —trataba de explicar el portero—, mi enojo y el del propietario, el día en que pude darme cuenta de semejante estado de cosas. La propia joven debió advertir lo que la ocurría ¿no cree usted lo mismo? No se introduce uno en una casa que merece todo el respeto, ocultando sorpresas de ese género... Pero, el caso es que al principio apenas se notaba la cosa; se trataba sólo de algo que podía ser, y por eso no me atrevía a hablar claro. Esperé que, por lo menos, sabría obrar con discreción. Yo no he dejado de observarla; la realidad acabó saltando a la vista y el rápido progreso del embarazo me ha consternado. Y hoy, ¡fíjese, fíjese hasta dónde llega!, no hace nada por contener el proceso, se limita a dejarlo crecer... Pronto el umbral de la casa no será suficientemente ancho para que ella pueda pasar.

Extendido su brazo, y con gesto de tragedia, seguía el portero mostrando a la joven mientras ésta se dirigía hacia la escalera de servicio. Ahora le parecía como si aquel vientre proyectase su fatídica sombra sobre la fría limpieza del patio, e incluso sobre los falsos mármoles y los dorados cincos del vestíbulo. Era ese vientre de progresivo desarrollo lo que parecía llenar el inmueble de algo deshonesto, que encontraba cobijo bajo las paredes de la casa, con peligro de que ésta se contagiase. Y, en efecto, a medida que el vientre iba desarrollándose, parecía haberse producido como una perturbación en la moralidad del vecindario.

—¡Mi palabra de honor!, señor; si supiéramos que todo eso había de continuar, preferiríamos mil veces buscar cobijo en nuestro retiro de Mort-la-Ville, pues gracias a Dios, tenemos medios propios de vida, y no precisamos ayuda de nadie... ¡Una casa de la seriedad de la nuestra, puesta en evidencia

de un modo tan descarado!; porque no le quepa duda de que la desprestigia, señor; sí, cuando entra esa joven, todo el mundo mira.

—Tiene aspecto de hallarse muy delicada —dijo Octave siguiéndola con la vista y sin acentuar demasiado su gesto compasivo—. La veo siempre tan triste y pálida, tan abandonada de todos... Lo más seguro es que tenga un amante.

Al llegar a este punto, el señor Gourd sufrió un violento sobresalto.

—¡Eso precisamente es lo que yo me imagino! ¿Lo estás oyendo, mujer? También el señor Mouret cree que tiene un amante. La cosa está bien clara, puesto que hay que descartar que pueda haber surgido por generación espontánea... Pues bien, señor, hace ya dos meses que la vengo vigilando y todavía no he podido descubrir ni la sombra de un hombre. ¡Por fuerza se trata de una viciosa! ¡Ah, si llegara a pescarla con su amiguito, qué poco tardaría en ponerla de patitas en la calle! Pero no lo encuentro, y eso es lo que me corroe.

—Tal vez no viene aquí —se aventuró a decir Octave.

El portero le miró sorprendido.

—Eso no sería lógico. Pero, descuide, que como me empeñe, ya lo creo que le pesco. Tengo aún seis semanas por delante, pues he conseguido que abandone la casa para el mes de octubre... ¡La va usted a ver dar a luz aquí mismo! Estimo que tiene toda la razón el señor Duveyrier, mostrándose indignado y exigiendo que el parto tenga lugar fuera; pero yo, desde luego, no duermo tranquilo, pues estoy temiendo la jugada de que la cosa no tenga espera y suceda antes... Estas catástrofes habrían podido evitarse de no haber sido por la avaricia del viejo Vabre. ¡Y todo por querer cobrar ciento treinta francos más, en contra de los consejos que yo le daba! El carpintero debió servirle de escarmiento. Pero no hubo manera, se empeñó en alquilar el cuarto a una respuntheadora de botinas. ¡Estúpido error, pudrir su propia casa, cobijar en ella a obreros, a ese puerco mundo del trabajo!... Cuando se tiene contacto con la gente del pueblo, señor, ¡ése es el resultado a que se llega!

Y con el brazo extendido aún, seguía mostrándole el vientre de la joven que, tras muchas dificultades, desaparecía por la escalera de servicio. La señora Gourd se vio precisada a calmarle; se tomaba demasiado a pecho la limpieza moral de la casa y acabaría perjudicando su propia salud. Y entonces, como quiera que la tía Pérou se atreviera a recalcar su presencia, tosiendo con discreción, el portero cayó de nuevo sobre ella despiadadamente, negándole con rudeza el cuarto de hora de trabajo que la pobre infeliz reclamaba. Y ya se marchaba con sus doce francos sesenta, cuando el propio

portero ofreció contratarla de nuevo, pero sólo al precio de quince céntimos la hora. La desgraciada se echó a llorar, pero aceptó al fin.

—Siempre que me lo proponga, encontraré gente dispuesta a servirme — argumentaba él—. Ya no está usted lo bastante fuerte como para ganarse siquiera diez céntimos por hora.

Octave, mientras subía unos momentos a su habitación, se sintió ya tranquilizado. Al llegar al tercer piso, encontró a la señora Juzeur que regresaba de la calle. Ahora todas las mañanas estaba obligada a salir en busca de Louise, que se entretenía haciendo la compra.

—¡Con qué arrogancia pasa usted! —le dijo la señora Juzeur con su dulce sonrisa—. Bien se ve que le miman en otro lado.

Aquella frase despertó de nuevo las inquietudes del joven, que la siguió hasta el fondo de su salón, simulando bromear. Sólo uno de los cortinajes estaba entreabierto, y las alfombras y los portiers aún ensombrecían más la escasa luz del día que entraba en aquella alcoba, de una suavidad de edredón, donde los ruidos que pudieran llegar de fuera, apenas significaban un susurro. Hizo que el joven se sentara a su lado, en el canapé bajo y ancho. Pero, como él no cogiera su mano para besársela se apresuró a preguntarle con malicia:

—¿Acaso ya no me quiere?

Sonrojóse él, haciendo protestas de que la adoraba. Seguidamente, le alargó ella la mano, y Octave no tuvo más remedio que acercársela a los labios, para desbaratar sospechas, si es que las tenía. Pero no tardó ella en retirársela.

—No, no, no tiene por qué tratar de excitarse ni andar con disimulos; esto ya no le causa ningún placer... ¡Oh! ¡Es algo que noto enseguida, y es tan natural que así ocurra!

¿El qué? ¿Qué es lo que quería significar? La cogió por la cintura y la asedió con una serie de preguntas. Pero ella no le respondía, limitándose a consentir su apretón y a hacer signos negativos con la cabeza. Y para conseguir que hablase, se puso a hacerle cosquillas.

—¡Caramba! —acabó ella por murmurar—. La contestación es bien sencilla: que ama usted a otra.

Seguidamente mencionó a Valérie, y le recordó la noche en que se la comía con los ojos en casa de los Josserand. Luego, como él jurase que nada había entre ellos, la señora Juzeur replicó con su imperturbable sonrisa, que le constaba la verdad de cuanto le estaba jurando, y que se trataba simplemente de una broma. Sólo que, en lugar de aquélla, había otra; y, esta vez mencionó a la señora Hédouin, regocijándose de antemano y divirtiéndose con las

enérgicas protestas que hizo el joven. ¿Quién, entonces? ¿Tratábase acaso de Marie Pichon? ¡Ah!, en lo concerniente a ésa, no podía negarlo. Sin embargo, él lo negó, pero ella no hacía más que menear la cabeza, asegurándole que su fino olfato nunca la engañaba. Y, para arrancarle todos aquellos nombres de mujer, tuvo Octave que redoblar sus caricias, acabando por sacárselos con un estremecimiento de todo su cuerpo.

No obstante, entre todos aquellos nombres, no había sonado el de Berthe. E iba ya a soltarla, cuando ella siguió diciendo:

—Ahora sólo queda la última.

—¿Qué última? —preguntó él ansioso.

Con labios apretados, la señora Juzeur se obstinó de nuevo en no decirle nada más, mientras no le abriese los labios en un beso. Verdaderamente, ella no podía indicarle la persona, pues había sido la primera en concebir la idea de su matrimonio con el joven; y se puso a contar la historia de Berthe, aunque sin pronunciar su nombre. Él, entonces, lo confesó todo sobre su delicado escote, disfrutando en aquella confesión un placer cobarde. ¡Era divertido que se ocultara de ella! ¿La creía, quizá, celosa? ¿Y por qué había de serlo? ¿Le había exigido acaso algún compromiso? No les unía más que pequeñas diversiones, simples niñerías hasta aquel momento, ¡pero nunca el paso trascendental! En fin, que no dejaba de ser una mujer honrada, y que casi tenía que reñirle por haber sospechado en ella la existencia de celos.

A todo esto, él la seguía teniendo cogida entre sus brazos. Con lánguida expresión, se le ocurrió aludir entonces a la crueldad del marido que la dejó allí plantada, después de una semana de matrimonio. Una mujer infeliz como ella, tenía por fuerza que saber demasiado en cuanto pudiera referirse a tempestades del corazón. Desde hacía mucho tiempo, adivinó lo que ella misma llamaba «andanzas» de Octave; pues lo cierto era que el joven no podía dar un paso en la casa sin que ella se enterase. Y, así tumbados en el fondo del ancho canapé, llegaron los dos a aquella íntima conversación, que, de tanto en tanto, interrumpían casi inconscientemente, para prodigarse caricias un poco por todas partes. Le trataba ella de solemne bobo, por haber dejado escapar a Valérie, añadiendo que se habría hecho con ella enseguida, si hubiera entrado simplemente a pedirle consejo. Le preguntó después por aquella pequeña Pichon, con unas piernas horrorosas y nada de particular bajo otros aspectos, aunque siempre volvía a centrar su comentario en Berthe; la encontraba encantadora, con un cutis finísimo y un pie de marquesa. Pero, en medio de aquel juego, pronto tuvo ella que ponerle freno.

—No, déjeme tranquila, sería necesario carecer de principios... Además, eso no le produciría ningún placer. ¿Qué?, dice usted que sí; estoy convencida de que es para halagarme. Y si realmente sintiera gozo, cometería usted una vileza... ¡Guarde sus caricias para ella! ¡Hasta la vista, bribonzuelo!

Y así fue como le despidió, no sin antes exigirle juramento solemne de venir a confesarse con frecuencia, y no ocultarle nada, si es que en realidad quería que llevase el rumbo de su corazón.

Octave la abandonó tranquilizado por completo. Le había devuelto el buen humor, le divertía extraordinariamente, con el complicado concepto que tenía de su propia virtud. Al llegar abajo, en cuanto entró en la tienda, tranquilizó con un gesto a Berthe, cuyos ojos no hacían más que interrogarle acerca de lo ocurrido con el sombrero. Toda la terrible aventura de la mañana fue olvidada. Cuando regresó Auguste, un poco antes del almuerzo, los halló como todos los días: Berthe, aburrída sobre la banqueta de la caja, y Octave, ocupado galantemente en medir tela de faya para una señora.

Pero, a partir de aquel día, las citas entre los dos amantes fueron aún más raras. Él, de temperamento muy ardiente, se desesperaba, la perseguía por todos los rincones, asediándola con continuas súplicas y demanda de citas, cuando ella misma quisiera, no importaba dónde. Ella, por el contrario, con la indiferencia de una niña crecida al calor de un invernadero, no parecía desear del amor culpable otra cosa que las salidas furtivas, los regalos, los placeres prohibidos, horas gratas paseadas en coche, en el teatro, en los restaurantes. La educación que recibiera, volvía a salir a la superficie; su apetito de dinero, de vestidos y de lujo desmesurado; y bien pronto estuvo tan cansada del amante como de su esposo; le encontraba también demasiado exigente para lo que daba, y trataba incluso con tranquila inconsciencia de no poner por su parte lo necesario para acabar de hacerla feliz. Y, en ese sentido, exagerando sus temores, le rechazaba sin cesar: en la alcoba de él ¡nunca más, desde luego!, se habría muerto de miedo; en casa de ella, la cosa era imposible, porque podían sorprenderla; después, cuando ya la casa estuvo descartada, y él la conjuraba para que se entrevistasen fuera, en la habitación de un hotel, ella se echaba a llorar, y le decía que procurase guardarle cuando menos un poco de respeto. Sin embargo, el tren de gastos seguía su ritmo habitual y sus caprichos iban en aumento; después del sombrero, su deseo fue tener un abanico de punto de Alençon, sin contar, naturalmente, con antojos de menor categoría, surgidos al azar y sólo con ver escaparates. Y si no se atrevía aún a negárselos, su avaricia se iba imponiendo de nuevo, ante la catástrofe de su economía privada. Como muchacho práctico que en definitiva era, acababa

por encontrar estúpido eso de tener que pagar siempre, cuando lo único que ella toleraba era que le tocasen el pie por debajo de la mesa. Decididamente, París le sentaba mal: para empezar, fracasos; a renglón seguido, aquel enamoramiento estúpido, que estaba vaciando su bolsa. Bien vistas las cosas, no podía acusársele de medrar con las mujeres, teniendo como consuelo semejante honor, en medio de su inconfesada rabia por lo desacertado que había estado hasta entonces en los planes que se propusiera.

Auguste, a pesar de todo, no les molestaba apenas. Desde que empezaron a ir por mal camino sus negocios de Lyon, estaba más desolado aún, si cabe, por sus famosas jaquecas. El día primero de mes, Berthe había experimentado un sobrecogimiento de alegría, cuando, llegada la noche, advirtió cómo, debajo del reloj de péndulo de la alcoba, su marido depositaba trescientos francos para sus gastos particulares; y, a pesar de la reducción que semejante cantidad significaba respecto de la suma por ella exigida, como en realidad desesperaba de haber conseguido jamás un solo céntimo, se arrojó a sus brazos, con grandes muestras de agradecimiento. Y, en aquella ocasión, disfrutó el marido de una noche, como no la había podido conseguir el amante.

El mes de septiembre transcurrió en medio de una gran calma reinante en la casa, vacía a consecuencia de la estación veraniega. Los del segundo se habían ido a tomar baños de mar en España, lo que hacía encogerse de hombros al señor Gourd, que comentaba el caso con gesto lleno de compasión: ¡Menudo trastorno! ¡Como si la gente distinguida no se contentase con ir a Trouville! Los Duveyrier, desde que a Gustave le dieran las vacaciones, se hallaban en su propiedad de Villeneuve-Saint-Georges. Hasta los mismos Josserand se fueron a pasar quince días en casa de un amigo, cerca de Pontoise, aunque dejando que se esparciera el rumor de que iban a una ciudad costera. Aquel vacío, los apartamentos desiertos, la escalera durmiendo en el más profundo de los silencios, daban la impresión a Octave de ofrecer menos peligro; y discutió con Berthe, hasta llegar a cansarla y obtener de ella que le recibiese por fin en su casa, cierta noche en que Auguste había partido para Lyon. Pero aquella cita también estuvo a punto de acabar muy mal, ya que la señora Josserand, que había regresado dos días antes, sufrió tal indigestión cuando volvía de cenar fuera, que Hortense, inquieta, bajó a buscar a su hermana. Afortunadamente, Rachel estaba acabando de limpiar sus cacharros, y pudo conseguir que escapase el joven a través de la escalera de servicio. Los días que siguieron, Berthe abusó descaradamente de aquel toque de alerta, para rechazar de nuevo todas sus

exigencias. Cometieron además el error de no recompensar debidamente a la criada, que continuaba sirviéndoles con su acostumbrada frialdad, con el respeto propio de quien está al margen de todo, nada oye ni nada ve; sólo que, como la señora no dejaba de gimotear pidiendo dinero y Octave era ya demasiado \lo que gastaba en regalos, lamentaba estar sirviendo en una choza, donde el amante de la dueña no se sentía capaz de darle una pequeña propina, en las ocasiones en que pernoctaba allí. ¡Sí creían tenerla comprada por los siglos de los siglos con sólo veinte francos y un vestido, se equivocaban! ¡Ella valía mucho más que todo eso! Y así fue cómo, desde entonces, empezó a mostrarse menos complaciente, dejando por ejemplo de cerrar las puertas tras ellos, sin que los interesados se apercibiesen de su mal humor, dado que, como también es lógico, no se tiene el ánimo propicio ni se piensa en dar propinas, cuando, furiosos por no encontrar sitio donde abrazarse, acababan siempre sus escasas entrevistas con un altercado. Mientras tanto, la casa iba ensanchando su silencio, y Octave, siempre a la búsqueda de un rincón seguro, no hacía más que topar a cada momento con el señor Gourd, continuamente al acecho de posibles actos indecorosos que pudieran hacer resonar los muros de la mansión, deslizándose sin meter ruido, alerta en todo momento a los embarazos que se le presentasen a la vista.

La señora Juzeur, entretanto, se condolía con el joven amante, al no poder satisfacer sus deseos, y trataba de prodigarle sus más sabios consejos. El frenesí de Octave llegó hasta tal punto, que un día incluso pensó en suplicar a la mencionada señora que le prestase con tal fin su apartamento; lo más seguro es que ella no se hubiese negado, pero el joven temió sublevar a Berthe, cuando de rechazo, tuviera que confesarle sus indiscreciones. También entró en sus proyectos valerse de Saturnin; quizás el loco supiera montarles la guardia lo mismo que un perro fiel, en cualquier alcoba perdida; pero el humor que éste mostraba por lo general, no dejaba de ser extravagante, ya que tan pronto colmaba de incómodas caricias al amante de su hermana, como le ponía mala cara dirigiéndole miradas de rencor. Hubiérase dicho que se trataba de accesos de celos, de unos celos nerviosos y violentos, característicos de la mujer; y los dejaba traslucir sobre todo cuando encontraba al joven por la mañana en casa de la pequeña Pichon y en plan de risa. Y es que, en efecto, ahora Octave no dejaba de pasar por delante de la puerta de Marie, sin entrar un rato, como impulsado por un deseo singular, por una especie de pasión, que él mismo no acertaba a explicarse. A quien adoraba era a Berthe, la deseaba locamente, y en su afán de poseerla, proyectaba sobre la otra una ternura infinita, un amor cuyo deleite jamás

había experimentado en los tiempos en que le inspirara pasión. Sentía verdadero encanto contemplándola a todas horas, tocándole, gastándole bromas o haciéndola enfadar, realizando en fin el juego de manos propio del hombre que quisiera mantener relaciones activas con una mujer, con el secreto tormento interno de amar en realidad a otra distinta. Y, en tales ocasiones, cuando Saturnin le sorprendía agarrado a las faldas de Marie, le amenazaba con sus ojos de lobo dispuesto a morder, no perdonándole ya la falta ni volviendo a besarle los dedos, como animalito sumiso, hasta que le veía otra vez al lado de Berthe, en actitud de fidelidad y cariño.

En fin, cuando ya finalizaba septiembre y los inquilinos de la casa estaban a punto de regresar, ocurriósele a Octave, impulsado por su tormento, una descabellada idea. Por entonces precisamente, Rachel, una de cuyas hermanas estaba a punto de casarse en el pueblo, había pedido permiso para pasar fuera de la casa un martes en que el señor tenía que marchar a Lyon; y se trataba simplemente de pasar la noche en el dormitorio de la criada, adonde nadie en el mundo se le hubiera ocurrido ir a buscarles. Berthe, herida en lo más íntimo por semejante idea, manifestó una gran repugnancia; pero llegó a conjurarla de tal modo con sus lágrimas, hablándole de abandonar París donde tanto sufría, y hasta tal punto la turbó y cansó con sus argumentos, que dándole vueltas la cabeza y sin saber cómo salir del paso, Berthe acabó por consentir en ello. Todo fue, pues, calculado y dispuesto. El martes por la noche, después de cenar, tomó la pareja una taza de té en casa de los Josserand, con el fin de alejar sospechas. Allí se hallaban Trublot, Gueulin, el tío Bachelard, e incluso más tarde, también estuvo Duveyrier, que algunas veces venía a pernoctar en su casa de la calle Choiseul, alegando tener quehaceres a primera hora de la mañana. Octave simuló estar de charla con todos aquellos señores; luego, al sonar las doce, se escapó como pudo y subió a encerrarse en la alcoba de Rachel, donde debía encontrarse con Berthe una hora después, cuando ya toda la casa durmiese.

Allí arriba, el arreglo y acondicionamiento de la alcoba le tuvieron ocupado durante la primera media hora. Para vencer la repulsión que pudiera producir en la joven, le había prometido cambiar las sábanas y llevar él mismo toda la ropa blanca necesaria. Mudó la cama, empleando en ello un largo rato, y haciéndolo además torpemente por miedo a ser oído. Luego, lo mismo que Trublot, se sentó sobre un baúl y procuró armarse de paciencia. A todo esto, una a una, las criadas iban subiendo para acostarse, de manera que, a través de los delgados tabiques, no se oía más que ruidos de mujeres que se desnudaban y que, de un modo u otro, dejaban traslucir su alivio por haber

terminado la jornada. La inquietud empezaba a embargarle. ¿Por qué se haría esperar de aquella manera? Tenía, por fuerza, que haber dejado a los Josserand a eso de la una, o más tarde, y para regresar a su casa y volver a salir por la escalera de servicio no precisaba más allá de diez minutos. Cuando sonaron las dos, se imaginó verdaderas catástrofes. Por fin exhaló un suspiro de alivio creyendo reconocer sus pasos. Abrió entonces para que tuviera claridad; pero una sorpresa le dejó inmóvil. Delante de la puerta de la habitación de Adèle, Trublot, completamente encorvado, estaba mirando por el ojo de la cerradura. Se levantó espantado por aquel brusco rayo de luz.

—¡Cómo! ¡Todavía usted por aquí! —murmuró Octave contrariado.

Trublot se echó a reír sin dar la impresión de estar asombrado por encontrarle allí a semejante hora de la noche.

—Imagínese —le explicó hablando en voz muy baja—, que esta estúpida de Adèle, olvidó darme la llave; y entonces, como quiera que ha ido al encuentro de Duveyrier, en su propio apartamento... ¡Vaya! ¿Le sorprende a usted? ¿No sabía que se las arreglaba con Duveyrier? Pues así es, amigo mío. Se ha reconciliado con su mujer, que se resigna de vez en cuando a cumplir con sus deberes conyugales; sólo que, como le tiene racionado, eso le fuerza a utilizar también los servicios de Adèle... Esto le resulta muy cómodo cuando viene a París.

Interrumpiendo su relato, se agachó de nuevo, miró por la cerradura y añadió entre dientes:

—¡No, no veo a nadie! Quizás en esta ocasión la retiene por más tiempo que la otra vez... ¡Maldita chiquilla sin cabeza! Por lo menos me hubiese dado la llave, la hubiera podido esperar acostado en su cama.

Entonces volvió al granero, donde se había refugiado, llevando consigo a Octave, que deseaba preguntarle sobre lo que pudiera haber ocurrido al final de la velada, en casa de los Josserand. Pero no le permitió abrir la boca, sino que, en medio de las tinieblas de una noche profundamente oscura, siguió contando cosas de Duveyrier bajo el agobio de las vigas. Sí, el animal aquél empezó queriendo entenderse con Julie; pero le pareció demasiado limpia para él, y además cuando se hallaba en el campo, se arreglaba con el pequeño Gustave, un rapazuelo de dieciséis años que prometía mucho. Entonces, decepcionado por ese lado, el consejero, no atreviéndose a echar mano de Clémence, a causa de Hippolyte, estimó sin duda más conveniente escoger una que se hallara fuera de su hogar. Y aunque no se sabía dónde ni cómo, el caso es que se decidió por Adèle: sin duda detrás de una puerta, en medio de una corriente de aire, puesto que aquella puerca fregona se metía los hombres

en el bolsillo con la misma tranquilidad que recibía los cachetes que le propinaba el ama, con el espinazo erguido; y de seguro que no era capaz en ningún caso de cometer una descortesía con el dueño de la casa.

—Desde hace un mes, no falta a ninguna de las veladas que tienen lugar los martes en casa de los Jossierand —dijo Trublot—. Eso ya me está cargando... Será preciso que me apresure a localizar a Clarisse, para que nos deje en paz de una vez.

Octave pudo al fin interrogarle acerca del final de la velada. Berthe se había despedido de su madre antes de que sonaran las doce de la noche y con toda tranquilidad. Se disponía sin duda a venir a su encuentro en la habitación de Rachel. Pero Trublot, entusiasmado con la compañía de Octave, no le dejaba marchar.

—Es verdaderamente idiota, eso de permitir que me consuma durante tanto tiempo —continuaba diciendo—. Con todo este cuento voy a acabar por dormirme de pie. Mi patrón ha ordenado que le haga la liquidación: total, tres noches por semana que he de pasar sin dormir, querido... Si al menos Julie estuviese allí, creo que sabría hacerme un huequecito. Pero Duveyrier no se trae del campo más que a Hippolyte. A propósito, ya conoce usted a Hippolyte, el ruin gendarme que va con Clémence. Pues bien, acabo de verle en camisa deslizándose en la habitación de Louise, ese espanto de criatura encontrada en el arroyo y cuya alma se propone salvar la señora Juzeur. ¡Caramba!, bonito éxito para la señora... ¡Todo lo que usted quiera menos eso!... Total un mal aborto de quince años. Vaya distracción para ese galán atrevido, de manos húmedas y espaldas de toro. Claro está que la cosa me tiene sin cuidado en el fondo, pero no por ello deja de producirme repugnancia.

Aquella noche, Trublot, en pleno aburrimiento rebosaba sin embargo inspiración filosófica. Y continuó murmurando:

—¡Maldita sea! De tal amo, tal criado... Cuando los propietarios dan el ejemplo, los abandonados por la fortuna bien pueden permitirse tener gustos deshonestos. ¡Ah! ¡Decididamente, todo cuanto representa un valor, va desapareciendo en Francia!

—Adiós, tengo que dejarle —dijo Octave.

Pero Trublot todavía consiguió retenerle unos momentos. Enumeraba los cuartos de aquellas criadas que se hubieran prestado a darle cobijo, si la estación veraniega no hubiera dejado vacía la casa. Y lo peor era, además que todas ellas cerraban sus puertas dándole doble vuelta a la llave, hasta tal punto temían ser robadas entre sí. Nada había que hacer, tratándose de Lisa, cuyos

gustos le parecían estrambóticos. No se atrevía a emprenderla con Victoire, aunque... si hubiese sido diez años más joven, todavía se hubiera podido sacar algún partido. Y lo que más deploró sobre todo fue la manía de Valérie en cambiar de cocinera: aquello resultaba insoportable. Y se puso a contar las distintas sirvientas con los dedos; todo un desfile pasaba al galope; una que había exigido chocolate por la mañana; otra que se despidió porque el señor no comía como es debido; otra más, a la que la policía fue a buscar cuando estaba poniendo en el horno un trozo de ternera; una cuarta que no tocaba nada sin hacer un estropicio, de fuerza que tenía; una quinta, que se empeñaba en tener otra criada a sus órdenes para que le sirviera; y una en fin, que se permitía el lujo de ponerse los vestidos de la dueña y se atrevió a abofetear a ésta, el día que intentó llamarle la atención. ¡Todo eso en el corto espacio de un mes! ¡Ni tiempo siquiera para ir a pellizcarlas en la cocina!

—Después —añadió—, ha tenido a Eugénie. Por fuerza ha debido fijarse usted en ella, una chica alta y muy guapa, ¡una Venus, querido!, y conste que ahora le hablo en serio: la gente se volvía en la calle para contemplarla... Sólo que entonces, durante diez días, la casa estuvo en vilo. Las señoras estaban furiosas. Y por lo que se refiere a los hombres, no sabían cómo contenerse: Campardon andaba con la lengua fuera, Duveyrier encontró como pretexto para subir todos los días aquí, ver si en el tejado se producían goteras. Una efectiva revolución, un auténtico incendio en el que su respetable barraca ardía desde los sótanos hasta el granero... Yo, desconfiado, me mantuve al margen. ¡Me parecía demasiado elegante! Créame, querido, prefiero que sean feas y estúpidas con tal que haya donde agarrarse: ése es mi modo de ver las cosas, por principio y también por gusto... ¡Y vaya olfato el mío, en aquella ocasión! Eugénie tuvo que ser finalmente despachada, el día en que la señora se dio cuenta, al ver sus sábanas negras como el hollín, de que la criada aprovechaba la madrugada para recibir la visita del carbonero de la plaza Gaillon. ¡Sábanas tiznadas de negro, cuya limpieza costaba un ojo de la cara! Pero ¿qué es lo que sucedió entonces? Sencillamente, que el carbonero estuvo muy enfermo, y lo mismo le ocurrió al cochero de los vecinos del segundo, a quien habían dejado aquí sus amos, ese ganso de cochero que la emprende con todas, y que estuvo a punto de estirar la pata. En cuanto a este último, no lo siento en absoluto, ¡es un individuo que me carga!

Por fin, Octave pudo marcharse. Dejaba a Trublott en la profunda oscuridad del granero, cuando éste de pronto exclamó:

—Y a todo esto, amigo, ¿qué es lo que buscaba usted por aquí, en las habitaciones de las criadas?... ¡Oh, malvado! ¡Por lo visto es usted un asiduo!

Y se puso a reír bien a su gusto. Prometió a Octave que guardaría secreto y lo despidió, no sin antes desearle que pasara una noche agradable. Por lo que a él se refería, no le quedaba más remedio que esperar a la estúpida de Adèle que, cuando estaba con un hombre, no sabía cómo desenganchar. Por lo demás, no era posible que Duveyrier se atreviese a retenerla hasta el amanecer.

Ya de regreso en la habitación de Rachel, Octave experimentó una nueva decepción. Berthe aún no se encontraba allí. Un sentimiento de cólera embargaba su ánimo: se habría burlado sin duda de él, y su promesa de acudir no tuvo otra finalidad que quitárselo de encima ante sus reiteradas súplicas. Mientras él se quemaba la sangre esperándola, ella debía estar en aquellos momentos, durmiendo, tranquila y feliz al verse sola, estirada cómodamente en el amplio lecho conyugal. Pero, entonces, en lugar de regresar a su alcoba y dormirse él también, se empeñó en permanecer allí y se echó en la cama vestido, pasando la noche en imaginar proyectos de venganza. Aquella habitación de criada, desnuda y fría, colmaba ya su irritación en aquellos momentos, con sus paredes sucias, su natural pobreza y el insoportable olor a mujer poco aseada; pero no quería confesarse a sí mismo a qué clase de bajezas le había conducido su exasperado amor y la necesidad de satisfacer sus deseos. Lejos de allí sonaban las tres. Ronquidos de robustas sirvientas se oían a su izquierda; de vez en cuando, alguien se levantaba o el ruido de un grifo hacía vibrar las paredes. Pero lo que más nervioso le ponía era oír, a su derecha, un quejido continuo, una voz de dolor apesadumbrado, exhalado en la fiebre de un insomnio. Y al cabo de un largo rato, acabó por reconocer en aquel quejido la voz de la pespunteadora de botinas. ¿Estaría dando a luz? La desdichada, completamente sola, agonizaba bajo la techumbre, en uno de esos míseros cuartuchos, en los que apenas cabía su vientre.

Hacia las cuatro, Octave tuvo algún motivo de distracción. Oyó a Adèle volver y luego a Trublot que salió rápidamente a su encuentro. La riña iba a empezar. Ella trataba de defenderse: el propietario la había retenido, ¿acaso tuvo ella la culpa? Trublot la acusó de estar volviéndose orgullosa pero ella se echó a llorar, diciendo que no tenía derecho a hablarle de aquella manera. ¿Qué pecado podía haber cometido, para que la Providencia consintiera que los hombres se ensañasen con ella? Después de uno, otro: aquello era el cuento de nunca acabar. Y sin embargo, no era gran cosa lo que les incitaba; sus majaderías le causaban tan poco placer que incluso procuraba no lavarse y permanecer sucia, para de ese modo resultarles menos atractiva. Pero ¡ah!, ni siquiera así lograba nada; al contrario, parecían excitarse más aún, y no había

más remedio que sucumbir debido al exceso de trabajo. El caso es que ya no podía más, estaba hasta las narices de la señora Josserand, que se empeñaba en que cada mañana fregase la cocina.

—Vosotros —balbuceaba entre lágrimas y sollozos—, vosotros podéis dormir tanto como queráis, después de todo; pero yo tengo que ir trajinando de un sitio para otro... ¡No, no hay justicia! ¡No puedo ser más desgraciada!

—Vamos, duerme; no tengo el propósito de atormentarte —acabó por decirle Trublot, de buen corazón en el fondo, con cierto tono de conmiseración paternal—. ¡Cuántas mujeres quisieran estar en tu sitio!... ¡Puesto que te quieren, tonta, más que tonta, déjate querer!

Al amanecer, Octave se quedó dormido. Reinaba un profundo silencio; la pespunteadora de botinas ya no exhalaba quejido alguno, estaba como muerta mientras sostenía el vientre con las dos manos. Y el sol se proyectaba ya sobre la estrecha ventana, cuando, al abrirse repentinamente la puerta, despertó el joven en medio de un sobresalto. Era Berthe que subía para ver lo que pasaba, impulsada por un irresistible deseo; comenzó por rechazar la idea, pero luego se iba dando pretextos a sí misma; la imperiosa necesidad de visitar la alcoba, para poner las cosas en orden, dando por supuesto que Octave, movido por la cólera, hubiera dejado todo a la desbandada. No creía, por otra parte, encontrarle allí. Cuando le vio incorporarse de la pequeña cama de hierro, pálido y amenazador, quedó sobrecogida, y escuchó con la cabeza baja sus furiosos reproches. Le apremiaba para que respondiera y le presentase excusas cuanto menos. Por fin ella pudo murmurar:

—En el último momento, me fue imposible. Lo que había proyectado, carecía de sentido... Le amo, puedo jurárselo; ¡pero aquí no, por favor!

Y, viendo que él se acercaba, retrocedió, por miedo a que quisiera aprovechar la ocasión. A Octave no le faltaban las ganas, desde luego: estaban sonando las ocho, las criadas habían marchado, y el mismo Trublot acababa de irse hacía un instante. Entonces, al intentar cogerle las manos, diciéndole que por el solo hecho de amar a alguien debe estar dispuesto a todo, quejóse la joven de que le molestaba el olor que despedía la habitación, y se dispuso a abrir la ventana. Pero Octave procuraba atraerla de nuevo hacia sí, aturdiéndola con su atormentado deseo. Y ya estaba ella a punto de ceder, cuando una fangosa oleada de insultos y palabrotas remontó del patio de las cocinas.

—¡Puerca! ¡Sucia! ¿Quieres terminar de una vez?... No tengo por qué aguantar que me tires el estropajo sobre la cabeza.

Berthe, temblorosa, había conseguido desasirse, al tiempo que murmuraba:

—¿Lo estás oyendo?... ¡Oh no, aquí no, te lo suplico! Me daría mucha vergüenza... ¿No oyes a esas condenadas? Sus disputas me producen escalofríos. El otro día creí ponerme enferma... No, déjame tranquila, y te prometo acudir a tu habitación, el martes próximo.

Los dos amantes, de pie y sin atreverse a hacer ningún movimiento, no tuvieron más remedio que seguir oyendo todo aquel chismorreo de las criadas.

—Anda, ¿por qué no te asomas un poco? —seguía diciendo Lisa, furiosa—. ¡Así conseguiré llenarte la boca con tu propia basura!

En aquel instante, Adèle fue a asomarse a la ventana de su cocina.

—¡Menudo escándalo por un simple paño de limpieza! Sólo lo utilicé para enjugar ayer mi vajilla. Además se ha caído solo.

Por fin hicieron las paces, y Lisa le preguntó qué fue lo que habían comido en su casa el día anterior. ¡Guisado otra vez! ¡Ella que imaginó poder hartarse de chuletas en aquella casa! Y, con este motivo no cesaba de impulsar a Adèle para que escamotease el azúcar, la carne y las velas, añadiendo que ella se consideraba con perfecto derecho para hacerlo, puesto que, como nunca tenía apetito, nada llegaba en realidad a consumir, y por esa razón permitía a Victoire que robase a los Campardon, sin reservarse nada para ella.

—¡Oh! —dijo Adèle, que resbalaba ya por la pendiente de la corrupción—. El otro día pude llevarme unas patatas escondidas debajo del delantal. Parecía como si me quemaran los muslos. ¡El caso es que las encontré muy buenas!... También aprovecho, cuando puedo, para beberme el vinagre, ¡me gusta horrores!... Y ahora, que ya me tiene sin cuidado todo, me limito a empinar el codo y lo bebo a chorros.

Victoire apoyó a su vez los codos en el marco de la ventana, mientras acababa de beberse una copa de aguardiente con que Lisa la obsequiaba algunas veces, temprano, para pagarle de algún modo la gentileza con que sabía ocultar sus escapadas, lo mismo de noche que de día. Y como se diera cuenta de que Louise le sacaba la lengua, desde el fondo de la cocina de la señora Juzeur, Victoire la emprendió con ella, diciendo:

—¡Escucha, criatura del arroyo, vas a conseguir que te meta la lengua donde yo sé!

—Atrévete, vieja borracha —contestó la pequeña—. Ayer mismo tuve ocasión de verte, cuando devolvías todo encima de la vajilla que estabas

lavando.

De repente, la oleada de basura empezó a azotar de nuevo las paredes de aquel pestilente agujero. La propia Adèle, a quien se había pegado esa charla descarada de los bajos fondos de París, insultaba a Louise, tratándola de bacalao, cuando Lisa se puso a gritar:

—Ya verás como consigo que se calle, si se empeña en seguir molestándonos. Sí, sí, pequeña, no tendré más remedio que advertir a Clémence de todo lo que está ocurriendo. ¡Ya sabrá ella ponerte las peras a cuarto!... ¡Qué repugnancia! ¡Pues no se atreve ya a perseguir a los hombres, cuando todavía es a ella a quien tendrían que limpiar los mocos!... Pero, callad un momento, que tenemos su hombre a la vista. ¡Menudo porcachón está hecho él también!

Hippolyte acababa de aparecer en la ventana de los Duveyrier, embetunando las botas del señor. Las criadas le saludaron afablemente, pese a todo, porque pertenecía a la aristocracia y sentía menosprecio por Lisa, que a su vez despreciaba a Adèle con mayor altanería de la que sienten los amos ricos respecto de aquellos que se encuentran en la penuria. Preguntáronle por la señorita Clémence y por la señorita Julie. ¡Dios mío!, se hartaban de pasarlo aburridas fuera de la ciudad, aunque, en medio de todo, tampoco estaban mal allá. Cambiando luego de tema, preguntó:

—¿Habéis oído esta noche cómo se retorció aquella, martirizada por el dolor que le produce el vientre?... ¡Es algo irritante! Por fortuna se nos va. Estuve tentado de gritar: ¡Suelta eso y acaba de una vez!

—El caso es que el señor Hippolyte tiene razón —dijo Lisa—. Nada trastorna tanto los nervios como una mujer que siempre está con cólicos... Gracias a Dios, ignoro lo que pueda ser eso; pero si un día llegara a tenerlos, me parece que procuraría tragármelos con tal de dejar dormir a la gente.

Entonces, Victoire, volvió a emprenderla con Adèle.

—¿Quieres aclararme una cosa, gordinflona? La primera vez que diste a luz, ¿lo hiciste por delante o por detrás?

Todas las cocinas retumbaron de risas, en un acceso de alegría insana y canallesca, en tanto que Adèle responda azorada:

—¿Un niño yo? No, ¡maldita la falta que me hace! Por lo pronto, se trata de fruta prohibida. ¡Además, basta con que una no quiera tenerlos!

—Hija mía —dijo Lisa, en un tono que no pudo ser más serio—, los hijos vienen cuando menos se piensa, y a ese percance estamos expuestas todas.

Esto les llevó a hablar de la señora Campardon. Ella, al menos, nada tenía que temer a este respecto; era la única nota agradable en su estado. A renglón

seguido, todas las señoras de la casa desfilaron por aquel escenario: la señora Juzeur, que sabía tomar sus precauciones; la señora Valérie, que salía por ahí en busca de hijos, porque su marido era incapaz de engendrar ni la sombra de ellos. Y entretanto, los estallidos, de risa remontaban a bocanadas por aquel sucio agujero.

Berthe había palidecido más aún. Permanecía a la espera, sin atreverse incluso a salir, con los ojos clavados en el suelo y como violenta por la presencia de Octave. Éste, indignado con las criadas, iba dándose cuenta de que, en semejantes circunstancias, no era posible conseguir lo que se proponía; su ansiado deseo se esfumaba hasta llegar a convertirse en lasitud, en inconcebible tristeza. A todo esto, la joven fue víctima de un estremecimiento. Lisa acababa de pronunciar su nombre.

—¡Y hablando de farsante, me viene una a la memoria que tiene todos los aires de serlo!... ¡Eh! Adèle, ¿no es cierto que tu señorita Berthe se solazaba sola, cuando todavía lavabas tú sus enaguas?

—Ahora —añadió Victoire—, por lo visto cambió de método y hace que el dependiente de su marido le dé un meneo de vez en cuando.

—¡Silencio! —murmuró Hippolyte en tono suave.

—Silencio, ¿por qué? El camello de su criada no está hoy en la casa... ¡Una auténtica marraja que sería capaz de comer a una en cuanto se atreviese a hablar mal de su señora! Por lo visto es judía, y tengo entendido que asesinó a alguien en su pueblo... No me extrañaría nada que el bello Octave se dedicara también a abrazarla por los rincones. El patrón ha debido contratar a ese memo para que se dedique a fabricarle niños.

Berthe, torturada por una indescriptible angustia, fijó la mirada en su amante; y, suplicante como si implorase ayuda, balbuceó con voz dolorida:

—¡Dios mío! ¡Dios mío!

Octave le cogió la mano, estrechándole fuertemente entre las suyas, ahogado también él por una cólera difícil de reprimir. ¿Qué hacer? Desde luego, no le era posible asomarse para imponer silencio a aquellas charlatanas. Las frases abyectas seguían su curso, palabras que la joven jamás tuvo ocasión de oír, toda una hecatombe verbal de auténtica alcantarilla y que, a lo que parece, tenía lugar allí cada mañana, muy cerca de ella y sin que sospechara su existencia. Era evidente que, sus amores, tan cuidadosamente mantenidos ocultos, se veían arrastrados por entre la escoria. Aquellas criadas, lo sabían todo, sin que nadie hubiera hablado de ello. Lisa explicaba que Saturnin era quien aguantaba la vela, Victoire se burlaba descaradamente de las jaquecas de su marido, y la propia Adèle se mofaba de ella, refiriéndose

a su época de soltería, poniendo al descubierto las menores intimidades, sus secretos de tocador. Y así, de esta forma, una verdadera oleada de basura y obscenidad ensuciaba sus besos, sus citas y cuanto pudiera quedar de bueno y delicado en sus ternuras.

—¡Ojo, apártense! —gritó bruscamente Victoire—. ¡Ahí van las zanahorias de ayer, que me están envenenando! ¡Es para ver cómo le sientan a ese crápula del tío Gourd!

Las criadas, obrando con toda maldad, lanzaban de ese modo los desperdicios al patio, que después el portero estaba obligado a barrer.

—¡Pues ahí van también los restos de unos riñones enmohecidos —dijo Adèle a su vez.

Todo cuanto quedaba en el fondo de las cacerolas y de los lebrillos, desfiló por allí, mientras Lisa se ensañaba con Berthe y Octave, poniendo al descubierto las mentiras con que éstos trataban de encubrir la descarada desnudez del adulterio. Con las manos cogidas, mirándose fijamente a la cara, permanecían los dos atónitos, sin poder desviar los ojos el uno del otro; sus manos se iban helando y en su vista quedaba reflejada la confesión de indignidad que implicaban aquellas relaciones, al darse cuenta de la poca firmeza de la postura de los amos, una vez aireada su conducta por el odio de la servidumbre. Y en eso consistían sus amores, en un simple enlace sexual, bajo una lluvia agobiadora de carne podrida y de legumbres agrias!

Debo informar a ustedes —dijo Hippolyte—, que el joven caballero se ríe de la parisién. Si se acogió a ella, fue con la sola idea de elevarse en su ambiente social... ¡Oh! ¡Un avaro en el fondo, pese a las apariencias, un galán sin escrúpulos, que con su aspecto de conquistador de mujeres les clava sus garras en cuanto puede!

Berthe, sin apartar los ojos de Octave, veía cómo éste iba palideciendo, hasta tener tan trastornada la faz que llegó a causarle verdadero espanto.

—Vaya la una por el otro —continuó diciendo Lisa—. No daría gran cosa por lo que a ella se refiere. Mal criada, con el corazón duro como una piedra, mofándose de todo lo que no sea para su propio placer y dispuesta en cualquier momento a sacrificar por dinero su honra. Sí, por dinero; sé perfectamente lo que digo, y me permito apostar incluso a que ni siquiera experimenta placer con los hombres.

Brotaron lágrimas de los ojos de Berthe. Octave veía descomponerse el rostro de la joven. Y allí se encontraban los dos, despellejados por decirlo así, el uno frente al otro, puestos cruelmente al descubierto, y sin posible protesta. Berthe, sofocada por aquella boca de sumidero que le estaba abofeteando

materialmente, quiso huir. Él, no osó retenerla, pues el menosprecio que de sí mismos experimentaba en aquellos instantes, hacía de su recíproca presencia una verdadera tortura, aspirando ante todo al consuelo de dejar de verse por el momento.

—Me prometiste ir el martes próximo a mi apartamento.

—Sí, sí.

Y se alejó presurosa, como perdida en un mar de confusiones. Él permaneció solitario unos instantes, dando vueltas por la habitación, haciendo un paquete con la ropa blanca que él mismo trajera. Había dejado ya de prestar atención al comadreo de las criadas, cuando una última frase le dejó parado en seco.

—Le aseguro que el señor Hédouin murió anoche... Si el bello Octave hubiese podido prever eso, habría seguido cultivando a la señora Hédouin, que es la que tiene los cuartos.

Aquella noticia, salida de allí, de semejante cloaca, resonó en el fondo de su ser. ¡El señor Hédouin había muerto! Un inmenso pesar invadió su ánimo. Se puso a pensar en voz alta sin poder contener la siguiente respuesta que afloraba a sus labios:

—¡Ah! ¡Qué tontería cometí!

Cuando por fin bajaba Octave con su paquete de ropa, se encontró con Rachel, que subía a su habitación. Si llegan a entretenerse unos minutos más, les hubiera sorprendido. Acababa de encontrar abajo a su dueña, anegada en lágrimas; pero esta vez, no consiguió de ella la más mínima confesión, ni siquiera un céntimo de soborno. Furiosa, comprendiendo que se aprovechaban de su ausencia para entrevistarse, escamoteándole de esa manera sus menguados beneficios, la sirvienta dirigió al joven una profunda mirada llena de amenaza. Una singular timidez de colegial impidió a Octave darle diez francos; y, deseoso de mostrar una entera libertad de espíritu, se disponía a entrar unos momentos en casa de Marie cuando un gruñido proveniente de uno de los ángulos de la habitación, le hizo volverse con rapidez: era Saturnin que se levantaba diciendo, en una de sus características crisis de celos:

—¡Ponte en guardia! ¡Reñidos a muerte!

En aquella mañana, ocho de octubre precisamente, la respunteadora de botinas debía abandonar su vivienda antes de las doce. Desde hacía una semana, el señor Gourd no cesaba de vigilar su vientre, con un espanto que aumentaba de hora en hora. Imposible que aguantase hasta el día ocho. La pobre mujer suplicaba al propietario que le consintiera permanecer unos días más hasta salir del apuro; pero tropezó con una negativa rotunda por parte de

aquél. A cada momento se retorció en dolores la infeliz, e incluso aquella misma noche creyó que le llegaba el momento. Después, hacia las nueve de la mañana, comenzó a ocuparse de su mudanza, ayudando al rapazuelo cuyo carromato se hallaba en el patio, buscando apoyo constantemente en los muebles, sentándose a cada momento en los peldaños de la escalera, cuando un cólico demasiado fuerte la forzaba a doblegarse.

A todo esto, el señor Gourd nada había conseguido descubrir. ¡Ni un solo hombre se dejó ver! Habíanse burlado de él. Desde el amanecer estuvo rondando de un lado para otro, con gesto de fría cólera. Octave, al encontrarle por la escalera, experimentó un sobresalto ante la idea de que también él estuviese enterado de sus amoríos. Puede que el portero supiera, en efecto, algo del asunto, pero no por ello dejó de saludarle menos cortésmente de lo que solía hacerlo, dado, que, según la peculiar filosofía del señor Gourd y empleando sus propias palabras, todo lo que era ajeno a su persona, le tenía sin cuidado. Aquella misma mañana, se había quitado la gorra ante la misteriosa dama, cuando salía de la habitación del señor del tercero, no dejando a su paso en la escalera más que un perfume evaporado de verbena; también tuvo ocasión de saludar a Trublot, a la otra señora Campardon y a Valérie. Se trataba de gente burguesa, y nada de cuanto pudieran observar sus ojos llegaba a afectarle ni tenía nada que ver con él; ni los jóvenes sorprendidos, al salir de los cuartos de las criadas, ni las señoras que paseaban por la escalera, vestidas con peinadores que constituían su propia acusación. Pero lo que le concernía, en cambio, eso sí le importaba; y por ello no perdía de vista los cuatro miserables muebles de la respunteadora de botinas, como si el hombre por él tan buscado fuera a marcharse al fin dentro de algún cajón.

A las doce menos cuarto, apareció la obrera, con su semblante de cera, su tristeza habitual y aquel mohíno gesto de abandono. Apenas podía andar. El señor Gourd no dejó de temblar hasta que la vio en la calle. En el momento mismo en que le estaba entregando las llaves, Duveyrier salía por el vestíbulo, tan agotado por su aventura nocturna, que las rojas manchas de su cara parecían manar sangre. Cuando la pobre infeliz pasó por delante, la miró con gesto altanero y despectivo, que pretendía ser presión de una severa e implacable moral. Ella había bajado la cabeza, como avergonzada, confusa en su resignación, marchando detrás del carromato con el mismo desesperado paso que cuando llegara, el día en que se abismó por entre las negras colgaduras de las Pompas Fúnebres.

El único que allí quedaba como triunfador, era el señor Gourd, como si aquel vientre se llevase el malestar de la casa, las cosas deshonestas que

trascendían de sus muros, dijo con énfasis al propietario:

—¡Menudo desahogo señor!... ¡Ahora es cuando se va a poder respirar, pues el asunto se iba poniendo repugnante, palabra de honor! Parece como si me hubieran quitado un peso enorme de encima... ¡No, créame señor, en una casa que se respete sobran las mujeres y, sobre todo, esas mujeres que trabajan!

XIV

EL siguiente martes, Berthe faltó a la palabra dada a Octave. Esta vez, ella misma le había advertido que no la esperase, en un breve diálogo que tuvo con él, a última hora de la tarde del mismo día, después de haber cerrado la tienda; la joven sollozaba, había ido a confesarse la víspera, inducida por sus creencias religiosas, y se sentía aún abrumada por las dolorosas exhortaciones del abate Mauduit. Después de su matrimonio, había olvidado las prácticas religiosas; pero a raíz de las duras frases que, cual salpicaduras de barro, enturbiaron su espíritu, sintióse tan triste, tan abandonada, con una conciencia tan poco limpia, que fue a refugiarse de nuevo, por espacio de una hora, en sus creencias de niña, con la esperanza de hallar de ese modo una purificación y un consuelo para su alma. Octave, viéndose impotente para convencerla y enfurecido por ello, se encogió de hombros.

Después, al cabo de tres días, le prometió de nuevo acudir el martes siguiente. Mientras tanto, en el transcurso de una cita que diera a su amante en el Pasaje de los Panoramas, tuvo ella ocasión de ver unos chales de Chantilly; y no hacía más que mencionarlos a cada momento, entornando los ojos, acuciada por el deseo. Ello sirvió de pretexto para que, el lunes por la mañana, el joven le dijera riendo, para atenuar así en lo posible la brutalidad del trato, que, si cumplía por su parte la palabra que le había dado, encontraría en su casa una pequeña sorpresa. Comprendiendo ella de qué se trataba, se echó a llorar una vez más. ¡No!, ¡no!, ahora sí que no iría; obrando de aquel modo echaba a perder la auténtica dicha de sus citas. Si había mencionado aquel chal, fue simplemente por hablar, y estaba dispuesta a arrojarlo al fuego si se atreviera a regalárselo. Sin embargo, al día siguiente, se pusieron de acuerdo: a las doce y media, ella daría tres golpecitos en la puerta.

Aquel día, cuando Auguste partió para Lyon, le pareció a Berthe que su aspecto no era del todo tranquilizador. Le había sorprendido antes hablando en voz baja con Rachel, detrás de la puerta de la cocina; tenía además la cara pálida y amarillenta, semejando estar tiritando y con el ojo más cerrado que

de costumbre; pero como se quejaba de su consabida jaqueca, la joven creyó simplemente que se encontraba algo enfermo y se despidió de él asegurándole que el viaje le sentaría bien. En cuanto estuvo sola, se volvió inmediatamente a la cocina, e intentó sonsacar a la criada, mostrándose discreta, respetuosa, con el mismo gesto de seriedad observado desde el primer día. Berthe, sin embargo, notaba en ella como un vago descontento; y pensó entonces que había cometido un grave error limitándose a darle veinte francos y un vestido, para luego cortar en seco sus liberalidades, aunque desde luego lo hiciera forzada por su habitual escasez de dinero.

—Hijita mía —le dijo Berthe—, soy muy poco generosa. ¿No es eso?... Pero, no tengo la culpa, créame. Pienso en usted y no dejaré de recompensarla.

Rachel, con su aire frío de siempre, le respondió:

—La señora no me debe nada.

Entonces Berthe se fue en busca de dos camisas viejas, con el mejor deseo de darle prueba cuanto menos de su buen corazón. Pero la criada, al cogerlas, le dijo que con aquella ropa haría trapos para la cocina.

—Gracias, señora, pero el percal me produce granos, y por eso no uso más que tela de hilo.

A pesar de todo, Berthe la encontró tan cortés, que, después de haber hablado con ella, se sintió tranquila. E incluso ya en el terreno de la intimidad, le confesó que no pensaba pernoctar en casa, y hasta se permitió rogarle que dejase una lámpara encendida por lo que pudiera ocurrir. Echarían el cerrojo a la puerta de la escalera principal, saliendo por la puerta de la cocina, cuya llave se llevaría. La criada tomaba nota tranquilamente de todas aquellas órdenes, lo mismo que si se hubiera tratado de preparar cualquier guiso para el día siguiente.

Aquella noche, buscando perfeccionar su táctica y mientras Berthe, había de estar cenando en casa de sus padres, Octave se apresuró a aceptar la invitación que, con el propio fin le hicieran los Campardon. Contaba permanecer en casa de estos últimos hasta las diez de la noche, para ir a encerrarse luego en su apartamento y esperar allí a que tocaran las doce y media, con la mayor paciencia posible.

En casa de los Campardon, la cena fue patriarcal. Sentado entre su mujer y la prima, Campardon se volcaba de lleno sobre los distintos platos que le fueron sirviendo, platos de cocina hogareña, abundantes y sanos, según él mismo se atrevía a calificar. Había aquella noche gallina con arroz y un magnífico pedazo de buey con patatas rehogadas. Desde que la prima se

hiciera cargo de todo, la casa vivía en una continua indigestión, hasta tal punto sabía comprar bien, gastando menos y consiguiendo mayor cantidad de género que las demás. Tan entusiasmado estaba Campardon que se sirvió tres veces gallina, en tanto que Rose se hinchaba de arroz. Angèle se reservó para el buey, le gustaba la sangre y Lisa solía servirle a escondidas grandes cucharadas de jugo. Gasparine era la única que apenas probaba la comida, por tener el estómago estropeado, según aseguraba.

—Coma usted —decía el arquitecto a Octave—, para que a su vez no le coma la falta de nutrición.

La señora Campardon, hablando al oído del joven, se felicitaba una vez más de la dicha aportada a la casa por la prima: una economía de, cuanto menos, el cien por ciento, mayor respeto por parte de la servidumbre y, como capítulo aparte, el buen ejemplo que daba a Angèle, la cual estaba así mejor vigilada.

—En fin —siguió diciendo la señora—, Achille continúa siendo feliz como pez en el agua, y yo nada tengo que hacer, absolutamente nada... Imagínese que ahora incluso me ayuda a peinarme y arreglarme. Puedo vivir cruzada de piernas y brazos como aquel que dice, se ha hecho cargo de todos los trabajos y complicaciones que trae consigo un hogar.

Empezó a contar después el arquitecto cómo «había tenido que llamar al orden a aquellos ineptos del ministerio de Instrucción Pública».

—Imagínese, querido amigo, que no han hecho más que buscarme molestias y conseguir aburrirme con motivo de los trabajos que estoy realizando en Evreux... Yo, como es natural, lo primero que quise fue complacer a monseñor. Lo único que ha pasado es que el horno de las nuevas cocinas y el calorífero han costado más de veinte mil francos. No se había votado ningún crédito suplementario, y veinte mil francos no es cantidad que se pueda deducir fácilmente de los gastos de administración. Por otra parte, el púlpito, para el que se asignaron tres mil francos, ha subido a cerca de diez mil, siete mil francos más que era preciso disimular... Y en tales circunstancias me llamaron esta mañana para que fuera al ministerio, donde un funcionario alto y seco trató de ver la forma de que desvirtuara el asunto. Pero, no, ¡eso sí que no!; al contrario, me apresuré a mencionarles abiertamente a monseñor, amenazándole con que estaba dispuesto a llamarle para que viniera a París y fuese él quien diera explicaciones. Enseguida, el funcionario en cuestión, se convirtió en una persona de lo más amable que pueda uno imaginar, de una cortesía y delicadeza que aún me causa risa recordarlo. Como sabrá usted, tienen un miedo cerval a los obispos en estos

momentos. ¡Con uno de mi parte, me atrevería a demoler y a reconstruir la iglesia de Notre-Dame, pues me tiene sin cuidado lo que pueda pensar el Gobierno!

Todos dieron muestras de regocijo alrededor de la mesa, sin respeto alguno para con el ministro, del que se permitieron hablar con desdén y con la boca llena de arroz al mismo tiempo. Rose declaró que valía más estar a bien con la religión. Desde que empezara las obras de Saint-Roch, Achille estaba abrumado de trabajo: las familias de más alcurnia se lo disputaban, no daba realmente de sí lo que hubiera querido y tenía que pasarse las noches en vela. Les tenía Dios bajo su amparo, sin duda alguna, y la familia le bendecía a todas horas.

Estaban ya en los postres, cuando Campardon exclamó:

—A propósito, querido, ¿sabe usted que Duveyrier encontró a...?

Iba a nombrar a Clarisse, pero, dándose cuenta de que estaba Angèle delante, a quien dirigió una mirada de sesgo, añadió:

—Encontró a su parienta, ¿me comprende?

Y, a través de guiños y gestos con los labios, logró al fin que Octave le entendiera, aunque quizá no del todo.

—Sí, así me lo contó por lo menos Trublot, a quien tuve ocasión de ver. Anteayer, cuando llovía a cántaros, buscaba Duveyrier cobijo en un portal y topó nada menos que con su parienta, que estaba sacudiendo su paraguas... Hacía precisamente una semana que Trublot la andaba buscando para volverla al redil.

Angèle había bajado modestamente los párpados, fijando la mirada en su plato, e ingiriendo al propio tiempo enormes bocados. La familia, por otra parte, trataba de salvaguardar la decencia de sus expresiones con la mayor rigidez posible.

—¿Es buena persona esa parienta a que se refiere? —preguntó Rose a Octave.

—Según bajo que aspecto —respondió éste—. Siempre hay que conformarse con lo que son.

—Un día tuvo la audacia de acercarse a la tienda —dijo Gasparine, que, pese a su delgadez, detestaba a las personas flacas—. Me la mostraron... La verdad, una auténtica habichuela.

—No importa —concluyó diciendo el arquitecto—. Ya tenemos otra vez a Duveyrier cogido en la trampa... Su pobre mujer es la que...

Quería decir que Clotilde debía estar descansada y contenta; pero recordó por segunda vez que estaba delante Angèle, por lo que, adoptando un gesto de

tristeza, añadió:

—No siempre existe armonía entre parientes... ¡Dios mío!, no hay familia donde no se observe alguna contrariedad.

Lisa, sentada al otro lado de la mesa y con una servilleta al brazo contemplaba a Angèle, y ésta, presa de un acceso de risa loca, se apresuró a coger el vaso y a meter las narices en él, simulando que bebía durante un largo rato.

Algo antes de las diez, pretextó Octave sentir un gran cansancio para poder subir a su habitación. A pesar de las ternuras y amabilidades de Rose, la verdad era que no se encontraba a gusto en aquella casa, donde veía acentuarse por momentos contra él la hostilidad de Gasparine, a pesar de que no hizo nada que justificase tal animadversión. Gasparine se limitaba a detestarle como hombre guapo simplemente; imaginaba que, seguramente, tendría a su merced a todas las mujeres de la casa, y tal sospecha la exasperaba en demasía, sin que ello significase, no obstante, que ella le deseara lo más mínimo, pues reaccionaba ante el supuesto éxito del joven, como obedeciendo a una cólera instintiva de mujer cuya belleza se había desvanecido demasiado pronto.

En cuanto él hubo marchado, la familia habló de acostarse. Cada noche, Rose, antes de meterse en la cama, se pasaba una hora en su tocador. Procedió, como siempre, a un lavado completo de su cuerpo, perfumándose de arriba abajo, para luego peinarse; a continuación examinó detenidamente sus ojos, boca y orejas, e incluso se hizo una señal debajo de la barbilla. Por la noche, sustituía su lujo de peinadores por un lujo de cofias y camisas. Para aquella noche escogió una camisa y una cofia guarnecidas de encajes. Gasparine le ayudó acercándole palanganas, recogiendo con una esponja el agua esparcida a su alrededor y frotándole con una toalla, pequeñas atenciones íntimas que sabía llevar a cabo mucho mejor que Lisa.

—¡Oh! ¡Ahora me encuentro a gusto! —dijo finalmente Rose, cuando ya se hubo echado, mientras la prima acababa de dar el último toque a las sábanas y colocaba en su sitio el almohadón.

No podía reírse más a gusto, completamente sola y tumbada como estaba en aquel amplio lecho. Viéndola sumida en sus encajes, con su mullido cuerpo, delicado por demás y cuidadosamente atendido, hubiérase dicho tratarse de una bella enamorada que se hallaba a la espera del hombre de su corazón. Cuando se sentía hermosa, le parecía que dormía mejor, según ella. Por otra parte, éste era su único placer.

—¿Se terminó ya? —preguntó Campardon entrando en la alcoba—. Pues bien, buenas noches, cariño mío.

Él pretendía tener que trabajar. Aún permanecería algún tiempo levantado. Pero la mujer, poniendo un gesto de disgusto, le dijo que reposase un poco: ¡era estúpido, matarse de aquella manera!

—Hazme caso y acuéstate... Gasparine, prométeme que le harás acostarse enseguida.

La prima, que acababa de dejar sobre la mesilla de noche un vaso de agua azucarada y una novela de Dickens, no cesaba de mirarla; y, sin responder a su pregunta se acercó a ella y dejó escapar la siguiente frase:

—¡Lo que es esta noche, estás hermosa de veras!

Y con sus labios secos, la besó en ambas mejillas, con una resignación de pariente fea y pobre. También Campardon contemplaba a su esposa, mientras la sangre afluía a su rostro, síntoma de una digestión penosa. Sus bigotes experimentaron un ligero temblor y la besó a su vez.

—Buenas noches, gatita mía.

—Buenas noches, querido... Ya lo sabes, no tardes en acostarte.

—¡No pases cuidado! —dijo Gasparine—. Si a las once no está ya durmiendo, me levantaré y apagaré su lámpara.

Hacia las once, Campardon, que bostezaba sobre los planos de un chalet suizo, fantástica edificación que le había encargado un sastre de la calle Rameau, empezó a desnudarse con lentitud sin dejar de pensar en Rose, tan hermosa y pulida; luego, después de deshacer un poco su cama, para que las criadas no advirtieran nada extraño, se fue directamente al lecho de Gasparine. Dormían allí muy mal, demasiado apretujados y molestándose continuamente con los codos. Él, sobre todo, reducido a mantenerse en equilibrio en el borde del colchón de muelles, se levantaba siempre con una nalga dolorida.

En aquel mismo instante, cuando Victoire había subido ya a su habitación, una vez limpia la vajilla, acudió Lisa, según costumbre, para ver si no le faltaba nada a la señorita. Angèle, acostada, la estaba esperando; y entonces, como cada noche, sin que lo supieran los padres, se dedicaban a jugar interminables partidas de cartas, sobre un rincón extendido de la colcha. Jugaban distraídamente mientras su conversación giraba alrededor de la prima, una indecente estúpida, según el retrato al desnudo que de la misma hacia la criada delante de la niña. De esta forma se vengaban ambas de la sumisión hipócrita a que se veían constreñidas durante el día, y así era como Lisa sentía un vil regocijo con aquella corrupción de Angèle, satisfaciendo

sus curiosidades de niña enfermiza, turbada por las crisis de sus quince años. Aquella noche, estaban furiosas contra Gasparine, quien, desde hacía dos días, encerraba el azúcar, con la que llenaba sus bolsillos la criada, para vaciarlos seguidamente sobre la cama de la pequeña ¡Vaya camello! ¡Ni siquiera poder dormirse mordisqueando azúcar!

—Su papá, sin embargo, parece ser que le proporciona bastante azúcar —dijo Lisa con una risa sensual.

—¡Oh!, sí —murmuró Angèle, también riendo.

—¿Qué es lo que hace su papá?... Anda, imítale un poco.

La criatura se abalanzó entonces al cuello de la criada, la estrechó entre sus desnudos brazos y le dio un fuerte beso en la boca, mientras repetía:

—¡Así, como lo estás viendo! Lo mismo que hago yo.

Estaban dando las doce. Campardon y Gasparine se movían quejumbrosamente en su cama demasiado estrecha, en tanto que Rose, tumbada tranquilamente en la suya y con los miembros separados, leía a Dickens, derramando sentimentales lágrimas. Pronto imperó un gran silencio, la casta noche proyectaba su sombra sobre la honestidad de la familia.

A todo esto, cuando iba a acostarse, Octave encontró visita en casa de los Pichon. Jules le llamó, empeñado en obsequiarle con algo. El señor y la señora Vuillaume se hallaban allí, reconciliados con la familia desde la salida a misa de Marie, que había dado a luz en septiembre. Incluso aceptaron ir a cenar un martes, para celebrar el restablecimiento de la joven, que sólo salía a la calle desde la víspera. Esta última, con el mejor deseo de calmar a su madre, a quien la presencia de la criatura, una niña más, contrariaba en extremo, decidió ponerla en manos de una nodriza, cerca de París. Lilitte dormía sobre la mesa, aletargada por un vaso de vino puro que sus padres le hicieron beber a la fuerza, a la salud de su hermanita.

—En fin, tratándose sólo de dos, la cosa es tolerable —dijo la señora Vuillaume después de haber brindado con Octave—. Pero, por favor, yerno mío, no volvamos a empezar.

Todos se echaron a reír. Pero la anciana, sin abandonar su gesto de seriedad, continuó:

—No creo que tenga ninguna gracia cuanto estoy diciendo... Aceptaremos de buen grado esta criatura, pero me atrevo a jurar que si llegara a venir otro...

—¡Oh!, si se presentase otro —dijo el señor Vuillaume, terminando la frase—, demostraríais carecer de corazón y de cerebro... ¡Qué diablos!, en la

vida hay que comportarse con seriedad y saber contenerse uno, cuando no se tiene el dinero suficiente para gastarlo en caprichos.

Y, volviéndose hacia Octave, añadió:

—Aquí donde me ve usted, señor, poseo una condecoración. Pues bien, ¿qué le parecería si le dijera que para no estropear demasiado la cinta, me abstengo de llevarla cuando hago vida hogareña?... Fácil le será razonar por lo tanto que cuando, lo mismo mi mujer que yo, nos privamos del placer de ostentar en familia la condecoración, bien pueden nuestros hijos privarse del placer de engendrar otros... No, señor, cualquier economía tiene su trascendencia, por pequeña que sea.

Pero los Pichon se apresuraron a protestar por la obediencia ciega con que pensaban seguir tales consejos. ¡En modo alguno volverían a caer en la tentación!

—¿Para sufrir como yo he sufrido? —dijo Marie, que aún conservaba su acentuada palidez.

—Antes preferiría cortarme una pierna —declaró Jules.

Los Vuillaume meneaban la cabeza con aire satisfecho. Tenían su palabra y estaban dispuestos a perdonar lo irremediable. Y, cuando sonaban las diez en el reloj, todos se abrazaron con emoción, dando por terminada la velada. Jules se puso el sombrero para acompañarles hasta el ómnibus. Aquello de reanudar las antiguas costumbres les enterneció hasta el punto de que volvieron a abrazarse por segunda vez en el rellano de la escalera. Cuando se hubieron marchado, Marie, que estuvo contemplando cómo bajaban, apoyada en la barandilla de la escalera, al lado de Octave, condujo a éste al comedor y le dijo:

—Hay que convenir en que mamá no es mala, y tiene razón en el fondo: ¡eso de que nazcan niños no tiene nada de divertido!

Había vuelto a cerrar la puerta y se puso a desembarazar la mesa de los vasos que aún quedaban por allí. La reducida habitación conservaba el tibio ambiente de la pequeña fiesta familiar, mientras Lilitte seguía su ininterrumpido sueño en una esquina del hule de la mesa.

—Voy a acostarme —murmuró Octave.

Pero empezó por sentarse; la verdad es que se encontraba allí muy a gusto.

—¡Cómo! ¡Ya se acuesta usted! —comentó la joven—. Por lo general, no es usted tan ordenado. ¿Tiene algo urgente que hacer mañana a primera hora?

—Pues no —respondió Octave—. Tengo sueño, simplemente... Eso no quiere decir que no pueda estar aún diez minutos en su compañía.

La imagen de Berthe acudió a su mente. Ella no subiría hasta las doce y media: tenía tiempo sobrado. Y aquel pensamiento, la esperanza de poseerla toda una noche, que le tenía en vilo varias semanas, no se dejaba traslucir en su apariencia. La fiebre que le persiguiera durante toda la jornada, el tormento de su afán contando los minutos que faltaban, evocando continuamente la imagen de su próxima dicha, tenían que sucumbir ante el cansancio de la espera.

—¿Quiere usted otra copita de coñac? —le preguntó Marie.

—¡No faltaba más! Con mucho gusto.

Pensaba que aquello serviría para reanimarle. Cuando hubo vaciado la copa, Octave le cogió las manos, conservándolas entre las suyas, mientras ella estaba sonriente, sin dar muestras de temor alguno. La encontraba encantadora, con su palidez de mujer aún no repuesta. Toda la sorda ternura que de nuevo invadía su ser, remontaba en su interior con brusca violencia, alcanzando su garganta, sus mismos labios. Una noche la había devuelto al marido, después de darle un beso paternal en la frente; y ahora experimentaba de nuevo la necesidad de estrecharla entre sus brazos; se trataba de un deseo súbito y agudo, en el cual el afán de poseer a Berthe se veía anegado, hasta llegar a desvanecerse, como algo muy lejano.

—¿No me tiene usted miedo hoy? —le preguntó estrechándole las manos con fuerza.

—No, puesto que todo es ya imposible... ¡Oh, seguiremos siendo buenos amigos!

Dióle a entender que estaba enterada de todo. Saturnin debió habérselo contado. Además, las noches en que Octave tenía cita con determinada persona, ella estaba más que informada. Pero como el joven parecía palidecer de inquietud, se apresuró a tranquilizarle: jamás se atrevería a decir nada a nadie; su conducta no le causaba enojo alguno, y le deseaba por el contrario mucha dicha en su nueva aventura.

—Vamos a ver —insistía ella—, estando casada, ¿tendría sentido que pretendiera algo de usted?

Octave, que la había sentado sobre sus rodillas, le dijo con redoblada ansia:

—¡Es a ti a quien amo!

Estaba diciendo la verdad, a la única a quien amaba en aquel momento, con una pasión absoluta e infinita, era a ella sin duda. Todo cuanto pudiera entrañar su nuevo compromiso con otra mujer, los dos meses transcurridos deseando a otra, habían desaparecido como por encanto. Se veía de nuevo en

aquella reducida pieza, besando en todo momento, con su dulce y habitual pasividad. Aquello sí que representaba la dicha. ¿Cómo pudo haberla desdeñado? El arrepentimiento retorció su corazón. La quería aún, y si no llegaba a poseerla, se daba perfecta cuenta de que sería un infeliz eterno.

—Déjeme usted —murmuró ella tratando de desasirse—. No sabe ser razonable y acabará entristeciéndome... Ahora que ama a otra, ¿por qué se empeña en seguir atormentándome?

De ese modo trataba de defenderse con su aire dulce y cansado, por repugnarle simplemente cosas que no acababan de agradaerle. Pero Octave enloquecía por momentos, la estrechaba cada vez más entre sus brazos y besaba su garganta a través de la áspera tela de su traje de lana.

—A ti es a quien amo, aunque no llegues a comprenderme... ¡Escúchame, no te miento! ¡Te lo juro por lo más sagrado! Abre mi corazón para comprobarlo... ¡Oh!, te lo ruego, ¡se complaciente conmigo! Accede esta vez, y ya nunca más, si así me lo exigés. Dime hoy que sí o conseguirás matarme de pena.

Marie sintióse entonces sin fuerzas, paralizada por aquella firme voluntad varonil que se imponía a todo trance. En aquel momento concurrían en ella la bondad, el miedo y la estupidez. Hizo un movimiento para trasladar a la alcoba a la dormida Lilitte; pero él la detuvo enseguida, por miedo a que la criatura despertase. Y se abandonó al joven en el mismo lugar donde cayera en sus brazos, como mujer sumisa, el año anterior. En aquellas horas de la noche, la paz y tranquilidad reinantes en la casa, se traducían en un silencio zumbante que llenaba el ambiente de la reducida pieza. De pronto, empezó a decrecer la luminosidad de la lámpara, e iban ya a quedarse sin luz, cuando Marie, levantándose, llegó a tiempo de reavivarla otra vez.

—¿Me guardas rencor? —preguntó Octave con tierno reconocimiento, quebrantado todavía por una dicha como jamás hubiera experimentado.

Ella dejó la lámpara y dándole un último beso con sus labios fríos, respondió:

—No, puesto que le causó placer... Pero sigo sin encontrar nada buena su conducta, habiendo como hay otra persona por medio. Por lo que a mí se refiere, ninguna significación puede tener ya.

Afluyeron las lágrimas a sus ojos y se quedó triste, aunque, como siempre, sin experimentar cólera alguna. Cuando Octave la dejó, se sentía descontento; hubiera querido acostarse simplemente y dormir. Su pasión satisfecha le había dejado una especie de mal sabor, una tremenda amargura. Pero la otra ya estaba a punto de llegar, no había más remedio que esperarla; y el solo hecho

de pensar en la otra pesaba terriblemente sobre sus espaldas, deseando incluso que una catástrofe imprevista le impidiera subir, después de haberse pasado noches de ardiente impaciencia, urdiendo los planes más extravagantes, para retenerla tan solo una hora en su alcoba. Es posible que faltase a su palabra una vez más. Se trataba de una esperanza en la que no se atrevía a confiar mucho.

Sonaron las doce. Octave, de pie, fatigado como estaba, prestaba atención con el temor a oír de un momento a otro el roce de sus faldas a lo largo del estrecho pasillo. Cuando dieron las doce y media, se sintió presa de una auténtica ansiedad; a la una creyóse por fin salvado, aunque existía no obstante, en el fondo de esa sensación de alivio, una cólera sorda, el despecho del hombre que se está viendo burlado por una mujer. Pero, cuando ya se disponía a desnudarse, en medio de tremendos bostezos de sureño, dieron tres golpecitos a la puerta. Era Berthe. Se sintió contrariado pero al mismo tiempo contento, acercóse a ella con los brazos abiertos, pero Berthe le apartó temblorosa, sin dejar de prestar atención a la puerta, que había vuelto a cerrar con rapidez.

—¿Qué es lo que ocurre? —preguntó bajando el tono de voz.

—No lo sé, he tenido miedo —balbuceó Berthe—. En la escalera, a oscuras, me ha parecido como si me persiguiesen... ¡Dios mío! ¡Cuán estúpidas son estas aventuras! Tengo el presentimiento de que va a ocurrirnos alguna desgracia.

Aquel comentario dejó helados a ambos. Ni siquiera se besaron. Ella estaba encantadora, con su peinador blanco y sus dorados cabellos recogidos sobre la nuca. Octave no cesaba de contemplarla, la encontraba bastante más hermosa que Marie; pero ya no sentía deseo alguno, obrando con desgana. Para recobrar el aliento, Berthe se había sentado. Y, de repente, afectó enfadarse al percibir sobre la mesa una caja, cuyo contenido supo enseguida sería el chal de encajes del que el joven le hablara desde hacía una semana.

—Me voy —dijo sin levantarse de la silla.

—¡Cómo! ¿Te vas?

—¿Imaginas acaso que me vendo? Siempre me ofendes, echas a perder toda la felicidad de esta noche... ¿Por qué lo has comprado, si te lo había prohibido?

Levantóse ella y acabó por dignarse mirarle. Pero, en cuanto hubo abierto la caja, experimentó tal desengaño, que no pudo contener un grito de indignación:

—¡Cómo! ¡Eso no es *chantilly* sino lama!

Octave, que se hallaba en trance de reducir la cuantía de sus obsequios, había cedido ante un impulso de su avaricia. Trató de explicarle que era un lama soberbio, casi tan bueno como el *chantilly*; y se puso a hacer el artículo como si se hubiera encontrado tras el mostrador, forzándola a tocar el encaje y jurándole que su duración era eterna. Pero ella no hacía más que mover la cabeza, terminando por cortarle con una frase de desprecio.

—En fin, que éste cuesta cien francos, mientras que el otro hubiera valido trescientos...

Y, viéndole palidecer, añadió para matizar su frase:

—Eres muy amable, de todas formas te lo agradezco... No es el importe del regalo lo que tiene valor, sino la intención con que se hace.

Sentóse de nuevo. Por unos momentos imperó el silencio, pero poco después, Octave preguntó al fin si es que no iban a acostarse. No era cosa de ponerlo en duda, sólo que, ¡se hallaba todavía tan impresionada por ese miedo tonto pasado en la escalera! Y ello le llevó nuevamente a hablar de los temores que experimentaba, a propósito de Rachel; contó cómo había sorprendido a Auguste conversando con la criada, detrás de una puerta. ¡Y sin embargo, hubiera sido tan fácil comprar a aquella sirvienta, sólo con darle cien sueldos de vez en cuando! Pero para eso había que tener el dinero, y ella nunca lo tuvo. Su voz se iba tornando áspera, el chal de lama, que no había vuelto a mencionar, engendró en ella tal desespero y un rencor tan profundo, que acabó por hacer a su amante la eterna escena de riña con que estaba harta de perseguir al marido.

—Vamos a ver, ¿se puede llamar vida a esto?, sin tener jamás un céntimo y siempre avergonzada con motivo de la menor tontería... ¡Oh! ¡Estoy hasta la coronilla, hasta la mismísima coronilla!

Octave, que se estaba desabrochando el chaleco sin dejar de moverse de un lado para otro, se detuvo un instante para preguntarle:

—Vamos a ver, ¿a qué viene todo eso?

—¡Cómo! ¿Qué cuáles son mis razones? Pues, sencillamente, cosas que su propia delicadeza debía dictarle, sin necesidad de que tenga que sonrojarme comentando con usted semejantes cuestiones... ¿Es que después del tiempo transcurrido no debió usted, por propia iniciativa, tranquilizar mi ánimo consiguiendo tener a la criada a nuestra disposición?

Callóse un momento, para seguir después con aire de desdeñosa ironía:

—¡No creo que eso hubiera constituido su ruina!

Se impuso de nuevo el silencio. El joven, que había reemprendido su paseo a través de la habitación, respondió finalmente:

—No soy rico, y lo siento por usted.

A partir de aquel momento, la cosa se agravó y la riña adquirió una acritud y una violencia conyugales.

—¡No querrá echarme en cara que le amo por su dinero! —se puso a gritar ella con la misma desfachatez de su madre, cuyas frases afluían a sus labios una tras otra—. Soy una mujer que sólo va tras el dinero, ¿no es eso? Pues bien, sí, lo soy, precisamente porque me considero una mujer razonable. Podrá usted pretender lo contrario, pero el dinero siempre será dinero. Por eso, yo, cuando tuve en mi mano veinte sueldos, siempre dije que tenía cuarenta, pues vale más suscitar envidia que compasión.

Octave la interrumpió, diciéndole con voz cansada y como hombre que desea la paz:

—Escucha, si tanto te contraría que el chal sea en lama, te traeré uno de *chantilly*.

—¡Su chal! —continuó Berthe cada vez más furiosa—. ¡Pero si ni siquiera pienso en él! Lo que me exaspera es lo otro, ¿comprende? ¡Oh!, es usted como mi marido. Si yo fuese por esas calles de Dios, sin botina, le tendría perfectamente sin cuidado. Sin embargo, cuando se tiene mujer, el simple dictado de todo buen corazón convierte en ley el deber de vestirla y alimentarla. Pero jamás un hombre alcanzará a comprender eso. Y aquí tenemos el ejemplo, lo mismo mi marido que usted, pronto me dejarían salir a la calle en camisa, si yo consintiera en ello.

Octave, hartado ya de aquella escena doméstica, tomó el partido de no contestar, por haber observado que, a veces, Auguste conseguía quitársela así de en medio. Acabó de desvestirse poco a poco y esperó que pasase la ola, sin dejar por ello de pensar en la mala suerte de sus amores. Aquella, sin embargo, la había deseado ardientemente, hasta el punto de llegar a desbaratar todos sus cálculos; y, ahora que por fin se hallaba en su alcoba, era sólo para disputar, para hacerle pasar una noche en blanco, lo mismo que si hubieran tenido tras de sí seis meses de matrimonio.

—Acostémonos, ¿quieres? —preguntó al fin—. ¡Era tanta la dicha que nos habíamos prometido! Es estúpido perder el tiempo de esa manera, diciéndonos cosas desagradables.

Y, ya en plena reconciliación, sin sentir grandes deseos, pero cortésmente, quiso besarla. Pero ella le rechazó, estallando en lágrimas. Desesperado entonces y estimando que aquello no llevaba trazas de acabarse, se quitó las botas decidido a meterse en la cama aunque fuese sin ella.

—Ande, reprócheme también mis salidas —balbuceaba la joven en medio de sus sollozos—. Acúseme de ser una carga demasiado costosa... ¡Oh! ¡Ahora sí que lo veo claro! Todo lo ocurrido tiene por causa ese maldito regalo. Si pudiera usted encerrarme en una maleta, lo haría sin duda alguna. Tengo amigas, voy a visitarlas, y sigo sin creer que eso sea un crimen... En cuanto a mamá...

—Decididamente me acuesto —dijo él tumbándose en el lecho—. Desnúdate y deja en paz a tu mamá, de la que heredaste un carácter bien desagradable, permíteme que te lo diga.

Berthe comenzó a desnudarse de un modo mecánico, mientras que, más animada cada vez, elevaba el tono de su voz.

—Mamá siempre cumplió con su deber, y usted no es quién para juzgarla. Le prohíbo que mencione su nombre... ¡Sólo le quedaba eso, meterse con mi familia!

El cordón de su enagua ofrecía resistencia, y ella cortó rápidamente el nudo. Luego, sentada ya al borde del lecho para quitarse las medias, exclamó:

—¡Ah! ¡No sabe, señor, cuánto lamento mi debilidad! ¡Cuánto reflexionaría si todo se pudiera prever!

En aquellos momentos se hallaba ya en camisa, con las piernas y los brazos desnudos, de una desnudez delicada de mujercita regordeta. Su pecho, agitado por la cólera, rebasaba los encajes de la camisa. Él, que simulaba hacerse el desentendido, dándole la espalda, acababa de volverse de un salto.

—¿Qué es lo que está usted diciendo? ¿Lamenta haberme amado?

—Nada más cierto. ¡Demostró ser incapaz de comprender un corazón!

Se contemplaron los dos de cerca, el rostro indiferente, sin amor. Ella había colocado una rodilla sobre el borde del colchón, los senos tensos, dobladas las caderas, en esa actitud de la mujer que se dispone a meterse en la cama. Pero ya no veía con fruición su sonrosada carne, las delicadas y huidizas líneas de su espalda.

—¡Ah! ¡Si se pudiera volver a empezar! —añadió ella.

—Escogería otro, ¿no es eso? —dijo él en tono brutal y con voz muy fuerte.

Berthe se había echado a su lado, tapándose con la sábana, e iba ya a responderle en el mismo tono de exasperación, cuando fuertes puñetazos sonaron en la puerta. Permanecieron ambos sobrecogidos, sin comprender nada de momento, inmóviles y helados. Entretanto, una voz sorda decía:

—Abrid, estoy oyendo vuestras suciedades... ¡Abrid, o tiro abajo la puerta!

Era la voz del marido. Los amantes seguían sin hacer el menor movimiento, notando en su cabeza un zumbido tal, que ni siquiera podían coordinar ideas; y al apretarse el uno contra el otro, notaban su recíproca frialdad, estaban como muertos. Por fin Berthe se decidió a saltar del lecho, obedeciendo a una necesidad instintiva de huir de su amante, mientras al otro lado de la puerta, Auguste repetía:

—¡Abrid!... ¡Abrid de una vez!

Se produjo entonces una terrible confusión, un estado de angustia indescriptible. Berthe no hacía más que dar vueltas por la alcoba, fuera de sí, buscando en vano una salida, atormentada por un miedo mortal que le hizo palidecer. Octave, cuyo corazón sufría un sobresalto a cada nuevo puñetazo que daban fuera, corrió hacia la puerta maquinalmente, como para aguantarla. La situación se iba haciendo intolerable, aquel imbécil era capaz de despertar a toda la casa, era preciso abrir. Pero, cuando ella comprendió su resolución, se le colgó del cuello, suplicándole con ojos aterrorizados: ¡no, no, por favor!, el otro era capaz de caer sobre ellos con una pistola o un cuchillo. Octave, que estaba tan pálido como ella, dominado por su espanto, había empezado a ponerse los pantalones mientras le suplicaba en voz baja que se vistiera. Pero ella no se movía ni hacía nada, continuaba desnuda, sin poder siquiera encontrar sus medias. Y, durante todo ese tiempo, no paró el marido de golpear la puerta con el máximo furor.

—¿No queréis hacer lo que os digo? ¿Os negáis a contestar?... Está bien, ahora mismo vais a ver.

Desde la última vez que vinieron a cobrar, Octave no cesaba de pedir al propietario que llevase a cabo una pequeña reparación, consistente en poner dos tornillos nuevos en la cerradura, que se movía. De repente, la puerta sufrió un crujido, el gozne saltó, y Auguste, llevado por su propio impulso, cayó rodando en medio del cuarto.

—¡Maldita sea! —exclamó descompuesto.

Sólo llevaba una llave en la mano, y su puño sangraba debido al golpe que se diera al caer. Cuando se levantó, lívido, lleno de vergüenza y de rabia ante la sola idea de aquella ridícula forma de entrar, levantó los brazos y quiso lanzarse sobre Octave. Pero éste, a pesar de encontrarse como estaba, con el pantalón mal puesto y los pies descalzos, le había cogido por las muñecas y, más vigoroso que él, consiguió mantenerle en aquella postura, mientras le gritaba:

—Señor, está usted violando mi domicilio... Esto es indigno, hay que portarse correctamente.

Y estuvo a punto de pegarle. Durante su corta lucha, Berthe huyó en camisa por la puerta, que había quedado abierta de par en par; se imaginó ver relucir en el sangrante puño de su marido, un cuchillo de cocina, notaba la frialdad del mismo en sus propios hombros. Y cuando corría a toda prisa por el oscuro pasillo, le pareció oír un ruido de bofetones, sin poder alcanzar a comprender quién los daba ni quién los recibía. Voces que tampoco reconoció, decían:

—A sus órdenes. Cuando usted quiera.

—Perfectamente, tendrá usted noticias mías.

De un salto, alcanzó la escalera de servicio. Pero, cuando hubo bajado los dos pisos, como perseguida por las llamas de un incendio, encontró cerrada la puerta de la cocina, cuya llave había dejado arriba olvidada, en el bolsillo de su peinador. Por lo demás, ninguna lámpara estaba encendida en su interior, ni se percibía tampoco luz por debajo de la puerta: evidentemente, la criada les había vendido. Sin recobrar el aliento, volvió a subir corriendo y pasó de nuevo por el pasillo correspondiente a la habitación de Octave, en donde los dos hombres seguían discutiendo violentamente.

Todavía se estaban pegando, quizá le quedara tiempo para escapar. Bajó rápidamente la escalera principal, con la esperanza de que su marido hubiera dejado abierta la puerta del apartamento. En tal caso, se encerraría en su alcoba, echando el cerrojo y no abriría a nadie. Sin embargo, una vez allí, por segunda vez, topó con una puerta cerrada. Al verse de aquella manera, arrojada de su propia casa, sin vestir, perdió por completo la cabeza y empezó a dar vueltas sin sentido a través de los pisos, como bestia que se ve acosada y no sabe dónde guarecerse. Jamás osaría llamar en casa de sus padres. Por un momento, pensó en refugiarse en el albergue de los porteros; pero una sensación de vergüenza le hizo volver. Se paraba para escuchar, levantaba la cabeza, se inclinaba sobre la barandilla con los oídos sordos por los latidos de su corazón, en medio de aquel impresionante silencio, cegados sus ojos por siniestros resplandores que parecían surgir impetuosos de la oscura profundidad. Su preocupación seguía siendo el cuchillo, aquel cuchillo que le pareció percibir en el ensangrentado puño de Auguste y cuya helada punta acabaría por abatirla. Se produjo de repente un ruido, lo que le hizo pensar que su esposo se acercaba, sufriendo como consecuencia un escalofrío mortal que le llegó hasta los huesos; y como sea que en aquel momento se encontrara frente a la puerta de los Campardon, empezó a llamar como una loca, furiosamente, hasta casi destrozar el timbre.

—¡Válgame Dios! ¿Es que hay fuego? —dijo desde dentro una voz turbada.

La puerta se abrió inmediatamente. La que abría era Lisa, que salía sola del cuarto de la señorita, procurando ahogar sus pasos y con una palmatoria en la mano. La insistente llamada del timbre le hizo dar un salto, en el momento mismo en que atravesaba la antecámara. Cuando vio a Berthe en camisa, se quedó estupefacta.

—¿Qué es lo que pasa? —dijo.

La joven se apresuró a entrar, cerrando violentamente la puerta; y, jadeante, apoyándose en la pared, balbuceaba:

—¡Silencio! ¡Calle, por favor!... Me quiere matar.

No alcanzaba Lisa a encontrar una explicación razonable, cuando apareció Campardon, muy inquieto. Aquella incomprensible algazara, acababa de turbarles, a Gasparine y a él, mientras se hallaban recogidos en su estrecho lecho. Se había limitado a ponerse unos calzoncillos, y allí le tenían con su gruesa y fofa cara bañada en sudor, mostrando su amarillenta y aplastada barbilla repleta del plumón blanco desprendido de la almohada. Completamente sofocado, intentaba recobrar su aplomo de marido que duerme solo.

—¿Es usted, Lisa? —gritó desde el salón—. ¡Es incomprensible! ¿Por qué está usted en el apartamento?

—Tuve miedo de no haber cerrado bien la puerta, señor; y como eso me impedía dormir, preferí bajar a cerciorarme... Pero, a la señora...

El arquitecto, al ver a Berthe en camisa, apoyada en la pared de su antecámara, quedó petrificado a su vez. Instintivamente hizo un movimiento de pudor, tanteando con la mano para comprobar si sus calzoncillos estaban bien abotonados. En cuanto a Berthe había olvidado por completo que se hallaba prácticamente desnuda, y se limitó a repetir:

—¡Oh!, señor, deme cobijo en su casa... Quiere matarme.

—¿Quién? —preguntó Campardon.

—Mi marido.

A todo esto, tras el arquitecto, llegaba la prima. Había tenido tiempo de ponerse un vestido a toda prisa; y, despeinada como iba, cubierta también por todas partes con el plumón de la almohada, con el pecho lacio y flotante, marcándosele los huesos bajo la tela, su cara dejaba traslucir el rencor del placer que se ha visto inesperadamente turbado. La visión de la joven, con su desnudez mórbida y delicada, acabó de sacarla de quicio.

—¿Qué es lo que le ha hecho usted a su marido? —preguntó.

Entonces, ante aquella sencilla pregunta, una enorme sensación de vergüenza invadió a Berthe. Se dio cuenta de que iba desnuda y una ola de sangre la sonrojó de pies a cabeza. En aquel prolongado estremecimiento de pudor y como para escapar a las miradas de los demás, cruzó los brazos sobre su pecho. Luego siguió balbuceando:

—Me ha encontrado... Me ha sorprendido...

Las otras dos, que enseguida comprendieron, cruzaron entre sí una mirada de rebelión. Lisa, cuya palmatoria iluminaba la escena, compartía la cólera de sus amos. Por otra parte, la explicación hubo de ser interrumpida, porque Angèle se presentaba también en aquel momento, simulando acabarse de despertar y frotándose sus ojos cargados de sueño. La señora en camisa dejola inmovilizada, en medio de una sacudida y de un fuerte escalofrío que atravesó su delgado cuerpo de jovencita precoz.

—¡Oh! —dijo simplemente.

—No es nada. ¡Ve a acostarte! —gritó su padre.

Luego, comprendiendo que había que inventar alguna historia, contó la primera que se le ocurrió; algo realmente necio.

—La señora se ha torcido un pie cuando bajaba, y entró para que le prestáramos ayuda... ¡Anda, métete en la cama o cogerás frío!

Lisa hubo de contener su risa, al contemplar los ojos desmesuradamente abiertos de Angèle, que se decidió finalmente a irse a la cama, sonrojada pero contenta de haber visto todo aquello. Al cabo de unos momentos, la señora Campardon llamaba desde el fondo de su alcoba. Todavía no había apagado la luz, hasta tal extremo le interesaba Dickens; y quería saber asimismo lo que ocurría. ¿Quién estaba allí a aquellas horas? ¿Por qué no acudían a tranquilizarla?

—Venga, señora —dijo el arquitecto llevándose a Berthe—. Usted, Lisa, espere un momento.

En la alcoba, Rose continuaba desperezándose en medio de su gran lecho. Allí era donde imperaba, con su lujo de reina y su tranquila serenidad de ídolo. Estaba muy conmovida por su lectura; había dejado caer sobre su cuerpo el libro de Dickens, que su pecho hacía oscilar con suave latido. Cuando la prima le hubo puesto al corriente en breves frases, también ella pareció escandalizarse. ¿Cómo podía entendedérselas con otro hombre que no fuera su marido? Experimentaba en aquellos instantes cierta repugnancia por las cosas que ya estaban fuera de sus costumbres. El arquitecto, entretanto, no hacía más que dirigir miradas turbadas y huidizas sobre el desnudo escote de la joven, lo que acabó de sonrojar a Gasparine.

—¡No es posible! —exclamó finalmente ésta—. ¡Cúbrase usted, señora! ¡Es inverosímil cuanto está sucediendo!... ¡Cúbrase, por favor!

Ella misma le echó sobre los hombros un chal de Rose, un enorme pañuelo de lana de punto, que arrastraba por allí. La pañoleta apenas le llegaba a los muslos; y el arquitecto, aun sin quererlo, no hacía más que mirarle las piernas.

Berthe seguía temblando. Aunque allí se sentía al abrigo de cualquier agresión, no hacía más que volver la vista hacia la puerta con estremecimiento. Sus ojos se hallaban anegados en lágrimas, e imploró clemencia de aquella dama acostada, que tan tranquila y a gusto parecía hallarse.

—¡Oh! ¡Señora protéjame, sálveme!... ¡Quiere matarme!

Se impuso el silencio. Consultábanse los tres con el rabillo del ojo, sin ocultar su desaprobación por una conducta hasta tal extremo culpable. La verdad era, además, que no debía uno dejarse caer así, en camisa y en casa de los demás, pasada la medianoche y con riesgo de molestarles. No, aquello no se hacía; significaba carecer del tacto más elemental, pues les ponía en una situación demasiado embarazosa.

—En casa vive una jovencita —dijo al fin Gasparine—. Piense en nuestra responsabilidad, señora.

—Mejor estaría en casa de sus padres —insinuó el arquitecto—, si me permite la acompañaré allí.

Berthe se sintió aterrorizada de nuevo.

—No, no, él está en la escalera, me matará.

Y continuaba suplicando: una silla le sería suficiente para esperar a que amaneciera; al día siguiente, se iría sin hacer ruido. El arquitecto y su mujer hubieran cedido, él, dominado por los encantos de la joven, y ella, interesada por el drama de aquella sorpresa en plena noche. Pero Gasparine continuaba implacable. Sentía no obstante cierta curiosidad, y acabó por preguntar:

—¿Dónde se hallaba usted?

—Ahí arriba, en la alcoba que hay en el fondo del pasillo.

De improviso, Campardon levantó los brazos al cielo, gritando:

—¡Cómo! ¡No será con Octave! ¡Eso no es posible!

¡Con Octave, con ese alfeñique, una mujer tan bien formada! Verdaderamente se sentía humillado. También Rose experimentaba un notorio despecho, que le hacía mostrarse más severa. En cuanto a Gasparine, estaba fuera de sí, mordida en el corazón por el odio instintivo que sentía contra el joven. ¡Otra vez él! Bien sabía ella que se entendía con todas; pero,

desde luego no era tan necia como para conservárselas calentitas en su propio apartamento.

—Póngase por unos instantes en nuestro lugar —siguió diciendo con dureza—. Le repito que con nosotros vive una niña.

—Además —dijo a su vez Campardon—, tampoco se puede prescindir de la casa, ni de su marido, con el que siempre sostuve inmejorables relaciones... Estaría en su derecho al quejarse. No podemos dar la impresión de que aprobamos públicamente su conducta, señora; ¡oh!, y una conducta que no voy a permitirme juzgar, pero que es bastante, ¿cómo diría yo?, bastante ligera, ¿no es eso?

—No es nuestro propósito, créalo, lanzarle la piedra —continuó diciendo Rose—. ¡Pero vivimos en un mundo tan malvado! Acabarían contando que se citaban aquí... Y, usted ya lo sabe, mi marido trabaja para personas que son muy exigentes a este respecto. A la menor mancha que pudiera atribuirse a su moralidad, lo perderá todo... Pero permítame, señora, que le pregunte: ¿cómo no ha sentido usted el freno de la religión? El abate Mauduit nos hablaba anteayer mismo de usted con un afecto paternal.

Berthe, a quien rodeaban los tres, volvía la cabeza, según fuera el que le hablase, con aire aturdido. En medio de su espanto, empezaba a comprender, y lo primero que le asombraba era hallarse allí. ¿Por qué habría llamado? ¿Qué hacía ella en medio de todas aquellas personas a quienes sin duda estaba estorbando? Podía contemplarles ahora con más calma, la mujer echada en su lecho, el marido en calzoncillos y la prima con una falda estrecha, sembrados los dos últimos con plumones procedentes de la misma almohada. Tenían razón, no debía uno caer de aquella manera en casa de nadie. Y como el arquitecto la empujara suavemente hacia la antecámara, se apresuró a salir sin responder siquiera a las exhortaciones de Rose.

—¿Quiere usted que la acompañe hasta la puerta de sus padres? —preguntó Campardon—. Es en su casa donde le corresponde estar.

Berthe se opuso con gesto de terror.

—Entonces, espere, voy a echar una ojeada por la escalera, pues me sabría muy mal que sucediera el menor percance.

Lisa, entretanto, había permanecido en medio de la antecámara con su palmatoria. Pidió Campardon que se la dejara, y salió unos instantes al rellano para volver enseguida.

—Puedo asegurarle que no hay nadie... Escape a toda prisa.

Entonces, Berthe, que no había vuelto a despegar los labios, se quitó violentamente la toquilla de lana y la arrojó al suelo mientras decía:

—¡Tenga! Esto es de ustedes... Va a matarme, ¿para qué la quiero?

Y desapareció rápidamente en medio de la oscuridad, en camisa, lo mismo que había venido. Campardon furioso, cerró la puerta dando doble vuelta a la llave, murmurando:

—¡Anda! ¡Vete con viento fresco y que te recojan otros!

Luego, como Lisa se echara a reír detrás de él, añadió:

—Es la verdad, si diera uno en recibirlas, las tendría aquí todas las noches... Que cada uno apechugue con sus problemas. Si por mi fuera le habría dado cien francos, pero mi reputación, ¡no, mi reputación no me lo permite!

En la alcoba, Rose y Gasparine se iban sosegando. ¡Habrás visto jamás tamaña desvergüenza! ¡Pasearse completamente desnuda por la escalera! ¡La verdad es que había mujeres capaces de no respetar nada cuando se salían de norma! Pero eran ya cerca de las dos y se hacía preciso ir a dormir, si es que por fin podían hacerlo. Y surgieron nuevamente los besos de despedida: buenas noches querido, buenas noches encanto. Era hermoso amarse con tanta ternura, estar siempre de acuerdo, cuando se comprobaba la existencia en los demás hogares de semejantes catástrofes. Rose cogió otra vez el libro, que había resbalado sobre su vientre; con la novela tenía bastante, aún leería algunas páginas y luego acabaría durmiéndose, dejando que se le cayera de las manos, como todas las noches, cuando se cansara de tanta emoción. Campardon siguió a Gasparine, hizo que fuera la primera en acostarse y se tumbó él seguidamente. Los dos gruñían: las sábanas se habían enfriado, se estaba incómodo y necesitarían aún como media hora para que se notase algún calor.

Y Lisa, que antes de ir a acostarse había vuelto a entrar en la habitación de Angèle, le decía a ésta:

—La señora ha sufrido una torcedura... Dime cómo tuvo lugar el accidente.

—¡Mira, así! —respondió la niña, echándose al cuello de la criada y besándola en los labios.

En la escalera, Berthe empezó a tiritar. Hacía frío pues el calorífero no empezaba a funcionar hasta el primero de noviembre. Su miedo se iba calmando, sin embargo. Después de haber bajado, aplicó el oído a la puerta de su apartamento: nada, ni el más pequeño rumor. A continuación había subido, y sin atreverse a avanzar hasta el cuarto de Octave, escuchó de lejos: también un silencio de muerte, ni el más leve murmullo. Se acurrucó entonces sobre una estera colocada en la puerta de sus padres, donde se había hecho a la idea

de esperar a Adèle, ya que cuando pensaba en confesárselo todo a su madre, se trastornaba su mente, como si todavía fuese una niña. Poco a poco, no obstante, la solemnidad de la escalera le sumió en una nueva angustia. Estaba completamente a oscuras, y su severidad imponía. Nadie la veía, pero ello no era obstáculo para sentirse embargada por cierta confusión al verse así en camisa ante la honestidad de aquellos zinks dorados y aquellos falsos mármoles. Detrás de las altas puertas de caoba, la dignidad conyugal de las habitaciones parecía lanzarle un reproche. Jamás había exhalado la casa un aliento de tanta virtud. Después, un rayo de luna se deslizó por las ventanas de los rellanos, y hubiérase dicho entonces hallarse en una iglesia: un recogimiento absoluto ascendía desde el vestíbulo hasta los cuartos de las criadas, todas las virtudes burguesas de los distintos pisos, humeaban en la sombra; mientras, bajo la pálida claridad de aquel rayo de luz, su desnudez adquiriría mayor blancura. Creyó constituir un escándalo hasta para las mismas paredes que la rodeaban, recogió su camisa y escondió sus pies, con el terror de ver aparecer el espectro del señor Gourd con su casquete y sus pantuflas.

De pronto, un ruido le hizo levantarse, alocada, hasta el extremo de disponerse a golpear con los dos puños en la puerta de su madre, cuando una llamada la detuvo.

Se trataba de una voz suave como un soplo.

—Señora... señora... Soy yo.

Y apareció Marie, también en camisa. Después de oír la escena, había escapado de su cama, dejando que Jules siguiera durmiendo y poniéndose a escuchar desde su reducido comedor, en el que se encontraba sin luz.

—Entre... Ahí no puede seguir, está demasiado incómoda. Soy una amiga.

Luego, con dulzura, la fue tranquilizando, contándole cómo habían ido las cosas. Los hombres no llegaron a hacerse daño: el joven, entre juramentos y palabrotas, había atrancado la puerta con la cómoda, para quedar así encerrado, en tanto que el otro se apresuró a bajar con un paquete en la mano, en el que llevaba las cosas abandonadas por ella, sus zapatos y sus medias, que debió enrollar con el peinador, maquinalmente, al verlo todo tirado por allí. En fin, que aquello podía darse por terminado. Al día siguiente, ya se vería la forma de impedir que se batieran.

Pero Berthe permanecía en el umbral de la puerta, con algo de miedo y la vergüenza de penetrar así en casa de una señora a quien apenas trataba en realidad. Fue preciso que Marie la cogiese de la mano y la forzara amablemente a entrar.

—Se acostará usted allí, en ese canapé. Le prestaré un chal, y yo misma iré a ver a su madre... ¡Dios mío, qué desdicha! Cuando se ama, nunca se desconfía.

—¡Ah! ¡Para el placer que llegó a proporcionarnos! —dijo Berthe con un suspiro en el que, a modo de estallido, se condensaba todo el vacío estúpido y cruel de aquella noche—. Tiene razón con su enfado y sus juramentos. ¡Lo que es ese joven, si le ocurre como a mí, debe estar de pasión hasta la mismísima coronilla!

Se disponían a hablar de Octave. Pero se callaron, y, de repente, a tientas, poniéndose a sollozar, cayeron una en brazos de la otra. Con sus desnudos brazos se estrechaban con una pasión convulsiva. Se trataba de una última lasitud, de una inmensa tristeza, del acabamiento definitivo. No pronunciaron una sola palabra, sus lágrimas resbalaban, corrían como un arroyuelo sin fin en medio de las tinieblas y del más profundo sueño de la casa, que rebosaba decencia.

XV

AQUELLA mañana, el despertar de la casa fue de una gran dignidad burguesa. Nada en la escalera conservaba la huella de los escándalos que se produjeron durante la noche, ni los falsos mármoles que habían reflejado el loco galopar de una mujer en camisa, ni la moqueta donde se había evaporado el olor de su desnudez. Sólo el señor Gourd, cuando subió hacia las siete para echar su acostumbrada ojeada, se permitió olfatear las paredes; pero, lo que estaba al margen suyo, no le incumbía; y cuando al volver a bajar percibió en el patio a dos criadas, Lisa y Julie, que a buen seguro estaban hablando de la hecatombe, a juzgar por el animado debate que sostenían, las miró de hito en hito y con tal severidad, que optaron por separarse. Seguidamente, salió fuera para asegurarse de que en la calle también reinaba la tranquilidad. Estaba efectivamente en calma. Sin embargo, las criadas ya debían haber hablado algo, pues los vecinos se detenían y los tenderos se asomaban a las puertas, mirando hacia arriba, buscando y escudriñando los pisos, con ese aire embobado con qué suelen contemplarse las casas donde ha tenido lugar un crimen. No obstante al contemplar la rica fachada del inmueble, los transeúntes se callaban y alejábanse silenciosos.

A las siete y media, apareció la señora Juzeur en peinador, para vigilar a Louise, según decía. Sus ojos brillaban la fiebre abrasaba sus manos. Detuvo a Marie, que subía de nuevo con su leche, y pretendió hacerla hablar; pero nada pudo sacar en limpio, ni siquiera averiguar cómo la madre había acogido a la hija culpable. Entonces pretextando tener que esperar unos momentos hasta que llegase el cartero, entró a saludar al señor Gourd, a quien acabó preguntándole por qué el señor Mouret no había bajado: tal vez se encontraba enfermo. El portero respondió que lo ignoraba; por lo demás, aquel señor nunca bajaba antes de las ocho y diez. En aquel momento, la otra señora Campardon pasó por delante de la portería, pálida y erguida; todos la saludaron. Y la señora Juzeur, obligada a subir de nuevo a su cuarto, tuvo al fin la suerte de encontrar en el rellano de su piso al arquitecto, que salía

poniéndose los guantes. En el primer momento se contemplaron los dos fijamente con aire consternado, luego, él se encogió de hombros.

—¡Pobres gentes! —murmuró ella.

—¡No, no está bien hecho! —contestó Campardon con expresión de ferocidad—. Hay que dar ejemplo... ¡Un buen mozo a quien introduzco en una casa honesta, suplicándole sobre todo que no lleve por allí a ninguna mujer, y que, para mofarse de mí, se líe con la cuñada del propietario!... ¡Vaya papelito el mío!

Y en eso quedó todo. La señora Juzeur entró en su casa, mientras Campardon seguía bajando la escalera, tan furioso, que llegó incluso a desgarrar uno de sus guantes.

Estaban dando las ocho cuando Auguste, con el semblante deshecho y las facciones descompuestas por una tremenda jaqueca, atravesó el patio para dirigirse a su tienda. Había utilizado la escalera de servicio, cohibido por la vergüenza, temeroso de cruzarse con alguien. No podía sin embargo abandonar sus asuntos. Una vez abajo, entre los mostradores y ante la caja donde Berthe acostumbraba a sentarse, una intensa emoción oprimió su garganta. El mozo levantaba la puerta metálica de la tienda y Auguste daba órdenes para la jornada, cuando la brusca aparición de Saturnin, que salía del sótano, le horrorizó. Tenía el loco unos ojos llameantes y los dientes blancos de un lobo hambriento. Y se fue directamente hacia el marido, apretando los puños.

—¿Dónde está ella?... Si te atreves a tocarla, te degüello como a un cerdo.

Auguste retrocedió, exasperado.

—¡Sólo me faltaba éste ahora! —exclamó inconscientemente.

—¡Cállate o te degüello! —repitió Saturnin, queriendo tirársele encima.

El marido prefirió hacerse el desentendido. Le horrorizaban los locos; con esa clase de gentes es imposible razonar. Pero, cuando salía por la puerta principal, gritándole al mozo que procurase encerrarlo en el sótano, se encontró de frente con Valérie y Théophile. Este último muy acatarrado, envuelto en un tapabocas de color rojo, tosía quejumbrosamente. Los dos debían estar al corriente, pues se detuvieron ante Auguste con aire de condolencia. Desde la disputa habida con motivo de la sucesión, las familias no habían vuelto a hablarse, enemistadas a muerte.

—Siempre tendrás en mí a un hermano —dijo Théophile estrechándole la mano, cuando hubo acabado de toser—. En las horas de desdicha, quiero que te acuerdes de ello.

—Sí —añadió Valérie—, lo ocurrido debiera servirme de venganza, dado lo mucho que llegó a insultarme, ¿no es así?; pero lo lamentamos igualmente, porque creemos tener buen corazón.

Auguste, muy conmovido por su gentileza, les condujo hacia el fondo de la tienda, aunque sin dejar de vigilar con el rabillo del ojo al loco de Saturnin que rondaba por allí. Tuvo lugar entonces una completa reconciliación. No se nombró para nada a Berthe, y sólo Valérie dio a entender que toda, la cizaña armada provenía de aquella mujer, puntualizando que nada desagradable ocurrió nunca en la familia, hasta que ella entró a formar parte de la misma para deshonrarla. Auguste, con la mirada baja, escuchaba, dando muestras de aprobación con su cabeza. Por otra parte, la piedad de Théophile parecía ocultar cierta alegría, encantado en el fondo de no ser ya la única víctima, contemplando al hermano para ver la cara que se ponía en tales circunstancias.

—¿Qué has resuelto hacer ahora? —le preguntó.

—¡Batirme! —respondió el marido con firmeza.

La alegría de Théophile se desvaneció como por encanto. Su mujer y él se quedaron helados ante el valor que demostraba tener Auguste. Este último les contó la afrentosa escena que tuvo lugar por la noche, y cómo, habiendo sufrido la equivocación de no decidirse a comprar una pistola, tuvo que contentarse con abofetear al señor en cuestión, lo que no había sido obstáculo para que él también encajara algún que otro golpe del contrario. Un miserable que se estaba burlando de él desde hacía seis meses, simulando darle la razón en las polémicas que sostenía con su mujer, y que había sabido llevar su cinismo hasta el extremo de redactar informes sobre la conducta de ella, con ocasión de sus frecuentes desplazamientos. En cuanto a esa estúpida criatura, puesto que buscó refugio en casa de sus padres, allí podía quedarse, ya que jamás iría a recogerla.

—¡Podréis creer que, este último mes, le concedí trescientos francos para sus gastos! —gritó airadamente—. ¡Yo, tan bueno y tolerante, que incluso estaba decidido a aceptarlo todo, con tal de no caer enfermo! ¡Pero esto no se puede admitir! ¡No, no es posible!

Théophile pensaba en la muerte. Tuvo un ligero estremecimiento de fiebre y luego, con la garganta oprimida, le dijo al hermano:

—Me parece estúpido lo que te propones hacer. Sólo vas a conseguir que te ensarten de mala manera. Yo no me batiría.

Y, viendo que Valérie le estaba mirando, añadió con tristeza:

—Si estuviera en tales circunstancias.

—¡Desdichada! —murmuró entonces la joven—. ¡Cuando se piensa que dos hombres van a matarse por ella! Yo, en su lugar, no podría dormir.

La postura de Auguste era inquebrantable. Estaba decidido a batirse. Ya había tomado todas las medidas del caso. Y como tenía especial empeño en tener a Duveyrier por testigo, iba a subir para ponerle al corriente de lo sucedido, a fin de que inmediatamente se pusiera en contacto con Octave. El otro testigo suyo sería Théophile, si es que consentía en ello. Éste no tuvo más remedio que aceptar, aunque su catarro pareció agravarse súbitamente, al tiempo que ponía un semblante de niño enfermo que necesita que le cuiden y le mimen. No obstante, indicó a su hermano que le acompañaría a casa de los Duveyrier, pues aunque lo cierto es que se comportaron como ladrones, en ciertas circunstancias había que olvidarlo todo; y mientras hablaba así, la ilusión y el deseo de una reconciliación general iba haciendo mella lo mismo en él que en su mujer, por haber reflexionado ambos sin duda, que su verdadero interés no consistía en seguir refunfuñando. Valérie, muy amablemente, acabó por ofrecer a Auguste hacerse cargo de la caja, con el fin de que tuviera el tiempo necesario para encontrar una señorita que le conviniese.

—El único impedimento —añadió ella—, es que, a eso de las dos, he de llevar a Camille a las Tullerías.

—¡Oh! ¡Por una vez que dejes de hacerlo! —dijo su marido—. Precisamente está lloviendo.

—No, no, el niño necesita respirar aire libre... No tengo más remedio que salir.

Finalmente, los dos hermanos subieron a casa de los Duveyrier. Pero un acceso de tos violento y prolongado detuvo a Théophile ya en el primer peldaño. Se agarró a la barandilla, y cuando pudo hablar, con la garganta todavía oprimida por un estertor, balbuceó:

—Tengo que decirte que, hasta la fecha y por lo que a mí se refiere, soy muy feliz, porque estoy completamente seguro de ella... No, no, bajo ese aspecto, nada tengo que reprocharle, me ha dado pruebas.

Auguste, sin acabar de comprenderle, le miraba tan amarillo, tan agotado, mostrando los escasos pelos de su barba, que parecían ir secándose en su blanduzca carne. Semejante contemplación acabó por humillar a Théophile, a quien el coraje y la presencia de ánimo de su hermano tenían violentado. Y continuó diciendo:

—Te estoy hablando de mi mujer... ¡Ah, mi pobre viejo, te compadezco de todo corazón! Recordarás la tontería que cometí el día de tu boda. Pero,

por lo que a ti se refiere, no te cabe ninguna duda, puesto que lo viste con tus propios ojos.

—¡Bah! —dijo Auguste, para hacerse el valiente—. Voy a ver si consigo romperle una pata... Te doy mi palabra de honor de que lo demás me tendría sin cuidado, si no tuviera este maldito dolor de cabeza.

Cuando llegaron a casa de los Duveyrier, en el momento de ir a llamar, se le ocurrió pensar de repente a Théophile que posiblemente no hallarían al consejero, pues desde que volviera a reanudar sus relaciones con Clarisse, andaba por ahí y terminaba muy a menudo por dormir fuera de casa. Hippolyte, que salió a abrirles, eludió en efecto responder acerca de su amo; pero les dijo que pasaran y que encontrarían a la señora ocupada, en hacer escalas. Decidieron entrar y, en efecto, Clotilde, ajustada en su corpiño desde muy de mañana, se hallaba frente al piano, recorriendo el teclado de arriba a abajo, con un movimiento regular y continuo de sus manos; y al tiempo que se entregaba a tal ejercicio durante un par de horas cada día, tenía ocupada además su inteligencia, leyendo la *Revue des deux mondes*, que se hallaba abierta sobre el atril, sin que la mecánica de sus dedos experimentase por ello el menor entorpecimiento.

—¡Vaya! ¡Sois vosotros! —dijo la señora, cuando sus hermanos hubieron conseguido sustraerla de aquel aguacero sonoro, que la tenía aislada y como acribillada bajo una nube de granizo.

Ni siquiera mostró su asombro cuando percibió a Théophile. Éste, sin embargo, permanecía tieso y erguido, como persona cuyo papel se limita a acompañar a otro. Auguste tenía preparada una historia de su invención, sobrecogido como estaba de vergüenza ante la sola idea de dar cuenta a la hermana de su infortunio, temiendo asustarla con su duelo. Pero ella no le dio tiempo para mentir, sino que, con su aire tranquilo y después de haberle contemplado un rato, le preguntó:

—¿Qué piensas hacer ahora?

Auguste se estremeció al oírla, sonrojándose súbitamente. Por lo visto lo sabía todo el mundo. Y se apresuró a contestar con el mismo valor con que ya había conseguido tapan la boca a Théophile.

—¡Batirme, pardiez!

—¡Ah! —exclamó ella, sorprendida de veras esta vez.

Pero no desaprobó su resolución. Aquello, naturalmente aumentaría aún más el escándalo, aunque el honor tenía también sus exigencias. Contentóse, por lo demás, con recordarle que ella se había opuesto en principio a su matrimonio. Nada cabía esperar de una joven que parecía ignorar todos los

deberes de la mujer. Luego, como Auguste le preguntase dónde estaba su marido respondió sin vacilar.

—De viaje.

Él, entonces, dejó, traslucir su disgusto, pues no quería dar ningún paso antes de consultar con Duveyrier. La hermana le escuchaba, aunque sin decir la nueva dirección donde sabía podrían hallar al marido, rehuyendo de ese modo el mezclar la familia en la desunión e interioridades del matrimonio. Por fin encontró el pretexto para salir del paso y le aconsejó que fuera en busca del señor Bachelard, en la calle de Enghien; quizás él pudiera darles alguna información útil. Y, acto seguido, se puso de nuevo a tocar su piano.

—Fue Auguste quien me rogó que subiera —creyó oportuno decir Théophile, que hasta entonces había permanecido en silencio—. ¿Quieres que te dé un beso Clotilde?... Todos estamos apenados.

Ella le tendió su fría mejilla, diciéndole:

—¡Pobrecillo! Los únicos apenados son los que se empeñan en estarlo. Por lo que a mí se refiere, perdono a todo el mundo... Y procura cuidarte, que tienes aspecto de estar muy acatarrado.

Luego, dirigiéndose de nuevo a Auguste, añadió:

—Si eso no se arregla, haz el favor de avisarme, pues entonces me sentiría muy inquieta.

El tremendo chaparrón de notas comenzó de nuevo, envolviéndola, ahogándola materialmente; y, entretanto, mientras la mecánica de sus dedos recorría todas las gamas y tonalidades del teclado, volvió a entregarse con toda seriedad a la lectura de la *Revue des deux mondes*.

Una vez abajo, Auguste estuvo unos instantes discutiendo con el hermano si debía o no ir a casa de Bachelard. ¿Cómo decirle: «Su sobrina me ha engañado»? Finalmente, resolvió conseguir del tío la dirección en que podía hallar a Duveyrier, sin necesidad de ponerle al corriente de lo ocurrido. Todo quedó, pues, arreglado: Valérie se encargaría de vigilar la tienda, mientras Théophile cuidaba de la casa, hasta el regreso de su hermano. Éste había enviado a buscar un coche y ya se marchaba, cuando Saturnin, que se ausentó unos momentos, volvía del sótano blandiendo un enorme cuchillo de cocina y gritando:

—¡Le desollaré...! ¡Le desollaré!

Aquello fue como un nuevo toque de alerta. Auguste, muy pálido, saltó precipitadamente al coche, cuya portezuela cerró a toda prisa, mientras gritaba azorado:

—¡Todavía lleva el cuchillo! ¿De dónde sacará todos esos cuchillos?... Te lo ruego, Théophile, despídele, trata de que ya no esté aquí cuando yo vuelva... ¡Como si no tuviera bastante con lo que ahora se me viene encima!

El mozo de la tienda mantenía a raya al loco, sujetándole por los hombros. Valérie había dado las señas al cochero; pero éste, un hombre grueso y de sucio aspecto, con el rostro congestionado y borracho desde la víspera, no se apresuraba ni mucho menos, sino que buscaba tranquilamente acomodarse en su asiento, recogiendo las riendas.

—¿A tanto la carrera, señor? —preguntó con enronquecida voz.

—No, por horas, y de prisa. Habrá una buena propina.

El coche dio una sacudida. Se trataba de un viejo landó, desmesuradamente grande y destartalado, que tenía un balanceo inquietante, sobre sus resentidos ejes. El caballo, un enorme esqueleto blanco, marchaba al paso, a pesar del extraordinario esfuerzo que parecía realizar con sus larguiruchas patas y balanceando constantemente el cuello. Auguste consultó su reloj: eran las nueve. A las once ya podían estar concertados los términos del duelo. La lentitud del carruaje le irritó al principio. Luego, una somnolencia fue invadiéndole poco a poco; no había pegado un ojo en toda la noche y aquel detestable vehículo le acabó de entristecer. Cuando se encontró solo, mecido por el balanceo, ensordecido por el golpear de los cascados cristales de las portezuelas, la fiebre que, desde primera hora de la mañana le mantuvo firme y resuelto ante la familia, se le fue calmando. Vistas las cosas serenamente, ¡qué aventura tan estúpida! Su rostro quedó como abotargado, tuvo que cogerse la cabeza con las manos por lo muchísimo que le dolía.

Al llegar a la calle de Enghien, surgieron nuevas complicaciones. Para empezar, la puerta de entrada del comisionista en cuya búsqueda iba, estaba de tal forma obstruida por una serie de carromatos, que poco le faltó para no resultar aplastado; a renglón seguido, hallándose ya en medio del patio, fue a dar con un grupo de embaladores que clavaban violentamente sus cajas, sin que ninguno de ellos pudiera decirle dónde estaba Bachelard. Los martillazos que daban le hendían el cráneo; y estaba ya para decidirse a esperar al tío, cuando un aprendiz, compadecido de él, se acercó para soplarle al oído una dirección: Señorita Fifi, en la calle Saint-Marc, piso tercero. El tío Bachelard seguramente estaba allí.

—¿Dónde dice usted? —preguntó el cochero, que se había dormido.

—A la calle Saint-Marc; y un poco más aprisa, si es posible.

El simón reemprendió la marcha a paso de entierro. Al llegar al bulevar, se enganchó con un ómnibus. La caja del coche crujía, los resortes metálicos

dejaban escapar gritos plañideros, una negra melancolía penetraba progresivamente en el ánimo de aquel marido dedicado a la caza de un testigo. A pesar de todo, terminó por llegar a la calle Saint-Marc.

Ya en el tercer piso, una mujer blanquecina y gruesa abrió la puerta. Daba la impresión de estar muy turbada, pero en cuanto Auguste preguntó por el señor Bachelard, enseguida le invitó a entrar.

—¡Ah!, señor, con seguridad que es usted amigo suyo; trate de calmarle. El pobrecillo acaba de sufrir una contrariedad... Debe usted conocerme sin duda, ha tenido que hablar de mí: soy la señorita Menu.

Auguste, azorado, se encontró metido en una reducida habitación que daba al patio y que reflejaba toda la pulcritud y el sosiego de una vivienda provinciana. Respirábase allí trabajo y orden, la pureza de una existencia feliz propia de gentes sencillas. Ante un bastidor, en el que podía verse una estola, una joven rubia y hermosa, de cándido aspecto, lloraba a lágrima viva, en tanto que el tío Bachelard, de pie, con la nariz encendida y los ojos sanguinolentos, babeaba de cólera y desespero. Tan trastornado estaba, que ni siquiera la entrada de Auguste pareció sorprenderle. Enseguida se acogió a este último como testigo de lo que estaba ocurriendo y continuó sin más la interrumpida escena.

—Veamos, señor Vabre, usted que es un hombre sensato, ¿qué opinaría si estuviera en mi lugar?... Llego aquí esta mañana, más pronto que de costumbre, entro en su alcoba con mi terroncillo de azúcar y tres monedas de cuatro sueldos, para darle una agradable sorpresa y, mira por donde, ¡me la encuentro acostada con ese puerco de Gueulin!... Francamente, ¿cuál hubiera sido su reacción?

Auguste, al verse metido de improviso en aquel atolladero, se puso muy encarnado. Empezó por imaginar que el tío era conocedor de su infortunio y que se estaba mofando de él. Pero, este último, sin darle tiempo para contestar, siguió comentando:

—¡Ah! ¡Usted señorita, no sospecha la trascendencia de lo que acaba de hacer! ¡Yo, que estaba rejuveneciéndome a ojos vistas, que tan dichoso me sentía de haber encontrado un rincón amable, dispuesto a creer de nuevo en la felicidad!... Sí, usted era un ángel para mí, una flor, algo en fin que rezumaba frescura y que me consolaba de los malos ratos pasados con un atajo de mujeres detestables... ¡Y ahora resulta que se las entiende con ese puerco de Gueulin!

Una auténtica emoción embargaba su ánimo, oprimiéndole la garganta, mientras su voz se quebraba en inflexiones de profundo dolor. Todo crujía a

su alrededor y lloraba la pérdida de un ideal, aunque con los hipos de un resto de embriaguez.

—Yo no sabía, tío —balbuceó Fifi, cuyos sollozos iban en aumento ante aquel lastimoso espectáculo—; no, yo no me imaginaba que eso le causaría tanta pena.

Y no daba, en efecto, la impresión de comprender nada. Conservaba su mirada ingenua, su olor de castidad, la inocencia de una niña incapaz de distinguir aún al hombre de la mujer. La tía Menu, por lo demás, aseguraba, que, en el fondo, era completamente inocente.

—Cálmese usted, Narcisse. Le sigue queriendo lo mismo... Yo me imaginaba que su proceder no le agradaría del todo. Se lo dije: «Si Narcisse llega a enterarse, se enfadará». Pero la realidad es que la pobrecilla nada sabe de la vida, ¿comprende? Ignora lo que produce contento y también, naturalmente, lo que desagrada... No llore más, por favor, puesto que, como le digo, su corazón está siempre con usted.

Y como quiera que ni la sobrina ni el tío le prestaban atención, tía Menu se volvió hacia Auguste, a quien explicó hasta qué punto le inquietaba semejante historia, en lo que pudiera afectar al porvenir de su sobrina. ¡Era tan difícil colocar convenientemente a una jovencita! Ella, que estuvo trabajando treinta años en casa de los señores Mardienne hermanos, bordadores en la calle Saint-Sulpice, donde podían pedir informes, sabía perfectamente al precio de cuántas privaciones, una obrera, en París, tenía que saber mantener el equilibrio, si deseaba continuar honrada. A pesar de su buen corazón, aun cuando ella recibiera a Fanny de manos de su propio hermano, el capitán Menu, estando éste en su lecho de muerte, jamás había podido mantener a la pequeña con los mil francos de renta vitalicia, que ahora sin embargo, le permitían abandonar la aguja. También había esperado morir tranquila, viéndola amparada por el señor Bachelard. Pero no, las cosas no habían de suceder así. ¡Fifi disgustaba a su tío, con simples tonterías!

—Seguramente conocerá el pueblo de Villeneuve, cerca de Lille —dijo la tía Menu, para terminar—. Yo soy de allí, se trata de una villa de cierta importancia.

Pero Auguste perdía la paciencia. Dejó, pues, a la tía y se volvió hacia Bachelard, cuya desesperación iba calmándose.

—Venía para pedirle la nueva dirección de Duveyrier... Usted debe saberla.

—Las señas de Duveyrier, las señas de Duveyrier —balbuceó el tío—. Querrá usted decir la dirección de Clarisse. Espere un momento.

Y se fue a abrir la puerta de la alcoba de Fifi. Auguste, muy asombrado pudo ver cómo salía de ella Gueulin, a quien el viejo había encerrado, echando doble vuelta a la llave, para darle así tiempo a que se vistiera y mientras poder decidir acerca del mismo. La visión del joven, con aire derrotado y los cabellos todavía en desorden, reavivó su cólera.

—¡Cómo! ¡Miserable! ¡Tienes que ser tú, mi sobrino, quien viene a deshonrarme! ¡Estás hundiendo a tu propia familia, arrastras por el lodo mis blancos cabellos!... ¡Oh! ¡Acabarás mal, no te quepa duda; cualquier día hemos de verte en la Audiencia!

Gueulin le escuchaba, con la cabeza baja, molesto y furioso a la vez.

—¿No le parece tío, que va demasiado lejos? —murmuró el muchacho—. Un poco de comedimiento, se lo ruego. ¡Si cree usted que a mí me resulta divertido todo esto!... ¿Por qué me trajo a casa de la señorita? No fui yo quien se lo pidió, sino usted quien me forzó a venir. Usted, que trae por aquí a todo el mundo.

Pero Bachelard, anegado de nuevo en lágrimas, continuó diciendo:

—Me arrebataste todo; era lo único que tenía... Tú serás el causante de mi muerte, y no pienso dejarte ni un solo céntimo.

—¡Déjeme en paz! ¡Ya me estoy cansando! ¿Qué es lo que siempre le he dicho? Lo que empieza pareciendo muy agradable, acaba por ser un fastidio al día siguiente. Y si no, a la vista tiene el éxito que consigo por una sola vez que cometo la estupidez de aprovechar la ocasión... ¡Pardiez!, la noche resultó muy agradable, qué duda cabe; pero, después, ¡vete a paseo!, es para echarse a llorar, escarmentado de una vez para toda la vida.

Fifi había enjugado sus lágrimas. Y como enseguida se aburriera de no hacer nada, volvió a coger la aguja y se puso a bordar su estola, mientras, de tanto en tanto, contemplaba con sus grandes ojos a los dos hombres, mostrando su estupefacción ante la cólera de ambos.

—Tengo mucha prisa —se aventuró a decir Auguste—. Si me da esa dirección, la calle y el número, ya no molesto más.

—¿La dirección? —dijo el tío—. Espere, enseguida se la traigo.

E impulsado por el arranque de ternura que embargaba su ánimo, cogió las manos de Gueulin.

—Ingrato, la guardaba para ti, ¡palabra de honor! Había dicho para mis adentros: si se porta bien, se la doy... ¡Oh!, y, además, como corresponde, con cincuenta mil francos de dote... Y tú, ¡marrano, más que marrano!, sin encomendarte a nadie, vas y me la coges de improviso.

—¡No, deje ya de martirizarme! —dijo Gueulin, conmovido por el buen corazón del viejo—. Presiento que no acabará el fastidio que todo esto me produce.

Pero Bachelard se apresuró a llevarle ante la joven, y le preguntó a ésta:

—Veamos, Fifi, mírale bien: ¿hubieras sido capaz de amarle?

—Sólo en el caso de que eso le hubiera complacido, tío —respondió ella.

Aquella contestación tan acertada acabó de oprimir su corazón. Se enjugó los ojos y aprovechó para sonarse, en medio del ahogo que experimentaba... En fin, ya se vería... Él jamás se propuso otra cosa que hacerla feliz. Luego, bruscamente, indicó a Gueulin que se marchara.

—Sal de aquí... Tengo que reflexionar.

Durante todo ese tiempo, la tía Menu había cogido otra vez por su cuenta a Auguste, para exponerle sus puntos de vista. ¿No le parece? Un obrero había maltratado a la pequeña; y de haber sido un empleado, seguro que la hubiese atiborrado de hijos. Con Narcisse, por el contrario, tenía la oportunidad de conseguir una buena dote, que luego le permitiría casarse en debida forma. Gracias a Dios, pertenecían a una familia de máxima solvencia moral; jamás hubiera consentido la tía que la sobrina se comportara mal, danzando por ahí de los brazos de un amante en los de otro. No, lo que ella quería para la chica era que ocupase una posición seria en la vida.

Ya se iba Gueulin, cuando Bachelard le llamó.

—Bésala en la frente —le dijo—. Te lo permito.

Y él mismo le acompañó hasta la puerta. Después, volviéndose a situar junto a Auguste y colocando una mano sobre su corazón, exclamó:

—No se trata de ninguna broma: le juro por mi honor que mi propósito era entregársela más adelante.

—¿Me darás esas señas? —preguntó el otro, cuya paciencia estaba a punto de apurar.

El tío pareció asombrarse, como si hubiera contestado ya a este respecto.

—¿Cómo? ¿Qué? La dirección de Clarisse; pero... ¡si no la sé!

Un arrebató de ira sacudió a Auguste. ¡Todo se enredaba, parecía que se pusieran de acuerdo para dejarle en ridículo! Al verle tan descompuesto, Bachelard le sugirió una idea: Trublot debía tener la dirección que buscaba, y se le podía encontrar en casa de su patrón, el agente de cambio Desmarquay. El propio tío, con su amabilidad de hombre callejero, ofreció acompañar al joven. Y éste aceptó complacido.

—Tome —dijo el tío a Fifi, después de haberla besado a su vez también en la frente—, aquí tiene de todas maneras el azúcar de mi café y tres

monedas de cuatro sueldos para su hucha. Pórtese como es debido, mientras espera indicaciones mías.

La joven en actitud modesta, manejaba su aguja con ejemplar celo. Un rayo de sol al filtrarse por un tejado próximo, alegraba con su luz la reducida pieza, dorando aquel rincón de inocencia, donde jamás llegaba el ruido de los coches. Toda la poesía de Bachelard quedaba sintetizada allí.

—¡Que Dios le bendiga, Narcisse! —dijo la tía Menu, acompañándole hasta la puerta—. Me siento más tranquila... No se digne escuchar a nadie más que a su corazón; él sabrá inspirarle.

El cochero, dormido una vez más, se puso a refunfuñar cuando el tío le dio la dirección del señor Desmarquay, en la calle de Saint-Lazare. También el caballo debía estar durmiendo, pues fue necesaria una lluvia de latigazos para que se moviera. Por fin, el carruaje arrancó penosamente.

—Es muy duro todo esto —continuó diciendo el tío después de un breve silencio—. No puede usted imaginarse el efecto que me produjo ver a Gueulin en camisa... No, créalo, hace falta haberlo vivido.

Y así continuó exponiéndole sus cuitas, insistiendo en contar detalles, sin darse cuenta del creciente malestar que experimentaba Auguste. Finalmente, éste, comprendiendo que su posición iba siendo cada vez más falsa, contó a su vez al otro el porque de su prisa en encontrar a Duveyrier.

—¡Berthe con ese hortera! —exclamó el tío—. ¡Me deja usted pasmado, señor!

Y, al expresarse así, parecía como si su asombro surgiera sobre todo de una falta de tacto en la elección por parte de su sobrina. Sin embargo, después de reflexionar, pareció indignado. Su hermana Eléonore tenía mucho de qué reprocharse. Prescindía por ello de su familia. Desde luego no pensaba mezclarse en aquel duelo; pero lo juzgaba indispensable.

—Sólo tengo que decirle, por lo que a mí respecta que, cuando hace un instante tuve ocasión de ver a Fifí con un hombre en camisa, mi primera idea fue la de no dejar títere con cabeza... Si llega usted a verse en semejante caso...

Un estremecimiento doloroso de Auguste le hizo interrumpirse.

—¡Ah! Es cierto, ya no me acordaba... Comprendo que mi historia no le resulte agradable.

Reinó el silencio, el simón seguía su balanceo melancólicamente. Auguste, cuya furia parecía ir extinguiéndose con el rodar del carruaje, se abandonó a los vaivenes del mismo, con su férreo semblante, entornando cada vez más el ojo izquierdo a causa de la jaqueca que le atormentaba. ¿Por qué

Bachelard creía indispensable aquel duelo? Bien miradas las cosas, no era ése el papel que le correspondía como tío de la culpable; su misión no era la de impulsar a verter sangre. Y Auguste conservaba en su oído la frase de su hermano: «Es una estupidez, vas a conseguir que te ensarten», una frase importuna y machacante, que acababa por ser como el dolor mismo de su neuralgia. Lo más seguro era que resultara muerto, lo presentía; esa consideración le anonadaba en medio del lúgubre enternecimiento experimentado en todo su ser. Se veía ya muerto, lloraba sobre su propio cadáver.

—Le he dicho a la calle Saint-Lazare —gritó el tío al cochero—. No es en Chaillot. Tuerza a mano izquierda.

Por fin se detuvo el simón. Extremando la prudencia, mandaron llamar a Trublot, que bajó sin nada a la cabeza para conversar con ellos, junto a la puerta cochera.

—¿Sabe usted la dirección de Clarisse? —le preguntó Bachelard.

—La dirección de Clarisse... ¡Pardiez!, en la calle de Assas.

Diéronle las gracias, e iban ya a subir de nuevo al coche, cuando Auguste preguntó a su vez:

—¿Y el número?

—El número... ¡Ah!, el número no lo sé.

De repente, el marido ofendido declaró que prefería renunciar a su propósito. Trublot hacía esfuerzos para recordar; cenó allí en una ocasión, y sabía que era detrás del Luxembourg; pero no se acordaba si era en el extremo de la calle, a derecha o a izquierda. Lo que tenía bien presente era el portal; ¡oh!, al verlo enseguida había dicho: «¡ése es!». El tío tuvo entonces una ocurrencia: rogó que les acompañara, a pesar de las protestas de Auguste, manifestando no querer molestar a nadie más y que hablaba de volverse tranquilamente a casa. Por lo demás, Trublot se excusaba, con aire constreñido. No, él no volvería a pisar aquella barraca, aunque evitó dar la auténtica razón de su retraimiento: una aventura que producía verdadero estupor, una bofetada recibida a pleno vuelo de la nueva cocinera de Clarisse, cuando trataba una noche de pellizcarla frente al horno. ¿Tenía aquello explicación? ¡Una bofetada a cambio de una delicadeza, sin más finalidad que estrechar lazos de amistad! Nunca le había ocurrido semejante cosa, aún estaba aturdido.

—No, no —dijo buscando una excusa—, yo no vuelvo a poner los pies en una casa donde uno se aburre soberanamente... Ya sabe usted que Clarisse se ha vuelto muy pesada, más mala que la sarna y más burguesa que la peor de

las burguesas. Por otra parte, en cuanto murió su padre, se trajo consigo a la familia, toda una tribu de buhoneros; la madre, dos hermanas, el granuja del hermano y hasta una tía inválida, una de esas cabezas de polichinelas, sabe usted, que venden por las aceras... ¡Por algo Duveyrier ofrece, metido ahí dentro, ese aspecto de desdicha y de asco!

Y se puso a contar cómo el día de lluvia en que el consejero halló a Clarisse en el umbral de una puerta, ella fue la primera en reprocharle, con lágrimas en los ojos, que nunca hubiera sabido guardarle respeto. Sí, ella había abandonado la calle de la Cerisaie, exasperada por un sufrimiento de dignidad personal contenido por mucho tiempo. ¿Por qué se quitaba su condecoración cuando venía a verla a su casa? ¿Acaso imaginaba que iba a ensuciársela? Quería reconciliarse con él, pero antes se propuso hacerle jurar por su honor que conservaría puesta la condecoración, pues ella defendía su reputación, sin permitir ser ofendida continuamente. Y Duveyrier, desconcertado por aquella riña, llegó a jurar dominado por completo, turbado y enternecido: tenía toda la razón, encontraba en ella un alma refinada.

—Ahora ya no se quita el lazo —añadió Trublot—. Tengo entendido que hasta le hace acostarse con él. Eso enorgullece a la muchacha ante su familia... Además, como el grueso Payan le había engullido ya los veinticinco mil francos que sacara de los muebles, consiguió que le comprase otros por treinta mil francos. ¡Oh!, es el acabóse, le tiene puesta la argolla al cuello, está completamente dominado, siempre con la nariz pegada a sus faldas. ¡Se necesita estar loco para que un hombre llegue a proceder de esa forma!

—Vámonos; puesto que el señor Trublot no puede acompañarnos, yo me voy —dijo Auguste, cuyo disgusto iba en aumento al tener que escuchar tales historias.

Trublot, sin embargo, acabó por decir que les acompañaría, para indicarles la puerta, aunque desde luego no subiera. Y, después de haber ido a buscar su sombrero y dar una excusa para marcharse, fue a reunirse con ellos en el coche.

—Calle de Assas —dijo al cochero—. Siga usted esa calle y ya le indicaré dónde tiene que detenerse.

El cochero empezó a refunfuñar. Calle de Assas, ¡ah!, ¡maldición! ¡Vaya parroquianos aficionados al paseo! En fin, paciencia, ya llegarían cuando buenamente quisiera Dios. El enorme caballo blanco jadeaba a más no poder, sin avanzar apenas, moviendo el cuello con un gesto de doloroso saludo a cada nuevo paso que daba.

Entretanto, Bachelard contaba su desventura a Trublot. Era el suyo un infortunio ruidoso. ¡Sí, ese puerco de Gueulin aprovechándose de una chiquilla deliciosa! Acababa de encontrarle en camisa. Pero, al llegar a este punto de su relato, acordóse de repente de Auguste, abatido en un rincón del coche, sombrío y doliente.

—Es verdad, ¡perdón! —murmuró—. Siempre me olvido.

Luego, dirigiéndose a Trublot, añadió:

—Nuestro amigo sufre una desgracia matrimonial. Por ello vamos en busca de Duveyrier... Sí, sorprendió esta noche a su mujer...

Acabó la frase con un gesto y después añadió simplemente:

—Octave, usted ya le conoce.

Trublot, de opiniones siempre tajantes, iba a decir que la cosa no le sorprendía; sólo que, en el último momento, reconsideró su frase y la substituyó por esta otra, plena de cólera desdeñosa, respecto a la cual el marido no se atrevió a pedir explicación alguna:

—¡Si será idiota ese Octave!

A esta apreciación del adulterio, siguió un silencio. Los tres hombres parecían sumidos en sus propias reflexiones. El carruaje no adelantaba gran cosa; daba la impresión de llevar dos horas rodando sobre un puente, cuando Trublot, saliendo el primero de aquel amodorramiento, aventuró la siguiente y juiciosa frase:

—Este coche no se mueve.

Pero no hubo medio de apresurar el trote del caballo, y eran ya las once cuando llegaron a la calle de Assas. Una vez allí, aún perdieron cerca de un cuarto de hora, pues Trublot, que tanto se había vanagloriado de ello, no lograba reconocer la puerta de la casa. Al principio dejó que el cochero siguiera a lo largo, de la calle hasta llegar al otro extremo, para luego dar la vuelta, y eso por tres veces. Auguste, siguiendo siempre las indicaciones de Trublot, llegó a entrar en cada una de las diez casas de la calle; pero los porteros le respondieron que nada sabían sobre el particular. Finalmente, una frutera les señaló la puerta, y Auguste subió con Bachelard.

Fue el granuja del hermano quien abrió. Pegado a los labios llevaba un cigarrillo, cuyo humo les soltó en pleno rostro, al tiempo que les introducía en el salón. Cuando preguntaron por el señor Duveyrier, balanceó el cuerpo con aire jocosos, sin responder. Luego, desapareció, seguramente para ir en su busca. En medio de la sala, tapizada en satén azul, de un lujo nuevo aunque ya con manchas de grasa, una de las hermanas, la más pequeña, sentada sobre la alfombra sacaba lustre a una cacerola que se había traído de la cocina,

mientras otra, la mayor, aporreaba con sus puños cerrados el teclado de un magnífico piano, cuya llave acababa de encontrar. Al ver entrar aquellos señores, ambas habían levantado la cabeza; pero no por ello se interrumpieron, sino que, por el contrario, seguían fregando y aporreando con más fuerza aún. Transcurrieron cinco minutos y nadie aparecía. Los visitantes se miraban uno a otro, ensordecidos, cuando una serie de gritos provenientes de la habitación vecina, acabaron de aterrorizarles: se trataba de la tía inválida a quien estaban aseando.

Finalmente, una mujer vieja, la señora Bocquet, madre de Clarisse, asomó la cabeza por una puerta entreabierta, ataviada con una ropa tan sucia que no se atrevía a dejarse ver.

—¿Qué desean los señores? —preguntó.

—¡Queremos ver al señor Duveyrier! —gritó el tío perdiendo la paciencia—. Ya se lo dijimos al criado... Diga que están aquí Auguste Vabre y Narcisse Bachelard.

La señora Bocquet había vuelto a cerrar la puerta. En aquellos momentos, la mayor de las hermanas, subida en el taburete, golpeaba con los codos el teclado del piano, y la pequeña, para limpiar el fondo, rascaba la cacerola con un tenedor de hierro. Transcurrieron aún cinco minutos más. Luego, entre aquel ruido ensordecedor, que no parecía causarle turbación alguna apareció Clarisse.

—¡Ah! ¡Es usted! —dijo dirigiéndose a Bachelard y sin mirar siquiera a Auguste.

El tío quedó aturdido. No hubiera sido capaz de reconocerla, de tanto como había engordado. Aquel diablejo de chiquilla, delgada como un rapazuelo, rizada como un perro de aguas, se había convertido en una mujer pequeña rechoncha, untada toda ella de pomadas. Por lo demás, sin apenas darle tiempo para hilvanar una frase, le dijo brutalmente que en su casa sobraba un chismoso como él, que iba a contar a Alphonse cosas tremebundas que no tenía por qué saber; sí, así era, pues sabía perfectamente que le acusó de entenderse con los amigos de Alphonse, procurando hacerlo siempre a sus espaldas; y además no podía negárselo, pues todo eso lo sabía por el mismo Alphonse.

—De modo que, ya lo sabe usted —añadió—, si viene para empinar el codo, ya puede largarse con viento fresco... Aquella vida terminó para siempre. Ahora quiero que se me respete.

Y de ese modo fue poniendo al descubierto su pasión y sus pretensiones, como persona que realmente cree merecer ese trato, obsesionada siempre con

su idea fija. Así había ido deshaciéndose, uno a uno, de todos los invitados de su amante, presa de auténticos accesos de rigorismo, prohibiendo que allí se fumara, queriendo que la llamaran señora y exigiendo que fueran a visitarla periódicamente. Su antigua tunantería de mujer superficial y mundana había desaparecido: lo único que conservaba era su exageración en el desempeño del papel de gran dama, desvirtuado a veces por gruesas palabrotas y gestos groseros. Poco a poco, la soledad reinaba de nuevo en torno a Duveyrier: nada de vida privada alegre, sino un rincón de ambiente aburguesado donde volvía a encontrar todos los inconvenientes de su hogar, en medio de la algazara y de la suciedad. Como decía Trublot, su fastidio no era mayor cuando estaba en la calle de Choiseul, con la diferencia de que allí la suciedad era menor.

—No venimos por usted —respondió Bachelard, que había conseguido reaccionar, acostumbrado como estaba a los recibimientos airados de aquella clase de señoras—. Es necesario que hablemos con Duveyrier.

Clarisse, entonces, se puso a contemplar al otro señor. Le pareció ver en él a un alguacil, pues sabía que Alphonse empezaba a meterse en negocios sucios.

—¡Oh!, después de todo, a mí qué me importa —exclamó—. Pueden llevárselo si quieren e incluso quedarse con él... ¡Para el placer que me produce curar sus granos!

Ni se tomaba la molestia de ocultar el desagrado que le ocasionaba su amante, convencida, por otra parte, de que semejante crueldad de trato constituía para él un motivo más de acercamiento.

Y, abriendo una puerta, dijo:

—¡Anda!, ven enseguida; estos señores se obstinan en hablar contigo.

Duveyrier, que parecía estar esperando detrás de la puerta, entró y les estrechó la mano, tratando al mismo tiempo de sonreír. Ya no tenía su aire jovial de antaño, cuando pasaba la velada en la casa de la calle Cerisaie; una especie de lasitud le consumía, estaba mohíno y como disminuido, con un estremecimiento continuo, dando la impresión de que algo, a sus espaldas, le inquietaba sobremanera.

Clarisse se quedó para oírles. Bachelard, que no quería hablar delante de ella, invitó a almorzar al consejero.

—Acepte usted, el señor Vabre le necesita. La señora será lo suficientemente amable para permitirle...

Entretanto, habíase dado cuenta esta última de que su hermana mediana estaba golpeando el teclado del piano y le había largado dos cachetes al tiempo que la sacaba de la sala, aprovechando asimismo la ocasión para

abofetear y sacarse de encima a la pequeña con su cacerola. Aquello produjo una algazara infernal. La tía inválida, que estaba en la habitación inmediata, se puso a escandalizar, creyendo que venían a pegarle.

—¿Lo estás oyendo, nenita? —murmuró Duveyrier—. Estos señores me invitan.

Pero ella no le escuchaba, atenta a comprobar los posibles desperfectos ocasionados en el piano. Desde hacía un mes, estaba aprendiendo a tocar. Se trataba del sueño inconfesado de toda su vida, de una antigua ambición que, al convertirse en realidad, había de consagrarla como dama del gran mundo. Después de asegurarse que nada habían roto, se dispuso a retener a su amante por el simple placer de mostrarse desagradable, cuando la señora Bocquet asomó por segunda vez la cabeza, procurando ocultar, como antes, la suciedad de su falda.

—Tu profesor de piano —le dijo.

De repente, Clarisse, cambiando de parecer, gritó a Duveyrier:

—¡Haz lo que te parezca! ¡Lárgate y déjame tranquila!... Ya almorzaré con Théodore. No te necesitamos para nada.

Théodore, el profesor, era un belga de ancho y sonrosado rostro. Clarisse se apresuró a sentarse ante el piano, y él le fue colocando los dedos sobre las teclas, frotándoselos antes para desentumecerlos. Duveyrier vaciló durante unos momentos, visiblemente contrariado. Pero aquellos señores le estaban esperando, y fue a ponerse las botas. Cuando volvió, Clarisse chapoteaba el teclado, desencadenando una auténtica tempestad de notas falsas, que tenía hartos a Auguste y a Bachelard. Él, sin embargo, a quien la música de Mozart y Beethoven que tocaba su mujer le sacaba de quicio, se detuvo un minuto detrás de su querida, pareciendo complacerle aquellos falsos sonidos, a pesar de las contracciones nerviosas de su cara; y, volviéndose hacia los otros, murmuró:

—Tiene una disposición asombrosa.

Después de haberle besado en los cabellos, se retiró discretamente y la dejó con Théodore. En la antecámara, el grandullón del hermano le pidió, con su acostumbrado aire de chunga, veinte sueldos para comprar tabaco. Luego, mientras bajaban la escalera, como Bachelard expresara a Duveyrier su asombro por la conversión de éste a los encantos del piano, el propio Duveyrier le juró por lo más sagrado que nunca lo había detestado, hablándole a continuación del ideal, y diciéndole cómo aquellas simples escalas de Clarisse le conmovían el alma, cediendo a su continuo deseo de adornar con azules florecillas sus primarios apetitos de hombre.

Mientras tanto, abajo, Trublot, que había dado un cigarro al cochero, escuchaba su historia con el más vivo interés. El tío se empeñó en que fueran a almorzar a casa de Foyot; era ya hora de hacerlo y charlarían mejor comiendo. Después, cuando el simón logró arrancar de nuevo una vez más, explicó lo sucedido a Duveyrier, que se puso muy serio.

El malestar de Auguste parecía haber aumentado en casa de Clarisse, donde no llegó a pronunciar una palabra; y, ahora, agotado por aquel interminable paseo, con la cabeza invadida toda ella por la jaqueca, su abatimiento no podía ser mayor.

Cuando el consejero le interrogó sobre lo que pensaba hacer, abrió desmesuradamente los ojos, vivió unos momentos de angustia y luego acabó repitiendo su consabida frase:

—¡Batirme, pardiez!

Sólo que su voz parecía irse reblandeciendo y, entornando sus párpados como para pedir que le dejaran tranquilo, añadió:

—A menos que usted encuentre otra solución.

Entonces, entre el laborioso balanceo del simón, aquellos señores celebraron un gran consejo. Duveyrier, lo mismo que Bachelard, juzgaba indispensable el duelo; mostrábase muy conmovido a causa de un derramamiento de sangre que llenaría de luto su casa, pero el honor se imponía sobre todas las demás consideraciones, y en las cosas relacionadas con él, no cabía transigir. Trublot era de ideas mucho más flexibles: estimaba demasiado estúpido comprometer su honor en lo que él llamaba fragilidad de una mujer. Auguste aprobaba sus palabras con el simple movimiento de sus párpados, cansado al fin del belicoso coraje de los otros dos, cuyo papel debiera ser más bien conciliatorio. A pesar de su cansancio, se vio forzado a contar una vez más la escena de la noche última, el bofetón que había dado y el que luego recibiera él; y bien pronto desapareció el adulterio como tema, centrándose la discusión en aquellos dos bofetones únicamente, que fueron comentados y analizados para tratar de encontrar una solución satisfactoria.

—¡Me parecen demasiados refinamientos! —terminó diciendo Trublot con desprecio—. Puesto que los dos, se dieron de bofetadas, ambos están exentos de más protocolos.

Duveyrier y Bachelard contempláronse mutuamente, para declararse vencidos. A todo esto, estaban llegando al restaurante, y el tío expresó su deseo de almorzar primero. Eso les serviría para despejar las ideas. Dijo que les convidaba y encargó un almuerzo copioso, a base de platos y vinos extravagantes, que les retuvieron durante tres horas en el comedor Ni por una

sola vez se llegó a hablar del duelo. Desde los entremeses, la conversación recayó sobre las mujeres; Fifi y Clarisse fueron durante todo el tiempo analizadas y escudriñadas bajo todos los aspectos. Bachelard, ahora, cargaba sobre sí todas las culpas, para no aparecer ante el consejero como una persona deleznable, en tanto que éste, tomándose la revancha de aquella noche en que el tío la había visto llorar en medio del apartamento vacío de la calle de Cerisaie, mentía abiertamente con relación a lo que afirmaba ser su dicha actual, contando las cosas con tal convicción que incluso llegaba a creerlas él mismo, hasta el punto de enternecerse. Frente a ellos, Auguste, a quien su neuralgia impedía beber y probar bocado, parecía escucharles atentamente, apoyados los codos sobre la mesa y con la mirada incierta. A los postres, Trublot se acordó de repente del cochero, a quien habían dejado olvidado allá abajo, disponiendo que le fueran llevados los restos de los platos y de las botellas servidas, en un rasgo de simpatía, ya que, según él y por ciertos detalles observados, había creído adivinar que se trataba de un antiguo sacerdote. Sonaron las tres. Duveyrier se quejaba de tener que desempeñar el cargo de asesor en la próxima sesión del tribunal; Bachelard, embriagado de veras, escupía de lado, haciéndolo sobre el pantalón de Trublot, que no se daba cuenta; y la jornada habría terminado así, entre el vapor de los licores, si Auguste no hubiera despertado como a impulsos de un sobresalto.

—Entonces, ¿qué es lo que hacemos? —preguntó inquieto.

—Pequeño —respondió el tío tuteándole—, si te parece bien, vamos a sacarte elegantemente del apuro... Esto es una imbecilidad, tú no puedes batirte.

Nadie pareció quedar sorprendido ante aquella conclusión. Duveyrier hacía signos de conformidad con la cabeza. El tío continuó diciendo:

—Voy a subir con el señor a casa de tu oponente, y ese animal te presentará excusas, o dejaré de llamarme Bachelard... Sólo con verme, sabrá bajar velas, precisamente porque no es a mí a quien corresponde ir a su casa. ¡Yo me río de lo que pueda pensar la gente!

Auguste le estrechó la mano, aunque ni siquiera reflejó su físico el alivio que sentía, debido a su insoportable dolor de cabeza, finalmente abandonaron el gabinete. Al borde de la acera y subido en su simón, el cochero aún estaba almorzando; tuvo que sacudirse las migas, estaba completamente borracho y se puso a dar fraternales golpecitos en el vientre de Trublot. Sólo el caballo, que nada había comido, se negó a reemprender la marcha, con un desesperado movimiento de cabeza. Pero le arrearon de firme y acabó por descender la calle de Tournon, como si fuera rodando. Habían sonado ya las cuatro,

cuando se detuvo en la calle de Choiseul. Auguste dispuso del coche durante siete horas. Trublot, que seguía dentro, dijo que continuaba por su cuenta y que esperaba a Bachelard, a quien pensaba convidar a cenar.

—¡Pues sí que has empleado tiempo! —dijo su hermano Théophile, que se precipitó a salir a su encuentro—. Te creía muerto.

Y, en cuanto hubieron entrado aquellos señores en la tienda, se puso a contar lo sucedido durante la jornada. Desde las nueve estuvo vigilando la casa, pero nadie hizo el menor movimiento. A las dos, Valérie se fue a las Tullerías con su hijo Camille. Luego, hacia las tres y media, había visto salir a Octave. Y ninguno más, ni siquiera se notaba ajeteo alguno en casa de los Josserand; y ello hasta el punto de que Saturnin, que buscaba a su hermana hasta por debajo de los muebles, subió para preguntar por ella a la señora Josserand, y ésta, para quitárselo de encima sin duda, le había cerrado la puerta en las narices, diciéndole que Berthe no se encontraba en su casa. Y desde aquel momento, el loco rondaba de un lado para otro, apretando los dientes.

—Muy bien —dijo Bachelard—. Esperaremos a ese buen señor. Desde aquí le veremos entrar.

Auguste, con la cabeza hecha un bombo, hacía inusitados esfuerzos para permanecer de pie. Duveyrier le aconsejó que se metiera en la cama. Era el único remedio eficaz contra la jaqueca.

—Suba usted, no le necesitamos para nada. Ya le daremos a conocer el resultado... Querido, las emociones no le sientan bien.

Y el marido subió a acostarse.

A las cinco de la tarde, los otros dos todavía esperaban a Octave. Éste, empezando por marchar sin rumbo fijo, deseoso únicamente de tomar el aire y olvidar las catástrofes vividas durante la noche, había pasado por delante de *La Delicia de las Damas* donde se detuvo para saludar a la señora Hédouin, a quien viera de luto riguroso de pie en el umbral de la puerta; y, al hacerle saber que se veía forzado a abandonar la casa de los Vabre, ella le preguntó tranquilamente por qué no volvía a entrar en su casa. Todo sucedió con rapidez, casi sin pensar en ello. Cuando la hubo saludado de nuevo para despedirse, después de prometer que se incorporaría a la casa desde el día siguiente, Octave continuó, su callejeo, aunque imbuido de un vago pesar. Un sin número de proyectos ocupaban su mente, y hacía ya una hora que merodeaba por el barrio, cuando, al levantar la cabeza, se dio cuenta de que había penetrado en el oscuro corredor del pasaje de Saint-Roch. Delante de él, en el ángulo más oscuro y a la puerta de un turbio apartamento amueblado, se

estaba despidiendo Valérie de un señor muy barbudo. Al verle, se sonrojó y desapareció a escape empujando la rehenchida puerta de la iglesia; luego, viéndose seguida por el joven que no cesaba de sonreír, prefirió esperarle bajo el pórtico, donde se pusieron a charlar con la mayor cordialidad.

—Parece como si me rehuyera —dijo el joven—. ¿Acaso está enfadada conmigo?

¿Enfadada? —respondió ella—. ¿Por qué había de estarlo...? ¡Bah! ¡Ya pueden devorarse entre ellos, si quieren, que a mí me tiene sin cuidado!

Se refería a su familia. A renglón seguido, buscó solazarse en su antiguo rencor contra Berthe, empezando por una serie de alusiones para tantear al joven; luego, cuando pudo darse cuenta del sordo cansancio que éste sentía de su querida, exasperado aún por el drama vivido durante aquella noche, obró ya sin disimulo alguno y le vació su corazón. ¡Pensar que esa mujer le había acusado de venderse, cuando jamás aceptaba un céntimo, ni siquiera un regalo! Todo lo más algunas flores de vez en cuando, ramilletes de violetas. Ya le predijo ella que algún día iba a saber lo que precisaba dar para poseerla.

—¿No es así? —preguntó Valérie—. ¿Verdad que la aventura le costó algo más que un simple ramillete de violetas?

—Sí, desde luego —murmuró él cobardemente.

Y aprovechó a su vez la ocasión para dejar escapar cosas desagradables acerca de Berthe, tratándola de malvada, encontrándola incluso demasiado gruesa, como si se vengase de las molestias que le estaba causando. Se había pasado el día esperando para asegurarse de que nadie había acudido aún; total una aventura estúpida, un duelo que ella hubiera podido evitarle. Acabó por contar su estúpida cita, así como su riña, y la llegada de Auguste, antes de que se hicieran una caricia.

—Le juro a usted por lo más sagrado —añadió—, que nada trascendente llegó a ocurrir entre nosotros.

Valérie, muy animada, no cesaba de reírse. Iba haciendo girar la conversación hacia el terreno íntimo de las confidencias, buscando acercarse a Octave en calidad de amiga que lo sabía todo. De tanto en tanto, alguna devota que salía de la iglesia cortaba su diálogo; después, la puerta volvía a cerrarse suavemente y se encontraban de nuevo solos detrás de una lámpara de paño verde, cual si se hallaran en el fondo de un asilo discreto y religioso.

—No acabo de explicarme por qué vivo con esas gentes —prosiguió ella, refiriéndose a su familia—. ¡Oh!, no es que me crea al margen de todo reproche, desde luego; pero, francamente, me entusiasman tan poco, que no

puedo tener remordimiento... ¡Y si le confesase además que el amor me fastidia solemnemente!

—¡Vamos, no será tanto como todo eso! —le contestó alegremente Octave—. No siempre se cometen las torpezas en que nosotros incurrimos ayer... Hay momentos muy felices.

Entonces ella se confesó a su vez. Lo que le había impulsado a comportarse mal, seis meses después de su matrimonio, no era aún el odio que sentía hacia su marido, ni la continua fiebre que le hacía pasarse la vida tiritando, en medio de una impotencia y un eterno lloriqueo de niño; no, obraba de aquella manera, muchas veces sin quererlo, obedeciendo únicamente a ocurrencias y caprichos a los que no acababa de encontrar explicación. Todo parecía crujir a su alrededor, sentíase enferma y ese estado de ánimo terminaría por matarla. Y, como nada de interés le retenía ya, lo mismo daba esta voltereta que otra cualquiera.

—Pero, dígame, ¿jamás disfrutó usted, como mujer, un momento agradable? —preguntó de nuevo Octave, a quien sólo este punto parecía interesar.

—En fin, qué quiere que le diga, jamás tal como cuenta la gente —respondió ella—. ¡Se lo juro!

Él la contempló con una simpatía llena de compasión. Por nada a cambio, y sin sentir ningún goce: con seguridad que no valía la pena de que se entregara, ante el continuo temor a ser sorprendida. Y experimentaba sobre todo un gran consuelo en su amor propio, pues sufría en el fondo por el desdén con que anteriormente le tratará. ¡He aquí por qué se había negado ella aquella noche!

—¿Recuerda usted, después de una crisis? —le preguntó él a continuación.

—Sí. Usted no me desagradaba del todo, pero ¡eran tan pocas las ganas que tenía!... Mire, en el fondo mejor que fuera así, pues de otro modo seguro que ya nos detestaríamos a estas horas.

Y le extendió su manita enguantada. Él la estrechó entre las suyas, diciendo:

—Tiene usted razón, vale más así... Decididamente, no se ama de veras, más que a las mujeres que uno no ha podido conquistar.

Experimentaban los dos una gran dulzura. Permanecieron unos momentos con las manos enlazadas, enternecidos ambos. Luego, sin añadir una sola palabra, empujaron la puerta de la iglesia, donde habían dejado a su hijo Camille, al cuidado de la mujer encargada de alquilar las sillas. El niño se

había dormido. Una vez despierto le hizo arrodillarse, se arrodilló también ella un instante, y así permaneció con la cabeza cogida entre las manos, como abismada en el fondo de una ardiente plegaria. Se levantaba ya, cuando el abate Mauduit, que salía de un confesonario, la saludó con paternal sonrisa.

Octave se había limitado a atravesar la iglesia. Cuando regresó a su apartamento, toda la casa dio muestras de agitación. Trublot, que en aquellos momentos se hallaba solo en el simón, durmiendo, no le vio pasar. Los tenderos, a la puerta de sus comercios, le miraron con severidad. El almacenista de papel, situado enfrente, todavía paseaba la vista a lo largo de la fachada, como para indagar a través de los muros; pero el carbonero y la frutera ya estaban calmados, y el barrio parecía recaer nuevamente en su habitual estado de fría dignidad. Lisa, que se hallaba en el umbral de la puerta, en pleno comadreo con Adèle, al pasar Octave hubo de contentarse con echarle un vistazo; y lo mismo una que otra, sin darle más importancia a la cosa, reanudaron su charla quejándose de la carestía de los volátiles, bajo la mirada severa del señor Gourd que saludó a Octave al entrar. Por fin, subía ya éste cuando la señora Juzeur, que se hallaba al acecho desde primera hora de la mañana, entreabrió su puerta, le cogió las manos y lo llevó a su antecámara, donde le besó en la frente mientras murmuraba:

—¡Pobre criatura!... Ande, no quiero retenerle. Vuelva para charlar un poco cuando todo haya concluido.

Apenas había entrado en su casa, cuando se presentaron Duveyrier y Bachelard. Como primera reacción, estupefacto al ver al tío, quiso darles los nombres de dos de sus amigos. Pero aquellos señores, sin responderle directamente, se pusieron a hablar de sí mismos, invocando su edad y soltándole después todo un sermón sobre su mal proceder. Luego, cuando en el curso de la conversación les anunció el joven su propósito de abandonar la casa lo más pronto posible, ambos visitantes declararon solemnemente que con aquella prueba de sensatez y de tacto tenían más que suficiente. Grande había sido el escándalo, y hora era ya de sacrificar las propias pasiones para bien de las gentes honradas. Duveyrier aceptó el ofrecimiento de despido y se retiró enseguida, en tanto que Bachelard, a sus espaldas, invitaba al joven para que cenara con él aquella noche.

—Cuento con usted. Así nos distraeremos, Trublot, está abajo esperándonos... Yo no me preocupo de Eléonore. No quiero verla y empezaré por adelantarme a usted, para que, en todo caso, no llegue a vernos juntos.

Bajó, y cinco minutos más tarde, Octave, contento por el desenlace de la aventura, salía al encuentro de Bachelard. Se deslizó dentro del simón, y el

melancólico caballo que acababa de pasear al esposo ofendido durante siete horas, les condujo cojeando hasta un restaurante del Mercado central, donde se comían unos callos estupendos.

Duveyrier había encontrado a Théophile en el fondo de la tienda. Valérie acaba de entrar también, y ya los tres conversaban, cuando hizo su aparición la propia Clotilde, que regresaba de un concierto. Se marchó bien tranquila y segura, según sus propias palabras, de que surgiría una solución satisfactoria para todos. Se impuso luego un silencio, reflejo de una situación de embarazo entre los dos matrimonios. Por lo demás, Théophile sufrió en aquel momento un acceso espantoso de tos, dando la impresión de que acabaría escupiendo sus propios dientes. Pero como todos ellos tenían interés en reconciliarse, terminaron por aprovechar la emoción producida por los nuevos disgustos familiares. Las dos mujeres se abrazaron, Duveyrier juró a Théophile que la herencia de Vabre le estaba arruinando, y prometió además que le indemnizaría, condonándole sus alquileres durante un período de tres años.

—Hay que ir a tranquilizar a ese pobre Auguste —recalcó finalmente el consejero.

Y subía con ese objeto, cuando unos gritos terribles de animal al que están degollando salieron de la alcoba. Era Saturnin, que, armado con su consabido cuchillo de cocina, había penetrado en la habitación de Auguste, sigilosamente y procurando ahogar el ruido de sus pasos. Y, una vez allí, con los ojos brillando como ascuas y la boca espumosa, acababa de lanzarse sobre Auguste.

—Dime, ¿dónde la has metido? —gritaba el loco—. ¡Devuélvemela o te degüello como a un puerco!

El marido, despertando sobresaltado de su dolorosa somnolencia, trató de huir. Pero el loco, con la fuerza que proporciona la idea fija, le había agarrado por el faldón de su camisa, y, después de volverle a tumbar en la cama, le colocó el cuello al borde de la misma, encima de una palangana que había allí mismo, manteniéndole en la posición de una bestia preparada para sacrificar.

—Lo que es esta vez... te degüello como a un cerdo.

Por fortuna, se llegó a tiempo de librar a la víctima. Fue preciso encerrar a Saturnin, presa de un ataque de furiosa locura. Dos horas después, el comisario, que había sido avisado, ordenaba que lo condujeran por segunda vez al asilo de los Molineaux, con la aprobación de la familia. Pero el pobre Auguste seguía tiritando de miedo y de angustia. Le decía a Duveyrier, cuando éste le hizo saber el arreglo acordado con Octave:

—No, hubiera preferido batirme. Contra un loco no hay medio de defenderse... ¡Qué empeño tan tenaz el de ese bandolero en querer degollarme, y todo porque su hermana se burló de mí como esposo! ¡Ah!, con lo sufrido tengo bastante, amigo mío; ya no puedo más, ¡palabra de honor!

XVI

EN la mañana del miércoles, cuando Marie llevó a Berthe a la señora Jossierand, ésta, sofocada por una aventura que afectaba a su dignidad personal, permaneció completamente pálida, sin decir una sola palabra.

Agarró la mano de su hija con la brutalidad de una profesora auxiliar que mete en el cuarto oscuro a una alumna culpable, la llevó a la habitación de Hortense y, dándole un empujón, terminó diciéndole:

—Escóndase, y no salga para nada... Mataría a su padre del disgusto.

Hortense, que en aquel momento se estaba aseando, quedó estupefacta. Sonrojada de vergüenza, Berthe se había lanzado sobre el deshecho lecho, en medio de agudos sollozos. Ella aguardaba una recriminación inmediata y violenta, e incluso llevaba preparada toda una defensa, decidida a alzar también la voz en cuanto su madre hubiera intentado ir demasiado lejos; y, esta rudeza callada, aquella manera de tratarla como a una niña que acabara de zamparse un bote de confitura, le dejaba sin fuerza, haciéndole volver de nuevo a sus terrores de criatura, a las lágrimas que ya derramara entonces por los rincones con sus acendrados juramentos de obediencia.

—¿Qué ocurre? ¿Qué has hecho? —le preguntó su hermana, cuyo asombro iba en aumento, al verla cubierta con un viejo chal prestado por Marie—. ¿Es que el pobre Auguste ha caído enfermo en Lyon?

Pero Berthe se negaba a responder. No más tarde; se trataba de cosas que no podía explicar; y le suplicaba a Hortense que se fuera, que la dejara sola en la habitación, donde así por lo menos lloraría en paz. La jornada transcurrió de la siguiente forma: el señor Jossierand había salido para su despacho, sin sospechar nada; luego, cuando volvió por la noche, aún estaba escondida Berthe. Como había rehusado ingerir alimento alguno, acabó por comerse con avidez la pequeña cena que Adèle le sirviera en secreto. La criada se había quedado viéndola, y al comprobar su apetito no pudo por menos de decir:

—No permita que le consuma la bilis, tome usted fuerzas... Ande, tranquilícese, la calma reina en la casa. Tanto hablar de muertos y heridos y al

final nadie ha muerto.

—¡Ah! —dijo la joven.

En medio de su asombro, se apresuró a interrogar a Adèle, quien, sin omitir detalles, le contó todo lo ocurrido durante el día, el desistimiento del duelo, lo que había dicho el señor Mouret y lo que hicieran los Duveyrier y los Vabre. Berthe le escuchaba, sentíase renacer, devorando la comida y pidiendo más pan. ¡La verdad era que resultaba demasiado estúpido entristecerse de aquella forma, cuando los otros parecían consolados ya!

En consecuencia, hacia las diez, cuando Hortense vino a reunirse con ella, la recibió con ánimo alegre y los ojos secos. Y, procurando sofocar sus risas, se divirtieron mucho cuando quiso probarse un peinador de su hermana, que le estaba demasiado estrecho: su busto, que el matrimonio había desarrollado, parecía que iba a reventar la tela. No importaba, sacando algo de los botones, podría ponérselo al día siguiente. Una y otra imaginaban haber vuelto a su primera juventud, en el fondo de aquella alcoba donde tantos años vivieron juntas. Aquello las enternecía y las acercaba, renovando un afecto que hacía ya mucho tiempo no experimentaban. Josserand había suprimido la antigua camita de Berthe. Cuando se hubieron echado, una junto a la otra y apagado la luz, abrieron sus ojos en medio de las tinieblas; y en vista de que no podían conciliar el sueño, se pusieron a charlar.

—¿No vas a contarme, entonces, la verdad de lo que ha pasado? —preguntó de nuevo Hortense.

—Pero, querida —respondió Berthe—, tú, no estás casada, y yo no puedo... Se trata de una disputa que he tenido con Auguste. ¿Me comprendes?, él ha vuelto.

Y como Berthe se interrumpiera, su hermana insistió con impaciencia:

—¡Vamos! ¡Anda! ¡Cómo si viviera aislada del mundo! ¡Dios mío! ¡A mi edad, lo que no se sabe se adivina!

Entonces Berthe se confesó, primero rebuscando con cuidado las frases, luego prescindiendo de eufemismos, hablando de Octave, y de Auguste. Hortense, en la oscuridad, dando la espalda a su hermana, la escuchaba ensimismada y sólo dejaba escapar frases cortas, para preguntarle alguna cosa en concreto o darle su opinión. «¿Y después qué te dijo él?... ¿Qué sensación experimentaste?... ¡Vaya! ¡Resulta emocionante, pero no me gustaría vivirlo!... ¡Ah! ¡Verdaderamente eso pasa ya de la raya!». Sonaron las doce, después la una y más tarde las dos: seguían embebidas en aquella historia, con los miembros poco a poco caldeados por las sábanas y dominadas por el insomnio. Berthe, en aquella casi alucinación, olvidaba incluso a su hermana,

hasta el extremo de pensar simplemente en voz alta, solazando su corazón y su carne a través de las más delicadas confianzas.

—¡Oh!, por lo que se refiere a mis relaciones con Verdier, la cosa será muy sencilla —dijo Hortense bruscamente—. Haré cuanto él quiera.

Al oír el nombre de Verdier, Berthe hizo un movimiento de sorpresa. Creía que aquellas relaciones habían quedado rotas, puesto que la mujer con quien habitaba desde hacía quince años, acababa de tener un niño, en el momento en que él se decidía a abandonarla.

—Pensas casarte con él, ¿no es eso? —preguntó Berthe.

—¡Toma! ¿Por qué no?... Cometí la tontería de esperar demasiado tiempo. Pero la criatura acabará muriendo, se trata de una niña escrofulosa.

Y, mascullando la palabra «querida», con gesto de desagrado, dejó traslucir su odio de burguesa casadera y honesta, contra aquella desdichada que convivía desde hacía tanto tiempo con un hombre. ¡Su niña! Aquello no era otra cosa que una maniobra más. ¡Sí, un pretexto que había inventado cuando se dio cuenta de que Verdier, después de haberle comprado camisas para no abandonarla medio desnuda, trataba de acostumbrarla a la idea de una próxima separación, a través de ausencias cada vez más prolongadas! En fin, ya se vería, esperarí.

—¡Pobre mujer! —dejó escapar Berthe.

—¡Cómo pobre mujer! —gritó Hortense con acritud—. ¡Se ve que tú también tienes cosas para hacerte perdonar!

Pero enseguida lamentó la crueldad de su expresión, y cogiendo a la hermana entre los brazos, la besó, jurándole que su intención no había sido ofenderla. Callaron las dos entonces, aunque no por ello consiguieron dormirse; sus ojos continuaban abiertos en las tinieblas y la historia iba desarrollándose en sus turbados cerebros.

Al día siguiente por la mañana, el señor Josserand se sintió enfermo. Había estado escribiendo direcciones hasta las dos de la madrugada, a pesar de su abatimiento, de una lenta disminución de sus fuerzas, de la que se quejaba desde hacía algunos meses. Levantóse no obstante y se vistió; pero, en el momento de salir de su despacho, se sintió tan agotado que envió una carta a los hermanos Bernheim para prevenirles de su indisposición.

La familia iba a tomar su café con leche. Se trataba de un desayuno servido sin mantel, en un comedor todavía grasiento por los restos de cena de la víspera. Las damas habían acudido en camisola, chorreando agua y con los cabellos recogidos simplemente. Al ver que su marido se quedaba en casa, la señora Josserand resolvió no seguir ocultando a Berthe, aburrida como estaba

de todo aquel misterio, y temiendo ver aparecer a Auguste en cualquier momento dispuesto a hacerles una escena.

—¿Cómo es eso? ¿Almuerzas con nosotros? ¿Qué es lo que ocurre? —dijo el padre muy sorprendido, cuando percibió a su hija, con sus grandes ojos somnolientos y el pecho oprimido por el peinador de Hortense, que le venía demasiado estrecho.

—Me ha escrito mi marido que se quedaba en Lyon —respondió la hija—, y he pensado venir con vosotros.

Se trataba de una mentira convenida entre las dos hermanas. La señora Josserand, que conservaba su rigidez de profesora auxiliar, no desmintió la afirmación de la hija. Pero el padre observaba a Berthe, a quien le parecía ver turbada y presa de algún malestar; la explicación dada sobre su presencia no acabó de convencerle, la encontraba un tanto rara; e iba ya a preguntar cómo funcionaría la tienda sin estar atendida por ella, cuando Berthe se acercó para besarle en las dos mejillas, con su aire alegre y zalamero de siempre.

—¿De verdad? ¿No me ocultas nada? —murmuró el padre.

—¡Qué cosas se te ocurren! ¿Por qué te empeñas en que tengo algo que ocultarte?

La señora Josserand se permitió simplemente encogerse de hombros. ¿A qué venían tantas precauciones? ¿Para ganar una hora quizá? La verdad es que no valía la pena: era inevitable que el padre recibiera el golpe. El desayuno, sin embargo, resultó alegre. El señor Josserand, contento de hallarse entre sus dos hijas, se creía aún en sus buenos tiempos, cuando alegraban su ánimo nada más despertarse con sus ensueños de rapazuelas. Seguían conservando para él su olor de juventud, con los codos apoyados sobre la mesa, mojando sus tostadas y riendo con la boca llena. Y todo ese pasado acababa de renacer en él cuando contemplaba frente a ellas el rígido rostro de su madre, enorme y desbordante con su viejo vestido de seda verde, al que acababa de agotar usándolo por las mañanas sin ponerse previamente el corsé.

Pero una escena desagradable hubo de estropear el desayuno. De repente, la señora Josserand interpeló a la criada.

—¿Qué es lo que está usted comiendo?

Estaba observándola desde hacía unos momentos. Adèle, en zapatillas, daba vueltas de un modo cansino alrededor de la mesa.

—Nada, señora —respondió la doméstica.

—¡Cómo que nada!... Usted está masticando algo, yo no soy ciega. ¡Fíjese!, aún se le ven restos entre los dientes.

—¡Oh!, ya puede usted disimular ahuecando las mejillas... Y eso que come lo lleva escondido en el bolsillo, ¿no es así?

Adèle se sintió turbada e intentó retroceder. Pero cuando quiso hacerlo ya era tarde, pues la señora Josserand la tenía cogida por la falda.

—Hace un cuarto de hora que la estoy viendo sacar cosas de ahí dentro para llevárselas a la boca después de esconderlas en el hueco de su mano... Debe ser algo bueno, ¿no? A ver, enséñeme de qué se trata.

Y metiendo a su vez la mano en el bolsillo de la criada retiró un puñado de ciruelas pasas.

—¿Qué es esto? —gritó furiosa la señora.

—Ciruelas —dijo la criada, que, al verse descubierta, resolvió adoptar un tono insolente.

—¡Ah! ¡De modo que se está comiendo mis ciruelas! ¡Ahora comprendo el que se acaben tan rápidamente y dejan de aparecer en la mesa!... ¡Será posible! ¡Ciruelas pasas en un bolsillo!

Y la acusó de beberse también el vinagre. Todo desaparecía; no podía dejarse a la vista ni siquiera una patata, porque lo más seguro es que no la volvería a encontrar.

—Es usted un sumidero, hija mía.

—Deme usted de comer como es debido —replicó descaradamente Adèle—, y así no me meteré con sus patatas.

Aquello fue el colmo. La señora Josserand se levantó, majestuosa, terrible.

—¡Cállese, contestona!... ¡Oh!, ya lo sé, son las demás criadas quienes la están echando a usted a perder. En cuanto hay en la casa una boba procedente de provincias, se hace preciso, por lo visto, que las granujas de todos los pisos la pongan al corriente de un montón de atrocidades... ¡Ya no asiste a misa, pero en cambio roba!

Adèle, a quien en efecto habían soliviantado Lisa y Julie, no cedió ni un ápice.

—Cuando yo era una boba, como usted dice, no debió abusar de mí... Eso se acabó.

—¡Quítese de mi vista, la despido! —gritó la señora Josserand, señalando la puerta con el brazo extendido y gesto de tragedia.

Sentóse finalmente, conmocionada, en tanto que la sirvienta, sin apresurarse lo más mínimo, arrastraba sus zapatillas, tragándose una ciruela más, antes de volver a su cocina. Se le despedía de esa manera una vez por semana, de forma que aquello ya no le impresionaba. Alrededor de la mesa,

reinó entonces un penoso silencio. Hortense fue quien acabó por decir que semejante proceder no conducía a nada, que era ridículo echarla para luego volverla a admitir de nuevo. No había duda de que robaba, como tampoco de que se estaba volviendo insolente; pero, lo mismo que hacía ella, haría otra, con la diferencia de que ésta por lo menos sabía sufrirles, mientras que otra lo más probable es que ni siquiera les tolerase una semana, sin contar con que también se bebería el vinagre y escondería las ciruelas en el bolsillo.

El desayuno no por ello dejó de acabarse en un ambiente de enternecedora intimidad. El señor Josserand muy conmovido, habló del pobre Saturnin, a quien la víspera, habían tenido que llevar de nuevo al internado, estando él ausente; imaginaba tratarse de un acceso de locura furiosa, que había tenido lugar en plena tienda, pues así se lo contaron. A continuación, como se dejara de ver a Léon, la señora Josserand, que parecía haberse quedado muda, declaró secamente que aquel mismo día le esperaba; quizá viniese a almorzar. Desde hacía una semana, el joven había roto con la señora Dambreville, quien, para cumplir su promesa, quería casarle con una viuda seca y morenucha; pero él trataba de contraer matrimonio con una sobrina del señor Dambreville, una criolla muy rica y de una belleza despampanante, que fue a vivir en el mes de septiembre a casa de su tío, después de haber perdido a su padre, muerto en las Antillas. Habían tenido lugar terribles escenas entre los dos amantes, ya que la señora Dambreville, quemada por los celos, negaba su sobrina a Léon, y éste no encontraba manera de resignarse ante aquella adorable flor de juventud.

—¿Se sabe algo de la boda? —preguntó el señor Josserand.

La madre respondió al principio con frases evasivas, debido a la presencia de Hortense. En realidad, ahora se debía por entero a su hijo, un muchacho prometedor; e incluso se lo echaba a veces en cara al padre, diciéndole que gracias a Dios el chico había salido a ella y qué no permitiría que su esposa anduviera descalza. Poco a poco, mientras hablaba así, se fue caldeando.

—En fin, que el joven ya está hartado. El momento es bueno y la espera no le ha sido perjudicial. Pero si la tía se empeña en no entregar a la sobrina, se limitará a dejarla plantada y sin querer saber nada más de ella... Yo por mi parte apruebo su conducta.

Hortense, por decencia, se puso a beber su café, afectando ocultarse por entero tras de la taza, mientras Berthe, que ya podía oírlo todo, acogió con una ligera mueca de repugnancia el éxito de su hermano. Iba la familia a levantarse de la mesa y el señor Josserand, rejuvenecido, se sentía mucho

mejor y hablaba incluso de irse enseguida a su despacho, cuando Adèle entró trayendo una tarjeta de visita. La persona que se la diera esperaba en el salón.

—¡Cómo! ¡Si es ella! ¡Y a estas horas! —exclamó la señora Josserand—. ¡Y yo que todavía ni me he puesto el corsé!... ¡Lo mismo da! ¡Necesito decirle unas cuantas verdades!

Se trataba efectivamente de la señora Dambreville. El padre y las dos hijas se quedaron charlando en el comedor, mientras la madre se dirigía hacia el salón. Cuando hubo llegado a la puerta, antes de empujarla, examinó con mirada inquieta su viejo traje de seda verde, trató de abotonárselo y se sacudió los hilachos recogidos por el suelo al pasar; luego, de un manotazo, permitió que penetrase en el salón su desbordante busto.

—Usted me perdonará, querida señora —dijo la visitante con una sonrisa—. Pasaba por delante de su casa y he querido saber de ustedes.

Llevaba ceñida la cintura, muy peinada y compuesta, con un atavío cuya corrección podía calificarse de perfecta y todas las apariencias de una señora amable que sube únicamente para dar los buenos días a su amiga. Sólo que su sonrisa parecía un tanto temblorosa, y tras sus gracias mundanas se adivinaba una angustia tremenda que conmovía todo su ser. Empezó hablando de mil cosas insustanciales, evitando pronunciar el nombre de León; luego sacó lentamente de su bolsillo una carta suya que acababa de recibir.

—¡Oh!, una carta, una carta —murmuró con voz alterada, mientras los ojos se le inundaban de lágrimas—. ¿Qué es lo que tiene contra mí, querida señora? ¡Ya no quiere volver a poner los pies en casa!

Y su mano febril mostraba la carta, que no dejaba quieta un solo momento. La señora Josserand cogió la misiva y la leyó fríamente. Se trataba de una ruptura, en sólo tres líneas de una cruel concisión.

—¡Dios mío! —dijo la señora Josserand devolviéndosela—. Quizá León no está tan equivocado...

Inmediatamente, la señora Dambreville se puso a encomiar a la viuda, una mujer que apenas tenía treinta y cinco años, con las mejores cualidades, suficientemente rica, que lograría hacer de su marido un ministro, dada la actividad que la impulsaba. En fin, ella tenía por norma mantener sus promesas, y logró encontrar para León un buen partido. ¿Qué razones tenía él para enfadarse? Y, sin esperar respuesta, sacudida por un estremecimiento nervioso, pareció tomar una decisión y nombró a Raymonde, su sobrina. ¿Resultaba aquello realmente imposible? ¡Una rapazuela de dieciséis años, una salvaje que nada sabía de la existencia!

—¿Por qué no? —repetía la señora Josserand a cada nueva pregunta que le hacía—. ¿Por qué no, si de veras la ama?

—¡No! ¡No! ¡No la amaba, no podía amarla! La señora Dambreville no cesaba de agitarse, desesperada.

—Vamos a ver —gritó ella entonces—. Yo no le pido más que un poco de gratitud... Soy yo quien le ha formado, es auditor gracias a mí, y encontrará su nombramiento para un nuevo cargo en la canastilla de bodas. Señora, se lo suplico, dígame que vuelva, dígame que me haga ese gran favor. Me encomiendo a su corazón, a su corazón de madre, sí, a todo cuanto tiene usted de noble...

Y, mientras hablaba así, apretando las manos, sus palabras reflejaron el estremecimiento que le embargaba. Se impuso el silencio, y las dos permanecieron mirándose cara a cara. De repente, la señora Dambreville estalló en fuertes sollozos, vencida y arrebatada, diciendo entre balbuceos:

—¡Con Raymonde no! ¡Oh, no! ¡Con Raymonde no!

Era aquel un arranque furioso de amor, el grito de una mujer que se resiste a envejecer y que busca asirse desesperadamente al último hombre, en la ardiente crisis de ese nuevo retorno a la juventud. Había cogido las manos de la señora Josserand, que mojaba con sus lágrimas, confesándosele todo a la madre, humillándose ante ella, repitiendo una y otra vez que su hijo era su sola razón de existir, que únicamente ella podía conducirle por el buen camino, jurándole una abnegación de sirvienta si se lo devolvía. Sin duda no fue para decir esas cosas; se propuso por el contrario, no dejar adivinar nada, pero su corazón estallaba, la culpa no era suya.

—Cállese, querida, me hace sentir vergüenza —respondió la señora Josserand con enfado—. Tengo hijas que pueden estar oyéndola. Yo no sé nada, no quiero saber nada. Si existen problemas entre usted y mi hijo, arréglenlos ustedes mismos. Jamás aceptaré desempeñar un papel equívoco.

Ello no obstante, la colmó de consejos. A su edad debía tener resignación. Dios querría ayudarla. Pero era preciso que entregara a su sobrina, si es que quería ofrecer al cielo su sacrificio como una expiación. Por lo demás, la viuda no convenía en absoluto a Léon, que necesitaba más bien una mujer de rostro afable, para dar comidas y ofrecer festejos. Y le habló entonces de su hijo en tono de admiración, halagada en su orgullo, resaltando sus muchas cualidades y presentándole como un muchacho digno de las personas más hermosas.

—Piense, mi querida amiga, que no ha cumplido aún los treinta años. Lamentaría mucho tener que ofenderla, pero muy bien podría usted ser su

madre... ¡Oh!, él sabe perfectamente lo que le debe a usted, y yo misma le estoy muy agradecida. Usted seguirá siendo su ángel bueno. Sólo que, cuando una cosa termina, acabada está. ¡No imaginaría acaso conservarlo siempre a su lado!

Y, como la desdichada se negara a oír la voz de la razón, e insistiese en que lo único que quería era simplemente volverlo a ver, enseguida, la madre se enfadó.

—Pues bien señora, si ese es su modo de pensar, ¡vaya usted a paseo! Demasiado buena soy mostrándome tan complaciente... El chico ya no quiere saber nada más de usted, y lo comprendo perfectamente. ¡Contéplese a sí misma señora! Soy yo ahora quien le llamaría al orden y le exigiría que cumpliera con su deber en el caso de que el muchacho se prestara a sus absurdas pretensiones; y soy yo también quien se permite preguntarle en este momento; ¿qué lazo o interés cabe concebir a estas horas entre ustedes dos?... Está precisamente a punto de venir, y si usted contaba conmigo...

De toda esa perorata, la señora Dambreville no oyó más que la última frase. Desde hacía una semana andaba persiguiendo a León, sin haber conseguido llegar a verle. Su semblante se aclaró y exhalando un grito que le salía del corazón, dijo:

—¡Si tiene que venir, me quedo!

Desde aquel instante, buscó el modo de acomodarse para esperar la llegada del joven, dejándose caer pesadamente en una butaca, cual si fuera una masa inerte, con la mirada puesta en el vacío, sin contestar ya a nada, poseída de la misma obstinación que una bestia dispuesta a no ceder aunque la golpeen. La señora Josserand, con el desconuelo de haber hablado más de la cuenta y exasperada por aquel imprevisto mojón plantado en medio de su sala, pero no atreviéndose a despedirla, acabó por dejarla sola. Además, un ruido procedente del comedor le inquietaba: había creído reconocer la voz de Auguste.

—¡Palabra de honor, señora, lo nunca visto! —dijo cerrando violentamente la puerta—. ¡No cabe mayor indiscreción!

En efecto, Auguste había subido para tener con los padres de su mujer una larga explicación, cuyos términos venía meditando desde la víspera. El señor Josserand, sintiéndose con más ánimos, y una vez desistido de volver al despacho a impulsos de una idea súbita de distraerse un poco, estaba proponiendo a las hijas ir a dar un paseo, cuando Adèle les anunció la llegada del marido de Berthe. Se produjo una enorme confusión. La joven había palidecido de repente.

—¡Cómo! ¿Tu marido? —dijo el padre—. ¿No dijiste que estaba en Lyon?... ¡Ah, me estabais mintiendo! Alguna desgracia ocurre, hace ya dos días que vengo presintiéndolo.

Y como ella se levantase, el padre la retuvo, agregando:

—Habla de una vez, ¿habéis reñido de nuevo?, por el dinero como siempre, ¿no es eso?; ¿por la dote, acaso?, ¿por esos diez mil francos que todavía no le hemos entregado?

—Sí, sí, de eso se trata —balbuceó Berthe, desasiéndose y huyendo.

Hortense se apresuró también a levantarse y salió corriendo al encuentro de su hermana, refugiándose las dos en su alcoba. Sus faldas recogidas al vuelo habían dejado por el camino como un escalofrío de pánico; el padre se encontró repentinamente solo delante de la mesa, en medio del silencioso comedor. Todo su malestar le remontaba a la cara, en la que se reflejaba una palidez terrosa, una especie de cansancio desesperado de la vida. La hora que tanto temía y que esperaba con un sentimiento de vergüenza lleno de angustia, llegaba por fin: su yerno le hablaría del seguro y él se vería forzado a confesar su vergonzosa conducta de hombre indigno.

—Entre, entre usted, mi querido Auguste —dijo con voz medio ahogada—. Berthe acaba de confesarme la riña que han tenido. No me encuentro bien del todo, y sé que se me echa en cara... Créame que estoy desesperado al ver que no puedo darle su dinero. La culpa la tuve yo por prometérselo, ya lo sé...

Y así continuó hablando penosamente, con el aire y el tono de la persona que se sabe culpable y confiesa sin reparos. Auguste le escuchaba, sorprendido. Se había informado y conocía el sucio manejo relacionado con el seguro; pero jamás se habría atrevido a reclamar los diez mil francos, por miedo a que la terrible señora Josserand empezara por enviarle a la tumba del viejo Vabre, para que reclamase allí a su vez los otros diez mil. Sin embargo, puesto que le hablaban de ello, decidió empezar por allí. No dejaba de constituir un primer agravio.

—Sí, señor, lo sé todo, consiguió usted engañarme con sus maquinaciones. Y, aunque en último término me tendría incluso sin cuidado no percibir el dinero, lo que me exaspera y no puedo perdonar es la hipocresía. ¿Por qué imaginar esa complicación de un seguro inexistente? ¿Por qué darse ese tono, esos aires de ternura y de puritanismo, ofreciendo adelantar sumas que usted mismo aseguraba no poder llegar a percibir hasta tres años después? ¡Usted no tenía ni un céntimo!... Esa forma de obrar merece en todas partes el mismo calificativo.

El señor Josserand abrió la boca para exclamar: «No fui yo sino ellas quienes fraguaron semejante historia»; pero una especie de pudor familiar le retuvo. Bajó la cabeza, aceptando la vil acción que le imputaban, mientras Auguste continuó diciendo:

—Por lo demás, todo el mundo parecía haberse volcado contra mí; el propio Duveyrier se comportó también mezquinamente al ponerse de acuerdo con aquel bribón de notario, ya que, cuando yo quise que se hiciera constar el seguro en el contrato, a título de garantía, me impuso silencio... Ahora bien, si lo hubiera exigido así, usted hubiese cometido un delito de falsedad. ¡Sí, señor; un delito de falsedad!

Ante aquella acusación tremenda, el padre, completamente pálido se levantó; e iba ya a responderle, ofreciéndole su trabajo, comprar la felicidad de su hija con cuanto pudieran significar los años que le quedaran de vida, cuando la señora Josserand, fuera de sí por la tozudez de la señora Dambreville y dejando ya de preocuparle su viejo vestido de seda verde, cuyo cuerpo acababa de reventar por el pecho, entró en el salón como una ráfaga de viento.

—¿Cómo? ¿Qué? —exclamó—. ¿Quién habla aquí de falsedades? ¿Es acaso el señor?... ¡Pues empiece por ir al cementerio de Père-Lachaise, para comprobar si la caja de su padre está abierta al cobro!

Auguste esperaba la arremetida, pero no por eso se sintió menos humillado. En cuanto a la señora Josserand, con la cabeza en alto y poseída del mayor aplomo, continuó diciendo:

—Sus diez mil francos los tenemos nosotros. Sí, ahí están, metidos en un cajón... pero se los daremos a usted cuando el señor Vabre vuelva para darnos los suyos... ¡Menuda familia! ¡Un padre jugador cuya ruina nos salpica a todos, y un cuñado ladrón que se mete en el bolsillo lo que pueda restar de la herencia!

—¡Ladrón! ¡Ladrón! —balbuceó Auguste, a punto de estallar—. ¡Los ladrones están aquí, señora!

Los dos, con el rostro encendido, se plantaron uno frente al otro. El señor Josserand, a quien desquiciaban aquellas violencias, los separó. Les suplicó que tuvieran calma, y, luego, sacudido por un estremecimiento, se vio obligado a sentarse.

—En todo caso —añadió el yerno después de un breve silencio—, no quiero más indecencias en mi hogar... Guárdense el dinero y su hija también. Conste que si subí, fue únicamente para decirles eso.

—Está usted cambiando de tema —hizo observar tranquilamente la madre—. Pero no importa, ahora mismo vamos a hablar de ello.

El padre, sin fuerzas para levantarse, les contemplaba con aire de espanto. No comprendía nada en absoluto. ¿Qué era lo que estaban diciendo? ¿En qué consistía aquella otra indecencia a que hicieran mención? Luego, cuando a través de la plática pudo llegar a enterarse de lo ocurrido con su hija, sintió como un desgarró, una herida abierta en lo más íntimo de su ser, por donde parecía escapársele la vida. ¡Dios mío! ¿Sería su propia hija quien acabara de matarle? ¿Sufriría el castigo de todas sus debilidades, precisamente a través de ella, por no haberla sabido educar? La idea de que su hija vivía entrapada y de que ello motivaba roces con su marido, hizo revivir en él los tormentos de su propia existencia. ¡Y he aquí que ahora esa hija caía en el adulterio, en ese último grado de vileza para una mujer, que era como un revulsivo en su conciencia de hombre honrado! Enmudecido, presa de un frío espantoso que iba invadiendo su cuerpo, el pobre anciano escuchaba la disputa de los otros.

—¡Ya les previne que me engañaría! —gritaba Auguste, con gesto indignado de triunfo.

—¡Y yo le respondía, recuerde, que estaba usted haciendo todo lo posible para que fuera así! —declaró también en son de victoria la señora Jossier—. ¡Oh! No es que pretenda dar la razón a Berthe, el paso que ha dado es de lo más estúpido que pueda imaginarse; cuando lo estime oportuno sabré ponerle las peras a cuarto... Pero, en fin, puesto que ahora no se halla presente, puedo dejar la verdad bien sentada: usted es el único culpable.

—¡Cómo! ¡Culpable, encima!

—No le quepa duda, querido. Usted no comprende a las mujeres... Por ejemplo, ¿se ha dignado usted siquiera venir a mis reuniones de los martes? No, únicamente viene dos o tres veces durante la temporada y permanece media hora todo lo más. El que sufra dolores de cabeza no debe ser obstáculo para mostrarse cortés... ¡oh!, ya sé que esto no es ningún crimen; pero no importa, basta para juzgarle, carece de tacto para desenvolverse en la vida.

Su voz y su tono eran fiel reflejo de un rencor lentamente acumulado, pues no había que olvidar que, al casar a la hija, había contado sobre todo con poder adornar su salón merced a la colaboración del yerno. A nadie llevaba por allí ni siquiera acudía él personalmente: aquello significaba el fin de uno de sus más dorados sueños, estaba visto que jamás podría luchar con los coros de los Duveyrier.

—Aparte de todo —añadió con ironía—, yo no obligo a nadie a que se divierta en mi casa.

—La verdad es que uno no se divierte en ella en absoluto —respondió el yerno cada vez más impaciente.

La reacción de la suegra fue instantánea.

—¡Siga prodigando sus insultos!... Sepa usted, señor, que, si yo quisiera, la mejor sociedad de París frecuentaría mi salón; y sepa también que nunca conté con usted para mantener el rango que me corresponde.

Ya no se trataba de Berthe para nada, el adulterio había desaparecido en esta disputa personal. El señor Josserand continuaba escuchándoles, con la sensación de que era víctima de una terrible pesadilla. Aquello no era posible, ni siquiera verosímil, su hija, no podía causarle semejante pesar. Luego, con gran esfuerzo, consiguió levantarse y salió, sin decir una sola palabra, para ir al encuentro de Berthe. Estaba seguro de que, en cuanto viniera ella, se echaría en brazos de Auguste, habría las consiguientes explicaciones y todo quedaría olvidado. Encontró a la hija en trance de viva discusión con Hortense, que trataba de convencerla para que implorase al marido, cansada como estaba ya de ella y temiendo sobre todo tener que compartir su reducida alcoba demasiado tiempo. La joven se resistía, aunque acabó por seguirle. Y cuando volvían al comedor, donde los restos del desayuno continuaban aún sobre la mesa, la señora Josserand gritaba:

—No, ¡palabra de honor!, créame que no le compadezco.

Al percibir a Berthe, callóse inmediatamente y volvió de nuevo a su habitual severa majestad. A la vista de su esposa, Auguste había dejado traslucir una fuerte reacción de protesta y repugnancia, como intentando apartarse de su camino.

—Veamos —dijo el señor Josserand con su dulce y temblorosa voz—, ¿queréis explicarme qué es lo que os pasa a todos? Apenas he podido enterarme, me volvéis loco con vuestras historias... ¿No es así hija mía? Estoy convencido de que tu marido está en un error. Y eres tú la que va a explicárselo ahora mismo... Tienes que apiadarte un poco de tus ancianos padres. Anda hazlo por mí, dale un abrazo.

Berthe, que por su parte estaba dispuesta a obrar conforme le pedía el padre, permaneció indecisa, agobiaba por su ajustado peinador y viendo cómo el marido retrocedía con aire de repugnancia trágica.

—¡Cómo! ¿Te niegas a complacerme, nenita mía? —seguía diciendo el padre—. Eres tú, pequeña, quien debe dar el primer paso... Y usted, mi querido mozo, anímela también, sea indulgente.

Por fin, estalló el marido.

—¡Animarla yo! ¡Buenos estaríamos!... ¡La encontré en camisa, señor! ¡Y con ese hombre! ¡Usted se burla de mí al pretender que la abrace! ¡En camisa, señor!

El señor Josserand, quedó anonadado. Luego, cogiendo por los brazos a Berthe, exclamó:

—Tú no dices nada, ¿luego es cierto? ¡Arrodíllate enseguida!

Pero Auguste se dirigía ya hacia la puerta con el propósito de huir cuanto antes.

—¡Es inútil! ¡Sus comedias ya no me producen efecto!... No intenten que cargue con ella de nuevo sobre mis espaldas, por esta vez se colmó la medida. Entiéndanlo bien, ¡jamás!; prefiero pleitear si llega el caso. Entréguensela a otro, si es que les estorba. ¡Además, ustedes no valen mucho más que ella!

Y esperó hallarse en la antecámara para solazarse con esta última exclamación:

—¡Sí, cuando se hace de la hija una ramera, no se le encaja de ese modo a un hombre honrado!

La puerta de la escalera se cerró violentamente, y un profundo silencio se impuso. Berthe, maquinalmente, volvió a ocupar su puesto en la mesa y permanecía con los ojos bajos, contemplando los restos de café que quedaban en el fondo de su taza, mientras la madre daba vueltas de un lado para otro, caminando a grandes pasos, impulsada por la tempestad de sus fuertes emociones. El padre, agotado con el semblante pálido precursor de la agonía, se sentó completamente solo, al otro lado de la habitación, apoyado en la pared. Un olor a mantequilla rancia, a mantequilla de baja calidad comprada expresamente en el Mercado central, envenenaba la pieza.

—Ahora que ese grosero se marchó por fin —dijo la señora Josserand—, podemos entendernos... ¡Ah!, señor, ahí tiene el resultado de su incapacidad. ¿Le basta para reconocer sus errores? ¿Cree que habría alguien capaz de ir a provocar semejantes riñas a uno de los hermanos Bernheim, o al propietario de la cristalería Saint-Joseph? No, desde luego que no. Si me hubiera escuchado, si hubiera sido capaz de meterse a los amos en el bolsillo, ese grosero estaría ahora arrodillado a nuestros pies, puesto que, como a todas luces puede verse, lo único que pretende es dinero... Tenga el dinero y merecerá usted toda clase de consideraciones, señor. Vale más inspirar envidia que piedad. Cuando tuve veinte sueldos, siempre dije que tenía cuarenta... Pero a usted, señor, a usted poco le importaba que fuese con los pies desnudos; engañó de un modo indigno a su mujer y a sus hijas,

arrastrándolas a una vida de hambre y de penuria. ¡Oh! ¡Nada de protestas, todos nuestros males vienen de ahí!

El señor Josserand, con los ojos extinguidos, no hacía el menor movimiento. La mujer se detuvo ante él, deseando provocar una escena; luego, viendo que el marido continuaba inmóvil, reemprendió su marcha.

—Sí, sí, muéstrate desdeñoso. Bien sabes que eso no me conmueve gran cosa... Ahora veremos si todavía se atreve a hablar mal de mi familia, después de todo cuanto está pasando en la suya. Ya puedes ir diciendo por ahí: ¡el tío Bachelard es un águila!, ¡mi hermana es muy fina! Pues bien, ¿quieres saber cuál es mi opinión?; sencillamente, que si mi padre no hubiera muerto, te las habrías compuesto para matarle... Y, por lo que se refiere al tuyo...

La palidez del señor Josserand iba en aumento, pero aún, se sintió con fuerzas para murmurar:

—Te lo suplico, Eléonore... Di lo que quieras de mi padre y de toda mi familia... Sólo te ruego que me dejes en paz; no me encuentro bien.

Berthe, compadecida, había levantado la cabeza.

—Mamá, déjale —se atrevió a decir.

Entonces, volviéndose contra la hija, la señora Josserand continuó con más violencia aún.

—En cuanto a ti, ahora te llegaba el turno, ¡espera un poco!... Sí, desde ayer no hago más que amontonar quejas contra ti. Pero te prevengo que lo de ahora pasa de la raya... ¡Nada menos que con ese hortera! ¡Será posible! ¿Perdiste, quizás, cuanto pudiera quedarte de orgullo? Yo creía que tratabas de sacar de él todo el partido posible, que eras amable únicamente para estimularle en la venta; y, con ese objeto, yo buscaba ayudarte y trataba de animarle también... En fin, ¿puedes decirme que interés te ha movido a complicar tu vida de la forma en que lo has hecho?

—Ninguno, desde luego —balbuceó la joven.

—¿Por qué te enredaste con él, entonces? En tal caso, tu proceder, más que malvado, resulta necio.

—¡Qué ocurrencias tienes, mamá! ¡En esa clase de asuntos, nunca se sabe!

La señora Josserand había reemprendido su marcha a través de la habitación.

—¡Ah! ¡Nunca se sabe! ¡Pues es preciso saberlo!... Lo menos que cabe exigir es una explicación para ese mal proceder; lo que hiciste, no tiene ni sombra de buen sentido ¡y eso es lo que me exaspera! ¿Te aconsejé yo en

alguna ocasión que engañaras al marido? ¿Engañé yo acaso a tu padre? Ahí delante lo tienes, preguntáselo. Que te diga él si me sorprendió jamás con un hombre.

Su paso se iba acortando, hasta convertirse en majestuoso; y a medida que crecía su orgullo, se daba fuertes golpes sobre su corpiño color verde, golpes que conmovían todo su busto.

—Nada absolutamente, ni la más leve falta u olvido, ni siquiera con el pensamiento. Mi vida no puede ser más casta... Y Dios sabe, no obstante, los disgustos que tu padre me ha hecho soportar. Hubiera tenido todas las excusas. ¡Cuántas mujeres se habrían vengado en mi lugar! Pero el buen sentido me salvó... Y el resultado, a la vista está, nada tiene que decir contra mí; permanece quieto, sentado en una silla, sin encontrar argumentos que oponerme. Me corresponden todos los derechos, precisamente porque soy honrada... ¡Ah!, ¡pedazo de alcornoque, ni siquiera sospechas la trascendencia de tu estupidez!

Y sabiamente, le dio un curso práctico de moral sobre el tema del adulterio. ¿No era cierto que ahora Auguste estaba autorizado para tratarla como dueño y señor? Ella precisamente le había facilitado tan terrible arma. Aunque volvieran a hacer las paces, ya no le sería posible en adelante buscarle la menor disputa, sin recibir luego la consabida réplica. ¡Magnífico! ¡Bonita posición la suya, teniendo que dar su consentimiento en todo, doblando siempre el espinazo! Aquello era el punto final, ya podía decir adiós a las pequeñas ventajas que hubiera podido sacar de un marido sumiso, a las gentilezas y consideraciones. ¡No resultaba mucho más cómodo ser honrada, aunque sólo fuera para sentirse dueña de su casa!

—¡Puedo jurarte ante Dios —añadió con énfasis—, que habría sabido frenarme, aunque hubiera sido el mismo emperador quien me acosase!... Se pierde demasiado en cualquier caso.

A continuación dio algunos pasos, como buscando reflexionar y dijo:

—Se trata además de la mayor de las vergüenzas.

El señor Josserand miraba a una y otra, agitando los labios pero sin decir palabra; y todo su maltrecho ser conjuraba a ambas para que acabasen de una vez aquella cruel explicación. Pero Berthe, que se doblegaba ante la violencia, sentíase herida por la lección que pretendiera darle la madre. A fin de cuentas, ella se rebelaba, pues en el fondo era inconsciente de su propia falta, debido a la educación que le dieran para lograr casarla.

—¡Vaya! —dijo la joven, apoyando los codos sobre la mesa—. Bien miradas las cosas, no teníais por qué hacerme contraer matrimonio con un

hombre al que no amaba... Ahora le aborrezco, y ésa es la razón de que haya buscado otro.

Y así continuó explayándose. La historia entera de su matrimonio surgía de nuevo en frases breves, dejadas escapar en forma lapidaria: los tres inviernos dedicados a la caza del hombre, los mozos de toda calaña en brazos de los cuales le lanzaron, los constantes fracasos de aquel inútil ofrecimiento de su cuerpo por los arroyos autorizados de los salones burgueses; luego, lo que las madres enseñan a las hijas sin fortuna, todo un curso de prostitución decente y permitida, los obligados apretones que traían consigo los bailes, las manos abandonadas detrás de una puerta, los impudores de la inocencia especulando con el apetito sexual de los muchachos bobalicones; después, el marido que aparece un buen día, al cabo de mucho tiempo de estar mendigando, ese marido cazado tras de una cortina, cayendo excitado en la trampa y movido tan sólo por la fiebre de su deseo.

—En resumidas cuentas, él me fastidia y yo a él. No es mía la culpa si no nos entendemos... Desde el siguiente día al que contrajera matrimonio, ha venido dando la impresión de creer que le habíamos hecho una encerrona; sí, mostrábase frío, desolado, como los días en que le sale mal una venta... Yo, por mi parte, nunca le encontré gracia alguna. ¡Verdaderamente si son éstos todos los atractivos que ofrece el matrimonio!... ¡Bien puede decirse que no vale la pena! ¡Qué le vamos a hacer! Un día u otro tenía que ocurrir y yo no soy, desde luego, la que me siento más culpable.

Guardó silencio unos momentos y añadió con profunda convicción:

—¡Ah!, mamá, ¡ahora sí que comprendo todos tus problemas! ¿Recuerdas cuando nos decías que estabas hasta la coronilla?

La señora Jossierand, de pie ante ella, la escuchaba desde hacía unos instantes, con estupor e indignación a la vez.

—¡Yo! ¡Qué yo dije eso! —exclamó airadamente.

Pero Berthe, lanzada como estaba, no quiso detenerse.

—Lo dijiste muchas veces... Además, hubiera querido yo verte en mi lugar. Auguste no es tan condescendiente como papá. Si llegas a casarte con el que hoy es mi esposo, al cabo de una semana os habrías pegado por el dinero. ¡Ese sí te habría hecho decir inmediatamente que los hombres sólo merecen ser engañados!

—¡Yo! ¡Que yo he dicho semejante cosa! —repitió la madre con arrebató.

Y se dirigió hacia la hija con un aire tan amenazador, que el padre tendió las manos en un gesto de súplica, como el que pide clemencia. El griterío de las dos mujeres azotaba su corazón, sin intervalo alguno de alivio; y, a cada

sacudida notaba que el desgarró iba en aumento. Brotaron lágrimas de sus ojos, al tiempo que balbuceó:

—¡Acabar de una vez! ¡Ahorrarme tanto sufrimiento!

—No, esto es espantoso —replicó la señora Josserand en un tono de voz cada vez más elevado—. ¡Pues no tiene el cinismo esta desgraciada de presentarme como la causa de su desvergüenza! Un poco más, y acabará demostrando que fui yo quien engañó a su marido... ¿A que resulta que tengo yo la culpa?... En el fondo, eso es lo que está dando a entender... ¿De dónde sacará que la culpa es mía?

Berthe seguía con los codos apoyados sobre la mesa, muy pálida, pero decidida a resistir.

—Seguro que si me hubieras educado de otra forma...

No tuvo tiempo de acabar. A todo vuelo, la madre le arreó una bofetada, tan fuerte, que fue a parar de golpe sobre la mesa recubierta de hule. Desde la víspera, aquella bofetada tenía ya vida en su mano; sólo el propósito de hacerlo le producía una especie de comezón en los dedos, lo mismo que le ocurriera en los ya lejanos días en que la pequeña se olvidaba del tortazo poniéndose a dormir.

—¡Ahí tienes! ¡Que te sirva como norma de educación!... Tu marido también debió pegarte.

La joven sollozaba, sin intentar rebelarse y cubriéndose la mejilla con el brazo. Olvidaba sus veinticuatro años, aquel bofetón le recordaba otros que recibiera en época anterior, todo un pasado de temerosa hipocresía. Su resolución de persona mayor emancipada tenía como fundamento aquel fuerte y contenido dolor de cuando era una simple niña.

Pero, al oírla llorar tan fuerte, una terrible emoción se apoderó del padre. Se levantó, por fin, desconcertado, e intentó apartar a la madre, mientras decía:

—Por lo visto, queréis matarme entre las dos... ¿Es necesario que me ponga de rodillas para pedir os cordura?

La señora Josserand, sintiéndose aliviada y no teniendo nada más que añadir, se retiraba ya en medio de un silencio majestuoso, cuando, detrás de la puerta, bruscamente abierta por ella, descubrió a Hortense, que estaba a la escucha. Aquello provocó un nuevo estallido.

—¡Ah! ¡De manera que estabas escuchando todas esas indecencias! Bonito panorama, la una comete verdaderas atrocidades, y la otra se recrea oyéndolas: ¡buen par estáis hechas! Pero ¡Dios mío! ¿Quién os dio semejante educación?

Hortense, sin alterarse, entró en la habitación diciendo:

—La verdad es que no necesitaba escuchar, porque se os oye desde el fondo de la cocina. La criada se estaba retorciendo de risa... Por otra parte, ya estoy en edad de casarme y puedo saberlo todo.

—Verdad, ¿no es eso? —repuso la madre con amargura—. En esto consisten las satisfacciones, que, también tú, sabes darme... Tu máxima ilusión consiste ahora en esperar la muerte de ese crío. Me parece que te cansarás de esperar, pues, por lo que me han dicho, está gordo y bien sano. Más vale que sea así.

Una oleada de bilis tiñó de un color amarillento el enjuto rostro de la joven, que apretando los dientes exclamó:

—Aunque esté grueso y rollizo, Verdier sabrá sacarse el bulto de encima. Yo misma haré que lo consiga antes de lo que se piensa, para haceros caer a todos en la trampa... Sí, sí, me casaré sin ayuda de nadie. ¡No son demasiado sólidos los matrimonios que tú te encargas de urdir!

Seguidamente, viendo que la madre se precipitaba hacia ella con gesto agresivo, añadió:

—¡Ojo! ¡Mucho cuidadito, que a mí no se me abofetea fácilmente! Piensa lo que vas a hacer.

Se contemplaron fijamente, y la señora Josserand fue la primera en ceder, ocultando su retirada con una mueca de desdeñoso autoritarismo. Imaginóse el padre, no obstante, que la lucha iba a empezar de nuevo. Entonces, prácticamente cercado por las tres mujeres, cuando vio que aquella madre y aquellas hijas, los seres a quienes dedicara su máximo afecto en la vida, estaban dispuestas a devorarse entre sí, el pobre infeliz creyó que el mundo se le venía encima, apartóse rápidamente de ellas y fue a buscar refugio en el fondo de la alcoba, como herido de muerte y deseando morir solo. Y en medio de sus continuos sollozos, repetía:

—No puedo más... No puedo más...

Se impuso en el comedor un silencio angustioso. Berthe, con la mejilla apoyada en el brazo, aunque exhalando aún profundos suspiros, parecía haberse calmado. Hortense, sentada tranquilamente al otro extremo de la mesa, trataba de reponerse untando con mantequilla un resto de asado que halló a su alcance. Enseguida empezó a exasperar a la hermana con una serie de tristes razonamientos: iba a resultarle imposible convivir con ellos en aquella casa; en su lugar, ella hubiera preferido que fuese el marido quien le diera de cachetes, antes de que lo hiciera su madre, pues era más lógico y natural. Por lo demás, cuando ella se casara con Verdier, impediría que la

madre entrara en la casa, para evitar que ocurrieran en su hogar escenas parecidas a la que acababan de vivir. En aquel momento, Adèle entró en el comedor para despejar la mesa, pero Hortense continuó diciendo que si insistían en provocar escándalos, era lo más fácil que el propietario acabara echándolos de la casa. La criada era del mismo parecer: se había visto precisada a cerrar la puerta de la cocina, porque ya Lisa y Julie asomaban la nariz intrigadas. Por lo demás, todo aquello le parecía más que divertido, aún le duraba la risa; Berthe había recibido una bofetada que bien podía calificarse de épica; y ello hasta tal punto que, dentro de la catástrofe, entre tantos muertos y heridos, ella había resultado la más perjudicada. Adèle soltó entonces una frase de profunda filosofía: después de todo, a la casa le tenía sin cuidado todo lo ocurrido, pues lo más cómodo e interesante para los vecinos, era vivir sin preocupaciones; dentro de una semana nadie se acordaría más de la señora ni de aquellos dos caballeros. Hortense, que aprobaba con movimientos de cabeza cuanto la criada decía, la interrumpió para quejarse de la mantequilla, que le había dejado mal sabor de boca. ¡Maldita sea!, la mantequilla de veinte sueldos, sólo puede ser veneno; y cuando deja en el fondo de las cacerolas un residuo infecto, ni siquiera puede resultar económica. Pero, en este instante, un ruido sordo, una brusca oscilación del pavimento, llamó poderosamente su atención.

Berthe, inquieta, levantó por fin la cabeza.

—¿Qué es lo que sucede? —preguntó.

—Quizás sea la señora y aquella dama que esperaba en el salón —dijo Adèle.

La señora Josserand acababa, de experimentar un serio sobresalto al atravesar el salón y ver que se hallaba en el mismo una mujer completamente sola.

—¡Cómo! ¿Todavía está usted aquí? —gritó, cuando vio a la señora Dambreville, a quien había olvidado.

Esta no hacía el menor movimiento. Las riñas de la familia, el estallido de voces, el golpear de las puertas parecían haber resbalado por su cuerpo, sin que llegara a sentir el más leve soplo. Allí seguía inmóvil, con la mirada perdida, agobiada y ensimismada por completo en su ardiente crisis de amor. Una labor de zapa tenía lugar sin embargo en lo más recóndito de su mente; los consejos de la madre de León le tenían trastornada, decidiéndole a comprar a un precio muy caro aquellos restos de felicidad que parecían escapársele de las manos.

—Vamos a ver —exclamó con brutalidad la señora Josserand—, imagino que no pretenderá quedarse a dormir aquí... Sepa que ha escrito mi hijo, y ahora ya no le espero.

Sólo entonces se decidió a hablar la señora Dambreville, con la boca empastada por el prolongado silencio, como si despertase de un profundo letargo.

—Ya me voy, perdóneme... Dígale de mi parte al muchacho que he reflexionado y que consiento... Sí, seguiré pensándolo, y es muy posible que le permita casarse con esa muchacha puesto que no hay más remedio... Pero como soy yo quien se la da, quiero que venga a pedírmela a mí, a mí sola, ¿comprende?... ¡Oh! ¡Que vuelva, que vuelva!

Su ardiente voz era una continua súplica. Y añadió en voz baja, con el aire tozudo de una mujer que, después de haberlo sacrificado todo, se agarra desesperadamente a una postrera satisfacción:

—Se casará con ella, pero tendrá que vivir en casa... Si no es así, no hay nada a hacer; prefiero perderlo.

Acto seguido se marchó, y la señora Josserand cambió instantáneamente de aspecto, cual si le hubieran quitado un enorme peso de encima. En la antesala, todavía tuvo palabras de consuelo para la señora Dambreville, a quien prometió enviar aquella misma noche a su hijo, tierno y sumiso, afirmando que el muchacho estaría encantado de vivir con ella. Luego, cuando por fin hubo cerrado la puerta, pensó para sus adentros con compasiva ternura:

—¡Pobre muchacho! ¡Si supiera lo que le va a costar eso!

Pero, en aquel momento, también llegaba hasta ella el ruido sordo que hacía retumbar el suelo. ¿Qué era lo que pasaba? ¿Es que la criada rompía ahora la vajilla? Inmediatamente se precipitó en el comedor, interpelando a sus hijas.

—¿Qué ocurre? ¿Se ha caído el azucarero?

—No, mamá... No sabemos lo que es.

Volvía la cabeza tratando de hallar a Adèle, cuando se dio cuenta de que ésta se hallaba escuchando a la puerta de la alcoba.

—¿Qué hace ahí? —le gritó—. En su cocina todo se está rompiendo, y usted mientras tanto se dedica a espiar al señor. Sí, sí, se empieza por las ciruelas y se acaba con otras cosas. Desde hace algún tiempo tiene usted un modo de comportarse que no me gusta nada; sólo parecen preocuparle los hombres, hija mía...

La sirvienta, con los ojos desmesuradamente abiertos, contemplaba absorta a la señora, a quien interrumpió diciendo:

—No es nada de lo que imaginan... Más bien creo que se trata del señor; ha debido caerse ahí dentro.

—¡Dios mío!, tiene razón —dijo Berthe, palideciendo. Hubiera asegurado que se trataba de un cuerpo que se derrumba.

Penetraron en la alcoba. Delante del lecho estaba inerte el señor Jossierand: su cabeza había golpeado contra una silla y un hilillo de sangre le resbalaba por la oreja derecha. La madre, las dos hijas y la criada corrieron a su lado para examinarlo. Berthe era la única que lloraba, sumida de nuevo en fuertes sollozos, igual que al ser abofeteada por la madre. Y cuando, entre las cuatro, quisieron levantarlo para colocarlo sobre la cama, pudieron oír cómo susurraba:

—Todo acabó... Entre todas consiguieron matarme.

XVII

PASARON algunos meses y llegó la primavera. En la calle de Choiseul se hablaba del próximo matrimonio de Octave con la señora Hédouin.

Las cosas, sin embargo, no iban tan deprisa. En el *Delicia de las Damas* Octave había recuperado su anterior situación, que cada día iba haciéndose más sólida y amplia. Desde que muriera el marido, la señora Hédouin no era capaz de atender por sí sola el negocio, en creciente aumento; su tío, el viejo Deleuze, a quien los dolores reumáticos tenían clavado en un sillón, no podía materialmente ocuparse de nada; y ello fue causa, naturalmente, de que el joven Octave, de temperamento muy activo, imbuido por la fuerte pasión que sentía por cuanto se relacionara con el gran comercio, llegase a adquirir en la casa una importancia decisiva. Por lo demás, resentido aún como estaba por los estúpidos amoríos con Berthe, no soñaba ya con valerse de las mujeres, e incluso les tenía miedo. Parecía mejor convertirse pura y simplemente en el asociado de la señora Hédouin, para comenzar la danza de los millones. Además, recordando su ridículo fracaso con aquella señora, se limitaba ahora a tratarla como hombre, pues así deseaba ella ser tratada.

Desde entonces, las relaciones entre ambos se convirtieron, bajo este aspecto, en verdaderamente íntimas. Se encerraban durante horas en el gabinete de trabajo, al fondo de la tienda. En otro tiempo, cuando se propusiera seducirla, había seguido en aquel mismo lugar toda una táctica, tratando de abusar de sus debilidades comerciales, rozándole ligeramente la nuca con cifras susurradas, siempre al acecho de las notas de encargo que, por lo trascendentes, implicaban contento, para aprovechar sus abandonos. Ahora, en cambio, obraba en todo momento como persona seria y cabal, sin cálculo alguno, dedicado por entero al negocio. Ni siquiera había vuelto a desearla más, sin que por ello dejara de conservar el recuerdo del ligero escalofrío, experimentado la noche de bodas de Berthe, cuando danzaba el vals con ella y se encontraban tan juntos el uno del otro. Puede que en algún momento le

hubiera ella amado. En todo caso era mejor permanecer como ahora estaban, pues, como dijera la señora Hédouin muy acertadamente, el gobierno del establecimiento requería mucho orden, siendo perjudicial pretender cosas que habría constituido un estorbo para ambos, desde por la mañana hasta por la noche.

Sentados ante la reducida mesa de despacho, daban rienda suelta a su imaginación, después de haber repasado los libros de comercio y resuelto sobre los pedidos a formular. Volvía él entonces a sus sueños de engrandecimiento de la casa. Había tanteado al propietario del inmueble vecino, que se mostraba dispuesto en principio a vender; se procedería al despido del quincallero y de un paragüero instalados allí y acabarían por establecer una sección especial de sedas. La señora Hédouin le escuchaba atentamente, muy seria, aunque sin osar lanzarse aún. Acogía, sin embargo, las que estimaba extraordinarias facultades comerciales de Octave, con una benevolencia cada vez mayor, encontrando en él reflejada su propia voluntad, su afición por los negocios el fondo serio y práctico de su temperamento bajo las trazas de joven galante y amable vendedor. Por otra parte, él demostraba una audacia que le faltaba a ella y que, por lo mismo, le invadía de emoción. Representaba la fantasía en el comercio, la única fantasía que consiguiera llegar a turbarla. En pocas palabras, se estaba convirtiendo en su maestro.

Una noche, cuando, uno al lado del otro, se hallaban frente a sus facturas, bajo la ardiente llama de un mechero de gas, le dijo ella en tono pausado:

—Señor Mouret, he hablado a mi tío. Me dio su consentimiento; compraremos la casa. Sólo que...

Octave la interrumpió para exclamar con jovialidad:

—¡Los Vabre, entonces, pueden considerarse hundidos!

Ella esbozó una sonrisa, murmurando en son de reproche:

—Por lo visto, les detesta usted. Eso no está bien, usted debería ser el último en desearles semejante mal.

Jamás le había hablado de sus amores con Berthe. Aquella brusca alusión le causó profundo embarazo, sin saber por qué. Se sonrojó y empezó a balbucear una serie de explicaciones.

—No, no se moleste por favor: se trata de algo que no me incumbe —siguió ella diciendo, siempre sonriente y con mucha serenidad—. Perdóneme, se me escapó sin darme cuenta; me había prometido no decirle nada... Usted es joven. Tanto peor para las que no saben conservar su virtud, ¿no es así? Es a los maridos a quienes corresponde velar por sus esposas, cuando éstas no saben guardarse a sí mismas.

Al oír la expresarse de tal forma Octave experimentó una sensación de alivio, pues le demostraba que no se había enfadado. Muy a menudo llegó incluso a temer una reacción de frialdad por parte de ella, si conseguía enterarse de sus relaciones con aquella mujer.

—Me ha interrumpido usted, señor Mouret —dijo la señora Hédouin, reanudando su exposición informativa con toda serenidad—. Iba a decirle que, si me decido a comprar el inmueble vecino y duplico de ese modo el volumen de mis negocios, me será imposible continuar sola... No voy a tener más remedio que casarme.

Octave permaneció unos instantes sobrecogido. ¡Por lo visto tenía ya un marido a la vista y él lo ignoraba! Le pareció que su posición quedaba comprometida.

—Mi tío —siguió diciendo—, ha sido el primero en aconsejármelo... ¡Oh!, no tengo ninguna prisa por el momento. Llevo luto desde hace ocho meses y muy bien podría esperar hasta el otoño. Pero comprendo que en el comercio, hay que dejar un poco de lado las cosas del corazón, para pensar sólo en las necesidades del caso... Aquí se hace de todo punto necesario un hombre.

La señora Hédouin hablaba pausadamente, como si se tratara de un negocio más; y Octave, abstraído en cierto modo, se dedicaba a contemplarla: de una belleza regular y sana, tenía en el semblante una tonalidad muy blanca bajo las perfectas ondas de su negra cabellera. Lamentó entonces el joven no haber intentado cuando menos, una vez se quedó viuda, convertirse en su amante.

—Se trata de una grave determinación —balbuceó Octave—, algo que requiere ser reflexionado.

Ella era del mismo parecer. A continuación habló de su edad.

—Ya soy vieja, tengo cinco años más que usted, señor Mouret...

Trastornado repentinamente, el joven la interrumpió, creyendo al fin haberlo comprendido todo; y cogiéndole las manos, no hacía más que repetir una y otra vez:

—¡Oh, señora!... ¡Oh, señora!

Pero ella, desasiéndose de él, se había levantado ya; y mientras regulaba el mechero de gas, añadió con su acostumbrada naturalidad:

—No, dejémoslo; por hoy ya es bastante... Tiene ideas que me parecen muy acertadas, y lo más natural es que piense en usted para llevarlas a cabo. Existen, como es lógico, dificultades a vencer; hay que profundizar el proyecto. Conozco su temperamento, y sé, que en el fondo, no puede ser más

serio. Estudie por su parte la idea, que también yo intentaré hacer algo. Esa es la razón de que le haya hablado; ya volveremos a discutir más adelante.

Y así quedó todo durante varias semanas. El establecimiento reemprendió su ritmo habitual de trabajo. Y como quiera que la señora Hédouin conservase hacia Octave la misma frialdad sonriente de siempre, sin la menor insinuación sentimental, él simuló en principio una tranquilidad parecida, y acabó por presentarse ante sus ojos como un ejemplo de saludable dicha, confiando el desenlace a la lógica de los hechos. En cuanto a ella, no hacía más que repetir que las cosas razonables, terminan imponiéndose por sí mismas; por eso no se precipitaba ahora ni lo había hecho nunca. Los chismorreos que empezaron a circular sobre su intimidad con el joven, no la impresionaban lo más mínimo. Ambos se limitaban a esperar.

En la calle de Choiseul, la casa entera había jurado que el matrimonio era cosa hecha. Octave abandonó su apartamento, para irse a vivir a la calle Neuve-Saint-Augustin, cerca de *La Delicia de las Damas*. No mantenía tratos con nadie, ni con los Campardon, ni con los Duveyrier, que pusieron públicamente de manifiesto su exasperación ante el escándalo provocado por sus amoríos. El propio señor Gourd simulaba no reconocerle cuando le veía, para no tener que saludarle. Marie y la señora Juzeur eran las únicas que, cuando se encontraban a Octave por la mañana en el barrio, le paraban para charlar con él unos momentos, bajo cualquier portal. La señora Juzeur, que le interrogaba con verdadero apasionamiento a propósito de la señora Hédouin, hubiera querido convencerle para que acudiese a su casa y hablar allí amigablemente. Marie, que se quejaba, desolada de estar de nuevo encinta, le hablaba de la estupefacción de Jules y de la terrible cólera mostrada por los padres. Más adelante, cuando el rumor de su matrimonio se convirtió en seria y auténtica noticia, Octave quedó sorprendido al recibir un saludo casi reverencial por parte del señor Gourd. Campardon, aunque sin confiarse del todo, le saludó también desde lejos a través de la calle con un cordial movimiento de cabeza; en tanto que Duveyrier, con ocasión de haber ido por allí una tarde para comprar unos guantes, se mostró extremadamente amable. Toda la casa empezaba a perdonarle sus veleidades.

Por lo demás, la propia casa había vuelto a su ritmo normal de honestidad burguesa. Detrás de sus puertas de caoba, ya no se adivinaba otra cosa que nuevos abismos de virtud; el señor del tercero iba a trabajar una noche por semana, la otra señora Campardon paseaba por la escalera la rigidez de sus principios, las criadas exhibían sus delantales de una blancura deslumbrante, y, en el tibio silencio de la escalera, sólo los pianos, en todos los pisos,

dejaban escapar el sonido de idénticos vales, una música, lejana que hubiérase dicho como religiosa.

El malestar motivado por el adulterio, persistía sin embargo, como algo intrascendente y en cierto modo insensible para las gentes sin educación, pero desagradable en cambio para las personas de refinada moralidad. Auguste se obstinaba en no querer saber nada de su mujer, y mientras Berthe permaneciera en casa de sus padres, el escándalo no sería eclipsado por completo, siempre quedaría un rastro palpable del mismo. Por otra parte, ninguno de los vecinos contaba públicamente la verdad de lo ocurrido, que por su crudeza habría molestado a todos; sin previo cambio de impresiones sobre el particular, pero de común acuerdo se decidió que las diferencias existentes entre Auguste y Berthe tenían por causa los famosos diez mil francos, por lo que se trataba de una simple disputa de dinero; situadas así las cosas, resultaba todo mucho más correcto y por añadidura más limpio. Partiendo de esta versión, se podía incluso hablar del asunto delante de las señoritas. ¿Pagarían finalmente los padres, o no pagarían? De ese modo, el drama se limitaba en una intriga de lo más vulgar, y nadie en el barrio podía mostrarse asombrado ni indignarse ante la idea de que un simple problema de dinero pudiera llegar a desencadenar en la intimidad del hogar una tanda de bofetadas. La verdad era, en el fondo, que aquel tácito acuerdo de buena voluntad, no alteraba la realidad de los hechos; y, la casa, a pesar de su calma externa ante la desdicha, sufría cruelmente en su dignidad.

Era Duveyrier sobre todo, como propietario de la finca, quien llevaba el peso de aquel inmerecido y persistente infortunio. Desde hacía algún tiempo, Clarisse le torturaba hasta el punto de que a veces se ponía a llorar delante de su mujer. Pero, aparte de ello, el escándalo del adulterio le hirió en el corazón; según él mismo dijera, veía a los transeúntes detenerse para contemplar la casa de arriba a abajo, aquella casa que su suegro y él se habían empeñado en ornar con todas las virtudes domésticas; y aquello no podía durar, en ocasiones hablaba de la necesidad de purificar el inmueble como una exigencia de su honor personal. Por eso, en nombre de la decencia pública, trataba de impulsar a Auguste hacia una reconciliación. Desgraciadamente, éste se resistía, instigado en su rencor por Théophile y Valérie, que se habían instalado definitivamente en la caja, encantados con el desastre. Por aquel entonces, como los negocios de Lyon iban de mal en peor, y la tienda de sedas periclitaba por falta de crédito, Duveyrier concibió una idea práctica. Los Jossier debían estar deseando con vehemencia desembarazarse de su hija: era preciso sugerir que el marido volvería a hacerse cargo de ella, pero

con la condición de que los padres pagasen la dote de cincuenta mil francos. Quizá entonces, si ellos se lo pidieran, el tío Bachelard acabase por entregarles esa suma. Al principio Auguste había rehusado violentamente entrar a formar parte de tal combinación, pues aun con cien mil francos se estimaría robado. Más adelante, muy inquieto por sus vencimientos del mes de abril, acabó por rendirse a las consideraciones del consejero que decía defender la causa de la moral y que sólo hablaba de una buena acción a realizar.

Una vez de acuerdo, Clotilde escogió al abate Mauduit como negociador de esa posible reconciliación. Se trataba de algo delicado y sólo un sacerdote podía intervenir en el asunto sin comprometerse. Precisamente el abate había dejado traslucir más de una vez el pesar que le causaban las deplorables catástrofes que se abatían sobre una de las casas que más interés ofreciera para la parroquia, y brindó sus consejos, su experiencia, y su autoridad moral, para poner fin a un escándalo del que los únicos que podían alegrarse eran los enemigos de la religión. No obstante, cuando Clotilde le habló de la dote, rogándole que fuese a plantear a los Josserand las condiciones impuestas por Auguste, el sacerdote bajó la cabeza y guardó un doloroso silencio.

—Se trata de un dinero que se le debe y que mi hermano reclama — repetía la joven una y otra vez—. No es ninguna operación comercial. Lo único que ocurre es que mi hermano se obstina.

—Si hace falta, iré —dijo finalmente el sacerdote.

En casa de los Josserand, se esperaba de un día para otro la propuesta de arreglo. Indudablemente, Valérie se fue de la lengua y los inquilinos discutían el caso entre sí: ¿Se hallaban en un apuro lo suficientemente fuerte como para tener que conservar consigo a la hija? ¿Encontrarían los cincuenta mil francos necesarios para poder desembarazarse de ella? Desde que se hubo planteado la cuestión la señora Josserand no vivía un momento de sosiego. ¡Bonito panorama! ¡Después de haber pasado tantos apuros para casar a Berthe, mira por donde se hallaba aún por colocar! ¡Nada se había logrado, se reclamaba una dote, los disgustos que trae consigo el dinero iban a comenzar de nuevo! Jamás una madre se había visto en trance de emprender por segunda vez semejante faena. ¡Y todo por culpa de aquella estúpida, que llevó su necesidad hasta el extremo de olvidar sus más elementales deberes! El hogar iba adquiriendo los caracteres de un auténtico infierno, Berthe veíase forzada a soportar una continua tortura, pues su hermana Hortense, furiosa por no poder acostarse sola, no le dirigía la palabra como no fuera para hacerle alguna alusión hiriente. Hasta le reprochaban los alimentos que consumiera. Cuando

se tenía un marido en cualquier parte, estaba fuera de lugar mermar la comida de los padres, ya escasa de por sí. Entonces la joven, desesperada, se echaba a sollozar por los rincones, tratándose a sí misma de cobarde, al no sentirse con el valor suficiente para bajar a postrarse a los pies de Auguste y decirle: «¡Anda, haz de mí, lo que quieras ya no puedo ser más desgraciada!». El único que se mostraba cariñoso con su hija era el señor Josserand. Pero el pobre se consumía en medio de los errores y de las lágrimas de aquella criatura, agonizando ante las crueldades de la familia, acogido en su trabajo a un permiso indefinido y obligado casi siempre a guardar cama. El doctor Juillerat, que le atendía, hablaba de una descomposición de la sangre: aquello era un lento desgaste de todo su ser, cuyos órganos iban resultando afectados, unos después de otros.

—Cuando a fuerza de disgustos hayas conseguido acabar con tu padre, podrás estar contenta, ¿no es eso? —gritaba la madre.

Berthe no osaba siquiera entrar en la habitación del enfermo. En cuanto el padre y la hija se veían, se echaban a llorar, los dos, perjudicándose recíprocamente.

La señora Josserand tomó por fin una determinación: resignada a humillarse una vez más, invitó al tío Bachelard. De haberlos tenido, ella misma habría dado de su bolsillo los cincuenta mil francos, con tal de no tener bajo su custodia aquella hija casada, cuya presencia deshonoraba sus recepciones de los martes. Acababa de enterarse además de cosas monstruosas referentes al tío Bachelard, y, si no era condescendiente con ella, estaba dispuesta a cantárselas claras.

Cuando se sentaba a la mesa, Bachelard solía comportarse de forma particularmente incorrecta. Había empezado por llegar en aquella ocasión en un estado de embriaguez bastante acentuado, pues a raíz de la pérdida de Fifi, se dejaba arrastrar por el vicio. Afortunadamente, la señora Josserand no había invitado aquel día a nadie, por temor precisamente a que le dejara en ridículo. Cuando estuvieron en los postres, acabó quedándose dormido mientras contaba embrolladas historias de juerguista lelo, y fue preciso despertarle para llevárselo a la habitación del señor Josserand. Se preparó todo un tinglado escénico, con el fin de actuar eficazmente sobre la sensibilidad del viejo beodo: ante el lecho, habíanse colocado dos sillones, uno destinado a la madre y otro para el tío. Se trataba ante todo de ver si el tío se atrevería a mentir y a faltar una vez más a sus promesas, teniendo ante sí a un moribundo y hallándose en una alcoba tan triste, apenas iluminada por una bujía humeante.

—Narcisse —exclamó la señora Josserand—, la situación es grave como puedes ver...

Y, con voz lenta y solemne, le explicó la triste coyuntura por la que estaban pasando, la sensible desgracia de su hija, la indignante venalidad del marido, y la penosa situación en que se encontraba de tener que abonar los cincuenta mil francos, como única forma de que cesara el escándalo, que ya estaba encenagando a la familia de vergüenza. A continuación, con severo tono, añadió:

—Recuerda lo que prometiste, Narcisse... La misma noche en que se concertó la boda, te hartaste de golpearle el pecho, jurando que Berthe podía contar con su tío de todo corazón. Pues bien, el momento ha llegado, ¿dónde está ese corazón?, es ahora cuando tienes que demostrarlo... Señor Josserand, le ruego que se una a mi súplica, que tenga a bien mostrarle cuál es su deber, si su debilidad física se lo permite.

A pesar de la profunda repugnancia que le producía todo aquello, por cariño y condescendencia hacia la hija, murmuró:

—Es la pura verdad, Bachelard; nos lo prometiste. Por lo tanto, antes de que me vaya de este mundo, hazme el favor de cumplir tu palabra.

Pero, a todo esto, Berthe y Hortense, con el mejor deseo de enternecer al tío, le habían servido de beber más de la cuenta. Y se hallaba éste en un estado tal, que ni siquiera se podía abusar de él.

—¿Cómo? ¿Qué? —balbuceó a duras penas, sin necesidad de exagerar su embriaguez—. Yo jamás prometí... No entiendo nada de lo que me estáis diciendo. ¿Quieres repetírmelo, Eléonore?

No tuvo más remedio que volver a empezar; hizo que Berthe le besara entre lloros, le suplicó en nombre de la escasa salud del marido, intentó probarle en fin hasta la saciedad que, dando los cincuenta mil francos, cumplía con su deber sagrado. A continuación, como parecía volver a dormirse, sin dar muestras de estar afectado en lo más mínimo por la visión del enfermo ni por el doloroso ambiente de aquella alcoba, la señora Josserand estalló de pronto en frases violentas:

—¡Escúchame, Narcisse, hace ya mucho tiempo que dura todo esto, no eres más que un canalla!... Estoy enterada de todas tus cochinas. Acabas de casar a tu amante con Gueulin, y le has dado cincuenta mil francos, la cifra justa que nos tenías prometida... ¡Ah! ¡Eso es lo que se llama jugar limpio! ¡Bonito papel el que representa el joven Gueulin en todo ese juego! Pues ¿y tú? ¡Tu proceder es todavía más sucio, nos quitas el pan de la boca,

prostituyes tu fortuna! ¡Sí, la prostituyes robándonos un dinero que nos pertenece, para dárselo a esa desvergonzada!

Jamás se había desahogado hasta ese extremo. Hortense, que se sentía cada vez más violenta oyendo todos aquellos improperios, para disimular un poco se puso a atender a su padre. Éste, a quien semejante escena agravaba el mal, no hacía más que agitarse sobre la almohada, repitiendo con voz temblorosa:

—Te lo ruego, Eléonore, cállate de una vez; estoy convencido de que no dará nada... Si te empeñas en soltarle toda esa retahíla de cosas, llévatelo de aquí, para que por lo menos, yo no os oiga.

Berthe, por su parte, acercándose a su padre, se puso a llorar más fuerte aún.

—Basta ya, mamá; complace a papá... ¡Dios mío!, ¡cuánto me apena ser la causa de todas las disputas! Prefiero marcharme, irme a morir a cualquier sitio.

Entonces la señora Josserand planteó abiertamente la cuestión al tío.

—¿Estás dispuesto a dar los cincuenta mil francos para que tu sobrina pueda salir de aquí con la cabeza bien alta? ¿Sí o no?

Acorralado por la pregunta, el tío buscó escapar del apuro mediante una serie de explicaciones.

—Prestarme un momento de atención; encontré juntos a Gueulin y a Fifi... ¿Qué había de hacer? Fue preciso casarlos. La culpa no es mía.

—¿Quieres entregar la dote que prometiste? ¿Sí o no? —repetía la señora Josserand enfurecida.

El tío vacilaba, su embriaguez iba agravándose hasta tal punto, que ni siquiera encontraba palabras para expresarse.

—No me es posible, ¡palabra de honor!... Estoy completamente arruinado. De no ser así lo haría enseguida... Hablo con el corazón en la mano, tú lo sabes...

Interrumpiéndole ella con un gesto terrible, exclamó:

—Perfectamente; voy a hacer que se reúna el consejo de familia para que te incapaciten. Cuando los tíos se vuelven chochos, se les interna en un hospital.

Repentinamente, el tío se sintió presa de una fuerte emoción. Se puso a contemplar la alcoba, que encontró siniestra, con su mezquina lámpara; miró al paciente que, ayudado a incorporarse por las hijas, procedía a tragarse una cucharada de un líquido negruzco; y su corazón no pudo resistir más, haciéndole estallar en sollozos mientras decía a la hermana en términos

acusatorios que ella jamás había sabido comprenderle. Sin embargo, bien desgraciado era ya con la traición de Gueulin. Sabiendo lo sensible de su temperamento, cometieron un error invitándole a cenar, para entristecerle más aún. En fin, que en lugar de los cincuenta mil francos, sólo le quedaba ofrecer toda la sangre de sus venas.

La señora Josserand, extenuada, abandonaba ya la partida, cuando la sirvienta anunció al doctor Juillerat y al abate Mauduit. Habían coincidido en el rellano de la escalera y entraron juntos. El doctor encontró al señor Josserand mucho peor agravado si cabe por efecto de la abominable escena en la que hubo de representar el correspondiente papel. Y cuando el abate por su parte trató de llevarse a la señora Josserand al salón, diciéndole que tenía que comunicarle algo importante, esta última, imaginándose de quién venía la cosa, respondió con majestuoso gesto, que se encontraba en familia y que podía hablar allí mismo con entera libertad; y que el doctor tampoco estorbaba, puesto que el médico era también un confesor.

—Señora —dijo entonces el sacerdote, con una dulzura un tanto embarazosa—, en el paso que estoy dispuesto a dar, vea sobre todo el ardiente deseo que me anima de contribuir a la reconciliación de dos familias...

Les habló seguidamente del perdón de Dios, e insistió sobre el gozo que experimentaba procurando tranquilizar los corazones honestos, poniendo fin a una situación intolerable. Calificaba a Berthe de desgraciada criatura, motivando que ésta prorrumpiera de nuevo en lágrimas; y todo ello en unos términos de tan afable paternidad, que ni siquiera fue preciso que se ausentara Hortense. Llegó un momento, no obstante en que tuvo que aludir a los cincuenta mil francos; parecía que sólo faltaba ya el que los cónyuges se abrazaran, cuando puso para ello como condición formal, la entrega de la dote.

—Señor abate, permítame que le interrumpa —dijo la señora Josserand—. Estamos conmovidos por su loable esfuerzo; pero, jamás, ¿comprende usted bien?, jamás nos prestaremos a traficar con el honor de nuestra hija... ¡La gente que se ha reconciliado ya a costa de esta pobre niña! ¡Oh!, estoy enterada de todo; estaban siempre a la greña y ahora no se separan ni un momento, nos devoran y nos hacen trizas desde la mañana a la noche... No, señor abate, un simple trato comercial constituiría para nosotros una vergüenza...

—Me parece sin embargo, señora... —aventuró el sacerdote.

Ella, nublándole la voz, continuó con gesto de soberbia:

—¡Compruébelo, aquí está mi hermano! Puede interrogarle si quiere... No hace todavía una hora, me estaba diciendo: «Eléonore, te traigo los cincuenta mil francos, arregla de una vez este desagradable malentendido». Pues bien, señor abate, pregúntele usted mismo cuál ha sido mi contestación... Levántate, Narcisse; di la verdad.

El tío se había vuelto a dormir, hundido en su sillón. Al escuchar voces nombrándole, intentó moverse y dejó escapar algunas palabras sin sentido. Luego, como la hermana insistiese, se puso la mano en el corazón mientras balbuceaba:

—Cuando es un deber de conciencia el que habla, es necesario seguir adelante... Ante todo la familia.

—¿Le ha oído? —gritó la señora Josserand con aire de triunfo—. ¡Nada de dinero, eso es innoble!... Repita a esas gentes que no estamos haciendo lo imposible, como creen, para evitar pagar. La dote está aquí, y la hubiéramos dado, qué duda cabe; pero, desde el momento en que la misma se exige como precio por el rescate de nuestra hija, el asunto se convierte en algo demasiado asqueroso... Que Auguste empiece por hacerse cargo de nuevo de Berthe, y ya veremos más tarde lo que se hará.

La señora Josserand había elevado su tono de voz, y el doctor, que auscultaba al enfermo, tuvo que hacerla callar.

—¡Más bajo, señora! —le dijo—. Su marido no puede soportar tantos gritos.

Entonces, el abate Mauduit, cuyo embarazo iba en aumento, se acercó al lecho del enfermo y dirigió a éste algunas frases de consuelo. Luego, se separó, sin volver a mencionar el asunto procurando ocultar con su amable sonrisa la confusión que experimentaba por su fracaso, aunque sin poder disimular una mueca de disgusto y dolor en sus labios. Cuando el doctor se disponía a marchar, hizo saber con crudeza a la señora Josserand que el enfermo estaba perdido: era preciso tomar las mayores precauciones, pues cualquier pequeña emoción podía serle fatal. Quedó sobrecogida al oírle, dirigiéndose hacia el comedor, en el que también volvían a entrar sus dos hijas y el tío, para de esa manera dejar que descansara el señor Josserand, que parecía querer dormir.

—Berthe —murmuró la madre—, acabas de rematar a tu padre. El propio doctor me lo ha dicho.

Y las tres dieron rienda suelta a su aflicción, sentadas alrededor de la mesa, en tanto que el tío Bachelard, dominado igualmente por las lágrimas, se preparaba un jarabe.

Cuando se dio a conocer a Auguste la respuesta de los Josserand, fue presa de un terrible furor contra su mujer, jurando que la echaría a patadas cuando se atreviera a acercársele pidiendo perdón. En el fondo la encontraba a faltar. Sentía un vacío en su existencia; estaba descompuesto, sumido en los nuevos disgustos originados por su abandono, tan graves como pudieran serlo los demás enojos del hogar. Rachel, a quien había conservado a su servicio para atizar aún más el rencor de Berthe, ahora le robaba y le trataba descaradamente con la misma tranquila impudicia con que pudiera hacerlo una esposa; y, razonando, terminó por echar de menos los escasos beneficios de la vida conyugal, las veladas pasadas aburriéndose juntos, así como las costosas reconciliaciones, selladas bajo el calor de las sábanas. Pero sobre todo estaba harto de Théophile y de Valérie, instalados abajo y teniendo a su cargo una tienda con la importancia de la suya. Sospechaba incluso que algunas veces distraían el dinero, faltando a la más elemental delicadeza. Valérie no era como Berthe, le gustaba ejercer su reinado subida en la banqueta de la caja, si bien en alguna ocasión le pareció haberla visto coqueteando con los hombres delante del imbécil de su marido, cuyo persistente resfriado le empañaba por lo visto los ojos de continuas lágrimas. Entonces surgía Berthe en su mente, como término de comparación. Su esposa, al menos, jamás había hecho pasear por los mostradores gentes venidas de la calle y que nunca pensaron en comprar. Una última inquietud le consumía en fin: *La Delicia de las Damas* prosperaba, convirtiéndose en amenaza para su casa, cuyo negocio bajaba de día en día. No es que echase de menos al miserable de Octave, pero le gustaba ser justo y reconocía en él facultades como vendedor que podían considerarse fuera de serie. ¡Cuánto mejor habrían ido las cosas si hubieran sabido entenderse! Las añoranzas sentimentales hacían presa en él; hubo momentos en que, enfermo de soledad, sintiendo desplomarse la vida bajo sus pies, habría subido gustoso a casa de los Josserand para pedirles que le devolvieran a Berthe, a cambio de nada.

Duveyrier, por su parte, no desesperaba incitándole constantemente a una reconciliación, pues cada vez se sentía más afligido por el disfavor moral que semejante historia proyectaba sobre su inmueble. Simuló incluso creer en las palabras de la señora Josserand, dadas a conocer por el sacerdote: si Auguste volvía a hacerse cargo de su esposa sin imponer condiciones, al día siguiente tendría la dote con toda seguridad. Después, cuando éste reaccionaba furioso ante tal aserto el consejero apelaba por encima de todo a su noble corazón. Se lo llevaba consigo a través de los muelles cuando iba al Palacio de Justicia, le predicaba el perdón de las injurias con una voz humedecida en lágrimas,

tratando de hacerle asimilar una filosofía desolada y cobarde, según la cual la sola felicidad posible consistía en soportar a la mujer, puesto que uno no puede pasarse sin ella.

Duveyrier se iba debilitando, empezaba a inquietar en la calle de Choiseul por lo triste de su paso y la palidez de su semblante, en el que las manchas rojas se ensanchaban, irritadas. Una desgracia inconfesable parecía abatirse sobre él. Se trataba de Clarisse que seguía engordando a ojos vistas y que, además de desbordarle, le torturaba. Y a medida que se acentuaba su gordura burguesa, Duveyrier la encontraba más insoportable, con su afectada educación y su distinguido rigorismo. Actualmente le tenía prohibido tutearla en presencia de sus familiares, y delante de él le echaba los brazos al cuello a su profesor de piano, entregándose a una serie de confianzas y familiaridades que hacían prorrumpir en sollozos a Duveyrier. En dos ocasiones, que la sorprendió con Théodore, se había dejado llevar por los nervios, para acabar luego pidiéndole perdón de rodillas, aceptando compartir su cariño con otros devaneos. Además continuamente, para tenerle así más sumiso y acobardado, le hablaba con repugnancia de los granos que afeaban su rostro, e incluso tuvo la ocurrencia de transferirle a una de sus cocineras, una mujer gruesa y joven acostumbrada a los más bajos menesteres; pero ésta no quiso saber nada del señor. De ese modo cada día iba haciéndose más cruel la vida para Duveyrier en casa de aquella querida, donde sólo encontraba ya el infierno que creyera ver en su hogar y del cuál había huido. La tribu de chapuceros, la madre, el zángano del hermano, las dos hermanitas, y, hasta la tía impedida, le robaban con verdadera impudicia; vivían de él abiertamente, sin disimulo alguno, hasta el punto de vaciarle por la noche los bolsillos cuando dormía allí. Por otra parte, su situación se agravaba: en trance de acabársele el dinero, temía llegar a comprometer su puesto de magistrado; no podían destituirle, ciertamente, pero los abogados jóvenes daban la impresión de tomarle en broma, lo que suponía para él un obstáculo en el momento de administrar justicia. Y cuando, expulsado materialmente por la suciedad y el escándalo de aquel ambiente, asqueado de sí mismo, huía de la calle de Assas para refugiarse en la de Choiseul, el rencor frío de su mujer acababa de agotarle. Perdía entonces la cabeza y miraba fijamente el curso del Sena cuando iba camino de la Audiencia, con la idea de arrojarse al río, la noche en que un último y decisivo sufrimiento le proporcionara el valor necesario para hacerlo.

Clotilde se había dado cuenta de las flaquezas que hacían mella en su marido, e inquieta, furiosa contra aquella querida que ni siquiera era capaz de hacer feliz a un hombre, dentro de su mal proceder, la maldecía amargamente.

Pero ella por su parte también se mostraba muy contrariada por una aventura deplorable.

Clémence al buscar un pañuelo, había sorprendido a Hippolyte con ese aborto de Louise, en su propio lecho; y, desde entonces, se dedicaba a darle de cachetes en la cocina a la menor inconveniencia que se permitía, lo que redundaba en detrimento del servicio. Y lo peor era que la señora no podía cerrar los ojos y hacerse la desentendida ante el proceder de su doncella con el ayuda de cámara: las otras criadas se reían y el escándalo se comentaba ya en las tiendas; era, pues, necesario casarles si es que deseaba conservarlos; y, como seguía estando muy contenta de Clémence, sólo pensaba ya en esa única solución: el matrimonio de ambos criados. Este arreglo, sin embargo, le parecía algo tan difícil y delicado, tratándose de dos amantes que siempre andaban a la greña, que resolvió pedirle ayuda al cura párroco. Por lo demás, sus criados en general, le estaban proporcionando muchos quebraderos de cabeza desde hacía algún tiempo. Fuera, en la campiña, habíase dado cuenta del lío existente entre el pilluelo de Gustave y Julie; por un momento pensó en despedir a esta última, aunque a disgusto, pues le agradaba su cocina; pero, después de maduras reflexiones, la había conservado, por estimar preferible que ese pilluelo tuviese la amiga en su propia casa, ya que se trataba de una mujer limpia, que jamás constituiría un inconveniente. En cambio, fuera de casa, según la propia señora decía, nunca se sabe adónde puede llegar un hombre joven, sobre todo cuando empieza sus correrías siendo demasiado chiquillo. Les vigilaba, por lo tanto, aunque sin decir nada; y sólo le faltaba, ahora, que vinieran los otros dos a contarle también su historia.

Una mañana la señora Duveyrier se dirigía a la parroquia, para entrevistarse con el abate Mauduit, cuando Clémence le hizo saber que el sacerdote llegaba en aquel momento para dar la extremaunción al señor Jossierand. La doncella, después de haberle encontrado en la escalera, entró de nuevo a la cocina, gritando:

—¡Bien aseguraba yo que volvería este mismo año!

Y, haciendo alusión a las catástrofes de que la casa venía siendo víctima, había añadido:

—Lo ocurrido en el entresuelo nos trajo a todos la desgracia.

En aquella ocasión, el Santo Sacramento no llegó con retraso: era un buen síntoma para el futuro. La señora Duveyrier se apresuró a ir a Saint-Roch, donde aguardó el regreso del abate. Escuchóla éste atentamente, hubo unos momentos de triste silencio, y luego no pudo rechazar la gestión que le encomendaban de hacer comprender a la doncella y al ayuda de cámara lo

inmoral de su situación. Por lo demás, de todas formas habría tenido que volver enseguida a la calle de Choiseul, pues el pobre señor Josserand no pasaría seguramente de aquella noche; y dio a entender a este respecto, que veía allí una tesitura cruel, pero afortunada al mismo tiempo, para conseguir reconciliar a Auguste y Berthe. Trataría de arreglar los dos conflictos a la vez. Iba siendo hora de que el Cielo quisiera bendecir sus continuos esfuerzos.

—Así lo he rogado a Dios, señora —dijo el sacerdote—. Dios triunfará.

Aquella misma noche, a eso de las siete, empezaba en efecto la agonía del señor Josserand. Toda la familia estaba allí reunida, salvo el tío Bachelard, a quien se trató inútilmente de buscar por los cafés y Saturnin, que seguía encerrado en el asilo de los Molineaux. Léon, cuyo matrimonio había sido aplazado a causa de la enfermedad de su padre, mostraba un dolor digno. La señora Josserand y Hortense sacaban fuerzas de flaqueza. Berthe era la única que por sus abundantes sollozos, para no afectar al enfermo, había tenido que refugiarse en el fondo de la cocina, donde Adèle, aprovechando el desconcierto bebía sus buenos tragos de vino. El señor Josserand murió con sencillez. Su honestidad le sofocaba. Había vivido una existencia inútil, y se iba de este mundo como hombre sencillo que fue, cansado de las cosas viles que entorpecieron su vida, ahogado por la tranquila inconsciencia de las únicas criaturas en quienes había puesto todo su cariño. Hacia las ocho, balbuceó a duras penas el nombre de Saturnin, volvióse contra la pared y dejó de existir.

Nadie le creía muerto, pues se temía una agonía terrible. Aguardaron pacientes algún tiempo, sin fijarse en él, creyendo que dormía. Y cuando se dieron cuenta de que ya se quedaba frío, la señora Josserand, en medio de sus fuertes lloros, empezó a meterse con Hortense, a quien había encargado que fuera a buscar a Auguste, pues contaba echar a Berthe en brazos de éste, aprovechando las reacciones sentimentales y el gran dolor de los últimos momentos.

—¡Por lo que veo, no piensas en nada! —decía la madre enjugándose los ojos.

—Pero, mamá —respondía la joven anegada en lágrimas— ¿podíamos imaginar acaso que papá acabaría tan pronto?... Me habías dicho que bajara a prevenir a Auguste cuando fueran las nueve, para estar más segura de retenerle hasta el final.

La familia, muy afligida, encontró en aquella disputa una pequeña distracción. Se trataba de otro asunto fallido; nunca solucionaban nada.

Felizmente, aún se ofrecía la ocasión del entierro para conseguir ese buscado abrazo.

El sepelio pareció discreto, aunque desde luego de categoría inferior al del señor Vabre. Por otra parte, despertó mucho menos apasionamiento, tanto entre los vecinos de la casa como en el barrio, pues en esta ocasión no se trataba de un propietario. El muerto no había sido más que un hombre apacible, que ni siquiera turbó el sueño de la señora Juzeur. Marie, que desde la víspera estaba a punto de dar a luz, puso de manifiesto, como único disgusto, el no haber podido ayudar a los familiares a amortajar a aquel pobre señor. En la portería, la señora Gourd se limitó a levantarse al paso del féretro y a saludar desde el fondo de su alojamiento, sin llegar siquiera a la puerta de la casa. Sin embargo, todos los vecinos fueron al cementerio: Duveyrier, Campardon, los Vabre y el señor Gourd. El tema de conversación fue la primavera, cuyas grandes lluvias habían comprometido las cosechas. Campardon mostró su asombro ante el mal semblante de Duveyrier; y como mientras miraban descender el féretro, el consejero palideciera hasta el extremo de encontrarse mal, el arquitecto murmuró:

—Éste ha notado el olor de la tierra... ¡Dios quiera que la casa no sea diezmada una vez más!

Fue preciso ayudar a la señora Josserand y a las hijas para que llegaran hasta el coche. Léon se apresuró a hacerlo, auxiliado por el tío Bachelard, mientras que, con aire molesto Auguste marchaba detrás. Este último subió a otro coche, junto con Duveyrier y Théophile. Clotilde acompañaba al abate Mauduit, que aunque no había oficiado, se trasladó al cementerio, queriendo testimoniar así su simpatía hacia la familia. Los caballos iniciaron el regreso más alegremente; y, casi inmediatamente, Clotilde rogó al sacerdote que volviese con ellos, pues estimaba que la ocasión no podía ser más favorable. El abate asintió.

Una vez en la calle de Choiseul, de los tres coches que componían la comitiva del duelo descendieron silenciosamente los familiares. Théophile se unió enseguida a Valérie, que se había quedado en la casa para dirigir una limpieza a fondo, aprovechando el cierre de la tienda.

—Ya puedes ir preparando tus maletas —le gritó él enfurecido—. Se han puesto todos de acuerdo para forzarle a decidirse. ¡Apostaría a que va a pedirle perdón!

Todos, en efecto, experimentaban el acuciante deseo de acabar de una vez. Era preciso que la desgracia sirviera cuando menos para algo útil. Auguste, rodeado de todos ellos, se daba perfecta cuenta de lo que pretendían

y se encontraba solo, sin fuerzas, sintiéndose molesto. Lentamente, la familia fue desfilando por el umbral de la puerta, vestida de riguroso luto. Nadie hablaba. Una vez en la escalera, continuó el silencio, un silencio impresionante y solemne a la vez; en tanto que las faldas de gasa, tristes y alicaídas, subían con lentitud los peldaños. Auguste, como obedeciendo a un último impulso de rebelión, fue el primero en pasar, con la idea de encerrarse, a toda prisa en su casa; pero, cuando ya estaba abriendo la puerta, le detuvieron Clotilde y el abate, que le venían siguiendo. Detrás de ellos, apareció en el rellano Berthe, ataviada de riguroso luto, en compañía de su madre y de su hermana. Llevaban las tres los ojos enrojecidos, y a la señora Josserand, sobre todo, daba pena verla.

—Vamos, amigo —dijo simplemente el sacerdote, vencido por aquellas lágrimas.

Y aquello bastó. Auguste cedió inmediatamente, viendo que, puestos a resignarse, valía más hacerlo en aquella ocasión honorable. Su mujer lloraba, y él también, mientras decía entre balbuceos:

—Entra... Intentaremos no volver a empezar.

Entonces todo fueron abrazos entre los familiares. Clotilde felicitó a su hermano: no esperaba menos de su buen corazón. La señora Josserand, en su desconsuelo, mostraba una satisfacción fría y melancólica, como viuda a quien las dichas inesperadas ni siquiera alteran su cohibido espíritu. Se limitó pues, a asociar el recuerdo de su pobre esposo con aquel ambiente de alegría general.

—Cumple usted con su deber, querido yerno. Él, que está en el Cielo, también se lo agradece.

—Entra —repetía Auguste, trastornado por completo.

Pero, atraída por el ruido, Rachel acababa de hacer su aparición en la antecámara; y, ante el mudo disgusto que palidecía el rostro de aquella mujer, Berthe tuvo unos instantes de titubeo. Seguidamente, con aire severo, se decidió a entrar y desapareció con el negro de su luto en el no menos sombrío departamento. Auguste le seguía; la puerta se cerró tras ellos.

Un gran suspiro de alivio se esparció por la escalera, hasta llenar de júbilo toda la casa. Las señoras estrecharon las manos del sacerdote, a quien Dios había escuchado. Y, en el mismo momento en que Clotilde se lo llevaba para intentar arreglar el otro conflicto, llegó penosamente Duveyrier, que se quedó atrás con Léon y Bachelard. Hubo que explicarle entonces el feliz desenlace; pero él, que desde meses antes deseaba tal reconciliación, apenas parecía darse cuenta de cuanto le estaban diciendo; tenía un aire extraño, como

minado por una idea fija cuya tortura le desinteresaba de todo. Mientras los Josserand subían a su casa, él entró en la suya siguiendo a su mujer y al abate. Todavía se hallaban en la antecámara, cuando unos gritos apagados les hicieron estremecer.

—Tranquilícese la señora —explicó amablemente Hippolyte—. Se trata de la joven de arriba que sufre los dolores... He visto cómo el doctor Juillerat subía a toda prisa.

Luego, cuando ya estuvo solo, añadió filosóficamente:

—Mientras unos se van, otros vienen.

Clotilde instaló al abate Mauduit en el salón, diciéndole que empezaría por enviarle a Clémence; y, para que se distrajera leyendo, le dio la *Revue des deux mondes*, que contenía versos realmente delicados. Clotilde quería preparar a su doncella. Pero encontró a su marido sentado en una silla de su tocador.

Desde por la mañana, Duveyrier parecía agonizar. Por tercera vez acababa de sorprender a Clarisse con Théodore; y como se atreviera a protestar, toda la familia de desarrapados, la madre, el hermano y las hermanitas, se le habían echado encima, y a patadas y puñetazos le dejaron plantado en la escalera. Durante todo ese tiempo, Clarisse le estuvo tratando de harapo sucio, amenazándole furiosamente con ir en busca del comisario si osaba poner de nuevo los pies en su casa. Todo había terminado; compadecido el portero, le hizo saber, abajo, que desde la semana anterior, un viejo muy rico quería por lo visto conservar para sí a la señora. Entonces, expulsado de todas partes, no teniendo ya un nido donde vivir sosegadamente, Duveyrier, después de haber estado rondando por esas calles de Dios, acabó por entrar en una tienda apartada para comprar un revólver de bolsillo. Era para él demasiado triste la vida, y así podría quitársela al menos, cuando encontrase el lugar adecuado. La búsqueda de un rincón tranquilo le preocupaba al entrar en la calle de Choiseul con paso maquinal para asistir al entierro del señor Josserand. Luego, caminando tras el féretro, concibió repentinamente la idea de matarse en el cementerio: se adentraría en el mismo para ocultarse detrás de una tumba; eso halagaba sus gustos novelescos, la necesidad que experimentaba de un ideal sentimental y romántico, necesidad que había desolado su existencia en todo momento, pese a la rigidez burguesa de su apariencia externa. Pero, cuando vio que bajaban el ataúd, se puso a temblar, sobrecogido por la frialdad de la tierra. Decididamente, aquel lugar no valía, necesitaba buscarlo por otra parte. Y, sintiéndose cada vez más débil, obsesionado su cerebro por aquella idea fija, no cesaba de reflexionar sentado

en una silla del tocador, pensando en cuál pudiera ser el mejor rincón de la casa a los efectos que perseguía; quizás en la alcoba, al borde del lecho, o simplemente en aquel mismo sitio en que se encontraba ahora, sin necesidad de moverse.

—¿Tendría la amabilidad de dejarme sola? —le dijo Clotilde.

Él tenía ya el revólver en el bolsillo.

—¿Por qué? —preguntó haciendo un esfuerzo.

—Porque necesito estar sola.

Imaginóse él que deseaba cambiar de vestido y que ni siquiera quería mostrarle sus desnudos brazos de tanto como le repugnaba. Durante unos instantes, estuvo contemplándola con sus turbados ojos, tan alta, tan hermosa, con la epidermis de la misma pureza del mármol y sus preciosos cabellos anudados en trenzas de un color de oro leonado. ¡Ah! ¡Si ella hubiera consentido, con cuánta facilidad se habría arreglado todo! Se levantó vacilante, abrió los brazos y trató de abrazarla.

—¿Qué es eso? —murmuró sorprendida—. ¿A qué vienen esas pretensiones? Aquí no, desde luego... ¿Es que ya no cuenta con la otra? ¿Me cree dispuesta a entrar de nuevo en un terreno tan abominable?

Y mientras hablaba así, dejó traslucir un disgusto tal de su corazón, que el marido retrocedió. Sin decir una palabra, salió de la alcoba para detenerse en la antecámara, donde permaneció vacilando unos segundos; luego, al encontrar ante él una puerta, la del lavabo, la empujó y se metió dentro, para acabar sentándose sin prisas en aquel lugar. No dejaba de ser un sitio tranquilo donde nadie iría a molestarle. Introdujo después el cañón del revólver en su boca y disparó.

Entretanto, Clotilde a quien el semblante de su marido venía inquietando desde primera hora de la mañana, estuvo a la escucha para saber si le hacía el inconmensurable favor de volver nuevamente con Clarisse. Comprendiendo dónde iba al oír el peculiar ruido de la puerta, no volvió a ocuparse de él. Y estaba llamando finalmente a Clémence, cuando la sorda detonación del arma la dejó con la boca abierta. ¿Qué podía ser aquello?, hubiérase dicho tratarse del ruidito producido por una carabina de salón. Corrió a la antecámara, aunque al principio no se atrevió a preguntar; pero luego como saliera de allí dentro un soplo extraño, se decidió a llamar, acabando por abrir al no obtener respuesta alguna. Ni siquiera estaba echado el cerrojo. Duveyrier, aturdido aún, más por el miedo que por el daño que pudo hacerse, permanecía acurrucado en el mismo sitio, en una postura lúgubre, con los ojos abiertos de par en par y la cara chorreándole sangre. Acababa de errar el tiro. La bala,

después de haberle perforado la mandíbula, torció su curso agujereándole la mejilla izquierda. No había tenido valor para hacer un segundo disparo.

—¡Cómo! ¿Es usted el que acaba de hacer eso? —gritó Clotilde fuera de sí—. ¡Mátese si quiere, pero hágalo fuera de casa!

Estaba indignadísima. Aquel espectáculo, en lugar de enternecerla, la lanzaba a una última exasperación. Le empujó, más que cogerle, le levantó sin cuidado alguno y quiso llevárselo de allí para que no le vieran en semejante sitio. ¡En aquel gabinete! ¡Y todavía erraba el golpe! Aquello era el colmo.

Entonces, mientras ella le sostenía para trasladarle a la alcoba, Duveyrier, con la garganta llena de sangre y escupiendo sus propios dientes, balbuceó entre dos estertores:

—¡Tú nunca me amaste!

El pobre hombre sollozaba, experimentando el sufrimiento de la poesía muerta, de aquella florecilla azul que él no podía coger. Cuando Clotilde le hubo acostado, pareció enternecerse por fin, presa de una emoción nerviosa en medio de su cólera. Lo peor era que Clémence e Hippolyte acababan de llegar al sonido de la campanilla. Ya desde un principio Clotilde les habló de un accidente: el señor se había hecho daño en la barbilla; pero después tuvo que abandonar aquella fábula, pues el criado, al ir a enjugar el asiento ensangrentado, encontró el revólver, caído junto a la escobilla. Entretanto, como el herido iba perdiendo sangre, recordó la doncella que el doctor Juillerat se hallaba arriba, ocupado en el parto de la señora Pichon; corrió, pues, en su busca y le encontró precisamente cuando bajaba, después de un alumbramiento feliz. Inmediatamente, el doctor se apresuró a tranquilizar a Clotilde; quizá le quedara una desviación en la mandíbula, pero su vida no estaba en peligro. Y se disponía a proceder a una primera cura entre las jofainas de agua y de sábanas manchadas de sangre, cuando el abate Mauduit, inquieto por todo aquel trajín, se permitió entrar.

—¿Qué es lo que ha sucedido? —preguntó.

Aquella pregunta acabó de trastornar a la señora Duveyrier, estallando en lágrimas al empezar su explicación. El sacerdote, no obstante, lo había comprendido todo, estando como estaba al corriente de las ocultas miserias de su rebaño. Ya en el salón, sentíase invadido el abate de un creciente malestar, casi lamentando su éxito, ya que aquella desgraciada joven a quien acababa de poner en manos del marido, no le dio la impresión de sentir el más leve remordimiento por sus pecados. Una terrible duda le asaltaba, quizá Dios no estuviera con él. Y su angustia fue en aumento al verse ante la maltrecha

mandíbula del consejero. Se acercó y quiso condenar enérgicamente el suicidio; pero el doctor, muy atareado, hizo que se apartara.

—Después, señor cura. Enseguida acabo... ¿No ve que se ha desvanecido?

Duveyrier, en efecto, a las primeras manipulaciones del médico había perdido el conocimiento. Entonces, Clotilde, para quitarse de encima a los criados que de nada le servían y cuyos ojos desmesuradamente abiertos le molestaban, murmuró enjugándose los ojos:

—Váyanse al salón con el señor abate... Tiene algo que decirles.

El sacerdote tuvo que llevárselos. Se trataba de otro asunto feo a resolver. Hippolyte y Clémence le siguieron muy sorprendidos. Cuando ya estuvieron solos, empezó por dirigirles una serie de vagas exhortaciones: el Cielo recompensaba la buena conducta, en tanto que un solo pecado conducía al infierno; por lo demás, siempre era tiempo de poner fin a un escándalo y de escoger el camino del bien. Mientras les hablaba así, la sorpresa de los criados íbase convirtiendo en estupefacción; con las manos temblorosas, ella con sus menudos miembros y su boca fruncida; y él con su aplanado rostro y su gruesa contextura de gendarme, no hacían más que cruzarse miradas inquietas: ¿Habría descubierto la señora las toallas que guardaban arriba metidas en una maleta? ¿Se trataría más bien de alguna botella de vino de las que subían por las noches?

—Hijos míos —acabó diciéndoles el sacerdote—, estáis dando un mal ejemplo. Constituye un crimen horrendo pervertir a otro, lanzarse a la desconsideración, en la propia casa donde se habita... Sí, estáis observando una mala conducta que, desgraciadamente, ya no es un secreto para nadie, puesto que andáis peleando desde hace ocho días.

El sacerdote se sonrojaba, un púdico titubeo le hacía buscar las palabras más adecuadas. Los dos criados lanzaron un suspiro de alivio. La sonrisa apareció en sus labios, y no podían evitar regodearse de contentos. Si no se trataba más que de eso, ¿por qué asustarles de aquella manera?

—Todo acabó ya, señor párroco —declaró Clémence, dirigiendo a Hippolyte una mirada de mujer reconquistada—. Nos hemos reconciliado de nuevo... Sí, me ha dado toda clase de explicaciones.

El sacerdote, a su vez, dejó traslucir su asombro lleno de tristeza.

—Veo que no me comprendéis, hijos míos. No podéis continuar de ese modo, viviendo juntos; ofendéis con vuestra conducta a Dios y a los hombres. Tenéis que casaros.

De repente, surgió de nuevo la estupefacción en sus rostros. ¿Casarse? ¿Para qué?

—Yo no quiero —dijo Clémence—. Mi plan es otro.

Entonces, el abate Mauduit trató de convencer a Hippolyte.

—Vamos a ver, muchacho; tú que eres un hombre, convéncela, háblale de su honor... Eso en nada cambiará el curso de vuestra vida. Casaros.

El criado leía con aire forzado y embarazoso. Por fin, mirando la punta de sus zapatillas, declaró sencillamente:

—No le digo que no, desde luego, pero el caso es que soy casado.

Aquella respuesta, cortó en seco la moral del sacerdote; y, sin decir una palabra más, dio por terminado su inútil intento. Clotilde, que salía a su encuentro, acababa de oír la última parte de su conversación, y con un gesto expresó su parecer. Obedeciendo sus severas órdenes, el criado y la doncella salieron uno tras otro, con la cara muy seria, pero muy contentos en el fondo. El abate, después de un breve silencio, se quejó amargamente: ¿Por qué exponerle de aquella manera? ¿Por qué remover cosas que valía más dejar dormir? La situación no podía ser ahora más sucia. Pero Clotilde se limitaba a decir siempre lo mismo: ¡tanto peor!, otras preocupaciones ocupaban su mente. Por otra parte, no pensaba por cierto despedir a los criados, temiendo que el barrio entero se enterase de la historia del suicidio aquella misma noche. Más adelante, ya se vería.

—¿Comprendido?, el reposo más absoluto —recomendó el doctor que salía de la alcoba—. No les quepa duda de que se recuperará del todo, pero evítenle todo cansancio... Tenga usted valor; señora.

Y, volviéndose hacia el sacerdote, añadió:

—Ya le sermoneará usted más tarde, mi querido abate. Todavía no me atrevo a ponerlo en sus manos... Si vuelve usted a Saint-Roch, le acompaño; haremos el camino juntos.

Y se marcharon los dos.

Entretanto, la casa recobraba su calma habitual. La señora Juzeur se había quedado en el cementerio, tratando de seducir a Trublot, con el que se entretuvo leyendo las inscripciones de las tumbas; y a pesar de su poca afición a las coqueterías sin resultado positivo, no tuvo más remedio que acompañarla en simón hasta la calle de Choiseul. La triste aventura de Louise tenía sumida a la pobre señora en un mar de melancolía. Cuando llegaban, seguía hablando aún de aquella miserable, devuelta la víspera al Asilo de huérfanos: en resumen, una cruel experiencia, una última desilusión, que acababa con su esperanza de encontrar nunca una criada virtuosa. Luego, bajo

el portal de la casa, terminó invitando a Trublot para que fuese a charlar con ella de vez en cuando. Pero él se excusó alegando que su trabajo no se lo permitía.

En aquel momento, pasó la otra señora Campardon. Ambos la saludaron. El señor Gourd les hizo saber el feliz alumbramiento de la señora Pichon. Todos fueron entonces del parecer del señor y de la señora Vuillaume: tratándose de simples empleados, tres niños era una verdadera locura; y el portero dio incluso a entender que, si traía a este mundo una cuarta criatura, el propietario se vería obligado a despedirles, pues el exceso de familia iba en desprestigio del inmueble. De repente, calláronse todos ellos, una dama cubierta con un velo, dejando tras de sí un olor de verbena, se deslizaba sutilmente por el vestíbulo, sin dirigirse para nada al señor Gourd, que simuló no verla. Por la mañana, a primera hora, se había cuidado él personalmente de preparar todo en casa de aquel distinguido señor del tercero, para una noche de trabajo.

Por lo demás, sólo tuvo el tiempo preciso para gritar a los otros:

—¡Vayan con cuidado, o nos aplastarán como perros!

Se refería al coche de los vecinos del segundo, que salía en aquel momento. Los caballos relinchaban bajo la bóveda; el padre y la madre, en el fondo del landó, sonreían a sus niños, dos hermosas criaturas rubias, cuyas manitas se disputaban un ramillete de rosas.

—¡Qué mundo éste! —murmuró el portero furioso—. Ni siquiera fueron al entierro, por miedo a tener que codearse con los demás... Es como para trastornar a cualquiera, pues ¡si uno pudiese hablar!

—Diga, diga, ¿qué es lo que pasa? —preguntó la señora Juzeur muy interesada.

Explicóles entonces el señor Gourd que habían venido unos agentes de la policía, ¡sí, de la policía! Por lo visto, el hombre del segundo escribió una novela tan puerca, que estaban a punto de encarcelarle.

—¡Verdaderas atrocidades! —continuó diciendo con voz asqueada—. Está llena de indecencias sobre las gentes como es debido. Se dice incluso que en la misma se alude al propietario, ¡así, como suena, al señor Duveyrier en persona! ¡Hace falta desfachatez!... ¡Ah! ¡Sus motivos tienen para esconderse y no relacionarse con los demás vecinos! Ahora sabemos lo que se tramam con el aislamiento en que viven. Y, ya lo está viendo, eso les permite tener coche propio, pues, indudablemente, venden sus infectas intrigas a precio de oro.

Esto último sobre todo tenía exasperado al señor Gourd. La señora Juzeur no leía más que versos y Trublot reconocía ser ajeno por completo a la literatura. Sin embargo, ambos clamaban contra aquel señor por el hecho de enturbiar con sus escritos la casa donde habitaba su familia. Pero en aquel momento, una serie de gritos feroces y de frases abominables se oyeron desde el fondo del patio.

—¡Puerca, más que puerca! ¡Ahora veo que estabas encantada con tenerme a tu disposición, para que pusiera a buen resguardo a tus queridos...! ¿Me oyes, maldito camello? ¡Te lo digo en tu propia cara!

Se trataba de Rachel, a quien Berthe despedía, y que se explayaba en la escalera de servicio. De repente, en aquella joven silenciosa y comedida, de quien incluso las demás criadas jamás pudieron conseguir la menor indiscreción, tenía lugar un destaponamiento semejante al estallido de una cloaca. Puesta fuera de sí por el regreso de la señora a casa del señor, a quien robaba a sus anchas desde que tuviera lugar la separación, se había convertido en un ser terrible en cuanto recibió la orden de hacer subir a un mozo para que se llevara su maleta. De pie en la cocina, Berthe escuchaba, tratando de disimular su trastorno, en tanto que, en la puerta, Auguste, queriendo imponer su autoridad, recibía en pleno rostro los más innobles improperios y las acusaciones más atroces.

—Sí, sí —continuaba diciendo la criada con rabia—, ¡seguro que no se te ocurría echarme, cuando ocultaba tus camisas a espaldas de tu cornudo!... ¿Y qué me dices del día en que tu amante tuvo que ponerse los calcetines entre mis cacerolas, mientras yo evitaba que el cabrón de tu marido entrase, para darte tiempo de que te refrescaras?... ¡Vaya puerca!

Berthe, completamente sofocada, corrió a refugiarse en el fondo de su apartamento. Pero Auguste tuvo que mantener el tipo: iba palideciendo poco a poco, se sentía sobrecogido por un temblor horroroso a cada una de las sucias revelaciones que gritaba por la escalera, y por todo comentario, sólo encontraba una palabra: «¡Desdichada!, ¡desdichada!» para expresar la angustia que sufría al enterarse así de los crueles detalles del adulterio, precisamente cuando acababa de perdonarla. Mientras tanto, todas las criadas habían salido a los rellanos de sus cocinas. Se inclinaban para oír mejor, y procuraban no perderse una sola palabra; pero ellas mismas quedaron sobrecogidas ante la inusitada violencia de Rachel. Poco a poco, la consternación que sentían les hizo retroceder. Aquello estaba ya saliéndose de los justos límites. Lisa resumió el sentimiento de todas diciendo:

—¡Bueno, ya está bien! ¡Una cosa es criticar a los amos, pero ensañarse de esa forma!...

A pesar de todo, la gente comenzó a irse, dejando que aquella desventurada se explayase sola, pues resultaba molesto escuchar las cosas desagradables de cada uno, tanto más cuanto que, ahora, la joven se refería a toda la casa. El señor Gourd fue el primero en meterse en su garita, después de recalcar que nada bueno podía esperarse de una mujer que montaba en cólera. La señora Juzeur, a quien esa cruel vomitona de suciedades relativas al amor hería profundamente sus íntimas delicadezas, pareció impresionarse tanto, que Trublot, muy a pesar suyo, no tuvo más remedio que acompañarla a su casa, ante el temor de un desvanecimiento. ¿No constituía aquello una auténtica desgracia? Las cosas se iban arreglando, ya no quedaba el menor motivo de escándalo, la casa recuperaba su honestidad y su recogimiento de siempre, y, ¡mira por dónde venía aquella vil criatura a remover el cieno de unas historias enterradas y que a nadie inquietaban ya!

—¡No soy más que una criada, pero honesta! —seguía vociferando, poniendo en ese grito sus últimas fuerzas—. ¡No hay ninguna ramera de dueña que pueda compararse conmigo en esta casa, que no es más que una sucia barraca!... ¡Si me voy es porque todo me inspira repugnancia alrededor!

El abate Mauduit y el doctor Juillerat descendían lentamente por la escalera. Lo habían oído todo. Ahora, una profunda paz parecía reinar: el patio estaba vacío, la escalera, desierta; las puertas de los distintos pisos diríanse amuralladas, ni siquiera una sola cortina de las ventanas se agitaba, y de los departamentos cerrados sólo se desprendía un silencio lleno de dignidad.

Bajo la bóveda del vestíbulo, el sacerdote se detuvo, como agobiado por la fatiga.

—¡Cuánta miseria! —murmuró con tristeza.

El médico meneó la cabeza, respondiendo:

—Así es la vida.

Acostumbraban tener tales confesiones cuando salían juntos de una agonía o de algún nacimiento. A pesar de su distinto modo de pensar, se entendían muy a menudo en lo concerniente a la imperfección humana. Ambos conocían los mismos secretos, pues si el sacerdote recibía la confesión de aquellas mujeres, el doctor llevaba treinta años asistiendo a las madres al dar a luz y cuidando a las hijas.

—Dios les abandona —dijo el abate.

—No —contestó el doctor—, no mezcle a Dios en estos enredos. La causa es una deficiente salud o la mala educación, eso es todo.

Y, sin esperar respuesta, se puso a considerar este punto de vista, atacando violentamente al régimen; bajo una república, las cosas irían sin duda mucho mejor. Sin embargo, en esos escapes propios de hombre mediocre, surgían observaciones justas de la persona práctica y ya de edad, que conocía a fondo los detritos del barrio. Y se volcaba contra las mujeres, considerando que en unas era la endeble educación recibida lo que facilitaba su corrupción, y en otras un nerviosismo hereditario que pervertía los sentimientos y las pasiones, haciendo que todas ellas sucumbiesen del modo más sucio y estúpido, tontamente, sin experimentar deseo ni placer alguno; por otra parte, no se mostraba mucho más compasivo con los hombres, esos buenos mozos que acababan de malbaratar su existencia, detrás de la hipocresía de su agradable prestancia; y, en su arrebatado de jacobino, comentaba en tono airado la descomposición de toda una clase social, el hundimiento de la burguesía, cuyos podridos puntales crujían por sí mismos. Volvió luego a perder el hilo, se puso a hablar de los bárbaros y anunció la dicha universal.

—Yo soy más religioso que usted —terminó diciendo.

El sacerdote parecía haberle escuchado silenciosamente; pero en realidad no le prestó atención alguna, entregado como estaba por entero a su desolado sueño. Después de un breve silencio, murmuró:

—¡Si son inconscientes, que Dios se apiade de ellos!

Abandonaron la casa y siguieron tranquilos por la calle Neuve-Saint-Augustin. El temor de haber hablado con exceso hacía que los dos permanecieran silenciosos, pues tanto el uno como el otro se guardaban muchos miramientos desde su respectiva posición. Cuando llegaban al extremo de la calle, al levantar la cabeza, percibieron a la señora Hédouin que les sonreía delante de la puerta de *La Delicia de las Damas*. Detrás de ella, Octave reía también. Aquella misma mañana, después de una seria conversación, decidieron ambos su matrimonio. Esperarían hasta el otoño. Y dejaban traslucir el gozo de aquel asunto al que pusieron punto final.

—¡Buenos días, señor abate! —dijo jovialmente la señora Hédouin—. Y usted, doctor, siempre de un lado para otro, ¿no?

Y como este último la felicitase por su buen aspecto, añadió:

—¡Oh!, si sólo contase conmigo como paciente, poco trabajo tendría usted.

Estuvieron conversando unos momentos. Y habiéndose referido el médico al feliz parto de Marie, Octave pareció alegrarse al saber la gozosa noticia que

afectaba a una de sus antiguas vecinas. Luego, cuando supo que acababa de tener una tercera hija, exclamó:

—¡Su marido, por lo visto, no acierta a engendrar un varón!... Ella conservaba la esperanza de hacerles tragar un hijo al señor y a la señora Vuillaume; pero estoy convencido de que éstos jamás digerirán una nueva niña.

—Así lo creo —dijo el doctor—. Ambos están en cama, hasta tal punto parece haberles conmocionado la noticia del parto. E incluso llamaron a un notario, para que el yerno no alcance a heredar ni siquiera sus muebles.

Después bromearon. El sacerdote estaba silencioso, con la mirada fija en el suelo. La señora Hédouin le preguntó si se sentía enfermo. Sí, se encontraba muy fatigado, e iba a tomarse un poco de reposo. Y, después de un cambio de cortesías cumplidos, bajó por la calle de Saint-Roch, acompañado siempre del doctor. Luego, al llegar frente a la iglesia, este último dijo bruscamente:

—Mala parroquia, ¿no le parece?

—¿Quién? —preguntó el sacerdote sorprendido.

—Aquella dama que vende indianas... Estoy seguro que se burla de usted y de mí. Pero, no importa, si se encuentra bien, maldita falta que puedo hacerle.

Y el médico se alejó, mientras el abate entraba en la iglesia.

La clara luz del día penetraba a través de los amplios ventanales y de sus blancas vidrieras, con rebordes amarillos y azul celeste. Ni un solo ruido, ni el más leve movimiento turbaban la desierta nave y sus arañas de cristal que, junto con el dorado púlpito parecían dormir reposadamente en aquella claridad tranquila.

El abate Mauduit, quiso subir a su departamento, pero la gran turbación que sentía y un violento impulso interior le hicieron entrar y le retenían allí. Le parecía como si Dios le llamara con voz lejana y confusa, en forma que le era imposible captar sus órdenes. Lentamente, atravesaba la iglesia, y tratando de leer en sí mismo, buscaba calmar su ánimo, cuando de repente, un espectáculo sobrehumano conmovió todo su ser.

Era allí, tras los mármoles de la capilla de la Virgen, en las blancuras de lis, detrás de las orfebrerías de la capilla de la Adoración, cuyas siete lámparas de oro, así como los candelabros y el altar, también de oro, relucían en la sombra que proyectaban las doradas vidrieras; era en el fondo de aquella misteriosa oscuridad, más allá del lejano tabernáculo, donde tenía lugar una aparición trágica, un drama desgarrador y sencillo: Cristo clavado sobre la

cruz, entre María y Magdalena, que sollozaban; y las blancas estatuas, que una luz invisible procedente de las alturas hacía destacar contra la desnudez del muro, daban la impresión de avanzar e ir aumentando de tamaño, haciendo de la humanidad ensangrentada por aquella muerte y de sus lágrimas el símbolo divino del eterno dolor.

Extasiado, el sacerdote cayó de rodillas. Cuantas vilezas e imperfecciones había vivido desde primeras horas de la mañana le oprimían el corazón. Y con las manos ardientemente extendidas, pedía perdón por sus condescendencias cobardes y por sus infames promiscuidades. El temor de Dios le llegaba hasta las entrañas; le parecía ver a Dios renegando de él. Todas las tolerancias del mundo desaparecían bajo los escrúpulos desencadenados en el interior de aquella conciencia, donde ya no quedaba otra cosa que la fe del creyente. ¡Oh, señor! ¿Cuál era el camino a seguir? ¿Qué cabía hacer ante aquella sociedad agonizante que semejaba querer arrastrar a los propios ministros de Dios?

Entonces, el abate Mauduit, con los ojos clavados en el Calvario, estalló en sollozos. Lloraba lo mismo que María y Magdalena; lloraba la muerte de la verdad, el cielo vacío.

XVIII

EN diciembre, después de transcurrido el octavo mes de su luto, la señora Josserand consintió por vez primera comer fuera de su domicilio. Se trataba de ir a casa de los Duveyrier, casi una comida en la intimidad de la familia, con la que Clotilde inauguraba sus recepciones de los sábados aquel invierno. La víspera se previno a Adèle que habría de bajar para ayudar a Julie. Aquellas señoras, los días de recepción, acostumbraban a prestarse de ese modo, recíprocamente, la servidumbre.

—Sobre todo, trate de ser más diligente —recomendó la señora Josserand a su criada—. No sé que pueda tener metido en el cuerpo de un tiempo a esta parte; la veo muy alicaída... Sin embargo, está gruesa y voluminosa.

Lo que a Adèle le ocurría simplemente, era que se hallaba embarazada de nueve meses. Ella misma había empezado por creer que estaba engordando, lo que no dejó de asombrarla; y se sulfuraba de rabia, con el estómago vacío y continuamente hambrienta, los días en que la señora la mostraba triunfante ante todos, diciendo:

—¡Bien, aquí la tienen! ¡A quienes se atrevan a acusarme de escatimar el pan de la sirvienta, les invito a contemplar a esta glotona!

Cuando, en medio de su estupidez, comprendió Adèle por fin su desgracia, tuvo que contenerse un sinnúmero de veces para no decírselo descaradamente a su señora, que abusaba sin duda de su estado para hacer creer al barrio que la alimentaba de veras.

No obstante, desde aquel momento, un acentuado terror la tenía como alelada. Los prejuicios de su pueblo natal reaparecían en el fondo de su obtuso cráneo. Se creyó condenada, imaginó que los gendarmes irían a prenderla si confesaba su embarazo. Entonces, cuanto pudiera dar de sí su primitiva astucia, se encaminó a tratar de disimular su estado. Ocultaba las náuseas, los dolores de cabeza, intolerables muchas veces, el terrible estreñimiento de que era víctima; en dos ocasiones, creyó realmente morir frente al horno de la cocina, mientras cuidaba de su guiso. Por fortuna, se mantenía normal en los costados y el vientre se iba ensanchando sin avanzar

mucho; jamás la señora tuvo la más ligera sospecha, tan orgullosa, estaba de aquel prodigioso ajamonamiento. Por lo demás, la desdichada se apretaba el corsé hasta ahogarse. Incluso llegaba a parecerle que el aspecto de su vientre era razonable, aunque, eso sí, lo hallaba desde luego pesado en extremo, cuando se disponía a fregar la cocina. Los dos últimos meses resultaron espantosos por los dolores que, en medio del silencio más heroico y con una obstinación feroz, se vio obligada a sobrellevar.

Aquella noche, Adèle subió para acostarse a eso de las once. La sola idea de la velada del día siguiente la aterrorizaba: ¡Tener que trajinar todavía, sufrir de nuevo los continuos empellones de Julie! Y pese a su buena voluntad, no le era posible ayudar a nadie; tenía todos los bajos de su cuerpo hechos papilla. Para ella, sin embargo, el parto seguía siendo una cosa lejana y confusa; no quería pensar en ello, optaba por guardar aún el secreto durante algún tiempo, con la esperanza de que todo acabaría arreglándose. Tampoco hizo preparativo alguno, por ignorar los síntomas y no ser capaz de calcular una fecha, sin que tuviera en fin idea o proyecto de ningún género. No se sentía bien más que cuando estaba acostada y con los riñones en reposo. Como desde la víspera helaba, no se quitó las medias al acostarse, apagó la bujía y esperó pacientemente entrar en calor. Había conseguido ya casi dormirse, cuando unos dolores ligeros le hicieron abrir nuevamente los ojos. Se trataba de simples punzadas, algo así como pellizcos; al principio creyó que una mosca le estaba picando el vientre, alrededor del ombligo; cesaron luego aquellos pinchazos, y ya no pensó más en ello, acostumbrada por entonces a notar fenómenos extraños e inexplicables. Pero, de repente, al cabo de apenas media hora de sueño intranquilo y desagradable, un dolor sordo la desveló de nuevo. Esta vez no pudo evitar encolerizarse. ¿Acaso iba a empezar ahora con los cólicos? ¡Pues sí que estaría presentable al día siguiente, si tenía que pasar toda la noche sentada en el orinal! Aquella idea de un trastorno interno la tuvo preocupada desde última hora de la tarde; notaba como una constante pesadez, presentía una catástrofe. A pesar de todo intentó resistir, se frotó el vientre y llegó un momento en que creyó calmado el dolor. Transcurrido un cuarto de hora, volvió a sufrir, esta vez con mayor violencia.

—¡Vaya por Dios! —dijo entonces a media voz, decidiendo levantarse.

Completamente a oscuras, sacó su vasija de noche y se puso en cuclillas, cansándose de hacer esfuerzos inútiles. La alcoba estaba helada y ella no dejaba de tiritar. Al cabo de diez minutos, cuando observó que los cólicos se iban calmando, volvió a acostarse. Pero, diez minutos más tarde,

recomenzaron. Levantóse de nuevo, ensayó inútilmente una vez más y se metió helada en la cama, donde disfrutó unos instantes de reposo. Luego, el malestar hizo que se retorciera con tal fuerza, que le costó trabajo ahogar un primer quejido.

¡Cuán estúpido era todo aquello! ¿Tenía o no tenía ganas? Entretanto, persistían los dolores, casi continuos, seguidos de sacudidas cada vez más fuertes, cual si una mano brutal que tuviera metida en el vientre, le apretase en determinado sitio. Sólo entonces tuvo una clara visión de lo que estaba ocurriendo, sintió como si un enorme escalofrío recorriera todo su cuerpo y se repuso a balbucear entre las sábanas:

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡La cosa se ha presentado, por lo que estoy viendo!

Se sentía presa de una angustia terrible, de una necesidad imperiosa de andar, de pasear su sufrimiento. Ya no le fue posible permanecer echada en la cama; volvió a encender la vela y empezó a dar vueltas alrededor de la alcoba. Tenía la lengua seca y una sed abrasadora la atormentaba, en tanto que, algo así como unas planchas rojas y ardientes parecían quemarle las mejillas. Cuando una contracción hacía que tuviera que doblarse repentinamente sobre sí misma, procuraba apoyarse contra la pared o agarrarse a la extremidad de un mueble. Y fueron pasando las horas en medio de aquel cruel y continuo trajinar, sin que se atreviera a ponerse el calzado por miedo a hacer ruido, resguardada tan sólo del frío por un viejo chal que se había puesto sobre los hombros. Sonaron las dos, luego las tres.

—¡Estoy dejada de la mano de Dios! —decíase a sí misma en voz baja, como obedeciendo a una necesidad de hablar y de oír sus propias palabras—. Esto se alarga demasiado, presiento que no acabará nunca.

Sin embargo, el trabajo de preparación avanzaba, la pesadez notada en su abdomen descendía a sus nalgas y a los muslos. Incluso cuando su vientre le dejaba respirar un poco, sentía allí, sin solución de continuidad, un dolor fijo y testarudo. Y, para tranquilizarse, habíase agarrado las nalgas fuertemente con las manos, manteniéndolas así, en esa postura, mientras intentaba seguir caminando y contoneándose con las piernas desnudas y unas medias ordinarias que sólo le llegaban hasta las rodillas. ¡Dios la tenía abandonada! Su devoción se rebelaba, y su conformidad de bestia de carga que le hiciera aceptar aquel embarazo como un trabajo más sin provecho, estaba en trance de agotársele. Por lo visto no bastaba con no comer nunca de acuerdo con el hambre que tenía, ni con ser la fregona sucia y desmañada con quien pegaba la casa entera: ¡Era necesario también que los dueños le pusieran en el aprieto

de tener una criatura! ¡Ah, los muy bribones! Lo único que no podía precisar era si se trataba del joven o del viejo, pues el viejo le había dado cita últimamente, después del martes de Carnaval. Por lo demás, tanto uno como el otro sabían hacerse los desentendidos, ahora que habían disfrutado y sólo ella cargaba con las consecuencias. Bien vistas las cosas, donde debiera ir a parir era sobre la esterilla de la puerta de entrada de su casa, para ver qué cara ponían. Pero el terror volvía a hacer presa de ella: eran capaces de encarcelarla, era mejor tragárselo todo. Y con voz angustiada, repetía entre cada una de las crisis:

—¡Bribones! ¿Por qué se tolerarán semejantes canalladas?... ¡Dios mío, me siento morir!

Y, con las dos manos crispadas, intentaba apretarse más las nalgas y los pobres muslos martirizados, conteniendo sus gritos, siempre contoneándose en su dolorosa fealdad. A su alrededor, nada se movía en aquellos momentos, se roncaba únicamente; y así oía el abejorro sonoro de Julie mientras que, por lo que se refiere a Lisa, aquello parecía un silbido, una música aguda de flautín.

Acababan de dar las cuatro, cuando, de repente, le pareció que su vientre iba a reventar. En medio de un dolor espantoso, se produjo una ruptura, cayeron las aguas y sus medias quedaron completamente mojadas. Permaneció inmóvil durante unos momentos, aterrorizada y estupefacta, con la idea fija de que todo su ser iba a vaciarse por allí. Lo seguro es que jamás había pasado por el trance del embarazo; y ante el temor de algún otro mal, no hacía más que observarse, quería ver si acabaría perdiendo toda la sangre de su cuerpo. No obstante, experimentó un alivio que aprovechó para sentarse algunos minutos sobre una maleta. Aquella habitación manchada por todas partes le inquietaba sobremanera, la bujía estaba a punto de apagarse. Luego, cuando ya no pudo seguir caminando y creyó que el mundo se le venía encima, se sintió aún con fuerzas para extender sobre el lecho un hule viejo de forma circular que le había dado la señora Josserand para colocarlo en la mesa de su tocador. Y apenas hubo vuelto a tumbarse, cuando empezó el trabajo de expulsión.

Entonces, durante cerca de hora y media, fueron surgiendo una serie de dolores, cuya violencia aumentaba sin cesar. Las contracciones internas habían cesado, ahora era ella misma quien impulsaba con todas sus fuerzas los músculos de su vientre y de sus riñones, en un deseo irresistible de librarse cuanto antes de aquel intolerable peso que gravitaba sobre su carne. Todavía en dos ocasiones, ilusorios deseos hicieron que se incorporase, buscando la

vasija de noche con mano extraviada y vacilante de fiebre; la segunda vez, estuvo a punto de rodar por el suelo. A cada nuevo esfuerzo, sentíase sacudida por un temblor, su cara se ponía ardiente y el cuello le quedaba bañado en sudor, mientras mordía rabiosamente las sábanas, para ahogar de esa manera sus inevitables quejidos, ese terrible jadeo espantoso e involuntario del leñador que está cortando un roble. Cuando el esfuerzo se había realizado balbuceaba como si estuviese hablando con alguien:

—¡No es posible!... ¡Jamás logrará salir!... ¡Es demasiado grande!

Con el cuerpo retorcido, ensanchadas las piernas, se agarraba desesperadamente con las dos manos a los barrotes de hierro de la cama, a los que hacía estremecerse con sus sacudidas. Se trataba por fortuna de un parto normal y en toda regla, de una franca presentación inicial del cráneo. De vez en cuando, la cabeza cuya salida apuntaba, parecía querer volver a entrar, rechazada por la elasticidad de los tejidos, tensos hasta el mismo punto de ruptura; y unos calambres atroces le oprimían cada vez que recomenzaba sus esfuerzos al tiempo que enormes dolores parecían tenerla aprisionada por un cinturón de hierro. Por fin, los huesos crujieron, parecióle que todo se rompía; tuvo la espantosa sensación de que su trasero y la parte de delante habían estallado convirtiéndose en un inmenso agujero por donde escapaba su vida; y el niño rodó sobre el lecho, por entre sus muslos, entre un mar de excrementos y de flemas sanguinolentas.

Había exhalado un fuerte grito, el grito furioso y triunfal e todas las madres. Inmediatamente, se notó un movimiento desordenado en las habitaciones vecinas. Voces somnolientas decían:

—¡Ya está bien! ¿Qué es lo que ocurre? ¿Asesinan a alguien acaso?

Inquieta, había vuelto a ponerse la sábana entre los dientes, junto las piernas y echó la manta sobre la criatura, que lanzaba los mismos maullidos que un gatito. Oyó a Julie roncar de nuevo, después de haberse vuelto a acostar, en tanto que Lisa, otra vez dormida, había dejado de lanzar su característico silbido. Disfrutó entonces durante un cuarto de hora de una sensación de alivio inmensa, de una dulzura infinita de calma y de reposo. Estaba como muerta; gozaba simplemente del no ser.

Enseguida reaparecieron los cólicos. Un miedo horrible despertaba en su mente: ¿Iría a tener una segunda criatura? Y lo peor era que, al abrir de nuevo los ojos, acababa de encontrarse en plena oscuridad. De la vela no quedaba ni el más leve resquicio; y estar allí, completamente sola, mojada por todos lados y con algo gelatinoso entre los muslos, que no sabía dónde meter, le pareció algo inconcebible. ¡Había médicos incluso para los perros, pero para

ella, no! ¡Revienta pues tú y tu pequeño! Recordó entonces haber ayudado en idéntico trance a la señora Pichon, a la vecina de enfrente.

Y recordó también que se tomaban una serie de precauciones con el recién nacido, para no perjudicarlo. Ahora el niño no lloriqueaba; alargó la mano, buscó a su alrededor y encontró un intestino que le salía del vientre; y también le vino a la imaginación que había visto anudar y cortar después aquella especie de cordón. Sus ojos se iban acostumbrando a las tinieblas, la luna levantábase pausadamente, iluminando la alcoba aunque de modo impreciso. Entonces, medio a tientas, guiada por su propio instinto, sin levantarse procedió a realizar una tarea larga y penosa: descolgó de detrás de su cabeza un delantal, partió un cordón, luego anudo el intestino y lo cortó con las tijeras que encontró en el bolsillo de su falda. Estaba sudando y se volvió a acostar. Al pobre pequeño, con seguridad, ningún deseo tenía de matarlo.

Pero, a todo esto, los cólicos continuaban; era como si algo continuara molestándole todavía y que las contracciones trataban de expulsar. Aquello parecía soltarse todo un paquete acabó por caer, y ella se desembarazó del mismo arrojándolo a la vasija de noche. Esta vez, ¡gracias a Dios!, había acabado definitivamente; ya no sentía ningún sufrimiento. Sólo la sangre tibia resbalaba a lo largo de sus piernas.

Durante cerca de una hora estuvo dormitando. Daban las seis, cuando la conciencia de la situación en que se encontraba la despertó de nuevo. Acuciaba el tiempo, se lavó a duras penas y fue haciendo una serie de cosas, desordenadamente y a medida que se le fueron ocurriendo. Una luna fría iluminaba de lleno la alcoba. Después de haberse vestido, envolvió la criatura con paños viejos y luego entre dos periódicos. El niño nada decía, sin embargo su corazoncito latía. Pero como se olvidó comprobar si era un varón o una hembra, no tuvo más remedio que deshacer el bulto. Se trataba de una niña. ¡Una desdichada más! ¡Carne para un cochero o ayuda de cámara, como le ocurrió a la pobre Louise, encontrada bajo un portal! Los criados seguían durmiendo, y eso le permitió salir, hacer que abajo le abriera la puerta el señor Gourd, tirando del cordón medio dormido, e irse después a depositar su paquete en el pasaje Choiseul, cuyas verjas estaban abriendo, y subirse luego tranquilamente otra vez. ¡Al fin, por una vez en la vida, estaba de suerte!

Procedió inmediatamente a arreglar la alcoba. Escondió el hule debajo de la cama, fue a vaciar la vasija de noche y volvió después para pasar la bayeta por el suelo. Luego, extenuada, blanca como la cera, resbalándole incesantemente la sangre por las piernas, se echó de nuevo, después de

taponarse con una toalla. Así fue como la señora Josserand la encontró, cuando ésta se decidió a subir a eso de las nueve, muy sorprendida al ver que aún no bajaba. Y al quejarse la criada de una diarrea horrorosa que le hizo estar danzando toda la noche, la señora exclamó:

—¡Pardiez! ¡Eso es que ha comido demasiado! ¡No piensa más que en llenarse!

Inquieta por la palidez que observaba en ella, le habló sin embargo de llamar al médico; pero la señora se sintió muy contenta de ahorrarse los tres francos, cuando la enferma le hubo jurado que lo único que necesitaba era reposo. Desde la muerte de su marido, vivía con su hija Hortense, de una pensión que le pasaban los hermanos Bernheim, lo que no era obstáculo para que los tratara amargamente de explotadores; y lo que hacía que fueran aún más escasos los alimentos, era su empeño en no abandonar el apartamento ni renunciar a sus veladas de los martes.

—Si es así, duerma —le dijo—. Nos queda buey asado frío para esta mañana, y por la noche cenamos fuera. Si no puede bajar para ayudar a Julie, ya se las arreglará sin usted.

Por la noche, la cena en casa de los Duveyrier fue de lo más cordial. Toda la familia se hallaba reunida: los dos matrimonios Vabre, la señora Josserand, Hortense, Léon, e incluso el tío Bachelard, que se portó muy bien. Para llenar un hueco, habían invitado además a Trublot y a la señora Dambreville, como única forma de no separarla de Léon. Éste, después de su matrimonio con la sobrina, había vuelto a caer en brazos de la tía, que aún le era necesaria. Se les veía llegar juntos a todas las recepciones, y excusaban la presencia de la joven, a quién, según ellos, una gripe o la simple desgana había hecho quedarse en casa. Aquella noche, todos los comensales se quejaron de que apenas la conociera: ¡Se la quería tanto! ¡Era tan hermosa! Enseguida se habló del coro que Clotilde se proponía hacer cantar, como remate de la velada; el coro en cuestión era aún el de la *Bendición de los Puñales*, pero esta vez con cinco tenores; algo de veras completo y auténticamente magistral. Desde hacía dos meses, el propio Duveyrier, que se mostraba ahora encantador, reclutaba a los amigos de la casa, empleando siempre la misma fórmula, repetida con motivo de cada uno de sus encuentros:

—No se le ve a usted nunca; venga, mi mujer reanuda sus coros.

Por ello, a partir de los entremeses, solamente se habló de música. La más encantadora camaradería y la más jovial franqueza reinaron allí hasta la hora del champaña.

Luego, después del café, mientras las damas quedaron alrededor de la chimenea del gran salón, en el más reducido, se formó un grupo de hombres que intercambiaron ideas y pensamientos serios. Entretanto, la gente iba llegando. No tardó en estar allí Campardon, el abate Mauduit, el doctor Juillerat, sin contar los comensales, salvo Trublot, que desapareció al acabar de comer. Desde la segunda frase, se escogió la política como tema de conversación. Los debates de las Cámaras apasionaban a aquellos señores; y aún estaban discutiendo el éxito obtenido por la lista de la oposición triunfante por entero en París, con motivo de las elecciones de mayo. Aquel triunfo de la burguesía vociferadora y critica, les inquietaba sobremanera, a pesar de su aparente gozo.

—¡Dios mío! —declaró León—. El señor Thiers me parece que desde luego es un hombre de talento; pero, en su discurso sobre la expedición de Méjico, se ha expresado con una acrimonia que le quita el mérito.

Acababa de ser nombrado para un alto cargo por recomendación de la señora Dambreville y de repente se sumaba a la causa. Nada quedaba en él del demagogo hambriento, como no fuera su insoportable intolerancia doctrinal.

—En otro tiempo atribuía usted al Gobierno todos los errores que se realizaban —dijo el doctor sonriente—. Supongo que por lo menos habrá votado a favor del señor Thiers.

El joven soslayó la contestación, Théophile, cuyo estómago no digería como es debido y a quien turbaban nuevas dudas sobre la fidelidad de su mujer, exclamó:

—Yo, sí voté por él... ¡Desde el momento en que los hombres rehúsan vivir como hermanos, tanto peor para ellos!

—Y tanto peor para usted, ¿no es así? —quiso recalcar Duveyrier, quien pese a hablar poco, acostumbraba a soltar frases profundas.

Théophile le contempló un tanto azorado. Auguste no se atrevió a confesar que había votado igualmente por el señor Thiers. La sorpresa tuvo lugar, luego, cuando el tío Bachelard hizo profesión de la fe legitimista: en el fondo, encontraba aquella postura muy distinguida. Campardon aprobó su punto de vista con énfasis; él se había abstenido porque el señor Dewinck, el candidato oficial, no brindaba suficientes garantías desde el punto de vista religioso; y estalló entonces en furibundas frases contra la *Vie de Jésus*, publicada hacía poco.

—¡No es el libro lo que habría que quemar, sino al autor! —repetía con insistencia.

—Quizás es usted demasiado radical, amigo mío —interrumpió el abate con voz conciliadora—. Pero, en efecto, los síntomas van resultando terriblemente alarmantes... Se habla de expulsar al Papa, existe una verdadera revolución centro del mismo Parlamento, caminamos hacia el abismo.

—¡Tanto mejor! —dijo simplemente el doctor Juillerat.

Todos se rebelaron entonces contra él. Renovaba sus ataques contra la burguesía, asegurando que ésta sería barrida de un escobazo cuando llegase la hora en que el pueblo tuviera que actuar a su vez, y al expresarse de esa forma, los demás le interrumpían violentamente, gritando que la burguesía significaba la virtud, el trabajo y el ahorro de la nación. Duveyrier pudo por fin imponerse a las voces de los demás. En cuanto a él, lo confesaba en voz alta: había votado por el señor Dewinck, no porque éste representase su opinión exacta, sino porque encarnaba la bandera del orden. Sí, las saturnales de la época del Terror aún podían renacer. El señor Rouher, el distinguido hombre de Estado que acababa de reemplazar al señor Billault, lo profetizó formalmente en la tribuna. Y terminó con esta frase simbólica:

—El triunfo de vuestra lista, constituye el primer resquebrajamiento del edificio. ¡Procurad que al caerse no os aplaste!

Aquellos señores guardaban silencio, con el miedo oculto de haberse dejado arrastrar hacia el extremo de comprometer su propia seguridad personal. Imaginaban ver ya obreros cubiertos de pólvora y sangre entrar en sus respectivas casas, violar la criada y beberse su vino. El emperador merecía una lección, de eso no cabía duda; sólo empezaban a lamentar que tal lección hubiera sido tan fuerte.

—¡Vivan tranquilos! —concluyó el doctor en son de broma—. Aún estamos a tiempo de salvarles a tiro limpio.

Fue la creencia general, sin embargo, que el doctor iba demasiado lejos, y por ello se le trató de original. Por lo demás, era gracias a esa originalidad por lo que no llegaría a perder su clientela. El propio doctor reemprendió luego con el abate Mauduit su eterna disputa sobre la desaparición de la Iglesia. Esta vez León se puso del lado del sacerdote.

Mientras tanto, los invitados iban llegando, el gran salón se llenaba de damas. Valérie y Berthe se hacían confidencias mutuamente, como buenas amigas. La otra señora Campardon que el arquitecto había traído consigo, para reemplazar sin duda a la pobre Rose, a quien dejaron en cama leyendo a Dickens explicaba a la señora Josserand una receta económica para blanquear la ropa sin necesidad de utilizar jabón; en tanto que, sola y apartada Hortense, que esperaba a Verdier, no perdía de vista la puerta. Pero, de repente,

Clotilde, que conversaba con la señora Dambreville se había levantado al tiempo que extendía las manos. Su amiga, la esposa de Octave Mouret, acababa de entrar. El casamiento había tenido lugar al terminar su luto en los primeros días del mes de noviembre.

—¿Y tu marido? —preguntó la señora de la casa—. Supongo que no faltará a su palabra.

—No, no —respondió Caroline sonriente—. Viene detrás de mí, le retuvo un asunto en el último instante.

El chismorreó estaba a la orden del día, se la contemplaba con curiosidad, tan hermosa y sosegada, siempre la misma, con la tranquila seguridad de una mujer que triunfa en sus negocios. La señora Josserand le estrechó la mano, le encantaría recibirla en su casa. Berthe y Valérie dejando a un lado su conversación, se pusieron a examinarla apaciblemente, desmenuzando su atavío, un vestido de color de paja recubierto de encajes. Pero, en medio de aquella tranquilidad que pudiera significar el olvido del pasado, Auguste, a quien la política dejaba frío e indiferente, daba muestras en estos momentos de una indignada estupefacción, de pie a la puerta del saloncito. ¡Cómo! ¡Su hermana se disponía a recibir al matrimonio del que formaba parte el antiguo amante de su mujer! Y en su rencor como esposo, existía además la cólera celosa del comerciante arruinado por una competencia arrolladora, ya que *La Delicia de las Damas*, al engrandecerse y crear una sección especial de sedería, consiguió agotar sus recursos hasta el extremo de obligarle a tomar un asociado. Fue acercándose poco a poco y, mientras se continuaba felicitando a la señora Mouret, dijo a Clotilde al oído:

—Sabes perfectamente que eso no lo toleraré jamás.

—¿El qué? —preguntó la hermana llena de sorpresa.

—Que nos visite esa mujer. Nada me ha hecho en realidad... pero si llega a venir el marido, agarro a Berthe por el brazo y os abandono delante de todo el mundo.

Clotilde le contempló fijamente y se encogió luego de hombros. Caroline era una de sus más antiguas amigas, y podía estar seguro de que no pensaba renunciar a verla, para satisfacer simplemente sus caprichos. ¿Es que acaso no tenía en su cabeza más asuntos que ése? Mejor haría no removiendo cosas en las que sólo él pensaba. Y como Auguste, muy emocionado, tratara de buscar un apoyo cerca de Berthe, creyendo que se levantaría siguiéndole a la más mínima indicación, ésta le pidió que se calmase por medio de un simple fruncimiento de cejas: ¿Se estaba volviendo loco? ¿Quería ponerse más en ridículo de lo que estuviera antes?

—¡Pero si es precisamente por no hacer el ridículo! —dijo Auguste con desesperación.

Entonces, la señora Josserand, volviéndose disimuladamente hacia su yerno, le dijo en tono severo:

—La cosa se está poniendo fea, no hacen más que mirarle. Sea usted correcto, por esta vez al menos.

Callóse él, aunque sin darse por vencido. A partir de aquel momento, reinó cierto embarazo entre todas las damas. Sólo la señora Mouret, que acabó sentándose frente a Berthe y al lado de Clotilde, conservaba su tranquilidad sonriente. Todas las miradas se dirigían hacia Auguste, que desapareció para ir a situarse en el marco de la ventana donde se fraguara en otro tiempo su matrimonio. La cólera le estaba produciendo un principio de jaqueca, y a cada instante se veía forzado a apoyar la frente en los yertos cristales de la ventana.

Por lo demás, Octave se presentó cuando la velada estaba muy concurrida. Cuando llegaba al rellano de la escalera, se encontró con la señora Juzeur, que descendía envuelta en un chal. Se quejaba de un dolor en el pecho, y si se había levantado fue para no faltar a la palabra dada a los Duveyrier. Su estado de languidez no le impidió echarse en brazos del joven, para felicitarle por su matrimonio.

—¡No sabe lo contenta que estoy por lo bien que le han ido las cosas, amigo mío! Si quiere que le diga la verdad, comencé a desesperar y pensaba incluso que ya no triunfaría... Dígame, mal sujeto, ¿de qué martingala se ha valido?

Octave, sonriente, le besó los dedos. Pero, alguien que subía a toda prisa, vino a estorbar su diálogo; y, muy sorprendido, creyó reconocer en aquella persona a Saturnin. Y en efecto era Saturnin, salido hacía una semana del asilo de los Moulineaux, donde el doctor Chassagne se negó por segunda vez a seguir teniéndole allí, por no ver en él, ahora tampoco, una locura bastante apreciable. Sin duda iba a pasar la velada en casa de Marie Pichon como lo hiciera antes, cuando sus padres recibían. Y, repentinamente, evocaron tiempos anteriores. Octave creía oír en aquel momento una voz mortecina procedente de arriba; se trataba de la canción de cuna con que Marie mecía el vacío de sus horas; la evocaba en su mente, siempre sola, junto a la cuna donde dormía Lilitte, esperando el regreso de Jules, con la complacencia de mujer inútil y dulce.

—Le deseo toda clase de felicidades en su matrimonio —repetía la señora Juzeur, mientras le estrechaba las manos con ternura.

Para no entrar con ella en el salón, se entretenía Octave quitándose el paletó, cuando desembocó por el pasillo de la casa, Trublot, vestido de frac, con la cabeza descubierta y aire trastornado.

—¡Supongo sabrá usted que no se encuentra bien del todo! —murmuró, mientras Hippolyte introducía a la señora Juzeur en el salón.

—¿Quién? —preguntó Octave.

—Adèle, la sirvienta de arriba.

Al enterarse de su indisposición, había subido paternalmente para verla, al levantarse de la mesa. Debía tratarse de una colerina; seguramente necesitaba un buen vaso de vino caliente, y la pobre no tenía ni siquiera azúcar. Luego, cuando se dio cuenta de que su amigo sonreía, añadió con gesto de indiferencia:

—¡Toma! ¡Es verdad! ¡Ya no me acordaba de que es usted casado, tunante, más que tunante! Todos esos planes ya no le interesan... Yo, que me hacía el desentendido cuando le encontraba por los rincones con la señora. ¡Todo lo que usted quiera, menos eso!... ¿recuerda?

Y entraron por fin juntos. En aquel preciso momento, las señoras estaban hablando de criadas, y era tal el apasionamiento que ponían en el tema, que al principio no les vieron. Todas ellas, con aires de complacencia, daban su aprobación a la señora Duveyrier, quien, con gran embarazo, explicaba por qué se empeñaba en seguir conservando a Clémence y a Hippolyte: él era francamente brutal, pero ella sabía vestirla a una tan bien que no había más remedio que hacer la vista gorda. Valérie y Berthe no podían decididamente encontrar una muchacha aceptable; tenían que renunciar a ello, hartas de buscar por las oficinas de colocación, cuyo personal, muy deficiente, atravesaba sus cocinas al galope. La señora Josserand caía con violencia sobre Adèle, de la que contaba nuevos rasgos de suciedad y estupidez; sin embargo, no se atrevía a despedirla. En cuanto a la otra señora Campardon, colmaba de elogios a Lisa: una perla, no tenía por qué hacerle ningún reproche; en fin, una de esas criadas de incalculables méritos y a las que puede uno pagar lo que le pidan.

—Ahora es como si perteneciese ya a la familia —añadió—. Nuestra pequeña Angèle sigue los cursillos que organiza el Ayuntamiento, y Lisa es quien la acompaña... ¡Oh!, podrían permanecer juntas días enteros fuera de casa, que no por ello nos inquietaríamos.

Fue en aquel momento cuando aquellas señoras se dieron cuenta de la presencia de Octave. Acercóse éste para saludar a Clotilde. Berthe le dirigió una mirada; luego, sin mostrar afectación, siguió charlando con Valérie, que

había intercambiado con él una ojeada afectuosa de amiga desinteresada. Las otras, la señora Josserand y la señora Dambreville, sin volcarse, como quien dice, le recibieron con simpático interés.

—¡Aquí le tengo por fin! —dijo Clotilde muy amablemente—. Empezaba a temblar por nuestro coro.

Y como la señora Mouret amonestara dulcemente a su marido por haberse hecho esperar, éste presentó toda clase de excusas.

—Mi querida amiga, realmente no he podido. Conste que me contraría sobremanera. Pero aquí me tiene por entero a su disposición.

Entretanto, las señoras vigilaban con inquietud el marco de la ventana donde Auguste se había refugiado. Hubo un momento en que sintieron miedo, y fue cuando le vieron volverse, al oír la voz de Octave. Su jaqueca iba sin duda en aumento; tenía los ojos turbios, llenos de las mismas tinieblas que ensombrecían la calle. Tomó sin embargo una decisión y fue a situarse detrás de su hermana, diciéndole:

—Despídeles, o somos nosotros quienes nos vamos.

Clotilde encogióse de hombros nuevamente. Entonces, Auguste pareció como si quisiera darle tiempo para reflexionar: esperaría aún varios minutos, tanto más cuanto que Trublot se llevaba en aquel momento a Octave hacia el saloncito. Aquellas damas seguían sin estar tranquilas, pues oyeron al marido decir en voz baja a su mujer:

—Si vuelve a entrar aquí, te levantas y me sigues... Y si no estás conforme, puedes regresar a casa de tu madre.

En el saloncito, la acogida que les dispensaron los señores fue igualmente cordial. Si Léon afectó mostrarse indiferente, el tío Bachelard y el mismo Théophile parecieron darle a entender, al estrechar su mano, que la familia lo olvidaba todo. Octave felicitó a Campardon que, condecorado la antevíspera, llevaba en la solapa un ancho lazo rojo; y el arquitecto, radiante de satisfacción, le reprendió en tono amistoso por no subir alguna que otra vez a pasar una hora con su mujer: bien que estuviera casado, pero no resultaba muy amable ni cortés olvidar amigos de hacía quince años. El joven, no obstante, estaba sorprendido y al mismo tiempo inquieto ante Duveyrier. No le había vuelto a ver desde su curación, y contemplaba con malestar mirando de través su mandíbula, algo desviada hacia la izquierda, lo que contribuía a afearle el rostro. Luego, cuando el consejero habló, fue motivo de nuevo asombro: su voz había bajado de tono, hasta convertirse en cavernosa.

—¿No le parece que ahora está mucho mejor? —dijo Trublot a Octave, llevando a este último a un lugar situado cerca de la puerta del gran salón—.

Positivamente, las alteraciones sufridas le dan cierta majestuosidad. Anteayer le vi presidir el Tribunal... Y, ¡créame!, suscita comentarios.

En efecto, aquellos señores pasaban fácilmente de la política a la moral. Ahora prestaban atención a Duveyrier, escuchando los detalles que éste les daba sobre un asunto en el que se había hecho resaltar notablemente su actitud. Incluso se proponían nombrarle presidente de la Cámara y oficial de la Legión de honor. Se trataba de un infanticidio cometido hacía ya más de un año. La desnaturalizada madre, una auténtica salvaje, como él decía, era precisamente la pespunteadora de botinas, su antigua inquilina, aquella muchacha pálida y desolada que con su enorme vientre indignaba al señor Gourd. Y ¡estúpido proceder el suyo!, pues, sin caer siquiera en la cuenta de que aquel vientre la pondría en evidencia, se le ocurrió nada menos que partir el niño en dos para ocultarlo luego en el fondo de una caja de sombreros. Como es natural había contado a los jurados una historia novelesca de lo más ridículo; el abandono de un seductor, la miseria, el hambre, una crisis de locura y desesperación al verse ante un pequeño al que le era imposible sustentar, en una palabra, lo que siempre alegan todas. Pero había que dar un escarmiento. Y Duveyrier se felicitaba por la forma en que supo resumir los debates, con esa claridad sobrecogedora que a veces determina el veredicto del jurado.

—¿Llegó usted a condenarla? —preguntó el doctor.

—A cinco años de cárcel —respondió el consejero en su nuevo tono de voz, como acatarrada y sepulcral—. Ya es hora de que pongamos un dique a la hecatombe que amenaza sumergir París.

Trublot, disimuladamente, daba con el codo a Octave, ya que los dos estaban al corriente de las circunstancias en que tuviera lugar aquel suicidio frustrado.

—¿Se da cuenta? ¿Le está usted oyendo? —murmuró—. Hablando en serio, el percance que tuvo más bien le mejora la voz: parece conmoverle a uno más ¿no es así? Ahora llega al corazón... ¡Si le hubiera visto, de pie, cubierto con su solemne toga roja y esa cara torcida! ¡Palabra de honor que me dio miedo! Estaba extraordinario.

Pero de repente se calló y puso su atención en la plática de las señoras, en el salón, que versaba nuevamente sobre las criadas. Aquella misma mañana, la señora Duveyrier había anunciado el despido a Julie con la correspondiente semana de anticipación: nada tenía que objetar contra aquella joven como cocinera; pero ante todo debía prevalecer la buena conducta. La verdad era que, prevenida por el doctor Juillerat, inquieta por la salud de su hijo, al que

toleraba sus escauceos con la criada para tenerle así más controlado, la señora Duveyrier tuvo una explicación con Julie, que se encontraba indispuesta desde algún tiempo atrás; y ésta, como cocinera distinguida cuyo orgullo profesional no le consiente entablar disputas con los dueños, había aceptado el emplazamiento de ocho días, desdeñando incluso responder, y que si se comportaba mal como decía era por sufrir mucho con las suciedades del señorito Gustave, el hijo de la señora. Inmediatamente, la señora Josserand compartió la indignación de Clotilde: sí, era cierto, había que hacer un escarmiento y ser absolutamente intransigente en materia de moralidad, poniendo a título de ejemplo, que, si ella conservaba al espantajo de Adèle, a pesar de su mugre y de su estupidez, era debido a la profunda honradez de aquel zángano. ¡Oh! ¡Sobre ese particular, nada tenía que reprocharle!

—¡Pobre Adèle! ¡Cuando uno piensa! —murmuró Trublot, sobrecogido de enternecimiento ante el recuerdo de aquella desdichada, transida de frío allí arriba.

Luego hablando a Octave al oído, añadió bromeando:

—¡Lo menos que podía hacer Duveyrier es subirle una botella de vino de Burdeos!

—Sí, señores —continuaba diciendo el consejero—, a la vista tenemos las estadísticas, aumentan los infanticidios en proporciones escalofriantes... Le están dando demasiada importancia a los motivos sentimentales; abusan ustedes demasiado de la ciencia, de su pretendida psicología, con la cual ya no habrá pronto bien ni mal... No debe intentarse curar el mal, hay que cortarlo de raíz.

Aquella refutación iba dirigida al doctor Juillerat, que intentaba explicar medicalmente el caso de la ribeteadora de botinas.

Por lo demás, aquellos señores, también se mostraban saturados de repugnancia y de severidad: Campardon, decía no comprender el vicio, el tío Bachelard defendía la infancia, Théophile pedía que se realizase un encuesta, Léon consideraba la prostitución desde el punto de vista de sus relaciones con el Estado, en tanto que Trublot, contestando a una pregunta que le hiciera Octave, hablaba a éste de la nueva querida de Duveyrier, esta vez una mujer bastante aceptable, algo madura, aunque novelesca, con el alma ensanchada por ese ideal que tanto necesitaba el consejero para purificar el amor, una persona, en fin, recomendable, que devolvía la paz a su hogar, explotándole y divirtiéndose también con sus amigos sin fracasos inútiles. Y, entre tantos razonamientos con pretensiones filosóficas, sólo el abate Mauduit callaba, con los ojos fijos en el suelo, turbada el alma, sumido en una gran tristeza.

Entretanto, iba a ser cantada la *Bendición de los Puñales*. El salón se había llenado por completo, una oleada de atavíos se apretujaba allí, bajo la viva luz de la araña y de las lámparas, mientras las risas corrían a lo largo de las hileras de sillas; y, en medio de aquella algarabía, Clotilde, en voz baja, habló con dureza a Auguste, quien, al ver entrar en el salón a Octave con aquellos señores del coro acababa de coger del brazo a Berthe, para forzarla a levantarse. Ya empezaba a mostrar signos de debilidad, con la cabeza totalmente invadida por la triunfante jaqueca, sintiéndose cada vez más violento ante la muda desaprobación de todas aquellas damas. Las severas miradas que le dirigía la señora Dambreville le tenían desesperado, viendo asimismo que tampoco podía contar con la otra señora Campardon. La señora Jossierand fue quien acabó de hundirle. Intervino bruscamente y le amenazó con hacerse nuevamente cargo de la hija y no darle jamás los cincuenta mil francos de dote, que siempre le estaba prometiendo con el mayor cinismo. Luego, volviéndose hacia el tío Bachelard, sentado detrás de ella, cerca de la señora Juzeur, hizo que éste renovara sus promesas. El tío puso la mano sobre su corazón: sabía perfectamente cuál era su deber, la familia antes que nada. Auguste, sintiéndose vencido, consideró lo más oportuno hacer marcha atrás, yendo de nuevo a refugiarse en el marco de la ventana, en cuyos helados cristales apoyó su ardiente frente.

Octave experimentó una singular sensación de retroceso en el tiempo. Era como si los años vividos por él en la calle de Choiseul hubieran colmado todo un período de su existencia. Allí estaba su mujer, sonriéndole; nada parecía por tanto haber ocurrido en su pasado: el hoy sucedía al ayer, no había ni paréntesis ni desenlace. Trublot le mostró, cerca de Berthe, al nuevo asociado, un rubito muy coquetón que la colmaba de obsequios, según se decía. El tío Bachelard, sucumbiendo como siempre a la poesía, bajo el influjo de una jornada particularmente sentimental, no dejaba un momento a la señora Juzeur; a quien enternecía con sus confidencias íntimas a propósito de Fifí y de Gueulin. Théophile destruido por las dudas y con el vientre plegado por los accesos de tos, suplicaba aparte al doctor Juillerat que recetara alguna cosa a su mujer para que se mantuviera tranquila. Campardon, con los ojos clavados en su prima Gasparine, hablaba de su diócesis de Evreux, cambiando a continuación de tema para referirse a las grandes obras que se estaban realizando en la nueva calle de Dix Décembre; defendía a Dios y el Arte, mandando a paseo a la gente, pues en el fondo le tenía sin cuidado, ¡él era un artista! E incluso se veía por allí, detrás de una jardinera, la espalda de un caballero, a quien todas las niñas casaderas contemplaban con aire de

profunda curiosidad: se trataba de la espalda de Verdier, que conversaba con Hortense, metidos los dos en una agria discusión, postergando de nuevo la boda hasta la primavera, para no tener así que echar a la calle a la mujer y al niño en pleno invierno.

Seguidamente volvió a actuar el coro. El arquitecto, con la boca redondeada, lanzaba el primer verso. Clotilde, en el momento oportuno, lanzó el grito que le correspondiera. Luego estallaron las voces, la algarabía fue aumentando poco a poco extendiéndose con una violencia que hacía temblar las bujías y palidecer a las damas. Trublot, considerado insuficiente para actuar entre los bajos, había realizado un segundo intento, esta vez como barítono. Los cinco tenores tuvieron por lo demás mucho éxito, Octave sobre todo, al que Clotilde lamentaba no poder confiar un solo. Cuando decrecieron las voces y hubo puesto ella la sordina, haciendo sonar los pasos cadenciosos y perdidos de una patrulla que se aleja, fue muy aplaudida y colmada de elogios, lo mismo que los caballeros. Mientras tanto, en el fondo de la pieza vecina, detrás de una triple hilera de fraques negros, podía verse a Duveyrier apretando los dientes para no tener que lanzar gritos de angustia, con la mandíbula torcida, cuyos irritados granos sangraban.

A renglón seguido, el té originó idéntico desfile, paseó las mismas tazas y los mismos emparedados. Por unos momentos, el abate Mauduit volvió a encontrarse solo, en medio del desierto salón. Estuvo contemplando a través del gran portalón abierto el apretujamiento de los invitados; y sintiéndose vencido, proyectaba una vez más el manto de la religión sobre aquella burguesía echada a perder, como maestro de ceremonias que cubre la carcoma, para retardar así la descomposición final. Era preciso salvar a la Iglesia, puesto que Dios parecía no haber respondido a su grito de desespero y de miseria.

Finalmente, como todos los sábados, cuando sonó la medianoche, los invitados fueron marchándose poco a poco. Campardon fue uno de los primeros en retirarse, junto con la otra señora Campardon. Léon y la señora Dambreville, cual si fueran marido y mujer, no tardaron en seguirles. Desde hacía largo rato, la espalda de Verdier había desaparecido, lo que al parecer sucedió cuando la señora Jossierand se llevó consigo a Hortense, regañándole por lo que ella denominaba su terquedad novelesca. El tío Bachelard, embriagado más de la cuenta por haberse excedido bebiendo ponche, retuvo unos momentos en la puerta a la señora Juzeur, cuyos consejos llenos de experiencia refrescaban su ánimo. El mismo Trublot, que se dedicaba a robar azúcar para subírselo a Adèle, se disponía ya a enfilear el pasillo de la cocina,

cuando, la presencia de Berthe y de Auguste, en la antecámara, dificultó su propósito. Hizo ver que estaba buscando su sombrero.

Pero, en aquel instante, Octave y su mujer, acompañados por Clotilde salieron también y pedían sus abrigos. Hubo algunos segundos de violencia y embarazo. La antecámara no era muy amplia, Berthe y la señora Mouret se encontraron una casi al lado de la otra en tanto que Hippolyte removía entre los abrigos. Se sonrieron mutuamente. Luego, cuando se hubo abierto la puerta, los dos hombres, Octave y Auguste, que estaban situados frente a frente, se separaron haciéndose gestos de cortesía. Berthe, en fin, consintió en pasar la primera, después de un intercambio de pequeños saludos. Y Valérie, que partía a su vez con Théophile, contempló de nuevo a Octave con su aire afectuoso de amiga desinteresada. Él y ella, estando solos, hubieran podido decirse todo.

—Hasta la vista, ¿no es eso? —repetía amablemente la señora Duveyrier a los dos matrimonios, antes de volver a entrar en el salón.

Octave se detuvo en seco. Acababa de percibir, en el entresuelo, al asociado que se iba, aquel meticuloso rubio, a quien Saturnin, que a su vez bajaba de casa de Marie, estrechaba las manos con un afán de salvaje ternura, al tiempo que balbuceaba la palabra: «Amigo... amigo... amigo...». Un singular impulso de celos torturó de pronto a Octave. Luego se sonrió. Aquello pertenecía a otra época, y el pasado de sus amoríos desfiló por su mente, toda su campaña de París: las complacencias de aquella infeliz Marie Pichon, su fracaso respecto de Valérie, de quien conservaba un agradable recuerdo, y sus estúpidas relaciones amorosas con Berthe, que lamentaba como tiempo perdido. Ahora, su negocio estaba hecho. París había sido conquistado; y, con gesto galante, marchaba en pos de aquélla a quien en el fondo de su alma seguía considerando e incluso llamando señora Hédouin, agachándose para que la cola de su vestido no se enganchara en los listones de los peldaños de la escalera.

La casa, una vez más, ostentaba con orgullo su empaque y sus aires de dignidad burguesa. Le pareció oír el romance lejano y condolido de Marie. En el umbral de la puerta encontró a Jules que regresaba: la señora Vuillaume, cuya salud era cada vez peor, se negaba a recibir a su hija. Luego todo acabó, el doctor y el abate fueron los últimos en retirarse discutiendo. Trublot había subido furtivamente para cuidar a Adèle; y la desierta escalera quedó adormecida en medio de un ambiente caluroso y pesado, con sus castas puertas, cerradas tras las no menos honestas alcobas. Y estaba dando la una, cuando el señor Gourd, a quien su esposa atendía delicadamente en el lecho,

apagó el gas. La casa volvió entonces a la solemnidad de las tinieblas, como anonadada en la decencia de su propio sueño. Nada quedaba de todo lo demás, la vida reemprendía su acostumbrado nivel de indiferencia y de estupidez.

Al día siguiente por la mañana, después de haberse marchado Trublot, que le había estado velando con una ternura de padre, Adèle se arrastró como pudo hasta la cocina, para apartar sospechas. Durante la noche sobrevino el deshielo, y estaba abriendo la ventana, llena de sofoco, cuando la voz de Hippolyte se alzó furiosa desde el fondo del estrecho patio.

—¡Atajo de marranas! ¿Quién es la que tira al patio sus porquerías?... ¡La ropa de la señora está hecha un asco!

Y mientras continuaba diciendo barbaridades, sacó un vestido de la señora Duveyrier, que estaba limpiando, y en el que había encontrado salpicaduras de sopa agria. Las sirvientas entonces fueron apareciendo en las ventanas, de arriba a abajo del edificio, para disculparse violentamente. La compuerta había sido abierta, y una oleada de frases abominables surgía con violencia de la cloaca. En la época del deshielo, los muros de la casa rezumaban humedad, y una pestilencia horrorosa remontaba del pequeño y oscuro patio; todas las podredumbres ocultas de los distintos pisos parecían fundirse y exhalar por aquella alcantarilla de la casa.

—No soy yo la culpable —dijo Adèle asomándose—. Acabo de llegar ahora mismo.

Lisa levantó bruscamente la cabeza.

—¡Anda! ¿Puedes ya sostenerte en pie?... ¿Cómo ha sido eso? ¡Imaginé que la ibas a diñar!

—¡Oh!, sí, tuve unos cólicos. ¡Nada divertido, os lo aseguro!

Y aquí quedó interrumpida la disputa. Las nuevas criadas de Valérie y de Berthe, un auténtico camello y una rubia menuda, como así les llamaban, contemplaron con curiosidad el pálido semblante de Adèle. Victoire y Julie quisieron asimismo verla, y casi dislocándose el cuello, asomaron a su vez la cabeza. Todas sospechaban algo, pues no era natural retorcerse de aquella forma, quejándose a grito pelado.

—A lo mejor has comido mejillones —dijo Lisa.

Las otras soltaron la carcajada; una nueva avalancha de palabras y frases puercas volvió a surgir, en tanto que la desdichada, muerta de terror, balbuceaba:

—¿Queréis callaros de una vez y dejar vuestras canallescadas bromas? Me encuentro bastante enferma. No querréis acabar conmigo, ¿verdad?

No, desde luego no les animaba tal propósito. Podría ser todo lo animal que se quisiera y sucia hasta causar repugnancia, pero se respetaban demasiado entre sí para continuar molestándola. Y, naturalmente, la arremetida se volvió contra los amos, juzgando la velada de la víspera con gestos de profunda repugnancia.

—Ya les tenemos a todos otra vez juntos y unidos, ¿no es eso? —preguntó Victoire, que bebía a sorbos su licor de «cassis» saturado de alcohol.

Hippolyte, que estaba lavando la ropa de la señora, respondió:

—Toda esa gente no tiene más corazón que el que puedan tener mis zapatos... Cuando se han escupido al rostro procuran lavarse con la misma saliva, para hacer ver así que están muy limpios.

—Es preciso que se pongan de acuerdo —dijo Lisa—. De otro modo la cosa no duraría, pues también nos llegaría el turno.

Hubo en aquel instante un movimiento de pánico. Abrióse una puerta y las criadas se abismaron de nuevo en sus cocinas, cuando Lisa anunció que se trataba de la pequeña Angèle: no había ningún peligro con aquella niña, comprendía las cosas y se hacía cargo de todo. Y, de la negra cloaca, remontó de nuevo el odio de los criados hacia los amos, en medio del tibio envenenamiento del deshielo. Hubo algo así como un gran lavado de ropa sucia almacenada durante dos años. Se consolaban de no ser burguesas, cuando los dueños les brindaban la ocasión de meter allí las narices, comprobar tanta podredumbre y observarles siempre dispuestos a volver a empezar.

—Y tú, zángano —gritó bruscamente Victoire—, ¿fue con esa mandíbula retorcida con la que comiste los mejillones?

De repente, un jolgorio feroz removió el pestilente pozo negro. Hippolyte desgarró el vestido de la señora; al fin y al cabo, a él le tenía sin cuidado. ¡Aún era poco para lo que ella se merecía! El auténtico camello y la rubita menuda se quebraban de risa, apoyadas en el marco de su ventana, en una crisis de locas carcajadas. Entretanto, Adèle, aturdida y medio adormilada por su estado de debilidad, no podía ya con su estremecimiento. Y respondía, a las demás criadas, entre las aclamaciones de éstas:

—No tenéis corazón... Cuando muráis, me dedicaré a bailar en vez de sentirlo.

—¡Ah!, señorita —replicó Lisa inclinándose en la ventana para dirigirse a Julie—, ¡lo contenta que debes estar con tener que abandonar dentro de ocho días semejante barraca de casa!... Permaneciendo aquí, por mucho que trate

de evitarlo, se vuelve una deshonesto. ¡Palabra! Te deseo que vayas a parar a mejor sitio.

Julie con los brazos desnudos, manchados con la sangre de un rodaballo que estaba limpiando para la noche, fue a apoyarse de codos cerca del ayuda de cámara. Se encogió de hombros y terminó con la siguiente respuesta filosófica:

—¡Dios mío!, señorita, ésta o aquella, todas las barracas se parecen. Hoy por hoy, quien hizo una, también es capaz de hacer la otra. Todo puede resumirse en una frase: basura y compañía.



ROBERT et RAYMOND HAKIM
présentent

GÉRARD PHILIPPE
DANY CARREL

dans

POT - BOUILLE
L'ART DE SÉDUIRE LES FEMMES

UN FILM DE JULIEN DUVIVIER

Pot-Bouille

d'après le roman de
ÉMILE ZOLA

dialogue de
HENRI JEANSON

avec
JACQUES DURY ANOUK AIMEE
HENRI VILBERT DANIELLE DUMONT
JEAN BROCHART JANE MARKEN
CLAUDE NOLLIER JACQUES GRELLO
MICHELINE LUCCIONI GEORGES CUSIN
NICHELE GRELLIER OLIVIER HUSSENOT

avec le concours de
DANIELLE DARRIEUX

UNE PRODUCTION ROBERT et RAYMOND HAKIM

AGENCIUM CONSORTIUM PATHE - C.E.R.C.

Notas

[1] *Desde el momento en que se ama. / Se vuelve uno tan dulce... <<*

[2] Y estoy yo mismo / más tembloroso que vos. <<